Historia de las Guerras Carlistas

Volúmen 2

José Extramiana

Fondo documental EHK Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

HISTORIA DE LAS GUERRAS CARLISTAS. Vol 2

JOSÉ EXTRAMIANA

(Vol. II)

**Nota de EHK sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.**

(EHK)

http://www.abertzalekomunista.net/

http://www.ehk.eus

INDICE

Capítulo VI: La encrucijada del 68: La batalla en un marco regional y la nueva orientación política
La unidad religiosa 16
Campaña de agitación: el conflicto de Guipúzcoa 20
Incompatibilidad del catolicismo y del liberalismo 24
Conclusión 27

Capítulo VII: El carlismo en la legalidad democrática
I. La actividad política:
La resurrección de un viejo movimiento político 29
Ei auge del Partido 32
La organización 33
La actividad electoral 37
Políticos tradicionalistas vascos 41
Conclusión 42

Capítulo VIII: La lucha electoral
II. Propaganda, ideología y proyectos de gobierno:
Propaganda electoral 45
Los «catecismos» políticos 47
Proyectos constitucionales 52
El proyecto de Cabrera 61
Conclusión 64

Capítulo IX: La propaganda tradicionalista en el País Vasco en 1870-1871: Un debate de alcance nacional e internacional
La actualidad política 66
El debate doctrinal: la amalgama 71
Un programa social 73
La autonomía vasca 77
Enjuiciamiento del liberalismo a escala internacional 79
Conclusión 84

Capítulo X: En busca de un frente amplio, en 1872, en la perspectiva de la guerra
Agitación política y luchas reivindicativas 87
Análisis «político» del liberalismo 90
La Internacional obrera 94

Capítulo XI: Propaganda y contra-propaganda en 1873
I: Propaganda carlista en la guerra 97
II: El liberalismo moderado en busca de un compromiso 103
Pasado y presente 105
Buenos y malos carlistas 107
Conclusión 110
Conclusión de la Segunda Parte 113

TERCERA PARTE: LA GUERRA Y SUS CONSECUENCIAS

Introducción 12
Capítulo I: Pronunciamiento militar e insurrección popular en 1872
Las razones de la guerra 129
El fracaso del pronunciamiento 134
El Convenio de Amorebieta 137
El insuficiente aprovechamiento del potencial popular 139
Actitud de Francia 142

Capítulo II: Una paz precaria: La guerra civil en el País Vasco
La movilización popular 145
Amnistía y compromiso 149
Amnistiados e irreductibles 151
Los liberales y su sistema de defensa 152
La guerra aviva los conflictos 155
Los voluntarios 156
Costo de la guerra 160
Algunas características del enfrentamiento 161

Capítulo III: La República frente a la guerra
I: La situación política 168
Las relaciones franco-españolas 171
II: El segundo alzamiento 173
De la tranquilidad aparente a la guerra 176
Un giro en la guerra 179
III: Coyuntura política del segundo semestre 181
IV: Ocupación del País Vasco por los carlistas 184
La guerra en Vizcaya y el traslado del frente 188
Conclusión 189

Capítulo IV: Guerra de guerrilla en 1873
Ofensiva de las guerrillas 193
Las «partidas» 197
El cura Santa Cruz 198
Organización del ejército carlista 202
La militarización de las guerrillas 206
Un ejército regular 209
El apoyo masivo de la población 212
Los gubernamentales 214
Conclusión 220

Capítulo V: Actividad militar y vida política: 1874, año decisivo
I: Aspectos fundamentales de la vida política en 1874 224
II: Operaciones militares bajo el mando de Moriones 228
Operaciones de división del ejército liberal 230
La batalla de febrero 231
El cerco de Bilbao 233
Conclusión 234

Capítulo VI: Vizcaya de la revolución de septiembre al cerco de Bilbao

La «Gloriosa» en Vizcaya 238
El movimiento económico y la vida social 241
La vida política al día 244
Elecciones y subversión 250
Conclusión 252

Capítulo VII: La batalla de Vizcaya y el sitio de Bilbao
Las primeras semanas y los testimonios 255
Mes de marzo: a) Somorrostro, b) Bilbao 259
Negociaciones de paz 264
Mes de abril, a) Bilbao, b) La última batalla de Somorrostro 265
Balances y consecuencias 271
Conclusión 273

Capítulo VIII: La lenta agonia del carlismo (1874-1876)
I: La guerra en 1874 275
La batalla de Abarzuza 278
Situación del frente vasco 279
El sitio de Irún 283
II: La guerra después de la Restauración 284
A. Primeros meses de 1875: Lacar 285
El asunto Cabrera 287
B. la guerra en el segundo semestre 291
C. Los demás frentes 294
D. El último asalto 296
Conclusión 298

Capítulo IX: Política y propaganda en los últimos años de la guerra 301
I La propaganda liberal 301
Análisis del carlismo 302
Liberalismo y progreso 305
La búsqueda de un compromiso en 1875 307
II La propaganda carlista 309
1 **El Cuartel Real**» 310
2. Declaraciones de las Diputaciones 316
3. Ei carlismo autocritico 320
4. Oración y propaganda 328
5. El retorno a la realidad 330
6. La diatriba 330

Capítulo X: La experiencia de la independencia: algunos balances
Incapacidad política de los liberales 333
Fuerzas y flaquezas del Estado 334
Medidas de represión 341
Contribuciones y sacrificios 344
La participación de los combatientes 348
¿Un estado vasco bajo el carlismo? 353
El Estado central y las Diputaciones 355
Conclusión sobre el período 1868-1876 *359*

Capítulo XI: La postguerra: Nuevas condiciones socio-económica y políticas
Crecimiento demográfico e inmigración 367
La revolución industrial 370
Incidencia económica y social 375
Régimen administrativo 381
El nacionalismo 383
Sindicalismo y socialismo 386

CONCLUSIÓN GENERAL 391
NOTAS 403
APÉNDICES 483
Bibliografía y fuentes

ABREVIATURAS

A. D. F. A. Archivo de la Diputación Foral de Álava. Vitoria.
A. D. H. Archivo de la Delegación provincial de Hacienda de Álava. Vitoria.
A. D. H. Archivo de la Delegación provincial de Hacienda de Guipúzcoa. San Sebastián.
A. D. H. Navarra Archivo de la Delegación provincial de Hacienda de Navarra. Pamplona.
A. G. N. Archivo General de Navarra. Pamplona.
A. H. N. Archivo Histórico Nacional. Madrid.
A. M. A. E. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid.
A. S. V. Archivo de la Sociedad Vascongada. Bilbao.
B. O. V. Boletín Oficial de la provincia de Vizcaya. Bilbao.
C. P. Correspondance Politique, Archives du Quai d'Orsay. París.
D. D. F. Documents Diplomatiques Francais, Ministerc des Affaires Etrangeres de France.
D. A. Diario de la Artillería (sitio de Bilbao).
D. E. M. Diario del Estado Mayor (sitio de Bilbao),
D. I. Diario de Ingenieros (sitio de Bilbao).
I. N. E. Instituto Nacional de Estadística.
R. A. H. Real Academia de la Historia. Madrid.

SEGUNDA PARTE (CONTINUACION)

15

Capítulo VI. la encrucijada del 68: La batalla en un marco regional y la nueva orientación política

A partir de octubre de 1868, la revista de Vitoria modifica su tono y su contenido para hacerse un órgano de prensa abiertamente político. Es el síntoma de un cambio de actitud por parte de las personalidades que animan dicha publicación y de los grupos a quienes aquellas representan. La actualidad ocupa ahora la mayor parte de las páginas del **Semanario.**

El nuevo régimen ha desplazado del poder a los moderados, que gozaban de la simpatía de nuestro periódico; la alianza más o menos tacita entre el Estado y la Iglesia ha sido rota y esto era precisamente lo que confería un carácter «católico» al sistema isabelino pese a sus instituciones «parlamentarias». Poco importa que los que acaban de apoderarse del poder den garantías de moderación y sean más conservadores que lo que aparentan; la revista vitoriana se muestra más intransigente que nunca con respecto al Liberalismo. Su oposición de repulsa no es ya únicamente doctrinal, teórica, sino también política. Desencadena una campaña de prensa incesante contra el nuevo régimen; todas las decisiones del Gobierno van a ser despiadadamente combatidas. En los últimos meses de 1868 y a lo largo de 1869, el problema de la libertad de cultos y el de la separación de la Iglesia y del Estado constituirán su caballo de batalla. Y es natural, pues la tutela que la Iglesia ejerce se ve amenazada.

15

Gracias a los Fueros, el poder regional no cambia de manos por el momento. Diputaciones y ayuntamientos vascos están dirigidos por «católicos», con una excepción, sin embargo: la Diputación de Guipúzcoa que en 1869 va a estar controlada por adictos a la «revolución». No tardará en surgir un conflicto entre la Iglesia y las nuevas autoridades forales de Guipúzcoa. Por consiguiente, los moderados siguen detentando buena parte del poder regional, pero se sienten amenazados. Conviene pues conservar y, si es posible, consolidar su dominio de la región. Así, las preocupaciones fundamentales del **Semanario** pueden clasificarse en tres grupos: la unidad religiosa, el problema «Guipuzcoano» y la repulsa total del Liberalismo.

La unidad religiosa

Antes de que se decrete la libertad de cultos, el periódico reanuda la polémica contra tal proyecto en un marco regional. Tres publicaciones vascas que apoyan al régimen van a ser el blanco de sus ataques.

Frente a Irurac-bat, el **Semanario** sostiene que la libertad de cultos sería una catástrofe para España, país tan católico que hasta los más depravados, y de manera especial las mujeres, solicitan el amparo de la Iglesia en el momento de la muerte. Si España renuncia a la unidad religiosa deja de ser España.[1]

La unidad es una garantía de orden público y la revista menciona el ejemplo de Francia y de

[1] V del 23/10/68

Inglaterra donde la libertad religiosa ha originado numerosos disturbios.[2] Esa libertad contradice las tradiciones y leyes españolas, por lo cual no es aplicable; el matrimonio, la familia, la herencia, el código penal, la beneficencia publica y la educación nacional serían inadecuados. La libertad de enseñanza daría lugar a escuelas y universidades rivales que comprometerían la paz social.[3]

En noviembre y diciembre, nuestra revista polemiza con un cura que justifica y defiende la libertad de cultos en Aurrera y **El Norte** de España, periódicos liberales de San Sebastián. El sacerdote liberal afirma que si la libertad de cultos hubiera existido en la Roma antigua numerosos martirios se habrían evitado; los apóstoles, por su parte, prosigue, eran favorables a esa libertad.

17 La unidad religiosa, por el contrario, no es más que un monopolio espiritual de la Iglesia que da lugar al empobrecimiento de la doctrina, la corrupción del clero y la ignorancia de los fieles. Gracias a la libertad, concluye, Francia, Suiza y los Estados Unidos tienen una más depurada.

El **Semanario** contesta con detenimiento a los argumentos expuestos por su adversario.[4] La intolerancia de la Roma antigua no era comparable de ningún modo con la nuestra, afirma el articulista, pues los romanos estaban en el error y nosotros no; el cristianismo ha suavizado las costumbres y ya no se tortura a los herejes como hacían los paganos. Los apóstoles nunca reclamaron la libertad religiosa por la simple razón que esta libertad existía ya para las demás religiones, pero, suponiendo que lo hicieran, la libertad era menos mala que la intransigencia de las autoridades romanas contra los cristianos. La libertad religiosa puede ser un bien en países que no son católicos; en España, por el contrario, esa libertad equivaldría a abrir al enemigo las puertas de la fortaleza. En Francia y en Suiza, esa libertad no ha aportado ningún bien; en los Estados Unidos, se aplica mejor; a causa de la multitud de razas que viven en aquel país, la convivencia de religiones es casi inevitable, pero quizá esa diversidad religiosa sea parcialmente responsable de la violencia que allí se ha presenciado en la reciente guerra civil.

Pese a la unidad religiosa, es cierto que sigue habiendo fieles ignorantes en España, pero ello se debe a la escasez de curas. En cuanto a la corrupción de estos, no hay más que calumnia e injuria en las declaraciones del sacerdote liberal. A este respecto, la revista vitoriana desencadena un ataque grosero contra ese sacerdote, a quien acusa, lo mismo que a los que comparten sus ideas, de estar imbuidos de concepciones paganas. Por fortuna —añade— sólo hay una minoría de clérigos liberales, odiados por la mayoría del pueblo español. Este, por su parte, nunca ha reivindicado la libertad religiosa.

El **Semanario** responde también a **El Norte** que pretende que la intransigencia del periódico vitoriano es incompatible con el catolicismo vasco, tradicionalmente enemigo de la «mojigatería».[5]

18 Ortiz de Zárate aborda el tema en un tono más serio. La libertad de cultos —dice— es un problema que influye en lo social y en lo político y por ello debiera examinarse en otro momento, cuando se hayan calmado las pasiones. Como España ha sido siempre un país uniformemente católico, la libertad de cultos provocaría la división inútil de los Españoles. Por otro lado, prosigue, esa libertad es un contrafuero, pues los Fueros vascos prohibían la

[2] Id. del 30/10/68
[3] Id. del 6/11/68
[4] Id. del 27/11, del 4/12 y del 11/12/1868.
[5] Id. del 2/4 y del 17/4/1869

entrada en la región a los judíos, musulmanes, conversos y hasta cristianos nuevos:

> »Conservar la pureza de su sangre, de sus costumbres, de sus leyes, de su idioma, ha sido siempre el bello ideal de la familia vascona..
>
> Dios y Fueros ha proclamado y proclama siempre el pueblo cantábrico».[6]

Por tanto, la libertad de cultos es heterodoxa, desde el punto de vista religioso, inoportuna, en lo político, y, además, ilegal en el País Vasco, en virtud —debemos comprobarlo— de criterios racistas contenidos en el Fuero y reafirmados por Ortiz de Zárate y sus amigos.

Sin embargo, la ley que instituye esa libertad va a ser promulgada y la reacción del **Semanario** no se hace esperar. En su editorial del 7 de mayo de 1869, acusa al régimen de haber faltado a sus compromisos, lo que suministra la ocasión a nuestra revista de lanzar una violenta diatriba contra las nuevas instituciones.

Cuando el alzamiento de Cádiz, dice, los revolucionarios manifestaron el deseo de asociarse con la Iglesia para poner fin a la corrupción imperante, pero el Gobierno no ha cumplido con su palabra. Desde el principio, algunas juntas se apresuraron a tomar medidas que han conducido inevitablemente a la anarquía. El Gobierno, por su parte, en lugar de restaurar el orden, se ha dedicado, al contrario, a institucionalizar esa anarquía, cuya imagen más acabada se da en el Parlamento:

19

> **«**... producto de la intimidación y de las coacciones mayores que se han visto desde que hay elecciones en España... máquina de votos cuyo manubrio empuñan cuatro o cinco «mecaniciens», y por un modo de transmisión desconocido en la cinemática recibe impulso de muy lejanas tierras».

Hay oradores ateos —prosigue— que insultan a la Iglesia y niegan a Dios; las leyes que la Asamblea vota privan al Clero de libertad. Se expropia a este: se suprime la ayuda del Estado a los Seminarios, queda abolida la beneficencia. En nombre de la libertad de asociación, se expulsa a los jesuitas; la libertad de enseñanza da lugar al cierre autoritario de muchos colegios; los clérigos se ven ultrajados y reducidos a la miseria. En cuanto a la administración, ya mala en el régimen anterior, se ha empeorado aun. El impuesto impopular de consumos ha sido suplantado por otro más oneroso. La situación de la Hacienda es deplorable:

> «... la nación... ha visto en pocos meses, a más de consumido su presupuesto, aumentada su deuda en tres o cuatro mil millones, despreciados nuestros valores hasta ser ludibrio en todas las bolsas, amenazada de muerte la industria».

Evidentemente, no todas las censuras que el **Semanario** formula carecen de fundamento, pero la acusación de corrupción electoral, que lanza contra el nuevo régimen, no deja de ser pintoresca. Eso significa que, sintiéndose amenazada en los intereses que defiende, la revista de Vitorias alza la voz y recurre a todo tipo de argumentación. La polémica sería deja paso a menudo a la acusación gratuita y a una campaña de propaganda carente de honradez intelectual y hasta de buen gusto. Junto a los reproches que hace al Gobierno por las medidas concretas que éste toma, el **Semanario** atribuye con malevolencia a las autoridades intenciones extremadas o deforma la política gubernamental para alarmar a la opinión pública. más que informada, esta última se ve sometida a un intento de «intoxicación»

20

[6] Id. del 13/11/68 y del 15/1/69.

Campaña de agitación: el conflicto de Guipúzcoa

Nuestra revista da cuenta de la protesta de las «señoras de Sevilla» (en realidad, algunas damas de la buena sociedad) contra *h* probable decisión del Gobierno de destruir 57 iglesias en aquella ciudad.[7] Se indigna también ante la inminente cesión —según pretende— de templos católicos a los judíos y a los protestantes.[8] En otro espacio, relata con complacencia la campaña antigubernamental de las mujeres «católicas» y la llegada al ministerio de una delegación compuesta de tres marquesas que presentan un escrito firmado por 18.000 señoras. Varios obispos, sigue diciendo, invitan a la población a desobedecer a la ley que instituye la libertad de cultos. Un mensaje de adhesión al Papa ha recogido más de diez millones de firmas.[9] Otras protestas tienen por objeto combatir la ley que reforma los conventos.[10]

El Vaticano, por su parte, alienta estas campañas.[11] Una asociación «científica y literaria», llamada Juventud Católica. va a ser creada con el fin de defender la unidad religiosa al margen de las opiniones políticas de sus adeptos, pero entre los fundadores figuran aristócratas que declinaran más tarde su condición de carlistas. El **Semanario** finge creer en el apoliticismo de esa asociación.[12]

Si la libertad de cultos es, en 1869, el caballo de batalla de nuestra revista, está ataca también otros proyectos, reales o imaginarios, del Gobierno. Algunos de esos proyectos serán en los meses siguientes los principales temas de propaganda del periódico. Es lo que ocurre con el juramento de fidelidad a la Constitución que se exige a los clérigos.[13]

La agitación contra el nuevo régimen, que toma como pretexto las leyes que este adopta para laicizar el Estado, se inserta en una campaña política de las derechas y de su prensa en toda

---

[7] Id. del 30/10/68.
[8] Id. del 6/11/68.
[9] Id. del 13/11, del 27/11. del 4/12 y del 11/12/68.
[10] Id. del 20/11/68
[11] En febrero y marzo de 1869. sobre todo
[12] Entre los escritos que emanan de los jerarcas de la Iglesia es interesante analizar de cerca el del Obispo de Pamplona. Deplora los malos tratos de que es víctima el clero y Cita ejemplos de localidades lejos de Navarra (y por ello difícilmente comprobables para los navarros). pues esta provincia. dice, es una excepción. Pinta un cuadro sombrío:

> «...monjas arrojadas a la calle. curas que emigran al extranjero. los pobres que ahora no son socorridos».

La raíz de los males, prosigue, es la libertad religiosa. que ha provocado ya en los EE.UU. una guerra horrible y que en España zapa los fundamentos de la familia y de la sociedad. Algunos pretenden que con tal medida van a atraer capitales extranjeros, pero estos no vienen, y ello a causa de la inestabilidad política:

> «...Cúlpese ante todo a la inseguridad de la cosa pública y al continuo estado de alarma en que hace años venimos agitándonos...»

Por otra parte, añade. el genio español es más favorable a la agricultura, pues el trabajo en el campo es más soportable que en la fábrica o en la mina. Por eso es vano querer atraer capitales extranjeros cuya llegada no es tampoco deseable.

> «Cuanto más valdría que en vez de pensar en la quimérica aclimatación de ricos extranjeros no católicos, se pensase seriamente en evitar esa incesante migración de nuestra juventud, esa horrible «trata de blancos» que está acabando con la población de nuestras montañas.»

El obispo prefiere, pues, una sociedad tradicional predominantemente rural y atribuye la crisis contemporánea a los desórdenes provocados por las nuevas ideologías:

> «Los males provienen de la guerra. Una guerra que dura desde hace cien años entre el poder católico y el racionalista».

Ya es hora, concluye. de hacer frente a «ese comunismo que se nos viene encima» gracias a la relajación provocada por la libertad religiosa. que sólo es un pretexto para facilitar la implantación del protestantismo:

> «... del vestido asqueroso del protestantismo ... quisiera hacerse... vestido de gala para el religioso pueblo español».

El mismo obispo ha dado lugar a un incidente en Pamplona, censurando a un profesor de la Escuela Normal que práctica simplemente la libertad de Cátedra y que es acusado por el Prelado de corromper a la juventud.
Número del 12/3/1869
[13] El **Semanario** protesta con vehemencia contra lo que califica de pretensión inadmisible del gobierno y da cuenta con detenimiento de la actividad de sus amigos que organirzan con tal motivo una vasta agitación.
Números del 11/6, 9/7, 23/7, 2/8 y 10/9/1869.

España; el conflicto que estalla en Guipúzcoa entre las nuevas autoridades forales y el clero ofrece al **Semanario** la ocasión de emprender una batalla en el frente regional.

21

La querella surge con motivo del arreglo del Clero. Guipúzcoa, fiel a una tradición ya establecida, se apresura a entronizar autoridades liberales. Las Juntas de Fuenterrabía de julio de 1869 votan un proyecto de subvención del clero. Considerando que este en Guipúzcoa se ve retribuido de manera irregular (sea con arreglo al sistema caduco del diezmo, sea gracias a un impuesto nuevo creado con esa finalidad, sea por medio de un sistema mixto), que las cantidades cobradas por sacerdotes de la misma categoría varían según las localidades, que el Obispo, encargado de resolver ese problema aplicando las disposiciones del Concordato de 1851, ha dejado subsistir una situación anacrónica y anárquica y teniendo en cuenta que es del deber de las autoridades provinciales y no del Gobierno el encontrar una solución a tan importante negocio, deciden dichas Juntas suprimir el diezmo y crear en su lugar un nuevo impuesto, regular y uniforme, que grave las propiedades rústica y urbana. En consecuencia, la Diputación invita a los ayuntamientos a crear comisiones apropiadas que se encarguen de aplicar esas disposiciones y de repartir equitativamente el nuevo impuesto con la aquiescencia de los sacerdotes. Las autoridades provinciales fijan honorarios uniformes para cada una de las tres categorías del clero y determinan el número de eclesiásticos correspondientes a cada municipio con arreglo al número de habitantes.

Los curas protestan inmediatamente y acusan al Diputado general de abuso de poder en materia de administración eclesiástica y de fijar un contingente de sacerdotes insuficiente y mal pagado. Responde aquel lacónicamente que se ha limitado a cumplir con su deber, es decir, a aplicar una decisión de las Juntas. Siguiendo las instrucciones de la Diputación, Oyarzun reduce el número de clérigos.[14]

El **Semanario** declara la guerra a la Diputación de Guipúzcoa. Esta última —dice— disminuye los ingresos del clero y no prevé ninguna ayuda en caso de jubilación, enfermedad o incapacidad, al mismo tiempo que se desentiende de la conservación de los templos. Tal comportamiento es revolucionario y libre-cultista y viola un acuerdo internacional firmado por el gobierno español; la actitud de la Diputación es «despótica, tiránica y arbitraria».[15]

22

---

[14] Nº del 10/9/1869

[15] El diezmo no es obligatorio sino voluntario. escribe. Al suprimir una contribución voluntaria y al sustituirla por otra obligatoria. al impedir que los feligreses y los curas ft entiendan amistosamente como lo han hecho hasta ahora. la Diputación obra despóticamente despreciando al clero y a los ciudadanos. Es hipócrita cuando invoca el Concordato de 1851, pues traiciona el espíritu de este. Al prohibir a los pueblos que tengan más curas que los que fijan las autoridades provinciales, la Diputación viola la libertad religiosa de sus administrados y se enfrenta con las mejores tradiciones del País. No sorprende por tanto, añade el articulista, que el pueblo experimente profunda malestar:

« ... llena de consternación y espanto a los buenos cristianos que son todos los guipuzcoanos, con levísimas excepciones...»

Eso se suma a otros descontentos:

«...movimiento de disgusto creciente a todo cambio del sistema económico...»

Según el periódico. las medidas adoptadas por la Diputación descontentan a todos. En efecto, el diezmo tiene la ventaja de ser proporcional a la cosecha de cada cual y los ingresos del clero son así proporciónales a los de los campesinos: comparten con éstos abundancia y penuria. Por el contrario, los honorarios fijos podrían parecer excesivos y hasta escandalosos en años de escasez:

«...dad del clero una renta fija, y le divorciáis del pueblo, y le hacéis odioso, pues cobra igual en los años aciagos que en los venturosos».

Al contrario, la unión del pueblo y del clero es una garantía de armonía social. Por eso la mayor parte de los propietarios desean el mantenimiento del diezmo:

«...la mayoría de los propietarios desea que sus inquilinos continúen pagando los diezmos y primicias, sistema que une la suerte del clero a la del pueblo, y que los convierte en una misma familia, con inmensas ventajas sociales».

Su supresión, según nuestra revista, ni siquiera favorece a los anticlericales, que se reclutan entre las capas urbanas (obreros, comerciantes, artesanos), obligados, como los demás, a pagar un impuesto suplementario.

Este largo artículo lo firma **Un Vascongado** y se publica en el Nº del 24/9

Sin embargo, según parece, la Diputación se ha limitado a aplicar al pie de la letra el Concordato de 1851. Los articulistas más serios del **Semanario** no lo niegan pero hacen observar que aquel tratado es valido para muchas regiones españolas y no para el País Vasco. Su aplicación en esta última región daría resultados contraproducentes y traicionaría el espíritu de dicho concordato. Pues este trata de mejorar la triste situación en que se hallaba la Iglesia a mediados del siglo a causa de las expropiaciones y del cierre de conventos realizados por los diversos gobiernos «revolucionarios». Ahora bien, el País Vasco no ha conocido afortunadamente semejante situación:

»... aquí subsisten hoy las mismas parroquias que ahora doscientos años; su personal es casi el mismo, y aun idénticos los medios de subsistencia del clero».

Por consiguiente, las medidas que en otras regiones propician el aumento del número de sacerdotes provocarían en las provincias vascas un fenómeno opuesto. ¿Es de desear una disminución del clero? —No, responde nuestra revista. Nuestra época —dice— se caracteriza por la extraordinaria corrupción de costumbres que no ha llegado aun al País Vasco. Las estadísticas prueban que en esta región hay menos crímenes que en otras y ello se debe a su espíritu religioso que depende, a su vez, del número de curas:

«... tenemos relativamente un clero más numeroso que en el resto de la nación, se anuncia con más frecuencia la palabra de DIOS... y el hombre tiene muy cerca de si al que le enseña las verdades eternas y le suministra los auxilios de la religión».

Por otro lado —añade—, la supresión del diezmo no resuelve nada, pues los propietarios seguirán cobrándolo a sus aparceros, quienes deberán pagar además el nuevo impuesto sin obtener garantías de que su parroquia sea mantenida.[16]

Los conservadores vascos no se contentan con una simple campaña de prensa. La propaganda es sólo un aspecto de su actividad; la agitación periodística es un complemento de la insubordinación. La revista vitoriana nos hace saber que algunos municipios se han declarado incompetentes para aplicar las decisiones de las Juntas.[17] La Diputación recurre al Juzgado y al Gobierno y por ello se ve acusada de contrafuero, pues confía el litigio a las autoridades extrañas:

23 «... a autoridades precisamente que son extrañas al fuero e impuestas por el liberalismo, entre otros mil agravios, sin otra razón que la ley de la fuerza...».[18]

Algunos ayuntamientos van a ser destituidos; ciertos concejales, encarcelados. El **Semanario** observa que los liberales violan así su propia legalidad, pues los ediles sancionados habían sido elegidos por sufragio universal mientras que la Diputación emana de Juntas ilegales:

«... las Juntas últimas de las que se retiro la mayoría numérica de los Ayuntamientos, protestando de nulidad contra todos sus acuerdos por no haberse constituido foral y

[16] En un artículo firmado por **Un Guipuzcoano**, publicado en el nº del 1º de octubre de 1869, se ponen de relieve las ventajas del diezmo sobre el nuevo sistema. Es verdad, empieza diciendo el articulista, que el Concordato prevé la supresión del diezmo y su sustitución por los ingresos obtenidos de los bienes expropiados y devueltos luego al clero en 1845. por las limosnas de la Cruzada y de las Ordenes militares y, para completar esos recursos. por un impuesto sobre la propiedad. Ahora bien, teniendo en cuenta la situación de nuestra provincia, todo ha de ser financiado por ese impuesto nuevo que, según la Diputación, tiene que ser local y no provincial, so pretexto que de esta manera la gente sólo paga servicios que recibe. Esa óptica es injusta, pues un modo de pago de esa naturaleza acabaría con la solidaridad provincial y establecería gran desigualdad en las subvenciones: en efecto. en las zonas de población concentrada. cada ciudadano pagaría menos que en las comarcas de población más dispersa. Además, ese sistema transformaría al sacerdote en asalariado del ayuntamiento, lo que atenta contra la dignidad e independencia del clero. Por consiguiente, es preferible conservar el diezmo. Naturalmente, desde el momento en que este no es obligatorio, no hay recurso posible contra los que se nieguen a pagarlo. Contra estos, es oportuno crear un nuevo impuesto obligatorio.

[17] Nº del 29/10/1869

[18] Id. del 12/11/1869

válidamente...».[19]

Un ilustre colaborador del **Semanario** desarrolla con más amplitud esa misma argumentación.[20] En las Juntas de 1868, dice, los monárquicos puros triunfaron y se atribuyeron todos los puestos. Después de la revolución, los liberales se vengan de aquella afrenta apoderándose arbitrariamente de la Diputación. Con ayuda del gobernador de la provincia, invalidan las actas de varios ayuntamientos para tener la mayoría de las Juntas del 69. Con el fin de protestar contra las irregularidades, los monárquicos abandonan las Juntas y los liberales se quedan solos. Estos atribuyen al clero la responsabilidad de su fracaso electoral y deciden reducir la influencia de la Iglesia; para ello, adoptan el proyecto de arreglo del clero y lo aplican al margen de la ley.[21]

El articulista, que pretende dar un relato objetivo de los hechos, se muestra conciliador y magnánimo. Esta cuestión dolorosa —dice— afecta a todos los Vascos y es preciso que la prensa de todos los partidos y las Diputaciones de las demás provincias hagan lo necesario para hallar una solución satisfactoria que ponga fin al conflicto. Es decir que atribuye toda la responsabilidad del litigio a algunos liberales malintencionados. Por eso, conviene que el pueblo vasco, en su inmensa mayoría, aúne sus esfuerzos para defender la religión y los fueros. La maniobra política es sutil y las manifestaciones de masa en favor de la religión tendrán un significado inequívoco.[22]

---

[19] El proceso es puramente político —dice el **Semanario**-: el fiscal, sobrino del Diputado, ha sido nombrado contra los reglamentos de la profesión. Los nuevos municipios van a fijar el presupuesto del clero, pues para eso han sido nombrados, pero no dejaran de enfrentarse con los contribuyentes, sobre todo en las localidades rebeldes de Azcoitia, Cegama, Aya, Segura, Cestona, Vidania. Zarauz.

El periódico cita a esas ciudades como ejemplares y anuncia disturbios inevitables, luego lanza imprecaciones contra las autoridades de la provincia, dando nombres, por primera vez:

«Desgraciada y funesta la Diputación de los Señores Aguirre y Olascoaga».

El 26 de noviembre, la revista vitoriana da cuenta de la gestión realizada por la ciudad de Rentería. Según las instrucciones dadas por la Diputación, sería preciso que dicha localidad despidiera a dos sacerdotes: pues bien, las autoridades municipales estiman que han de guardar por lo menos a uno de los clérigos debido a un reciente aumento de su población. La Diputación se muestra conciliadora, pero recuerda que hay que tomar como base para establecer el número de sacerdotes el censo de 1860, pues, dice la Diputación, en la mayor parte de los lugares, la población ha disminuido desde aquella fecha.

El 24 de diciembre, el **Semanario** publica el escrito enviado a la Diputación por más de 900 personas de Oñate para protestar contra el plan de la corporación provincial que reduce a siete el número de eclesiásticos de dicha ciudad. Los firmantes alegan que la población dependiente de Oñate vive muy dispersa.

[20] Se trata de un artículo de Ortiz de Zárate que considera que sus amigos tradicionalistas han obrado con torpeza. En efecto, dice, los liberales. irritados, han constituido, gracias a la Revolución. una Junta provincial que ha nombrado Ayuntamientos liberales y declarado la guerra a las autoridades tradicionales. Álava y Vizcaya, por el contrario, como no han conocido conflictos políticos tan agudos, han podido pasar sin dificultad por las circunstancias delicadas creadas por la agitación del 68. Sus Diputaciones han podido así seguir detentando el poder, que en otros lugares cae en manos de Juntas revolucionarias, y organizar elecciones municipales con arreglo al régimen foral, lo que ha evitado en estas dos provincias los enfrentamientos característicos de las elecciones generales. En Guipúzcoa todo sucede de otra manera: la campaña electoral para la Constituyente ha conocido una tensión particular. Los liberales han podido contar con el apoyo del gobierno de Madrid y con las autoridades forales, pero los realistas, que han confiado en el ardor religioso de la región y en la ayuda del clero, han ganado las elecciones a pesar de todo. La derrota ha sentado mal a los liberales que se vengan ejerciendo un poder provincial abusivo.

Nº del 31/12/69

[21] En efecto, afirma O. de Zárate en su artículo de! 31 de diciembre. la Diputación no deja de reconocer que es el Obispo quien ha de resolver ese problema y so pretexto que aquel no lo ha hecho elabora un plan provisional, pero ¿en virtud de que derecho la Diputación fija un plazo al Prelado? Esta protesta con razón y declara nulo el plan de la Diputación que, interpretando abusivamente el decreto, aplica enteramente su plan y procesa a los Ayuntamientos que se niegan a aplicarlo. Esos son los hechos: hechos que sugieren algún comentario, prosigue O. de Zárate. Desde un punto de vista religioso, dice, la Diputación ha cometido una usurpación de funciones tanto más intolerable cuanto que sus administrados son católicos. Su actitud es contraria a las tradiciones de entendimiento y buenas relaciones con la Iglesia. mientras que el recurso al gobierno de Madrid es particularmente antiforal. pues los Fueros prevén soluciones a los conflictos que puedan surgir entre diversos ramos de la administración. sin que haya de recurrir al arbitraje de Madrid. Además, las autoridades de Guipúzcoa violan la ley española y el Concordato, concluye.

[22] Nuestra revista se complace en dar cuenta de actos religiosos organizados en diferentes lugares de la región como reparación por los danos causados a la Iglesia. Publica el 11 y el 25 de junio una amplia correspondencia enviada desde Durango. donde acaba de celebrarse una semana de plegarias: el séptimo día ha presenciado la participación masiva de la población, desde las

24

Incompatibilidad del catolicismo y del liberalismo

La repulsa intransigente del régimen impulsa a nuestra revista a rechazar íntegramente el liberalismo bajo cualquier forma, por moderada que sea, que aquel adopte. La tarea del periódico es, no obstante, dificultosa, pues hay clérigos vascos y sectores católicos más o menos adictos al nuevo régimen o simplemente partidarios de disociar el problema religioso de los asuntos políticos. Se trata pues, para la revista de Vitoria, de conservar el monopolio ideológico en el seno del mundo católico.

Mantiene una polémica incesante con católicos liberales, frente a los cuales reafirma la incompatibilidad entre el liberalismo y el catolicismo. Hay — añade— liberales que se dicen católicos y nos tachan con desprecio de neocatólicos (neos) por ser sencillamente fieles a la tradición de la Iglesia. Esa etiqueta que quieren ponernos no es más que un pretexto para ocultar posiciones inadmisibles, pues el catolicismo que se llama liberal no es sino una versión del protestantismo.[23] La libertad, prosigue el **Semanario**, ha sido puesta en práctica por la Iglesia, hace siglos que los monasterios practican el sufragio universal, mientras que la libertad liberal sólo es libertinaje.[24]

A veces, los adversarios de la revista son sacerdotes. Uno de estos se ve censurado porque se ha atrevido a criticar a los obispos que no han querido condenar a curas insurrectos y porque pretende que existen categorías sociales en el interior de la Iglesia. Para el periódico vitoriano la existencia de esas categorías es precisamente la prueba de la perfección de la Iglesia como sociedad humana:

25

> « La Iglesia es sociedad perfecta, y toda sociedad perfecta tiene su jerarquía, sus grados, sus eminencias más o menos notables, su estado alto y su estado llano... Jesucristo la llamó Reino y en todo Reino existe la aristocracia y el pueblo...» .[25]

Esa visión monárquico-señorial de la sociedad le lleva a afirmar con naturalidad que nadie, si no es el Papa, puede pedir cuentas a los obispos. Si estos han creído oportuno callarse es porque habrán tenido buenas razones para obrar así. Por consiguiente, añade, el cura liberal se aparta de la ortodoxia católica y no es más que el agente de una propaganda peligrosa que pretende ganarse a cristianos ignorantes, victimas fáciles del más odioso de los despotismos: el despotismo intelectual que el nuevo régimen quiere imponernos (sic).

---

notabilidades hasta los artesanos más humildes: 1200 pernas han comulgado solemnemente. Unos días más tarde, un acto semejante se celebra en Elorrio.

[23] números del 4/6/69 y del 25/6/69 (en este último, un artículo de la serie titulada **Dios y sociedad**) A veces los ataques van acompañados de argumentos más consistentes. El Semanario critica las teorías de Saint-Simón y de Fourier, que, dice, se oponen a la doctrina de la Iglesia por su visión optimista del hombre:

> «...Aquí está la diferencia radical... el hombre es un ser débil, inclinado al mal desde la infancia a causa de la culpa de origen... los vicios que... atribuye a la sociedad, nacen no de la sociedad constituida. sino que tienen su origen en los hombres que la forman...»

Así pues, los males en los hombres no son de origen colectivo o social, obedecen a causas individuales y de orden moral. El liberalismo y el racionalismo, que recurren al análisis sociológico, son radicalmente falsos, concluye nuestra revista.

[24] «...no es más que la libertad del desorden, es decir la licencia de unos pocos, y la esclavitud de todos»

La Libertad, artículo de **Le Monde** reproducido por el Semanario en su nº del 13/78/69. Añade que el sistema parlamentario sólo funciona correctamente en Inglaterra. a pesar de los liberales y gracias a la Cámara de los Lores, «cuyo poder descansa en la propiedad tradicional» y en la existencia, más allá de las cámaras, de instituciones familiares y parroquiales muy arraigadas.

[25] Nº del 27/8/69. El cura, Antonio Aguado, es autor de un folleto titulado **Al clero español**, que, según nuestra revista, ha sido ampliamente difundido en Álava, «gratuitamente y a domicilio».

El sacerdote liberal incriminado se indigna y pierde la serenidad:

> «Siendo racionalista porque soy hombre, y católico porque soy racionalista, conocería luego que no son discursos lo que había de dirigir al fanatismo».[26]

El tono de esta respuesta facilita naturalmente la tarea del **Semanario**. A este le costara más trabajo, por el contrario, enfrentarse con clérigos moderados que, no obstante, no comparten sus ideas. Tal es el caso de una asociación creada en 1869 con el fin de apartar a los curas de las luchas políticas. El **Semanario** ataca ese intento de «neutralidad», pues en un momento —diceen que los obispos condenan la política religiosa del Gobierno y en que el Concilio se dispone a tratar de numerosos problemas políticos, es insensato predicar el apoliticismo y, con este pretexto, la revista vitoriana formula acusaciones sin fundamento contra la nueva asociación de eclesiásticos:

> «... no está distante el día en que estos curas liberales se declaren abiertamente anticatólicos. Valiera mes que lo hicieran pronto y no se cubrieran con el manto de la hipocresía para descatolizar a España...».[27]

[26]

A esa violencia verbal, los clérigos atacados responden que el periódico de Vitoria acusa sin pruebas y que por ello puede ser perseguido ante los tribunales; hacen observar también que los obispos no han condenado a su asociación.[28] La contestación tan comedida pone en un aprieto a los colaboradores del **Semanario**, que han de pedir perdón por algunas de sus declaraciones. Sin embargo, reaccionan enseguida diciendo que la asociación es poco representativa.[29]

A la condena doctrinal del liberalismo más moderado, asimilado desde ese momento al protestantismo, añade el **Semanario** un nuevo tipo de argumentación, que será abundantemente utilizado en los años siguientes, a saber: la incapacidad del régimen liberal, a la vez en los políticos y en lo social, para realizar las tareas que se asignara. En efecto, dice nuestra revista, el liberalismo es muy poco democrático, la monarquía constitucional que

---

[26] Recuerda el cura liberal, como si se tratara de algo evidente, que muchos sacerdotes se sirven de la Iglesia para defender mejor sus intereses personales o para apoyar a políticos retrógrados. Desde 1820, dice, una gran parte de la Iglesia ha pactado con la extrema derecha, despreciando los principios más elementales del Cristianismo. Muchos obispos y curas, concluye, han hecho de la Iglesia una institución que predica la violencia y el odio en lugar de la fraternidad. Nº del 27/9/1869.

[27] EI Semanario acusa a dicha asociación de recibir dinero de Montpensier y de apoyar la candidatura de este. Esa asociación ha escrito que la libertad religiosa es «....un suceso necesario que es preciso aceptar...» y nuestra revista declara que tal posición ha sido condenada por el episcopado español. luego exclama:

> «Nada hay a nuestros ojos más abyecto, más vil y más bajo que los curas liberales. Judas fue tan infame que vendió a su maestro: pero un cura liberal se vende a si mismo. Ellos son pocos en España. pero dan mucho ruido: forman asociaciones, fundan periódicos y escriben exposiciones a los ministros, y por fortuna. nunca pasan de una docena. Todos llenos de soberbia y de ambición se arrastran en busca de riquezas y honores. y se arrastran tanto que llegan a ser objeto de burla hasta para los mismo liberales a quienes adulan»

Artículo titulado **¡Hipócritas!** de Vicente de Balbuena. Nº del 3/9/69.

[28] «... si fuera un poco más lógico y razonador, habría notado, que al calificarnos de liberales, y luego de ambiciosos, ha incurrido en una contradicción, porque la experiencia debe haberle enseñado que para medrar en la Iglesia y en el Estado es más conveniente ser reaccionario que liberal». Nº del 24/9/69.

[29] Nuestra revista insiste en su carácter representativo y adelanta como prueba sus relaciones privilegiadas con el Vaticano y el reconocimiento que de ella hacen periódicos prestigiosos como **La Esperanza**, **la Regeneración y El Pensamiento Español**. Por el contrario. añade. La Gaceta del Clero, órgano de la asociación, cuenta apenascon doscientos suscriptores.

En el Nº del 29/10/69 y en los que preceden publica también una serie de artículos doctrinales sobre la historia del protestantismo cuya ideología, dice, sirve de base a la «nefasta filosofia alemana contemporánea».

Irurac-bat se burla de la propaganda del **Semanario** diciendo que sólo puede influenciar a gente atrasada y que por eso se edita en Vitoria, ciudad anacrónica. La revista católica responde elogiando la armonía social que reina en su ciudad:

> «...la aristocracia que por aquí conocemos es tan democrática que está a la disposición de todo el mundo. y es casi la única democracia práctica que hemos visto en nuestra vida: sin que se parezca en nada a otra democracia anticlerical cuyo más antiguo y autorizado representante ha merecido de un año acá el titulo de zar o emperador y los otros suelen ser poco más o menos». Nº del 12/12/69

pretende instaurar destruye por su base los fundamentos de la realeza.[30] Por otro lado, añade, sus reformas económicas han multiplicado las injusticias en lugar de reducirlas o aminorarlas.

El liberalismo católico y la minoría de sacerdotes que lo profesan ponen a veces en un aprieto a los teorizantes del **Semanario**, que no vacilan en tales casos en recurrir a la «amalgama», al anatema infundado, la mentira y hasta la calumnia para confundir a sus adversarios. Por más indignación que despierte semejante proceder, ha de admitirse que numerosos argumentos expuestos en la revista debían ser particularmente convincentes. En efecto, la actitud de los liberales de Guipúzcoa permite en ocasiones ridiculizar esa democracia por la que ellos abogan y, por otro lado, no era difícil demostrar el efecto social contraproducente de determinadas reformas llevadas a cabo por los liberales. EI periódico vitoriano sabe aprovecharse de esas debilidades. Recuerda, por ejemplo, en que condiciones ha sido hecha la «reforma agraria» en el siglo XIX. Las propiedades de la Iglesia —dice—, que tanto contribuían a aliviar la situación de los más pobres, han sido acaparadas por liberales advenedizos, «nuevos señores feudales». El Estado liberal —prosigue diciendo el **Semanario**— ha aumentado los impuestos y ha contribuido al endeudamiento de muchos campesinos, haciéndoles presa fácil de usureros, de manera que la situación de los propietarios humildes es más precaria, sobre todo en Castilla, que la de los antiguos aparceros.

27

Esos usureros no podían antes ejercer su triste oficio con la misma impunidad que ahora, pues la Iglesia los condenaba, pero, además, existían tales condiciones que los labradores no tenían necesidad de recurrir a ese tipo de prestamistas; en los años de escasez, la Iglesia socorría a los necesitados y prestaba dinero o simientes sin interés; ahora, desgraciadamente, no puede hacerlo porque la Iglesia es pobre, ha sido expropiada. Los liberales han despojado de sus bienes a los pueblos, privando a las corporaciones locales de todo recurso económico. En fin, han propiciado la degradación del paisaje, multiplicando las operaciones de desforestación que han acentuado la sequia y el empobrecimiento de los suelos; han roturado tierras de pastos provocando un retroceso de la ganadería. La explotación de tierras pobres ha permitido obtener algunas cosechas cuantiosas, pero, pocos años después, los rendimientos han disminuido, hasta el punto que la productividad de la agricultura española es regresiva. La reforma agraria ha dado lugar, por consiguiente, a un empobrecimiento general y a una agravación de la pobreza, de la miseria y de la delincuencia, concluye el **Semanario**.[31]

Conclusión

Hay que reconocer que, al margen de la apología del Antiguo Régimen, la critica que nuestra revista hace de determinadas reformas económicas no carece de fundamento. No es excesivo afirmar, por tanto, que la debilidad electoral de los liberales vascos y la fuerza de los defensores de la ideología tradicional procede en gran medida de las graves insuficiencias del liberalismo español. Esas carencias permiten a la revista recomendar la restauración de la Monarquía tradicional y ostentar cada vez con menos disimulo sus simpatías por el carlismo.[32]

---

[30] números del 18/6. del 20/8 y del 31/12/69

[31] Véase la serie de artículos de J.A. de Balbuena titulada **La Revolución y la humanidad**, y sobre lodo el Nº del 18/6/69

[32] En su número del 9 de julio, el **Semanario** publica **in extenso** la carta de Don Carlos a su hermano; y el 12 de noviembre una

¿Cómo no admirar la rapidez y la habilidad con que el periódico de la clase dirigente vasca reacciona ante los acontecimientos?

[28] Sabe siempre tocar los puntos esenciales en cada momento para preservar sus intereses y escoger el terreno más desfavorable para su adversario. Tiene empeño por encima de todo, lo mismo que el Clero de su tiempo, en conservar esa tutela ideológica y espiritual que la Iglesia ha sabido mantener en medio de las tormentas del siglo. El **Semanario** es capaz de rehacerse del choque provocado por la «setembrina» y consciente de su fuerza se muestra más intransigente que nunca, disponiéndose a enfrentarse en nuevas batallas. Los que le apoyan dan prueba de la misma determinación. La clase dirigente vasca aparece así, desde la revolución de septiembre, como uno de los sectores más dinámicos y agresivos de la reacción española.

---

traducción de dicha carta en euskera. Considera que al derrumbar a Isabel II, la revolución ha roto el pacto entre los Vascos y la Corona) que aquellos tienen derecho a elegir a otro rey. Aconseja, en consecuencia. que ese Rey sea:

« Don Carlos de Borbón y este... su abuelo fue el único que se postro ante el árbol de Guernica... Carlos VII ajeno a las rivalidades de los partidos será buen rey.

29

Capítulo VII. El carlismo en la legalidad democrática

La legalidad democrática instaurada en 1868 obliga a los dirigentes carlistas a adoptar formas de lucha a las que están poco acostumbrados. Los guerreros de otro tiempo y los conspiradores de siempre han de participar, durante cierto tiempo, en el juego de la democracia y del parlamentarismo.

Una parte de los moderados que han controlado el poder en la época isabelina y han ejercido el casi monopolio ideológico se acercan a los legitimistas, pero, al mismo tiempo, han de aceptar el desafío de la «libertad» y la competición política e ideológica en espera de poder combatir con otros medios a un régimen que repudian. Su participación en la vida democrática sólo es la etapa previa e inevitable, antes de recurrir a procedimientos más expeditivos

Estudiaremos sucesivamente, en dos capítulos, primero, la organización y la actividad del partido carlista en la legalidad, luego, el contenido de su propaganda.

I. LA ACTIVIDAD POLÍTICA

La resurrección de un viejo movimiento político

El Convenio de Vergara, en 1839, ha puesto fin a la primera guerra carlista en el País Vasco y ha asestado un golpe mortal al legitimismo. En efecto, la derrota da lugar a una profunda división del partido, pues muchos militares se incorporan al ejército gubernamental mientras que determinados políticos y teorizantes se acercan a los vencedores. El Partido sólo guarda a los más fieles, a los intransigentes, a los irreductibles, a quienes tienen cuentas pendientes o resentimientos tenaces. En dos ocasiones, intentaran reanudar la guerra.

30

El Pretendiente, que sigue llamándose Carlos V, refugiado en Francia, se halla consignado en Bourges donde, el 18 de mayo de 1845, renuncia a sus derechos al trono de España en favor de su hijo Carlos Luis que toma el título de Conde de Montemolín.

Seis años después de haber acabado el primer conflicto dinástico, estalla una nueva insurrección en Cataluña, pero sólo tiene repercusiones en las demás regiones. Es la guerra llamada de los **Matiners** o **Matinets**. La rebelión empieza en setiembre de 1846 con Tristany que aclama a la vez a Carlos VI y a la Constitución, pero va a ser detenido rápidamente y ejecutado. Otros jefes intentan en vano atraerse la simpatía de algunos sectores de izquierda, hostiles a la Reina; el general Pavía consigue diezmar a las partidas a finales de 1847.

Los esfuerzos para sublevar a Aragón, Burgos y se ven condenados al fracaso. En el País Vasco, aparecen algunos rebeldes en Navarra y Guipúzcoa, pero el Ejército, mandado precisamente por veteranos carlistas que han obtenido un puesto en el ejército nacional, los reduce sin dificultad

En Cataluña, la insurrección recibe un nuevo impulso con la llegada al teatro de operaciones,

en junio de 1848, de Cabrera, el prestigioso jefe del «Centro» en la primera guerra. La caída de Luis Felipe en Francia y la eficacia del viejo guerrillero confieren gran amplitud al movimiento, de forma que el Gobierno ha de movilizar un ejército de 70.000 hombres cuyo mando se confía al general Córdoba. Carlos VI se pone a la cabeza del ejército rebelde. Los gubernamentales recurren entonces a la corrupción de los diversos jefes enemigos y hasta intentan envenenar a Cabrera; la rebelión va a ser por fin sofocada y Cataluña queda pacificada en mayo de 1849

31

En definitiva, aparece con claridad que algunos carlistas, en medio de su debilidad, intentan modificar el contenido de su política y de sus alianzas. Al parecer, Cabrera ha cambiado en el exilio, pues se le atribuye la siguiente declaración:

> ''Nuestros pasos tienen que ser muy diferentes de los pasos de otros tiempos, de la época de los frailes, de la Inquisición y del despotismo».[1]

En 1860, se produce una nueva intentona; el actor principal es el general Ortega, gobernador militar de Baleares, que, según parece, cuenta con apoyos en el gobierno y hasta en la propia Corte. El 2 de abril, el Pretendiente desembarca en San Carlos de la Rápita, pero se detiene enseguida a los conjurados. Ortega va a ser juzgado y condenado a muerte en condiciones algo irregulares con el fin de que no se conozcan a ciertas personalidades comprometidas. Carlos VI firma una declaración en la que renuncia a sus derechos al trono, pero, en cuanto regresa a Francia, declara nula el Acta de renuncia firmada en España.

Con motivo de esa rebelión, el Arzobispo de Toledo, antiguo dignatario de la corte de Carlos V, envía un mensaje de adhesión a Isabel en el que condena despiadadamente a sus antiguos correligionarios.

En 1868, muchos militantes quisieran que Cabrera asumiera la dirección del Partido, pero aquel no tiene las mismas concepciones que Don Carlos y este, para separarse del viejo guerrillero, convoca una Asamblea en Vevey en 1870. Numerosas personalidades y representantes de las diversas juntas carlistas que se han creado en España asisten a esa reunión. Cabrera se ve apartado de la dirección, pese a su enorme prestigio junto a los viejos legitimistas.[2] Estos han recorrido el largo y penoso camino que va del aislamiento a un puesto de primera importancia en la vida política española.

31

El auge del Partido

Un hecho sobresaliente de la vida política española de 1868 es el espectacular ascenso del carlismo. Sus beneficiarios atribuyen ese éxito, por un lado, a la fe religiosa de los Españoles, impulsados a hacer cualquier sacrificio para defender la religión amenazada, y, por otro lado, al peso de la tradición que aquellos definen con dificultad y de manera metafórica como el apego a una vieja casa familiar que urbanistas innovadores quisieran destruir. Un escritor legitimista conocido invoca también razones de orden político para explicar las recientes simpatías carlistas de tantos ciudadanos.[3] Entre esas razones, cita el balance negativo del largo reinado de Isabel II, caracterizado, según el, por una larga serie de pronunciamientos, de constituciones violadas, de incendios de templos, de detenciones y ejecuciones, y por una

---

[1] R. Oyarzun. **Op. Cit.** p. 225.
[2] Resumimos lo que expone Oyarzun: **Ibid.** pp. 219. 230-238. 260-269
[3] Vizconde de la Esperanza: **La bandera carlista en 1871**, Madrid, imprenta de **El Pensamiento Español**, 1871.

perpetua corrupción de la que se han aprovechado militares y funcionarios. Esa corrupción es la que lleva a la revolución, provocada con el fin de satisfacer los intereses mezquinos de una coalición de partidos y de algunos dirigentes políticos y militares. Pero, prosigue diciendo el mismo autor, también las masas populares intervienen en 1868 con la esperanza de que sus problemas sean resueltos. Desgraciadamente, los políticos del nuevo régimen hacen promesas que no podrán cumplir y, como bien dice Paul y Angulo, el pueblo se vera, una vez mas, engañado y traicionado (sic). Esto, añade el autor, es natural e inevitable pues los dirigentes de la Revolución son gente ambiciosa que no tiene ninguna intención de resolver los problemas del pueblo. Los únicos sinceros son los republicanos, pero también estos fracasaran pues su programa es demasiado radical y los demagogos se encargarán de extremarlo aún más para hacerlo totalmente inaplicable.[4] El porvenir, concluye, pertenece a los carlistas.

Todos los autores de ese partido se complacen en señalar el transito de una época sombría para ellos a un período de esplendor.

Tras la primera guerra, la tentación de negociar con los liberales más moderados asalta a amplios sectores del partido. Balmes, apoyado por Francia, preconiza el matrimonio de Carlos VI con la reina Isabel, con el fin da unir las dos ramas del árbol genealógico, pero ese proyecto fracasa.

33 Cuando mueren, en condiciones misteriosas, el Conde de Montemolin y algunos miembros de su familia, asume la sucesión Don Juan, hermano del Pretendiente. Don Juan vive separado de su esposa, ostenta ideas liberales y escandaliza a sus secuaces; **La Esperanza** llega a considerarlo loco. Los viejos legitimistas, apesadumbrados, cifran sus esperanzas en el hijo de Don Juan, Don Carlos. Este se ha educado en la corte de Módena, «la más reaccionaria de Europa», y ha vivido algunos años en Praga sin contacto con los Españoles. Su familia quiere sustraerlo a la «aventura» española. En determinado momento, intentan casarlo con una hija de Isabel II; tampoco ese proyecto se ve coronado por el éxito. Don Carlos reside luego en Venecia donde conoce a Margarita de Parma que llega a ser su esposa en 1867. En Venecia, emprende una actividad política. Cuando los progresistas realizan gestiones para derribar a Isabel II, proponen a negociadores carlistas, entre los cuales figura Cabrera, que Don Carlos llegue a ser Rey ''constitucional» de España. Esas negociaciones no dan ningún resultado.

Don Juan acaba por abdicar y su hijo, desde entonces Pretendiente oficial, se dirige a los reyes de Europa para darles cuenta de sus intenciones; tratara de conciliar las ideas tradicionales de su partido con las exigencias de los nuevos tiempos. En 1868, los carlistas disponen pues de un príncipe joven, entusiasta y ambicioso. El viejo partido legitimista puede emprender una nueva actividad política.

La personalidad del nuevo Pretendiente le atrae gran número de adictos; el crecimiento del Partido hace que surjan en él tendencias. El historiador carlista R. Oyarzun las delimita así:

«Había los neocatólicos, muchos en número, como Aparisi, Navarro Villoslada... que eran pacifistas y partidarios de la lucha legal; había los cabreristas, de matiz más transigente y moderno, partidarios de imprimir al carlismo un rumbo más en consonancia con los tiempos, dispuestos a luchar por vía legal o por la fuerza, pero con un programa menos cerrado e intransigente. Estos eran mirados como heterodoxos y masonizantes por los puros, por los católicos a machamartillo, pletóricos de intransigencia y de agresividad... Y había, por último,

[4] «En la otra bandera ofrece la república más de lo que puede cumplir pero lo ofrece con sinceridad. y acaso lo cumpliría si el aliento revolucionario de que se ha nutrido no hubiera engendrado en su seno la demagogia»
Ibid. p. 64.

un gran número de veteranos de la primera guerra civil, que se hallaban equidistantes de los neocatólicos y de los cabreristas, y que constituían el núcleo más leal y fiel a Don Carlos.».[5]

34

Después del «desenfreno revolucionario», sólo los legitimistas están en condiciones de restablecer el orden y la justicia, pretenden los autores carlistas. Las masas, afirman, no tienen ganas de reivindicar, pero el reparto de sinecuras da lugar a rivalidades y descontento de quienes han obtenido menos, lo que provoca una codicia desmesurada que se extiende hasta el pueblo. Este, en algunas regiones y sobre todo en Andalucía, confisca tierras. Esos atentados contra el derecho de propiedad y los ataques contra la Religión y la Iglesia despiertan la indignación de mucha gente. La propaganda antirrevolucionaria se difunde con rapidez; las asociaciones católicas crecen deprisa, una campaña de protesta contra los obstáculos que se imponen a la práctica religiosa reúne en poco tiempo tres millones y medio de firmas, la propaganda en favor de D. Carlos se amplifica. El folleto de Aparisi **El Rey de España**, editado en 50.000 ejemplares, se agota en seguida. En todas partes aparecen círculos carlistas, las biografías del Pretendiente y de su esposa se difunden intensamente y más de tres millones de retratos de los Príncipes se distribuyen en tres años, concluye un escritor contemporáneo.[6]

Esos testimonies ponen de relieve algunos aspectos importantes que pueden ayudar a comprender el éxito del carlismo. La vocación de este parece ser la de reunir a los privilegiados asustados por las reformas que el pueblo reclama o podría reclamar, y la de atraer a las masas católicas indignadas por algunos excesos anticlericales. Sin embargo, los autores que estudiamos nos descubren también que el carlismo sabe aprovecharse de la ausencia de reformas y de las promesas vacuas del equipo dirigente del 68 y de los liberales que le han precedido. Esos autores explotan con cierto cinismo las carencias del liberalismo, pues, por su parte, no son en absoluto partidarios de dar satisfacción a las masas populares. Cuando evocan la corrupción de la época isabelina, tienen cuidado de no denunciar a los verdaderos responsables y la imputan a subalternos, funcionarios o militares. No obstante, la explicación sociopolítica sólo tiene para ellos un valor secundario, pues, a su modo de ver, el éxito de los legitimistas es fruto ante todo de su superioridad moral, debida, a su vez, a la **verdad** que ellos detentan de manera exclusiva

35

La organización

El auge del partido carlista se produce, en su primera etapa, de manera más o menos espontanea y muchos responsables sienten la necesidad de dotarlo de una organización eficaz con vistas a afrontar en mejores condiciones las campañas electorales.

Candidatos elegidos en 1869 y directores de periódicos carlistas o **neo**s crean una junta central encargada de la dirección del partido para los problemas electorales y parlamentarios. Esa junta está compuesta de hombres de ilustre familia; su presidente, el marqués de Villadarias, es un aristócrata rico con reputación de caritativo; el secretario es J.M. Muzquiz, diputado por Navarra, perseguido y detenido con frecuencia por su actividad conspirativa.[7]

No obstante, la táctica de los carlistas es aún vacilante y ello se refleja en la organización

---

[5] Oyarzun: **Op. Cit.** pp. 220-224 y 260.
[6] Vizconde de la Esperanza: **Op. Cit.** pp. 10-100, **passim**.
[7] J.M. Fauno y Balaguer. **La organización de la Comunión carlista Folleto político por ... redactor de La Esperanza**, Madrid 1870, in **Opúsculos**, n. 71. pp. 22-25, Seminario Diocesano de Vitoria.

misma.

En cada provincia, un comisario regio, encargado de las cuestiones «civiles», comparte la dirección con un comandante general. El primero busca fondos vendiendo bonos que deberán ser reembolsados cuando D. Carlos llegue al trono; los jefes militares tratan de conseguir prosélitos y muchos oficiales en ejercicio se ponen a disposición del Pretendiente.

El Príncipe, por medio de una carta a su hermano, difundida en julio de 1869, dirige su primer manifiesto al pueblo español. Algunos legitimistas preparan entonces un levantamiento que fracasa en agosto de ese mismo año. Ese infortunio descubre las debilidades de la organización del partido y la división de los carlistas. Responsables del interior difunden rumores según los cuales Cabrera se haría cargo de la dirección; se elabora un folleto en el que se acusa al régimen de ser responsable de la violencia y de ejercer una represión contra todos los adversarios, carlistas o republicanos. Frente a la violencia institucional (sic), los carlistas o pretenden ser los mejores defensores de la legalidad e invitan a sus militantes a jugar honradamente la carta de la democracia y a unirse para asegurar el triunfo del legitimismo por vía legal.

36 Don Carlos viaja por Europa para convencer a las Cancillerías de su sincero deseo de respetar la legalidad y de adaptar las viejas concepciones tradicionalistas a las nuevas realidades. Entre tanto, Cabrera propone una reorganización del Partido con juntas en las provincias, distritos y localidades, con un centro coordinador: la Junta central.[8] De ese modo, en 1871, el partido carlista llega a ser una organización unificada a nivel nacional, con ramificaciones en las diversas zonas del país.

El número de juntas de cada provincia puede dar idea de la implantación geográfica del carlismo.[9] Viene en primer lugar Madrid, seguido de Valladolid, Burgos, Oviedo, Zaragoza, Ciudad Real y Salamanca, en la mitad Norte de España. Al Este, por orden de importancia, Castellón, Murcia y Albacete. Córdoba y Sevilla son las provincias más carlistas del Sur y, en Cataluña, el primer puesto lo ocupa Gerona. En el conjunto de Aragón la implantación es débil.

Como puede observarse con facilidad, la profusión de juntas no siempre coincide geográficamente con la densidad de la prensa legitimista. Ya hemos visto, en el capítulo II, que la propaganda ere especialmente insistente en algunas regiones periféricas más bien de izquierdas, mientras que las juntas son más numerosas en las regiones agrícolas del interior. En realidad, esa implantación no es el mejor indicador de la influencia del carlismo en las diversas zonas, pues basta con disponer de algunos notables adictos para crear una junta. Estas son, en nuestra opinión, la forma de organización adoptada por los nuevos carlistas, los

[8] Vizconde de la Esperanza: **Op. Cit. pp**. 373-377.

[9] **Número de Juntas provinciales y de distrito**:

Albacete	= 3	Granada	= 1	Soria	= 1
Alicante	= 1	Guadalajara	= 1	Segovia	= 1
Ávila	= 2	Logroño	= 2	Sevilla	= 4
Badajoz	= 2	Lugo	= 2	Tarragona	= 2
Barcelona	= 1	Madrid	= 11	Teruel	= 2
Coruña	= 1	Murcia	= 3	Toledo	= 1
Cuenca	= 1	Orense	= 1	Valladolid	= 5
Gerona	= 4	Zamora	= 3	Zaragoza	= 1
Jaén	= 4	Córdoba	= 9	León	= 2
Burgos	= 3	Santander	= 5	Cáceres	= 2
Vitoria	= 1	Castellón	= 5	Palencia	= 1
Ciudad Real	= 4	Salamanca	= 2	Lérida	= 1
Huesca	= 1	Huelva	= 1		

Según el Vizconde de la Esperanza: Op. Cit. pp. 388-428.

neos, mientras que los viejos legitimistas recurren a otros medios, más discretos o más clandestinos

37

Con respecto a las juntas, se puede observar que su importancia numérica en el País Vasco es muy escasa. No hay ninguna junta de distrito pues sólo existe una junta provincial en Vitoria. Del mismo modo, el País Vasco tiene muy poca representación en Vevey,[10] en 1870; no obstante, los legitimistas tienen gran influencia en esta región. Para explicar semejante anomalía, hay que pensar que la autonomía permite a los conservadores, antiguos y nuevos carlistas, hacer campaña en favor del legitimismo a partir de las estructuras de la administración.

La tarea organizativa va acompañada de un amplio despliegue propagandístico del que hemos dado cuenta en el capítulo II. Con esos nuevos medios los carlistas afrontan al cuerpo electoral.

La actividad electoral

Examinemos con algún detenimiento el resultado de las diversas elecciones y el comportamiento de los carlistas en las campañas electorales.

a) 1869:

En las Constituyentes de 1869, los carlistas obtienen más de cien mil votos en las provincias donde presentan candidatos.[11] En todo el país, 77 «católicos» aspiran a obtener un puesto de diputado; van a ser elegidos 24, de los cuales 16 en las provincias vascas.[12]

Al comparar las listas de candidatos y de diputados electos se notan ausencias significativas, por ejemplo, los diputados de Barcelona, Gerona, Ciudad Real, Oviedo y Álava no figuraban en la primera. Es probable que algunos diputados carlistas no hayan descubierto su identidad política hasta después de la elección o simplemente han adherido a ese partido después de

[10] **Oyarzun**: **Op. Cit.** pp. 261-264.
[11] Fauno y Balaguer: **Op. Cit.** p. 7.
[12] **Candidatos carlistas y candidatos elegidos. por provincias:**

Candidatos

Madrid	= 7	Soria	= 3	Granada	= 5
Castellón	= 6	Guipúzcoa	= 4	Motril	= 5
Manresa	= 5	Játiva	= 7	Vich	= 5
Palencia	= 4	Navarra	= 6	Toledo	= 6
León	= 4	Vizcaya	= 4	Salamanca	= 6

Elegidos

Barcelona	= 1	Oviedo	= 2	Guipúzcoa	= 4
Ciudad Real	= 1	Salamanca	= 1	Navarra	= 6
Gerona	= 3	Álava	= 2	Vizcaya	= 4

Diputados vascos carlistas:
ALAVA: F. Juan de Ayala y R. Ortiz de Zárate.
GUIPÚZCOA: I. Alcíbar y Zabala, M. Unceta y Murua, V. Manterola y T. Olazábal.
VIZCAYA: J.M. de Arrieta Mascarúa, P. Isasi Isasmendi, A. de Arguinzóniz y Aparisi y Guijarro.
NAVARRA: Cruz Ochoa. J. Ochoa de Olza, N. Zabalza. M. Echeverría, M. Bobadilla y P. García Falcés.
Vizconde de la Esperanza: **Op. Cit.** pp. 231-233.

su investidura, lo que incita a pensar que determinados políticos moderados han vacilado antes de escoger partido.

En 1869, el éxito carlista es relativo y modesto con respecto a las ambiciones del Partido. Los diputados que este obtiene no son más que una corta minoría en el Parlamento que cuenta, sin los de ultramar, con 352 diputados. Observemos, no obstante, una excepción, la de las provincias vascas, donde casi todos los diputados son legitimistas o afines. Estos, por si solos, constituyen los dos tercios del grupo parlamentario carlista; han obtenido todos los escaños de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya y seis de los siete de Navarra.

38 En Álava, la única provincia de la que poseemos datos precisos, las abstenciones superan ligeramente el promedio nacional (34% contra 30% de media española), de forma que los carlistas se han llevado el 80% de los votos emitidos.[13] En Navarra, la aplastante victoria de los tradicionalistas sorprende los liberales de Pamplona que, al parecer, intentan organizar una provocación para que se anulen las elecciones.[14]

Al año siguiente, en agosto de 1870, los carlistas emprenden una conspiración armada, de acuerdo con el Alto Mando legitimista; este, desilusionado sin duda por el resultado de las elecciones, prueba suerte jugando otra carta. La insurrección se produce en las cuatro provincias vascas y en la Rioja, pues todo el País Vasco, como acaban de demostrarlo las elecciones, es especialmente adicto a los rebeldes que, además, cuentan con solidos apoyos en el Ejército. En realidad, se trata de una trampa tendida por el Gobierno. Este quiere asestar un golpe definitivo al carlismo, atacándolo en su propio feudo, para lo cual incita a un jefe militar, Escoda, a preparar una falsa conspiración. La maniobra produce sus resultados ya que la represión que se desencadena tras la **escodada** permite la detención de algunos responsables y la imposición de multas a quienes han tornado parte en la insurrección fallida.[15] Pero ese contratiempo no desanima a los legitimistas que, un año después, se presentan de nuevo ante los electores.

b) 1871

En algunas regiones, los carlistas se alían con los republicanos para combatir conjuntamente a la monarquía de Amadeo que ambos reprueban. Ese acuerdo, llamado **contubernio**, es más favorable a los carlistas, menos «disciplinados» electoralmente que sus aliados. Los legitimistas obtienen así 51 diputados de los 391 que componen la Cámara, es decir, 13,7% de los escaños, lo que ya es una minoría respetable.

39 En el País Vasco, el triunfo es casi total, como en las elecciones anteriores. Todos los puestos de Álava y de Vizcaya son atribuidos a legitimistas que se llevan también seis de los siete escaños de Navarra y tres de los cuatro de Guipúzcoa. En esta provincia, el diputado electo por San Sebastián es un monárquico constitucional que ha vencido al dirigente carlista Dorronsoro. En Navarra, el partido de Tudela ha elegido a un candidato de la coalición gubernamental.[16]

Ha habido algunos incidentes a lo largo de la campaña. En Vitoria, según los carlistas, las

---

[13] M. Cuadrado: **Op. Cit. Constituyentes de 1869: Álava**.
[14] **Vizconde de la Esperanza**: **Op. Cit.** pp. 234-237.
[15] **Ibid**. pp. 506-530 y Jaime del Burgo: **Antecedentes de la Tercera guerra carlista**, Diputación foral de Navarra. Temas de Cultura popular, Nº 188, pp. 16-18
[16] M. Cuadrado: **Op. Cit. Elecciones de 1871: Álava, Guipúzcoa, Navarra. Vizcaya.**

elecciones han sido organizadas y controladas por gente adicta al Gobierno, pero las mayores irregularidades se han dado en Labastida. Al parecer, unos días antes de las elecciones, el gobernador destituye al Alcalde y los pocos liberales de dicha localidad intimidan y provocan al electorado carlista para que este no acuda a las urnas.[17]

También han debido de producirse actos similares en Navarra, sobre todo en el partido de Tudela. En Cascante, por ejemplo, el sindicato carlista que en las elecciones anteriores había obtenido 900 votos no tienen ninguno en 1871. En el Baztán, los liberales han deformado voluntariamente la ortografía del nombre del candidato carlista Muzquiz transformándolo en Musquiz, lo que da lugar a la anulación de todas las papeletas en las que figura este último nombre.[18]

c) Abril de 1872:

Esas elecciones, algo manipuladas por el Gobierno, registran un retroceso de los carlistas en el Parlamento donde ya no tienen más que 38 deputados. En esa época, los legitimistas han decidido ya recurrir a las armas, lo que les lleva a aconsejar la abstención en las elecciones siguientes. Es posible que ya en abril muchos electores hayan preferido abstenerse. Pero, en el País Vasco, el electorado se deja llevar por el mismo reflejo que el año anterior. Los carlistas obtienen uno de los dos escaños de Álava, tres de los cuatro de Guipúzcoa, seis de los siete de Navarra y la totalidad en Vizcaya.

40

d) Agosto de 1872:

El porcentaje de abstenciones en el conjunto de España pasa del promedio habitual del 30% al 54%. El retraimiento alcanza altas proporciones en las provincias de Levante y en Cataluña, pero es, no obstante, el País Vasco el que ocupa el primer lugar, pues la abstención es superior al 80% en las cuatro provincias. De hecho se trata de un verdadero plebiscito en favor del carlismo.

En Álava, la quinta parte del cuerpo electoral elige a dos diputados independientes; en Vizcaya, se vota casi exclusivamente en el partido de Bilbao; en los demás, los votos se cuentan por decenas. En Navarra, la concentración de votos se produce en los partidos de Pamplona y Tudela. En Guipúzcoa, en fin, con sólo 16% de votantes, se eligen a tres diputados radicales en la provincia y a un sagastino en San Sebastián.

Una vez mas, el escrutinio pone de manifiesto la importante influencia carlista en las provincias vascas y, las zonas en que esa influencia es especialmente preponderante. Fuera de algunos núcleos urbanos, la región es adicta masivamente a las fuerzas más reaccionarias de España. Los centros urbanos, adeptos del Liberalismo, ofrecen tonalidades diversas según las zonas; ese liberalismo es más moderado en Álava y algo más derechista en San Sebastián que en otras localidades de la provincia.

---

[17] **Vizconde de la Esperanza**: **Op. Cit.** pp. 582-584.
[18] **Ibid.** pp. 615-619

e) 1873:

Muchos partidos toman ejemplo de los carlistas y aconsejan como estos la abstención. Las elecciones sólo interesan a los republicanos y a algunos demócratas que se esfuerzan por salvar las instituciones vigentes. El promedio nacional de abstenciones asciende al 60% pero, en la mitad norte de España, el promedio oscila del 65 al 85%. Los candidatos republicanos triunfan en todas partes con el 91% de los votos emitidos: España está dividida en dos campos

En las provincias vascas, el porcentaje de abstenciones se eleva al 90%. En Álava, sólo se vota en Vitoria para elegir a un diputado radical, lo que subraya la amplitud de la corriente antirrepublicana. En Vizcaya, sólo hay verdadera elección en Bilbao y Durango, pero se cubren los cuatro puestos. En Guipúzcoa, por el contrario, dos escaños quedan vacantes y sólo se atribuyen los puestos de San Sebastián y de Tolosa. Los nuevos diputados de Guipúzcoa y Vizcaya pertenecen a la corriente federalista, la más izquierdista del partido republicano.

41 El rechazo de las urnas recuerda con insistencia que el carlismo ha penetrado profundamente en tierra vasca, pero hay que consignar también que los núcleos republicanos de Vizcaya y Guipúzcoa son vigorosos.[19]

Políticos tradicionalistas vascos

Con las elecciones emergen determinados responsables legitimistas que se dan a conocer ante el público. Reproducimos en la nota la lista de los elegidos en 1871, el año más significativo desde el punto de vista electoral.[20]

¿Quienes son esos elegidos? Grosso modo, podríamos clasificarlos en tres grupos: antiguos legitimistas de la región, políticos vascos conservadores que se hacen carlistas y personalidades foráneas.

Los primeros pertenecen en general a la antigua nobleza; son terratenientes que viven fundamentalmente de sus ingresos agrarios y que tienen fuerte arraigo en el campo, donde gozan de gran prestigio, sobre todo en las zonas en que se sitúa su residencia principal.[21]

---

[19] M. Cuadrado: **Op. Cit. Elecciones de 1872 y de 1873: Alavan, Guipúzcoa, Navarra, Vizcaya**.

[20] **Carlistas elegidos en el País Vasco en 1871:**

Diputados	**Senadores**
ÁLAVA: I. Varona (Amurrio),	Obispo de Vitoria,
R.O. de Zárate (Vitoria)	Id. de la Habana,
	Barón de Rada,
	F. de Rivas.
GUIPÚZCOA: I. Alcíbar y Zabala,	Obispo de Cuenca,
B. Rezusta, M. Unceta y Murua	A. Aparisi y Guijarro,
(Partidos de Azpeitia, Tolosa y Vergara,	Conde del Valle,
respectivamente)	Marqués de San Millán.
VIZCAYA: A. Novia de Salcedo,	Marqués de Valdespina,
J.L. de Antuñano,	Obispo de Jaén,
A.J. de Vildósola,	J. Niceto Urquizu,
y C. Nocedal (Partidos de Bilbao, Durango,	J. Arechaga.
Guernica y Valmaseda, respectivamente)	

[21] Rodrigo I. de Varona. diputado de Amurrio, miembro de una antigua familia aristocrática y legitimista. Gran propietario terrateniente.

Junto a esos aristócratas figuran, como antiguos carlistas, algunos periodistas y conspiradores «profesionales», muy conocidos, sea por su lealtad a la Causa, sea por su talento de polemistas.[22]

El segundo grupo está formado por conservadores que se proclaman carlistas después de la «setembrina». En tiempos de Isabel II, han participado en la vida política nacional o regional; con frecuencia, han ejercido funciones «forales» y son adeptos acérrimos del fuerismo. Inútil decir que pertenecen a la clase privilegiada, pero a un sector más urbano que el grupo precedente.[23]

42

En fin, pertenecen al tercer grupo los que vienen de fuera de la región, vinculados a esta por lazos familiares o sentimentales. En ese grupo se hallan mezclados intelectuales, políticos conservadores y grandes propietarios.[24] Emparentados con ellos algunos eclesiásticos elegidos en las provincias vascas.[25]

J. L. de Antuñano. diputado de Valmaseda, antigua familia carlista, gran propietario terrateniente; ejerce como Abogado en Madrid donde contribuye a la organización de su partido.
Demetrio Iribas, diputado de Tafalla. Su padre fue expropiado en la primera guerra carlista. Emparentado con la más antigua nobleza española.
Francisco de Paula Rival, senador de Vitoria. noble descendiente de legitimistas y miembro de una familia que cuenta con buen número de canónigos. Propietario de vinas en la Rioja.
Benigno de Restuza y Avendaño, diputado de Tolosa, de la aristocracia antigua: oficial de Marina; obtiene importantes ingresos de sus propiedades. En las elecciones de 1871, vence a su adversario liberal, general Rafael Echague, con 86% de los votos emitidos. El Marqués de Valdespina. senador de Vizcaya. Combatiente en las filas carlistas en la primera guerra. rechaza todo compromiso con el régimen victorioso hasta tal punto que, cuando las Juntas de Vizcaya. en la época isabelina, lo eligen Diputado general, el gobernador militar se opone a su nombramiento.
Vizconde de la Esperanza: **Op. Cit.** pp. 7-11, 96-97. 170-175, 176-178, 217-218 y 245-247, respectivamente.

[22] Cesáreo Sanz y López, diputado de Pamplona, nació en esta ciudad. En tiempos de Isabel II, ejerce como abogado. pero va a ser detenido y deportado varias veces a causa de sus actividades conspirativas. En las elecciones. aplasta a su adversario. pues se le conoce como defensor obstinado de la autonomía de su provincia. Cruz Ochoa, diputado de Navarra. de origen humilde: empieza como guardia civil y ejerciendo ese oficio hace la carrera de Derecho y llega a ser profesor en la Universidad de Zaragoza. Va a darse a conocer como periodista y director de **El Legitimista**. En la última guerra va a apoyar a Santa Cruz hasta el último momento frente al Estado-Mayor carlista.
Antonio J. Vildósola. diputado de Guernica, aristócrata de Bilbao, ex redactor de **La Esperanza**, ex director de **La Regeneración**.
Luis Echevarría y Peralta, diputado de Aoiz. hijo de exiliados de la primera guerra. colaborador de Nocedal. periodista de **El Pensamiento Español**
Ibid. pp. 33-36, 116-120, 156-158 y 250-254, respectivamente.

[23] R. Ortiz de Zárate. diputado de Vitoria. Historiador y jurista. ex Diputado general de Álava, diputado en las Cortes en 1858. defensor de la autonomía de las provincias vascas, colaborador del **Semanario Católico** de Vitoria.
Barón de Rada. senador de Álava, ex concejal de Vitoria, uno de los primeros contribuyentes de la provincia.
Manuel Unceta y Murua, diputado de Vergara, Diputado general en 1868, diputado a Cortes en 1869, defensor de la autonomía del País Vasco.
José Niceto de Urquizu, senador de Valmaseda, Diputado General de 1868 a 1870. Alejo Novia de Salcedo, diputado de Bilbao, hijo del gran teorizante del fuerismo y Diputado general.
Ibid. pp. 12-15, 278. 94-95 y 282-284, respectivamente.

[24] Antonio Aparisi y Guijarro, senador de Guipúzcoa, después de haber sido diputado por Valencia. su región natal, en 1858 y 1869. Abogado, periodista, escritor, uno de los grandes teorizantes del tradicionalismo; considera que las provincias vascas son un modelo, el ejemplo que hay que imitar.
Ignacio Alcíbar y Zabala, diputado de Azpeitia, alumno de los jesuitas, estudiante en París, gran propietario terrateniente en Zaragoza.
J.M. Múzquiz. diputado de Estella, nacido en la Habana. Muy joven reside en Tafalla, de donde su padre era oriundo. luego ejerce como abogado en Madrid antes de ocupar puestos en las Cortes isabelinas. Secretario de la Junta Central Católico-monárquica.
J.J. Arechaga y Landa, senador de Vizcaya. oriundo de esta provincia. economista de reputación.
Marqués de San Millán. senador de Guipúzcoa, propietario de una gran fortuna. Conde del Valle, senador de Guipúzcoa, gran propietario terrateniente.
Ibid. pp. 16-17, 109. 111-115. 273-275, 279 y 295. respectivamente.

[25] D.M. Alguacil y Rodríguez, senador de Álav, antiguo obispo de Badajoz y primer obispo de Vitoria.
A. Monescillo. senador de Vizcaya, obispo de Jaén y antiguo obispo de Calahorra, diócesis a la que pertenecía gran parte del País Vasco antes de la creación de la de Vitoria.
M. Paya, senador de Guipúzcoa. miembro de una familia ilustre de Alicante, Obispo de Cuenca.
El arzobispo de la Habana. senador de Álava. oriundo de esta provincia. **Ibid**. pp. 110, 28-31. 237-238 y 266-267, respectivamente.

Puede comprobarse con facilidad que los representantes del País Vasco en el Parlamento español forman parte casi uniformemente de las «grandes familias»; son notables que siguen detentando el poder provincial y local. La setembrina no provoca pues en esta región ninguna «ruptura» de poder y las relaciones cordiales entre políticos y dignatarios de la Iglesia, que se entablan en la época isabelina y que la revolución compromete, se mantienen y se consolidan en el País Vasco.

Conclusión

No hay duda que la coyuntura creada en 1868 provoca la resurrección del partido carlista. Este ha perdido importancia a lo largo del reinado de Isabel II hasta verse reducido a una minoría de nostálgicos del pasado, un puñado de conspiradores impotentes. Incluso sus ideas y sus objetivos han sufrido el desgaste de los años; corrientes nuevas han contaminado a muchos militantes y dirigentes, de Cabrera al príncipe Don Juan. Pero llega la «setembrina»; las amenazas que contiene, tanto como sus flaquezas, provocan la avalancha de los neos que crean un nuevo partido carlista y montan un aparato de propaganda sin precedente, para hacer la guerra a la «revolución». La composición sociológica y las ideas proclamadas de los recién llegados no dejan subsistir ninguna duda respecto al carácter ultrarreaccionario del movimiento al que infunden nueva vida. En ese remozamiento, los viejos legitimistas, los veteranos, se marean un poco. Fieles a un modelo fijo, deben sentirse, en lo ideológico, más cerca de los neos que de su antiguo dirigente Cabrera, quien, por su parte, ha evolucionado, pero aquellos carecen del halito popular que, en otro tiempo, confirió tanto prestigio al viejo caudillo. ¿A qué santo encomendarse, cuando por por añadidura, los neófitos les invitan a participar en «el juego estéril del parlamentarismo», mientras que ellos están esperando que el guerrillero legendario les mande «echarse al monte»? Tanto más cuanto que la batalla electoral lleva, en definitiva, el fracaso; ¿cómo no desconcertarse ante esa táctica doble del legalismo y de la insurrección? Pudiera ser que el infortunio de 1872 se le da parcialmente a la confusión que así se ha creado. ¿No hubiera valido más fijar, de una vez para siempre, el buen camino?

43

En realidad, las vacilaciones de los dirigentes responden a una it nación española perturbada e inestable. El equipo que toma el poder en 1868, debido a su propia heterogeneidad y a la intervención de las masas populares, no sabe muy bien hacia donde va y se ve sometido a luchas internas. De ahí procede, sin duda, la agitación que conoce España desde la «Gloriosa». En medio de la tempestad el País Vasco es un remanso de paz.

En 1868, nada nuevo ocurre en esta reina la tranquilidad, las autoridades municipales y provinciales, exceptuando a la Diputación de Guipúzcoa, permanecen en sus puestos hasta el fallido levantamiento de 1870. Y es que, a lo largo del reinado de Isabel II, como ya hemos visto, la clase dirigente, por el puente del fuerismo, ha rehecho la unión que la primera guerra rompiera, y, de manera natural e insensible, dicha clase, cada vez más conservadora, se acerca al carlismo sin ningún estrepito. Y en este partido encuentra al pueblo. Cierto es que la clase dominante no tiene un comportamiento uniforme; en su seno, hay capas liberales, pero ¡qué prudentes! Además, el fuerismo ha preparado el terreno y el liberalismo más radical ha quedado en estado embrionario. No es necesario el despliegue de medios espectaculares para combatir al nuevo régimen; ni nuevos órganos de prensa, ni nuevas estructuras de organización, sino un trabajo de zapa, hondo. Las elecciones dan testimonio de ello y, cuando llegue el momento, notables y clero sabrán provocar la rebelión de las masas

populares. La clase dirigente ha construido un muro sanitario para que los aires de la «Gloriosa» no contaminen la tierra vasca. No obstante, ese muro está agrietado. Los militares, al parecer, no son tan uniformemente adictos al tradicionalismo como otras categorías profesionales. Algunos de ellos, aunque Vascos, son liberales; así ocurre con algunos candidatos en las elecciones, como el general Echagüe, o el Capitán General Allendesalazar, miembro de una familia ilustre. El enérgico jefe militar navarro, Moriones, es también un liberal sincere ¡Qué aliados del grupito de liberales vascos que combaten obstinadamente por la libertad! Además, esos aliados se vestirán pronto con el uniforme de campaña y los sacrificios que tienen costumbre de imponer a la población van a ser exigidos de nuevo.

44

Los Pretendientes carlistas

Carlos V (1788-1855)
Carlos Luis María, Conde de Montemolín, **Carlos VI Juan Carlos**
Carlos Luis María de los Dolores (1848-1909), **Carlos VII**

CRONOLOGIA

1839 (agosto): **Convenio de Vergara:** Fin de la primera guerra carlista en el País Vasco.
1845: Don Carlos (V) renuncia al trono en favor de su hijo Carlos VI.
1846-1849: Guerra de los Matiners.
1860: Tentativa de insurrección carlista: **San Carlos de la Rápita.**
1861: Muerte del Conde de Montemolin.
1868 El heredero de Montemolin, Don Juan, abdica en favor de su hijo Carlos VII.
1869: Tentativa de sublevación.
1870: (abril): Asamblea de Vevey.
1870: (agosto): **La escodada.**

45

Capítulo VIII. La lucha electoral

II. Propaganda, ideología, proyectos de gobierno

Las libertades democráticas dan lugar a un amplio debate y la irrupción de los legitimistas en la vida política va acompañada de una proliferación de escritos en los que exponen y desarrollan sus ideas.

En la exposición de la ideología tradicionalista se pueden distinguir tres variantes: primero, un nivel elemental de análisis, de exposición y de propuestas, el de la propaganda más sencilla, la dirigida a la masa de electores; luego, la de los folletos, más voluminosos. en los que la argumentación es más detallada y completa, y, en fin, en algunos casos, un programa político o un esbozo de constitución. Vamos a examinar sucesivamente esas tres formas de difusión ideológica adoptando, en cada caso, el orden cronológico de publicación.

Propaganda electoral

Los candidatos tradicionalistas (llamados «católicos») en las elecciones de 1869 no siempre hacen alarde de su adhesión a Don Carlos. Nocedal, viejo político conservador, es el que marca la pauta de esta campaña. Considera que el régimen inaugurado en el 68 es la consecuencia nefasta e ineluctable de los errores cometidos por el régimen anterior.

46

Se hubiera podido evitar la revolución, dice, pero la negligencia culpable de muchos políticos moderados ha hecho que sea posible. Por ello, hay que condenar tanto la monarquía «regalista» como la constitucional, pues ambas son fuente de corrupción, más costosas que todas las repúblicas. Antes una república católica que un régimen liberal, por moderado que este sea, exclama Noceda El parlamentarismo, atributo de todo liberalismo, ha de ser excluido. Es necesario, prosigue, restaurar la monarquía tradicional que tanta gloria (sic) ha dado a la Patria. Pero, por el momento, hay que luchar en el marco de un régimen parlamentario y el esfuerzo de los católicos ha de orientarse hacia la obtención del restablecimiento de las instituciones caritativas de la Iglesia, el cese de la persecución religiosa y de la discriminación contra el clero, sobre todo contra los jesuitas. Para subsanar las finanzas públicas, conviene reducir gastos, por ejemplo, haciendo incompatible el puesto de diputado con cualquier otro empleo del Estado. En fin, es preciso también introducir una amplia descentralización.

Canga Arguelles presenta un cuadro más sombrío todavía. Isabel II, dice, al confiar el poder a los «doctrinaristas», condena a la dinastía; bajo su régimen, determinados profesores, en nombre de la monarquía, corrompen a la juventud y en esa atmosfera se reconoce el reino de Italia, en detrimento de los intereses del Papa. así se llega a la revolución, que marca una nueva etapa de degradación: destrucción de templos católicos, secularización de religiosas, indulto concedido a los presos comunes, graves atentados contra la propiedad, sobre todo en Andalucía... ¡Vale más que venga la República!, declara, pues no dejaría de provocar una reacción saludable.

Los mismos temas y el mismo tipo de argumentación aparecen en la propaganda del viejo

legitimista aragonés, Soto, candidato por Teruel. Combate a la monarquía constitucional y opone al sistema parlamentario, emanación de las rivalidades entre partidos (sic), lo que él llama sistema representativo de toda la sociedad, característico de las antiguas cortes. Insiste también en la necesidad de reducir gastos extirpando la «empleomanía», vicio que incita a los españoles a buscar un puesto del Estado. Esa práctica nefasta debe cesar y la gente tiene que acostumbrarse a vivir del trabajo:

«con sólo los esfuerzos individuales, con completa independencia del gobierno.»

47

La descentralización es indispensable para tener mejor administración.

Los candidatos navarros, por su parte, añaden algunos matices a las ideas que acabamos de resumir. La descentralización es para ellos autonomía regional, diversidad jurídica. Por otro lado, son casi los únicos que se proclaman abiertamente carlistas.

La ausencia de referencia a Don Carlos por parte de los candidatos de las demás provincias sorprende a algunos militantes a quienes se explica que la etiqueta «católico» ofrece la posibilidad de atraer a mucha gente honrada, aunque no sean carlistas.[1] Esa « discreción » descubre la vocación de algunos carlistas de aglutinar a todos los moderados. Su propaganda gira pues en tomo a algunos temas comunes que pueden resumirse de la manera siguiente: visión apocalíptica de la «revolución», negación del Parlamento, repulsa del Estado moderno, que incrementa la burocracia y los impuestos, la descentralización y el clericalismo. Este último elemento revela la tentativa de preservar el prestigio ideológico y social de la Iglesia, mientras que la descentralización, nostálgica de la feudalidad, podría ser el precedente de lo que luego se ha conocido con el nombre de «caciquismo»

Es inútil insistir en el carácter somero y simplista de esos análisis.

Los «catecismos» políticos

Junto a la propaganda más elemental, la de los periódicos, por ejemplo, existe la de los folletos. Las ideas que estos difunden no difieren de las que expresa aquella propaganda, pero la argumentación es más amplia.

48

La España y Carlos VII establece un balance de la «revolución» que deja traslucir el miedo a la intervención del pueblo. La «setembrina» —dice— ha suscitado la aparición de juntas populares que han desencadenado las pasiones, halagando los instintos más bajos, han destruido iglesias y conventos y han sembrado el desorden, hasta tal punto que el mismo gobierno «revolucionario» se ha visto obligado a disolverlas, pero el mal ya estaba hecho.

Desde un punto de vista «clasista» el autor de este escrito censura a los dirigentes de la «setembrina» y realiza una revisión de la historia contemporánea. En la hecatombe (sic) provocada por el 68, añade, uno de los hechos más lamentables ha sido el desprestigio de la monarquía, debido a la denuncia insistente y excesiva de los defectos de Isabel II. El autor se propone rehabilitar a la monarquía que, según el, se halla «enferma» desde la época de Carlos IV. La debilidad de este rey da lugar a la intervención de Napoleón con todas sus consecuencias. El pueblo, durante la guerra de Independencia, restaura la antigua monarquía, pero Fernando VII no estaba a la altura de las circunstancias y su insensato

[1] La propaganda electoral, así como muchísimos folletos publicados y difundidos en esta época han sido reproducidos por varios autores-legitimistas. Oyarzun ofrece un resumen sustancial de las publicaciones más importantes. Analizamos textos reproducidos por el Vizconde de la Esperanza: **Op. Cit.** pp. 106-222. **Passim**.

testamento provoca la guerra civil. Los verdaderos realistas se van con Don Carlos y la hija del Rey no tiene más remedio que apoyarse en los revolucionarios que, después de hacer de ella su reina, se entregan a la corrupción y al anticlericalismo. Hoy, hay que buscar la salvación en el retorno a la antigua monarquía que Don Carlos VII representa.[2]

Dios, Patria y Rey insiste también en el daño causado por el régimen isabelino, fuente de desorden y de corrupción:

> «En treinta y cinco años de constitucionalismo liberal, España ha vivido en estado de guerra casi la mitad del tiempo, y el resto haciendo caso omiso de la Constitución».

Concluye diciendo que el régimen parlamentario es estéril y corruptor.

49 El autor consagra buena parte de su estudio a combatir la liberad de cultos, tema de gran actualidad. Afirma que hasta los partidarios de esa libertad reconocen que el pueblo español no la necesita realmente, pero que hay que instituirla para facilitar la integración de los extranjeros, residentes en España, que no son católicos y de cuantos pudieran venir atraídos por intereses económicos. Hace observar a este respecto, no sin razón, que ningún país elabora su legislación en función de los extranjeros:

> »Cuando un número considerable de españoles deje de ser católico y se afilie a las sectas, entonces podrá haber motivo para tolerarlas»

El modelo que se pretende imitar, dice, es el de los Estados Unidos, país materialmente rico, pero culturalmente pobre:

> «... un inmenso bazar, una gran fabrica, un templo levantado al Dios materia...

Preconiza por tanto la unidad religiosa de la que depende, según él, no sólo la paz interior sino también la prosperidad material:

> «Está tan íntimamente ligada España a esa unidad de creencias, que el día que la perdiera España dejaba de ser fuerte, dejaba de ser España para convertirse en una sucursal mercantil de Francia e Inglaterra, como es hoy Portugal».

Una vez garantizada la unidad religiosa, el autor de este folleto dice que está dispuesto a hacer concesiones; otras libertades, como la de enseñanza, expresión, prensa y asociación pueden tolerarse, pero sólo un rey que gobierne realmente, sin que sea monarca absoluto puede garantizarlas.

Las leyes fundamentales, los fueros de las regiones y de las provincias, las libertades municipales y la autoridad de las familias templarán ese poder real. Además, la descentralización y la disminución de empleados del estado permitirán que la administración se sanee.[3]

Este autor no se limita a una exposición intransigente de los principios del legitimismo. Sobre todo trata de convencer a los moderados que los carlistas proponen un sistema eficaz para la España de su tiempo. En otros escritos, la añoranza del pasado, los anacronismos son más perceptibles.

50 Así, **La Salvación de España** se entrega a la exaltación seudopoética del Pretendiente.[4] **Carlos VII el Restaurador** elogia el Antiguo Régimen, que Don Carlos va instaurar de nuevo, y compara el reino a una gran familia cuyo Rey es el Padre Bueno que se preocupa por el

---

[2] Impreso en París, tras la «setembrina». y atribuido a Navarro Villoslada. Ibid. pp. 110-118
[3] Oyarzun lo atribuye a N. Villoslada, pero el Vizconde de la Esperanza afirma que su autor es Vildósola. Ibid. pp. 120-129
[4] No ha sido aún atribuido. **Ibid.** pp. 152-155

bienestar de todos sus hijos. El Liberalismo, al contrario, aparece representado como un hogar dirigido por varias personas.[5] No obstante, los autores más eminentes se esfuerzan por demostrar la eficacia del carlismo para preservar los intereses de la clase dominante.

Gabino Tejado, por su parte, se da cuenta del peligro que contiene la denuncia sistemática del sistema Isabelino. Según el, hay una contradicción aparentemente inexplicable entre las altas virtudes, las cualidades morales de la Reina (sic) y los daños causados por su régimen. La explicación es sencilla, dice, es el Liberalismo que, por definición, es un sistema corruptor, cualesquiera que sean las cualidades del Príncipe; si Alfonso XII fuera coronado, repetiría los mismos yerros y tropezaría con los mismos obstáculos que su madre. Sólo el régimen preconizado por Don Carlos puede evitar los errores pasados.[6] Este autor trata de ganarse la confianza de los conservadores, incluso de quienes se han aprovechado del régimen isabelino y que están tentados por la restauración de los Borbones.

El llamamiento a los moderados es aún más insistente en los escritos de Navarro Villoslada.[7] El Príncipe aparece presentado como un protector de todas las clases y defensor de todos los intereses:

> «... el clero... la nobleza... la milicia... el comercio y la industria... y la clase más numerosa y más necesitada de todas, la clase pobre...

Pese al recuerdo «caritativo» de las masas, la enumeración que antecede expresa el intento de mantener el statu quo social que las transformaciones de la época isabelina han provocado. Navarro y Villoslada hace hincapié también en la libertad del comercio y de la Industria, en el respeto de la propiedad y en el mantenimiento del orden público.

51

Con respeto a la Iglesia, propone cierta restauración de su antiguo poderío y busca la reconciliación entre la Iglesia y el Estado, haciendo más concesiones que las que contiene el Concordato de 1851, por ejemplo, la renuncia de la Corona a sus privilegios regalistas, la subvención del culto católico y la libertad total para las Ordenes. Esboza un programa de gobierno en el que se consignan algunas exigencias preferenciales de los carlistas: el reintegro de las deudas para subsanar las finanzas, minoración de los gastos estatales, reduciendo en un tercio el número de empleados. Como compensación, promete a los funcionarios la estabilidad en su empleo, la propiedad de un puesto a los «cesantes» sin sueldo y el mantenimiento en funciones de todos los empleados del momento cualquiera que sea su ideología. Proclama también el derecho al trabajo para todos.

Después de prometer el respeto de todos los privilegios vigentes, el proyecto de este autor tiene en cuenta los intereses de los rentistas modestos, cuyos ingresos se degradan con la industrialización, *y* propone, por medio del equilibrio del presupuesto y de una rebaja de las contribuciones, cierta estabilidad monetaria. Sus propuestas, casi siempre someras, son a veces puramente. Pues se comprende mal como podría garantizarse un puesto a lodos los funcionarios, incluso a los «cesantes» si, al mismo tiempo, se piensa despedir a la tercera parte de los empleados del Estado

El Rey de España, folleto de Aparisi muy difundido, va en la misma dirección.[8] Para este autor, el catolicismo es fuente de prosperidad y de armonía social y da como ejemplo el País Vasco, cuya riqueza, paz y bienestar son universalmente reconocidos; la razón básica, afirma,

---

[5] De José Pallés y Beltrán, **Ibid.** pp. 156-157.
[6] El artículo titulado **La solución lógica a la presente crisis** tuvo una gran resonancia. **Ibid.** 134-137
[7] Se trata del folleto titulado **El hombre que se necesita**. cuya primera edición alcanzo una difusión de más de 15.000 ejemplares.
[8] Vizconde de la Esperanza**: Op. Cit.** pp. 144-152

es la religiosidad de sus habitantes.

Tras una exposición idealizante del carlismo, el autor desciende al terreno concreto de los intereses que Don Carlos tiene empeño en defender. Una vez en el poder, dice Aparisi, Don Carlos respetará la desamortización, reunirá Cortes que elaboren la «ley fundamental», se contentara con la mitad de los emolumentos que cobraba Isabel II, disminuirá el sueldo de los altos funcionarios, suscitara una amplia descentralización y decretara la elección de concejales por los jefes de familia; establecerá la igualdad de posibilidades en materia de educación y será el protector de los humildes.

52 En efecto, concluye Aparisi, el catolicismo del Pretendiente no tiene nada que ver con la intransigencia o el obscurantismo. Don Carlos es sobrio, trabajador, inteligente, sencillo, pero enérgico, afectuoso, profundo conocedor de la realidad española... Si fuera francés o inglés, toleraría la libertad de cultos, pero sabe que esta sería altamente perjudicial en España, y por eso no la tolerara.

De ese catálogo de promesas a todo el mundo emerge la garantía explícita de respetar la desamortización; es una manera de atraer a los conservadores que se han aprovechado de los bienes de la Iglesia. Por otro lado, la exaltación de Don Carlos propende a echar bases del «mito» del hombre providencial.

Proyectos constitucionales

En algunos casos, los programas de los tradicionalistas son aún más detallados; constituyen proyectos de sociedad, de leyes fundamentales para organizar el Estado, esbozos de constituciones posibles. Una vez más es Aparisi quien, en un libro importante, La Regeneración, elabora entre 1870 y 1872 el proyecto más completo.[9]

Ese proyecto se inspira en las ideas que contiene la carta de Don Carlos a su hermano, del 30 de junio de 1869, y en la que el Príncipe dirige a los periódicos católicos el 3 de mayo de 1870. Esas cartas garantizan, de manera muy explícita, la conservación de los privilegios y hasta su consolidación, gracias a una política económica a su servicio, a saber: respeto de todas las reformas económicas realizadas por el régimen anterior, especialmente de la desamortización, estimular el desarrollo económico, limitar la libertad comercial por medio de un arancel proteccionista, consumo preferente de artículos nacionales, etc.

53 El sistema liberal de representación, incluso la versión moderada de la época isabelina, aparece condenado y sustituido por una cámara que garantice aún mejor el predominio de los potentados. Las cortes deben representar a todas las categorías sociales:

> » Todas sus fuerzas vivas y todos sus elementos conservadores... Ordenada y pacifica junta de independientes e incorruptibles procuradores de los pueblos, pero no asambleas tumultuosas o estériles de diputados empleados o diputados pretendientes: de mayorías serviles y de minorías sediciosas»

Las demás disposiciones, fuera de la que se refiere a la unidad católica y al respeto de todos los concordatos, parecen secundarias, irrisorias y hasta demagógicas. Se refieren a la descentralización, inspirada en el sistema vasco, la reducción de los gastos del Estado por

[9] A. Aparisi y Guijarro: **La Regeneración m Obras, Tomo IV. Opúsculos**, Madrid, Impr. de Folguera. 1874. pp. 267-129. passim. Por nuestra propia cuenta, hemos clasificado en capítulos la materia de este libro que se puede dividir en tres partes: principios generales (pp. 267-287). Proyecto (288-297) y exaltación del carlismo (pp. 310-323).

medio de la supresión de algunos ministerios y el descenso del número de provincias y de funcionarios; un Rey para todos los Españoles que escogerá a sus colaboradores con arreglo, exclusivamente, a su competencia; la igualdad de posibilidades en materia de educación, etc.

Dentro de esos límites, se sitúa el proyecto de **Carta de Aparisi.**

Principios generales

1.º Definición de la Patria excluyendo a una parte de la población:

> «EI que de nosotros se levante para amar lo que aborrecieron nuestros padres o aborrecer lo que amaron, ese ha podido nacer en España, pero no es español...»

2.º El Rey detenta el poder por voluntad divina, lo que implica el apego del príncipe al principio del poder de origen divino y a su expresión política: la monarquía hereditaria.

3.º Distinción entre libertad y libertinaje; este es lo que el liberalismo llama libertad; la verdadera libertad «cristiana»,

54

> «... es el reino de las leyes cuando las leyes son justas». Dentro de esos límites queda excluida la libertad de los partidos políticos pues el que adhiere a un partido enajena su libertad; sólo el carlismo:
>
> «... proclama y procura el acabamiento de los partidos». Dicho de otro modo, Aparisi enuncia el principio del partido único, llamado en el caso del carlismo, «Comunión».

4.º La prensa es indispensable, pues el ejercicio de la información y de la critica es una necesidad, pero ha de limitarse a denunciar y a combatir los abusos. Lo mismo ocurre con la libertad de expresión que Aparisi concibe de la manera siguiente:

> «... una prensa a quien no se conceda el derecho de abusar, pero si la amplia facultad de denunciar abusos».

En resumidas cuentas, una prensa teledirigida, censurada.

Los aspectos más acuciantes de la cuestión social, por fin, deben ser resueltos recurriendo a la práctica de la caridad en gran escala, como hizo la Iglesia en el pasado.

Preámbulo de Constitución

1.º La religión católica es la religión del Estado español.

2.º El Rey reina y gobierna de acuerdo con la Ley y, en determinados casos, juntamente con las Cortes.

Derechos individuales:

El ciudadano no puede ser detenido ni su domicilio violado, sal vo en casos previstos por la Ley, y según modalidades que aquella establece. Sólo podrá ser juzgado por tribunales competentes y en virtud de leyes que hayan sido proclamadas con anterioridad al delito.

55

Se respeta la propiedad mientras esta no sea contraria al interés común; si este lo exige, se autoriza la expropiación mediante indemnización

Se garantiza el derecho de asociación únicamente «para fines que la moral cristiana y el bien público no reprueben». La libertad de expresión puede ejercerse «guardando el respeto que se debe a las bases sobre que se asienta la sociedad española; y a la honra privada, y al público

decoro»

La Iglesia:
El Estado entiende de lo temporal, la Iglesia de lo espiritual. Las cuestiones mixtas serán reglamentadas por Concordatos. Un nuevo concordato debe liberar a la Iglesia de privilegios regalistas, humillantes para ella, y garantizar una justa y decente retribución del clero. El mismo concordato ha de resolver el problema de los no católicos, para los cuales el Estado construirá cementerios especiales. El Rey se encargará personalmente de que se respete a la Iglesia

> «... y no ha de consentir jamás que se ultraje, ofenda ni aún se discuta contra el dogma, la enseñanza, y las instituciones del Catolicismo que es la verdad».

El poder central
Lo ejerce el Rey asistido por un Consejo:

> «... compuesto de los varones más eminentes, elegidos por el Rey, y dividido en tantas secciones cuantos fueren los ministerios. Entenderá en la redacción de las leyes; será consultado en los asuntos graves gubernativos; dará su parecer en los expedientes para separación de empleados. Los consejeros no podrán ser removidos sin previo informe del Tribunal Superior de Justicia. Los Magistrados del Tribunal Supremo son inamovibles.

56 La administración debe estar protegida contra los avatares de la vida política y la «empleomanía» será combatida gracias a un estatuto de funcionarios. El acceso al cuerpo de funcionarios se hará por medio de oposiciones y el ascenso, para las tres cuartas partes, por años de servicio, y, para una cuarta parte, por méritos. Los «cesantes» más meritorios serán integrados en el cuerpo de funcionarios. Los nombramientos y ascensos serán publicados en el Boletín Oficial del Estado y los interesados podrán presentar recurso contra los abusos posibles ante el Consejo Real.

Las Cortes y sus competencias:
Las Cortes verdaderamente españolas (sic) y no «afrancesadas» se compondrán de 300 diputados; cien diputados serán elegidos por sufragio indirecto por los jefes de familia «sin tacha legal», en otros tantos distritos establecidos con arreglo al número de habitantes; otros cien serán elegidos, también por sufragio indirecto, en otras tantas circunscripciones por los propietarios, comerciantes e industriales que pagan por lo menos 6.000 reales anuales de contribución. Los cien últimos diputados serán nombrados por el Rey de la manera siguiente: 60, entre los Grandes de España, Títulos de Castilla, arzobispos, obispos, Capitanes y Tenientes Generales. Cuarenta, entre las personas propuestas por los:

''Tribunal Supremo, Cabildos, Consejos y Universidades, Corporaciones científicas, artísticas o literarias, Sociedades de Amigos del País, etc. . .

Para poder ser elegido, será preciso pagar determinado impuesto, salvo si la circunscripción o las provincias pagan un anticipo por el candidato. Mientras dure su mandato, la persona elegida no podrá aceptar ningún puesto, grado, honor o condecoración del Estado.

57 La Cortes se reunirán todos los años, si su intervención es considerada útil, y, como mínimo, una vez cada dos años, cuando el Rey lo considere oportuno. En cualquier caso, es el Rey

quien determina el lugar, la fecha y la duración de la reunión.

Con respecto a sus competencias, las Cortes expondrán al Rey las quejas y reclamaciones de los pueblos y le remitirán peticiones a las que responderá, favorablemente o no, después de haber oído a su Consejo. Si se trata de una ley, el Consejo la redacta, las Cortes la discuten y el Rey la decreta o no después de haber oído a su Consejo.

Los proyectos de ley presentados por el Gobierno, en nombre del Rey, han de ser examinados previamente por el Consejo. Las Cortes intervendrán pues en la elaboración de las leyes, pero sin poder decisorio, y también en la fijación del impuesto. El presupuesto del Estado será establecido de una vez para siempre y las discusiones periódicas sólo se referirán a modificaciones posibles.

La Justicia:
Los tribunales garantizaran las libertades. En cada Audiencia, un magistrado especial tendrá como misión la de visitar, dos veces al año, a los jueces, sin haberles avisado, con el fin de vigilar mejor su actuación.

La Educación:
Será en primer lugar competencia de las familias que escogerán a maestros particulares o enviaran a los niños a escuelas publicas o privadas. En todos los pueblos del país, habrá escuelas públicas gratuitas y, en las ciudades, escuelas de aprendices de la agricultura o de la industria. Un sistema de becas permitirá a todos los niños de familia humilde proseguir sus estudios:

> «La enseñanza, así como la caridad publica, están bajo la dirección eminente de la Iglesia, y a cargo de la administración provincial y municipal».

58

La Beneficencia
Cada provincia tendrá su hospital y cada comarca un centro sanitario, así como un asilo «para los pobres honrados y los niños abandonados». Además, en cada parroquia, habrá una institución caritativa.

Se creará una alta condecoración para recompensar solemnemente a las personas que se hayan distinguido por su filantropía.

La administración local: Provincias y municipios:

España se compondrá de veinte provincias, dirigidas por una Diputación, compuesta de miembros elegidos y de miembros por derecho propio. Los primeros han de pagar determinado impuesto y ser elegidos por los ayuntamientos de cada distrito. Los segundos seran: un prebendado y un párroco designados por el obispo, los presidentes del Colegio de Abogados, del de Médicos, de la Academia de Nobles Artes y de la Sociedad de Amigos del País, los rectores de las Universidades y los dos mayores contribuyentes de la provincia (por contribución de bienes raíces y de industria y comercio, respectivamente). Presidirá la Diputación un gobernador nombrado por el Rey. Se llevará a cabo la descentralización aumentando los poderes y competencias de provincias y ayuntamientos. Estos tendrán la composición siguiente: los jefes de familia elegirán a los dos tercios de los concejales y estos al último tercio. Para ser concejal, se precisará pagar determinado impuesto. El ayuntamiento

se hallará bajo la autoridad de un funcionario de distrito, nombrado por el Rey, el corregidor, que gozara de autoridad administrativa y de competencias judiciales

59

La administración publica será controlada en cada uno de sus peldaños; la municipal, por una comisión compuesta de contribuyentes; lo mismo ocurrirá a escala provincial y, en lo nacional, un tribunal de Cuentas, asistido por igual número de diputados, controlará la administración gubernamental.

Medidas de orden económico y social

Si es imposible garantizar por medio de una ley el derecho al trabajo para todos, es necesario hacer esfuerzos para que tal derecho se haga efectivo. En esa perspectiva, es preciso dictar disposiciones contra los vagos, prohibir el porte de armas e instituir una guardia rural para aumentar la seguridad de los ciudadanos y proteger las cosechas

El Estado dispensará protección especial a la Agricultura, decretando la libre importación de maquinas agrícolas, la creación de un sistema de crédito ventajoso para los labriegos y restableciendo los pósitos para combatir la usura.

También dispensara su protección a toda actividad productiva de manera selectiva, para evitar que la competencia aumente los precios de los artículos de primera necesidad y para que se busquen nuevos mercados para los productos cuyo precio es demasiado bajo. Convendrá garantizar también la libre importación de materias primas, de interés general, y dispensar una protección especial a las Sociedades encargadas de mejorar la infraestructura (ferrocarriles, obras de irrigación) y de promover el desarrollo de la Industria pesada.

Para facilitar las relaciones entre patronos y obreros, habrá que crear comisiones mixtas:

> «nombradas por la autoridad civil, eclesiástica y popular»,

Con el fin de que intervengan como arbitro en posibles conflictos y para que pongan fin a ciertos abusos, sobre todo en lo que se refiere al trabajo de las mujeres y de los niños. Los patronos, además, deberán arreglárselas para que los trabajadores puedan asistir a la misa dominical.

60

Por otro lado, para evitar el derroche de fondos públicos, los gastos de la casa real se verán reducidos en un 50%, los Ministerios de Marina, Ultramar y Fomento serán suprimidos e integra dos, respectivamente, en los de Guerra, Gobernación y Justicia Además, las provincias podrán tener gobernadores de familia distinguida, lo que permitirá que no se les pague ningún sueldo ni emolumento.

Las Fuerzas armadas:

Con la creación de una guardia rural, los efectivos del Ejército pueden reducirse a 35.000 6 40.000 hombres. El ascenso de los mandos se hará a la vez por años de servicio y por méritos, según un plan establecido de antemano. El contingente anual podrá ser de 8.000 hombres, lo que permitirá suprimir las quintas y crear un ejército de voluntarios. Pero antes es preciso mejorar la situación del soldado, aumentar la soldada y recompensar a los mejores cuando obtengan la licencia, dándoles la preferencia en la obtención de empleos civiles. Ese ejército profesional permitirá a algunos proletarios ascender en la escala social pues, con los ahorros que han hecho durante los años de servicio, podrán comprar un pequeño negocio y llegar a ser propietarios.

El problema colonial:

No hay que abandonar a las colonias, sino hacer que su estatuto las haga progresivamente provincias más o menos autónomas, con los mismos derechos que la metrópoli. En un plazo breve, habrá que abolir la esclavitud en Cuba, procurando, no obstante, no lesionar los intereses creados ni poner en peligro la seguridad interior de la isla. Habrá que preparar la gradual emancipación que hará de ella un protectorado o cualquier otro tipo de unión fraterna y duradera a la Madre Patria. Ese protectorado podría extenderse, más tarde, a todos los países de Hispano-América.

61

En Europa, será preciso hacer esfuerzos en pro de:

> «... la unión pacifica y gradual de Portugal a España, y la realización sobre las costas Africanas del alto pensamiento del cardenal Cisneros y de Isabel la Católica».[10]

El programa de Aparisi acaba, naturalmente, con un elogio al carlismo, poco conocido y deformado con frecuencia, según dice. Gente de buena fe, añade, cree que dicho Partido significa:

> «... diezmos, anulación de ventas desamortizadas, señoríos, esclavitud en Cuba...».

Pero no es eso; el carlismo trata de unir a todos los católicos de buena voluntad para salvar a España. Es intransigente en los principios y flexible en lo secundario, con el fin de unir al mayor número posible de gente en una cruzada contra la Revolución.

El proyecto de Cabrera

El programa elaborado por Cabrera para atraer a intelectuales y políticos, hasta incluso progresistas, es ligeramente distinto del. proyecto de Aparisi. A diferencia de este, el proyecto de Cabrera nunca fue aceptado oficialmente por los responsables del carlismo.

En un largo preámbulo, Cabrera explica la naturaleza del compromiso que busca:

> «... la necesidad cada día más imperiosa y urgente de agrupar **y** unir entre si con un lazo fraternal e indisoluble los elementos conservadores y morales y materiales de España, disipando lamentables discordias de intereses, personas y de partidos que deben fundirse en un sólo y noble pensamiento para salvar a nuestra querida patria de su inminente ruina...».[11]

62

Los partidos, prosigue diciendo Cabrera, son útiles en cuanto se inspiran en la moralidad, la justicia y el amor a la Patria, principios comunes a muchos ciudadanos y alrededor de los cuales es posible unirse con tolerancia y mutuo respeto. El Rey ha de garantizar esa unión en la diversidad. La prensa, la actividad de los políticos, las reuniones y manifestaciones publicas deben inculcar esos principios.

Tras esas consideraciones generales, el autor aborda algunos puntos concretos que constituyen un proyecto constitucional, aunque menos detallado que el de Aparisi.

Las diferencias con el programa de Aparisi se refieren más a aspectos secundarios que a problemas fundamentales. Respecto al poder central, Cabrera es favorable a una monarquía constitucional con dos cámaras: la primera, emanación del sufragio popular, la segunda,

---

[10] **Ibid.** p. 297.
[11] Vizconde de la Esperanza: **Op. Cit.** p. 456.

nombrada por el Rey. Las leyes podrán ser elaboradas conjuntamente por el Rey y las Cortes. El Jefe del Estado será inmune, pero los Ministros han de rendir cuentas a la Cámara al final de su mandato. Como Aparisi, Cabrera se inclina. a favor de un ejecutivo fuerte, pero su lenguaje es más liberalizante.

En lo que se refiere a las libertades individuales, este proyecto no es más democrático que el anterior. Proclama la libertad de los partidos «constitucionales», exceptuando a los demás. Desde un punto de vista ideológico, se muestra más ecléctico que su correligionario:

> «Fusión amplia, generosa y universal de doctrina, de ideas, de partidos, de intereses morales y materiales, de instituciones y de personas, hasta donde sea posible, dentro del nuevo sistema político que se inaugure, para llevar a cabo la unión de los españoles en todos los conceptos».[12]

Aprueba la libertad de asociación, pero únicamente de las que se asignan un objetivo «moral», y la libertad de expresión, sometida, no obstante, a reglas precisas. Propone que el catolicismo sea la religión oficial del Estado y que también se toleren las demás religiones, con la condición sin embargo, que su culto sea privado. Prevé también la libertad de la Iglesia frente al Estado, así como la subvención del culto católico. Preconiza la independencia de la Justicia y el carácter inamovible de los jueces, la simplificación legislativa, el desarrollo de la educación, la libertad en materia de beneficencia y un estatuto de funcionarios.

64 Los diversos puntos de ese programa coinciden con las propuestas de Aparisi, pero su aspecto general es más laico, menos clerical.

En el terreno de las Fuerzas Armadas, Cabrera es partidario del servicio militar obligatorio y de un reparto más equitativo del contingente, con el fin de no lesionar los intereses de las capas sociales menos favorecidas; propone también elevar el nivel de formación de los mandos militares y crear una milicia de voluntarios, «honrados», encargados de mantener el orden público.

Su proyecto de política exterior se basa en la independencia nacional, la no injerencia y las buenas relaciones con todos los países, establecidas teniendo en cuenta intereses recíprocos. Con respecto a las colonias, es de desear, según el piensa, que dispongan de un estatuto que las acerque lo más posible a la metrópoli y les confiera los mismos derechos que a las demás provincias españolas.

Pese a algunas concesiones al Liberalismo, el programa de Cabrera difiere poco del de Aparisi y se asigna el mismo objetivo, a saber: la defensa de todos los privilegios, gracias a un régimen autoritario que tendría, no obstante, menor coloración clerical.[13]

El proyecto de Cánovas y su realización legal, la Constitución de 1876, no se aleja demasiado de los principios proclamados por Cabrera. Algunas ideas del sistema de la Restauración se hallan lambien en el proyecto de Aparisi, pero sobre todo será el franquismo quien más se inspire en el modelo presentado por el escritor tradicionalista, imitando hasta el lenguaje y el sueño imperialista que mira hacia África del Norte y América Latina.

Los dos proyectos legitimistas que acabamos de examinar constituyen un notable esfuerzo de adaptación de un antiguo sistema político a una época que presencia cambios socio-económicos substanciales. Se trata de preservar, gracias a su aplicación, el dominio de la clase privilegiada en una época de desarrollo industria y de nacimiento de la clase obrera organizada. Pese a ciertas declaraciones demagógicas y a algunas concesiones a los intereses

---

[12] **Ibid,** p 461
[13] **Ibid.** pp. 456-465.

de diversas capas medias, el Legitimismo pretende, de hecho, salvaguardar y consolidar todas las situaciones de privilegio y mantener la paz social. Por eso preconiza un sistema que se pretende más eficaz que el isabelino y un régimen, aún más autoritario, pues el po der sería detentado, en todos sus niveles, por los notables. A pesar de las vagas promesas de descentralización, el sistema propuesto es mucho más centralizador y unificador que los anteriores.

64

Conclusión

Así, las dos capas dirigentes que van a enfrentarse en la última guerra carlista. es decir, la que apoya a Don Carlos y la que conspira en favor de Don Alfonso, tienen, de hecho, ideas políticas similares; determinada coyuntura las ha colocado en campos diferentes, mutuamente hostiles, pero esa comunidad de ideas, exponente de intereses comunes, no dejara de dar un giro particular a la guerra, cuya finalidad ultima, por ambas partes, es la misma, a saber: destruir y aniquilar la experiencia democrática que se inicia en 1868, a causa del peligro que esa tentativa de democratización contiene para la clase privilegiada que se ha constituido en tiempos de Isabel II

65

Capítulo IX. La propaganda tradicionalista en el País Vasco en 1870-1871: Un debate de alcance nacional e internacional.

Al comprometerse políticamente, el portavoz de la Iglesia vasca llega a ser un órgano de prensa del carlismo. Los periódicos se multiplican, el debate es más amplio y esa competencia hace más difícil la terea del **Semanario** vitoriano. Por otro lado, el empeño de los responsables del nuevo régimen en instaurar una monarquía constitucional, de contenido social moderado, y el acceso al trono de Amadeo pueden atraer a mucha gente, incluso a una parte del clero. Es posible que esas condiciones amenacen la existencia del **Semanario** que, en 1870, reduce considerablemente su volumen y deja de publicarse durante algunos meses.[1] No obstante, cuando vuelve a aparecer reanuda su ofensiva contra el régimen.

Como sigue siendo hostil a todo compromiso con el Liberalismo, ataca sin tregua toda medida decretada por el Gobierno. Las campañas electorales y la actividad de los diputados tradicionalistas en el Parlamento rebasan el marco regional y confieren al combate del **Semanario** una dimensión nacional cada vez más ostensible. Los trastornos políticos que se conocen en Francia y en Europa añaden a toda polémica una dimensión internacional. Esas nuevas preocupaciones dejan menos espacio para desarrollar una amplia argumentación de tipo filosófico o teológico; la actualidad se impone con fuerza. Y la propaganda no siempre puede adoptar una actitud crítica puramente negativa —aunque está ocupa gran espacio— es también preciso hacer propuestas.

66

Daremos cuenta sucesivamente de sus tomas de posición frente a la actualidad nacional y regional, de sus principales preocupaciones doctrinales, de su proyecto político y de su actitud ante Europa.

La mayor parte de los temas tratados son los mismos que en los años anteriores; no obstante, algunos de ellos van a retener de manera especial la atención de sus redactores que se muestran cada vez más agresivos y, al mismo tiempo, tratan de hacerse más convincentes desarrollando con más amplitud algunas ideas. A partir de 1871, la cuestión social les preocupa de manera particular.

La actualidad política

En 1870, los artículos referentes a la actualidad tratan con insistencia de tres aspectos de la actividad gubernamental: la reciente ley del matrimonio civil, el juramento de la Constitución que se exige a los clérigos para que tengan derecho a una subvención económica del Estado y el problema de los honorarios de los sacerdotes, el llamado arreglo del clero.

---

[1] Los diferentes números están clasificados en volúmenes semestrales. El volumen 9 corresponde al segundo semestre de 1870: el n del 29 de agosto. el último que se puede consultar en ese año, lleva las referencias siguientes: Año V, Nº 9. El Nº 10. es decir el siguiente, es el de 5 de enero de 1871. Es probable que la administración del Semanario haya interrumpido la publicación de la revista el 29 de agosto de 1870 por razones financieras, pue el Nº de ese día dirige una advertencia a los lectores:

> «Los señores suscritores que se encuentran en descubierto en sus pagos por más o menos tiempo, se servirán ponerse al corriente en el curso del mes actual. Desde el primero del próximo setiembre no serviremos el Semanario sin que el pago se nos haga por lo menos, por trimestres adelantados»

Nuestra revista da cuenta regularmente de la campaña que se desarrolla en el país contra la ley del matrimonio civil. Publica un escrito de protesta dirigido a las Cortes por los cuarenta y tantos obispos españoles que asisten al Concilio, luego una amplia exposición en el mismo sentido del obispo de Segorbe, y, en fin, el punto de vista de Ortiz de Zárate, que se indigna ante la creación de registros de nacimientos y defunciones en los Juzgados y propone que se encarguen de este cometido los párrocos.[2]

Los obispos del Concilio explican las razones que les impulsan a no jurar fidelidad a-la Constitución,[3] lo que da ocasión al **Semanario** de condenar a un sacerdote que ha criticado la actitud del episcopado y acaba de convocar una asamblea del clero en Madrid.[4] En otro número Manterola personalmente explica que el prestar juramento equivaldría a aprobar el contenido de dicha Constitución, algo imposible para el clero, pues aquella no es cristiana.

67

Ortiz de Zárate, por su parte, acusa al Gobierno de haber provocado un conflicto tan sólo por querer dar a su constitución una legitimidad que no tiene de por si y de adoptar con respecto al País Vasco un comportamiento antiforal, ya que no es el Estado sino las Provincias quienes pagan a los clérigos y a los demás funcionarios.[5]

EI periódico vitoriano se queja con frecuencia de las soluciones que el Gobierno quisiera adoptar para subvencionar al clero. Manterola reclama como diputado a Cortes un acuerdo entre la Iglesia y el Estado y no una decisión unilateral del Gobierno.[6] Otro diputado tradicionalista desarrolla una tesis según la cual los honorarios concedidos a los curas no son sino el pago de una deuda que el Estado contrajo con la Iglesia al expropiarla.[7] El clero, como tal, reclama catorce meses de sueldo que no le han sido pagados invocando el pretexto falacioso, dice nuestra revista, de la ausencia de adhesión del clero al nuevo régimen.[8]

A propósito del arreglo del clero, se agudiza de nuevo el conflicto entre la Iglesia y las autoridades de Guipúzcoa.

La Diputación ha destituido a varios ayuntamientos que se han negado a aplicar las disposiciones de las Juntas de Fuenterrabía de 1869. El periódico publica el llamamiento que esos municipios hacen al pueblo de la provincia con ocasión de las próximas Juntas de Vergara. Pretende de nuevo que las Juntas de 1869 fueron ilegales, pues los representantes de Oyarzun, Zumaya y Legazpia habían sido designados por Ayuntamientos elegidos con arreglo a una ley antiforal. La Diputación elegida por dichas Juntas es por consiguiente ilegal y precisamente esa misma Diputación es la que se ha permitido destituir a veinte ayuntamientos y nombrar a otros en su lugar. Eso es —prosigue el **Semanario**— una intromisión inadmisible del Gobierno, un contrafuero manifiesto; si el pueblo de Guipúzcoa lo tolerara, el Gobierno podría en cualquier momento convocar Juntas «domesticadas» capaces de votar leyes contrarias al interés del País Vasco, como por ejemplo, una extensión del sistema tributario castellano o las quintas. No hay que descartar semejante posibilidad, pues en todos los lugares hay gente que no vacilaría en apoyar a los que quieren engañarnos

67

[2] Números del 15/1, 18/2 y 10/6. respectivamente.
[3] Nº del 13/5/1870
[4] Es el cura ya conocido, Antonio Aguado. quien convoca esta asamblea, lo que le vale los anatemas del Semanario. Nº del 24/6, 1870
[5] Nº del 1/7/70. En los números del 15 y del 27 de julio, Ortiz de Zárate afirma que es ilegal considerar a los curas como funcionarios y que no se les puede exigir juramento a la Constitución, ya que son las provincias quienes les pagan. De los 45 maestros de los pueblos que rodean a Vitoria. 44 se han negado a jurar la Constitución y O. de Zárate declara que tienen razón de obrar así.
[6] La revista da cuenta en su Nº del 11/2/1870
[7] Nº del 18/2/70
[8] Id. del 24/6/70.

> «... por desgracia no faltan en cada pueblo algunos, por punto general hombres extraños al país y que han venido a él llamado por el interés, que se prestarían a la abolición de todas nuestras exenciones...».[9]

Como puede observarse. la xenofobia no es último recurso que utilizan el **Semanario** y sus amigos.

El mismo conflicto vuelve a estallar en 1971. La Diputación cierra algunas parroquias y lleva a los tribunales a ayuntamientos que se han negado a obedecerla; las audiencias de Burgos y de Pamplona anulan las sentencias de los jueces que habían condenado a esos municipios, pero el Gobierno pasa por alto el dictamen de las audiencias y sigue apoyando a la Diputación. Esta, sin dejar de recurrir a medidas enérgicas contra los insumisos. paga a los Curas la retribución mínima fijada por el Concordato de 1851. Nuestra revista luce observar que el Concordato no se opone al pago de honorarios superiores al mínimo estipulado y que el pueblo de Guipúzcoa desea ardientemente retribuir mejor a sus clérigos, pero que la Diputación y el Gobierno se oponen a ello con el fin de disminuir los ingresos de la Iglesia, para reducir la influencia de esta. Al atacar a la Iglesia, atacan a la religión, lo que constituye un crimen imperdonable:

> «... el que hipotéticamente dice que es católico, y cierra luego iglesias, y suprime clérigos, y les cercena las dotaciones, ese es mucho peor que la Internacional».[10]

El ejemplo de Guipúzcoa se hace contagioso y tiende a generalizarse. En efecto, una situación semejante ha surgido en Vizcaya, donde una Diputación liberal acaba de ser nombrada por el Gobierno. Pero en esta provincia ni siquiera se invoca el Concordato, dice el periódico vitoriano. Las medidas adoptadas aquí provocan una disminución del número de sacerdotes y de las dotaciones del clero que han sido reducidos a la mitad.[11] Las razones invocadas, esta vez con cinismo, son las de debilitar al clero para que no conspire en favor de los carlistas.[12] El articulista del periódico trata de convencer a las autoridades españoles que es incompatible su aversión a la Internacional con la guerra abierta que hacen al clero, el enemigo mis eficaz de la subversión.[13] No sorprende, concluye, que el comportamiento del Gobierno dé lugar a tanta protesta enérgica.[14]

69

La organización de la lucha política. primero en un marco regional, y el recurso al chantaje independentista se multiplican, tomando como pretexto cualquier intención atribuida al Gobierno. Ortiz de Zárate se indigna ante una posible elección del rey de Portugal como rey de España. Si esa elección se confirmara —añade— el País Vasco podría legalmente separarse de España y concebir libremente su destino.[15]

---

[9] Id. del 1/7/70

[10] Id. del 24/11/711

[11] Las parroquias, de 149 a 78: los sacerdotes, de 553 a 290, y las subvenciones, de 289 261 pesetas a 194 125. Nº del 24/11/71

[12] «La Diputación general interina de Vizcaya remite el plan de arreglo parroquial... encareciendo la necesidad de su pronta aprobación, porque, desempeñados los cargos parroquiales por individuos sujetos a la omnímoda autoridad del Prelado. y constituido en Vitoria un foco de perturbación política y de abierta hostilidad a lo que no sea carlista, es de urgente necesidad que se atienda a conseguir garantías de ilustración y cierta independencia en los que se pongan al frente de las parroquias, y se procure que no haya clérigos desocupados que sólo se dediquen a conspirar y a introducir la discordia y la alarma en los pueblos y hasta en las familias».
Citación reproducida por el **Semanario**, Nº 24/11/71

[13] «...lo único que queda como un freno saludable... ¿Cómo queréis luego condenar la Internacional? ¿No sois vosotros los primeros que coadyuváis a que la Internacional crezca, impidiendo que se desarrollen los intereses morales de los pueblos, únicos que pueden ponerla un nuevo dique?» **Idem**

[14] En su número del 18 de agosto, el periódico suministra un ejemplo de los «desmanes» de la Diputación de Guipúzcoa. La parroquia de Cerain, dice, cuya iglesia ha sido restaurada hace dos años. acaban de cerrarla y se ha invitado a los fieles a acudir a la de Mutiloa. Ese cierre da lugar a la supresión de dos sacerdotes, pero los habitantes de Cerain no lo toleran.

[15] O. de Zárate: **El solar vasco-navarro no puede ser cedido**, nº del 1/7/1870.

Las amenazas insurrecciónales de este ilustre vitoriano van en la misma dirección que la actuación de ciertas organizaciones católicas que, invocando la defensa del dogma, impugnan la legitimidad del régimen. El Semanario relata con complacencia la constitución y actividades de dichas organizaciones. Se felicita de la creación en Vitoria de la Juventud Católica.[16] En su discurso de inauguración, el vicepresidente asigna una finalidad meramente religiosa a dicha organización, pero, al dar cuenta de los peligros que amenazan a la Iglesia, redacta una verdadera acta de acusación contra el régimen. La **Juventud** contará con el apoyo de una parte de la clase privilegiada de Vitoria. precisamente el sector que se acerca cada vez más a los carlistas.[17] El Papa, por su parte, felicita a la nueva asociación y, con tal motivo, la revista católica renueva su adhesión inconmovible al Santo Padre.[18] La defensa del Papa permite al Semanario condenar a la dinastía de Saboya y atacar indirectamente al rey de España.[19] No pierde ocasión. por otro lado. de dar a entender que el Vaticano bendice y anima su actividad periodística.[20]

La agitación política del periódico halla otra fuente de inspiración en el relato de ceremonias religiosas publicas que organizan sus amigos. Describe con abundantes pormenores las fiestas que acaban de celebrarse en Zarauz y que han tenido un carácter político y hasta insurreccional.[21] Del mismo modo, presenta abiertamente la actuación de los carlistas, a quienes alienta y aplaude. [22] Actúa como un órgano de propaganda del carlismo reproduciendo sus documentos escánciales[23] y asegurando la defensa de sus militantes que, colocados en situación cada vez mis ilegal, son molestados o detenidos por la policía.[24]

70

Otro procedimiento que utiliza nuestra revista para provocar la inquietud del público consiste en dar cuenta de hechos sobrenaturales; por ejemplo, el general que estableció el plan militar de ataque a Roma se ha vuelto loco, dice.[25] En otros números describe toda una serie de milagros que se producen en diversos países y ofrece a sus lectores biografías de hombres famosos de la revolución francesa que han conocido un fin trágico a causa de sus múltiples pecados .[26]

En 1871, tenemos la impresión que la campaña de seducción que lanza la nueva monarquía para atraerse al clero ha dado cierto fruto y que el **Semanario** no puede batallarse con la

---

[16] N. del 4/3/70. El Semanario deplora que dicha asociación se haya organizado en Álava más tarde que en otras provincias. pero «mas vale tarde que nunca», dice.

[17] En el Nº del 1/4/70, la revista da cuenta de la asamblea extraordinaria de la asociación celebrada bajo la presidencia de honor de Manterola y en presencia de un público abundante

«... concurrió a aquel solemne acto todo lo más selecto de la sociedad vitoriana, así como las clases todas de la sociedad...»

[18] Nº del 22 7 70. Este mismo número inaugura una serie de artículos sobre la vida intima del Papa.

[19] Números de 20/1 y del 30/2/1871. No se le olvida expresar periódicamente su afecto al Papa. En 1871 inserta la protesta del clero vasco contra la ocupación de Roma y comentadas felicitaciones que el Santo Padre acaba de dirigir a la prensa «católica» española por su lucha valiente contra la «impiedad»

[20] Nº del 8/9/71

[21] Id. del 10/6/70

[22] En el Nº del 11/3/70 publica un llamamiento de la Junta Católico-Monárquica de Madrid a las Juntas provinciales y de distrito, en la que se aconseja la creación de multitud de comités y una amplia difusión de propaganda con el fin de facilitar la llegada al poder de Don Carlos por la vía legal.

[23] En el Nº del 24/6 70 inserta la carta de Don Carlos a la Junta de Madrid, en español y en euskera. El pretendiente declara. una vez mas, que está dispuesto a adaptar el tradicionalismo a las exigencias de su época, en lo económico y en lo político, lo que significa la aceptación de la desamortización y la adopción de un sistema parlamentario, pero las características de ese sistema no se precisan. En el Nº del 12/8/70 incluye un poema en honor de Dona Margarita que anuncia la próxima coronación de su augusto esposo

[24] En Nº del 1/7/70 protesta contra el ataque del Casino carlista de Madrid, al que asisten:

«... en general personas de esmerada educación y de garantías sociales, de quienes no puede sospecharse que usen de la fuerza sino para rechazar la fuerza». Según dice, el asalto ha sido dado por una organización progubernamental, lo que es una prueba de los métodos antidemocráticos que emplea el régimen con sus adversarios. añade el Semanario.

[25] Números del 20/1 y del 3/2/1871

[26] Se trata de las biografías de Robespierre, Marat, etc., publicadas sobre todo en agosto y septiembre de 1871

misma energía; sin embargo, trata de apoyarse en la mínima debilidad del Gobierno para proseguir su ofensiva. Así, Ortiz de Zárate, después de felicitar al Gobierno por su decisión de entregar a los sacerdotes las limosnas del capítulo Cruzada, deplora con insistencia que la diócesis de Vitoria quede excluida por dicha medida.[27] Otros redactores explican que la moderación del Gobierno es fingida.[28]

Polemizando con dos periódicos liberales de Madrid que critican a un Capítulo eclesiástico que se ha negado a celebrar funerales por la muerte de Prim, el **Semanario** justifica y pondera la actitud del Capítulo incriminado pretextando que el general asesinado se había separado de la Iglesia.[29] Los ataques más directos de la revista se basan en las regalías atribuidas a Amadeo, en la secularización de los cementerios, la ley del matrimonio civil o el problema aún no resuelto del arreglo del clero.[30] Se trata de demostrar que, pese a los esfuerzos de seducción de Amadeo, la situación de la Iglesia aflige:

> «Hay algunos (curas) que andan cavando vinas y trabajando jornal en el campo. Otros se ocupan en los terraplenes de las carreteras o ferrocarriles en construcción».[31]

La hostilidad al régimen impulsa a la revista, no sólo a condenar los actos políticos concretos de aquel, sino también las medidas que podría tomar en el futuro. Por ejemplo, la enseñanza laica, tema que aún no ha sido abordado por el Gobierno. La enseñanza gratuita, laica y obligatoria», que Gambetta quiere decretar en Francia y que los liberales se apresuran a institucionalizar en España, es particularmente nefasta, afirma el periódico católico. Es una enseñanza falsamente gratuita, pues el Estado tiene que pagar a los maestros con el dinero de los contribuyentes. La única enseñanza gratuita —prosigue— es la de la Iglesia ¿Por qué quiere entonces el Estado gastar dinero?, se pregunta el **Semanario.** Y responde que el nuevo régimen desea descristianizar a los jóvenes, por eso instituye la enseñanza obligatoria. Se trata, pues, de una maquina de guerra contra la Iglesia, «fraguada en las logias», y no de un nuevo sistema educativo ya que fuera de la Iglesia no hay educación moral posible; no hay principios, al margen de la religión, capaces de imponer obligaciones al individuo.[32]

71

El debate doctrinal: la amalgama

Desde un punto de vista doctrinal, lo que inquieta esencialmente al **Semanario**, en 1870, es el protestantismo, la masonería y el liberalismo, los tres amalgamados, incluso el liberalismo católico.

La revista vitoriana se alarma cada vez más ante la propaganda protestante en España y asimila esta religión al deísmo, al ateísmo y a la revolución. Los artículos que tratan de esta cuestión adoptan un tono agresivo y su contenido va a menudo salpicado de calumnias. Al hacer una reseña histórica del protestantismo, se dice que nace de una rebeldía contra Roma para poner fin a los «abusos y corrupción de la Iglesia católica», pero esta acusación no es más que un pretexto hipócrita, pues la religión reformada generaliza la corrupción:

> «Parece que la reforma no ha tenido más objeto que transformar en novios y novias los frailes y monjas, y que esta gran tragedia ha de acabar como las comedias en cuyo

[27] Nº del 3/3/71
[28] Id. del 24/3/71
[29] Nº del 20/1/71. Los dos periódicos liberales son La Nación Y El Universal.
[30] números del 28/7, 4/8, 18/8 y del 10/9/1871
[31] Id. del 3/2/71
[32] Id. del 22 y del 29/11/71.

último acto todos se casan».[33]

Como puede comprobarse, los argumentos del **Semanario** no se sitúan en un nivel polémico muy elevado.

72

El mismo periódico, comentando la apertura de un templo pro testante en Madrid, niega toda competencia al Pastor que lo dirige[34] y da a entender que, para atraerse a los fieles, los protestante no vacilan en comprarlos.[35] Felizmente, prosigue el articulista las mujeres que se dejan atraer por la nueva religión pertenece únicamente a las clases bajas de la sociedad.[36] Los protestantes disponen de abundantes medios de propaganda, pero los efectos de esta son bastante limitados a causa de la pobreza de sus argumentos.[37] Manterola, por su parte, escribe artículos contra los protestantes en un tono más serio y elevado, pero práctica la misma amalgama entre protestantismo, ateísmo y revolución, a la que, según el, conducen todas las formas de liberalismo. En cuanto la inteligencia se aparta un ápice de la verdad, el corazón se corrompe y sólo queda una alternativa:

«... o la fe cristiana con todas sus consecuencias o el ateísmo: o la autoridad de origen divino, o la revolución socialista».[38]

La revista católica reproduce el testimonio de un masón para intentar demostrar que los católicos liberales, aun sin quererlo, son aliados objetivos de los enemigos de la religión .[39] así es como el periódico de la Iglesia vasca llega a hacer de los liberales «que se dicen católicos» su blanco preferido porque piensa probablemente que en su región son aquellos más temibles que los liberales exaltados.[40] Vemos, pues, que las cuestiones teológicas dependen estrechamente de las preocupaciones políticas.

En 1871, la revista hace hincapié sobre todo en la masonería, fuerza oculta al servicio del liberalismo, dice, y etapa de transición al socialismo. Después de dar a entender que Amadeo mismo es masón, el **Semanario** reproduce una pastoral del arzobispo de Santiago poniendo en guardia a sus fieles contra los masones, a quienes hace responsables de todas las desdichas.[41] Luego, inserta un largo estudio, tornado de un periódico extranjero, dedicado a dicha secta y a su implantación en España. Distingue, en el seno de la organización, varias

---

[33] Id. del 15/1/70

[34] Id. del 21 I 70. En Madrid, dice, acaban de abrir en la calle de la Madera una capilla protestante animada esencialmente por republicanos y regentada por un franciscano apóstata: éste lo mismo que sus colaboradores, es bastante mediocre, y añade:

«Nada se de cualidades intelectuales ni morales de los pastores de la calle de la Madera: ni los he oído ni debo oírlos. Amigos míos, que han ido algunas veces a sus predicas, me han dicho que se reducen a lugares comunes y triviales, e invectivas contra el catolicismo y contra el clero»

[35] En el número citado en la nota precedente se habla lambien de otra capilla que recluta a sus feligreses entre los conserjes. según dice el Semanario:

«En estas capillas... ya bautizan y casan. Se ha hecho correr entre la gente del bronce que en ellas casan de balde. y que los matrimonios que allí se hacen son tan buenos como los de las parroquias. y que además suelen dar dulces y algún regalillo a la novia. Puede calcularse con esto si faltarán bodas, sabiéndose que la asociación de matrimonios de pobres en Madrid calculaba en unos 8.000 los que viven aquí en concubinato»

[36] «... eran pocas las señoras y mujeres de mantilla: casi todas llevaban pañuelo en la cabeza, y según pudo observarse. eran **voluntarias de la libertad**»

« Durante la plática no se puede salir de la capilla y no deja esto de ser penitencia de esa imprudente curiosidad. Antes cerraban la puerta: ahora se ponen a ella voluntarios de la libertad obstruyendo el paso, pues los voluntarios tienen allí **vara alta.** como suele decirse». **Idem**

[37] « Escriben en ellos no solamente protestantes, sino también malos católicos y varios racionalistas; en general no firman los artículos.. escriben en tonto, a pesar de que pagan espléndidamente a los redactores; pero su contenido es un tejido de vulgaridades e invectivas contra el catolicismo, indignas de una refutación sería. Dios los haga más tontos si conviene.» **Idem.**

[38] Nº del 21/8/70

[39] Id. del 8/4/70.

[40] Id. del 21/1/1870

[41] Id. del 10/2/1871

ramas y las tendencias políticas de cada una. La tendencia más radical —añade— no es más que un trampolín de la Internacional, cuyos progresos en España son alarmantes.[42]

73

En definitiva, el liberalismo es, no sólo contrario al dogma católico, sino también corruptor, en el plano moral, y subversivo, desde el punto de vista social y político. El programa del **Semanario,** al contrario, pretende dar respuesta satisfactoria a las aspiraciones il< los católicos «engañados» que se han dejado seducir por las promesas demagógicas de los liberales más pérfidos.

Un programa social

Con ocasión de la candidatura a las Cortes de J.A. de Balbuena. segundo director de la revista, aquel publica una declaración de intenciones que permite conocer las ideas sociales del grupo a quien representa. Se propone, ante todo, defender la religión católica, cuyo abandono por parte del nuevo estado es la causa de las desdichas que sufre España, tanto en lo moral como en lo material. La familia como institución se halla amenazada, la corrupción se ha generalizado, afirma. España pierde su prestigio en el extranjero, disminuye el patriotismo, la justicia social brilla por su ausencia y quienes protegían y amparaban a los pobres se ven perseguidos, han quedado arruinados y no están ya en condiciones de cumplir su misión tradicional. La producción desciende y se presencia un empobrecimiento general en provecho de una minoría de advenedizos. Peligros graves amenazan también a la clase acomodada:

> »La propiedad amenazada de muerte; y el socialismo que parecía hasta hace poco una quimera ha venido a revelarse como una sangrienta realidad. Por otra parte los impuestos que crecen y crecen cada día, absorben ya la mayor y mejor parte de los productos».[43]

El periódico trata de alarmar a la vez a los pobres y a los ricos, aunque lo que, según el, amenaza a estos últimos se precise mejor. No obstante, se defiende de la acusación de reaccionario que contra él lanzan ciertos «católicos tibios». Nuestra intransigencia, afirma la revista, sólo afecta al dogma, no tenemos preferencia por tal o cual sistema político, nos limitamos a combatir los regímenes que oponen obstáculos a la misión de la Iglesia y a tener simpatías por aquellos que facilitan la tarea de esta, pero la Iglesia se muestra exigente con los regímenes amigos recordándoles sus deberes, entre los cuales figura el de proteger a los débiles contra los poderosos.[44] La Iglesia es por tanto progresista, pero a condición que el progreso sea:

74

---

[42] En el Nº del 5/5/71, la revista publica un artículo de **La Corrcspondance** de Ginebra, en el que se dice que la masonería tiene dos ramas: la primera. llamada regular, es nacional lo mismo que la italiana, la alemana y la suiza: es la rama a la que adhieren los progresistas. La segunda o irregular es internacional y, en el caso español, ibérica puesto que busca la federación con Portugal, y republicana. Su animador en España es Rivero. Viene luego el carbonarismo, secta más radical, responsable probablemente del asesinato de Prim y emparentada con la Internacional. Esta última actúa públicamente y se desarrolla, sobre todo, en Madrid y Barcelona:

> «Hace dos meses que los agentes de la Internacional abrieron conferencias públicas... Allí se enseñan las doctrinas más avanzadas, desde el simple socialismo hasta el latrocinio y el robo a cara descubierta. Allí también se atacan todos los cultos y todas las religiones, y la tesis dominante es la negación de Dios y de todo derecho divino y humano»

[43] Nº del 21/1/1870

[44] Es **Laurac-bat** el que ha lanzado esta acusación contra el Seminario; este, en su nº del 29 de abril, publica un amplio artículo en el que trata de convencer a sus adversarios que su idolología no se opone al progreso.

> «... graduado, solido, que, sin romper con lo útil de la tradición, fundándose en el pasado, marcha con calma, con serenidad, con seguridad al porvenir».[45]

El mundo moderno, por el contrario, se deja guiar por el egoísmo y sólo puede desembocar en su propio aniquilamiento. Lo mismo que Babilonia y Roma en el pasado, la Francia moderna, símbolo del falso progreso:

> »... sufrirá al fin las consecuencias terribles, pero necesarias, la excesiva preponderancia de la inteligencia sobre la moral».

La justicia la libertad y el progreso que predican los liberales son otros tantos objetivos de los católicos y no exactamente de le liberales, pues estos no hacen más que insultar al Papa, olvidando se de los más sagrados deberes del hombre. Lo que ellos llaman derechos no son en realidad sino fuente de conflictos y de odio.[46]

Para explicar lo que el **Semanario** entiende por justicia social, re curre a un ejemplo concreto: la descripción detallada de la conducta de una personalidad de la provincia. Se trata, dice el periódico de un hombre excepcional de Llodio, villa de cuatrocientos vecinos en medio de un valle que el ferrocarril ha arruinado, pues vivía del trafico por carretera Castilla-Bilbao. La acción del Sr. de Urquijo —tal es el nombre de la personalidad ejemplar— es particularmente benéfica. Urquijo es un hombre de negocios muy conocido en toda España, pero es un rico modelo que vive modestamente y dedica una parte de su fortuna a obras de caridad y de interés común. Se ha empeñado en promover el desarrollo económico de su comarca alentando la mejora de los cultivos y la ganadería, pues sabe que:

75

> « La agricultura, la ganadería y la selvicultura, no solamente son el nervio de la riqueza de los pueblos, sino también de su moralidad, buenas costumbres y religiosidad. Los hombres que viven esparcidos por las soledades de los campos, dedicados al cuidado de las faenas agrícolas... y alejados de los centros de corrupción de las poblaciones numerosas, son de costumbres más sencillas, inocentes y austeras»

Es, pues, altamente interesante —prosigue— aumentar los rendimientos de la agricultura y eso es lo que hace Urquijo multiplicando experiencias. Estas son costosas a causa de los fracasos frecuentes y por ello sólo las corporaciones o personas acomodadas pueden emprenderlas, pues los agricultores vascos carecen de medios para semejante experimentación:

> »Siendo la mayor parte inquilinos o pequeños propietarios que sólo poseen la casa y tierras que explotan, carecen nuestros labradores de dinero para comprometerse en

---

[45] **La Iglesia sólo solicita la ayuda del estado católico en circunstancias excepcionales,** cuando, por ejemplo, es necesario intervenir activamente contra los enemigos de la religión. Estos son tres: primero. «los herejes y filósofos», es decir «los revolucionarios», no los verdaderos filósofos, sino esa filosofia que:

> «... declarándose independiente. no reconoce ninguna autoridad superior a si misma».

El segundo enemigo es «el espíritu revolucionario»:

« Llamamos espíritu revolucionario al que excita y provoca las revoluciones en pro de las pasiones humanas y con el fin de satisfacerlas. el que explota la cosa publica en beneficio de su orgullo. su ambición, avaricia y sensualidad».

Y, en fin, «el espíritu del mundo». que es complementario del anterior:

> «...el espíritu del mundo son esos hombres imprudentes y ligeros... (que)... sólo piensan en divertirse... Van a Misa y pasan largos ratos a las puertas del templo, muy prestos y acicalados; pero nada más que porque es costumbre».

Con el espíritu del mundo está relacionado «el espíritu del siglo» o el mito del progreso permanente. nocivo al progreso mismo. La Iglesia, al contrario, simboliza el verdadero progreso. que consiste en avanzar lentamente, así consiguió la Iglesia suprimir la esclavitud. De la misma manera. ha liberado a la mujer: «... elevándola al rango de compañera e igual del hombre, de esclava que era entre los paganos». Nº del 29 de abril.

[46] Id. del 13/5/1870

ensayos o novedades».[47]

EI periódico católico reconoce que la mayor parte de los aldeanos vascos viven en situación precaria, pero no entrevé más solución que la que adopta Urquijo. Así, la riqueza es compatible con la pobreza si la primera sabe ser caritativa, inspirándose en los principios del Cristianismo.

Una sociedad esencialmente rural regida por Señores caritativos y bienhechores constituye aparentemente el ideal social del **Semanario**, un ideal que garantiza mejor que ningún otro el equilibrio de la sociedad y la paz del alma. más allá de la región de Llodio, ese ideal se práctica ya, según nuestra revista, en los Estados Pontificios

76

Al dar cuenta del Concilio, un periodista dice que le ha llamado] mucho la atención el lujo fastuoso de la Corte Romana y la superabundancia de mendigos. El **Semanario** reconoce que hay muchos indigentes en Roma, pero afirma enseguida que su situación no es penosa, pues los obispos y los aristócratas se dignan tratarlos con cariño y afecto y les dan limosnas cuantiosas. Los pobres de Roma —añade— ni se mueren de hambre como en Londres, ni van vestidos con harapos como en Madrid, ni son internados por la fuerza como hace el gobierno español con sus mendigos. Además reciben socorros y auxilios espirituales. De hecho —prosigue diciendo— no hay problemas sociales graves en Roma. El paro obrero no se conoce; no hay allí obreros sino artistas (artesanos) que siempre tienen trabajo. ¿Cómo es eso posible? Si un liberal me oyera, —dice el articulista—, pensaría que se estruja la bolsa de los ricos. Pues no hay nada de eso. Los impuestos no han aumentado. Claro que el Papa recibe dinero de los católicos de todo el mundo, lo que dicha sea de paso pone de manifiesto la enorme e indiscutible autoridad del Santo Padre que, al revés de los demás jefes de Estado, no tiene necesidad de recurrir a la coacción para cobrar impuestos. La prosperidad de los Estados Pontificios no se debe a sus ingresos, sino más bien al comportamiento caritativo de la clase privilegiada, capaz de invertir teniendo en cuenta el interés común, base fundamental del bienestar de todos y del equilibrio social:

> «... aquí la caridad y el amor dan hasta lo superfluo. En todas las partes hay o amenazan conflictos horribles producidos por el odio entre los pobres y los ricos; sólo aquí la clase pobre sigue amando y bendiciendo a la clase rica, que es su amparo; sólo aquí se ve a los pobres y a los ricos, a los nobles y a los plebeyos, dejar sus casas, abandonar sus tareas, apresurarse, correr, apiñarse para ver a su soberano y saludarle con voces de amor, que hacen palpitar de entusiasmo y de alegría los corazones que, como el mío, no había oído hasta ahora gritar a las multitudes más que para provocar revueltas y trastornos, o para celebrar con feroz alegría triunfos sangrientos y espantosas catástrofes».[48]

77

---

[47] O. de Zárate dedica en julio y agosto diecisiete artículos a la glorificación de la persona y la acción de Urquijo. bajo el título común: **Glorias Vascongadas: Excmo. Sr. D.E. de Urquijo, Padre de Provincia**. Hombre de gran prestigio: Prim ha querido nombrarle Ministro de Hacienda. Acaso sea pronto Diputado general de Álava. Como Vasco, este hombre ejemplar encarna perfectamente las virtudes de su raza: amor a la familia y a su pueblo natal y religiosidad. Su pueblo y su comarca son los primeros que se benefician con la generosidad de este hombre. Con ocasión de las fiestas patronales, Urquijo da de comer a centenas de familias. Asiste a los ancianos de su comarca dándoles una subvención regular y periódica, suministra alimentos a los convalecientes, socorre a 28 huérfanos, dota todos los años a los ocho matrimonios más virtuosos. Cuando la catástrofe de 1869. entrego 11.000 reales a las familias de los náufragos de Ondárroa: en los años de malas cosechas socorre a los perjudicados y subvenciona a numerosas asociaciones caritativas.

[48] Se trata de una **Carta de Roma**, publicada por **El Pensamiento Español** y reproducida por el Semanario el 15 de enero. Se dice también en ella que en Roma no hay paro obrero porque los ricos son más caritativos que en otros lugares:

> «... en Roma hay una porción de príncipes, nobles a la antigua usanza, que en vez de emplear sus inmensas riquezas en hacer negocios de banca. o malgastarlas en las miserias del lujo improductivo y corruptor, las emplean en hacer obras piadosas, y en levantar edificios, y comprar cuadros y estatuas, con que proteger a los artistas y dar gloria a su patria».

De este cuadro idílico se desprende la repulsión de la economía moderna y la preferencia por un modo de producción tradicional y por una sociedad señorial equilibrada, sin lucha de clases. Se trata de un elogio del Antiguo Régimen que descansa esencialmente en una industria artesanal, una propiedad estable de la tierra y el predominio del mundo rural. Ortiz de Zárate, por su parte, evoca con complacencia esa civilización rural y se muestra severo con la urbe moderna. Ese mundo rural es quizá más satisfactorio en el País Vasco que en otras regiones españolas en las que las reformas liberales han reducido a numerosos campesinos a la miseria y en las que el número de sacerdotes y la influencia de la Iglesia han conocido un retroceso mayor. Por eso conviene preservar a esa región vasca de la contaminación exterior y la tarea es tanto más urgente cuanto que el nuevo régimen trata de acelerar el proceso liberal. En ese contexto se comprende mejor la obstinación de Ortiz de Zárate y de sus amigos por conservar y consolidar los Fueros.

La autonomía vasca

Ortiz de Zárate se felicita de los progresos ya obtenidos en pro de la unión vasca y da las gracias a cuantos han contribuido a esa tarea, entre otros algunos periódicos de tendencia liberal. Invita a todos los Vascos a mantenerse unidos ocurra lo que ocurra y pese a ciertos desacuerdos internos.[49] Como algunos periódicos liberales han afirmado que un posible levantamiento carlista en las provincias vascas podría provocar la supresión de los Fueros, Ortiz de Zárate se indigna y censura a quienes postergan el interés común del País Vasco a intereses de partido. En 1834. añade, conocimos unos una terrible guerra civil, pero ninguno de los contendientes se atrevió a poner en tela de juicio nuestras veneradas instituciones. Lo mismo debiera hacerse ahora. Los liberales, por su parte, no han renunciado a crear asociaciones radicales y republicanas ni a formar milicias armadas de voluntarios; hasta se han atrevido a apoderarse ilegalmente de determinadas responsabilidades administrativas para luchar de manera más eficaz en favor de su revolución. Pues, bien, pese a la reprobación que nos inspira su conducta, nunca hemos puesto en tela de juicio nuestra autonomía y, cualquiera que sea el vencedor en la lucha actual, es necesario salvar el régimen foral por encima de todo. Movido por su ardor fuerista, Ortiz de Zárate no vacila en formular reivindicaciones pre-independentistas y reprocha a los liberales vascos su compromiso en una causa política que es más española que vasca:

78

> «... nosotros deseamos que el pueblo vasco-navarro lleve su autonomía hasta el último limite posible y ostente una verdad nacionalidad casi independiente; pero para esta grande obra necesita el concurso de todos los partidos, y no es posible realizarla, si los unos se arman y se organizan en defensa de una bandera política española y al mismo tiempo incurren en las contradicciones de exhortar a los otros a que estén quietos, a que no muevan, para no comprometer la causa santa foral».

Es decir, Ortiz de Zárate reclama la solución de los conflictos un marco meramente vasco, acaso porque está convencido que la relación de fuerzas en el seno de la región no es favorable a los revolucionarios, pues afirma a continuación que se acerca:

[49] Aconseja una vez más la proliferación de obras que contribuyan al enriquecimiento de la cultura vasca y hace un llamamiento en este sentido a los intelectuales y sobre todo a los sacerdotes. Nº del 18/2/1870.

> «... el día no lejano en que esta (la revolución) se derrumbe y triunfe la reacción».[50]

Parecidas ideas han sido ya expuestas antes de 1868; la insistencia y amplitud con que ahora se esgrimen ponen de relieve el arrepentimiento de cierta capa dirigente por haber aceptado el progreso moderno, responsable, según ella, de los disturbios actuales y futuros. La Internacional, «ese fantasma que recorre Europa», hace sonar a los nostálgicos del pasado con una sociedad sin lucha de clases. Sin embargo, el programa político del **Semanario**, a causa de su repulsa implícita de la economía moderna, no está en condiciones de atraer a las capas ascendentes de la sociedad y se ve condenado a fracasar en su tentativa de reunir, en tomo a los legitimistas, a sectores adictos al liberalismo. Los colaboradores de la revista lo saben cuando comprueban los «estragos» (las transformaciones, diríamos nosotros) que el liberalismo ha provocado en muchas zonas de España. El País Vasco, probablemente menos afectado en buena parte de su mundo rural, ofrece acaso más posibilidades de realización de un frente contrarrevolucionario presidido por los carlistas. De ahí el reforzamiento del fuerismo, la tentación de superar la vieja autonomía, el atractivo del País Vasco semi-independiente, el alborear del nacionalismo.

79

Enjuiciamiento del Liberalismo a escala internacional

Ese intento de atraer a gran parte de la población lleva al periódico vitoriano a denunciar la incapacidad del Liberalismo para poner en práctica su ideario político. Los disturbios que conoce Francia le permiten extender la denuncia al liberalismo internacional.

Comentando la caída de Napoleón III, declara que el emperador no ha sido el único responsable de la derrota militar de su país, sino todo el pueblo francés que ha tolerado los pecados (sic) de su rey, tales como el apoyo que éste ha prestado a los partidarios de la unión italiana contra el Papa, el envío a Méjico de un emperador revolucionario (sic) y su tolerancia de filósofos impíos como Renan. Francia, «corrompida y afeminada», expía ahora sus pecados, dice la revista de Vitoria. El agente de la providencia en este caso el rey de Prusia, un príncipe protestante, pero:

> «Protestante y todo hemos dicho, el rey de Prusia vale más que muchos que se dicen católicos»,

pues, en efecto, prosigue el articulista, muchos príncipes católicos no temen rodearse de enemigos de la religión, como hizo Isabel II entre 1854 y 1856, mientras que en Prusia los católicos gozan de gran libertad y se tolera a los jesuitas. No sorprendería, concluye, que el rey de Prusia se convierta a nuestra religión.[51]

El **Semanario** se muestra aquí más hostil a la democracia política que a cierto protestantismo, lo que es extraño por parte de un periódico tan intransigente en lo que toca al dogma.

80

Volviendo a evocar la derrota francesa, la revista afirma que el desastre hubiera sido más rápido y espectacular, debido a la corrupción de París («... la moderna Sibaris, la Babilonia

[50] Artículo titulado **Amenazas**, Nº del 18/3/1870.
[51] Nº del 27/1/1871.

del siglo XIX... emporio de lujo, de los placeres y de la corrupción de Europa... «[52]) sin la intervención de los soldados católicos bretones que luego han realizado la inestimable tarea de reprimir el alzamiento de París dirigido por ateos que, como de costumbre, son bastante cobardes. El **Semanario** felicita a Prusia por su triunfo y espera que llegue a poner orden en Europa, restableciendo la monarquía legitima y nombrando rey de Francia al conde de Chambord. Éste ha de apoyarse en la Iglesia para borrar las huellas de la revolución y abolir la soberanía popular.[53]

Unos meses más tarde se produce la Comuna, acontecimiento que da lugar a interesantes comentarios de nuestra revista.

La Comuna —dice— ha impresionado y conmovido profundamente a ese mundo frívolo de París:

> «Este mundo... político, industrial, comercial, **bourgeois**»

que ha sentado el principio de la separación de la Iglesia y el Estado y cuya divisa es **la force prime le droit** ¿De donde procede su emoción actual? —Y la revista responde así:

> «... La Comuna... ha atacado al único centro nervioso que se conoce en la anatomía del hombre civilizado y despreocupado donde está concentrada toda su sensibilidad y sus afectos. Este centro es el bolsillo»

Después de todo, prosigue, la Comuna no ha hecho más que llevar los principios liberales a sus últimas consecuencias. El liberalismo nace de una insurrección, ha expropiado a la Iglesia y sus dirigentes:

> «Han gravado escandalosamente las herencias, ya con impuestos, ya con papel sellado. Los socialistas son más francos y se apoderan de ellas por completo».

Por otro lado, el Liberalismo ha predicado el principio de la no intervención y, según ese principio, reyes legítimos han sido despojados del trono, pero cuando la Comuna:

81

> «**...** impone fuertes contribuciones a los dioses del agiotage, y saquea los palacios de los magnates liberales...».

liberales quieren que se intervenga en Francia para auxiliar al gobierno de Versalles. ¡Que no se cuente con la Iglesia para semejante tarea!:

> «Aún admitiendo que por un momento pudiera triunfar de los parisienses, tan desacreditados se hallan Thiers y sus compañeros, tan divididos y tan inciertos sobre el rumbo que hayan de imprimir al bajel del Estado, que les sería imposible conservar el poder ocho días».

La única solución, concluye el articulista, se halla en el legitimismo

> «Sólo así puede renacer la tranquilidad en Europa».[54]

Los liberales, dice el periódico en otro lugar, han demostrado Que son incapaces de hacer frente a situaciones delicadas. Su debilidad y su crueldad son responsables del drama que se vive en Francia. Thiers se muestra débil e indeciso; debiera haber desarrollado a los Comuneros tras la ocupación de las Casas Consistoriales, pero intenta hacerlo cuando era ya demasiado tarde y, frente a la resistencia de algunos barrios, su ejército se va de la ciudad, lo que desagrada a los parisinos que acaban contemporizando con la Comuna. La pérdida de

[52] Id. del 10/2/71.
[53] Id. del 24/2/71.
[54] Id. del 25/4/71.

prestigio de Thiers procede también de su mal comportamiento con los tenderos. En efecto, los alquileres cuestan caros en París y, como la guerra paraliza el comercio, muchos propietarios de tiendas conocen una situación difícil. Era preciso aplazar el pago de alquileres y Thiers piensa en ello, pero, fiel a los intereses de los banqueros, concede plazos insuficientes y provoca descontento en la clase media. Por eso, en última instancia son los banqueros los que han contribuido a agudizar los conflictos:

> «... en estos tiempos en que tanto se habla de libertad, y sobre todo de democracia, no hay sin embargo nada de esto. Lo que hay desde que se abrió la era de las revoluciones es una verdadera plutocracia, es decir el gobierno de la gente del tanto por ciento, el peor de todos los gobiernos posibles. Un sanhedrín de judíos, circuncidados unos como sucede en Francia, y bautizados otros como por acá, pero nada mejores estos que aquellos, está jugando con las naciones, especulando y engordado con su miseria, anticipando dinero a gobiernos execrados por el país y que sin ello no vivirían, y haciendo todo lo posible por sostener las revoluciones...».[55]

82

Thiers y sus amigos —prosigue el autor del artículo— colaboran con quienes más tarde proclaman la Comuna, pero cuando los intereses de los plutócratas se ven amenazados, Thiers no vacila en tomar por asalto la capital, sembrando la muerte, provocando crímenes inútiles, pues los desmanes de la Comuna no justifican los crímenes de los Versalleses.

En ese análisis de la Comuna, el **Semanario** renuncia a la explicación providencialista de la historia y analiza el acontecimiento a la luz de cierta lucha de clases. Eso le permite condenar el ascenso del capitalismo que avanza hollando los intereses de clases del Antiguo Régimen, sobre todo de propietarios rurales, victimas de una nueva relación de fuerzas, y también de clases medias y populares lesionadas como las anteriores de manera diversa, especialmente por las exigencias fiscales de los estados modernos. Naturalmente, la revista teme ante todo lo que la Comuna representa, pues los perjuicios causados por el Liberalismo no son comparables a los que provocaría el socialismo. El periódico vitoriano teme que el Liberalismo, régimen egoísta (sic), conduzca más deprisa a una revolución radical.

Lo que ocurre en Francia puede suceder en España, afirma. Los progresos del socialismo son alarmantes:

> «Madrid cuenta con gran número de afiliados a aquella sociedad (la Internacional) y estos han empezado a celebrar los domingos unas conferencias en que se niega a Dios, se combate la propiedad y se predica la comunidad de bienes»

Al desorden moral se añade, pues, el desorden social; la Internacional usurpa la propiedad en beneficio de algunos demagogos:

> **«**Repartimientos de terrenos comunes... ha habido infinidad de ellos en las provincias que pasan por más pacificas... Por la simple colocación de mojones en campo abierto, hombres que no tenían donde caerse muerto, o que, si habían poseído algunos bienes, los derrocharon miserablemente; se han visto pronto dueños de fincas. Por otra parte, se ve con frecuencia hechos unos señores a sujetos sin capacidad, sin mérito y a quien nadie conoció más profesión que la holganza y el vicio».[56]

Nuestra revista manifiesta aquí su total incomprensión de determinadas reformas tendentes a atenuar las fricciones sociales y ostenta un odio de clase poco compatible con su mensaje evangélico. Frente a la rudeza de la lucha social, se limita a deplorar la ausencia de

[55] Balbuena: **Debilidad y crueldad**. números del 2 y del 9 junio 71
[56] Id. del 31/3/1871

resignación cristiana:

> «No hay para un grandísimo número de hombres otra clase de deshonra que la pobreza».

El liberalismo ha desencadenado las pasiones, pero no ha cumplido sus promesas en el terreno más seductor de sus ideas.[57] Este «fracaso» permite a la revista vitoriana reafirmar la incompatibilidad entre catolicismo y liberalismo y, para hacerse más convincente, apoya su anatema en la conducta antiliberal (sic) del Papa.[58] Pero si ya de por si es peligroso, el carácter más nocivo de ese sistema estriba en que abre un proceso que conduce a la revolución socialista. En un artículo polémico, el periódico describe mi diálogo imaginario entre un liberal y un internacionalista. El primero considera aberrantes las doctrinas de la Internacional, pues, según él, implican subversión social y política y destrucción de la familia y la religión. El internacionalista, por su parte, pretende al contrario que el socialismo no hace más que ultimar lo que fue emprendido por los liberales al expropiar a la Iglesia, instituir el matrimonio civil y decretar la libertad de cultos y resume su punto de vista en una frase significativa:

> «Habéis hecho media revolución; nosotros queremos completarla».[59]

84

La revista vitoriana trata de asustar a los liberales moderados, agitando el espantajo de la Internacional. Con este fin. publica frecuentemente artículos más o menos documentados para dar cuenta de la multiplicación de los grupos internacionalistas en España y para resumir los objetivos que aquellos quisieran alcanzar.[60] Pero cita sobre todo a los dirigentes más extremista con el fin de suscitar la reprobación del lector.[61] En otras ocasiones, se condena a la asociación de trabajadores sin pruebas y de manera, grosera; Manterola en persona participa en esa campaña.[62]

Conclusión

Por la defensa de sus intereses, el **Semanario** sigue luchando sin tregua en el frente de su región a la que quisiera aislar, reforzando la autonomía, para protegerla mejor del «peligro rojo» español, Sin embargo, relaciona estrechamente el combate regional con la guerra que la reacción española y europea llevan a cabo en ese momento. Esa reacción, asustada por el ascenso del movimiento popular, está descaminada, desorientada. Los amigos del

---

[57] Id. del 5 y del 26/5/1871. En este último número da cuenta también del descontento que provoca en Castilla el nuevo presupuesto del Estado y los impuestos recientemente votados

[58] Números del 21/7 y del 29/9/71. En el primero se dice que el liberalismo católico es «... mucho peor que la Commune con sus asesinatos y sus incendios».

[59] Artículo titulado **Diálogo instructive**), n del 3/11/71

[60] En el artículo **Terrible sociedad**. del 14/7/71, escriben:

«Madrid tiene un consejo federal, que reúne 20 secciones: en Cádiz hay un centro. que comprende 14 secciones. En Barcelona hay afiliadas 38 asociaciones obreras Todas las de Baleares están federadas».

[61] «La alianza quiere la abolición de los cultos... la abolición del matrimonio como institución política. religiosa, jurídica y civil... el derecho de herencia debe ser abolido completa y radicalmente... Todo propietario que quiera arrendar algún inmueble. prueba en el acto mismo que no lo necesita: sea pues despropiado»

[62] Manterola utiliza su pluma contra la Internacional el 10 de noviembre, pero hay otros artículos despectivos y groseros en los números del 21 de julio, del 25 de septiembre y del 13 de octubre; a veces son una simple reproducción de escritos publicados en periódicos extranjeros.

Semanario atacados por el nuevo régimen, incluso por su ala derecha, a causa de la intransigencia de los tradicionalistas, se defienden con vigor y pasan a la ofensiva, oponiéndose por cualquier medio a todos aquellos —muy numerosos— que se sitúan a su izquierda. No obstante la revista tiene empeño también en convencer a sus adversarios, más moderados, que el legitimismo es el único sistema político capaz de provocar el fracaso de la revolución socialista. La aparición de la Internacional introduce un factor nuevo en la vida política que no pasa desapercibido para los colaboradores del periódico vasco. Este trata de asustar a los pudientes y al mismo tiempo les ofrece sus servicios. Paralelamente, promete a los oprimidos aliviar sus penas y hace cierta propaganda anticapitalista y antisemita. Esta última dimensión nos recuerda el pasado castellano, cuando la burguesía nacía, en una época en que se rechazaba la incipiente economía mercantil y se encomendaban a los judíos el comercio y las finanzas. La resurrección de viejos prejuicios, en momento en que el proletariado se dota de una organización sindical y política confiere a ese antisemitismo y a esa demagogia anticapitalista una nueva resonancia, moderna, pre-fascista, que adquirirá mas adelante una deplorable amplitud. Pero de inmediato, ese aspecto de la propaganda no hace más que «enriquecer» el contenido ideológico del carlismo con el que el periódico de Vitoria está cada vez más compenetrado

85

Tan pronto saluda la creación de nuevos periódicos carlistas como da cuenta de la publicación de obras en favor de Don Carlos.[63] El diputado carlista Vildósola acaba de escribir un libro presentando al legitimismo como única solución y recibe las felicitaciones de Nocedal, que confía en un triunfo del carlismo por vía legal.[64] En otras ocasiones, el **Semanario** no descarta la posibilidad de recurrir a las armas, pero considera que esta táctica es aún prematura[65] y protesta contra los procedimientos que emplea el gobierno con conspiradores carlistas.[66] Incluso el prudente Ortiz de Zárate se deja a veces llevar per el triunfalismo que invade a los carlistas en 1871,[67] cuando D. Carlos predica la creación de una internacional legitimista que haga contrapeso a la Internacional obrera.[68]

En 1871, los animadores del periódico vitoriano confían aun en la victoria legal, pero muy pronto a la guerra ideológica sucederá la guerra a secas.

---

[63] El Nº del 31 de marzo anuncia con jubilo la próxima aparición del Semanario **La Margarita** cuyo título es un homenaje a la esposa del Presidente.

[64] El Nº del 12 de mayo da cuenta del libro de Vildósola que afirma que la Comuna de París y el Socialismo son el termino de llegada inevitable del Liberalismo y que la salvación reside en el legitimismo que en España está dando la última batalla a la revolución. El Semanario inserta también la carta que Nocedal ha dirigido a Vildósola elogiando su libro y afirma que el carlismo está a punto de vencer. Aunque los carlistas condenan el sufragio universal —prosigue Nocedal— se han visto obligados a aceptarlo y pese a las trampas de los liberales los legitimistas ganaran las elecciones y Don Carlos será proclamado rey.

[65] En su Nº del 5 de mayo, la revista se hace eco de ciertos rumores referentes a un alzamiento carlista y los califica de imprudentes o de provocadores pues en la situación presente «la fruta no está aún madura» y un alzamiento perjudicaría a la Causa.

[66] El nº del 26 de mayo da cuenta de la protesta de los diputados carlistas contra la actitud del Gobierno, a consecuencia de un alzamiento en el País Vasco en 1870. Condena las detenciones «sin pruebas» de personas sospechosas y la destitución de la Diputación de Vizcaya.

[67] En el Nº del 13 de octubre, O. de Zárate comenta la actualidad política en tono irónico. Dando cuenta del conflicto que opone Ruiz Zorrilla a Sagasta, afirma que el primero ganara, pues le ayudan los republicanos; esta victoria provocará la marcha del Rey y el monárquico Ruiz Zorrilla deberá aceptarla. La oposición entre esos dos hombres políticos debilitara al centro en provecho de la derecha progresista y unionista, lo que provocará el cansancio del pueblo que considerará a Don Carlos como un Salvador

[68] El 17 de noviembre, la revista publica la carta de Don Carlos a Nocedal (del 4 de noviembre) en la que el Príncipe afirma que está dispuesto a dirigir una especie de «unión sagrada» para hacer frente al Socialismo. El Nº del 8 de diciembre inserta otra carta (del 26 de noviembre) en la que D. Carlos explica a Cathelineau que frente a la Internacional obrera es preciso crear la del legitimismo.

87

Capítulo X. En busca de un frente amplio, en 1872, en la perspectiva de la guerra.

La doble derrota, política y militar, de los legitimistas, en 1872, no se produce en el País Vasco donde el carlismo triunfa, a la vez en el plano legal y en el plano insurreccional.[1]

La preparación de la insurrección armada y la necesidad de concentrar a las masas en tomo a los legitimistas invitan a los ideólogos tradicionalistas vascos a tratar con insistencia y a desarrollar algunos aspectos de su propaganda, cuyos elementos aparecen ya en 1871. Se trata de demostrar que el liberalismo ha colocado a España en un callejón sin salida y que la Internacional compromete el porvenir. Es necesario volver a ejercer una estrecha tutela sorre esas masas populares «extraviadas» para evitar una catástrofe. La tarea más urgente consistirá en acabar con el régimen liberal. Los comentarios sobre la actualidad permiten a la prensa tradicionalista multiplicar sus llamamientos a la guerra.

Agitación política y luchas reivindicativas

Prosiguiendo su ofensiva del año anterior, uno de los caballos ie batalla contra el Gobierno, en los primeros meses de 1872, es a lucha contra el matrimonio civil. Las autoridades se niegan a reconocer como hijos legítimos a aquellos cuyos padres se han casado únicamente en la Iglesia, mientras que el **Semanario** de Vitoria considera el matrimonio civil como un simple concubinato. Se alza, pues, contra la actitud del Gobierno y da cuenta regularmente de numerosas protestas procedentes de obispos.[2]

88

Otro asunto que sigue preocupando a los redactores de la revista es el comportamiento de Europa con el Papa, en cuyo favor combate naturalmente el órgano del tradicionalismo.[3] En fin, la sección dedicada a los milagros da paso a otra donde se habla del arrepentimiento de muchos protestantes. En otros espacios, se dice que varios revolucionarios han acabado por suicidarse, como si el día del castigo se acercara.

La campaña contra el régimen se desarrolla en un tono cada vez más violento y Manterola en persona da ejemplo en este sentido. A principios de febrero, el fundador del periódico lanza un llamamiento poco disimulado para derrumbar al régimen por la fuerza, lo que no ha de sorprender tratándose de un personaje de quien se sospecha con razón que conspira en favor

---

[1] Algunos carlistas como Nombela, que critican la actitud del partido en 1872, ponen de manifiesto el papel positivo que han desempeñado los carlistas vascos. Véase J. Nombela: **Detrás de las trincheras. Páginas intimas de la guerra y de la paz (desde 1868 hasta 1876)**, Imprenta de Manuel G. Hernández. Tomo I, Madrid 1876.
Esta obra es una mirada retrospectiva y critica sobre una derrota dolorosa para el autor. Se trata de un cabrerista que prodiga además abundantes elogios a todos los responsables vascos y especialmente a Manterola.

[2] En enero y febrero, las protestas son frecuentes. En el n.° del 16 de febrero, el **Semanario** reproduce el artículo de un periódico liberal de Madrid que acusa al Gobierno de torpeza en la aplicación de la ley del matrimonio civil. Es un pretexto dado al clero para que éste justifique su campaña contra el régimen.

[3] El afecto de nuestra revista al Papa es permanente; a principios de 1872, vuelve a organizar una colecta que alcanza 3.700 reales a finales de mayo. Dicha cantidad resulta de la adición de numerosos dones modestos.

de la próxima insurrección.[4] Frente al recelo de las autoridades, la revista asume con arrogancia la defensa de su director y esgrime amenazas contra sus adversarios:

> «El día de la justicia se acerca y ya veremos entonces las cuentas que dan algunos de los que han manejado caudales públicos en estos últimos tiempos».[5]

Se desencadenara poco después la guerra, que desembocará provisionalmente en un fracaso para los carlistas, pero la revista de Vitoria no renuncia por eso a su violencia verbal. **El Euskara**, periódico liberal de San Sebastián, hace responsables del alzamiento al clero y a las asociaciones católicas, que han violado el fuero (sic), y reclama contra ellos penas ejemplares. El **Semanario** inserta en sus páginas la protesta que hacen contra el órgano liberal varias personalidades donostiarras y, a su vez, censura a **El Euskara**, que ha tenido el atrevimiento de exigir el castigo de los «católicos», pero

> «... deja vivir en paz a los tahúres, a los espiritistas, a los masones y a los internacionalistas».

89

Concluye amenazando al Gobierno en el caso en que aplicara —> medidas preconizadas por el periódico donostiarra.[6]

En el segundo semestre, la revista vitoriana vuelve de nuevo a Tatar de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. EI año anterior había hecho campaña contra la adhesión de los curas al régimen, pero una parte del clero había contemporizado. En 1872, algunos sacerdotes se retractan y renuncian a cobrar los honorarios que el gobierno les paga a cambio de su adhesión. Esos curas «arrepentidos» son considerados como modelos por el **Semanario** católico, que justifica la debilidad de los que sucumbieron ante la seducción de los «revolucionarios» invocando la indigencia de los eclesiásticos. En esas condiciones es primordial que el Gobierno pague al clero sin exigirle nada, pues el Estado tiene la obligación de liquidar la deuda que contrajo con la Iglesia al expropiarla.[7] Esta última argumentación va a ser abundantemente explotada por los obispos en los escritos que dirigen a las Cortes.[8] Las subvenciones fijadas por el Concordato, que el Gobierno ya no quiere respetar**,** dicen, sólo representan 0,5% de una parte del capital expropiado a la Iglesia. Si las Cortes adoptan el proyecto ministerial, la situación de la Iglesia en España será aun peor que en Francia, donde ha habido una gran revolución anticlerical. Tal proyecto contiene además medidas discriminadoras para con los clérigos, pues priva a estos del derecho que tienen todos los ciudadanos de disponer libremente de sus bienes. En fin, el modo de pago previsto es

---

[4] Ya en febrero, el Semanario se hace eco de las sospechas que pesan sobre Manterola. Este, en el Nº del 9 de febrero, publica un artículo titulado **El carnaval de España**, en el que ataca violentamente al Gobierno mostrando al mismo tiempo cierta inquietud al observar, según dice, que algunas carlistas consideran que sus doctrinas son compatibles con el régimen republicano.

[5] En el nº del 8 de marzo. O. de Zárate se queja de que hayan obstaculizado la anterior campaña electoral de Manterola al acusarle de conspirador carlista sin la menor prueba; luego, añade, han querido deshonrarlo insinuando que se ha apoderado de los fondos de la «Cruzada»».

[6] **El Euskara** de San Sebastián atribuye el alzamiento de 1872:

> «... a los manejos, a las seducciones y a las malas artes con que el clero ha logrado atraer en su auxilio masas alucinadas o inconscientes, multitud de familias de todos sexos y edades».

Para ello, el clero se ha servido de varias asociaciones:

> «Además de las Cofradías o Hermandades antiguas. hemos visto establecerse las de San Vicente de Paul, de Madres Cristinas, de Corte de María, del Corazón de Jesús, de Hijas de María, Puras o Concepcionistas, de la Vela del Sacramento. Congregación de San Luis, la de San Estanislao, Juventud Católica, Asociación Católica y algunas otras».

Esas asociaciones estaban dirigidas por laicos, pero los sacerdotes desempeñaban en ellas un papel preponderante:

> «Los asociados quedaban sujetos, sino a sus ordenes, a lo menos a sus inspiraciones; y muchos de estos desgraciados se hallan hoy con las armas en la mano defendiendo lo que han dado en llamar Causa Santa, mientras que los directores de esas Asociaciones están tranquilamente en sus casas».

[7] números del 16/8, 4/10 y 15/11/1872

[8] Los obispos españoles reunidos en Zaragoza envían dos cartas a las Cortes. Explican en la primera que la subvención que se da al clero no es más que una insuficiente devolución.

humillante;[9] los obispos rechazan el proyecto y amenazan con entenderse directamente con los fieles e inquietar así a los compradores de bienes de la Iglesia.[10] El **Semanario** prosigue su propia campaña contra el arreglo del clero, describe con tintes sombríos la indigencia de los sacerdotes y da a entender, una vez más, que el Papa le anima en su tarea de denuncia.[11]

Algunos ejemplares de nuestra revista en 1972 dan la impresión de ser, a causa de su obstinación en defender los intereses materiales de los eclesiásticos, una especie de «boletines sindicales»; probablemente porque la unión del clero es la condición primordial de la unión de los católicos y porque la «miseria» de la Iglesia puede conmover e indignar a muchos fieles. Para esto, todo pretexto es bueno. Refiriéndose al ejército liberal que llega a Vizcaya tras el alzamiento carlista, el periódico vitoriano afirma que los mandos militares y hasta los soldados son gente impia que no va a Misa, blasfema en público e insulta a los sacerdotes.[12] Nuestra revista predica la «guerra santa» contra el ejército gubernamental y tiende a justificar por adelantado la nueva insurrección de 1873. Al mismo tiempo, trata de separar al ejército del régimen y de ganar oficiales liberales a la causa legitimista.[13]

90

Análisis «político» del Liberalismo

En 1872, el análisis de la situación es mucho más serio que en los años anteriores, probablemente a causa de la gravedad de esa situación. Cuantitativamente, el problema de la internacional obrera ocupa el primer lugar en las páginas del **Semanario** y matiza considerablemente la visión del mundo que hasta entonces ha venido exponiendo. Las necesidades de su propaganda le invitan a proseguir el proceso del Liberalismo, pero como este, según la revista, conduce a la dictadura socialista, la condena de aquel ha de ser más radical que nunca. Ahora el Liberalismo va a ser contemplado mucho más desde un ángulo político, social y hasta histórico que a la luz del dogma católico.

El periódico vitoriano insiste en un argumento que ha esbozado en los años anteriores, a saber: el régimen liberal no es obligatoriamente parlamentario ni democrático, sino que

---

[9] En la segunda carta de los obispos se indica que el modo de pago es humillante: «...se deprime a los párrocos hasta el punto de hacerles depender de los Ayuntamientos... se considera a los demás eclesiásticos constituidos en dignidad y a los mismos obispos como empleados subalternos de la administración, sometiéndolos a los diputados provinciales...»

[10] Los obispos amenazan en los términos siguientes:

> «...se encontrarían precisados (los sacerdotes) a señalar en sus respectivas diócesis las cuotas en fruto o en dinero con que los fieles debían atender a tan urgentes e imperiosas necesidades. Acatando sus diocesanos la ley de Dios. natural y positiva, no podrían menos de obedecer aquellos mandatos si fuesen buenos católicos, y los compradores de bienes eclesiásticos. además del daño que recibirían en el precio y estimación de estos. experimentarían las pasadas ansiedades. que se habían calmado con el Concordato».

[11] El **Semanario** publica el 15/11/72 la protesta del obispo de Vitoria contra el arreglo del clero en Guipúzcoa; el 18 de octubre, incluye la del obispo y Capítulo de Jaén; el 29 de noviembre describe sombríamente la situación del clero español:

> «El clero se muere de hambre; las Iglesias están a punto de cerrarse. porque se apaga ya, falta de vida, la lámpara que arde delante del Sagrario».

El 11 de octubre reproduce la carta que el Papa remite a la Juventud Católica de Vitoria que, como se sabe, es un centro carlistas y la amable misiva que aquel dirige al obispo de Urgell, el miembro del Episcopado más comprometido con los carlistas.

[12] El **Semanario** añade este comentario (Nº del 26/7/72):

> «Imposible es que un escandalo tan grande deje de producir frutos de perdición y de muerte. y de atraer sobre España terribles y espantosas calamidades, que tal vez no se hacen mucho esperar»

[13] Se invita al Ejército a restablecer el orden social pues su colaboración con los revolucionarios sólo puede conducir a la liquidación de las fuerzas armadas.

A. de Bengoa: **El Ejército y la Revolución**. Nº del 30/8/72.

puede adoptar una forma despótica de poder. A la inversa, hay repúblicas, como las de El Ecuador o Andorra, que no son liberales. El fundamento del liberalismo no es, como el pretende, la libertad, sino todo lo contrario. Sólo la Iglesia predica la verdadera libertad, mientras que el liberalismo, en su forma más radical, ataca a la iglesia, institución protectora de las sociedades y fuente de legitimidad política. La revolución es la negación de la autoridad, la disolución de la familia y de la propiedad en provecho del Estado es decir, el socialismo, termino de llegada del régimen liberal. El trabajo de demolición empieza en su etapa moderada, con el debilitamiento de la Iglesia, provocado por su expropiación, con la separación de la Iglesia y del Estado y las demás medidas que acompañan a ésta.[14]

91 Las pretensiones democráticas de los liberales —prosigue diciendo el **Semanario**— se basan en el sufragio universal que le da la ilusión al pueblo de ser dueño de su destino; pero eso no es más que superchería y los pueblos no se equivocan cuando se muestran indiferentes hacia ese «derecho».[15] En muchos países los derechos electorales son atribuidos a una minoría y si a eso se añade la débil proporción de votantes se ve que la participación de los ciudadanos es irrisoria. El llamado sufragio universal no es en realidad sino la dictadura de un grupo, lo que explica la indiferencia de las masas. Algunos liberales atribuyen esa indiferencia a la ignorancia del pueblo y se proponen instruirlo, creando una enseñanza laica, obligatoria y gratuita, que no es sino una simple manipulación de las conciencias.[16] Pío IX en persona condena el liberalismo y todos sus atributos, concluye nuestra revista.[17]

El Liberalismo, dice en resumen el **Semanario** vitoriano, es uno *x* los errores doctrinales modernos que nacen del orgullo. Procede de una corrupción del alma que a su vez tiende a corromper aún más el corazón de cada individuo y las costumbres de la colectividad. Basta con echar un vistazo a nuestro alrededor para comprobarlo. La irreligiosidad adquiere proporciones alarmantes y hasta los católicos aparecen contaminados. Por fortuna, hay algunos cristianos, sobre todo sacerdotes, que no temen perder su posición social y ostentan con orgullo su fe.[18] Su comportamiento es ejemplar y debe ser imitado; es preciso que los católicos permanezcan unidos junto a sus Pastores y al Papa con el fin da resistir juntos a un régimen que compromete de manera tan grave los intereses de la Iglesia. Los revolucionarios odian al clero porque es el enemigo más temible de la revolución y por eso quisieran aniquilarlo; en espera de poder exterminar a los sacerdotes, los enemigos de Dios tratan de

---

[14] La revista ataca con regularidad al Liberalismo de todos los tiempos y países, pero insiste especialmente en la nocividad del régimen vigente en España. El Obispo de Salamanca resume así los males que las leyes decretadas desde la «setembrina» han provocado

> «...secularización de la enseñanza. arrojando al sacerdote de la escuela: secularización de lo temporal del culto, sustrayéndole a la administración del clero: secularización de las sepulturas. estableciendo la promiscuidad de los cementerios; secularización, podemos decir. del matrimonio, quitándole el sello divino». Nº del 23/2/72

[15] Nº del 24/5/1872.

[16] Nº del 24/5/72:

> « Y el pobre pueblo soberano se convierte en un rebaño de esclavos sujetos al capricho, a la arbitrariedad o a la ambición de sus numerosos rabadanes»

[17] Y lo condena precisamente por su carácter antipopular. porque defiende intereses particulares contra el interés común. Artículo del 24/5/72.

[18] Actualmente, añade el articulista. se considera de mal gusto ostentar en público la calidad de cristiano y es de buen tono codearse con impíos y tolerar sus bromas anticlericales; hay católicos que hasta soportan que se blasfeme en su presencia: la joven crina se atreve a presentarse en sociedad ligeramente vestida, siguiendo modas inventadas por los enemigos de la religión; muchos cristianos leen periódicos revolucionarios y asisten a espectáculos libertinos concebidos por los enemigos de Dios; otros renunciar a sus practicas religiosas por miedo a que los califiquen de **neos**. Algunos ni siquiera se descubren al pasar por delante de una iglesia, ni se atreven a rezar en familia si hay invitados y tienen vergüenza de rezar el ángelus en la calle. Tal conducta es cobarde e *indigna. Por fortuna, no faltan hombres ejemplares:*

> «Más de un sacerdote español. hambriento y agobiado de deudas. viviría con desahogo. sólo con aparentar que pronuncia un vil juramento. más de un maestro y más de un catedrático han perdido por esta fidelidad la propiedad noblemente adquirida, más de un empleado cobraría y comería si consintiera en disfrazarse de anticatólico»
>
> ¡**Qué dirán**!, n. del 20/9/72.

desacreditarlos. Ese es un aspecto de la corrupción actual. Se desprecia a los curas, se pretende que son avaros, ignorantes e intrigantes en política. Esas calumnias se difunden con rapidez y hasta hacen mella en muchos católicos. Ahora bien, ¿cómo no comprender que los curas no sean generosos cuando se han visto despojados de sus bienes, privados de sus ingresos y obligados a implorar la caridad? [19]

92 Por lo que se refiere a su ignorancia, ¿cómo se puede olvidar el glorioso pasado cultural de la Iglesia?; ¡observad el Concilio o examinad las intervenciones de los sacerdotes diputados a Cortes! En lo tocante a la política, ¿cómo puede pretenderse que el clero permanezca indiferente cuando no ha habido trastorno político en el siglo XIX que no se haya hecho contra la Iglesia? Por lo demás, según los liberales, todos los ciudadanos, y los curas lo son, tienen derecho a hacer la política de su agrado ¿Es que quieren privar al clero de los derechos cívicos que se conceden a todo el mundo, incluso a los protestantes? Así, pues, sentencia el articulista, el Liberalismo es incapaz de garantizar los derechos que proclama

¿Es que puede luchar eficazmente contra las injusticias? —No, responde nuestra revista, que aborda así la cuestión social. La única posibilidad de aliviar los sufrimientos de los más necesitados se encuentra en la práctica de la caridad, pero esta queda reducida a la impotencia si se seculariza, pues la caridad sólo es posible al amparo de la religión.[20] Las ordenes religiosas y la institución secular del mayorazgo eran los fundamentos económicos y sociales de la caridad cristiana. En la segunda mitad del siglo XVIII, en tiempos de Carlos III y Carlos IV, ese sistema va a ser atacado: luego, en el siglo XIX, la desamortización acaba con el. Los bienes expropiados a la Iglesia pertenecían a los pobres y, al confiscarlos, el Estado liberal destruye la caridad por su base y agrava la desigualdad social. El régimen que se inaugura en 1868 da un paso más en la misma dirección destructora, puesto que confisca hasta los bienes de Beneficencia, excepto en el País Vasco.

Por consiguiente, el Liberalismo no ha resuelto ningún problema social; al contrario. Sus doctrinas son demagógicas, pues los políticos liberales saben bien que la igualdad es utópica. Es claro que las diferencias entre pobres y ricos no han existido siempre. pero la igualdad no es posible más que en sociedades primitivas: en una sociedad algo evolucionada, las diferencias son inevitables. La producción de bienes en gran escala requiere un proceso complejo de transformación de materias primas que necesita el concurso de capitales, acumulados gracias al ahorro de varias generaciones de la misma familia. El capital es pues el producto del trabajo y a la vez el instrumento indispensable que hace posible un trabajo cada vez más productivo. El capital es la garantía del progreso técnico y del aumento de la producción y, además, crea el lujo, base de la cultura y de las Artes. Por eso, la riqueza no es mala de por sí, sólo es perjudicial cuando se pone al servicio de un objetivo inmoral.

93 En esas condiciones, el pobre no debe maldecir ni el lujo ni la riqueza, pues su bienestar depende de ésta:

> «... el bienestar del pobre honrado es tener trabajo, y el lujo del rico es el que se lo proporciona...»

El trabajo, por su parte, no es deshonroso; cumple un papel tan importante como el del capital. En el plano individual, el trabajo proporciona salud al cuerpo y tranquilidad al alma, dos ventajas que tiene el pobre sobre el rico:

> «... la fuerza, el vigor; la sin par dulzura del descanso, de que no ruede gozar el que no está cansado; es lo bien que le sabe su sencillo alimento, mientras que al ocioso le

[19] **¡Esos curas!.** Nº del 16/8/72.
[20] **Caridad**. Nº del 16/2/72

hastía el suyo, por refinado que sea...

ausencia de afanes, cuidados y compromisos...».[21]

La vida del trabajador honrado y resignado es el camino más fácil para alcanzar la gloria eterna. Para el **Semanario** Católico, en efecto, la condición de los trabajadores es envidiable, hasta cierto punto, y, en todo caso, han aceptado con alegría su situación durante siglos, ya que el descontento actual procede esencialmente de la agitación provocada por sectas que quieren hacer creer a los pobres en la existencia del paraíso terrenal. La más temible de esas sectas es indiscutiblemente la Internacional y por ello nuestra revista se dedica cada vez con más diligencia a combatir esa «plaga.[22]

Algunos artículos se esfuerzan por comprender ese fenómeno nuevo y enfocan el problema desde el Angulo de los remedios que han de aplicarse para frenar el auge de esa organización. Los métodos represivos —dice— que algunos proponen sólo pueden ser eficaces contra individuos aislados y no contra movimientos de masa. El confiar en la violencia armada o en el sufragio universal sería una torpeza, pues las masas trabajadoras son mayoría en el plano electoral y disponen de la fuerza.[23] Hay que recurrir a la persuasión y, en este terreno, la Iglesia está en condiciones de realizar un trabajo benéfico.[24]

94

El periódico vitoriano se alarma ante el desarrollo del movimiento obrero, exagerando el poderío de este y, al mismo tiempo. confía en la capacidad de maniobra de la Iglesia, lo que le lleva a ofrecer sus servicios a la clase dirigente, asustada por las primeras organizaciones proletarias. El papel de vanguardia que el **Semanario** se asigna frente al movimiento obrero le incita a analizar la Internacional en un largo estudio, en el que por primera vez renuncia al tono grosero que suele emplear cuando se refiere a dicha asociación.

La Internacional obrera

El autor de este estudio empieza por comprobar la situación degradante de los trabajadores en el sistema de producción moderno, cuando la fabrica sustituye al taller artesanal.[25] Exalta la armonía y fraternidad de los antiguos gremios con respecto a la actual organización del

---

[21] **Trabajo, pobreza. riqueza y lujo**, artículo de Fernán Caballero reproducido por el **Semanario**.

[22] Desde 1871. los artículos dedicados a la Internacional son cada vez más frecuentes; la mayoría se limitan a condenarla de manera brutal y hasta grosera. Otros escritos son más serios. Así, por ejemplo. se dice que los internacionalistas pretenden que los trabajadores han de dirigir los destinos de la colectividad. Es una pretensión inadmisible —exclama nuestra revista—, pues los trabajadores manuales no son los únicos que contribuyen a la prosperidad general; hay también intelectuales, comerciantes, industriales. etc. Nº del 5/4/72.

[23] Nº del 15/3/72

«... la fuerza bruta en caso de lucha. y la fuerza legal en caso de votaciones: porque ella tiene el número. único poder, del que nuestros gobernantes pueden ser la verdadera expresión como que se coleccionan por la mayoría de votos».

[24] Hay que dar carta blanca a la Iglesia para que multiplique las asociaciones:

«Desde el primer día en que se vea libre (la Iglesia)... tenderá inmediatamente por el mundo. la red de asociaciones católicas, y el pueblo se hallará en disposición de elegir»

En el pasado, el clero ha acumulado una enorme experiencia en la tarea de encauzar a las masas:

« existían asociaciones obreras. que se llamaban corporaciones o gremios; asociaciones de gobierno local, que formaban los ayuntamiento, las parroquias, asociaciones de estudios. asociaciones de socorros mutuos. asociaciones de oración, mil lazos de todas clases. estrechaban al hombre por todos lados. entrelazaban las acciones individuales de los unos con los otros y formaban este tejido resistente y vivo con que la misma sociedad estaba constituida». **Ibidem.**

[25] Se trata de una serie de nueve artículos redactados por el obispado de Salamanca en el último trimestre de 1872. El primero de ellos aparece en el Nº del 4 de octubre.

trabajo que envilece al hombre e incrementa su explotación.[26] Afirma que no es hostil al progreso, pero deplora una libertad económica que concede derechos abusivos a los capitalistas. [27] En tales condiciones, prosigue, no sorprende que los obreros traten de asociarse para defenderse; lo que se explica menos fácilmente es la agresividad y la violencia de los trabajadores. Naturalmente, la situación que se les impone justifica parcialmente su comportamiento, pero este, en sus aspectos más reprensibles, sólo puede ser atribuido a la corrupción del mundo moderno.[28]

El egoísmo de los trabajadores, replica comprensible a los excesos de los pudientes, ha sido hábilmente explotado por demagogos que, so pretexto de educar a la clase obrera, han predicado el desorden en lugar de la resignación cristiana.[29] La rebeldía encuentra un incentivo suplementario en la esperanza de promoción, de ascenso individual, pues, gracias las organizaciones de trabajadores, muchos obreros humildes han llegado a ser dirigentes ricos y poderosos.[30]

95

Como han tornado conciencia de su fuerza, los trabajado-es se han organizado, primero por ramas profesionales, luego a escala local, más tarde regional, nacional y, por fin, internacional. Ese desarrollo fulgurante se debe a un cambio de mentalidad; la propaganda atea ha desencadenado las pasiones y el mal ejemplo dado por la actual clase dirigente, que favorece la constitución de fortunas rápidas sin justificación moral, permite todos los excesos.[31] Esa misma clase *z* rigente ha empezado dando el ejemplo de la subversión.[32]

Las ideas internacionalistas se difunden con rapidez; solo las asociaciones católicas obreras pueden frenar ese desarrollo, pero no son bastante numerosas para hacer frente al

---

[26] Nº del 4/10/72

«Hoy en día, las grandes minas son sepulcros de esclavos medio embrutecidos, instrumentos de puro lucro por los que prescinden por completo de todo sentimiento cristiano»

[27] «...el hombre en virtud de su autonomía con sólo tener voluntad y dinero, puede abrir toda clase de establecimientos sin necesidad de aprendizaje y saber». **Ibid.**

[28] Este último, al permitir la obtención fácil de beneficios, multiplica los placeres, y los obreros. que no tienen acceso a esos goces, se dicen.

« Los ricos... juntan sus capitales para explotar nuestras fuerzas: opongamos nosotros el capital de nuestra fuerza al dinero de los ricos; asociémonos y de explotados convirtámonos en explotadores»

Nº del 11/10/72

[29] «Se trató de ilustrar a las clases proletarias. y en lugar de predicar la doctrina del evangelio que consuela al pobre y le hace vivir contento en su estado, que alienta al trabajador en las penalidades inspirándole justicia y moderación en sus pretensiones. y que educa a los hijos del pueblo en el amor al orden y en el respeto y obediencia a las autoridades constituidas, se le enseñaron las teorías del socialismo y del comunismo». **Ibid**

[30] «...muchos de aquellos discípulos son ya maestros. Han levantado ya cátedra al aire libre: han predicado doctrinas en extremo seductoras para los que nada tienen que perder. y peligrosas al orden social: disponen de grandes recursos. tienen a sus ordenes a las nuevas masas populares. han conseguido inspirar temor a los gobiernos. y vislumbran no muy lejano el día en que verán realizados sus deseos». **Ibid**.

[31] «La esperanza de vida futura hace tolerables y suaves al buen cristiano las privaciones y trabajos de la presente. No así el incrédulo que impacienta y exaspera contra el actual orden de cosas y lo condena y maldice... Añádase a esto el mal efecto que ha producido en las clases trabajadoras. ver como en nuestros tiempos se han improvisado fortunas colosales y que hombres oscuros a quienes no se conocía ni grandes talentos, ni habilidad, ni industria. ni capital, ni recursos de ninguna clase. de la noche a la mañana se han convertido de pobres en ricos, merced a la parte más o menos activa y directa que han tornado en ciertos sucesos que no es del caso ahora examinar. Preciso es suponer mucha virtud en aquellos a quienes se ha dado en la manía de llamar desheredados para que miren sin escandalizarse semejantes transformaciones.» Nº del 18, 10 72.

[32] «... se consideran heridos en sus derechos y lastimados en su dignidad de hombres, se lamentan de que sus fuerzas hayan sido astutamente explotadas por los modernos aristócratas hijos de la revolución consumada en nombre del pueblo, y les citan y emplazan para el día que ellos llaman de **liquidación social**»

»Nada tiene pues de extraño que las sociedades obreras ya no se limiten a ser puramente asociaciones de socorros mutuos, y cooperativas, sino que dirijan más alto sus aspiraciones, así como los dos estados de la Nobleza y el Clero fueron arrojados del poder en la revolución francesa por la llamada en lenguaje afrancesado la Burguesía o clase media; así también el Proletario reclama ahora su puesto en el concierto de la vida publica...». **Ibid**.

dinamismo de los internacionalistas.[33] Es una lástima, pues el objetivo de la internacional es el socialismo, verdadera catástrofe para la sociedad.[34] Para evitarla hay que aplicar n tardanza la doctrina social de la Iglesia. Ésta condena la explotación excesiva de los trabajadores, recuerda a los ricos su ineludible obligación de ser caritativos y humanos y suaviza y sublima la condición de los pobres.[35] Es indispensable organizar un movimiento obrero católico que contrarreste la influencia perniciosa de la Internacional.[36]

La huelga es el instrumento preferido de los internacionalistas y ésa es un arma temible que, lejos de favorecer a los ; obreros, contribuye a aumentar su miseria.[37] Pero, ya que la huelga es inevitable, es preciso encauzarla y las autoridades debieran mostrarse más comprensivas con las asociaciones católicas que tantos esfuerzos despliegan en este sentido.[38]

La agitación obrera, que amenaza con destruir los fundamentos de la sociedad, ha dado ya lugar a un aumento considerable de la delincuencia.[39] En numerosos países la gente se ha alarmado y trata de encontrar soluciones que no sean meramente represivas.

96

En España se ha hecho muy poco y, según las tradiciones del país, habría que restaurar la caridad cristiana y volver a educar al pueblo. Existen ya experiencias alentadoras en

---

[33] Recordando la constitución de las primeras asociaciones obreras. el articulista se sorprende de la rapidez con que se han difundido las ideas socialistas. Ya en 1850, dice, cuando se crea **La Caridad Cristiana**. algunos de sus miembros conocen a Fourier. Luego, el internacionalismo progresa muy deprisa: hay 55 federaciones y 94 organizaciones y más de 300 emisarios se desplazan por las diferentes regiones para crear otras. A ese tipo de asociación, la revista opone las asociaciones católicas de trabajadores destinadas a facilitar el entendimiento entre las clases:

«Así el rico, el menestral, el jornalero y el pobre santamente asociados forman un^ verdadera familia, que junta infinidad de miembros de ambos sexos, cuyas condiciones sociales son tan diversas, por medio de los lazos de la dulcísima virtud de la caridad». **Ibíd**.

[34] En el Nº del 25 de octubre se dice que las asociaciones laicas de obreros:

«... nunca darán el resultado apetecido, que más bien han de producir el efecto contrario, que es consecuencia lógica del estado de agitación, temor y sobresalto causado en las clases acomodadas por la actitud del proletariado, que las obliga a esconder sus capitales y abstenerse da hacerlos fructificar, creando establecimientos industriales, fomentando el progreso de las artes y oficios, y proporcionar a los menesterosos trabajo».

[35] La Iglesia condena los abusos de los ricos:

«¿No enumera entre los pecados que claman al cielo el de aquellos que oprimen a los pobres o defraudan la paga debida al que trabaja?... No consiente. pues, no aprueba, muy al contrario reprende y condena la conducta de los dueños de minas, fabricas y talleres. en donde decía un internacionalista diputado a Cortes veis niños y niñas de seis, siete y ocho años: veis jóvenes de ambos sexos confundidos en un mismo taller... veis los niños empleados en trabajos superiores a sus fuerzas, y veis. en fin, convertido el taller en un foco de prostitución. La Iglesia reprueba semejantes abusos y desordenes. por más que sus autores... cumplan el precepto dominical, y confiesen y comulguen en Cuaresma». Nº del 8 de noviembre.

[36] En el Nº del 1º de noviembre. el mismo autor trata de los Congresos, y a este respecto. recuerda su hostilidad a las elecciones pero afirma que los obreros aprecian las asambleas democráticas; en tales condiciones, es preciso que la Iglesia organice también congresos obreros católicos. El Nº del 8 de noviembre, por su parte, evoca los estragos (sic) que causa la prensa internacionalista, que hace de obreros sin gran instrucción hábiles propagadores de la democracia. del socialismo y del comunismo

[37] En un artículo del 15 de noviembre se habla de la huelga. El articulista afirma que sería preciso canalizar las huelgas, pues los internacionalismos las desvían de su verdadera finalidad. En primer lugar, la huelga alcanza generalmente una amplitud desmesurada. pues los adherentes de la asociación obligan a todos los obreros, a veces violentamente, a cesar el trabajo. Practican la solidaridad, añade, y son dirigidos por un estado mayor capaz de provocar huelgas simultaneas en varios lugares y, en fin. los objetivos asignados al principio desembocan a menudo en reivindicaciones de carácter político. Esa amplitud y esa violencia anulan las ganancias que podían obtenerse gracias a la huelga:

«En estado violento todo es inseguro, lodo amenaza peligro, los capitales se esconden, el trabajo mengua. la miseria aumenta, las necesidades siguen siendo las mismas, los recursos para socorrerlas disminuyen, y la condición de las masas proletarias va de mal en peor».

[38] La actitud de las asociaciones obreras católicas contrasta con la de la Internacional, dice el autor en su artículo del 15 de noviembre, pero desgraciadamente las autoridades les impiden actuar. Así la huelga silenciosa de Barcelona en marzo de 1854, dirigida por la **Escuela de la Virtud** con una finalidad puramente reivindicativa y utilizando métodos pacíficos, fue brutalmente reprimida. disuelta la organización responsable y deportados sus dirigentes. Hasta se convoco en Madrid al Obispo de Barcelona para obligarle a que exhortara a los obreros a reintegrar su trabajo.

[39] En su artículo del 22 de noviembre cita a un diputado que se preocupa por el aumento de la delincuencia, que el articulista atribuye a la Internacional.

Cataluña.[40] La única salvación reside en la Iglesia. Ni el Liberalismo ni la clase «media» (la burguesía) podrán resolver el problema. La clase «media» ha multiplicado las injusticias para encumbrarse y no está en condiciones de preservar el orden, pues ha sido ella precisamente quien ha desencadenado la tormenta.[41]

96

Después de haber llegado a esas conclusiones, el **Semanario** hace propaganda en favor de los círculos católicos obreros y trata de ridiculizar el igualitarismo que predican los internacionalistas.[42]

El problema obrero preocupa seriamente, como hemos visto, a la clase dirigente vasca, que hace responsable a cierto capitalismo de un incremento de la tensión social y ve la solución de los confiticos en la restauración del Antiguo Régimen al amparo de la Iglesia. Y evidentemente, el carlismo es el que, al parecer, responde mejor a esas aspiraciones.

Se ha podido observar no sólo la «maestría» propagandística de los animadores del **Semanario** sino también la precisión de ciertos análisis, prueba de que la visión «teológica» del mundo no impide mirar a éste con ojos de sociólogo ni percibir la realidad concreta. Esa mirada es a veces de una lucidez que muchos autores, pertenecientes a otros grupos políticos, no fueron capaces de alcanzar.

---

[40] En los Estados Unidos, dice el articulista. se ha limitado recientemente la jornada de trabajo a 8 horas diarias y se piensan crear comisiones mixtas encargadas de resolver los conflictos entre patronos y obreros. En Inglaterra. algunos ricos aconsejan la nacionalización de empresas como los ferrocarriles y quisieran que se limitase la Jornada de trabajo. que se crearan escuelas profesionales, cooperativas de consumo. centros de recreo y otras medidas tendentes a aliviar la condición obrera. Es preciso adoptar medidas que garanticen la concordia entre patronos y obreros. Para ello es necesario educar a éstos en la religión cristiana e incitarles al ahorro para que, gracias a su trabajo, puedan un día llegar a ser capitalistas. **Ibid**.

[41] Los liberales, la clase media, han contribuido a la descristianización del pueblo, pues le han dado mal ejemplo:

«...La clase media triunfo, y se hizo con los bienes del clero, y se convirtió en arrogante aristocracia. y dejo de ser revolucionaria desde el momento en que se vio rica. La clase media no ha correspondido a su misión. dice el pueblo ahora; altura y soberbia se ha impuesto a los que le sirvieron de escabel para levantarse»,

escribe un articulista el 29 de noviembre, haciendo un notable análisis del ascenso de la burguesía. a quien llama, según el lenguaje español de su época. clase media. Y añade más adelante:

«Los principios del liberalismo son los del 89. y algunos han querido resumirlos, para hacer efecto en el pueblo, en las tres celebres palabras: libertad. igualdad y fraternidad. Estas palabras ejercieron una influencia espantosa en las masas populares creyendo ellas que serían una verdad. Todo lo contrario. Y el tiempo y los acontecimientos han producido una serie de desengaños. de los cuales el proletariado no sabe darse razón. Las promesas de sus tribunos mil veces repetidas y nunca realizadas, las esperanzas del trabajador constantemente acariciadas y siempre frustradas, han exacerbado los ánimos de aquellos a quienes falta la humildad y la resignación cristianas».

[42] números del 19/7 y del 2/8/1872

97

Capítulo XI. Propaganda y contra-propaganda en 1873

Encendida la guerra en el País Vasco, el envío a esa región de fuertes contingentes militares va a reducir, en la práctica, las libertades democráticas, y entre ellas la de la prensa. Algunas publicaciones que simpatizan con los insurrectos van a verse condenadas al silencio, lo que podría dar ocasión a los liberales vascos de poner término a la tutela ideológica que los tradicionalistas han ejercido y de difundir sus ideas a un sector más amplio de la población.

Examinaremos sucesivamente los aspectos esenciales de la propaganda legitimista, durante los últimos meses de legalidad, y las ideas clave de la prensa liberal que sigue gozando de libertad y que teóricamente se halla en condiciones de aprovecharse de las circunstancias para extender su irradiación.

I. Propaganda carlista en la guerra

Empieza el año con una radicalización del régimen, causa y consecuencia de la dimisión de Amadeo y de la proclamación de la primera república. Al mismo tiempo, los carlistas, que han consejo superar el desconcierto provocado en sus filas por la derrota del año anterior, desencadenan una guerra particularmente vigorosa en el País Vasco. Los amigos políticos del **Semanario** renuncian a la tribuna y toman las armas. La revista, por su parte, consecuente con sus ideas y aspiraciones, concede desde ese momento más importancia a la lucha armada que al combate ideológico, pues reduce considerablemente el volumen de sus publicaciones. Por otro lado, la colección que hemos consultado carece de numerosos ejemplares, como si los suscriptores del periódico hubieran temido conservarlo. En fin, la revista deja de editarse a mediados de 1873.[1]

98

Sin embargo, los primeros números de ese año no han perdido el brío acostumbrado. La proclamación de la república da lugar a una respuesta enérgica de nuestra revista que lanza un llamamiento a la insurrección:

> «La revolución te ha colocado quizá en esta alternativa, o la guerra o la ignominia: escoge».[2]

El estilo es lacónico; no sorprenderá observar que las replicas a los actos del Gobierno ocupen ahora poco espacio. La revista católica no necesita ya recurrir a amplias exposiciones para condenar un régimen a quien sus partidarios combaten con las armas en la mano.

La parte más substancial del periódico se dedica a emitir un juicio negativo sobre el régimen

---

[1] El Seminario de Vitoria. al que pertenece la colección del **Semanario** que hemos consultado, debía de estar particularmente vigilado por las autoridades liberales de la época, a causa de los lazos que unían una parte del clero a los carlistas. Es, pues, natural que, sea por temor a represalias, sea por falta de personal calificado, el trabajo de los archives no haya sido hecho con el esmero habitual. Los números que faltan. así como las fechas de su publicación, son los siguientes: I. 2. y 3 (respectivamente del 3, 10 y 17 de enero): del 7 al 13 (respectivamente del 14, 21. 28 de febrero y de todo el mes de marzo); 16 a 21 (correspondientes al 18 y al 25 de abril y al 2. 9, 16 y 23 de mayo).

[2] Anselmo de Beongoa: **¡Despierta. España!**. Nº del 24/1/1873

político vigente confrontado con los preceptos del Decálogo.[3] A este respecto, la principal acusación que lanza contra el Estado «revolucionario» consiste en hacerle responsable de la destrucción de la familia. La revista vasca se queja de que la legislación prive al padre de disponer libremente de sus bienes y le imponga obligaciones para con sus hijos, lo que entraña su dependencia de estos. Además, esa misma legislación —dice— reduce las prerrogativas conferidas tradicionalmente al cabeza de familia; los hijos abandonan el hogar cuando aún son demasiado jóvenes y van a escuelas que los devolverán a las familias moldeados con arreglo a normas dictadas por el Estado. Así, la patria potestad se ve sustituida por la tutela del Estado sobre los individuos. Con ello, el poder político atenta contra el derecho de propiedad, cuyo fundamente se halla en la familia, pues el hombre trabaja y ahorra en un marco familiar. El estado «revolucionario» no respeta pues el derecho de propiedad, concluye el articulista. Esta última acusación no es sorprendente de por sí; es un tópico de la propaganda reaccionaria de numerosas épocas y países.

99

Es también un lugar común propagandístico al que recurre con frecuencia la prensa carlista con el fin de intentar reunir en torno a su partido a todos los privilegiados y timoratos a quienes espanta la monarquía constitucional y la república. Pero en 1873 esa acusación adopta una forma desacostumbrada. La revolución, dice el periódico católico, no ataca por igual a todos los propietarios, pues facilita el enriquecimiento de los especuladores y encumbra aun más a determinadas familias acomodadas. La propiedad de tipo intermedio y la propiedad familiar modesta, por el contrario, se ven amenazadas o están en vías de extinción.[4]

Por consiguiente, nuestra revista se inclina a favor de una propiedad familiar media, pero se hace cargo de las dificultades que sería preciso arrostrar para conferir estabilidad a semejante tipo de propiedad y considera que el mayorazgo ofrecía el máximo de garantías en ese sentido. Su desaparición es por tanto deplorable, pues la clase media era un factor de equilibrio social. El debilitamiento de dicha clase es parcialmente responsable de la violenta lucha de clases que se presencia en la sociedad actual.[5]

Esas precisiones del **Semanario** permiten comprender mejor el meollo de la guerra carlista

---

[3] Larga serie de A.B. (Anselmo de Beongoa. probablemente), titulada **El Decálogo**. Véase sobre lodo el artículo consagrado al 4º Mandamiento, Nº del 24 /1/73.

[4] « Las gentes ricas se emplean en los negocios: gozan todavía más con esto. porque todo lo reconcentran en la vida presente ¿Qué les importa la carestía y la dificultad de las subsistencias? Las mismas revoluciones les proporcionan ocasiones de enriquecerse más y hasta de servirse del agiotaje. Únicamente las pequeñas familias. las familias de los artesanos y de los labradores, son las que se sacrifican; sobre ellas es sobre las que pesa la inestabilidad política y social. No tienen sino lo preciso para poder vivir; el menor déficit es para ellos la ruina. la dispersión: los gastos de justicia los aplastan. Son expulsados del arriendo o de la casa. que ocupaban. y descienden. para no salir ya de el, al proletariado ;,Quien tiene más necesidad del día de mañana. que el artesano? El obrero tiene derecho a un salario. que sea suficiente para la manutención de su mujer y de sus hijos ;,Quien se lo garantizara? Su familia no puede contar seguramente con el; y se halla en consecuencia con otros obreros. que no tienen que mantener ni mujer ni hijos. El obrero ya no tiene familia...». Número del 24 de enero.

[5] «Es un principio muy sencillo. que la familia agrícola debe vivir de su trabajo. De aquí —e desprende una consecuencia. y es, que el terreno debe tener cierta extensión, la extensión necesaria para mantener una familia. Otra consecuencia. que en pasando de un límite determinado. la partición o división es contraria a la agricultura y a la familia»
«Es un error inmenso y muy perjudicial a los intereses del país, creer, que el principio de la familia, es hostil a las clases populares. Este principio protegía a las clases populares contra la ambición o codicia de los grandes. Ellas guardaban forzosamente su herencia. porque era indivisible o inaccesible. Los grandes, los ricos inventaron sutilezas para expulsar del dominio al agricultor. y comprar esos bienes más o menos fraudulentamente. haciendo predominar sobre la dependencia feudal los principios del arriendo romano. El Inglaterra. toda la clase agrícola ha sido despojada jurídicamente de sus dominios hereditarios. Y al presente, la Inglaterra tiene el doble de proletarios en las ciudades y en las campiñas. Las leyes feudales. como el Decálogo, asociaban las poblaciones a la posesión de la tierra».
«Está ya declarada en todos los países de Europa la guerra de los pobres contra los ricos: las sociedades han olvidado el Decálogo, han renegado de él hasta voluntariamente. La ley de la propiedad, tal como se halla en el Código civil, es ley enferma». Número del 31 de enero.

en la que se ha comprometido. A traes de ciertos artículos, la insurrección aparece como un intento de mantener el **statu quo** social y de oponerse a las innovaciones, pero, en otro nivel de su propaganda, la revista se hace eco y se erige en defensora de otros intereses hollados por el Liberalismo: los de una parte del campesinado y del artesanado, de determinadas capas populares, por tanto, a quienes los amigos políticos del periódico vitoriano invitan a tomar las armas.

Con respecto a la guerra misma, el **Semanario** se contenta casi siempre con algunas alusiones breves, lo que no le impide exponer claramente sus preferencias por uno de los contendientes:

> «Pero dejémonos de cavilaciones, y ocupémonos de grandes realidades. ¡Grandes realidades! ¿En donde están? — ¿En donde? —En España —¿En donde? —En el campo carlista— En España, en el campo carlista, se está resolviendo la cuestión católica».[6]

100

Sólo excepcionalmente el conflicto da lugar a amplios comentarios o a análisis minuciosos. En enero, los liberales ejecutan en Tolosa a algunos prisioneros carlistas, dos de los cuales son sacerdotes, como represalia contra la actitud cruel de Santa Cruz.[7] El **Semanario** se indigna ante tanta cobardía, pero no niega que los carlistas de Santa Cruz hayan cometido excesos; sin embargo, según el, la responsabilidad recae sobre los liberales y especialmente sobre la Diputación de Guipúzcoa que, a causa de su conducta extremista, ha provocado un desencadenamiento de las pasiones.[8]

Desde el mes de abril, el periódico, por razones que ignoramos y que no son difíciles de comprender, renuncia al tono agresivo que venia empleando, finge olvidarse de la actualidad y vuelve a interesarse por la temática religiosa que constituía lo esencial de su contenido antes de 1868. A propósito de la guerra se limita a hacer algunas alusiones veladas:

> «... al derrumbamiento de lo existente sucederá, en un porvenir más o menos próximo, el triunfo del catolicismo».[9]

Lo importante para nuestra revista es subsistir, aunque para ello haya que practicar la autocensura y rodearse de discreción, pues hay que mantener el contacto con los lectores que viven en zonas ocupadas por el ejército republicano.

Desde la segunda mitad de 1871, y sobre todo en 1872 y 1873, determinados artículos de nuestra revista realizan un análisis más objetivo de los hechos, inspirándose mucho más en la sociología que en la religión. El **Semanario** defiende entonces de manera más concreta reivindicaciones categoriales del clero, primero, luego de campesinos y artesanos y del bajo pueblo en general, es decir, de combatientes reales o potenciales del ejército carlista. Al mismo tiempo, no deja de presentarse como el mejor abogado de los poseedores, aunque en ocasiones condene algunas formas del capitalismo: el menos caritativo, las fortunas acumuladas deprisa, a algunos advenedizos.

101

---

[6] Manterola: **Carta desde Roma**, publicada por **La Reconquista** y reproducida por el **Semanario** en su número del 24/1/73.

[7] Nuestra revista condena al ejército liberal, cuya crueldad. dice, no puede ser comparada con la de Santa Cruz, pues este es un combatiente y la ley de la guerra impone a veces métodos expeditivos, mientras que la ejecución de prisioneros desarmados, hecha por los liberales. es un vil asesinato. Sin embargo el **Semanario** no se solidariza enteramente con el cura rebelde:

«Santa Cruz o sus voluntarios son los únicos responsables» Nº del 31/1/73

[8] « Las doctrinas, si: las malas doctrinas que se han propalado: los desmanes y atropellos que se vienen cometiendo, han extraviado una parte del pueblo; y ese pueblo, fundado digámoslo así. en los hechos escandalosos que está presenciando. tiene que desbordarse».

El periódico ataca personalmente al Diputado Aguirre, que, en lugar de condenar los asesinatos de Tolosa, se ha apresurado a poner precio a la cabeza de Santa Cruz. **Ibid**.

[9] N. del 6/6/73.

Ese programa reivindicativo denota que las clases y capas a quienes el **Semanario** sirve de portavoz prefieren una sociedad arcaica, pre-industrial, pero ya no se exalta a esta, como en los años anteriores, a causa de las virtudes cristianas cuyo desarrollo favorece; en 1872 y 1873 se hace hincapié en el equilibrio de esa sociedad, caracterizada, según el periódico, por la ausencia de conflictos graves. Esta búsqueda de la paz social incita a la revista a proponer como modelo la propiedad familiar media, en la agricultura, naturalmente, y también en los otros sectores de la producción. Desde este punto de vista, sus referencias son probablemente más vascas que españolas a causa de la proporción más elevada de pequeños y medianos productores en el País Vasco que en otras regiones. Por lo demás, la importancia de esas capas, con frecuencia decadentes, es precisamente la que confiere una fuerza particular al carlismo vasco. Este se empeña en perpetuar un modo de vida con el que se ha encariñado una buena parte de la población, de la base al vértice de la pirámide social.

A esa reflexión sociológica que podríamos llamar tradicional, pues va en busca de objetivos que se proponían alcanzar los legitimistas en la guerra de los Siete Años, se incorpora un elemento nuevo del que el pensamiento tradicionalista careció hasta entonces. Nos referimos al movimiento obrero, al proletariado organizado, a la Internacional. El análisis que de esta hace el **Semanario** matiza su ideología. Así, el sufragio universal, de cuya práctica en España la revista puede fácilmente burlarse, ya no se condena acudiendo a las tesis de la Monarquía de Antiguo Régimen, sino invocando sus peligros. En efecto, la revista vitoriana, al comprobar que el pueblo trabajador es mayoría, teme que el sufragio universal (de cuyo carácter restrictivo se lamenta, sin temor a contradecirse) sea la vía de acceso al poder de los socialistas.

La agitación social suscitada por la Internacional hace decir al periódico que la lucha de clases no es una realidad objetiva, sino an fenómeno provocado por minorías activas y por agitadores profesionales que sólo buscan el beneficio personal y que viven en medio de la corrupción. De este modo asimila los dirigentes obreros a delincuentes comunes. No obstante, reconoce que existe un problema social que no ha de ser resuelto empleando únicamente medios represivos. Propone entonces la doctrina social de la Iglesia, que predica la armonía entre las clases, el entendimiento entre patronos y obreros, gracias a comisiones mixtas, y la proscripción de la huelga o su estricta reglamentación. Con el fin de poner en práctica su plan de paz social, aconseja la creación de un sindicalismo católico que haga contrapeso a la influencia de los sindicatos de clase.

102 Su proyecto de «salud pública» no se olvida en ningún caso de abogar en favor de un «orden moral» que ajuste cuentas a una sociedad liberal «afeminada y corrompida».

A partir de las ideas que hemos analizado, podríamos reconstruir un sistema de doctrina cuya paternidad no puede atribuirse sin embargo al **Semanario** ni siquiera a ideólogos españoles. pues se inserta en una corriente de pensamiento de la Europa de esa época. El ideario de nuestra revista es tan sólo una versión española, acaso vasca, de esa corriente. Pero una versión amplia, desarrollada, rica. De cualquier modo, dicho ideario es el exponente de una extraña simbiosis de añoranza de un mundo viejo y de inquietudes modernísimas

Además, esa ideología —y en ello reside la singularidad del periódico vitoriano— es pluridimensional y hace pensar, no sólo en uno, sino en varios carlismos, pues la propaganda contiene dos niveles cada vez más acusados: uno defiende a los privilegiados, otro a las masas populares. Este segundo elemento no es nuevo; ya hemos tenido ocasión de poner de manifiesto los aspectos utópico-demagógicos de algunos proyectos de sociedad propuestos por los carlistas en los años del sexenio. Esta dimensión cobra más relieve en el **Semanario** de Vitoria. Desde 1872, sus redactores aspiran a ejercer un poder tutelar sobre el conjunto

del pueblo, incluso el proletariado industrial. Ese empeño en «proteger a los humildes» les incita, sobre todo cuando tienen necesidad de ellos para hacer la guerra, a tomar en consideración, de manera cada vez más precisa, reivindicaciones populares. ¿Qué eso no es más que pura propaganda? —Quizá, pero las masas que la reciben pueden tomarse en serio esas reivindicaciones, en cuyo caso podrían surgir tendencias antagónicas en el seno del partido carlista. La guerra prolongada y la perspectiva de la derrota podrían ahondar esas tendencias. Pero, en 1873, es demasiado pronto; el **Semanario** de la Iglesia vasca, al asumir reivindicaciones de signo opuesto, contribuye a la cohesión del movimiento carlista consolidando la base popular del Partido y creando un frente amplio dispuesto a combatir por la causa de los legitimistas.

103

II. El liberalismo moderado en busca de un compromiso.

En el campo liberal, por el contrario, la división interna es conforme al carácter heterogéneo de la coalición democrática de 1868. La diversidad de partidos y de tendencias es también una característica permanente del movimiento liberal, por lo menos desde 1820. Ya hemos aludido a **Irurac-bat,** portavoz, en la época isabelina, de un liberalismo moderado. Era el exponente del espíritu conciliante de gran parte de los liberales vascos. En 1873, esa situación ha podido cambiar, pues se han avivado las tensiones. Pero si contemplamos las elecciones, comprobamos que el liberalismo moderado sigue teniendo más arraigo que las corrientes más radicales de ese movimiento. En efecto, en las elecciones de 1873, sólo hay candidatos republicanos, pero gran parte del electorado liberal, lo mismo que el carlista, se abstiene (los votantes no llegan al 10% en las tres provincias occidentales). La guerra va a enfrentar, por un lado, a los carlistas y, por otro lado, a los liberales de :odas las tendencias. Se trata de saber si esa circunstancia compromete definitivamente las buenas relaciones de antaño entre liberales moderados y tradicionalistas y conservadores que ahora apoyan a los insurrectos. El estudio de la propaganda liberal puede aclarar ese problema.

Hemos escogido un periódico representativo de Bilbao por dos razones. Primeramente, a lo largo de la guerra, es precisamente en Bilbao donde el enfrentamiento entre carlistas y liberales va a conocer la mayor intensidad, sobre todo en 1874. Pero antes —y es la segunda razón que nos ha incitado a escoger—, cuando se produce la insurrección de 1872, que acaba en Vizcaya con el Convenio de Amorebieta, en esa provincia es donde se manifiesta con más fuerza la tendencia al compromiso, a la búsqueda de la reconciliación entre adversarios. Gracias al examen de **El Correo Vascongado** conoceremos las preocupaciones de algunos liberales moderados en 1873, cuando vuelve a encenderse la guerra y se rompe el acuerdo firmado el año anterior.[10]

104

«EI Correo Vascongado

El lector de este órgano de prensa liberal piensa de antemano que va a encontrar en él una denuncia vigorosa del carlismo, ya que la nueva insurrección es impetuosa. Primera sorpresa: el periódico liberal se dirige al tradicionalista **El Euscalduna** llamándole «... nuestro estimado colega».[11] Nada recuerda pues el tono agresivo (pero natural debido a las

[10] **El Correo Vascongado**. Bilbao 1873. Empieza a publicarse el 16 de abril.
[11] Nº del 20 de junio.

circunstancias) del periódico católico de Vitoria. El tono comedido del Correo podría justificarse teniendo en cuenta su mediocridad que no le permitiría enfrentarse con el temible **Semanario**. Pues los artículos de fondo del periódico bilbaíno son muy escasos; sólo contiene información y algunos comentarios o apreciaciones sobre la actualidad política; se limita con mucha frecuencia a afirmar sin suministrar pruebas. En resumen, su argumentación no adquiere nunca ni la extensión ni el nivel de la revista del clero vitoriano. Por lo demás, ningún otro periódico vasco, cualquiera que sea su tendencia, puede compararse con el **Semanario**. Pero El Correo Vascongado no tiene complejos y su moderación obedece a preocupaciones políticas precisas. Su liberalismo es muy conservador. En este sentido, es el heredero de Irurac-bat que, por su parte, se radicaliza en 1873, como ya veremos más adelante. El Correo ocupa pues el espacio político de este último y como el se proclama fuerista. La divisa que ostenta en su primer número es significativa:

> «¡Abajo el desorden! ¡Paso a la Monarquía! ¡Vivan los Fueros!».[12]

Esa profesión de fe no le lleva de inmediato a explicar con precisión sus preferencias; sólo unos meses después de su nacimiento da cuenta del tipo de Monarquía que desea: Alfonso XII, dice, es el único príncipe capaz de llegar al trono y de poner termino al desorden y a las amenazas que pesan sobre la sociedad a causa de los republicanos federales, esos barbaros de los tiempos modernos sic).

105 Con el fin de luchar eficazmente contra el ''peligro rojo», preconiza la unión de todos los partidos conservadores, incluso el carlista.[13] Ya conocemos pues su posición política. Se trata de un órgano de prensa de los alfonsinos que, aprovechándose de las divisiones en el seno de la coalición democrática, preparan, con ayuda de la oficialidad más reaccionaria, la restauración de los Borbones en la persona del hijo de Isabel II.

Agrupemos por temas o centros de interés las ideas del periódico con el fin de conocer mejor su pensamiento.

Pasado y presente

Lógico con el objetivo que se asigna, el periódico emite un juicio favorable sobre la época isabelina. Con mucha frecuencia, recurre al tópico para afirmar, como si fuera una verdad incontrovertible, que el bienestar fue general en tiempos de la Reina y que los campesinos de Vizcaya hacia mucho que no habían vivido tan bien.[14] Pero, añade a continuación, el don más estimable de ese reinado fue la paz y la concordia entre adversarios políticos. Entre 1839 y 1868 —prosigue— los dos partidos (liberal y carlista) convivieron armoniosamente y compartieron el poder, aunque los carlistas tenían más influencia en las Juntas.[15] En fin, concluye, los intereses de los hombres de negocios se respetaron entonces escrupulosamente.[16]

Esas comprobaciones llevan al periódico a condenar la República y a desear y pronosticar su

---

[12] Nº del 16 de abril.
[13] Nº del 8 de junio.
[14] **Ibid**, del 29 de abril.
[15] **Ibid**, del 26 de abril.
[16] «... Vizcaya tenia grandes capitales en papel del Estado». **Ibid**, del 26 de abril.

inevitable desaparición.[17] La hostilidad del Correo a las instituciones vigentes le incita también a repudiar todo el proceso democrático inaugurado en el 68 pues considera que este es responsable de la situación catastrófica (sic) de 1873.[18] A partir de 1868, añade, empieza la «guerra separatista», aludiendo probablemente tanto a la guerra civil y a los conflictos sociales como al conflicto que opone el País Vasco al régimen de Madrid.[19]

106

Otro agravio que formula contra el régimen se refiere a la cuestión cubana. La política del Gobierno, dice, propende a envalentonar a los partidarios de la independencia de la Isla, y esa independencia causaría graves perjuicios a la economía vizcaína.[20] Las medidas que las autoridades españolas han tornado en Cuba son calificadas por el Correo de **insensatas reformas, conculcadoras del sagrado derecho de propiedad**, pues ponen en peligro las fortunas acumuladas por muchos vizcaínos.[21] Confiesa luego que esos bienes que se trata de «expropiar injustamente» son en realidad los esclavos.[22]

La condena del régimen que nace en el 68 no impide al periódico reconocer implícitamente que aquel ha favorecido, por lo menos en los primeros años, el desarrollo económico que la guerra está comprometiendo. Comprueba que, de 1871 a 1872, la exportación de mineral de hierro ha descendido en un 50%.[23] Algunos proyectos, como el tranvía de Las Arenas, el ferrocarril de la orilla izquierda del Nervión, el de Durango y otras líneas secundarias no podrán ser realizados.[24] Al dar cuenta con satisfacción de la llegada a Bilbao de muchos ingleses que se interesan por la minas de la zona, el periódico insiste de nuevo en los daños que causa la guerra; los precios del mineral han aumentado en proporciones alarmantes.[25]

En resumidas cuentas, dice, la guerra se ha opuesto siempre a la prosperidad y la relativa paralización de la actividad económica que aquella provoca alienta a su vez la rebelión.[26] Aconseja, en consecuencia, que se ponga fin al conflicto lo antes posible y cueste lo que cueste.

Ya en sus primeros números, el periódico bilbaíno manifiesta la intención de negociar con el adversario. Se hace eco de algunos rumores, según los cuales ha habido contactos entre el general republicano Nouvilas y el jefe militar carlista Elio. Esas negociaciones, dice, van por buen camino, se ha llegado a un acuerdo en casi todos los puntos litigiosos, salvo en uno: «la independencia total» del País Vasco.[27] Da a entender que los carlistas vascos reclaman la independencia de su región, pero semejante reivindicación no le sorprende en absoluto

---

17 «... esto (la república)... se va, se hunde rápidamente; pronto vendrá la monarquía». Número del 27 de abril.

18 «La desastrosa Revolución de Septiembre es causa inicial y exclusiva. puede decirse, estado en que nos encontramos» Número del 26 de abril.

19 **Ibid**, del 18 de junio.

20 **Ibid**, del 26 de abril

21 **Ibid,** del 18 de junio.

22 **Ibid**, del 2 de mayo.

23 **Ibid**, del 25 de abril.

24 **Ibid** del 27 de abril.

25 «...un inglés de los muchos que desde algún tiempo a esta parte han venido a estudiar y explotar los riquísimos criaderos de mineral de hierro de Vizcaya...»
Número del 21 de junio.
El precio de la tonelada. dice, pasa en un año de 8 /10 chelines a 12/14. Nº del 27 de abril.

26 Para ilustrar su afirmación. da el ejemplo de las Encartaciones y Valle de Mena que poseían en otro tiempo una siderurgia prospera. arruinada con la guerra. Después de la guerra (de los Siete Años), renace la actividad, sobre todo en el valle de Mena que, ahora, se niega a seguir a los carlistas porque es una región activa.
Nº del 20 de junio.

27 «Afirma un periódico... que hay cartas de Navarra que aseguran que desde hace días se viene siguiendo una activa negociación para llegar a una avenencia con los carlistas; en la misma se dice que se ha llegado a un acuerdo en todos los puntos. excepción hecha de la independencia absoluta de las Provincias Vascas y Navarra. que parece ser la única dificultad que aun resta por vencer»
Nº del 19 de abril.

puesto que no hace ningún comentario. ¿Es que el Correo acepta esa posibilidad? No lo sabemos porque no lo dice. Sin embargo, se coloca en el terreno de la concordia y, con frecuencia, propone a los carlistas la reconciliación. Hasta podría decirse que dedica la mayor parte de su espacio a tratar precisamente del adversario.

107 **El Correo Vascongado** es muy representativo de un sector liberal ie Bilbao. Al dar cuenta de las Juntas de diciembre de 1873, insiste felicitándose en el hecho que la Diputación haya sido elegida por unanimidad y por aclamación. Los cargos han sido confiados a liberales conocidos, tan conservadores como los redactores del Correo.[28] Pues, según estos, hay liberales y liberales. Explica con detenimiento que en las elecciones de 1873, sólo ha habido un candidato en Bilbao, un republicano, miembro de un partido que el periódico condena.[29] Su odio político está fuertemente impregnado de «espíritu de clase» y la clase a quien el periódico liberal defiende tiene perfiles muy concretos. EI Correo hace suyo el pesimismo de las familias acomodadas de Bilbao, deplora la decadencia del espíritu de asociación «económica» y el descenso del número y del volumen de los negocios.[30] En otro espacio, al dar cuenta de un conflicto laboral en las mimas de Somorrostro, considera escandaloso que los trabajadores reclamen a la vez un aumento de sus salarios y una reducción de la Jornada de trabajo. Además, parece que han tenido la osadía de presentar sus reivindicaciones «navaja en mano».[31]

Así pues, para preservar los intereses de la clase privilegiada, el Correo preconiza la alianza entre liberales moderados y carlistas.

Buenos y malos carlistas

Establece un balance de las tropas rebeldes indicando que sólo representan a una minoría de la población, pero que los efectivos del adversario crecen deprisa, a causa de la mediocre actividad (sic) del ejército gubernamental. Con tal motivo, **El Correo** suministra una información sobre la profesión de los mandos militares carlistas de Vizcaya y comprueba que pertenecen a una gama amplia de capas medias.[32]

108 Según el periódico, en la prolongación de la guerra, el Ejército tiene tanta responsabilidad como los mismos carlistas. Por eso, estos son tratados con consideración y respeto, pues el órgano liberal considera que los combatientes legitimistas obran de buena fe y creen sinceramente que la Religión y los Fueros están en peligro.[33] Son además gente distinguida que un día ha de desempeñar un papel importante y benéfico.[34] El Correo publica una

---

[28] La reunión se ha producido el 6 de diciembre y Gortázar y Cariaga han sido elegidos Diputados.

[29] Número del 15 de mayo.

[30] Los desastrosos resultados que dieron casi todos los negocios que se emprenden colectivamente...». Nº del 24 de mayo.

[31] N. del 17 de mayo.

[32] « Las partidas están haciendo el reclutamiento general con toda tranquilidad sin que las tropas del gobierno les molesten...» Entre los oficios de algunos responsables de las partidas, el periódico cita los siguientes: carpinteros. maestros de obras, traficantes y rematantes de árbitros, vagos de profesión... Número del 17 de junio.

[33] «Nosotros concedemos a los aldeanos que figuran en las filas insurrectas que obran de buena fe, que defienden la tranquilidad de su conciencia. su religión, sus fueros creyéndoles gravemente amenazados...»
Nº del 29 de abril.

[34] La mayor parte de los carlistas «delinque por exceso de bondad. por exceso de amor al bien...»
Nº del 25 de junio.
« ¡Qué condición tan noble y tan grande pudieran desempeñar en España esos doce o catorce mil hombres que hoy tienen las armas en la mano en nombre de Carlos VII si se convencieran, y particularmente sus jefes, de que la bandera que ondean...

biografía respetuosa, y hasta elogiosa, de Andéchaga. Se dice en ella que el jefe de los insurrectos es hijo de labradores y labrador honrado; ha sido capaz de hacer una carrera militar brillante, gracias a su propio esfuerzo, lo que le ha valido un gran prestigio. sobre todo en su región de las Encartaciones. En una carta abierta, dirigida a Andéchaga, llena de respeto y de admiración, el periódico se queja de que el jefe militar rebelde prohíba la difusión del Correo en las zonas ocupadas por los carlistas, lo que constituye una discriminación injustificada ya que los insurrectos toleran la circulación de los demás periódicos.[35] Refiriéndose a este mismo problema, El Correo polemiza también, en tono cortes, con Martínez de Velasco, otro jefe carlista de Vizcaya. Este ha dicho al parecer que respeta y tolera todas las ideas; ahora bien, añade el articulista de Bilbao, el subordinado de Velasco en Guernica prohíbe la difusión de nuestro periódico .[36]

¿Es esa la causa de la poca simpatía que inspira Velasco a los animadores de El Correo? Pues ese jefe militar no les merece la misma consideración que Andéchaga. El periódico se muestra desde el principio muy critico con Martínez de Velasco; luego, lo ataca sin miramiento. La explicación de esa actitud aparece a través de algunos comentarios en los que se compara la última guerra carlista a la de los Siete Años. En la primera guerra, dice el periódico, los carlistas respetaron la propiedad; nunca confiscaron los fondos de los Ayuntamientos y aún menos los de los particulares. Ahora, añade, ocurre todo lo contrario y se dan con frecuencia hechos deplorables. Condena las exacciones de los carlistas y hace responsable de ellas al **burgalés** (sic) Martínez de Velasco, que ha instituido muchos impuestos y ha exigido sumas tan importantes a las corporaciones locales que muchas se han arruinado.[37]

109

En otro espacio, al reproducir el Manifiesto que Velasco dirige a los vizcaínos, el periódico de Bilbao destaca la divisa del jefe carlista, una divisa que, al fin y al cabo, el órgano liberal pudiera hacer suya

> «¡Vivan la Religión, el Rey y los Fueros en toda su integridad!».[38]

Claro que para **El Correo** no se trata del mismo rey, pero el periódico es católico y fuerista. Este aspecto tiende a acercarlo a Velasco, pero hay otras ideas que le alejan del jefe carlista. ¿Que ideas?

Un ejemplar del Correo subraya con inquietud lo que Velasco considera por su parte como un escandalo, a saber, que la Diputación liberal pague a los obreros de Somorrostro tan sólo diez reales diarios para realizar un trabajo que el jefe carlista burgalés asimila al de una «colonia penitenciaria».[39] No hay duda de que es el interés que Velasco manifiesta en favor de los explotados lo que hace de este responsable legitimista un personaje peligroso para los animadores del Correo. El periódico tiene cuidado de indicar que Velasco no es vizcaíno, lo que, de hecho, reduce aún más la estima que le merece, ya que se trata de un foráneo, de un **maketo**. En efecto, esa palabra despectiva empieza a ser empleada en ese momento para designar a los Castellanos que llegan a Vizcaya en busca de trabajo. Precisamente el Correo destaca ese hecho y se detiene a explicar el origen de esa palabra nueva (maketo), no sin dar cierta coloración racista a su información «lingüística».[40] Otras declaraciones del mismo

---

requiere algo más noble y glorioso que el quemar estaciones de ferrocarril!...»
Nº del 3 de julio.

[35] **Ibid**, del 13 de julio

[36] Permite la difusión de **Irurac-bat** y **El Euscalduna**, pero no la del **Correo**. Número del 22 de junio.

[37] Números del 23. 24, 25 y 26 de abril.

[38] Número del 24 de abril.

[39] **Ibid,** del 26 de abril.

[40] La palabra se aplica. dice:

«... a la muchedumbre de braceros castellanos que han bajado a trabajar en los nuevos ferro-carriles mineros y en los

periódico ponen aún más de manifiesto ese empeño en conferir al fuerismo un alcance pre-nacionalista de contenido anti-español y racista.

El periódico bilbaíno insiste en la diferencia que existe según el entre el carlismo vasco, que se niega a recurrir a ciertos procedimientos, y los excesos de los rebeldes de otras regiones.[41] Se complace en subrayar que, entre 1868 y 1870, cuando una parte de España (»al sur del Ebro») conocía el desorden y la anarquía (sic), el País Vasco estaba en paz; y el articulista concluye diciendo que, cuando se acabe la guerra, el campo vasco volverá a ser feliz pues:

> «... aquí la gente no es como allí...».[42]

110

En un artículo titulado **El Norte** y el **Mediodía**, **EI Correo** llama la atención del lector sobre los contrastes, tradicionales —dice con insistencia—, que oponen a esas dos partes de España. Ya en la época de Isabel II, el Norte, en general, y el País Vasco, en particular, conocían una paz ejemplar en medio de una España agitada, sobre todo en sus regiones meridionales. Después de esa época, Andalucía ha llegado a ser un infierno a causa de la propaganda socialista.[43]

El elogio que el periódico bilbaíno prodiga a los carlistas no alcanza, como ya hemos visto, a todos los miembros de ese partido. Hablando del reclutamiento que practican algunos insurrectos, el Correo da cuenta de las amenazas que aquellos hacen a las familias que tiene hijos en edad de hacer servicio militar y no quieren enviarlos a la facción.[44] Considera también escandaloso que los rebeldes impongan a la Compañía ferroviaria del Norte una contribución mensual para que los trenes puedan circular. Esa manera de robar a gente honrada, dice el periódico, no ha recibido la aprobación de los altos responsables legitimistas; es una medida arbitraria decidida por Santa Cruz, hombre al servicio de Manterola.[45]

Así, incluso en el País Vasco, hay buenos y malos carlistas; naturalmente, el periódico liberal de Bilbao trata de entenderse con los primeros[46].

Conclusión

Puede observarse que la guerra —al menos en sus dos primeros años— no siempre impide la difusión libre de la prensa, lo que da a entender que existe cierto margen de tolerancia por parte de ambos contendientes. Las dos publicaciones que acabamos de examinar muestran, respectivamente, la intransigencia de un sector carlista y el empeño de conciliación de una tendencia liberal. Seguramente se trata de los dos extremos del abanico político. No obstante, el carácter representativo del **Semanario Católico Vasco-navarro** y de **El Correo**

---

veneros...», «...sin duda aludiendo al maco o morral que constituye su equipaje y llevan a la espalda...» Nº del 27 de abril.

41 «...las hecatombes humanas, el pillaje, el secuestro personal, las depredaciones de todo género de que ofreció constante ejemplo el carlismo en otras comarcas de España, apenas ofrecieron ejemplo alguno en las provincias vasco-navarras» Nº del 23 de abril.

42 **Ibid,** del 4 de mayo.

43 **Ibid,** del 17 de julio.

44 **Ibid,** del 27 de junio.

45 **Ibid,** del 17 de junio.

46 números del 18 de junio y del 3 de julio

Vascongado permite pensar que las dos tendencias que ambos defienden tienen gran peso en la región. Los liberales moderados buscan una alianza con determinados carlistas r_ra preparar la postguerra y la restauración de Alfonso XII. Los amigos del **Semanario** vitoriano debieran quedar al margen de esa alianza, a juzgar por los ataques del Correo contra Manterola.

111 La alianza apetecida por los liberales moderados se concibe como un frente de clase, como la reconciliación de la clase privilegiada contra la República y también contra un sector legitimista. Inútil decir que dicha operación se vera coronada por el éxito, al fin y a la postre; lo que sorprende es la fecha precoz en que ha sido planeada, es decir, en 1873, antes del brutal enfrentamiento de Bilbao. Ya tendremos ocasión de examinar las consecuencias de ese enfrentamiento, que somete a dura prueba a todos los liberales, moderados o no. Baste comprobar que, pese a los combates, algunos liberales quieren negociar con el adversario. Esas negociaciones presuponen la división de los carlistas. Para **El Correo** hay que aislar al carlismo popular y, si damos crédito a sus declaraciones. esa tendencia del carlismo se emparenta con la del **Semanario** de Vitoria. Si así fuera se comprendería mejor por qué éste deja de publicarse a mediados de 1873. En fin, tenemos que comprobar también que muchos liberales vascos, al revés de los carlistas, no hacen ningún esfuerzo de propaganda para tratar de sustraer al pueblo del atractivo que el adversario ejerce sobre él.

113

Conclusión de la Segunda Parte

Para determinar con precisión el lugar y el papel del País Vasco, a lo largo del período que acabamos de estudiar, es necesario señalar con claridad lo que ese período significa para España.

En la historia del liberalismo español y de las diversas variantes que ofrece ese régimen político, el «sexenio revolucionario», situado entre el régimen moderado de Isabel II y el sistema conservador de la Restauración. aparece como un paréntesis, un incidente en la continuidad de una preponderancia en España de la versión más moderada del Liberalismo. Pero ese paréntesis no puede ser, en ningún caso. un simple «relajamiento» colectivo o un largo carnaval del siglo XIX.

De hecho. la «setembrina» no surge por generación espontanea. Bien se sabe que el sistema isabelino, muy desacreditado e incapaz de superar la crisis de los años 60, llega a ser un instrumento inservible para la clase dirigente española. Su sector más lúcido busca entonces una salida en la monarquía realmente constitucional; es lo que explica la adhesión a la insurrección de muchos políticos que han crecido a la sombra de Reina en desgracia. Progresistas y unionistas se alían a hombres políticos que representan a la burguesía más radical y a algunas capas medias, para ensayar todos juntos un régimen democrático.

Lo que más llama la atención. cuando se observa el período 1868-1873, es sin ninguna duda el contraste entre la enorme agitación política y el ligero balance de las transformaciones realizadas.

114 Hay seguramente una gran distancia entre los discursos y la acción; las reformas democráticas son superficiales —sin acompañamiento de una modificación de las estructuras— y, por ello, muy aleatorias. La proclamación de las libertades individuales

permite a las masas populares reivindicar en mejores condiciones, pero en raras ocasiones consiguen que el equipo gubernamental oiga sus quejas. Los que gobiernan quieren, en el mejor de los casos, una democracia cortada a medida para una burguesía emprendedora y dinámica, débil numéricamente, asustada por el movimiento popular y sometida a una fuerte presión de los conservadores. Pocos dirigentes de la «setembrina» han tenido conciencia de la necesidad de realizar por fin una autentica revolución burguesa, una real democratización. Esa situación objetiva y el carácter heterogéneo de los nuevos dirigentes nacionales explican las divisiones de los «revolucionarios», sus vacilaciones y, en definitiva, su relativa inactividad. Cierto es que la situación de Europa es poco favorable a una empresa democrática de envergadura, pero las tensiones que oponen entre si a determinados países hubieran permitido a los dirigentes españoles, si hubieran sabido explotar las disensiones, disponer de un margen de maniobra bastante amplio. Por esa razón, el fracaso de la **Gloriosa** se debe esencialmente a factores internos. Y, en primer lugar, a la formidable ofensiva de los conservadores. Ya hemos visto que la libertad de prensa es mucho más teórica que efectiva por cuanto los grandes medios de propaganda están ampliamente controlados por los adversarios del régimen y por otros que, sin serie abiertamente hostiles, desean moderarlo hasta donde se pueda.

En el frente conservador, el partido carlista es una pieza importante. Es el ala más opuesta a la democracia. Cuando el trono queda vacante y Don Carlos ve la posibilidad de acceder al poder por vía legal, su partido hace concesiones, pero, como no puede aceptar algunos principios básicos del 68, Amadeo gana la partida. Durante cierto tiempo, el nuevo rey da la impresión de ser la solución que se buscaba; la propaganda carlista se hace entonces insidiosa y, cuando las posibilidades de éxito de la nueva dinastía disminuyen, la campaña contra el régimen intensifica su agresividad. En fin, como la agitación política no consigue dar al traste con él, los carlistas recurren a la guerra. Su actividad se adapta pues a las circunstancias pero sigue una línea fundamental que es constante y que hace de su partido la vanguardia reaccionaria de España. El partido carlista se ve confirmado como tal vanguardia por la clase c —gente que alienta y tolera el ascenso de aquél, precisamente cuando lo que podría llamarse la izquierda aparece como un peligro para dicha clase. Pero está abandona, en definitiva, el legitimismo y prefiere la solución «canovista». Sin adelantarnos para explicar el significado de la guerra y de la Restauración, podemos interrogarnos ya sobre las razones de ese abandono del carlismo. Pues los carlistas proponen un sistema de gobierno que propende a garantizar todas las situaciones de privilegio y la dominación de la dase dirigente merced a un Estado «fuerte». Sus propuestas —como ya hemos visto— no se hallan muy lejos de las de Cánovas. Es verdad que, entre los carlistas, hay un sector —el representado por V. Gómez, por ejemplo— animado por ideales excesivamente anacrónicos, pero tanto los ideólogos más de moda, como Aparisi, como prestigiosos jefes históricos (Cabrera, por ejemplo), así como Don Carlos mismo, están dispuestos a adaptar la vieja herencia ideológica a la realidad de su tiempo. Esa adaptación presupone una indiscutible evolución. En efecto, a partir de los postulados ideológicos del Antiguo Régimen, los teorizantes del tradicionalismo echan ya los cimientos de la ideología fascista. Como se sabe el fascismo va a ser el último recurso de la burguesía en el siglo XX.

Ahora bien, la clase dirigente española de 1874 no tiene necesidad de esa solución extrema. La revolución no se ha producido y el «canovismo», que da la ilusión de hacer suyos algunos principios del 68, tiene más posibilidades de beneficiar de un consenso amplio y de ser un instrumento adecuado para emprender una nueva etapa de desarrollo sin trastornar las estructuras socioeconómicas. Empleando el lenguaje de nuestro tiempo, se podría decir que el carlismo no ha sido, entre 1868 y 1874, sino una extrema derecha útil para hacer

contrapeso a la extrema izquierda. La dimensión demagógica de la propaganda carlista no consigue hacer de ese partido un partido de masas. Pero, a este respecto, el País Vasco constituye una excepción.

116 En todas las elecciones, esta región concede masivamente su confianza a los candidatos tradicionalistas. Teniendo en cuenta esa adhesión y el papel que desempeña el carlismo, hay que admitir que el País Vasco es una fortaleza contrarrevolucionaria. No obstante, el afecto de los Vascos a D. Carlos plantea varios problemas.

La influencia de los legitimistas en esa región se debe parcialmente al peso del pasado; gran parte del pueblo vasco ha luchado por Don Carlos de 1833 a 1839. Esa influencia se refuerza gracias a las posiciones cada vez más conservadoras —y por consiguiente más cercanas de las de los carlistas— que la clase dirigente vasca adopta a partir de 1868. Es lo que explica que el partido carlista como tal no tenga necesidad de desplegar un gran esfuerzo de organización y de propaganda en el País Vasco. Ya hemos dicho que la ruptura política que se produce en España con la «setembrina» tiene pocas repercusiones en el País Vasco, gracias precisamente a su autonomía. Ahora bien, eso oculta una realidad más compleja, pues la autonomía no garantiza automáticamente la permanencia en el poder de quienes lo han detentado antes de la revolución de septiembre, si la relación de fuerzas no les fuera favorable. Por lo demás, Guipúzcoa, que cuenta con el núcleo dinámico de San Sebastián, prueba ese aserto. Ya en 1869 la Diputación cae en manos de los liberales.

De hecho, la amplitud del frente «revolucionario» no podría explicar por si sola el triunfo fácil de la «setembrina» en España. La disgregación del frente conservador que rodea a la Reina contribuye también a aquel triunfo. En el País Vasco, ese frente conservador es más solido, mientras que el movimiento liberal es relativamente más débil y, en su mayoría, moderado. Para simplificar, podría decirse que el peso de la izquierda es insignificante en esa región y que el de la derecha, ai contrario, es aplastante. La reseña que hemos dado de los políticos tradicionalistas vascos pone de manifiesto que esa derecha cuenta con la alianza estrecha de la vieja nobleza terrateniente, de una capa acomodada de las ciudades y del clero, más numeroso y mejor retribuido que en otras regiones españolas. La extrema izquierda de esa época, la Internacional, no existe prácticamente en las provincias vascas. Precisamente esa relación de fuerzas permite a la clase dirigente conservar el poder regional y evitar que la agitación política que se presencia en el resto de España afecte a su región: es lo que nos ha impulsado a afirmar que los aires de la Gloriosa no Llegan al País Vasco.

117 El éxito electoral de los legitimistas pone en evidencia también la hegemonía que la clase dirigente ejerce sobre las clases y capas populares. No se trata de un fenómeno nuevo, pero se tiene la impresión que esa tutela se consolida durante el «sexenio». Naturalmente, la propaganda elaborada por los tradicionalistas, que se han hecho o han vuelto a ser carlistas, no es extraña a ese reforzamiento. El partido carlista, que quiere ofrecer las máximas garantías a los conservadores, se impone también la obligación de recoger las inquietudes y aspiraciones de las masas populares, lo que le lleva a intentar sintetizar propuestas e ideas que no dejan de ser contradictorias. Ya hemos visto como cumple ese cometido en el País Vasco. Pero no es inútil resumir los aspectos esenciales de su propaganda ni subrayar lo que esta tiene de original con respecto al carlismo español.

Antes de 1868, acepta prácticamente el régimen isabelino, lo que no es incompatible con la reafirmación de los principios básicos del tradicionalismo dogmatismo, negación de la tolerancia, clericalismo, desconfianza hacia la urbe moderna, preferencia por una sociedad rural. Esos son también los rasgos del tradicionalismo español. El del País Vasco ofrece además una exaltación regionalista que, no obstante, sólo es todavía el reconocimiento —

que tradicionalistas de otras regiones hacen también— del carácter ejemplar, de modelo, de esa región.

Frente a la «setembrina», el tradicionalismo vasco cultiva los mismos temas de propaganda y reacciona de la misma manera que el conjunto del tradicionalismo español, pero su campaña se halla más circunscrita a un marco regional con el fin de preservar al País Vasco de la inevitable laización que se produce entonces en España. Animados por este triunfo parcial, los tradicionalistas vascos tienen conciencia de ser la vanguardia de su movimiento y tratan, no combatientes de primera línea, de apartar al clero español: el poder de seducción que sobre el pueden ejercer los gobiernos de Amadeo. Al mismo tiempo dan a entender que si su empresa fracasara en el plano nacional, por lo menos, deberían salvar a su región. De ahí su chantaje a la independencia, el resabio racista de su regionalismo y el empeño en luchar por una autonomía más completa y perfecta. El País Vasco va a ser presentado como un remanso de paz en un mundo amenazado por la Internacional, «etapa suprema del Liberalismo», ambos pintados con tonalidades apocalípticas.

118 Esas tendencias se acentúan en 1872 y 1873, pero matizadas por preocupaciones sociales, preocupaciones que coinciden con la llamada a la insurrección y los sacrificios suplementarios que se piden al pueblo. Se denuncia a los plutócratas (sic) y a los especuladores que medran con el Liberalismo y cuyos abusos hacen que este desemboque en el socialismo. Dicho de otro modo, el capitalismo engendra a sus propios enterradores. Efectivamente, los excesos del capitalismo y la corrupción liberal provocan y justifican parcialmente la rebelión proletaria. Un sindicalismo católico, al amparo de la Iglesia, puede salvar a la sociedad de una revolución destructora. La propaganda carlista vasca formula así la pretensión de extender el control de la Iglesia hasta la clase obrera. Eso permite comprender un aspecto algo sorprendente de esa propaganda, a saber: su preocupación casi obsesionante por la Internacional pese a que esta tiene una organización muy débil en el País Vasco. Los carlistas vascos quieren seguramente dar a entender que ellos han obtenido muy buenos resultados en su propia región y que, si sus amigos españoles fueran tan influyentes, la Internacional no sería muy peligrosa

La comprensión del movimiento obrero va acompañada de una atenta preocupación por los intereses materiales del clero y de las masas populares. En 1873, la defensa de la propiedad mediana frente a la gran propiedad y contra los especuladores se hace más insistente y machacona. ¿Demagogia? —Seguramente, pero ¿qué hacer para que las masas que de nuevo van a tomar las armas por Don Carlos no tomen en serio esa propaganda? Por lo demás, hay también hombres sinceros. Hasta despunta una corriente autocritica que clama contra el autoritarismo de algunos responsables y que, al analizar el fracaso de la insurrección de 1872, no vacila en oponer las masas populares y los dirigentes vascos al Alto Mando; esas críticas no siempre respetan a Don Carlos. La dimensión populista no se halla totalmente ausente de la propaganda carlista española, pero esa dimensión adquiere un relieve singular en el País Vasco. Su poder de atracción es tanto mayor cuanto que el Liberalismo, mayoritariamente moderado, y hasta conservador, como ya hemos visto,» identifica al pueblo con el carlismo. Una parte representativa de la propaganda liberal tiende a constituir un frente de clase con vistas a proteger y defender todos los privilegios existentes.

No hay ninguna duda, las masas populares no tienen donde elegir y —en 1872 y 1873— por paradójico que pueda parecer, el carlismo, arma temible de la contrarrevolución española, es a todas luces el partido del pueblo vasco.

123

TERCERA PARTE: LA GUERRA Y SUS CONSECUENCIAS

INTRODUCCIÓN

Pocos movimientos políticos, pocos acontecimientos han merecido tantos estudios como el carlismo y las guerras que suscita en La España del siglo XIX. La bibliografía establecida por J. del Burgo comprende, en efecto, varios volúmenes. Una parte substancial de esa masa de escritos se refiere a la guerra de 1872-1876, que intereso enormemente a los historiadores contemporáneos, de forma que muchos relatos salen a la luz en el preciso momento de los combates o poco después. Las obras fundamentales sobre esa guerra fueron publicadas, casi todas, en el siglo XIX.

Exceptuando los escritos partidistas que tienden a exaltar tal o cual victoria, a justificar una derrota o a describir el acontecimiento con fines propagandísticos, los puntos de vista de los historiadores de la última guerra carlista, cualquiera que sea su filiación política, coinciden en algunos aspectos fundamentales de sus obras. Todos se interesan por la historia puramente superficial y la precisión se confunde en ellos con la prolijidad, como si el valor de sus estudios tuviera como denominador común la abundancia de detalles. El desarrollo de la guerra obedece, según ellos, a factores casi exclusivamente militares: el genio de un jefe, la importancia de os efectivos, las armas, etc. El entusiasmo, la convicción, en una palabra, el estado de animo de los que luchan, no tiene demasiada importancia; los soldados sólo son, a sus ojos, una masa que obedece, mientras que la guerra la ganan o pierden los que la dirigen. Todo depende, en resumidas cuentas, de la pericia o de la incompetencia de estos últimos. La objetividad de esos historiadores consiste en reconocer los errores de su partido y en presentar con respeto a los dirigentes del partido adverso. En definitiva, sólo nos transmiten hechos. Si se quiere conocer su opinión sobre las razones profundas del acontecimiento hay que buscarla en algunos párrafos de la conclusión o de la introducción, es decir, siempre al margen del estudio propiamente dicho, y ello para encontrar tan sólo algunas indicaciones someras.

124

En el siglo XX, la última guerra carlista no ha dado lugar a estudios de envergadura. La obra de Oyarzun suministra un resumen relativamente claro y asequible de los enfrentamientos militares, pero realiza con más detenimiento la historia del partido carlista, poniendo de relieve su papel que, para este historiador, carlista convencido, ha sido benéfico.

La mayor parte de los historiadores más conocidos se han contentado con evocar esa guerra en el marco de la historia general del período en el que aquella se inserta, pero sin precisar claramente las relaciones reciprocas entre la guerra y los demás acontecimientos contemporáneos. El gran maestro de la Historia española, Vicens Vives, ofrece, es verdad, una interpretación seductora del carlismo, pero se refiere esencialmente a la primera guerra. En lo que toca a la última contienda, se limita a indicar que ha sido el resultado de una conjunción del regionalismo y del catolicismo. En otro lugar, el insigne historiador catalán, suministra una síntesis luminosa del período 1868-1876, en el que la guerra se sitúa. Disponemos así de un expediente muy voluminoso de los hechos militares y políticos y de algunas indicaciones, a veces interesantes, sobre el meollo y el significado del conflicto. No obstante, muchos aspectos del acontecimiento siguen en la penumbra o han sido explicados

de manera insuficiente o poco satisfactoria.

En efecto, aunque se han propuesto algunas hipótesis plausibles, no se conoce con nitidez el papel que la guerra carlista desempeña en la historia de su tiempo, pues no se han establecido con precisión las relaciones reciprocas entre la guerra carlista y la vida política contemporánea, nacional y europea. Tampoco se ha estudiado la guerra en un marco regional.

125 Como el País Vasco es una región especialmente afectada por la contienda, lo que obliga al Gobierno a enviar a esa región un importante ejército, «el Ejército del Norte», es verdad que la actividad militar en las provincias vascas ocupa mucho espacio en los relatos dedicados al conflicto. Pero la ausencia de un estudio especifico ha impedido explicar la amplitud excepcional de los combates en tierra vasca, ya que los historiadores se contentaron con atribuir el levantamiento a la influencia del clero. En fin, si el relato de las operaciones militares ha permitido imprimir millares de páginas, el lector sigue sin saber bien lo que esos enfrentamientos significan y sin conocer la evolución del conflicto, cuyas etapas han sido delimitadas con frecuencia de manera arbitraria. Como las batallas importantes no empiezan hasta bien entrado el año 1873 y teniendo en cuenta que los grandes choques se producen entre 1874 y 1876, ese período de algo más de dos años es el que más ha atraído la atención de los historiadores.

Por nuestra parte, quisiéramos precisar el meollo y el significado de la guerra en el País Vasco. a fin de poder destacar el lugar y el papel de esa región en la España de su tiempo. así como la importancia y el alcance del acontecimiento en la vida política de la nación.

Ya hemos visto que, en los años 70, la sociedad vasca conocía tensiones internas que, no obstante, no parecían capaces por si solas de llevar a un enfrentamiento. pero la clase dominante vasca se mostraba muy hostil, pese a todo. al régimen del 68. Se entrega aquella a una ofensiva política y de propaganda cuya finalidad consiste en amotinar a las masas populares para que estas emprendan una insurrección armada junto a los demás carlistas españoles. Importa pues saber por que y como el pueblo vasco participa en esa insurrección. Ello lleva naturalmente a estudiar de manera preferente la guerra en 1872 y 1873, los dos años más descuidados por los historiadores. Precisamente durante esos dos años los rebeldes consiguen apoderarse de casi todo el País Vasco. También en ese período organizan un ejército capaz de enfrentarse, en una guerra de posiciones, con el ejército gubernamental. Sin esa preparación y las modalidades especiales que reviste, no podrían comprenderse las grandes batallas de los años siguientes.

126 En 1872 y 1873, el teatro de operaciones se halla esencialmente en Navarra, Guipúzcoa y, en menor medida, en Vizcaya; evidentemente, esas provincias van a merecer una especial dedicación. A finales de 1873, la guerra se desplaza hacia Vizcaya y. en los alrededores de Bilbao, se da el primer gran choque sangriento, a principios de 1874. Esa batalla de Vizcaya será otro centro de interés para nosotros y, para estimar mejor su importancia. nos detendremos durante un momento para contemplar la vida de esa provincia desde la revolución de septiembre hasta el sitio de Bilbao. La guerra, en su última fase, de 1874 a 1876, sólo ocupara un corto espacio en nuestro estudio, no sólo porque ese período es el que más y mejor ha sido estudiado, sino también porque la importancia cuantitativa de las diferentes secciones de nuestra obra depende de la importancia que atribuimos a cada etapa de la guerra. Delimitamos esas etapas teniendo en cuenta la evolución política general y los cambios, en nuestra opinión decisivos, que aquella conoce: la Monarquía de Amadeo, la República de 1873, con sus dos períodos netamente distintos (cada uno de los cuales dura aproximadamente un semestre), separados por la dimisión de Pi y Margall, el año decisivo

de 1874, y, en fin, la Restauración (1875-1876).

Un problema que nos parece particularmente importante es el significado que la experiencia de la guerra tiene para el pueblo vasco. Pensamos dedicarnos con detenimiento a ese problema y, para ello, volveremos a tratar del debate político e ideológico e intentaremos observar la vida de esa región en el preciso momento en que realiza un enorme esfuerzo. También la contemplaremos tras el conflicto, con el fin da precisar sus consecuencias.

127

Capítulo I. Pronunciamiento militar e insurrección popular en 1872

Ha quedado ya consignado que la propaganda carlista, desde comienzos de 1872, alza la voz y acrecienta su arrogancia y agresividad. La del País Vasco realiza además un esfuerzo tenaz con vistas a concentrar en torno a Don Carlos al mayor número posible de gente. La guerra empieza en abril. Sin duda piensan los carlistas que, después de haber excitado los ánimos, se dan todas las condiciones para proclamar la insurrección. Y, a primera vista, parece que tienen razón.

En efecto. la nueva dinastía es frágil y se puede pronosticar su fracaso en un plazo breve, lo mismo que la inestabilidad y la radicalización política a las que ha de dar lugar la abdicación de Amadeo. Los legitimistas pueden contar con la adhesión o simpatía de muchos conservadores y de numerosos oficiales heridos por la propaganda antimilitarista. La ausencia de reformas no autoriza al régimen a hacerse muchas ilusiones en lo que respecta al apoyo de las masas. La Europa conservadora ha de mostrarse comprensiva con una rebelión de derechas. No obstante, la insurrección fracasa. Cuando se leen los relatos de los historiadores sobre el levantamiento de 1872, se retienen dos ideas: la rebelión sólo se ha producido en Cataluña y en el País Vasco y, en esta última región, la intervención rápida del ejército gubernamental provoca una derrota espectacular de los insurrectos. Sin embargo, esa derrota no es definitiva y precisamente en el País Vasco la guerra va a adquirir grandes proporciones poco después. Es pues útil analizar de cerca el enfrentamiento de 1872.

128

La complejidad de los problemas que el conflicto plantea es de tal naturaleza que su estudio comprenderá dos capítulos. En el primero, trataremos de los aspectos más conocidos, que son también los más generales y los que tienen un carácter propiamente militar. El problema de la participación popular, que constituye lo típicamente vasco de esa guerra, será estudiado después.

En este primer capítulo, la preparación de la guerra y las condiciones en que se lleva a cabo, la derrota carlista y la paz que viene tras ella y, en fin, las razones que se han dado del fracaso, serán estudiadas por orden cronológico.

Los antecedentes del alzamiento de 1872

Cuando los carlistas emprenden su campaña de 1872 en el País Vasco tienen ya cierta experiencia en materia de insurrección. En el verano de 1869 han aparecido las primeras **partidas** rebeldes en diversas zonas de España. Reprimida con celeridad, esa tentativa ha afectado muy poco a las provincias vascas. En Vizcaya, una Diputación conservadora abre una suscripción voluntaria para contribuir a la sumisión de los insurrectos.

El levantamiento de 1870 fracasa también. El llamamiento a la insurrección no encuentra eco y los liberales vascos reclaman la represión enérgica de los rebeldes. Las autoridades civiles y militares adoptan medidas severas para impedir todo desorden. Por el momento, los carlistas han de limitarse a colectar fondos en espera de circunstancias más propicias.[1]

[1] En 1972, encontramos un importante fondo documental, en la biblioteca de la Sociedad Vascongada de Amigos del País (Archivo de la Excma. Diputación de Vizcaya). en Bilbao, que contenía varios miles de documentos sin clasificar referentes a las guerras carlistas. Nuestra primera tarea consistió en ordenar esos documentos cronológicamente; compusimos legajos correspondientes a los diversos trimestres del período que estudiamos. El Director del Archivo. nuestro amigo M.G. Echegaray, nos invito a numeral esos legajos. pero. en espera de que el fondo sea clasificado y repertoriado, hemos preferido utilizar referencias únicamente cronológicas

Para comprender esos fracasos, hay que suponer que la actividad del régimen no es aún excesivamente insoportable para sus adversarios y que, en el País Vasco, la clase dominante, que sigue detentando el poder regional, considera inoportuna la rebelión armada.[2] De hecho, el partido carlista no es capaz todavía de emprender semejante aventura pues, para poder hacerlo, tiene que reunir a todos los descontentos, dotarse de una organización potente y excitar aún más los ánimos.

129

En cuanto a saber si esas condiciones se dan ya en 1872, el examen de las causas inmediatas del conflicto y de los medios de que disponen los legitimistas aclara parcialmente el problema.

Las razones de la guerra y los medios puestos a su disposición

Los historiadores carlistas atribuyen el levantamiento a las medidas anticlericales del régimen, sobre todo la libertad religiosa, el matrimonio civil y las decretadas contra las Ordenes.[3] El historiador liberal Pirala, por su parte, considera que las razones de tipo religioso constituyen el pretexto fundamental de los rebeldes. Si la propaganda de los curas, dice, es especialmente eficaz en el País Vasco, donde el clero es más abundante y está mejor retribuido, es porque: «Los vascos están unidos y aferrados a la conservación de sus costumbres...». El clero, al que se suman «algunos seglares de posición acomodada». se ha aprovechado de «... la credulidad de sus habitantes para lanzarlos a la guerra».[4] Es notorio, prosigue, que el obispo ha incitado al clero a emprender la cruzada contra el Liberalismo y que los curas no han vacilado en alentar la rebelión y hasta en tomar parte en ella directamente.

El pretexto religioso lo han dado en parte, según piensa Pirala, los mismos liberales, pues el Gobierno ha dejado al clero «injustamente desatendido». Por otro lado, no han faltado extremistas que han asustado a mucha gente honrada. Las consecuencias de esas torpezas son tan evidentes que ha bastado con que se produzca la revolución del 68 para que el partido carlista, casi inexistente en Navarra antes de esa fecha, reúna a tantísimos adeptos.[5]

Pese a todo, la insurrección sólo toma amplio vuelo a causa de la negligencia culpable de

---

Se trata fundamentalmente de la correspondencia del Estado Mayor Liberal y de cierto número de encuestas realizadas por las autoridades militares.
Nuestras referencias serán las siguientes: A.S.V., legajo correspondiente a tal trimestre de tal año.

[2] En 1869, los carlistas vizcaínos permanecen al margen de la rebelión y se limitan a reunir fondos para su partido. Hemos encontrado obligaciones firmadas en Amsterdam el 25 de marzo de 1869. Las autoridades autónomas, por su parte, no vacilan en condenar la insurrección de ese año y participan en la colecta destinada a financiar la campaña contra los rebelde. Por el contrario, en 1870. los insurrectos cuentan con numerosas complicidades en Vizcaya. Una circular del Gobernador civil del 13 de enero de 1870 ordena la detención del sacerdote Juan Domingo de Gabrola, de Eibar, y del posadero del Elgoibar José María Garate acusados de comprar armas para los carlistas. A.S.V. legajos correspondientes al primer trimestre de 1869 y al primer trimestre de 1870. El Boletín Oficial de la Provincia de Vizcaya se olvida de evocar la insurrección de 1869, pero da cuenta de la de 1870 y de sus repercusiones en el País Vasco (números del 11 de junio. 30 de agosto y 3 de septiembre). Para conocer con pormenores esas dos intentonas y su fracaso, véase Francisco Hernando: La campaña carlitas (1872-1876). París, Jouby y Roger, Editores 1877, pp. 5-6 y Arístides de Artiñano: El alzamiento de Vizcaya en 1872 y el Convenio de Amorebieta, Sevilla, La Andalucía, junio 1872. pp. 20-21»

[3] Antonio Manuel de Arguinzóniz: *El alzamiento carlista de Bizcaya en 1872 y el convenio de Amorebieta.* Bilbao, Tipografía de José de Astuy, 1889. pp. 19-22. Véase lambien: A. Artiñano: **Op. Cit.** pp. 12-15.

[4] Antonio Pirala: **Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil**, Madrid 1878, Vol. V. p. 436.

[5] **Idem**, Vol. III (1876), pp. 102 y 647 y Vol. p. 436.

algunos miembros del Gobierno.

> «Sabía el gobierno —afirma Pirala— la actitud de las provincias vascongadas, el estado de la opinión publica, y no se preocupaba mucho, ni le daba gran importancia; es más no falto ministro que dijese que convenía un poco de carlismo».[6]

130

Por añadidura, prosigue, algunos liberales han atentado contra la cohesión de su movimiento y por tanto contra la eficacia del Ejército.

Pirala da cuenta de las divergencias profundas que separan a los actores de la «setembrina», así como de las vacilaciones de los más moderados del equipo «revolucionario» frente a los carlistas, pero no explica de manera convincente por que el País Vasco es más legitimista que otras regiones españolas. Se contenta con imputar el vigor contrarrevolucionario de esas provincias a la ingenuidad de sus habitantes y a una mayor influencia del clero. Da a entender, no obstante, que las autoridades forales han desempeñado un papel poco despreciable en la explosión del conflicto.[7]

La explicación dada por el prestigioso historiador liberal ha podido dejarse influenciar por un informe del que a continuación damos cuenta. Fue dirigido al Gobierno por la Diputación de Guipúzcoa tras la insurrección de 1872. La Diputación deplora que el levantamiento haya podido comprometer la buena reputación de una provincia que nada tenia que reprochar al gobierno central, pues este siempre ha manifestado un profundo respeto de la autonomía. Según el informe, no había motivo político, ni conflicto de orden social o económico que pudiera justificar la rebelión; esta ha sido pues provocada artificialmente. La responsabilidad, dice la Diputación, incumbe al clero, ayudado por un puñado de conspiradores y por algunas centenas de campesinos fanatizados.[8] En efecto, desde 1868, los curas predican la cruzada:

> «Ha separado (el clero) por un abismo a los liberales y carlistas, presentando en los templos y fuera de los templos al liberal como hereje y al carlista como predestinado. Ha organizado una cruda persecución contra los así calificados de herejes, negándoles la absolución en la época pascual, retirándoles públicamente la comunión de los templos... concitando contra ellos, en fin, el odio y la aversión de sus convecinos».[9]

El clero ha creado también, con pretextos falaciosos (prosigue el informe), asociaciones políticas que han desencadenado una agitación desmesurada; los curas han intervenido abiertamente en las campañas electorales, han ocultado armas en los templos y unos cuarenta sacerdotes no han vacilado en organizar y dirigir partidas armadas. Esas actuaciones se han hecho con toda impunidad; el obispo de Vitoria ha amparado y defendido a los clérigos rebeldes y hasta ha recibido con los brazos abiertos a curas juzgados y condenados por conducta ilegal. Un canónigo muy influyente ha tornado parte en varias conspiraciones.[10]

131

Sin embargo —según pretenden los autores del informe— los combatientes carlistas son ínfima minoría; a lo sumo, un miliar y a ellos se oponen tres mil «voluntarios de la libertad». Todo Guipúzcoa. con la Diputación y los ayuntamientos a su cabeza, se ha alzado contra la barbarie contra una «rebelión clerical».

Cierto que la actividad del clero no es un factor despreciable del conflicto. Ya hemos tenido

---

[6] **Idem**, Vol. III. p. 125
[7] **Idem**, Vol. V. pp. 116-119 y 435.
[8] Documento reproducido por A. Pirala: **Op. Cit.** Vol. II. **Apéndices**, pp. 985-987.
[9] **Ibid**.
[10] Alusión a la actividad del canónigo Manterola.

ocasión de comprobarlo en la parte de este estudio consagrada a la lucha ideológica. No obstante, sería erróneo reducir la guerra a una «rebelión clerical». Para llegar a esa conclusión, los autores de ese informe han debido de subestimar. por razones políticas. la influencia de los legitimistas y el alcance popular de la rebeldía de 1872.

En efecto, una parte de la administración sigue en manos de tradicionalistas o de simpatizantes: la parte de la que se han visto desposeídos por sus adversarios no constituye para estos una conquista gloriosa. La manera empleada por los liberales de Guipúzcoa para apoderarse de su Diputación en 1869 ha sido ya evocada. Y esta actitud se hace ejemplar: Artiñano redacta una violenta requisitoria contra los liberales de Vizcaya a quienes acusa de no respetar el veredicto de las urnas. El partido liberal, dice, sólo atrae en Vizcaya a una ínfima minoría del cuerpo electoral. En las zonas rurales, sólo hay diez o doce liberales en cada villorrio y estos son también minoritarios en las pocas ciudades donde están mejor organizados, como Bilbao, Bermeo y Marquina. Para vencer en las elecciones municipales han tenido que aliarse con los republicanos y los internacionalistas y recurrir a la intimidación para que los carlistas se retraigan y retiren candidatos. Por otro lado. han atentado contra los Fueros al imponer la ley municipal y la administración de Justicia españolas y al jurar la Constitución. Los gobernadores nombrados por Madrid no respetan las decisiones de las Juntas. En resumen, el liberalismo ha violado su propia democracia y la autonomía vasca. Ahí reside la causa fundamental del conflicto; la destitución de la Diputación de Vizcaya, a consecuencias de la insurrección de 1870, sólo es la gota de agua que desborda el vaso, concluye Artiñano.[11]

132 Según Arguinzóniz, esa destitución, que llega tras el «golpe de Estado» de los liberales de Guipúzcoa, y el acercamiento al carlismo de muchos conservadores como Nocedal y González Bravo, así como la adhesión a Don Carlos de tantos y tantos oficiales, hacen que la Junta carlista de Bayona se decida definitivamente en favor de un levantamiento.

El problema que entonces se plantea a los conspiradores, sigue diciendo Arguinzóniz, es el de obtener los recursos necesarios para llevar a cabo la operación, pues el Alto Mando no quiere que se impongan contribuciones a las provincias. Desea que se alimente y se pague correctamente a los voluntarios, condición indispensable según Rada, encargado de ocupar la zona fronteriza, para que las masas apoyen a los insurrectos. Los conspiradores creen que bastara con una cantidad de dinero de poca cuantía pues la campaña, teniendo en cuenta la importante adhesión militar, será de poca duración. Desgraciadamente, añade Arguinzóniz, no se cumplen las previsiones. Muchos militares se retractan porque González Bravo muere y era el quien inspiraba confianza a los oficiales conjurados. En esa situación, el fracaso era inevitable.[12]

De hecho, el incumplimiento de la palabra dada por muchos oficiales no ha sido la única causa del fracaso. El mismo Arguinzóniz reconoce que los insurrectos han topado con grandes dificultades para obtener dinero; como los carlistas acomodados no han respondido al llamamiento del partido con la diligencia esperada, los recursos han sido muy insuficientes

En efecto, el Pretendiente se lanza a la aventura con muy poco dinero y escasas posibilidades de obtenerlo. En una carta a Don Carlos, fechada a principios de 1872, el Marqués de Valdegamas da cuenta de su gestión junto al duque de Módena, que tiene fama de rico y que es amigo de los carlistas, con el fin da obtener fondos. El duque responde secamente que son los Españoles, clero y aristocracia, quienes han de financiar la guerra en España. Valdegamas

[11] A. Artiñano: **Op. Cit.** pp. 13-24
[12] M. Arguinzóniz: **Op. Cit.** pp. 22-27.

declara entonces que la desamortización y la desvinculación han arruinado a la Iglesia y a muchos nobles y que por ello estos ya no están en condiciones de hacer sacrificios financieros.[13]

133 El debilitamiento económico de los grupos que han apoyado tradicionalmente a los legitimistas reduce efectivamente los medios materiales de estos últimos. No pueden contar tampoco con una ayuda substancial del extranjero. Oyarzun explica que los banqueros que han prometido prestamos importantes se limitan a entregar unos millares de francos. Por otro lado, este historiador afirma que el partido no era unánime respecto a la táctica que era preciso seguir. Los amigos de Nocedal preferían proseguir la actividad legal: sólo algunos refugiados políticos en Francia y militares profesionales. como Rada, coronel de Isabel II que tomo parte en algunas conspiraciones junto a Prim, o Elio, veterano de la primera guerra. que había intervenido en la triste aventura de San Carlos de la Rápita, incitaban al Príncipe a pronunciarse en favor de la guerra. Por su parte, Cabrera se mostraba discreto. La situación era tan poco propicia para una acción armada que Don Carlos se ve obligado a declarar públicamente, en septiembre de 1871, que no existen condiciones favorables para llevar a cabo un levantamiento. No obstante, a partir de 1872, su comportamiento es vacilante. Da la razón a Nocedal sin dejar por ello de alentar a Rada a organizar la lucha armada.[14]

El temperamento fogoso y juvenil del Pretendiente parece que ha desempeñado un papel determinante en el desencadenamiento prematuro de las operaciones militares.[15] La unidad del partido no se ha consolidado suficientemente. debido parcialmente a las diferencias que oponen a antiguos y nuevos carlistas, y, en parte, a causa de cierta ligereza de Don Carlos que, al parecer, se deja influenciar por su secretario Arjona y se enfrenta así con muchos notables prestigiosos del partido. El documento del 3 de febrero de 1872, firmado por ilustres personalidades legitimistas, es significativo a este respecto: Arjona y Nocedal se ven en él acusados de sustituir los principios fundamentales de la monarquía tradicional por los del cesarismo, cuando declaran que las decisiones del Príncipe no pueden ser ni discutidas ni impugnadas.[16]

134 Las dificultades con que tropiezan los carlistas reducen sus posibilidades de victoria y ello sin tener en cuenta la reacción del adversario, que no es tan descuidado como Pirala da a entender, sobre todo en el País Vasco. En efecto, el Capitán General de esta región, miembro de una familia vasca ilustre, dirige una advertencia sería a sus paisanos, en visperas de la declaración de hostilidades, al mismo tiempo que los liberales de Guipúzcoa se hallan dispuestos a aceptar el desafío de los rebeldes.[17] Por otra parte, los íntimos de Don Carlos hubieran debido pensarlo bien, antes de confiar en los oficiales comprometidos, sobre todo

---

[13] Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Madrid. **Sección Pirala**. legajo 6866. Desde ahora. R.A.H.

[14] R. Oyarzun: **Historia del Carlismo**, **Op. Cit.** pp. 282-287.

[15] Don Carlos escribe en su diario, el 5 de mayo de 1871

« No se lo que saldrá de esto y no me importa saberlo... se que la cuestión depende de un general o hasta de un coronel que tenga resolución y bríos para jugarse la cabeza o de un banquero que quiera aventurar un par de millones ...., ...probablemente de España que no de Francia. vendrá la luz de Europa necesita y América también, y a su resplandor podrá empezarse la gran obra que reclama más que nadie esta vieja, abatida y regenerada raza latina. para la que todavía puede haber días de grandeza y bienestar».

Citado por Pirala: **Op. Cit.** Vol. VI. **Adiciones**, pp. 589-622.

[16] Lo firman el 3 de febrero de 1873 Canga Arguelles. Navarro Villoslada. Gabino Tejado y Aparisi y Guijarro. R.A.H. Legajo 6886.

[17] El Capitán General de la región es Allendesalazar.

Desde el 19 de abril, junto a las tropas regulares de cazadores. se encuentran los miqueletes y los carabineros, mandados respectivamente por los coroneles José de Urquia y Antonio Rodríguez Sierra, que controlan la línea fronteriza Irún-Endarlaza-Oyarzun y ocupan puntos considerados estratégicos (Adoain. Tolosa. Zumárraga y Loyola). Son los miqueletes quienes sirven de enlace entre las diversas unidades y guarniciones. Pirala **Op. Cit.** Vol. III. p. 650.

con la experiencia acumulada en empresas como la **Escodada**.[18]

Así, en el plano nacional, tanto bajo el ángulo político como desde el punto de vista militar, el levantamiento va a hacerse en malas condiciones y hasta con gran precipitación. Por el contrario, en el marco vasco, las posibilidades de éxito son mucho mayores, pues los responsables regionales, el clero y abundantes masas populares están dispuestos a asumir una rebelión.

El fracaso del Pronunciamiento

El 12 de abril en Ginebra, el Pretendiente decreta el alzamiento para el día 21 del mismo mes.[19] Muchos voluntarios se echan al monte pero la insurrección de algunas guarniciones conjuradas no se produce y las ciudades permanecen inasequibles para los rebeldes. Ha fracasado el pronunciamiento; Rada, encargado de controlar la frontera franco-navarra, al comprobar la defección de los militares conjurados, escribe a Don Carlos aconsejándole que se quede en Francia. Rada, por su parte, se refugia en el país vecino dejando a los voluntarios a las ordenes de los diferentes jefes de las partidas. Estas intentan entonces constituir batallones para afrontar en una batalla clásica a las tropas del Gobierno.

Don Carlos entra en España el 2 de mayo y los rebeldes acuden a su encuentro con entusiasmo. El núcleo fundamental de las tropas carlistas de Navarra se ha concentrado en Oroquieta el 4 de mayo; una columna liberal, mandada por Moriones, cae por sorpresa sobre el adversario causándole varios muertos y unos setecientos prisioneros; Don Carlos, a punto de caer prisionero, retorna precipitadamente a Francia.[20]

135

Es en Vizcaya donde la rebelión tiene más posibilidades de triunfar. Pese a la renuncia en el último momento de muchas personas comprometidas en la conspiración, los carlistas consiguen formar siete batallones, de 400 a 800 hombres cada uno, casi todos ellos mandados por veteranos de la primera guerra o por oficiales «isabelinos» que se han puesto a disposición de Don Carlos. Reunidos en Guernica, crean, el 1º de mayo, una Diputación que se apresura a decretar la movilización de todos los varones de 18 a 40 años.[21] Como los insurrectos no disponen de bastantes armas para todos los combatientes potenciales, se contentan con reclutar tan sólo a los hombres de menos de 30 años. Sin embargo, suprimen toda redención del servicio militar, práctica corriente en la España de ese tiempo, con el fin de evitar la mínima discriminación en favor de los pudientes.[22]

El 7 de mayo, una columna liberal se ve cercada por los rebeldes en Arrigorriaga; Bilbao envía refuerzos, compuestos sobre todo de forales y de voluntarios de la libertad a quienes se unen unos treinta republicanos. Estas tropas liberan a los sitiados, pero los carlistas consiguen apoderarse de la plaza. Incluso, un destacamento legitimista llega a las puertas de Bilbao, llenando de pánico y de ridículo a los liberales de la ciudad. Pero esa victoria no tiene

---

[18] Para hacerse una idea de la trampa tendida a los carlistas navarros en 1870, véase, por ejemplo, Jaime del Burgo Torres: **Antecedentes de la 3ª guerra carlista**. Navarra, Temas de cultura popular, Nº 188, Pamplona 1974, pp. 16-18

[19] Seguimos el relato de Hernando: **Op. Cit.** pp. 6-9. Oyarzun pretende. al contrario. que la orden fue firmada el 14 de abril: **Op. Cit.** p. 287.

[20] Hernando: **Op. Cit.** pp. 6-9 y Oyarzun **Op. Cit.** pp. 288-292.

[21] M. Arguinzóniz: **Op. Cit.** pp. 30-36.

[22] A. Artiñano: **Op. Cit.** pp. 70-71.

consecuencias militares.[23]

El 12 de mayo, unidades rebeldes de Guipúzcoa se juntan en Durango con algunas tropas carlistas de Vizcaya. El día 14, afrontan a las tropas de Serrano en Mañaria donde, tras algunos combates mortíferos, los carlistas, faltos de municiones, ordenan la retirada.[24]

El 16 de mayo, el ejército rebelde se halla en Mondragón y se dirige hacia Oñate; se ve atacado a la entrada de esta ciudad y Uribarri, jefe militar de Vizcaya, cae herido; los voluntarios, desalentados, abandonan el combate.[25] Cuando se trata de designar un sucesor al jefe herido, se piensa en Valdespina, pero los comandantes de batallón rechazan al propuesto. Los voluntarios están descontentos; no comprenden por que no les mandan volver a Oñate donde los liberales son poco numerosos y no pueden recibir ayuda. Después de haberse retirado hacia Araoz, los carlistas vizcaínos se enteran que Carasa, comandante militar de Navarra, se halla en las inmediaciones y desea entrevistarse con sus compañeros de Vizcaya.

136

En el transcurso de la reunión, que se hace el 17, todos los que asisten a ella toman conciencia de la importancia de las derrotas sufridas en Navarra y Guipúzcoa y de la situación poco alentadora en la que se hallan en Vizcaya. Con pocas armas, aún menos municiones y un número insuficiente de oficiales profesionales, consideran que es poco oportuno proseguir la guerra. No obstante, se deja también oír una opinión discordante. Se trata del discurso vehemente a favor de los combates que pronuncia el capellán de las tropas navarra. Su intervención impide que se llegue a un acuerdo común; los responsables de cada provincia decidirán que es lo que hay que hacer.

Vizcaínos y Navarros optan por el retorno a sus provincias respectivas. La llegada a Vizcaya se produce en la noche del 17 al 18 a través de las líneas enemigas. Los voluntarios se hallan desanimados y gran número de ellos desertan.[26]

La situación de los rebeldes, que ya han regresado a Vizcaya, sigue siendo precaria; los responsables se reúnen el 20 de mayo en casa del cura de Zalva, deciden rendirse a Serrano con ciertas condiciones y emprenden negociaciones con el general liberal. Este los acoge con comprensión y los dos contendientes llegan a un acuerdo que va a ser firmado en Amorebieta.

De ese modo se pueden resumir las operaciones de 1872, utilizando como fuentes los estudios de historiadores carlistas o liberales, pues las versiones de ambos sólo difieren en algunos puntos secundarios.[27]

Según los historiadores de la última guerra carlista, el alzamiento de 1872 fracasa por dos razones fundamentales: por un lado, muchos militares comprometidos renuncian a última hora a pronunciarse por Don Carlos; por otra parte, el Estado Mayor carlista comete una falta táctica al ordenar la concentración de Oroquieta sin prever la rápida reacción del ejército liberal. Después de la derrota de Oroquieta. una vez destruido el núcleo del ejército legitimista y desconcertado a sus principales jefes, no era posible para los carlistas proseguir los combates. Ahora bien, esa explicación prescinde —como veremos más adelante las

---

[23] Los forales se arrodillan para apuntar mejor. Los voluntarios. al verlos en esa posición, crean que han caído bajo el tiro enemigo y huyen precipitadamente hacia Bilbao; unas horas después. algunos carlistas armados aparecen a las puertas de la ciudad. Los habitantes de la urbe creen entonces que la victoria del adversario es definitiva. A. Artiñano: **Op. Cit.** pp. 81-87

[24] Pierden entre otros al jefe Ayastuy. comandante jubilado. que se ha sublevado en favor de D. Carlos y a Manuel de Altube, notable de Guipúzcoa. emparentado con una ilustre familia de Vizcaya. **Ibid**, pp. 90-102

[25] **Ibid**. pp. 103-112

[26] **Ibid,** pp. 113-128

[27] Entre las obras redactadas por historiadores liberales, hay dos que merecen consultarse, especialmente: **Narración militar de la guerra carlista** por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército (14 volúmenes) y la de Antonio Pirala, que, además de la obra ya citada. ha dejado una **Historia contemporánea de 1868 al final del reinado de Alfonso XII**: con frecuencia, los informes más interesantes se encuentran en los **Apéndices** y en las notas

divisiones en el interior de cada campo y pasa por alto la dimensión propiamente vasca del conflicto.

137

El Convenio de Amorebieta

Los responsables de la insurrección en Vizcaya están dispuestos a rendirse pues estiman que su tentativa ha fracasado. En efecto, ninguna guarnición se ha sublevado en favor de Don Carlos, los combatientes sólo disponen de 3.500 fusiles y de municiones para un día. el silencio más opaco rodea al cuartel general. La ausencia de recursos es tan manifiesta que los Diputados han tenido que pagar a los espías por su cuenta: no es posible suministrar a los voluntarios el equipo indispensable ni pagar la soldada prometida; el estado de la tropa es lamentable. En esas condiciones, deciden iniciar negociaciones son Serrano. Se rendirán si el general liberal acepta conceder una amplia amnistía y si permite a los militares profesionales comprometidos en la insurrección que recuperen los puestos y grados que tenían en el ejército nacional. A esas dos exigencias. añaden luego otra. El Gobierno debe autorizar a las Juntas, previamente convocadas por la Diputación destituida en 1870. a elegir una nueva Diputación. Algunos piensan también en reclamar la inaplicación en Vizcaya de la ley referente a la libertad de cultos y de la que decreta el matrimonio civil, pero la mayor parte de los responsables estiman que esta última petición sería excesiva e inoportuna y se atienen a las tres primeras exigencias.[28] Un pariente de uno de los dirigentes de la insurrección ha sondeado ya las intenciones del general en jefe y pone al corriente de su gestión a los responsables de la rebelión.[29]

Serrano adopta una actitud indulgente, de acuerdo con el carácter moderado de un personaje que se ha aliado muy tarde a los instigadores de la «setembrina». Su colaborador, en la etapa preliminar del convenio, es un liberal vasco. ideológicamente emparentado con el general.

138

Envalentonado por las derrotas infligidas al adversario, Serrano alza la voz cuando se dirige públicamente al enemigo, pero, en definitiva, adopta un comportamiento clemente y acoge con benevolencia las exigencias de los carlistas vizcaínos. Las negociaciones desembocan rápidamente en el convenio, pacto ventajoso para los rebeldes. El indulto general va acompañado del reconocimiento de los Fueros, lo que implica la destitución de la Diputación que el Gobierno nombro en 1870 y la elección por las Juntas de un nuevo organismo. Esas mismas Juntas son las que deberán indemnizar por las depredaciones causadas por la guerra. El general en jefe en persona firma los salvoconductos y pasaportes que permiten a altos responsables carlistas pasar a Francia e indulta, en condiciones favorables, a militares de activa comprometidos en la insurrección.[30]

El pacto se ha firmado a espaldas de los liberales de Bilbao, consternados por la actitud de Serrano. Pero, pese a algunas discusiones y reservas, el Parlamento y el Gobierno ratifican el Convenio.[31]

---

[28] A. Artiñano: **Op. Cit.** pp. 129-146 y M. Arguinzóniz: **Op. Cit.** pp. 93-102

[29] Se trata de José Niceto de Urquijo, hermano del «Diputado a guerra» de los rebeldes. A. Artiñano: **Op. Cit.** p. 87.

[30] El texto del Convenio lo reproduce Artiñano: **Op. Cit.** pp. 152-154 Serrano firma pasaportes para el Marqués de Valdespina. José M. de Orbe. Gaytan de Ayala. Remigio de Iturzaeta y José M. de Zubiaga. A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872. Los oficiales rebeldes que desean incorporarse al Ejército son tan sólo tres.

Artiñano: **Op. Cit.** pp. 155-164

[31] El gobernador civil de Viztaya intenta impedir la publicación del Convenio (M. Arguinzóniz: **Op. Cit.** pp. 124-126) y, cuando el duque de la Torre vuelve a Bilbao, algunos liberales de la ciudad tratan de hacerle renunciar a sus compromisos (A. Artiñano:

Pirala, como la mayor parte de los historiadores, considera que la paz de Amorebieta confirma el fracaso de la rebelión. Los rebeldes se rinden en masa y Serrano puede regresar a Madrid, aunque aún subsistan algunas partidas. En junio, se forma un nuevo Gobierno que confía el mando del Ejército del Norte a Moriones; este se dirige enseguida a Navarra, la provincia más afectada. Los gubernamentales despliegan cierta actividad militar en julio y, a partir de setiembre, los rebeldes dejan prácticamente de existir, concluye el historiador liberal.[32]

Sin embargo, hay que comprobar que el pacto no pone fin a las hostilidades, pues muchos combatientes no lo aceptan. De hecho, Amorebieta es el punto de confluencia de los responsables más conciliadores de los dos partidos. Notables carlistas vizcaínos y miembros de la coalición que detenta el poder, entre los cuales figura Serrano, juzgan que han de llegar a un entendimiento, incluso a espaldas de sus amigos políticos respectivos. Naturalmente, la situación militar contribuye a explicar ese comportamiento. Por un lado, los rebeldes vizcaínos han estado a punto de verse cercados por las tropas gubernamentales; por otro lado, Serrano percibe la dimensión popular del conflicto y sabe que muchos combatientes enemigos no se declaran vencidos con facilidad.

139

Pese a esa situación, la clemencia del general en jefe contrasta con la actitud más enérgica de Moriones: actitud apreciada por Pirala que explica como Moriones ha conseguido aislar a las tropas que rodeaban a Don Carlos del resto de Navarra y de Guipúzcoa y ello con el fin de infringir una derrota decisiva al enemigo: el historiador consigna de paso, con satisfacción, las simpatías de Moriones por los radicales.[33] El general navarro está sin duda más cerca de los liberales de Vizcaya (que tratan de torpedear el Convenio) que del general en jefe.[34] Entre los carlistas, el pacto da fruto y unidades enteras se rinden a las autoridades con jefes, armas y quipo.[35] Pero otros combatientes y otros carlistas, incluso en Vizcaya, rechazan el compromiso. En las otras tres provincias, especialmente en Navarra y en Guipúzcoa, el Convenio es asimilado a una traición. La prensa legitimista insulta y calumnia a sus autores y Don Carlos no perdonara fácilmente a quienes lo han firmado, incluso cuando lleguen a arrepentirse.[36]

Op. Cit. pp. 172-180). En el Parlamento, tras la intervención de algunos diputados hostiles al pacto, las cámaras lo aprueban y los representantes de la Diputación rebelde obtienen de Ruiz Zorrilla la promesa que el Gobierno respetará todos los compromisos de Serrano. M. Arguinzóniz: ***Op. Cit.*** pp. 197 y siguientes.

[32] A. Pirala: **Historia contemporánea. Anales...**, Vol. III. pp. 658 y siguientes.

[33] **Ibid.** p. 650.

[34] Acusan a Serrano de haber negociado a espaldas suyas, **Ut-supra**, 31

[35] El 25 de mayo, Cuevillas se rinde en Durango con 300 hombres, 20 caballos y todas las armas. EI 28. se entregan en Villaron 48 rebeldes con armas, 86 en Elorrio y otros cincuenta en los alrededores de esta localidad. Otros lo hacen en grupos pequeños y se presentan sin armas:

«Alcaldía de Arrazua: se presentaron a indulto 6 jóvenes con arma.
Alcaldía de Axpe: Presentados: 28. No recibieron armas: 4»
Han dejado el arma ante sus jefes: 6.
Alcaldía de Luno: Presentados: 15. Sin armas: 7. Anteiglesia de Berriz: Presentados: 71.
Alcaldía de Apatamonasterio: Presentados: 13. Sin armas: 3.
Alcaldía de Zaldúa: Presentados: 17. Con armas: 4.
Alcaldía de Amoroto: Presentados 42, casi todos con armas»

Un informe del 29 de mayo da cuenta de los carlistas presentados en diversas localidades de Vizcaya, así como de las armas que han entregado:

«Elorrio 86 individuos y 19 fusiles
Abadiano 42 individuos y 29 fusiles
Berriz 73 individuos 5 fusiles
Durango 73 individuos y 9 fusiles»

A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872.

[36] Artiñano considera que la actitud de quienes han firmado el Convenio es más digna que el comportamiento de los responsables que han abandonado a los voluntarios tras Oroquieta. Algunos calumniadores, añade, se han atrevido a decir que los dirigentes

Con ocasión del Convenio, un sector carlista de Vizcaya establece diferencias entre fuerismo y carlismo, lo que es otra manera, para los conservadores de la región, de concebir el porvenir.[37]

Así, los dos partidos que se enfrentan carecen aparentemente de cohesión interna.

El insuficiente aprovechamiento del potencial popular

Los historiadores del carlismo, que imputan el infortunio de los rebeldes a la defección de los militares y a las torpezas del Estado Mayor de Don Carlos, no por ello dejan de reconocer que los legitimistas no han sabido utilizar correctamente a los voluntarios.

Pirala considera como un grave error del Mando carlista su empeño en crear unidades regulares en detrimento de las guerrillas, que hubieran sido mucho más eficaces.[38]

Si, por su parte, los historiadores carlistas insisten en la participación masiva del pueblo, Arguinzóniz, por ejemplo, afirma que ese potencial humano no ha podido ser utilizado convenientemente por falta de oficiales de carrera capaces de instruir a los voluntarios y de llevarlos al combate.[39] Artiñano lamenta también la ausencia de militares profesionales, pero reconoce que han cometido un error al crear batallones y que hubiera sido mejor recurrir a las guerrillas.

140

A través de esas opiniones, parece que los carlistas han subestimado el valor de las partidas cuya naturaleza comprenden mal. Es lo que ocurre con Artiñano que, sin dejar de alabar los méritos de la guerra popular ni de poner de manifiesto lo difícil que es integrar a los voluntarios en unidades militares regulares, afirma que no era posible pensar en una victoria desde el momento en que las guarniciones de Vitoria, Bilbao y Pamplona se negaron a alzarse en favor de Don Carlos.[40]

No obstante, no han faltado responsables carlistas más perspicaces. Tal es el caso de Dorronsoro, antiguo Diputado de Guipúzcoa, que, en el informe que envía a Don Carlos el 23 de octubre, consigna su análisis de la situación.

---

carlistas de Vizcaya se han vendido al enemigo. lo que es falso e inverosímil pues se trata de ricos propietarios, como Arguinzóniz y Urquijo, y de capitalistas, como Orue, que, al contrario, han financiado por su propia cuenta la campaña de 1872.
Tras el Convenio, los responsables legitimistas de Vizcaya van a Francia para explicarse ante Don Carlos, pero este se niega a recibirlos. Luego. se les propone el perdón a condición de que acepten comprar tantas armas como las que los insurrectos entregan a las autoridades a consecuencia del Convenio.
En agosto de 1872, D. Carlos reúne en Burdeos a los directores de los periódicos legitimistas y afirma ante ellos que los insurrectos de Vizcaya disponían de los medios necesarios para triunfar pero que, ya antes del convenio. mantenían relaciones amistosas con el adversario. Sigue afirmando que el tenia la intención de ir a Vizcaya. después de la derrota de Oroquieta, y que la actitud de los responsables de aquella provincia se lo impidió. R.A.H. Legajo 6866. Arguinzóniz desmiente esa versión de los hechos y afirma que los responsables vizcajnos no serán perdonados hasta 1875. Arguinzóniz:
Op. Cit. pp 153-181

[37] El historiador Arguinzóniz. cuyo padre fue corregidor de la Diputación rebelde y permaneció al margen del partido durante toda la guerra, justifica el comportamiento de su padre y pretende que el Convenio antepuso los intereses de Vizcaya a los del partido carlista y que este cometió contrafueros (**Op. Cit.** p. 136)
Esa misma opinión la comparte Artiñano (**Op. Cit.** pp. 122-123) Oyarzun deplora, con respecto a la derrota de 1872, lo que el llama el «separatismo» de los carlistas vizcaínos (**Op. Cit.** pp. 292-293)

[38] Afirma que esa militarización se debe a la vanidad de los jefes militares que se complacen en mandar grandes unidades.
A. Pirala: **Op. Cit.** Vol. III. p. 646.

[39] Arguinzóniz: **Op. Cit.** p. 77 y Artiñano. **Op. Cit.** pp. 129-146

[40] Artiñano: **Op. Cit.** pp. 90-102.

En lo meramente militar, dice, el alzamiento ha sido una segunda **Escodada** y la concentración de Oroquieta un enorme error táctico. Pero, después de todo, sólo se trata de una batalla pérdida y, en el peor de los casos, una batalla que sólo ha afectado a una parte del contingente carlista. Si el Estado Mayor no se hubiera dejado llevar por el pánico y si Don Carlos, en lugar de refugiarse en Francia se hubiera ocultado en una de nuestras provincias, la situación hubiera podido cambiar en favor nuestro. En efecto, prosigue, disponíamos al principio de 10.000 voluntarios y 7.000 fusiles; una inteligente unitización de esos medios hubiera permitido reunir deprisa 40.000 combatientes; sólo Guipúzcoa hubiera podido suministrar 6.000 voluntarios.

Explica Dorronsoro que esas estimaciones no son excesivamente optimistas, pues tiene en cuenta las dificultades con que han topado los insurrectos en Guipúzcoa, donde sólo pueden contar con el apoyo popular:

> «...casi todo el elemento rico es liberal...»

141

El adversario no se ha dejado sorprender y ya el 21 de abril disponía de 2.000 6 3.000 voluntarios de la libertad mas:

> «... un respetable cuerpo de migueletes tanto más terribles cuanto se componía de hijos del país que paso a paso conocían el terreno...
>
> ... casi en todos los pueblos (había)... liberales con ojo siempre fijo en los carlistas».[41]

Pero, pese a la vigilancia y a la fuerza del enemigo, concluye, hubiéramos podido movilizar a las masas. Nuestra derrota sólo puede comprenderse pensando que hay gente en nuestro campo que no desea la victoria del legitimismo.

Los informes y datos que hemos reunido ponen de relieve que la apreciación del ex Diputado de Guipúzcoa no peca de exagerada. El Estado Mayor liberal ha calculado que los efectivos enemigos alcanzaban, el 25 de abril, 14.000 hombres aproximadamente. Vizcaya y Navarra disponían de 5.000 rebeldes cada una, Álava y Guipúzcoa, de unos 2.000.[42] Naturalmente, esas cifras sólo pueden ser aproximadas, pues los informes que el Ejército recoge no siempre son exactos. Muchos alcaldes engañan voluntariamente a los jefes militares; estos escriben en sus informes que las autoridades locales son poco de fiar. A este respecto, el general en jefe se ve obligado, el 8 de mayo, a enviar una advertencia amenazadora a los Ayuntamientos.[43]

Frente a los insurrectos, el ejército gubernamental sólo dispone, en los initios de la rebelión, de un débil contingente. En las cuatro provincias vascas, hay un poco más de 4.000 hombres, incluyendo la Guardia Civil, los Carabineros y los forales.[44] Hay que añadir que los efectivos de las unidades están incompletos a causa, por un lado, de enfermedades y heridas tras los mortíferos encuentros de los primeros días de la insurrección y, por otro lado, debido a los que se hallan con permiso y no han regresado todavía.[45] El 27 de abril, llega Serrano al País

---

[41] R.A.H. Legajo 6866.

[42] Cuerpo de Estado Mayor: **Narración militar**. Vol. II. pp. 29-46.

[43] No faltan los alcaldes resueltamente liberales que informan al Ejército con oportunidad. por ejemplo. el de Vera, que escribe con frecuencia a las autoridades militares. Muchos son menos diligentes, el de Leiza, por ejemplo. La mayoría se contentan con remitir informes vagos e imprecisos

A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872

[44] Cuerpo de Estado Mayor: **Op. Cit.** Vol. II. pp. 16-17

[45] El gobernador militar de Vizcaya da cuenta. el 7 de mayo, de los efectivos siguiente

«Infantería: 549. Caballos: 26. Guardia Civil: 28. Carabineros: 243. **Batallón de Cazadores de Cuba:** Soldados con licencia limitada: 74. Quedan por incorporarse: 1 alférez y 29 soldados. Residen en Madrid: 10. En varios hospitales. 39. Quedan enfermos en diversos puntos: 20. Bajas habidas: 4 tenientes. 1 alférez. 2 sargentos, 4 cornetas, 16 cabos y 164 soldados. Presentes en operaciones: 414 soldados». A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872.

Vasco con refuerzos, pero los trabajos de las minas tienen que interrumpirse en Vizcaya porque las autoridades no están en condiciones de asegurar la protección de los obreros y de los centros de trabajo.[46]

142 La relación de fuerzas parece pues favorable a los rebeldes. La derrota de Oroquieta no afectara, en definitiva, más que a una minoría de ellos.[47] Por el contrario, las consecuencias del Convenio causaran gran quebranto a la rebelión.

Al parecer, los responsables legitimistas no han utilizado correctamente a la masa de voluntarios que se han puesto a su disposición. Pero, se adivina fácilmente que eso no se debe únicamente a su incompetencia; problemas de orden político han interferido la actividad propiamente militar.

Actitud de Francia frente al conflicto español

Desde el principio de nuestro análisis de la guerra, hemos comprobado la importancia de los factores políticos. La voluntad «legalista» de un sector del partido carlista, la defección de algunos militares comprometidos con los rebeldes, el compromiso de algunos dirigentes carlistas con Serrano, todo eso descubre que los conservadores no se dan prisa —en abril de 1872— a actuar contra el régimen vigente. El porvenir de este depende también de la actitud hacia el de los diversos gobiernos europeos y especialmente del de Francia.

Es evidente que este último país es el punto de partida y de repliegue de los más altos responsables de la insurrección. A lo largo de la guerra, las autoridades españolas no dejaran de quejarse de la tolerancia de que gozan los carlistas en territorio francés.

Sin embargo, al menos en 1872, no puede decirse que Thiers alienta la rebelión legitimista. Y eso es lógico, si se piensa que una victoria de Don Carlos en España podría reavivar, por contagio, el movimiento legitimista francés al que Thiers es decididamente hostil. En realidad, el gobierno francés apoya a Amadeo hasta el último momento y da ordenes contundentes para impedir que los carlistas actúen en Francia.[48] Además, parece que la colaboración entre las policías de ambos países es regular. Así, por ejemplo, en mayo de 1871, los Españoles detienen a dos «comuneros» y los entregan a las autoridades francesas. Los contactos entre la policía de los dos lados de la frontera son frecuentes en 1871 y 1872.

143 La policía francesa vigila a los carlistas y da cuenta al gobierno español de los desplazamientos y de la actividad de los agentes carlistas y de los refugiados legitimistas residentes en Francia. Cuando fabricantes franceses venden armas a Españoles, el gobierno francés se informa de la identidad y filiación de los compradores para estar seguro de que las armas no caerán en manos de los rebeldes. En diciembre de 1872, las autoridades francesas prohíben a los Españoles residir en el departamento de Basses Pyrenées si no disponen de un permiso especial.[49] En esa misma época. el gobierno francés promete a los responsables

---

[46] Llega a la región con tres batallones y algunas tropas de artillería. Cuerpo de Estado Mayor: **Op. Cit.** Vol. II. pp. 47 y 86.

[47] El 5 de mayo Moriones redacta su informe al Gobierno sobre la batalla de Oroquieta Según el, el enemigo ha tenido 739 prisioneros. 38 muertos y 10 heridos.
A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872

[48] «Si D. Carlos se présentait, il faudrait l'arrêter sans hésiter». escribe Thiers al embajador de Francia en Madrid el 13 de febrero de 1873. Documents Diplomatiques Français, Ministére des Affaires Etrangeres de France (desde ahora D.D.F.). 1ère série, 1er Vol.. document Nº 172 T.

[49] Archivo del Ministerio de Asuntos exteriores de España (desde ahora A.M.A.E.) Legajos 2457 y 1519

españoles tomar medidas especialmente eficaces contra los carlistas, lo que es una manera de reconocer que hasta entonces no lo ha hecho.[50]

En realidad, los Españoles no dejan de quejarse de la impunidad de que gozan los rebeldes en Francia y de la permeabilidad de la frontera. Las autoridades francesas pretextan que no están en condiciones de controlar eficazmente todos los pasos del monte.[51]

Las dificultades de los responsables franceses proceden esencialmente de la ayuda prestada a los rebeldes por los legitimistas franceses, entre los cuales hay algunos que ocupan posiciones importantes a escala departamental o municipal. Así, ni el jefe de los gendarmes de Perpignan ni el prefecto de Basses Pyrenées (el marqués de Nadaillac, legitimista muy conocido) cumplen las ordenes de su gobierno.[52] Y gracias a esta colaboración, los carlistas encuentran en Francia un refugio y una base de aprovisionamiento. En definitiva, es posible afirmar que si Francia no aporta una ayuda decisiva a los insurrectos, tampoco los molesta demasiado.

La atmosfera reaccionaria que se respira en Europa, y especialmente en Francia, sólo puede favorecer los designios de Don Carlos, pero, al parecer, este no ha sabido elegir el momento más oportuno. Pues el régimen de Amadeo no es juzgado con excesiva severidad por las fuerzas conservadoras. El Pretendiente ha podido darse cuenta de ello al comprobar que muchos amigos le fallan.

Don Carlos ha recurrido a la conspiración y ha convocado a las masas populares. Sólo estas, en algunas regiones, acuden a la cita y el Príncipe considera que la operación ha fracasado. Sin embargo, gracias a esas masas, el alzamiento de 1872 no acaba con una estrepitosa derrota.

---

[50] **Ibid,** Legajo 1519
[51] **Ut-supra,** nota 48.
[52] A.M.A.E. Legajo 1519

145

Capítulo II. Una paz precaria: La guerra civil en el País Vasco (1872

Acabamos de sugerir que, en el País Vasco, la participación de las masas populares atenúa el fracaso del pronunciamiento. Por lo demás, es lo que reconocen implícitamente los historiadores cuando observan que si los responsables legitimistas hubieran sabido aprovecharse plenamente del potencial popular, la guerra hubiera tornado otro cariz. Y. en efecto, la dimensión del conflicto desborda ampliamente el marco de una simple conspiración militar. Dorronsoro, que llama la atención de Don Carlos sobre el poder que se desprende de la adhesión del pueblo al carlismo, no oculta tampoco la existencia de voluntarios liberales. Lo que significa que el pueblo vasco se ha escindido en dos bandos, transformando así el choque partidista en guerra civil. Se trata de demostrar que el esquema que los historiadores nos proponen de la insurrección de 1872, en la que la intervención de las masas populares sólo es el telon de fondo del acontecimiento, deforma la realidad de ese acontecimiento.

La movilización popular en favor de los carlistas

El llamamiento de Don Carlos a la insurrección, de abril de 1872, difundido por todo el País Vasco, es acogido favorablemente. Bandas armadas, cuyos efectivos oscilan de unos individuos a centenas de hombres, aparecen en todas partes. Esas bandas o «partidas» reciben la orden de concentrarse en determinados puntos con el fin de integrarse en unidades militares regulares: en espera de poder hacerlo, las partidas imponen la ley en las zonas que ocupan.

146

La correspondencia que llega al Estado Mayor iliberal, en los primeros días de mayo, da cuenta de la presencia de guerrilleros en casi todas las comarcas del País Vasco.[1] El Ejército, informado por los alcaldes, trata de establecer un balance (el 15 de mayo) de la rebelión; los

[1] El 1º de mayo, el alcalde de Vera anuncia el paso de una partida de unos 200 hombres, la mayoría sin armas. mandados por Aguirre, que se dirigen hacia la frontera. El mismo día, el alcalde de Echalar ve a unos 1.400 rebeldes, 300 de los cuales no llevan armas, que van en dirección de Vera. Otra partida ha pasado por Madoz y se retira hacia la Sierra de San Miguel, pero el alcalde añade que no está en condiciones de suministrar mayor información pues ha permanecido arrestado hasta la salida de los rebeldes El 1º de mayo la partida de Rada, de unos 2.000 hombres, se raciona en Vera, después de haber sacado víveres de Lesaca. El 2 de mayo, el alcalde de Ergoyena comunica que han llegado a su pueblo 500 carlistas que han exigido víveres, los mismo que en Lizárraga y Torrano. El gobernador de Logroño informa que la partida de Cariaga, compuesta de 600 a 700 hombres, ocupa Pañacerrada y Cripán, en Álava. EI día 2, Elizondo comunica que ha llegado al pueblo una partida procedente de Urdax. El alcalde de Goñi señala la presencia en su pueblo de una banda rebelde de unos 200 hombres. El alcalde de Yanci anuncia el paso hacia los montes de Asticuza de otra banda. El 3 de mayo el cabecilla Victoriano Halli impone 1.100 raciones a Zubieta
Aunque muchos alcaldes no responden a la encuesta de las autoridades militares o se contentan con escribir lacónicamente que no tienen noticias de la facción, la correspondencia, de la que acabamos de dar un muestrario, revela la multiplicidad y la dispersión de las partidas. Tan pronto se señala el paso de un grupo de cuatro rebeldes, como de una parida de 200, 800 (como la de Recondo que obtiene suministros en Eibar el 6 de mayo) 2.000 (como la de Carasa. que realiza sabotajes contra el ferrocarril en Navarra). Las partidas se buscan unas a otras para agruparse. El alcalde de Areso comunica el 4 de mayo que la parida guipuzcoana de Muguerdo busca a la de Recondo. A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872.

efectivos de los carlistas se estiman en varios miles de hombres.[2] No es inútil hacer una reseña de la naturaleza y amplitud de la rebeldía en las diversas provincias vascas, en los primeros días del alzamiento.

En Vizcaya, hay partidas en casi todas las zonas y, con frecuencia, son sacerdotes los que las dirigen. Tienen aquellas tendencias a agruparse para tomar por asalto pueblos grandes o villas.[3]

En Guipúzcoa, se pueden censar tres bandas importantes que agrupan a unidades más pequeñas. Se hallan atrincheradas en los montes o se desplazan por los alrededores de las ciudades donde cuentan con apoyos más solidos.[4]

En Navarra, la insurrección toma más vuelo y los rebeldes se hallan pronto en condiciones de formar unidades importantes que, ya en los primeros días, piensan en apoderarse de ciudades como Estella.[5]

En Álava, por el contrario, los voluntarios se movilizan con más lentitud. Alrededor de un grupo de miñones, que ya participaron en el alzamiento de 1870, se crea un núcleo rebelde. Este es más débil que en las demás provincias, pero, teniendo en cuenta que el Ejército no se interesa preferentemente por Álava, los carlistas gozan en esta provincia de mayor libertad de acción.[6]

En total, los efectivos rebeldes —como ya lo hemos dicho— son superiores a los gubernamentales, pero las dificultades del Ejército proceden sobre todo de la enorme dispersión del adversario. El Ejército liberal se interesa preferentemente por la protección de algunos puntos estratégicos y, para ello, concentra tropas en algunas plazas. Vastas zonas quedan así a merced del enemigo y muchas ciudades siguen siendo especialmente vulnerables, incluso Bilbao.[7]

147 En todas las provincias se señalan enfrentamientos ya en los primeros días de la guerra. En Vizcaya, el regimiento de Alba de Tormes soporta el tiroteo de los hombres de Cuevillas, el 23 de abril. El telégrafo y el ferrocarril dejan de funcionar. El choque de Arrigorriaga pone de relieve que los carabineros y los forales saben defenderse mejor que los militares.[8] En

---

[2] Ya hemos dado cuenta de los datos suministrados por el Estado Mayor. El 25 de abril. cuando los rebeldes son más numerosos. llegan a 14.000. Cuerpo de Estado Mayor**: Op. Cit.**. Vol. II**,** pp. 45-46.

[3] Las partidas más importantes de Vizcaya son las siguientes: El cura Sierra (valle de Arratia), el cura de Santurce, el de Portugalete. la partida de Rosendo Martínez y los dos grupos de Baracaldo Otro cura, cuyo nombre no se cita, manda a 100 hombres en la zona de Arrazua, un destacamento de 200 insurrectos se halla en la región de Zollo. Otra de importancia equivalente. de la que forman parte los 26 desertores del Alba de Tormes, actúa hacia Larrabezua y Lezama. Un contingente de 500 hombres controla los alrededores de Marquina. Aulestia y Berriatua. En Ondárroa, el alcalde manda una partida de 30 rebeldes. A veces, un jefe único dirige a todas las tropas de una zona: Cuevillas, por ejemplo, manda a los rebeldes de las Encartaciones.
Ibid, pp. 21-29

[4] Recondo con 800 hombres (zona de Ataun); Dorronsoro se une a el con 200. Hacia Villafranca, Ayastuy reúne 400 combatientes (contando las partidas del vicario de Zaldivia y el cura de Lazcano), Amilivia, por su parte, manda a 500 carlistas, situados cerca de los montes de Itzarraiz, e Iturbe tiene a sus ordenes los voluntarios de Oñate, Vergara, Plasencia y sus alrededores. El 25 de abril esas tropas constituyen dos grandes unidades: la de Recondo (unos 1.500 hombres) y la de Amilivia (unos 700).
Ibid, pp. 29-46.

[5] La zona de La Solana y los distritos de Tafalla y Estella suministran pronto 2.500 voluntarios, mandados por Iturmendi, García y los curas de San Pedro y de Murillo. Luego, se constituyen tres unidades armadas mandadas respectivamente por Peralta (1.200 hombres), Carasa (entre 2.500 y 3.000) y Rada (unos 1.000).
Ibid, p. 32.

[6] Calle y Martínez de Velasco reúnen en Murgía a los primeros rebeldes; cuando Varona, Careaga y Bolero se insurgen a su vez, los carlistas cuentan con unos 3.000 voluntarios. Como el Ejército opera sobre todo en Guipúzcoa y Navarra, los rebeldes de Álava pueden fácilmente cobrar impuestos y extender su control a la mayor parte de las zonas rurales. **Ibid**, 31-93. **passim**.

[7] El ayuntamiento de Bilbao teme que se ataque a la ciudad y moviliza un batallón auxiliar al que pertrecha por su cuenta.
Ibid, pp. 16-22

[8] Artiñano: **Op. Cit.** pp. 81-87 y Cuerpo de EM.: **Op. Cit.** II, 28-29.

Guipúzcoa, los rebeldes, atrincherados en las montañas de Ataun, ponen en un aprieto al Ejército, pero este se halla aún en peor situación en Navarra. Por el contrario, en Álava, los militares gubernamentales dispersan con facilidad a la partida de Arguelles y muchos jóvenes abandonan a los facciosos.[9]

Es pues posible señalar diferencias de una provincia a otra, según el vigor de los insurrectos y la reacción de los liberales. En Vizcaya, cuando la Diputación rebelde decreta la movilización general, el gobernador militar, invocando las fechorías de los facciosos, dicta ordenes de dura represalia, especialmente contra el clero.[10] En Guipúzcoa, la contraofensiva liberal es particularmente enérgica debido a la ayuda eficaz que prestan al Ejército las tropas de la policía provincial (los miqueletes o chapelgorris).[11] Así, en estas dos provincias, el choque entre los dos bandos ofrece cierta complejidad, como vamos a ver a continuación.

La participación directa de muchos sacerdotes y la rápida creación de una Diputación rebelde hacen creer que el descontento es profundo en Vizcaya, pero las dificultades con que tropiezan los insurrectos no son despreciables. En efecto, si los voluntarios acuden en gran número, muchos notables comprometidos en la conspiración Llegan con retraso o brillan por su ausencia; el comandante en jefe se presenta sin los recursos previstos; la concentración de Guernica toma un cariz netamente fuerista y algo insolente respecto de Don Carlos.[12] Una querella a propósito de la Diputación divide aun más a los carlistas vizcaínos. Pues el alzamiento ha encontrado un pretexto en la actitud arbitraria del Gobierno al destituir a la Diputación en 1870. Ahora bien, el organismo que los rebeldes acaban de instituir no ha sido elegido por Juntas regularmente convocadas y, por ello, esa Diputación no es legitima en opinión de algunos carlistas. La autoridad de la corporación provincial va a ser puesta en tela de juicio, lo que indudablemente le resta eficacia.[13] Esos problemas ponen de manifiesto la división que existe en el campo rebelde y la adhesión mitigada a Don Carlos de determinados grupos.

148

La batalla de Arrigorriaga descubre otras contradicciones. El 7 de mayo, una columna liberal queda cercada en esa localidad; llegan refuerzos de Bilbao. Entre ellos, carabineros, forales y voluntarios de la libertad. Los dos primeros combaten con la serenidad de los profesionales, pero los voluntarios, asustados, huyen en cuanto empieza el tiroteo y regresan a Bilbao. Se trata de burgueses que se han negado con obstinación a admitir en sus filas a voluntarios de tendencia republicana. Pese a todo, estos últimos vienen en socorro de la tropa sitiada, lo que sorprende sobremanera a los carlistas. Uno de estos comenta así la presencia de los

---

[9] Cuerpo de E.M., **Ibid**. pp. 30-33.

[10] «Vistos los inauditos atentados de la facción... y las amenazas que dirigen a los alcaldes y liberales de los pueblos, declare por única y última vez, que en el terreno de las represalias, cualquiera que sea el atentado. lo castigare en la proporción de uno a tres, y hasta diez. según los casos, porque más carne carlista que liberal hay en Vizcaya... encargo a los jefes de las columnas. que cuando lleguen a una parroquia, pregunten por ella (la ostentación publica de la circular)... y caso de no encontrarla, prenden al señor cura párroco...

A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872.

[11] Pirala, Artiñano y otros autores subrayan la eficacia de los forales y especialmente la de los de Guipúzcoa. Dorronsoro, por su parte, insiste en la importancia de las policías provinciales, en el informe que remite a D. Carlos (R.A.H. Legajo 6866). La proporción de esas fuerzas policíacas con respecto al contingente militar global de Guipúzcoa es considerable, como lo prueba este estadillo del 1º de mayo:

»Tropas de Guipúzcoa: Infantería: 983: Guardia Civil: 54; Carabineros. 137; Migueletes: 283».

Ibidem.

[12] Los insurrectos gritan: «¡Viva la Religión!, ¡Vivan los Fueros!, ¡Viva España!, ¡Abajo el extranjero!» y no, como estaba previsto en el ceremonial, «,Viva el Rey!». Esa carencia la subrayan Arguinzóniz (pp. 30-67, **passim**) y Artiñano (25-27).

[13] Artiñano pone en entredicho la legitimidad de la Diputación carlista pues la han nombrado militares y, según el reglamento de voluntarios carlistas, debe ser lo contrario (la Diputación ha de nombrar a los jefes militares). Según el historiador carlista había que empezar por restablecer la Diputación destituida en 1870. que además —añade— estaba compuesta de carlistas o afines. Esa ilegitimidad de la Diputación rebelde es la que ha paralizado su actividad. Artiñano: **Op. Cit.** pp. 61-73.

republicanos:

> «... vienen a combatirnos, después de haber hecho tantos ofrecimientos de ayudarnos y de nunca contribuir bajo ninguna forma a defender la dinastía de Saboya».[14]

Como se puede comprobar, más allá del enfrentamiento principal, en el que intervienen carlistas y liberales, las tensiones son agudas en el interior de cada partido.

En Guipúzcoa, la actividad militar pone al descubierto otras particularidades. Los insurrectos de Vizcaya llegan a Guipúzcoa unos días después del choque de Arrigorriaga. Al revés de lo que sucede habitualmente, encuentran dificultades para obtener informes referentes a los desplazamientos del Ejército, al mismo tiempo que la población se muestra desconfiada. Ese comportamiento inhabitual ha sido imputado al miedo que inspiran los forales y a un reflejo «provincialista»:

> «... bien sea que estuviesen atemorizados por los secuaces de Urdampilleta, o bien que la ausencia de los principales personajes carlistas de la provincia les hiciese mirarnos con algún desvío...»[15]

149

Ese testimonio alude a los forales de Guipúzcoa; trescientos miqueletes acaban de derrotar a los legitimistas en Oñate y no vacilan en rematar a los heridos. Inspiran un pánico desmesurado. El jefe Amilivia, que manda la vanguardia encargada de tomar por asalto Oñate, en cuanto se entera que la policía provincial se halla en la ciudad, huye precipitadamente sin avisar a sus compañeros.[16]

Las fuerzas de policía, y especialmente las unidades dependientes de las Diputaciones liberales, compuestas de gente reclutada en la región, están animadas por una determinación que no existe en el Ejército. Ese fenómeno es particularmente ostensible en Guipúzcoa donde los liberales detentan el poder provincial desde 1869

La guerra afecta pues en profundidad al País Vascos y determinados responsables militares no ignoran esa realidad. Si las declaraciones públicas de los generales están impregnadas de optimismo, los informes confidenciales los muestran mucho más prudentes.[17] Esa prudencia determina parcialmente la conducta de quienes se ven tentados por la búsqueda de un compromiso.

Amnistía y compromiso

---

[14] **Ibid.** p. 81

[15] Arguinzóniz: **Op. Cit** pp. 66.

[16] **Ibid**. pp. 61-67

[17] El general en jefe escribe desde Huarte-Araquil:

> «...Los pueblos dan en su inmensa mayoría algún contingente para la facción instigados por los curas párrocos y otros sacerdotes, algunos alcaldes y funcionarios populares más el estimulo de algunos conocidos cabecillas...»

Piensa que los rebeldes están reclutando voluntarios en el centro de Navarra y que disponen en total de 4.000 hombres, pero, cuando suministra datos sobre las tropas de Rada y Carasa, los efectivos globales ascienden a 6.000. Pese a la imprecisión de esa información, el general se cree autorizado a afirmar que el enemigo está desmoralizado. A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872

Es el mismo Gobierno quien se adelanta a los deseos del general Serrano prometiendo en seguida una amplia amnistía, aunque el perdón de los insurrectos se llame simplemente «indulto». Es verdad que el edicto que proclama la gratia hace una diferencia entre los que depongan las armas y se rindan de buena fe y quienes, al contrario, se aprovechen de la clemencia para seguir conspirando. Los primeros han de ser objeto de una gran comprensión, en cuanto a los segundos, deberán soportar todo el rigor de la ley.[18] Pero, en la práctica, es muy difícil hacer semejante distinción. Algunos combatientes se acogen pronto a la amnistía. En general, regresan en grupitos a sus pueblos o, en raras ocasiones, al pueblo de un compañero de armas; a menudo, se presentan ante las autoridades civiles locales.[19] Estas los reciben sin severidad ni reproche. El 9 de mayo, el Ministro recomienda que se acoja cordialmente a los arrepentidos.

150

Como, la mayor parte de las veces, son los alcaldes los que reciben a los facciosos, con frecuencia los mismos alcaldes que unas semanas antes les incitaban a echarse al monte, el perdón se concede con facilidad. Para muchos oficiales, hay numerosos alcaldes sospechosos, pero el Ministro de la Guerra personalmente ha dado instrucciones para que no se obtengan informes por la fuerza y para que se trate a las autoridades locales con la consideración debida a su cargo. Por consiguiente, estas pueden, con toda impunidad, absolver a los rebeldes. Cuando se pregunta a aquellas por que razón los «arrepentidos» se han sublevado, responden que estos no sabían bien lo que hacían, que los han engañado, que se trata de gente de condición humilde y poco instruida.[20] Como la mayor parte de los que se acogen a indulto regresan sin armas, los alcaldes explican que nunca las tuvieron, que las han perdido o que se las han entregado a sus jefes. Sin embargo, se llega a saber que, en muchos casos, los indultados han escondido las armas para la próxima ocasión. Algunos carlistas hasta se muestran arrogantes y acusan y denuncian a militares que se han atrevido a molestarlos en el momento de la rendición.[21]

Pese a la mala fe de muchos rebeldes amnistiados, a la doblez de numerosos alcaldes, que engañan al Ejército, y la actitud de la población, que protege y ayuda a los combatientes legitimistas, actitud de la que se da cuenta en muchos informes redactados por jefes de patrullas gubernamentales, el Gobierno y el Alto Mando insisten para que prevalezca la clemencia. [22] Justifican su comportamiento explicando que los rebeldes están desmoralizados, que han sido reclutados a la fuerza —las autoridades centrales citan el

---

[18] «...estoy dispuesto a emplear la benignidad con los que deponiendo las armas se sometan inmediatamente a las autoridades constituidas ... desplegare todo el rigor de la ley contra los que, persistiendo en la rebeldía, continúen perturbando el país...», escribe el Ministro de la guerra al general en jefe que acaba de proponerle un indulto más severo que el que finalmente adopta el Gobierno. Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** II, pp. 190-191

[19] El 8 de mayo, las autoridades indultan a los cabecillas Pedro Irañeta y Martín Iriarte; el mismo día, Echarri-Aranaz recibe a 26 rebeldes; Arbizu, a 17: Ergoyena, a 18: Lizárraga, a 19. El 9 de mayo, 8 insurrectos se presentan en Abarzuza y, el día 10, 16 en Arbizu. El 7 de mayo, 22 insurrectos de Huarte-Araquil se han presentado en esta localidad y afirman que los otros 200 miembros de su partida han preferido entregarse en sus pueblos respectivos. El mismo día, en Lacunza, se presentan 36 voluntarios, casi todos del pueblo. El 9 de mayo, tres voluntarios, respectivamente de Ibero, Larraun y Puente la Reina se presentan en Abarzuza con los rebeldes de esta localidad. Inmediatamente después de Oroquieta. entre las varias decenas de rebeldes acogidos a indulto, sólo dos se presentan ante las autoridades militares. A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872.

[20] El 6 de mayo, los alcaldes del Valle de Araquil declaran que se han rendido varios voluntarios, todos sin armas, pero que muchos más se entregarían si no tuvieran miedo de las represalias, pues se trata de gente pobre e incauta. El 7 de mayo, el alcalde de Ulzama escribe que ha recibido a 15 facciosos de su ayuntamiento «... de los pocos quede este valle se han ido a la facción que son personas pobres y se fueron al monte sin saber lo que hacían...». **Ibidem**.

[21] Así ocurre por ejemplo con el Vicario de Alzola, capellán de la partida de Recondo, que protesta porque los voluntarios de Tolosa lo han guardado durante unas horas. **Ibidem**.

[22] El 5 de mayo, no se puede realizar el sorteo de los quintos en Treviño porque la población, alentada por los carlistas, perturba las operaciones; se intenta hacerlo la semana siguiente, pero los funcionarios necesitan la protección de una columna militar. Pese a esa situación, las instrucciones dadas por el Ministro el 9 de mayo, y las del general en jefe al día siguiente. se pronuncian sin vacilar por la clemencia.
Ibidem.

ejemplo de Vizcaya— por algunos propietarios ricos y por militares conspiradores. Finalmente, los responsables liberales afirman que una amplia amnistía permitirá con seguridad aislar a los instigadores de la rebelión y conducirá a una paz duradera.[23] Sus previsiones no se verán confirmadas

151

Amnistiados e irreductible

Se podría pensar que Oroquieta. primero, y, luego, Amorebieta, ponen fin al conflicto. En efecto. del 25 al 28 de mayo, más de tres mil insurrectos se entregan en Vizcaya; quinientos, en Álava; más de mil, en Guipúzcoa. No obstante, las mismas fuentes señalan la existencia, en la misma época, de seiscientos cincuenta rebeldes en Vizcaya, casi mil en Guipúzcoa y un contingente superior en Álava.[24] El Capitán General escribe desde Vitoria al Ministro, el 20 de mayo, que por lo menos quinientos carlistas vagan por las montañas por miedo a presentarse ante los alcaldes de sus pueblos, pues esos alcaldes colaboran con el enemigo.[25] En junio, Velasco llega a Guipúzcoa con mil quinientos rebeldes vizcaínos, mientras que nuevas partidas surgen en el interior de Vizcaya. En cuanto a Navarra, la desmoralización ha sido menor y Carasa, Careaga y Goñi tienen aún a sus ordenes dos mil voluntarios. Intentan atraerse de nuevo a quienes se han acogido a indulto: el 12 de junio, doscientos carlistas tratan de penetrar en Estella.[26]

Las autoridades liberales están preocupadas por el corto alcance de la amnistía. Probablemente por esa razón, los carteles de indulto que se ostentan en Álava van acompañados de una sería advertencia que amenaza con pena de muerte a quienes, habiendo beneficiado de la medida de clemencia, se vayan de nuevo con los insurrectos.[27] Sin embargo, cuando se presenta un caso dudoso (carlistas que piden indulto por segunda vez), esas mismas autoridades perdonan sin dificultad. De forma que muchos jóvenes indultados se echan al monte unos días después de haber implorado el perdón y las partidas se reconstituyen.[28] Los militares tienen empeño en que los que se rinden entreguen las armas.

---

[23] El enviado especial del general en jefe escribe a este desde Vergara (el 12 de mayo) que hay unos 2.000 insurrectos en Vizcaya, pero que no se trata de voluntarios, sino de gente enrolada por la fuerza:

> «...sacados a la fuerza con un rigor inusitado llevando hasta los casados sin hijos > jóvenes de 18 a 40 años.. que si bien el espíritu del país es carlista, lo cual es notorio, nadie desea la guerra y todos están en la persuasión de que a la vista de las tropas se presentaran todos en sus casas...»

Como puede observarse. los informes son tendenciosos y el optimismo no tiene justificación pues el mismo personaje reconoce en otro lugar que los rebeldes tienen conocimiento, gracias a la población, de todos los movimientos del Ejército. **Ibidem**.

[24] Cuerpo de EM.: **Op. Cit.** Vol. II. pp. 127-146 **passim**

[25] **A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872**

[26] **Cuerpo de E.M.: II, 145-170 passim**.

[27] El 20 de mayo, el alcalde de Zumárraga comunica que 50 hombres de la partida de Amilivia se han presentado con sus armas pero que, al día siguiente. han llegado otros rebeldes que han robado esas armas, impuesto 1.500 raciones y se han llevado a algunos de los presentados. A consecuencia de este incidente, las autoridades de Álava dirigen una seria advertencia a los reincidentes. A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872»

[28] Moriones invita el 12 de mayo al alcalde de Puente la Reina a conceder el indulto al «secretario y escribano de Obanos, D. Lino Ochoa, persona importante en el pueblo que según parece ha mandado una facción, aunque él lo niega...».

El 20 de mayo, las autoridades militares insisten junto a algunos alcaldes para que apliquen las medidas de indulto y les invitan a buscar en los alrededores de las aglomeraciones las armas que han pertenecido a los carlistas indultados que se han negado a entregarlas. Esas instrucciones se dirigen a los alcaldes de: Vergara, Durango, Elorrio, Mondragón, Oñate, Segura, Arechavaleta, Zumárraga, Zornoza, Ochandiano y Marquina.

Unos días antes, el II de mayo, cuando una asociación internacional, creada para proteger a los prisioneros carlistas, se dirige al general en jefe para que los rebeldes detenidos sean puestos en libertad, las autoridades militares pueden responder que ya lo han hecho. La R.O. del 20 de mayo insiste de nuevo sobre la necesidad de tratar con indulgencia a la población. Por el contrario,

Pero sólo se recuperan unas pocas y las recogidas proceden a menudo de depósitos ocultos que se llegan a descubrir por pura casualidad; no es raro que carlistas indultados se subleven de nuevo tras haber robado fusiles y municiones que el Ejército había recogido.[29] Lo menos que puede decirse es que las rendiciones no son nunca definitivas.[30]

En junio, los jefes Cubillas, Prenevieja, lturralde y Aspe se rinden en Vizcaya, pero Andrés, subordinado de Cuvillas, forma una nueva partida. El 10 de julio, esta va a sufrir una severa derrota. El general en jefe cree entonces oportuno declarar que la rebelión ha sido aplastada completamente en Vizcaya. Desgraciadamente, ese mismo día los rebeldes atacan a una columna entre Bilbao y Zorzona.[31]

152

En realidad, según la encuesta que hemos hecho, sólo un débil porcentaje de guerrilleros se deja impresionar por la desbandada de su Estado Mayor. Las partidas van a seguir operando hasta septiembre, y aún más tarde, movilizando sin cesar al ejército liberal que, no obstante, anuncia varias veces la conclusión de los combates. Si ya en junio el Alto Mando carlista abandona a los guerrilleros a su propia suerte, estos, carentes de un organismo central dirigente, tienden a fragmentarse más y más y a intervenir al margen de toda estrategia de conjunto. Habrá que esperar varios meses para que la masa de combatientes legitimistas se desanime y acepte el perdón de los vencedores; algunos no se someterán nunca y se irán a Cataluña, donde continua la guerra, o a Francia o permanecerán en sus montañas hasta el segundo alzamiento.

---

las autoridades liberales de algunas totalidades se muestran más severas. Así, el alcalde de Arechavaleta impone. el 16 de mayo, multas a los padres de los jóvenes voluntarios carlistas que aún no se han rendido.

Ibidem.

[29] La mayor parte de las armas enemigas recuperadas que figuran en un estadillo del 27 de mayo proceden de depósitos ocultos: «Relación de armas ocultas procedentes de las facciones de Sierra y Cengotita descubiertas por nuestras tropas: Armas de fuego: 798; Bayonetas 727, y 4 cajones de municiones ». El número de armas entregadas es más elevado cuando los hombres se acogen al indulto con sus jefes que cuando los rebeldes se rinden individualmente o por grupos pequeños, así ocurre en Durango con Cuevillas o con los 66 carlistas que se presentan el 19 de mayo en Arechavaleta (37 de ellos con armas) o de los 80 rebeldes que se rinden en Oñate (54 con armas).

Las autoridades liberales dan cuenta a veces de la rendición de partidas que luego se ven operar en el monte. Así, dan a entender que Calle se ha entregado. Pero, unos días más tarde, actúa en la región de Aramayona. Un documento del 20 de mayo indica que los hombres de Ayastuy y Amilivia han abandonado a sus jefes. Ahora bien, un informe del 27 de mayo da cuenta de la llegada a Arechavaleta de la partida de Ayastuy que se apodera de las listas de los quintos: la víspera, una fracción de esa misma partida ha sacado víveres de Oñate.

Ibidem

[30] A pesar del Convenio. las partidas se manifiestan en todo el territorio vasco, pero con menos intensidad en Vizcaya. En mayo, la actividad de los rebeldes es inquietante para los gubernamentales. Cuando el comandante militar de los insurrectos navarros ordena que se trate tomo enemigos a todos los empleados del ferrocarril, el efecto de intimidación producido es considerable. Cinco mil rebeldes aparecen en diversas zonas de Álava. El 20 de mayo, 800 insurrectos pasan por Elgoibar, otros dos mil obtienen raciones en Segura. El 24 de mayo, un informe militar asegura que los carlistas siguen reclutando combatientes. el 27 de mayo, el jefe de la Guardia Civil de Guipúzcoa afirma que el cura Berreondo ha reclutado por la fuerza a 500 hombres en Anzuola y en los caseríos de los alrededores. A finales de mes, centenares de rebeldes actúan en las zonas de Oñate (Guipúzcoa), Valdegovía (Álava) y hasta en el Condado de Treviño. Ni siquiera Vizcaya permanece al margen de esa actividad. El 31 de mayo, los facciosos toman por asalto el ayuntamiento de Sopuerta y se llevan las armas entregadas por los carlistas amnistiado.

La actuación de las partidas se deja sentir aún en julio. 2 de julio. el general en jefe escribe al Ministro que todo el País Vasco ha quedado pacificado y que ya no hay mas que un centenar de rebeldes armados. No obstante, las autoridades locales siguen señalando la presencia de insurrectos en muchísimas comarcas, sobre todo en la periferia de la región. Esas partidas son más pequeñas que en mayo o en junio: se componen por lo general de unos 20 miembros y están mandadas por jefes elegidos en cada comarca.

A.S.V. Legajos correspondientes al segundo y al tercer trimestre de 187

[31] Cuerpo de EM: **Op. Cit.** Vol. II p. 201

Los liberales y su sistema de defensa

En el campo liberal, cuando Serrano regresa a Madrid a finales de mayo, el Ejército ha sido ampliamente reforzado pues cuenta con 20.000 hombres. Además de las tropas regulares, se han constituido en muchas ciudades batallones de voluntarios, a quienes prestan su concurso las policías provinciales; el 14 de junio se reorganiza el ejército del País Vasco.[32] Vizcaya dispone de dos grandes columnas volantes que operan alrededor de Bilbao, donde se hallan movilizados 800 voluntarios. En Guipúzcoa, Zarauz alberga a una columna de vigilancia, pero muchas plazas se hallan defendidas exclusivamente por los miqueletes y los 1.200 voluntarios de la provincia. El núcleo central de la tropa se encuentra en Navarra y en Álava, donde el número de voluntarios liberales es proporcionalmente inferior al de las otras dos provincias: 560 en Pamplona, 1.200 en el resto de la provincia de Navarra (de los cuales sólo 700 han sido movilizados), y 600 en Vitoria.

153

Pese al esfuerzo de guerra consentido por el Gobierno, que ha enviado al Norte más de la cuarta parte de su ejército, y a pesar de las recompensas con que se gratifica a los militares, la tarea de estos es penosa y su entusiasmo no es desbordante.[33] A finales de junio, Moriones concentra las funciones de general en jefe y de capitán general, cuando Allendesalazar renuncia a este último puesto.[34] La energía que manifiesta Moriones y la unidad de mando que asegura debieran acrecentar la eficacia del Ejército; le reprocharan, sin embargo, el mandar de manera demasiado personalista y el no conseguir, a pesar de eso, que la actividad de las unidades a sus ordenes sea coordinada.[35] No permanecerá en su puesto mucho tiempo puesto que, entre junio y diciembre, le sucederán otros tres generales.[36]

El ejército liberal, como ya podemos adivinar, tiene debilidades que acentúan su vulnerabilidad. La correspondencia del Estado Mayor revela que, a lo largo de esa campaña, las unidades carecen con frecuencia de víveres y de dinero: no pueden asegurar el pago regular de haberes y tampoco se hallan en condiciones de alimentar correctamente a los combatientes. Muchas plazas están mal protegidas y se hallan a la merced de un ataque de las partidas; no no tienen bastantes armas y estas son a veces inutilizables. El desánimo gana a los soldados cuya única preocupación es acabar lo antes posible su servicio y regresar a sus hogares.[37]

A partir del mes de junio, el Mando utiliza a forales y a voluntarios en la persecución de los guerrilleros.[38] El pretexto que se invoca oficialmente para relegar al Ejército a un segundo

---

[32] **Ibid**, pp. 146-153

[33] A primeros de mayo, los oficiales que han combatido contra los carlistas reciben recompensas o ascensos que pueden parecer excesivos. Véase la **Gaceta de Madrid**, nº del mes de mayo.
El 6 de junio los efectivos globales del Ejército ascienden a 80.000 hombres (**Gaceta de Madrid**, nº del 6 de junio de 1872) La unidades liberales consiguen en raras ocasiones reunir a todos sus efectivos teóricos. El Batallón de Cazadores de Segorbe dispone en julio de 3 jefes, 29 oficiales y 450 hombres: el de Cazadores de Cuba de 4 jefes, 32 oficiales y 468 hombres de tropa. Los efectivos teóricos son de 600 hombres por batallón. A.S.V. Legajo correspondiente al tercer trimestre de 1872

[34] **Gaceta de Madrid**, nº del 26 de junio de 1872

[35] Cuerpo de E.M.. **Op. Cit.** Vol II. *p.* 169

[36] Primo de Rivera. B. Hidalgo y Quintana y González.

[37] Tudela se halla amenazada el 11 de mayo. En la misma fecha, el depósito de armas de San Sebastián está vacío. También el 11 de mayo el Ministro establece un riguroso orden de antigüedad que reglamenta la licencia de los soldados.
A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872

[38] El 24 de mayo el Gobernador militar de Guipúzcoa aconseja al general en jefe que se utilice preferentemente a los miqueletes y a los voluntarios.
El 9 de julio, el general en jefe escribe a sus subordinados:

> «La guerra es ya más política que militar y creo que su buen juicio le hará comprender que ha de producir mejores resultados para la pacificación, la detención de un personajes influyente que la persecución activa de un grupo de latrofacciosos ..»

En esa misma fecha, un documento de E.M. aconseja la severidad contra los irreductibles

plano es que las bandas carlistas, que aún subsisten, sólo son grupos de malhechores. El general en jefe escribe en julio que la guerra es más política que militar y que los carlistas que siguen combatiendo no son más que vulgares «latro-facciosos». Da con ello a entender que sería deshonroso para el Ejército el seguir ocupándose de operaciones puramente policíacas. En la práctica, no obstante, el Ejército sigue persiguiendo a las partidas, pero los resultados son decepcionantes y aquel necesita el concurso de los liberales vascos, más eficaces en el combate que las tropas regulares. Y es que, efectivamente, como dice el general en jefe en una frase cuyo sentido no comprende el totalmente, la guerra es más política que militar.

154

En cualquier caso, los responsables militares y el Gobierno no aprecian del mismo modo el acontecimiento que los liberales de la región.

El Gobierno se obstina en la clemencia que, en muchos casos gracias a las autoridades locales, se transforma en complicidad, mientras que la población presta una ayuda multiforme a los carlistas y multiplica, al contrario, los obstáculos para dificultar el estacionamiento y los desplazamientos del ejército gubernamental. Sin embargo, eso no altera el empeño conciliante del Alto Mando, aunque esa actitud disguste a muchos liberales vascos. Los de Guipúzcoa y de Álava han visto con malos ojos la concesión fácil de indultos. La Diputación de Guipúzcoa, a instancias de los voluntarios de varias localidades, protesta a la vez contra el indulto y contra la interpretación abusiva que de el hacen los militares. El ayuntamiento liberal de Tudela (Navarra) tiene una opinión aún más radical puesto que propone que se prive a los carlistas de derechos cívicos.[39] Las protestas incitan al Ministro de la Guerra a prometer la represión severa de los instigadores de la rebelión; sin embargo, el general en jefe sigue siendo partidario de la amnistía total y leal.[40] Los alcaldes de tendencia liberal, al presenciar esos desacuerdos entre responsables civiles y militares, nacionales y regionales, tienen tendencia a restringir la aplicación del indulto, mientras que otros alcaldes, carlistas o simpatizantes, mucho más numerosos, se aprovechan de las buenas disposiciones del

---

«...que no hacen más que cobrar portazgos a los trajinantes e imponer raciones a los pueblos...»

A.S.V. Legajos correspondientes al segundo y al tercer trimestre de 1872

[39] El 12 de mayo, el Capitán general escribe:

« El indulto ha producido muy mal efecto entre los liberales de Álava y los carlistas continúan reuniendo fondos importantes con toda impunidad...»

Al día siguiente, el gobernador de Guipúzcoa afirma por su parte:

«El indulto ha producido muy mal efecto teniendo en cuenta las tropelías cometidas por Recondo... y los voluntarios de la libertad amenazan con dimitir y abandonar los Ayuntamientos.»

El Ayuntamiento de Tudela en un escrito dirigido al general en jefe el 4 de mayo propone la suspensión temporal de las libertades constitucionales. Considera que el clero es altamente responsable de la insurrección porque teme perder su poder político, pero ese clero se ha visto ayudado por la prensa legitimista que se aprovecha de una libertad que no se merece. Después de dar cuenta de los servicios realizados por los voluntarios de la libertad, el ayuntamiento deplora el indulto que, en la realidad. aparece como una forma de complicidad

«... la conducta tolerante y generosa que se viene observando con los insurrectos... y una serie continuada de contemplaciones ... no hacen más que colocarles en condiciones de provocar mañana nuevos disturbios y contribuye a que los liberales... que... no son el mayor número se disgusten y se desalienten...»

A.S.M. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872

[40] El general en jefe ha puesto termino al indulto el 27 de mayo, pero unos días más tarde lo declara de nuevo en vigor. Los liberales vascos protestan una vez mas. El Diputado de Guipúzcoa, al anunciar el 8 de junio la detención de Santa Cruz, pide que no se le conceda el indulto y el Ministro está dispuesto a castigar severamente a los cabecillas, pero el general en jefe protesta contra esas restricciones

El 10 de julio, Moriones publica otra vez el indulto. aplicable a los rebeldes que se presenten en el plazo de tres días, excepto «...cabecillas. oficiales e instigadores...». La policía provincial de Guipúzcoa trata por todos los medios de detener a los responsables de las diversas zonas y hasta disfraza a miqueletes de labriegos. Los liberales vascos exigen también la suspensión de la ley municipal que ha permitido a muchos simpatizantes carlistas ocupar puestos en la administración local, pero las autoridades centrales y los responsables militares se siguen mostrando clementes. El Gobierno reitera periódicamente el indulto (por medio de la Gaceta de Madrid, números del 28 y 29 de septiembre, 17 de octubre y 4 de diciembre de 1872)

A.S.V. Legajo correspondiente al tercer trimestre de 1872

general en jefe para concederlo con facilidad

Como vemos, hay irreductibles en los dos campos contendientes y es evidente que globalmente los liberales vascos son más intransigentes con el enemigo que los responsables nacionales.[41]

La guerra aviva los conflictos

Algunos jefes militares se dan cuenta que una guerra de esa naturaleza no puede ser ganada si no se corta el mal por la raíz. Ya que las partidas gozan del apoyo popular, es necesario actuar en la retaguardia, es decir, en el seno mismo de la población civil que alienta y sostiene la rebelión.

155

Menudean los interrogatorios de sospechosos, pero los informes obtenidos son escasos; se trata a una parte de la población como a enemigos del poder. El comportamiento de las autoridades incita a los neutros a inclinarse hacia el carlismo. Por otro lado, la guerra resulta cara, sobre todo para las localidades rurales. Por las buenas o por las malas, pero a menudo de buen grado, los aldeanos procuran suministros a los insurrectos. En muchos casos, sólo se trata de un acto de solidaridad con sus parientes o con gente de su pueblo perseguidos por una justicia foránea.

El Ejército, por su parte, trata al principio de no suscitar la animosidad del mundo rural, pero conoce pronto muchas dificultades para obtener suministros. Los pagos se hacen tarde, a veces nunca, a causa de la lentitud de la administración y de determinados abusos cometidos por jefes militares. La dispersión cada vez mayor de los guerrilleros obliga al Ejército a fragmentarse en unidades pequeñas que recorren sin cesar el territorio en busca de un enemigo inasequible. La autonomía de esas unidades, acrecentada a causa de la difícil comunicación con el Mando central, favorece el autoritarismo de los jefes de batallón o de compañía y da lugar a abusos. Muchos ayuntamientos dirigen quejas al Alto Mando e indican que sus recursos alimenticios se han agotado. La población civil propende cada vez más a considerar al ejército gubernamental como factor de sus desdichas.[42] La hostilidad creciente

---

[41] El alcalde de Mondragón, por ejemplo. se niega en junio a indultar a seis rebeldes aunque estos, como cree incluso el alcalde, hayan sido reclutados por la fuerza. Otros, como el alcalde de Ataun, invocan un pretexto cualquiera para indultar con facilidad a los facciosos

Ibidem.

[42] El alcalde de Mondragón escribe que la situación de su municipio es critica a causa de los muchos suministros que han debido hacer al Ejército y de las diez mil raciones que han tenido que entregar a los rebeldes. La zona de Zumárraga en Guipúzcoa o el Norte de Navarra han tenido que hacer tales sacrificios que las autoridades liberales de esas comarcas piden que toda la provincia venga en su ayuda. Marquina, en Vizcaya, ya no está en condiciones el 22 de mayo de suministrar las mil raciones que le reclaman. En la misma época, Murélaga, que no puede entregar cebada, se contenta con suministrar maíz.

Por el contrario. las unidades carlistas se racionan con facilidad gracias a la población civil y a muchos responsables locales. Un jefe liberal de batallón informa desde Ubidea, a principios de junio, que el alcalde de dicha localidad acaba de entregar raciones a una partida rebelde, casi en presencia de la guarnición liberal. La actitud de los pueblos irrita a muchos oficiales gubernamentales que tienen tendencia a considerar como sospechosos a todos los habitantes. El alcalde liberal de Mondragón se queja el 3 de junio de la confiscación abusiva de caballos: declara también que ha entregado a los militares 2.500 libras de pan y que aquellos se han negado a darle un recibo. Algunos jefes militares reclaman víveres imperiosamente a tal o cual localidad sin tener en cuenta que esa misma localidad ha entregado ya cantidades importantes de mercancía a otras unidades. Así, la hostilidad de la población contra los liberales alienta los abusos de estos y la represión ciega que, a su vez, acrecienta y avisa esa hostilidad. De ello hay muchos términos. El 16 de julio. el jefe de voluntarios de Leza, en Álava, se queja de que se insulte a los liberales, y que hasta les peguen, tan sólo por sus ideas, y hace responsable de su inseguridad a las autoridades locales:

«...Las autoridades de los pueblos tienen la mayor parte de la culpa porque no castigan a nadie...»

Esa inseguridad de los liberales civiles les incita a la autodefensa. En Tolosa, dos carlistas amnistiados que se van a Francia con

que de ahí nace hace precaria la pacificación muchas veces anunciada y se tiene la impresión que el control efectivo que ejerce el ejército liberal se deteriora de mes en mes, pese a una disminución del número y de la importancia de los encuentros militares.

En efecto, en el mes de julio, las tropas reciben la orden de desplazarse tomando toda clase de precauciones, acompañadas de guías cuya identidad y domicilio han de ser cuidadosamente consignados. La ausencia de noticias sobre la actividad del enemigo es tal que, por un sólo informe, se paga una suma equivalente al sueldo mensual de un teniente. Moriones señala el 12 de julio que hay jóvenes, que hasta entonces han permanecido indiferentes, que se echan al monte. En esa época, Soroeta empieza a actuar en Guipúzcoa. El 6 de agosto, los liberales van a ser atacados en la carretera de Vergara por una partida aún desconocida, mandada por el cura Santa Cruz que, en los meses venideros. va a llegar a ser un enemigo especialmente temible. [43] Así, en un período de relativa tranquilidad, la insurrección se dispone a tomar nuevos vuelos y cuando Don Carlos nombra, en octubre, a los nuevos jefes militares con vistas a provocar un segundo alzamiento, existen ya condiciones, en el interior del País Vasco, para que, esta vez, la insurrección no fracase.

156

El pueblo vasco, en las diversas elecciones del sexenio, ha manifestado su confianza en los candidatos tradicionalistas; las peripecias de la insurrección de 1872 hacen que esas masas populares estén desde entonces dispuestas a dar su sangre para echar fuera a los gubernamentales. Ello no obsta para que estos últimos cuenten con el apoyo de algunos sectores de la población vasca.

Los voluntarios

Hemos querido demostrar que la insurrección de 1872 es en el País Vasco un fenómeno más complejo que un simple pronunciamiento fallido, que un enfrentamiento entre oficiales felones y militares leales al régimen. Precisamente, el rasgo original de esta región española consiste en haber dado al conflicto una dimensión popular. Hay voluntarios en los dos campos. Sería conveniente conocer la importancia respectiva de las adhesiones, la composición sociológica de cada bando contendiente, sus móviles, su conducta, su influencia. Algunos testimonies nos permiten tener una idea de esos problemas.[44]

---

pasaportes reglamentarios van a verse interpelados por un oficial de miqueletes que los detiene y tortura. Hechos semejantes son muy frecuentes.
A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872

[43] El 8 de julio. Primo de Rivera aconseja que se multipliquen las patrullas a imagen de las partidas. pero las unidades militares sólo pueden desplazarse con precauciones. Las instrucciones dadas por el Estado Mayor, el 7 de julio. a los jefes de batallón recomiendan que se utilicen permanentemente guías y que se recurra a espías bien pagados (500 reales para cada información o confidencia), que han de ser retenidos hasta tanto su información se vea confirmada
Las pocas victorias o ventajas conseguidas por el Ejército son muy pronto neutralizadas. Según el jefe del batallón de La Habana, las partidas vencidas y dispersadas en Villaro el 3 de julio se reconstituyen el día 4. El comandante militar de Estella escribe el 30 de julio que muchos carlistas indultados forman de nuevo partidas y que estas castigan severamenle a quienes colaboran con el Ejército.
A.S.V. Legajo correspondiente al tercer trimestre de 1872.
Referente a los choques frecuentes entre el Ejército y las partidas véase Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** Vol. II. pp. 202-232.

[44] Los archivos que hemos consultado en Bilbao conservan estadillos, enviados por los alcaldes, de personas que han respondido favorablemente al llamamiento insurreccional de los carlistas; luego, contiene listas de voluntarios de la libertad de las cuatro provincias. Por desgracia, la gran dispersión de esos documentos (pues se trata de informes clasificados por orden cronológico) hace difícil la constitución de un expediente completo. Con respecto a los rebeldes, poseemos estadísticas referentes a muchos pueblos de Navarra y de Álava y tan sólo a algunas ciudades de Guipúzcoa y Vizcaya ¿Quiere esto decir que las listas de

Si, según parece, se ha practicado algunas veces el reclutamiento forzoso en el campo carlista, en muchos casos, sin embargo, los combatientes son voluntarios. Es verdad que, la Diputación rebelde de Vizcaya, por ejemplo, decreta la movilización general, pero, para que esa medida sea algo más que un deseo o una amenaza, es preciso que el llamamiento de los insurrectos tenga eco en la población. Se pueden, desde luego, comprobar diferencias entre las provincias y las comarcas y la verdad no es fácil de establecer.

157 Es en el momento de su rendición cuando los facciosos declaran haber sido voluntarios o forzosos. En Álava, los combatientes indultados afirman con mucha frecuencia que se los llevaron por la fuerza, mientras que los insurrectos navarros reivindican casi sistemáticamente su condición de voluntarios. La impresión que se puede sacar de la lectura de esas declaraciones es que se trata, para quienes se dicen voluntarios, de un acto de valentía personal. Se comprende mal, en efecto, que los dirigentes legitimistas de Álava hayan podido movilizar a tantos combatientes contra la voluntad de estos. Podría pues afirmarse que junto a quienes se enrolan espontáneamente, lo que probablemente es más frecuente en Navarra, hay regiones, como Álava, donde los rebeldes son menos espontáneos. De cualquier modo, varios millares de hombres, entre 8.000 y 14.000, si damos crédito a fuentes liberales, se ponen en pie de guerra en unos días para defender la causa de Don Carlos.[45]

En el campo adverso, los voluntarios liberales secundan eficazmente al Ejército. Disposiciones tomadas por las autoridades liberales harán que ese «voluntariado» sea obligatorio, ya que se señala a cada localidad un contingente proporcional a su población, pero muchos pueblos podrán sustraerse a esa obligación. Por eso, las unidades auxiliares se componen, efectivamente, en gran parte de voluntarios.[46]

En cuanto a la proporción de los que se van con uno u otro bando, las listas de varias localidades, sobre todo de Álava y de Navarra, suministran datos interesantes.[47] Con el fin de poder comparar la participación en cada campo, hemos determinado los porcentajes, con relación al conjunto de población masculina, de los jóvenes enrolados en cada partido contendiente.[48] Se desprende de ese calculo que el porcentaje de participación a favor del campo rebelde es siempre superior al de los que se enrolan con los liberales. Si nos atenemos a cifras globales, censamos algo más de 4.000 voluntarios de la libertad contra, por lo menos, 8.000 rebeldes. Se puede decir, por consiguiente, que la adhesión respectiva a cada bando es dos veces mayor en favor de los legitimistas. Sólo Guipúzcoa suministra un número de voluntarios liberales comparable al de los voluntarios carlistas. Las unidades auxiliares del ejército reclutan a sus hombres en las ciudades, mientras que el campo suministra la parte más substancial del contingente legitimista. Pero los carlistas reclutan también en los centros

---

combatientes carlistas de estas dos provincias son más difíciles de encontrar? Probablemente, las autoridades locales de Guipúzcoa y Vizcaya se han negado con más frecuencia a responder a la encuesta de las autoridades liberales. Por ello, nuestros informes sobre algunas zonas especialmente adictas al legitimismo son fragmentarios. No obstante, los datos que poseemos permiten hacerse una idea de los contingentes que han apoyado a los legitimistas en el País Vasco.

[45] El Estado Mayor, en su Narración, editada después de la guerra, señala la movilización de 14.000 rebeldes. Pero, las estimaciones hechas per el mismo Estado Mayor, en el momento de la insurrección, reducen esa cantidad a 8.000. A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1872.

[46] Véase Apéndice 1

[47] Conocemos el número de rebeldes de algunas localidades de Navarra así como el total de población masculina (censo de 1877). Los combatientes están generalmente comprendidos entre 18 y 24 años e ignoramos el porcentaje de población masculina que representa esa categoría de edad. Dividiendo el número de rebeldes de cada pueblo por el total de hombres, se obtiene una cantidad que permite apreciar la participación en la rebelión de cada una de las localidades examinadas.
Véase Apéndice 2.

[48] Es posible hacer el mismo cálculo que en la nota anterior, para conocer la participación relativa en el ejército liberal, pero sólo hay voluntarios de la libertad en algunas ciudades.
En lo que se refiere a proporción de participantes, véase Apéndice 2
La lista completa de voluntarios liberales en el Apéndice 1

urbanos. Por consiguiente, el mundo rural parece ser uniformemente adicto al carlismo, mientras que las ciudades sólo disponen, salvo excepciones, de un débil núcleo liberal, pues el tradicionalismo penetra también en amplias zonas urbanas.

158 No obstante, en la distribución geográfica del voluntariado de ambos campos es posible observar diferencias. Navarra parece más uniformemente carlista que Álava, exceptuando la zona meridional de la Ribera, comarca donde el número de voluntarios liberales es uno de los más elevados de todo el País Vasco. En las tres provincias occidentales, las zonas de economía más arcaica son las más resueltamente legitimistas, pero, en el conjunto, sólo algunos centros urbanos se hallan en condiciones de crear unidades de voluntarios de la libertad, mientras que todas las comarcas y la mayor parte de las localidades contribuyen a engrosar las filas de los insurrectos.[49]

Sería interesante conocer la posición social, la profesión, de todos los voluntarios. Desgraciadamente, los documentos consultados son bastante lacónicos a este respecto. Referente a Navarra, se menciona la profesión de los rebeldes de algunos pueblos. Se trata con frecuencia de campesinos, lo que es natural en localidades cuya actividad predominante es la agricultura, pero se citan también nombres seguidos de otra profesión y esta abarca toda la gama de oficios, el conjunto del artesanado rural. Lo mismo ocurre con los carlistas de Azpeitia, en Guipúzcoa, con una pequeña diferencia y es que algunos rebeldes son «estudiantes», palabra que engloba a la vez a los universitarios, los colegiales y los seminaristas. A propósito de los campesinos, la palabra que se emplea con más frecuencia es «labrador». Se indica a veces que tal o cual voluntario es «rentero» o «criado», lo que da a entender que el «labrador» es el que cultiva su propia tierra, el campesino propietario. Podría pensarse pues que gran número de enrolados son campesinos propietarios o renteros que gozan de contratos relativamente satisfactorios. Eso no quiere decir, en muchos casos, que esos cultivadores sean campesinos acomodados, pues algunos alcaldes hablan, refiriéndose a los rebeldes de **gente pobre y de poca instrucción**. También abundan. entre los voluntarios, los pastores y los sacerdotes.

159 Con respecto a Vizcaya, y únicamente a esta provincia, informes confidenciales de las autoridades militares liberales afirman que la rebelión la sostienen sobre todo los «ricos propietarios», denominación que se aplica de costumbre a los propietarios terratenientes, pues los burgueses del comercio o de la industria se designan con las palabras «comerciantes» o «industriales», cuando no se recurre al vocablo más genérico de «clase media».

En lo tocante a los voluntarios de la libertad, sus mandos son con mucha frecuencia funcionarios del Estado y en algunas ocasiones comerciantes o artesanos. En la Rioja, zona marginal de Álava, los voluntarios liberales son, casi todos, jornaleros mientras que en Eibar, ciudad industrial de Guipúzcoa, muchos voluntarios son obreros de la industria. El liberalismo encuentra pues adeptos en determinadas capas medias y en el proletariado agrícola e industrial.

Esos voluntarios no constituyen la única fuerza del Liberalismo vasco. La burguesía de las ciudades, aunque no siempre se enrole en las unidades auxiliares, cuenta en su seno con muchos liberales. Muchos no hacen el sacrificio de tomar las armas, algunos animan a Serrano, en 1872, a buscar el compromiso con el adversario. Colaboran con el Ejército desde los puestos de responsables de la administración regional y conciben siempre su acción, tanto en la manera de hacer la guerra como en la búsqueda de la paz, desde un punto de vista

[49] Véase Apéndice 2.

que ignora el de los radicales de su partido y, aún mas, el de los republicanos que reclaman una represión más enérgica. En el campo liberal hay pues varias tendencias que concuerdan con categorías sociales distintas. La determinación que muestran en combatir al enemigo parece que es, en 1872, inversamente proporcional a la riqueza, aunque, también en este terreno, es posible descubrir comportamientos diversos de una provincia a otra. Las autoridades de Guipúzcoa, en efecto, dan prueba de mayor combatividad que en las demás provincias.[50]

160 En realidad, hay gente que hace la guerra, una minoría, tanto en el campo carlista como en el liberal, y los que soportan las consecuencias, es decir, la mayoría; ello invita a intentar evaluar el costo de las operaciones.

El costo de la guerra

Se sabe que las pérdidas humanas no son cuantiosas en 1872 con relación al número de víctimas de los años siguientes. ¿Y los gastos materiales?

Para los historiadores carlistas, la campaña de 1872 no ha requerido muchos medios, pero sólo suministran datos referentes a Vizcaya. El importe de los fondos públicos, procedentes de contribuciones regulares que los carlistas impiden que lleguen a las cajas de la administración, podrían ascender a unas 75.000/100.000 pesetas, suma que al parecer permite indemnizar a los pueblos por los suministros que hacen a los rebeldes. Las cuentas de la Diputación carlista de Vizcaya indican que los gastos emprendidos, sin contar los suministros, ascienden a unas 17.000 pesetas.[51] Así, los carlistas han exigido pocos servicios a la población civil y esos servicios se han pagado puntualmente.

En el campo liberal, un balance establecido por las autoridades evalúa los suministros y servicios prestados por las diversas localidades de Vizcaya —durante la corta campaña de 1870 y entre abril y diciembre de 1872— en más de diez millones de pesetas.[52] Aunque esas cifras sean discutibles, es evidente que las obligaciones impuestas por las autoridades liberales son infinitamente más pesadas que la ayuda que la población presta a los legitimistas. Habría que saber en que medida, cuando y como las deudas contraídas por el Ejército han sido pagadas. Se han señalado abusos; si esos abusos han sido frecuentes, los gubernamentales han debido aparecer como espoliadores, lo que ha tenido que contribuir a avivar la hostilidad de los Vascos al régimen. Por el contrario, si se han pagado los suministros, se ha aumentado el volumen del comercio interior y los beneficios que este procura, lo que es una manera de hacer la guerra deseable para cierta categoría de gente.

161 Una enseñanza que se desprende de esas cifras es que los carlistas han podido poner en situación dificultosa a las autoridades centrales con muy pocos recursos, con respecto a lo que la guerra le cuesta al Gobierno, incluso cuando los combates no son de gran envergadura como ocurre en 1872.

Ese costo elevado. para el poder central se debe a la naturaleza misma de la guerra que exige que el ejército regular disponga de efectivos mucho más importantes que los de los rebeldes,

---

[50] Véase Apéndices 1 y 2.
[51] A. Artiñano: **Op. Cit.** pp 72-76 y Arguinzóniz: **Op. Cit.** pp. 134-135
[52] Véase Apéndice 3.

habida cuenta del apoyo que estos reciben de una parte de la población, pues se trata de una guerra civil que, directa o indirectamente, afecta a todas las zonas y a todas las categorías sociales. Pero para que haya tal desproporción en los medios avanzados por unos y otros, es preciso también que la relación de fuerzas sea netamente desfavorable para los gubernamentales. Esa relación de fuerza es la que explica el éxito de la rebelión en el País Vasco.

Algunas características del enfrentamiento

Sabemos ya que dos bloques, socialmente heterogéneos, mantienen la oposición entre carlismo y liberalismo. El primer partido recibe el apoyo de la aristocracia rural, el campesinado, el artesanado del campo y el clero. El segundo, el de la burguesía urbana, de algunas capas medias y del proletariado. El primer grupo es más importante numéricamente y no hay que sorprenderse de la amplitud de la adhesión al legitimismo. de la que hablan tantos textos.[53] Lo que por el contrario llama la atención es el número relativamente escaso de quienes defienden, en el País Vasco, al régimen de 1872. Pues el peso de las capas modernas no es despreciable y, en todo caso, no es inferior al que tienen en otras muchas regiones españolas. Es decir que la relación de fuerzas en favor de la sociedad tradicional no debiera ser «objetivamente» mayor en el País Vasco que en otros lugares. Consignemos, no obstante, lo que puede ser peculiar de esta región en ese terreno.

La delimitación geográfica entre los dos tipos de sociedad (tradicional y moderna) es acaso más acusada en las provincias vascas.

162

Los contrastes entre las zonas donde predomina la economía arcaica y los núcleos más evolucionados son, efectivamente, muy ostensibles. Las primeras ocupan un vasto espacio y están bastante pobladas; desconocen el latifundismo, cuentan con pocos obreros agrícolas y los campesinos son en ellas más libres, los artesanos, más prósperos. La sociedad tradicional es más equilibrada probablemente que en otras partes de España y goza de un prestigio mayor. Al sentirse amenazada, como tiene más que perder y dispone de mayor vigor, estará también en mejores condiciones de defenderse. Los núcleos urbanos, por su parte, son muy dinámicos. El vigor respectivo de los dos mundos que se enfrentan hará que el choque sea especialmente violento en el País Vasco.

Si gran parte de la aristocracia española más rica hace tiempo que desprecia al carlismo, la clase privilegiada vasca de arraigo rural, al contrario, se ha acercado a Don Carlos para combatir mejor al régimen del 68. Ha conseguido también arrastrar en pos de si a muchos notables de las ciudades. Ya sabemos con que ardor esa clase dirigente se alza contra la setembrina, ayudada por un clero relativamente numeroso e influyente. El imperio que ambos ejercen sobre las masas populares les permite, en el momento oportuno, lanzarse a una aventura guerrera. Al optar por la solución más extremada, se comportan como vanguardia reaccionaria que son y han sido en España. A ese nivel, la guerra carlista es una respuesta nacional a un problema nacional, cuando la extrema derecha española considera que la ofensiva ideológica y política contra la democracia ya no basta. A esas motivaciones

[53] Reproducimos en Apéndice (4) algunos testimonios que ponen de manifiesto la posición delicada de los gubernamentales. precisamente en la segunda mitad de 1872, en vísperas del segundo alzamiento. A.S.V Legajos correspondiente al tercero y cuarto trimestres de 1872

españolas se añaden los temores particulares de los responsables vascos. Pese al respeto de los Fueros que ostentan los diversos gobiernos y a los proyectos del ala izquierda del régimen, los federales, de ampliar y enriquecer las autonomías regionales, los fueristas vascos combaten al régimen porque saben que un Estado más moderno, más burgués o más democrático provocara, en un plazo más o menos breve, la desaparición de la vieja autonomía vasca o su modernización. En ambos casos se verían obligados, como mínimo, a compartir el poder regional, perdiendo así el monopolio político que la clase dominante ejerce. La ofensiva de esta contra la democracia se aprovecha de la debilidad relativa del movimiento liberal, que es también una particularidad vasca.

163 La preeminencia de las tendencias más moderadas, en el interior de ese movimiento, en detrimento de las corrientes más radicales, incita a los liberales vascos, en las situaciones delicadas, a buscar el compromiso con el adversario. Tanto más cuanto que su margen de maniobra es estrecho, pues los liberales no tienen apenas influencia en las masas. Ya hemos visto que su propaganda desconfía del pueblo y lo desprecia. Cuando empiezan las hostilidades, los notables liberales parecen divididos en lo que respecta a la actitud que debieran adoptar. Algunos apoyan y alientan a Serrano cuando este prepara el Convenio. Otros, especialmente en San Sebastián, están dispuestos a aceptar el desafío del adversario. Pero, para combatir a los carlistas, han de apoyarse en el Ejército del Norte y en correligionarios de las demás regiones de España, lo que contribuye a subrayar el aislamiento en que se encuentran en su propia región. Las relaciones entre los notables liberales y las corrientes democráticas populares son más bien tensas, mientras que una parte del pueblo sigue a los legitimistas. El éxito electoral de estos últimos lo ha puesto de manifiesto hasta la saciedad. No obstante, la adhesión a una causa no siempre es una motivación suficiente para emprender una guerra.

Una intensa campaña ideológica y una larga preparación psicológica han precedido, como ya hemos visto, al desencadenamiento de las hostilidades. El clero y los notables rurales han incitado a las masas a la rebelión; los veteranos de la primera guerra reavivan recuerdos de hechos que han afectado profundamente al País Vasco. Los hombres cultos, los instruidos, anuncian próximas catástrofes. Cuando el poder regional cambia de manos y empiezan los primeros enfrentamientos armados, es difícil para un adulto permanecer neutral; la región presencia la llegada de militares que, lo mismo que las autoridades civiles, se muestran desconfiados con el conjunto de la población. ¿Qué van a hacer esos aldeanos vascos poco acostumbrados a la nube de funcionarios civiles y militares que se abate sobre las ciudades y villas de una región superpoblada? Las incitaciones contradictorias a enrolarse en uno o en otro bando sólo pueden impulsarles a seguir a los dirigentes de la sociedad tradicional, a quienes se han opuesto a innovaciones que aún no han aportado nada de bueno al mundo rural. La propaganda legitimista promete el bienestar y la paz frente a las dificultades y a los disturbios que ella misma contribuye a crear y habla de peligros, en realidad más imaginarios que reales.

164 Cuando los aldeanos llegan por fin a ser combatientes rebeldes, se codean con gente conocida, amigos del mismo pueblo, del mismo ayuntamiento, del mismo valle. Ellos y sus familias se conocen bien; quienes los mandan les merecen respeto o confianza. En el ejército de enfrente, por el contrario, hay soldados y oficiales que han venido de fuera; en cuanto los voluntarios se protegen de los primeros tiros del adversario, tienen la impresión, al replicar, que defienden a su familia y a su pueblo contra una ocupación extranjera.

Les dan de comer campesinos como ellos que, si es preciso, los albergan en sus casas. Un historiador carlista cuenta que los insurrectos se desplazan con muy poco equipaje, pues los

días festivos, sus familias van a llevarles ropa limpia y pasan el día con ellos.[54] En definitiva, la guerra puede ser menos penosa y más distraída que el trabajo cotidiano, como diría Unamuno.

Díaz de Rada, para reclutar voluntarios, se compromete a darles buena ración y una soldada. La ración asignada a los rebeldes de Vizcaya es apetitosa teniendo en cuenta lo que comen habitualmente los aldeanos de esa época.[55] Ahí reside uno de los factores de la movilización popular. La imposibilidad en que se encuentran, en determinado momento, los carlistas vizcaínos de cumplir sus promesas respecto a la indumentaria, la alimentación y la soldada de sus tropas ha sido causa probablemente de desánimo.[56] De manera inversa, el prestigio del cura Santa Cruz entre sus hombres procede parcialmente del buen aprovisionamiento de su partida.[57] Se puede indicar ahora que la superpoblación relativa del País Vasco es sin duda un factor poco despreciable de la guerra.

En la insurrección de 1872 las unidades carlistas reciben la orden de tratar fraternalmente a los civiles y de reducir al mínimo las cargas que se impongan a los pueblos; incluso los liberales han de ser objeto de comprensión. Periódicos del otro bando han alabado el comportamiento de los rebeldes.[58] ¿Cómo podría convencerse a la población no enrolada que el ejército legitimista no es el suyo y que las tropas venidas de fuera representan la legalidad, el orden y el progreso?

165

En 1872, un joven príncipe español exiliado sueña con restaurar una monarquía anacrónica y alienta una conspiración que desemboca en un alzamiento militar m,al organizado. En el País Vasco, muchos jóvenes, que no son simples soldados, emprenden una campaña que muy pronto pone de manifiesto el aislamiento del ejército liberal. Razones complejas dividen al pueblo vasco, separan al mundo rural de algunos núcleos urbanos y sumergen a la región en una guerra civil, a la que se superpone una ocupación militar que a veces toma la apariencia de una invasión extranjera.

---

[54] A. Artiñano. **Op. Cit.** pp. 41 4

[55] «La ración del voluntario se componía de una libra de pan, otra de carne y un cuartillo de vino...
Ibid, p. 39.

[56] Es lo que indican Artiñano y Arguinzóniz.

[57] J. Olazábal: **El cura Santa Cruz, guerrillero**. Vitoria 1928. pp. 27-59. **passim**. A Arlinano: **Op. Cit.** pp 48-51.

[58] A. Artiñano: **Op. Cit**. P. 36.

167

Capítulo III. La República frente a la guerra

El fracaso relativo de la insurrección de 1872 no desanima a los legitimistas que reanudan la guerra en 1873. Muy pronto la contienda adquiere gran amplitud en el País Vasco, pero los factores internos y la relación de fuerzas puramente militar no son los únicos aspectos que han de tomarse en consideración. Pues la vida política española se acompleja y atormenta.

Se proclama la república en febrero y un jefe del Poder Ejecutivo sustituye, al frente del Estado, al rey que acaba de dimitir. El gobierno cambia luego a primeros de junio, a mediados de julio y a principios del mes de septiembre; la rebelión cantonal va a dar tanta ocupación al Ejército como la guerra carlista, cuyo desarrollo no debe ser estudiado al margen del proceso político. Este conoce, grosso modo, dos movimientos; en la primera mitad del año, se presencia una radicalización del régimen, luego, a partir de julio, un frenazo, seguido de una reacción moderada que culmina con el golpe de estado del 3 de enero de 1874.

Estudiaremos por consiguiente la insurrección en las provincias vascas en dos tiempos, correspondientes a la primera y a la segunda mitad del año, y en cada caso, el examen de las operaciones militares va precedido de una reseña sobre la situación política general. En el capítulo siguiente se observara el comportamiento de los dos bandos contendientes y las características de la insurrección en el País Vasco.

168

I. La situación política general

Recordemos los cambios políticos que se producen en España, la situación de Europa y las relaciones franco-españolas, en la primera mitad de 1873.

La proclamación de la República en España

Cuando Amadeo abdica, ya están dispuestas las Cortes a proclamar la República. El 11 de febrero, las dos cámaras reunidas se atribuyen todos los poderes. Tras un debate apasionado, una amplia mayoría (256 votos contra 32) proclama la República. Hay que observar que, con tal motivo, aparece una nueva coalición que agrupa a los antiguos radicales y a los republicanos; el primer gobierno es un fiel reflejo de esa alianza pues ambas formaciones se reparten los ministerios por igual. Figueras va a ser elegido presidente y con el colaboran personalidades como Pi, Castelar y Salmerón.

El nuevo gobierno se enfrenta con problemas de envergadura y, si cuenta con un apoyo popular más amplio que los que le han precedido, pronto se vera atacado por todas partes: los monárquicos no aceptan el cambio institucional y los internacionalistas reclaman reformas que el equipo gubernamental no está dispuesto a realizar. Las medidas que este adopta son superficiales; supresión de los títulos de nobleza, abolición de las quintas. Las luchas populares se intensifican; se ocupan tierras en Andalucía, se reclama una reducción

de la Jornada de trabajo y aumento de salarios. Mientras crece la agitación social, la guerra se extiende en el Norte y grupos radicales reclaman la República federal. Barcelona se erige en estado autónomo, Málaga se declara independiente.

La agitación compromete la estabilidad política; se disuelven las Cortes el 8 de marzo y se anuncian elecciones para junio. En estas, la derecha y el centro se abstienen; los republicanos obtienen así una mayoría aplastante de escaños; tras la dimisión de Figueras, surge un nuevo gobierno presidido por Pi.

169

Con Pi y Margall la República se desliza hacia la izquierda, los radicales no asumen ya responsabilidades gubernamentales, pero un nuevo antagonismo surge entre republicanos: Salmerón y Castelar se distancian de Pi.

El nuevo equipo consigue que se modifique la Constitución para que España sea una república federal: comprenderá 15 estados autónomos divididos en cantones y ayuntamientos, pero esa autonomía será limitada. El intento reformista de Pi y Margall y sus simpatías por el movimiento obrero dan un auge insospechado a las luchas populares y a las reivindicaciones sociales y políticas.

El movimiento cantonal

Cuando se proclama la República federal, surgen en muchas regiones movimientos, organizados por republicanos e internacionalistas, que reclaman la autonomía regional o comarcal. En Alcoy, sede de la Internacional, los obreros declaran la huelga general, se enfrentan con las fuerzas del orden y, después de apoderarse de la ciudad, proclaman su autonomía. En Andalucía, Sevilla, Málaga, Córdoba, Granada... se erigen en cantones e intentan aplicar un programa de reformas: limitación de la Jornada de trabajo, confiscaciones, ocupaciones de fincas, etc. Otras ciudades, como Valencia y Cartagena, emprenden experiencias similares. El movimiento

alcanza grandes proporciones en la mitad meridional de España; como toma el cariz peligroso de «revolución social», los republicanos unitarios reclaman la represión enérgica; Pi y Margall va quedándose cada vez más aislado y acaba por dimitir.

La Europa conservadora

El triunfo de la República en España coincide en Francia con un movimiento de signo opuesto. Thiers, que ha gozado del apoyo de los republicanos moderados y de cierta pasividad de la derecha, se debilita políticamente en la primavera de 1873.

170

Los monárquicos consideran que la misión de Thiers, una vez aplicado el tratado de Francfort, ha concluido, pero su caída se debe más bien a los ataques de la izquierda. El fracaso de Rémusat (ministro de Thiers) en la elección parcial de París, el 27 de abril de 1873, frente al candidato de izquierda Parodet, aparece como una condena del equipo gubernamental por parte del pueblo de París.[1] El 23 de mayo, Thiers dimite, pero su sucesión no es fácil. La izquierda es minoritaria en la Asamblea y la derecha se halla dividida entre legitimistas y orleanistas. Ante la imposibilidad de hallar una solución monárquica, las dos ramas dinásticas se ponen de acuerdo para llevar a la presidencia a un personaje muy reaccionario: el mariscal MacMahon.

Su programa se basa en el restablecimiento del «orden moral» y la reconciliación de la Iglesia

[1] J.P. Azema y M. Winock: **La llle Republique,** Calmann Levy. París 1970. pp. 79 y siguientes.

y el Estado. No sorprenderá pues que su gobierno, en el que de Broglie aparece como eminencia gris, tome decisiones cada vez más conservadoras y antidemocráticas. Se depura la administración y hasta se pretende que el Gobierno podrá nombrar a los alcaldes. Se reprime toda manifestación anticlerical o antimonárquica y queda prohibida la venta publica de periódicos republicanos. El Catolicismo es de nuevo religión oficial, menudean las peregrinaciones y otros actos religiosos, se prohíbe el entierro civil. Los clericales levantan cabeza y pretenden que el interés nacional coincide con el del Vaticano.[2]

En lo social, se excluye toda medida tendente a mejorar las condiciones de vida de las masas populares.

En el plano internacional, Bismarck es poco favorable al nuevo equipo gubernamental francés, pues teme que los monárquicos impugnen el tratado de Franckfort y favorezcan el resurgimiento militar en Francia. Y en efecto, el gobierno francés reorganiza el ejército e instituye un servicio militar obligatorio de cinco años.[3]

Hay que tener en cuenta esa situación francesa para comprender el tratado de amistad entre los tres emperadores (Alemania, Rusia y Austria-Hungría) realizado en junio de 1873.[4] Bismarck consigue así aislar a Francia, precisamente en el momento en que las relaciones de este país con Inglaterra son más bien distantes.[5] Italia, por su parte, teme la intervención francesa en favor del Papa.

171

Las relaciones internacionales son pues tensas, lo que teóricamente debiera garantizar la neutralidad de Europa con respecto a España. No obstante, las cancillerías no se dan prisa para reconocer a la República española. Inglaterra prefiere esperar hasta que el régimen se consolide.[6] Bismarck desea que, en caso de un nuevo conflicto franco-alemán, España permanezca neutral y está dispuesto a tolerar el régimen español, pero la alianza conservadora en la que se halla implicado no le aconseja acercarse a la República. En fin, la evolución de Francia no permite hacerse la menor ilusión respecto a su posible simpatía por las autoridades de Madrid.

Las relaciones diplomáticas franco-españolas

La diplomacia francesa intenta evitar la abdicación de Amadeo y, como esto no se consigue, adopta frente a la República la misma posición que Inglaterra. París ruega a las autoridades de Madrid que Olózaga, embajador de Amadeo, permanezca en su puesto, a lo cual accede el gobierno español.[7]

La desconfianza de Francia, Inglaterra y Rusia hacia la República española ha incitado a Thiers a proponer un acuerdo a esos dos países para hacer frente a una posible injerencia de Alemania en los asuntos españoles y para evitar que la radicalización del régimen en España conduzca a la unión Ibérica. A pesar de una identidad de puntos de vista, Inglaterra y Rusia

---

[2] F.. Lavisse: **Histoire de la France contemporaine.** Hachette-Tome VII pp. 362-365.
[3] P. Renouvin. **Op. Cit.** lome 2. p. 54 y J. Salom Costa: **Op. Cit.** pp. 39-40.
[4] P. Milza: **Op. Cit.** p. 26.
[5] Ch. Bloth: **Les relatións entre la France et la Grande-Bretagne (1871-1878)**. les Editions Internationales. París p. 3
[6] D.D.F. 1ère série. ler Vol. p 207.
[7] Mistère des Affaires Etrangères, París. Correspondance Politique (de ahora en adelante C.P.), Tome 883. p. 139

no aceptan la sugerencia por miedo a enemistarse con Alemania.[8]

Las autoridades francesas tienen empeño en hacer saber a Europa que no han tenido ninguna responsabilidad en el cambio político español, cuyo régimen es de naturaleza completamente distinta de la República francesa. Francia está realmente preocupada por lo que sucede en España. En primer lugar, la inestabilidad de la república española puede hacer resurgir la candidatura Hohenzollern. [9] En segundo lugar, una posible unión ibérica alteraría el equilibrio europeo. [10] En fin, la radicalización de la vida política española podría tener consecuencias en Francia.[11] Pese a todo, Thiers manifiesta cierta comprensión hacia el nuevo régimen español pues un debilitamiento de este podría dar lugar a la intervención de Alemania.[12] No obstante, los imperativos del conservadurismo prevalecen por encima de toda rivalidad internacional.

172

Si el federalismo triunfara en España, podrían surgir en otros países «Comunas» gigantescas; un fantasma recorre Europa y quita el sueno a sus gobernantes. Pi y Margall aparece como un hombre vacilante y en definitiva peligroso. Frente a los disturbios provocados por los cantonales, el gobierno francés pone en alerta a sus fuerzas marítimas y varios navíos franceses navegan hasta las costas de Cartagena so pretexto de proteger a los súbditos de

Francia que residen en España. Cuando el gobierno español rompe sus relaciones con el Vaticano, la embajada de Francia en Madrid se encarga de albergar documentos y enseres de la Nunciatura[13]

La guerra carlista aviva aún más la tensión entre los dos países vecinos.

Francia y los carlistas

Con la proclamación de la República, la insurrección carlista adquiere nuevas proporciones y los rebeldes siguen valiéndose de Francia como refugio y punto de organización. Ya nos hemos referido a la actitud benévola del Prefecto de Pau; el cambio político de 1873 permite a ese funcionario francés ayudar aun más a los carlistas y no pierde ocasión de mostrarse desdeñoso con los agentes de la República española.[14] A las frecuentes quejas de España, responden los franceses que les es difícil ejercer un control total y efectivo de la frontera.[15] En realidad, Thiers no ha tornado nunca medidas verdaderamente eficaces; su sustitución por Mac

Mahon permite a los legitimistas franceses actuar con más libertad y la radicalización del régimen español le resta simpatías en el país vecino. En la primera mitad de 1873, los carlistas pueden actuar. Francia con más impunidad que nunca.[16] Cuando en julio de ese año**,** el Ministro español de asuntos exteriores escribe a de Broglie reclamando una vigilancia efectiva de los carlistas, el duque responde de manera evasiva al problema planteado por su compa-ero español y se permite criticar a las autoridades españolas que han tolerado una manifestación «comunista» antifrancesa en Barcelona.[17]

173

---

[8] Ch. Bloch **Op. Cit.** pp. 62-63.
[9] D.D.F». 1ère serie. ler Vol. p. 213
[10] C.P tome 883, pp. 121 y 139 y A. Thiers: **Notes et souvenirs**, Calmann Lew, París 1904. p. 378.
[11] J. Salom Costa: **Op. Cit.** p. 60.
[12] D.D.F. 1ère Vol. p. 230.
[13] C.P. tome 883. pp. 130. 148 y 240 y J. Salom Costa: **Op. Cit.** pp. 60-61
[14] J.C. Devos: **La guerre carliste in Actes du 94èmce Congrès National des Sncietés Savantes,** B.N. París 1971, p. 450.
[15] C.P. t. 884. pp. 99. 101, 111.180 y 187
[16] C.P. t. 884, pp. 99-100. Véase también H. Hauser: **Histoire diplomatique de l'Europe (1871-1914).** P.U.T. París 1929, p. 80.
[17] Ministère des des Affaires Etrangères. París: **Mémoires et Documents**, tome 554, pp. 289-291

No obstante, la posición de los políticos franceses no es unánime con respecto al carlismo. Si los legitimistas, entre los que se encuentra el Prefecto de Pau, no ocultan sus simpatías por Don Carlos, los orleanistas, al contrario, se muestran reservados. Así, las necesidades de la política interior francesa, que descansa en la unión gubernamental de las dos ramas monárquicas, impone cierta neutralidad que, en la práctica, es más bien pasiva. Y esa pasividad permite a los legitimistas franceses conceder alguna ayuda a los carlistas, ayuda limitada, pero preciosa en 1873. El gobierno francés finge no ver la actividad que los legitimistas españoles despliegan en Francia y ello dando la impresión a las autoridades españolas que se prohíbe toda actuación política a los insurrectos. A veces, esa apariencia de vigilancia perjudica al ejército gubernamental.[18]

En definitiva, la conducta global de los responsables franceses aparece fundamentalmente determinada por la necesidad de oponerse al «peligro rojo «español

II. El segundo alzamiento

Sin perder de vista esa situación política general, examinemos la actividad militar de diciembre de 1872 a agosto de 1873.

La declaración de hostilidades

A lo largo de 1872, Don Carlos y sus consejeros han pensado en un segundo alzamiento, pero los desacuerdos en el interior del partido no facilitan la tarea. Se critica a Arjona, secretario del Pretendiente. a quien este defiende contra todo y contra todos. Don

174

Carlos quisiera pasar a la acción lo antes posible, pero la Junta Militar Vasco-navarra no está dispuesta a lanzarse a una aventura mientras no disponga de los medios apropiados. Muchos miembros de dicha Junta, fieles a Cabrera, esperan que el Rey y el viejo general se reconcilien. Finalmente, Don Carlos destituye, el 2 de octubre, a los miembros de la Junta Militar y nombra a Dorregaray comandante militar de las cuatro provincias vascas; Arjona va a ser despedido y algunos jefes, en desgracia hasta entonces, emergen de nuevo. Así, Velasco, Lizárraga y Ollo son nombrados respectivamente jefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra con Valdespina al frente del Estado Mayor.[19]

El Alto Mando fija la fecha del alzamiento para el 12 de diciembre, luego para el 15 y, Finalmente, para el día 18.

En Vizcaya, el jesuita Goiriena, al frente de una partida, se apodera de armas y municiones del Ejército e impone multas y contribuciones a Ayuntamientos y particulares; otras partidas actúan en otras muchas zonas de la provincia. Pero los notables se muestran reservados y la Diputación exhorta a la población a colaborar con el Ejército para evitar la guerra.[20]

---

[18] En julio de 1873. las autoridades militares españolas quieren enviar armas por Francia a la guarnición de Puigcerdá, cercada por los carlistas. Francia se opone invocando su neutralidad en el conflicto. A.M.A.E. Legajos 1519 y 2457.

[19] R. Oyarzun **Op. Cit.** pp. 298-299 y Cuerpo de EM.: **Op. Cit.** Vol. II pp. 216-217

[20] « El jesuita Goiriena entró el 26 en Mundaca y Bermeo, al frente de 28 hombres, y en este último punto sorprendió la

En Guipúzcoa, el cura Santa Cruz y Soroeta intervienen de manera cada vez más audaz. Aparentemente hay menos guerrilleros en esta provincia; sin embargo, consiguen neutralizar a fuerzas enemigas relativamente importantes. Muy pronto, Lizárraga pretende obstaculizar la circulación de los trenes. El 6 de enero, tan sólo unos días después de la proclamación oficial del alzamiento, los efectivos de las partidas sublevadas en Guipúzcoa y Vizcaya se cuentan por decenas, mientras que el ejército liberal opone a los rebeldes, sin ninguna eficacia, unidades que cuentan centenares de hombres. Ni siquiera Álava está pacificada, pero es en Navarra donde los insurrectos disponen de más medios y de más fuerza. Frente a los carlistas de esta provincia, los batallones gubernamentales permanecen impotentes.[21]

En efecto, el Ejército no está en condiciones de replicar eficazmente. Sus efectivos se han visto reducidos en el segundo semestre de 1872 y sólo dispone, en las cuatro provincias, de 3.500 soldados de Infantería y de 2.000 hombres de las diversas fuerzas de policía.

175

Las autoridades militares deciden concentrar a esas tropas en las plazas más importantes e

---

escampavía Nervión, apoderándose de sus armas y municiones: exigió que se le entregaran 3.450 pesetas existentes en la caja municipal, así como la cantidad que había en la aduana. imponiendo además 45.000 pesetas de multa al teniente alcalde, 5.000 a todo el ayuntamiento y 3.250 al secretario; pero desistió por fin de la realización de estas exacciones: en Mundaca exigió también 5.000 pesetas al vecino de aquel pueblo D. Manuel Antonio de Erezuma, y al alcalde, los fondos del municipio; y no habiendo accedido a sus deseos uno ni otro, los llevo presos»

Cuerpo de Estado Mayor: **Op. Cit.** Vol. II. p. 230.

En el valle de Arratia, Ipiña, Belaustegui y García Pazos se alzan con diversas partidas: otras actúan en la zona de Valmaseda; Gómez y del Campo intervienen en los alrededores de Sopuerta; Llaguno y Urquijo en Sorrollano; otros rebeldes se encuentran cerca de Burceña. El comandante rebelde de Arratia dicta ordenes severas:

«Habiendo observado con gran pena. lo mal avenidas que se hallan algunas personas que se titulan vizcaínos, con la proverbial hidalguía a los de este noble solar, favoreciendo a los que con marcada malicia intentan destruir nuestra sacrosanta religión cristiana, y arrebatarnos nuestros fueros e instituciones... Artículo único: Todo individuo de cualquier clase y condición que sea, que transmita algún parte o noticia de los movimientos de las fuerzas que sostienen la bandera de la legitimidad... a los mercenarios del Rey intruso, serán declarados traidores. y, como tales, pasados por las armas»

«... encargo a V., que no bien se aperciba de la llegada de alguna fueza enemiga, me lo comunique seguidamente.»

C.E.M. II. pp. 242-243.

[21] Santa Cruz y Soroeta reclutan voluntarios:

«... sin abandonar el terreno de sus merodeos, pues del Endara al Oyarzun y de Aya al Arano, evadían perfectamente la más activa persecución de cuatro y seis columnas a veces...». Pirala: **Op. Cit.** Vol. IV pp. 233.

«EI 1» de enero de 1873, el jefe del regimiento de Cantabria, al frente de cuatro compañías de su cuerpo, batió en Lizárraga a una partida de 100 hombre: esta, el mismo día y a pesar de ir escoltados los trenes. hizo fuego a uno de los viajeros. hiriendo a un soldado. Los rebeldes entraron en Estella el 2, e impusieron una contribución de 6.750 pesetas, (un guardia civil quedo prisionero). El comandante general de Navarra, tan pronto como tuvo noticias de este suceso, salió para dicha ciudad con el regimiento de San Quintín: al llegar a Estella. sabiendo que la facción se dirigía a Alsasua, tomo esta dirección, y cerca de este pueblo la alcanzo; pero se dividieron los carlistas en pequeños grupos. que se encaminaron a la sierra de Andía. Por lo avanzado de la tarde no se consiguió otro resultado que hacer un prisionero».

En enero, los guerrilleros siguen hostigando al Ejército y, pese a los esfuerzos de la Diputación de Guipúzcoa, los resultados son decepcionantes. Cuando Santa Cruz manda fusilar al alcalde de Anoeta, lo persiguen sin éxito los miqueletes mandados por Arana y los carabineros de Navarra. La expedición enviada contra el y mandada por el coronel Costa es igualmente infructuosa. El 21 de enero, Moriones personalmente llega a Zumárraga y el Capitán general González es atacado el 26 en Iturrioz. Dos jefes militares, el general Primo de Rivera y el coronel Blanco reciben la misión, el 29, de perseguir a Santa Cruz.

Esos hechos ponen de manifiesto las grandes dificultades con que tropieza el Ejército para hacer frente a un tipo de guerra muy particular (Véase Pirala: **Op. Cit.** Vol. IV. p p . 175-185)

En unos días los insurrectos se muestran capaces de obstaculizar la circulación de los trenes. He aquí las instrucciones de Lizárraga en este respecto:

«Como Comandante general de esta provincia... y teniendo que emprender un movimiento general que libre a España de la esclavitud en que la tiene un extranjero, hijo del carcelero del Papa... Considerando que la circulación de los trenes y comunicaciones telegráficas son el arma más poderosa con que su ateo Gobierno cuenta, he creído conveniente para privarle de ella ordenar lo siguiente: = Artículo 1º = A las seis horas de recibir esta mi comunicación deberán quedar desocupadas y cerradas todas las dependencias de la vía que están a su cargo. Artículo 2º = Pasadas las seis horas, serán hostilizados todos los maquinistas que conduzcan trenes y fusilados todos los empleados que sean aprehendidos en el servicio de la vía... Artículo 3º = Transcurridas las seis horas. principiara el deterioro de la vía, cuya indemnización jamás tendrá la empresa derecho a reclamar... Campo del honor, 6 de enero de 1873». Cuerpo de Estado Mayor**: Op. Cit.** II. pp. 245-246.

intentan limitar la rebelión aplicando la política de indulto instituida el año anterior.[22] El Estado Mayor finge ignorar la evolución de la situación pese a las advertencias de la Diputación de Guipúzcoa, que considera que la guerra ha entrado en una nueva fase, y a las exigencias de muchos liberales vascos, cansados de la política de «reconciliación» que propicia el auge del carlismo.[23] El Gobierno y el Ejército, imperturbables, siguen creyendo en la virtud de la clemencia. Sin embargo, no puede decirse que las apariencias engañen.

Como en los últimos meses de 1872, algunos rebeldes siguen acogiéndose al indulto, pero, con mucha frecuencia, esa gestión no es más que un medio cómodo de disfrutar de un permiso para regresar luego a la «partida». Las autoridades militares se preocupan de vigilar a los indultados y multiplican las amenazas contra los reincidentes e instigadores, pero, al mismo tiempo, siguen indultando generosamente y prometen a los pueblos que colaboren con el Ejército una rebaja en las cargas y servicios que pudieran imponerles.[24]

Esa política de mansedumbre no es eficaz y los informes y noticias referentes a los rebeldes cuestan cada vez más caros. A primeros de año, el ejército liberal no está en condiciones de guardar a los pocos prisioneros hechos al enemigo y ha de internarlos en el Sur de España. El 1 de enero, el ejército se compromete al sostenimiento de los voluntarios que, como ocurre con los de Hernani, no pueden ejercer su trabajo profesional por hallarse cercados por los carlistas.[25]

El 3 de enero, el Ministro de la Guerra invita a las autoridades militares de la región a justificar sus peticiones frecuentes de refuerzos y deplora que los informes sobre el estado de la rebelión sean imprecisos y contradictorios. El Capitán general explica al Ministro la

---

[22] Es lo que se desprende de la carta del 7 de diciembre. del general Gardyne al Ministro de la Guerra. Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** Vol. II. pp. 22-223. Esa actitud sigue persistiendo en febrero. El 2 de febrero, el general en jefe escribe al gobernador militar de Navarra:

> « Diga V.E. al jefe de la columna de la Ribera que los facciosos presentados a indulto sin armas deben permanecer en sus pueblos bajo garantía de los Alcaldes los que informaran acerca de sus antecedentes: y los jefes militares a que se presenten (deberán) ...expedirles un certificado en que consten las condiciones en que se presenten a indulto».

A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873.

[23] El 3 de febrero, el Diputado de Guipúzcoa escribe al general en jefe que los liberales de su provincia desean que se adopten medidas enérgicas contra los rebeldes y que se ponga fin al indulto. **Ibidem**

[24] El 12 de enero el Ministro aconseja:

> «...redoblar la actividad en la persecución y la severidad en la represión. Haga correr la voz de una manera extraoficial que los prisioneros van a ser juzgados militarmente por consejos de guerra y destinados según la culpabilidad a presidio o al servicio militar en Cuba».

Sin embargo, ese mismo día, el gobernador militar de Vizcaya pide la autorización de indultar (autorización que le será concedida) a guerrilleros de las Encartaciones. Moriones, por su parte, ha concedido el indulto, el 13 de enero, a todos los rebeldes que se presenten con sus armas en un plazo de ocho días y ha prometido a los pueblos la dispensa de ciertas cargas si aceptan la colaboración con las fuerzas armadas.

Es el propio general en jefe quien confiesa involuntariamente que la clemencia es ineficaz. Escribe el 22 de marzo:

> «...Habiéndose observado que muchos de los individuos pertenecientes a las facciones carlistas que se presentan acogiéndose a indulto lo hacen únicamente para descansar unos días libres de toda responsabilidad y vuelven después a ingresar en las partidas...».

Ibidem

[25] El 13 de enero, en una carta al general de Brigada Catalán, Moriones escribe:

> «Las confidencias se pagaran bien y se hará comprender a los pueblos que si quieren librarse de todos los sacrificios que la guerra les cuesta será sirviendo a los jefes de columna con lealtad y rapidez».

El 9 de enero, el Ministro de la Guerra decide deportar a los prisioneros carlistas, pues:

> «...su aglomeración... ofrece entre otros inconvenientes el de distraer para su custodia fuerzas del ejército que podrían desempeñar más útil servicio.»

Una carta recibida por el gobernador militar de Guipúzcoa, el 1º de enero, contiene las siguientes instrucciones:

> «Se ha dispuesto que a los voluntarios de Hernani se les de cien raciones diarias de etapa atendiendo al servicio que están prestando. que les imposibilita del trabajo mediante hallarse bloqueados por el enemigo. y que se le faculte para que conceda igual beneficio a aquellos otros que se encuentran en igual caso».

Ibidem.

situación de la región en los términos siguientes:

> «Las primeras noticias que se reciben en todas partes no pueden tener la exactitud y precisión que fuera de desear, pues se adquieren por confidencias propias y autoridades locales... Por otra parte, en momentos dados, en que se reciben noticias de aparecer en puntos múltiples, facciones, cuyo número y fuerza no se determinan fijamente, y que quizás se exageran, impulsan a acudir a todas partes, para lo cual aparece inmediatamente la falta de fuerzas suficientes ...no me es posible adoptar un plan fijo de operaciones... toda vez que la situación y fuerza del enemigo no es fija ni determinada, y su aparición resulta sucesiva o simultáneamente en distintos puntos».[26]

176

De la tranquilidad aparente a la guerra que oculta su identidad

El Gobierno tendrá que abrir los ojos y tomar en serio la rebelión de las provincias vascas. Resurge el Ejército del Norte: cuatro generales van a mandarlo de enero a agosto: Moriones. Pavía, Nouvilas y Sánchez Bregua.[27]

En cuanto Moriones llega al teatro de operaciones, reorganiza a las tropas y dedica especial atención a la provincia de Navarra. Los jefes que operan en esta reciben instrucciones minuciosas. Hay que apoyarse en la población para obtener informes referentes al enemigo, conseguir suministros en las zonas más hostiles al régimen para debilitarlas y mostrarse prudente para evitar la mínima victoria del adversario, pues el triunfo más insignificante tendría repercusiones en el plano psicológico y atentaría contra el prestigio del Gobierno. Se ha de garantizar permanentemente el enlace entre las diversas columnas y patrullas por medio de una correspondencia en clave, los confidentes y colaboradores del Ejército deberán ser recompensados generosamente. Hay que perseguir sin tregua a los rebeldes en el centro y norte de Navarra, es indispensable evitar el que puedan pasar a las demás provincias y hay que proteger de manera especial las zonas más liberales del sur de la provincia.[28]

En Vizcaya, la situación permanece estacionaria, mientras que, en Guipúzcoa, los gubernamentales tratan de proteger las plazas más importantes con escasas tropas y con unidades de voluntarios; pero parte de la provincia queda abandonada.[29]

177

La situación se deteriora de día en día y, a finales de enero, Moriones llama la atención del Gobierno sobre las proporciones inquietantes que está tomando la insurrección:

> «No me equivoque cuando, antes de salir de Madrid, dije a V. que la campaña carlista se presentaba con mayor gravedad que la... del año anterior; así es en efecto, pues si bien entonces se levantaron mayores masas, dominaba en ellas exclusivamente la

---

[26] Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** II, pp. 233-236.

[27] Respecto a dimisiones y nombramientos de jefes militares, véase la **La Gaceta de Madrid** números del 5 de enero, 15 y 16 de febrero, 25 de febrero y 24 de marzo.

[28] Instrucciones de Moriones al coronel del Cantabria, a los generales Primo y Catalán, a los coroneles Blanco y Navascúes y al comandante militar de Tafalla. Cuerpo de EM.: **Op. Cit.** II, pp. 257-264, **passim**.

Dirigiéndose al comandante del fuerte de Santa Adrián en Bacaicoa, Moriones le aconseja la máxima prudencia

> «...Cuando por necesidad ocurriese que bajase algún individuo de la guarnición a la población, será con escolta armada, en número proporcionado al de enemigos que pudiera encontrar; pero el comandante del puesto como responsable de el, lo hará muy rara vez, y teniendo siempre seguridad de que no hay enemigo próximo en ningún número... »

Ibidem, p. 262.

[29] **Ibid**, pp. 264-265.

> idea política, mientras que actualmente ha tornado la guerra un carácter de vandalismo, digno de llamar la atención, pues los pueblos están fanatizados de una manera, que sufren vejaciones y exacciones de todo género, y protegen, a pesar de ellos, la causa carlista, de un modo decidido y eficaz».[30]

El general añade que a pesar de los medios que se han puesto a su disposición, no está en condiciones de aplastar a la rebelión si no recibe nuevos refuerzos, pues la unidades están incompletas y el conflicto de los artilleros hace difíciles las operaciones ya que las tropas combaten mal cuando no están apoyadas por la artillería y, en ese caso, el enemigo se muestra especialmente audaz. El Ministro, en su contestación, intenta infundir confianza a Moriones. La guerra, dice, se acabará muy pronto, pero el Gobierno no puede aumentar demasiado 'os efectivos del Ejército del Norte sin dejar peligrosamente desatendidas otras regiones de España; es pues necesario recurrir a unidades auxiliares de voluntarios o de «cuerpos francos».[31]

Nada justifica el optimismo del Ministro, teniendo en cuenta la determinación y la intransigencia del adversario, de la que Moriones da cuenta. Con la proclamación de la República, aquél va a ser sustituido por Pavía, lo que da lugar a cierta agitación en el ejército. Varias columnas abandonan el frente y se concentran en Vitoria; Primo de Rivera y otros jefes y oficiales invitan a Moriones a permanecer en su puesto, pero el general exhorta a la tropa a seguir siendo fiel al nuevo gobierno.[32]

178

El abandono de una parte de Guipúzcoa facilita la tarea de los carlistas y contribuye a desmoralizar a los liberales de esa provincia. Pavía reclama algunos recursos financieros y se muestra clemente con el adversario liberando a los prisioneros heridos. Trata con más o menos fortuna de permitir la circulación de los trenes, pero no obtiene refuerzos suplementarios. Su táctica consiste en ocupar los puntos estratégicos con el fin de obstaculizar o controlar el transito de tropas enemigas de una provincia a otra, pero, para ello, se ve obligado a conferir cierta autonomía a los jefes de las diversas unidades en detrimento de una buena coordinación del mando y de la adecuada planificación de las operaciones. Durante su breve mando, lo posición del Ejército no se mejora, aunque los legitimistas, si se da crédito a las fuentes liberales, dispongan tan solo, en febrero, de tres mil hombres armados.[33]

Al revés de lo ocurrido en 1872, los rebeldes movilizan sus efectivos progresivamente. Ollo, en Navarra, ha tornado la precaución de no enrolar a la gente sino a medida que llegan las armas, con frecuencia, robadas al enemigo. El 22 de diciembre sólo tiene a sus ordenes 40 hombres; van a ser 250, el 1º de enero. En febrero, se traslada a Vizcaya para alentar el alzamiento en aquella provincia y cuando regresa a Navarra en marzo puede presentar a Dorregaray, que acaba de llegar de Francia, 1.500 hombres armados. Son capaces de afrontar al ejército liberal en Monreal, en una batalla que los carlistas consideran como su primera victoria importante.

El nuevo general en jefe, Nouvilas, aprovechando la lección de Monreal, dicta sanciones contra los cómplices de los rebeldes el 23 de marzo.[34] La guerra va a verse así en cierto modo oficializada. pero los liberales no pueden ir muy lejos; han de comprobar que la guerra ha tornado grandes vuelos en Navarra y que los insurrectos gozan de protección por parte de

---

[30] **Ibid**, p. 287.
[31] **Ibid**. p. 29
[32] Pirala: **Op. Cit,** IV, pp. 200-230. **passim**.
[33] Cuerpo de L.M.: **Op. Cit.** II. p. 287.
[34] Oyarzun: **Op. Cit.** pp. 304-305. Hernando: **Op. Cit.** pp 25-27 y Cuerpo de EM. **Op. Cit.** II. p.

las autoridades francesas de la frontera. En las demás provincias, y sobre todo en Vizcaya y Guipúzcoa, donde los generales Ansotegui y Castillo persiguen con poco éxito a los guerrilleros la posición del Ejército no es mejor. pues el enemigo practica una guerra de desgaste y no afronta directamente a su adversario.

179

Un giro en la guerra

El mes de marzo marca una etapa, pues la situación se agrava para los liberales, tanto en el teatro de operaciones como en el interior de sus propias filas. La política de clemencia ha fracasado y Nouvilas la clausura. Sin embargo, las medidas represivas que adopta no consiguen intimidar a los cómplices de la rebelión. Los «mayores contribuyentes» de Mañeru, en Navarra, por ejemplo, emprenden una querella contra el jefe de los voluntarios de Cirauqui que pretende imponer una multa a aquella localidad por haberse negado a informarle de la llegada de los rebeldes.[35] Eso significa que la legislación republicana, con las garantías que ofrece, obstaculiza el indispensable mantenimiento del orden en una región especialmente hostil al régimen; como de todas formas las autoridades liberales se ven obligadas a reprimir, las medidas que se toman contra Jos sospechosos de connivencia con el enemigo adquieren fácilmente un carácter arbitrario. Lo mismo ocurre cuando el Ejército ha de obtener suministros con urgencia. Las dificultades con las que tropiezan los liberales, a causa de su aislamiento, hacen que su comportamiento pueda parecer, en ocasiones, ilegal.

En abril, esas dificultades son aún mayores. En la perspectiva del Gobierno, la primera tarea ha de consistir en evitar los atentados contra el ferrocarril y el telégrafo. La mayor parte de las unidades militares prosiguen ese empeño con un éxito relativo. Así, por ejemplo, el general Castillo se dedica exclusivamente a esa actividad en Guipúzcoa. El 1º de abril, el general en jefe le acusa sin fundamento de abandonar la persecución de los guerrilleros; es una prueba de que las informaciones que llegan al general en jefe son falsas o inexactas y, sin embargo, las ordenes que este dicta se basan en esas informaciones.[36] No sorprenderá pues

---

[35] En una carta de 4 marzo. del Capitán general al general en jefe, se equivoca el conflicto entre el jefe de voluntarios de Cirauqui y el ayuntamiento de Mañeru, en Navarra. El jefe de voluntarios ha impuesto una multa de mil raciones de carne a Mañeru so pretexto que las autoridades municipales de dicha localidad no han avisado a los liberales de la llegada de una partida carlista. EI ayuntamiento y los mayores contribuyentes se niegan a pagar, invocando los siguientes argumentos: 1º no ha sido posible avisar a los liberales porque los rebeldes, que cercaban la ciudad. impedían toda complicación con el exterior; 2º Mañeru no tiene bastantes recursos para pagar la multa, y 3º la actitud del jefe de voluntarios es ilegal y la medida tomada arbitraria. En efecto —añaden los ediles— los jefes militares estaban autorizados, en la época de Amadeo, a imponer cargas a los pueblos, pero la República ha suprimido ese procedimiento arbitrario. El Capitán general es sensible a esos argumentos, desautoriza al jefe de voluntarios y se sorprende de que el general en jefe haya podido avalar semejante acción pues es ilegal.

A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873

[36] La correspondencia del Estado Mayor deja traslucir el desconcierto de los liberales. Han de concentrarse éstos con informes cada vez más fragmentarios y sin garantía, informes debidos a viajeros o arrieros procedentes de las zonas ocupadas por el adversario. El 8 de abril, el comandante militar de Alsasua se declara impotente para obtener la mínima información sobre la posición del enemigo y ello a pesar del empeño puesto en esta tarea. El 6 de abril. el general Castillo escribe que la única partida que opera en Guipúzcoa es la de Santa Cruz, dividida en varios grupos de los cuales el más importante sólo cuenta con un centenar de hombres. Al contrario. el comandante militar de Navarra señala. el 13 del mismo mes, que las partidas de esta provincia tienden a agruparse y que Lizárraga ha reunido ya en Guipúzcoa, donde se manifiesta la misma tendencia. más de 800 hombres bajo sus ordenes directas Ese mismo día. el coronel Castañón escribe de Vitoria que los rebeldes de Dorregaray. unos 3.000. se acercan a la ciudad, pero otros informes atribuyen 5.000 combatientes armados al ejército directamente mandado por Dorregaray.

La correspondencia entre los diversos jefes militares liberales da cuenta con frecuencia de informaciones contradictorias. Es

que esas ordenes sean inoportunas y hasta contradictorias. Con el fin de reprimir de manera más eficaz a las partidas pequeñas, el ejército liberal se fragmenta en patrullas que reciben ordenes de trasladarse a tal o cual punto y, al día siguiente, de avanzar en dirección opuesta, pero esas marchas desconcertantes se interrumpen siempre en cuanto anochece. Por la noche, los militares han de albergarse en un punto fortificado, pues, en todas partes, se hallan rodeados de enemigos.[37] Por lo demás, esas marchas, sin finalidad práctica, se ven con frecuencia frenadas por el Mando. El 18 de abril, sin que nadie sepa por que, el general en jefe ordena a todas las unidades operacionales que se concentren en el Baztán; el Estado Mayor «tiene la impresión» que el enemigo prepara un ataque en esa zona.[38]

180

Las órdenes dadas por los generales, de abril a julio, dejan traslucir la deterioración ineluctable del estado de las tropas gubernamentales. Los jefes militares consideran urgente infundir confianza a sus subordinados y conceden recompensas a los veteranos; ventajas y primas a cargo de los municipios; se refuerza la protección de las unidades durante la noche y en las marchas.[39] Una orden del 5 de mayo impone nuevas cargas y responsabilidades a la población y a las autoridades locales.[40] Paralelamente, el general en jefe dicta instrucciones contra la disciplina, las tentativas de sustraerse a las obligaciones militares y contra las

---

vedad que sus comunicaciones se hacen en medio de grandes dificultades. Los agentes de enlace y los portadores de pliegos llegan en raras ocasiones a su destino. Interceptar un correo oficial es un asunto muy corriente. El 8 de abril. la minúscula parida de Capero-Chiqui se apodera de una correspondencia ultraconfidencial del Estado Mayor. El 12 de abril, un jefe guerrillero se permite poner en libertad al portador de la correspondencia después de haberse apoderado de ésta. El 13 de abril, 150 guerrilleros interceptan un convoy postal en Anzuola. se apoderan de la correspondencia. roban a los viajeros, imponen 6.000 reales de multa a la localidad y se van tranquilamente.

A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1873

[37] Para combatir a las guerrillas, el Ejército se organiza en unidades pequeñas con c! fin de desplazarse al mismo ritmo que los guerrilleros. Las acciones de «comando» se multiplican, así tomo la persecución incesante de los rebeldes. pero esta es casi siempre infructuosa. El 1º de abril, Santa Cruz huye de los alrededores de Tolosa, cuando el general Loma llega a dicha ciudad. El cura ataca al día siguiente Anoeta, donde los miqueletes, mandados por el teniente Arnao, consiguen dispersar a su banda. El 5 de abril, el mismo teniente es asesinado en el centro de Vergara. el general de Brigada Hurtado persigue a la partida de Garmendia, el 4 de abril, en los alrededores de Lazcano sin conseguir tomar contacto con los rebeldes que, al día siguiente, atacan en La Puebla de Arganzón, cerca de Miranda, en una zona poco agitada. El 6 de abril, el telégrafo de Alsasua, victima de un sabotaje, va a ser reparado; lo inutilizan de nuevo en la noche del 6 al 7. Hacia el 15 de abril. el coronel Tejada persigue a los hombres de Santa Cruz en Álava. en la zona de Aramayona; el i 8. la partida del cura se une a la gente de Ollo en Santesteban, al Norte de Navarra.

Ibidem

[38] De hecho, los principales jefes militares legitimistas piensan desde el principio en crear un ejército regular, pero las partidas tienden a no aceptar su integración en unidades militares ordinarias. El período de constitución del ejército es pues relativamente largo. A lo largo de ese período de transición cuando los liberales, que temen a esas tropas carlistas, tienden a replegarse en algunos puntos estratégicos, los guerrilleros se muestran particularmente activos y consiguen paralizar al ejército gubernamental

[39] «...una peseta diaria de sobrehaber a los soldados de los remplazos de 1868 y siguientes». (Orden del 1º abril).
«Ración de tropa: un cuartillo castellano de vino y media libra castellana de carne por día». (Orden del 23 abril).
«Se dispone con motivo del excesivo calor se reparta sólo la ración de pan al amanecer para poder emprender seguidamente la marcha procurando vencer las jornadas antes de medio día a fin de sestear las horas que las operaciones permitan... Las tropas se distribuirán en diferentes pueblos racionándose durante el sesteo de carne y vino exigiendo a los pueblos del tránsito las raciones necesarias que se llevarán en carretas o bagajes al punto del sesteo sin que esto sirva de pretexto para el retraso de las operaciones procurando los jefes de columna además de llegar de día a los pueblos en que hayan de pernoctar (Orden del 4 Julio).
«Se establece un retén de tres compañías encargado de la vigilancia interior y exterior de la columna en los pueblos donde se aloje» (Orden del 14 abril
«Durante las marchas todos los oficiales irán a pie y en su puesto y los de semana con un sargento en retaguardia de su respectiva compañía sin permitir que se separe soldado alguno de ellas». (Orden del 30 de abril».

[40] «...las averías del telégrafo han de ser reparadas por los Ayuntamientos». (Orden del 5 de mayo)

deserciones.[41] En fin, el 7 de junio se declara oficialmente la guerra.[42]

Pese a todas esas disposiciones, disminuyen los efectivos reales del Ejército; carece también este de recursos suficientes y Nouvilas, ya en junio, piensa en dimitir.[43]

Sólo el 13 de julio cesa en sus funciones; Sánchez Bregua toma el mando unos días después. En cuanto llega al frente el nuevo general en jefe establece un balance de la situación.

La provincia más afectada por la rebelión es Navarra. En el Norte, zona del Baztán, los carlistas disponen —según el general— de tres mil hombres que reciben de Francia todo lo que necesitan. Teniendo en cuenta que las tropas del Gobierno deben proteger ciertas plazas y que, para ello, han de inmovilizar unidades enteras, sólo pueden oponer 400 soldados a los carlistas del Baztán; el general estima que debieran ser por lo menos 2.000. En el resto de Navarra, sin contar las partidas aisladas, los carlistas cuentan con un ejército de 5.000 hombres. Frente a ellos, los liberales sólo pueden movilizar dos brigadas cuyos efectivos debieran ser relevados

En Guipúzcoa, por el contrario, los guerrilleros son inferiores en número y Loma debe poder contenerlos. Álava sólo dispone de 700 carlistas armados, pero la situación es más preocupante en Vizcaya, pues el Ejército sólo tiene allí dos columnas volantes frente a los 4.000 rebeldes de la provincia.

181

Además, prosigue S. Bregua, el Ejército está minado por la indisciplina de los soldados, el desánimo de los oficiales y la desconfianza de las esferas gubernamentales hacia algunos

---

[41] La orden del 8 de abril prescribe sanciones severas contra los soldados indisciplinados. para que:

«...No se dejen seducir por los consejos de los partidos reaccionarios que desean la destrucción de la República

La orden del primero de julio insiste para que todos los militares tomen parte efectivamente en los combates

«...los sargentos, cabos y soldados empleados en las oficinas y almacenes de los cuerpos como escribientes u ordenanzas se incorporen a sus compañías en primera oportunidad siendo reemplazados por otros que hayan estado en operaciones y se encuentren convalecientes»

[42] Después de las ejecuciones de Endarlaza. el general en jefe escribe que hay que responder al enemigo aplicando el principio de «ojo por ojo y diente por diente». (Orden de 7 de junio).

[43] El Capitán general escribe en junio:

« Las graves y criticas circunstancias que atravesaba este distrito hace seis meses, dieron lugar a la formación de un ejército titulado del Norte, compuesto de un número no despreciable de batallones, escuadrones, y baterías, que con todo su contingente orgánico se creyeron necesarios para sofocar la insurrección carlista de las Provincias Vascongadas y Navarra. Las consecuencias de una guerra tan fatigosa y ruda, como la que están haciendo las tropas de este ejército. no han podido menos de sentirse por el, y los muchos individuos que llenan los hospitales. ya como enfermos, ya como heridos, ya aspeados, han disminuido notablemente la fuerza con que entraron aquellas en campaña, reduciéndolas a tales términos, que las unidades orgánicas, aunque tengan el nombre de tales, no reúnen en muchas ocasiones la mitad del efectivo que debieran tener... Además. se hallan fuera de este distrito un gran número de jefes, oficiales e individuos de tropa pertenecientes a los cuerpos que operan en el mismo... que, unido al que resulta motivado por la primera circunstancia, da una suma muy considerable de bajas. que va aumentado de día en día, ya por licenciados absolutos, ya por otros conceptos... Debo también llamar su atención acerca de la mucha falta de cuadros que se nota en este ejército, que si siempre son necesarios. son absolutamente indispensables en esta clase de guerra... Llegando a tal punto su escasez en la actualidad. que hay compañías mandadas por un subalterno, lo que por otra parte redunda en perjuicio de la disciplina.»

Por su parte, el general Nouvilas escribe, el 6 de julio:

« Hace cinco días fui a Pamplona a buscar dinero para los cuerpos, y no habiéndolo en aquel punto, pude conseguir un anticipo que me hizo la Diputación foral, consistente en 30.000 duros, que fueron distribuidos entre las columnas, y sólo remediaron el mal por unos días... Estas dilaciones y rémoras... son altamente perjudiciales, pues teniendo a cada paso que suspender las operaciones, precisamente cuando había de recogerse el fruto de la activa persecución que se ha verificado, el enemigo descansa, se reorganiza y toma más importancia...»

Unos días más tarde, Nouvilas vuelve a insistir:

« Desde el 21 de mayo, reunidas las tropas procedentes de diferentes puntos... para emprender las operaciones. me he visto obligado con harta frecuencia a suspenderlas... por carecer completamente de recursos... V.E. comprenderá. que reducido a tan deplorable estado, atacado uno y otro día por los periódicos de todos los colores, hasta por los mismos que se llaman ministeriales... no es posible pueda yo mantener por más tiempo... lucha tan desigual. conservar mi prestigio en el ejército, minado constantemente por los monárquicos, que no en corto número se abrigan en sus fila... le suplico acepte la dimisión del Mando del Ejército del Norte.»

A.S.V. Legajo correspondiente al tercer trimestre de 1873

mandos de valor. El general en jefe propone algunos remedios. Sería necesario, aconseja, enviar nuevas unidades militares a la región, multiplicar las recompensas concedidas a los combatientes, obtener mayores recursos y fortificar los puntos estratégicos.[44]

Un mes más tarde, la situación se ha empeorado aun mas. No sólo Navarra, provincia ya antes muy amenazada, sino también Guipúzcoa se halla en peligro, pues hasta sus plazas fortificadas son vulnerables.[45]

Sánchez Bregua establece un nuevo balance el 26 de agosto. Su informe es un grito de alarma. Los carlistas —dice— han decretado la movilización general y organizado un poderoso ejército. El Ejército topa con tantas dificultades en sus suministros que las tropas reciben en raras ocasiones la ración completa que se les asigna; las plazas ocupadas disminuyen en número de día en día; todas las ciudades sin excepción se hallan amenazadas. Los carlistas pueden poner en pie de guerra 25.000 hombres frente a los 7.000 soldados **y** mandos del Ejército del Norte, concluye el general en jefe.[46]

---

[44] El 13 de julio, Nouvilas cesa en sus funciones y lo sustituye provisionalmente el general Gardyne de quien la tropa sospecha que no quiere combatir con vigor a los rebeldes. El primer informe de Sánchez Bregua contiene un análisis objetivo de los hechos. He aquí algunos párrafos importantes de este documento: Con las grandes unidades militares carlistas:
»Hay además numerosas partidas locales que vigilan y entorpecen a nuestras columnas... interceptan nuestros partes, cobran impuestos y cortan las comunicaciones... Todo esto es posible por la protección que tienen en los pueblos... y ello explica que no den noticia a nuestras columnas y que nuestras tropas estén aisladas fuera de las vías férreas y estaciones telegráficas. Esta adhesión que hasta ahora ha sido relativamente pasiva es cada vez más activa... Las facciones desde que reaparecieron en enero hasta hoy han tenido un constante y rápido aumento a la par que nuestras topas carecen de entusiasmo. Los mejores oficiales siguen en sus puestos por puro cumplimiento del deber. los soldados están en plena indisciplina y abandonan sus puestos por fracciones enteras. Los jefes y oficiales prefieren quedarse en las ciudades incluso como enfermos antes que ir de campaña... Los puntos fortificados eran eficaces cuando los carlistas tenían menos fuerza pero hoy están demasiado aislados y son débiles... Se precisa hacer un esfuerzo urgentísimo en hombres y en recursos y fortificaciones...» **Idem**

[45] A finales de julio, los voluntarios de Navarra empiezan a dejarse llevar por el miedo, abandonan las localidades donde se encuentran y se refugian en algunas plazas fortificadas. Los informes remitidos a las autoridades militares para justificar esas salidas son bastantes lacónicos y en ellos se dice a menudo «corre pánico en esta comarca». Ante semejante situación, las autoridades de Pamplona están preocupadas pues los radicales de la ciudad piensan en ejercer represalias contra los rebeldes prisioneros. Los rebeldes pueden penetrar con toda impunidad en Estella, ciudad que ocupan durante 60 horas. preludio de su conquista. En el Norte de Navarra, algunas plazas como Sumbilla, Santesteban o Elizondo se han fortificado mejor, pero el Estado Mayor piensa en abandonar las dos primeras pese a su importancia estratégica. Una gran parte de Navarra queda así a merced del enemigo y hasta el Sur, la Ribera, bastión del liberalismo, se halla en situación delicada, a consecuencia de discordias en el interior del campo liberal. En efecto. el general republicano Contreras cuenta con partidarios entre los voluntarios de Tudela. Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** III, pp. 46-53.
En Guipúzcoa los liberales retiran sus guarniciones de numerosas localidades para concentrarlas en unas quince plazas, pero también estas van a ser atacadas con éxito por los rebeldes. El informe que remite el comandante militar de Mondragón es significativo de la situación lamentable de los gubernamentales. Lizárraga ha prometido a los voluntarios de Mondragón que los dejara en libertad si se rinden con sus armas. El comandante militar liberal se muestra muy pesimista

> «Yo les he hecho comprender que, como militar, no podre nunca abandonar el puesto que se me ha confiado... (pero los voluntarios es distinto, prosigue. pues se trata de) ...padres de familia. y. muchos. de arraigo y responsabilidad; y estos, sus hijos e intereses les preocupa ante todo y sobre todo; y por consiguiente los considero, para el caso de que el enemigo atacara esta población, un grande inconveniente para la defensa pues pudieran introducir el desaliento entre mis soldados...»

El pánico que se apodera de la ciudad provoca la marcha de los obreros:

> «Se ha propalado hay también la especie (se dice en el mismo informe) de que teniendo los voluntarios que abandonar la población, se iban a llevar 50 6 60 de los trabajadores de la fabrica de cerrajería... y abandonando todos ellos sus trabajos se han marchado del pueblo en diferentes direcciones...

El comandante militar consigue organizar la resistencia cuando los carlistas atacan, pero su tarea es difícil:

> «Mis soldados y yo estábamos dispuestos a morir antes que rendirnos, pero ante la ruina de cinco casas que ardían a la vez: ante las lagrimas y suplicas de cuarenta o cincuenta padres de familia que me pedían la rendición: ante los lastimosos ayes de la esposas e hijos de los voluntarios que conmigo estaban en la iglesia, y desde el pueblo nos gritaban... mi corazón se contristo...» **Ibid,** pp. 94-105.
> Ya el 15 de julio, la situación de la mayor parte de las localidades de Guipúzcoa es precaria. Véase Apéndice 5.
> En julio, Ollo introduce el reclutamiento forzoso en Navarra. mientras el Diputado carlista de Álava decreta la movilización general (a principios de agosto): poco tiempo después. las autoridades legitimistas la extienden a las cuatro provincias vascas. R.A.H**.** Legajo 6874.

[46] El segundo informe de Sánchez. Bregua (del 26 de agosto) analiza de manera pormenorizada la situación en cada una de las

La llamada patética de Sánchez Bregua va a ser oída. La circular ministerial del 29 de agosto estipula, en efecto, que se movilicen a los 80.000 hombres de la reserva y que se opere una vasta reorganización del ejército que actúa en el País Vasco.[47]

Esa decisión no obedece tanto a una repentina toma de conciencia de la amplitud y de la gravedad de la rebelión como a un cambio de la situación política.

III La coyuntura política del segundo semestre de 1873

Recordemos los cambios políticos que se observan en España y sus posibles repercusiones en la actitud de las cancillerías europeas.

182

La República «unitaria»

Después de la caída de Pi y Margall, Salmerón, republicano moderado, accede a la jefatura del Gobierno. Sus primeras medidas van dirigidas contra los cantonales y se organizan tres expediciones militares.

Enviado a Andalucía, el general Pavía liquida los diversos cantones tras la ocupación de Sevilla el 31 de julio. Martínez Campos. en Levante, realiza una tarea más difícil, debido a la insurrección de Alcoy, sede de los bakunistas, pero consigue restablecer el orden a principios de agosto. Queda Cartagena, a donde el Gobierno ha enviado a López Domínguez; el asedio

---

cuatro provincias. En Navarra, dice, los carlistas disponen de sus mejores tropas y naturalmente las posibilidades de los liberales se ven reducidas al mínimo, pero en todos los lugares la situación es alarmante:

En Vizcaya.

> «Cuatro mil hombres al mando de Andéchaga empiezan a bloquear Bilbao y han amenazado la ría desde Burceña... hostilizando a los buques que circulan por la ría y cortando las comunicaciones de la villa por medio de partidas de 200 a 300 hombres apoyados en caseríos. Velasco maniobra a corta distancia en observación de nuestros movimientos y para apoyar a las fuerzas del bloqueo »

En Guipúzcoa, los guerrilleros formados por Santa Cruz son de una audacia extraordinaria: se compone la partida de:

> «... contrabandistas del Baztán y de los reclutados en la comarca a los que se mantiene en filas con todo rigor. Aprovechándose de sus formidables posiciones y acostumbrados a los combates que han sostenido contra nosotros tienen tanta osadía que se han atrevido a salir al encuentro de Loma cuando este llevaba provisiones a la guarnición de Oyarzun...»

En Álava, la situación es menos dramática, pero los rebeldes aumentan sin cesar:

> «... gracias a los hombres que están reclutando hasta en los pueblos más próximos a Vitoria».

Además de las unidades importantes, el enemigo cuenta con muchas partidas pequeñas:

> «...que ocupan los pueblos de alguna importancia posicionándose y fortificándose en ellos como ocurre en las Encartaciones, hay partidas volantes que transmiten avisos y cobran raciones para las facciones más grandes y dificultan nuestros suministros que son cada día más difíciles hasta el punto que es raro el día en que el soldado reciba la ración completa.

A S.V. Legajo correspondiente al tercer trimestre de 1873

[47] Ya es hora de que el Gobierno reaccione pues la situación es muy grave. El número de plazas ocupadas va a ser reducido. En Álava, Vitoria: en Vizcaya. Bilbao y Portugalete: en Navarra, Pamplona, Tafalla y Tudela, y, en Guipúzcoa, Irún, Oyarzun, Hernani, San Sebastián, Tolosa, Andoain y Guetaria

Algunas de esas localidades pueden hallarse amenazadas especialmente a causa de las rivalidades internas en el Ejército. Ya en julio, escribía el gobernador civil de Álava:

> «Si la aglomeración de tropa en esta capital continúa algunos días más, pudiera ser causa de actos de insubordinación o cuando menos de indisciplina...»

Ni siquiera un golpe de estado es algo imposible:

> « El gobierno tiene noticias de que en ese ejército se conspira activamente en sentido de República unitaria...»

Cuerpo de E.M.: Op. til. Hi. pp. 30-31.

de la ciudad será largo, pues los insurrectos, mandados por el general Contreras, están bien atrincherados (la ciudad será ocupada en enero de 1874).

En septiembre de 1873, a consecuencia de un voto favorable al restablecimiento de la pena de muerte, Salmerón, adversario de esa medida, dimite; le sustituye un hombre muy conocido en el extranjero y que goza de cierta confianza en los medios conservadores: Emilio Castelar. Encargado de formar un gobierno enérgico, el profesor Castelar promete acabar con los conflictos que conoce España, solicita y obtiene los plenos poderes durante cuatro meses. Se apoya en el Ejército, llama a generales conservadores como Serrano y moviliza reservistas. Pero los problemas son difíciles: queda Cartagena en estado de rebeldía, la guerra de Cuba, la guerra carlista, sin contar problemas pendientes de orden socio-económico

Si Castelar ataca sobre todo a la oposición de izquierda, no por ello consigue restablecer el orden; el general Pavía, que se ha ilustrado en la represión cantonal, disuelve la Asamblea y forma un gobierno provisional de tipo autoritario.[48]

Francia y Europa

183 En Francia, de Broglie prosigue en su empeño de restablecer la Monarquía en su país, pero las rivalidades entre las dos ramas dinásticas hacen que fracase el proyecto.[49] La situación política francesa sigue siendo confusa e inestable pues si los monárquicos siguen disponiendo de la mayoría parlamentaria esta se reduce progresivamente con algunas elecciones parciales. La escena internacional se halla dominada por las relaciones franco-alemanas y muchos países están a la expectativa. Bismarck ha conseguido aislar a Francia en el momento más critico de la crisis que conoce este país. La tensión aumenta de pronto entre ambos países con motivo de la política de «Kulturkampf» que provoca reacciones en los medios católicos franceses. En Londres, si las autoridades se niegan abiertamente a tomar partido, la prensa no oculta sus simpatías por los Alemanes.[50] A fines de año, una nueva crisis franco-alemana parece inminente

El nuevo gobierno español, presidido por Salmerón, ha cambiado de objetivos, pero conserva en su seno varios ministros de Pi, los más moderados. Los temores de las autoridades francesas disminuyen y estas acogen con satisfacción el cambio que se ha operado en España pero no apoyan aún al régimen porque consideran que la situación española no es todavía bastante estable.[51] Y la imposibilidad de los responsables españoles de acabar rápidamente con la agitación y los conflictos harán que esa actitud de espera de Francia no se modifique ni siquiera después del acceso al poder de Castelar. Es verdad que el nuevo embajador de Francia en Madrid, orleanista como su predecesor, se muestra menos severo, acaso porque piensa que el retorno a la Monarquía no es imposible.[52] El 3 de octubre de 1873, el duque de Broglie envía una circular a todos los diplomáticos franceses de Europa; es uno de los raros documentos que permiten conocer de manera oficial la posición de París con respecto a España. Francia desea, al parecer, permanecer neutra, por miedo a herir la susceptibilidad de las demás potencias europeas y de Broglie afirma que no tiene ninguna simpatía por los monárquicos españoles. No obstante, desde mediados de octubre, cuando el fracaso de Castelar es ya previsible, la diplomacia francesa se muestra de nuevo hostil hacia los responsables españoles. Un incidente suscita la protesta de Madrid. El encargado de negocios

---

[48] La breve síntesis de ese período se ha hecho a partir de las obras ya citadas de V. Vives y Tuñón de Lara.
[49] J.P. Azema y M. Winock: **Op. Cit.** p. 83.
[50] Ch. Bloeh: **Op. Cit**, p. 53.
[51] C.P. t. 884. p. 196.
[52] **Idem**, tome 885. p. 398.

francés en Cartagena, M. de Varieux, se ve acusado de ayudar a los insurrectos y, sobre todo, de poner a su servicio barcos franceses. El problema será resuelto con rapidez pues Varieux retorna a Versalles[53] ¿Cuáles han sido su papel y sus funciones? Otra causa de fricciones entre los dos países vecinos sigue siendo la guerra carlista.

184

En los últimos días del Gobierno Pi, el ministro español de asuntos exteriores renueva sus quejas contra Francia por la falta de seriedad de las autoridades de este país, que han prometido garantizar la vigilancia de la frontera contra los carlistas. Una vez más de Broglie intenta justificarse empleando los acostumbrados argumentos, pero su respuesta es arrogante y de acusado que se justifica pasa enseguida a acusador que se queja de la acogida que España reserva a los Internacionalistas.[54]

El historiador Ch. Blooch cuenta que ciertos diplomáticos ingleses sospechan que de Broglie tiene simpatías secretas por los carlistas.[55] Si no se puede comprobar la exactitud de semejante afirmación, no menos cierto es que los carlistas siguen teniendo apoyos en Francia; algunos documentos diplomáticos de finales de 1873 son inquietantes a este respecto. La posición real de las autoridades francesas con respecto a los carlistas se halla lejos de la neutralidad proclamada oficialmente.[56]

Así, pese a su deslizamiento hacia la derecha, la república española no mejora substancialmente sus relaciones con Francia y Europa y los carlistas gozan de una tolerancia cada vez mayor por parte de las autoridades franceses.

IV. La ocupación del País Vasco por los carlistas y el nuevo esfuerzo de guerra de Madrid

En julio de 1873, el balance del segundo alzamiento es altamente favorable para los legitimistas. Gracias al acecho constante al que se dedican los guerrilleros, el Ejército ha quedado confinado en algunas plazas. En la segunda mitad del año, el Alto Mando carlista, que ya ha constituido unidades militares regulares, piensa en la conquista territorial y toma por asalto ciudades ocupadas por el enemigo. Las principales operaciones se dan en Navarra y Guipúzcoa.

185

La guerra en Navarra y Guipúzcoa

En julio y agosto, época de mando de Sánchez Bregua, la situación de los liberales, según confiesa el general en jefe, es delicadísima, como ya hemos tenido ocasión de ver. No es inútil recordar lo esencial de la actividad militar en esas dos provincias.

En Guipúzcoa, los liberales guarnecen 36 localidades, número muy superior al de las

[53] **Idem**. pp. 29-30. 35-36. 158 et 213.
[54] **Idem**. pp. 15-16.
[55] Ch. Bloch: **Op. Cit.** p. 63.
[56] W. Ministère des Affaires étrangères, Paris, **Memoires et Documents**, tome 365; p. 462 et **C.P**. tome 884, pp. 334 et 369.

ciudades protegidas por los gubernamentales en Navarra. No obstante, en la zona de la Ribera, se hallan concentrados más de tres mil soldados.[57] Esa situación se agrava con la entrada de Don Carlos en España, el 16 de julio. Después de recorrer sin incidentes gran parte del País Vasco, el Pretendiente llega a Guernica.[58]

Cuando Sánchez Bregua inicia su mando, los carlistas desencadenan una vasta ofensiva. El 26 de julio penetran en Alsasua; al día siguiente, Lizárraga llega a Beasain, ataca a Loma en Isasondo y consigue confinar a los republicanos en sus plazas fortificadas; en fin, el día 30 se apodera de Elgoibar.

A primeros de agosto, los carlistas interceptan la correspondencia de Sánchez Bregua a Loma y se enteran que el adversario renuncia a la protección de ciertas localidades para concentrarse en las plazas mejor protegidas. Entre estas últimas se halla Mondragón. El 7 y el 8, Lizárraga la ataca con éxito y los días siguientes combate contra Vergara a la que Loma abandona el día 13. Los republicanos se resignan así a conservar tan sólo algunas plazas junto a la carretera general a fin de mantener de manera precaria el contacto entre Tolosa e Irún. El 15 de agosto, Eibar se rinde a Lizárraga que, unos días después, ocupa también Azpeitia, Azcoitia y Zarauz.[59]

El mismo tipo de escenificación se da en Navarra. Ya en julio, los carlistas han ocupado Puente la Reina y Cirauqui, pero es en agosto cuando emprenden su campaña-relámpago. Los gubernamentales abandonan enseguida numerosas posiciones del Baztán (Santesteban, Elizondo, Zumbilla ...) con el fin de replegarse a las localidades mejor defendidas. Ese esfuerzo es vano y la provincia empieza a ser ocupada por los legitimistas que, de Norte a Sur, se apoderan sucesivamente de Burguete (el 12) y de Aoiz (el 13). El día 18, emprenden la conquista de Estella que cae en sus manos seis días más tarde. Cuando se ataca a esta ciudad, los diversos responsables militares de la región, a instancias del Ministro, buscan al general en jefe para transmitirle la orden de ir en socorro de Estella, pero el jefe del Ejército del Norte permanece inasequible, se halla nadie sabe donde en Vizcaya a cuya provincia se ha dirigido para informarse directamente de la situación de Bilbao.

186

A principios de septiembre, el Gobierno sólo controla, en Navarra, Pamplona, Tudela, Tafalla y algunas localidades más del Sur (Caparroso, Marcilla...). En Guipúzcoa, Tolosa está amenazada, mientras que en Álava, salvo Vitoria y Laguardia, toda la provincia está en manos del enemigo. El 12 de septiembre se interrumpen las comunicaciones entre Vitoria y Miranda de Ebro. En adelante, los carlistas podrán recibir armas del extranjero por los puertos de Guipúzcoa; también podrán fabricarlas en Placencia, Eibar y Elgoibar, aunque los liberales, antes de abandonar esas plazas, hayan tornado la precaución de destrozar las maquinas y de prohibir a los propietarios el ponerlas en marcha.[60] En medio de esa situación de desbandada, se producen cambios políticos en Madrid; esos cambios no pueden dejar de tener repercusión en el desarrollo de las operaciones militares.

La primera consecuencia es un reforzamiento del ejecutivo, cuando Castelar se ve dotado de plenos poderes. El 13 de septiembre, Moriones vuelve a ser nombrado jefe del Ejército del Norte. En una carta a Castelar del 3 de octubre, Moriones da cuenta de su actividad. A su llegada a Vitoria, reorganiza el Ejército y acude en socorro de Tolosa atacada por 14.000 rebeldes. Estos tienen que levantar el sitio de la ciudad y el núcleo más importante del

---

[57] En lo que respecta a las tropas liberales de cada una de las provincias, véase Cuerpo de EM.: **Op. Cit.** III, pp. 194-196 y 199-201.
[58] Pirala: **Op. Cit.** Vol. IV. pp. 472-473.
[59] Cuerpo de Estado Mayor: **Op. Cit.** Vol. ML pp. 104-105 y 110-113.
[60] **Idem** pp. 124, 150-151 y 199-200, Pirala: **Op. Cit.** Vol. IV. p. 527 y Hernando: **Op. Cit.** pp. 93-98.

ejército carlista se dirige a Vizcaya y Navarra. Moriones va a Pamplona, luego a Tafalla, cerca de las posiciones carlistas de Estella. El adversario rechaza el combate, dice el general, y abandona Dicastillo a las tropas liberales que ocupan en seguida esa localidad, pero Moriones prefiere retornar a Tafalla.[61]

Las tropas carlistas de la zona de Estella han sido atacadas desde el 24 de septiembre por la columna de la Ribera, mandada por Primo de Rivera. Dos semanas más tarde, el 6 de octubre, Moriones sale de Puente la Reina y ataca vigorosamente a Santa Bábara de Mañeru.

187

Las posiciones enemigas que se defienden con mayor determinación van a ser tomadas por asalto sin dejar supervivientes, pero, pese al éxito, Moriones renuncia a ocupar Estella, ciudad que hubiera podido conquistar con facilidad. Con tal motivo, el general va a ser atacado por la prensa de Madrid y se justifica diciendo que, con las tropas puestas a su disposición, no hubiera podido conservar mucho tiempo esa plaza; aprovecha la ocasión para recordar los medios urgentes que ha reclamado al Gobierno.[62]

A principios de noviembre, el general en jefe se junta a Primo en Sesma y ambos atacan, el día 7, las posiciones carlistas de La Solana, cerca de Estella; consiguen hacer una brecha profunda en la línea enemiga y, después de batirse el 8 y el 9, Moriones ordena la retirada a Los Arcos, dejando en manos del enemigo las posiciones ganadas los días anteriores. Los legitimistas festejan la victoria de Montejurra.[63] Una vez más triunfa la prudencia sobre la audacia, en la conducta del general en jefe.

A finales de noviembre, Laguardia, una de las escasas plazas que detentaban los liberales en Álava, cae en manos de los insurrectos.

Si el Ejército queda reducido a la impotencia en Navarra, los legitimistas no permanecen tampoco inactivos en Guipúzcoa.

Cuando Moriones abandona Tolosa en septiembre, Lizárraga regresa a esa zona, se apodera de los montes de Hernio y entorpece las comunicaciones entre Tolosa y San Sebastián; la antigua capital de Guipúzcoa queda aislada de ese modo. El general carlista ha establecido fortificaciones en ambas orillas del Oria, de forma que los republicanos ya no controlan más que las plazas situadas en la carretera de Andoain a Irún. El retorno de Santa Cruz pone en peligro durante un momento las ventajas obtenidas por Lizárraga. Moriones, por su parte, al enterarse que su subordinado Loma se halla cercado en Tolosa, finge atacar de nuevo Estella y organiza una marcha rápida y audaz por Velate, Arichulegui y Oyarzun, ejerce represalias

---

[61] El general Moriones escribe:

> «La escasez de recursos de los pueblos que se encuentran ya completamente explotados por los carlistas... hace que las tropas los hallen completamente exhaustos, existiendo además la circunstancia de que al aproximarse a los pueblos, son estos abandonados por todos los hombres, que se llevan cuantos ganados y víveres pudieran facilitarnos. A consecuencia de esto el racionamiento se hace sumamente difícil y en algunos parajes imposible, impidiendo que me pueda separar demasiado de los principales centros de población para que el ejército pueda subsistir. «Lo expuesto demostrara a V.E. la apremiante necesidad en que me encuentro de que el Gobierno de la República me autorice para hacer pesar sobre el país todas las consecuencias de la guerra, procurándome a sus expensas tanto las brigadas de acémilas y carros necesarios para el transporte de municiones, efectos de guerra y víveres, que podría adquirirse fuera de estas provincias... y en tal concepto impondría en metálico a los pueblos rebeldes de estas provincias, las multas necesarias para adquirir, además de las acémilas, grandes cantidades de tocino, arroz y otras sustancias alimenticias, con objeto de almacenarlos en puntos como Tafalla...
> ... más que los carlistas en armas, el país es quien nos hace la guerra...» Cuerpo de Estado Mayor: **Op. Cit.** Vol. III. pp. 224-227.

[62] Para justificarse de no haber ocupado Estella, Moriones se explica profusamente en sus cartas al Ministro de 7 y del 8 de octubre y por medio del telégrafo el 10 de octubre. **Ibid**. pp. 239-243. y 248-257. Los autores de la **Narración** consideran, por su parte, después de la guerra, que Moriones cometió un error al no tomar a Estella. **Ibid**, p. 236.

[63] A propósito de esas operaciones. véase Hernando: **Op. Cit.** pp. 107-124, Pirala **Op. Cit.** Vol. IV, pp. 563 y siguientes y D.J. Campos: **Le siège de Bilbao par l'armee Carlisle en 1874**, París 1876. pp. 5-6

en el Baztán y, a partir de la costa, rompe el cerco de Tolosa el 9 de diciembre. Luego, desembarca en Zarauz, con el fin de tomar por sorpresa a Azpeitia, pero, como fracasa en su empeño, se embarca rumbo a Santander para ir en socorro de las tropas liberales de Vizcaya. El frente se traslada así a esta provincia y Navarra y Guipúzcoa quedan de ese modo casi enteramente ocupadas por los legitimistas.

188 A finales de año, los carlistas pueden estar satisfechos de sus conquistas, que han exigido menos sacrificios que los que el adversario ha tenido que soportar. Si se presta crédito a algunas cifras, los republicanos han tenido, del principio de la guerra al 23 de diciembre, 2.000 bajas y los carlistas tan sólo 1.600.[64]

La guerra en Vizcaya y el traslado del frente

A lo largo de 1873, Guipúzcoa y Navarra han atraído especialmente la atención de los gubernamentales, debido a la posición fronteriza de esas dos provincias y por consiguiente a la ayuda que los insurrectos recibían o podían recibir del extranjero. Esa circunstancia permite a los rebeldes vizcaínos el gozar de una indiscutible ventaja. Pero, además, cuentan con numerosos apoyos.[65] El control que consiguen ejercer muy deprisa en vastas zonas de su provincia se ve confirmado por la importante red de informadores de que disponen.[66] Cuando Velasco se vuelve a hacer cargo del mando militar de esa provincia, tiene ya a sus ordenes cuatro mil hombres y ese efectivo aumenta con la llegada del viejo guerrillero Andéchaga y de sus fieles de las Encartaciones y del Valle de Mena.

En agosto, cuatro mil hombres, mandados por Andéchaga, emprenden el cerco de Bilbao atacando a los barcos que se aventuran por la ría e interceptando los caminos que conducen a la ciudad. Poco tiempo después, los efectivos rebeldes de esa provincia se elevan a 9.000 hombres, asistidos por algunas tropas de artillería y de caballería. Se instala en Arteaga una fundición para reparar y fabricar cañones y morteros.

El Ejército ocupa en Vizcaya las ciudades de Bilbao, Portugalete y algunas plazas en sus alrededores; el resto de la provincia se halla bajo control carlista. Con los 6.000 hombres de que dispone, el ejército gubernamental no está en condiciones de pasar a la ofensiva.

189 La situación se agrava aun más en noviembre. No sorprende, por tanto, que los legitimistas, tras el éxito obtenido en las otras provincias, piensen en apoderarse de Bilbao. Como ya se

---

[64] Son los datos propuestos por D.J. Campos: **Op. Cit.** p. 7. Con respecto a las represalias ejercidas en el Norte de Navarra por Moriones, que quema algunos caseríos antes de su salida para Santander, véase R.A.H. Legajo 6876

[65] A principios de febrero de 1873, el cuartel general rebelde se establece en Villaro bajo el mando de Blas Belaustegui. ebanista de oficio y comandante de las fuerzas carlistas de Vizcaya. El cervecero Gutiérrez impone fuentes contribuciones a los liberales de las Encartaciones. La adhesión de las masas populares es tan masiva que hasta los mineros se enrolan en el campo insurrecto: «...son carlistas hasta las piedras... contaban con gran número de operarios por no decir todos los que trabajan en el mineral de Somorostro lo que causaría la paralización de esta actividad».
Bilbao ante el bloque-bombardeo de 1873 y 1874 por Mariano de Echavarría, individuo de la 2ª. Compañía del Batallón auxiliar de la Milicia Nacional de esta Villa. Imprenta de J.F. Mayer, calle Nueva, 1874. pp. 42-56. **passim**, cita p. 56. Poco tiempo después. Velasco, militar de carrera y Castellano, llega a ser comandante militar de Vizcaya. Es el quien establece un sistema regular de cobro de impuestos, pero recurre también a la expropiación de los liberales acomodados. Su contabilidad, llevada por un francés, da cuenta también de donativos hechos por aristócratas franceses. R.A.H. Legajos 6870 y 6873

[66] Los carlistas vizcaínos se encuentran al parecer organizados desde 1873, pues, en cada zona de la provincia, y en muchos pueblos, colocan a funcionarios. con grado militar, cuya misión consiste en vigilar a la población y obtener informes sobre las intenciones y les movimientos del adversario. Los informes que dichos funcionarios remiten a las autoridades provinciales rebeldes, a lo largo de toda la guerra, forman un expediente muy voluminoso. Archivo de la Casa de Juntas de Guernica: **Sección Guerras Carlistas**, legajos 16 y 17

sabe no lo conseguirán y, tras el infortunio, algunos historiadores propenderán a hacer recaer la responsabilidad del fracaso en Andéchaga, pero, cuando se lee el informe que remite el gobernador militar de Vizcaya sobre la situación precaria de Bilbao y las malas condiciones que ofrece la ciudad para organizar la resistencia a su asalto, se puede admitir que el designio del viejo jefe carlista no es quimérico.[67]

Los legitimistas necesitan controlar enteramente una región española, y en este caso el País Vasco, con el fin de merecer «credibilidad» a los ojos de las cancillerías que se vieran tentadas por un reconocimiento de los rebeldes. A este respecto, no hay duda de que la toma de Bilbao, centro de una región minera que empieza a ser codiciada en el extranjero, sería para los rebeldes un primer paso importante en el camino de la victoria. Del mismo modo, la pérdida de Bilbao causaría un grave quebranto a los gubernamentales.

Moriones se aleja de las costas de Guipúzcoa el 27 de diciembre con 12.000 hombres y 14 piezas de artillería, después de haber dejado en aquella provincia 3.000 hombres a las ordenes de Loma.

Por su parte, los carlistas concentran en Vizcaya siete divisiones. Se prepara una gran batalla alrededor de Bilbao. La ciudad se dispone a soportar un largo asedio y mucha gente la abandona.[68] La guerra entra en una nueva fase.

Conclusión

Así, en 1873, los legitimistas consiguen apoderarse del País Vasco, exceptuando algunas ciudades. El estudio simultaneo de la evolución política y de las operaciones militares ayuda a comprender ese éxito. No es inútil subrayar las conclusiones que se desprenden de ese estudio.

190

Se observa, en primer lugar, que el momento político escogido por los responsables carlistas para reanudar la guerra es mucho más propicio que el del primer alzamiento. En efecto, el transito de la Monarquía a la República va a ser contemplado con inquietud por muchas cancillerías propensas a aceptar, ante el peligro, un poder legitimista en España. Esa será la actitud de Francia en el primer semestre, sobre todo cuando Pi y Margall dirige el Gobierno y se desencadena la rebelión cantonal. De forma que los amigos franceses de los rebeldes vascos pueden actuar con impunidad, precisamente en la etapa inicial de la insurrección, cuando los carlistas tienen gran necesidad de recibir ayuda extranjera. Si la llegada al poder de Salmerón, y sobre todo de Castelar, es considerada en Francia como una reacción saludable, los responsables españoles deberán dar prueba de eficacia en el «restablecimiento

---

[67] Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** III. pp. 148-327, **passim**.

[68] También los carlistas tienen que hacer frente a algunos problemas de indisciplina. Poco antes del comienzo de la batalla de Bilbao, se producen en sus filas deserciones, motines, provocados. al parecer, por:

> «...algunos disgustos que entre los mismos carlistas existían por haber tratado de sustituir con tocino la ración de carne que se les daba, y... por la recluta de todos los hombres de 18 a 40 años que en esta época se llevaba a cabo con toda presteza». Echevarría: **Op. Cit.** pp. 75-76.

Los carlistas han recurrido ya a métodos de reclutamiento y organización propios de un ejército regular. Respecto a los preparativos de la batalla de Vizcaya, por ambos lados contendientes, véase: D.J. Campos: **Op. Cit.** pp. 1-5 y 11, Cuerpo de EM.: **Op. Cit.** III. pp. 328-329 y Echevarría: **Op. Cit.** pp. 75-87

del orden» antes de conseguir la confianza del país vecino que adopta una posición de espera y finge ignorar la asistencia que los rebeldes reciben de allende el Pirineo. De ese modo los insurrectos gozan, a lo largo de 1873, de una ayuda exterior estimable que contribuye sin ninguna duda al éxito de los legitimistas en Navarra y Guipúzcoa.

La radicalización del régimen favorece también a los carlistas en el plano interior. Para convencerse de ello, basta observar la coincidencia sorprendente entre las etapas de esa radicalización y las del avance de los carlistas en el teatro de operaciones. La proclamación de la República coincide con un impulso de la actividad de los rebeldes; la disolución de la Asamblea, en marzo, con un giro en la guerra favorable a los insurrectos; el gobierno Pi y la rebelión cantonal, con la ocupación de gran número de pueblos y ciudades. Por el contrario, la llegada de Castelar provoca una reacción enérgica de las autoridades centrales y del Ejército.

Esa coyuntura política de la que se aprovechan los legitimistas ha sido parcialmente creada por ellos mismos. Pues la proclamación de la insurrección con los problemas delicados que está plantea al Gobierno es el tiro de gratia a la Monarquía de Amadeo.

191 En el segundo alzamiento, el Alto Mando rebelde sabe apreciar las enseñanzas que se desprenden del fracaso del año anterior. En lugar de decretar la movilización general desde el principio y de tratar de enfrentarse con el Ejército en una gran batalla, los carlistas suscitan la aparición de una multitud de partidas en el conjunto del territorio vasco, lo cual contribuye a crear grandes dificultades al ejército liberal. Como la rebelión no tiene al principio un carácter espectacular, los gubernamentales siguen creyendo en la eficacia de la clemencia y, como el año anterior, buscan el compromiso. No obstante, la situación ha cambiado mucho en un año. En el plano nacional, el régimen de Amadeo se ha desgastado; no ha respondido a las esperanzas de quienes le apoyaban. En el País Vasco, la propaganda legitimista y la actuación del Ejército en 1872 han contribuido a aumentar la hostilidad de la población al régimen vigente. Esa hostilidad y la nueva táctica de los legitimistas provocan muy deprisa el aislamiento del Ejército. En esas condiciones, hay que dudar de la eficacia de la estrategia que adopta Moriones. Este general, que al parecer tiene simpatías por la izquierda monárquica pero que no merece confianza a ciertos responsables de la República, tiene el mérito de ser uno de los pocos jefes militares capaces de concebir la guerra sin perder de vista su dimensión política. En el ejercicio de su primer mando en 1873, Moriones establece un plan de guerra que consiste en proteger las zonas más adictas al régimen. Desgraciadamente, la insuficiencia de los medios que el Gobierno pone a su disposición y la determinación de la población civil dan impulso a la guerrilla. La creciente hostilidad del pueblo vasco hace que una provincia como Álava, donde la insurrección topaba con grandes dificultades, se subleve a su vez. Pero es probablemente en Vizcaya donde la repulsión al Ejército desempeña un papel determinante para vencer la oposición a la guerra —por parte de algunos responsables legitimistas— que el Convenio de 1872 ha suscitado

Con el mando de Pavía, las exigencias propiamente militares prevalecen sobre las consideraciones políticas. En efecto, la concentración de las tropas liberales de Guipúzcoa en las plazas mejor protegidas da lugar a la emigración de muchos liberales de esa provincia y a la inactividad de los que se quedan en las localidades que el Ejército ha abandonado. Este pierde así una ayuda preciosa en una provincia donde los liberales han dado pruebas de un dinamismo particular. Si esa medida tomada por los responsables militares se justifica desde un punto de vista estratégico, el retorno de Pavía a una actitud clemente con el enemigo parece que ha sido un error grosero. Ante tanta torpeza, se puede dudar de la lealtad al régimen de ese general, teniendo en cuenta, por otro lado, el papel que dicho general va a

desempeñar unos meses después. También se puede pensar que entre los responsables nacionales los hay que se empeñan en desacreditar al régimen que debieran defender.

192 Los sucesores de Pavía, Nouvilas y Sánchez Bregua, parecen republicanos más sinceros. Tienen empeño en combatir a los rebeldes y adoptan medidas capaces de aportar remedio a los problemas internos del Ejército. Pero esas medidas llegan demasiado tarde; la represión ha perdido ya su capacidad de intimidación y de disuasión y el Ejército está minado por las intrigas de los adversarios de la República y por la indisciplina. Sánchez Bregua ha de comprobar que sus tropas se hallan en una critica situación de desamparo. Bajo su mando, la debilidad de los gubernamentales alcanza su punto culminante.

Con la reacción conservadora de Castelar y el retorno al Norte de Moriones van a corregirse algunos defectos. La Nación hace nuevos sacrificios y el Ejército del Norte dispondrá de más medios. En una coyuntura política nueva, Moriones consigue restaurar la disciplina, ataca con brío los bastiones enemigos, pero estos son ya demasiado solidos. Tras algunas tentativas infructuosas en Navarra y Guipúzcoa, Moriones intenta salvar a Vizcaya; cuando llega a esta provincia, nada se ha resuelto aún. El gobierno de Madrid ha dado un primer paso importante hacia el restablecimiento de la autoridad central, pero todo depende de las futuras batallas.

Los carlistas, a finales de 1873, pueden mostrarse optimistas; han sabido sacar partido de las ventajas que les ofrecía el País Vasco, mientras que el adversario ha perdido gran parte del apoyo con el que podía contar en la región. Esa relación de fuerzas en el interior del País Vasco es lo que vamos a examinar a continuación.

193

Capítulo IV. Guerra de guerrilla en 187

Si los carlistas saben aprovecharse de una coyuntura política favorable, esta, a su vez, se halla supeditada a la actividad insurreccional; conviene analizar los mecanismos de la insurrección al nivel de los combatientes carlistas y gubernamentales.

La ofensiva de las guerrillas

A lo largo del otoño de 1873, el Comandante militar rebelde de las provincias vascas, Dorregaray, convoca en Francia a notables legitimistas, antiguos responsables de las Diputaciones, y les aconseja que se prepare en cada provincia un levantamiento que se hará oficialmente en diciembre. En seguida aparecen antiguas o nuevas partidas que empiezan a actuar incluso antes de la declaración oficial del alzamiento. De ese modo la guerra se «regionaliza» y se confiere iniciativa, en cierto modo, a la base del partido.

Al principio, se concibe la rebelión vasca como fuerza de apoyo de los carlistas Catalanes. Según las instrucciones de Don Carlos, es necesario que en la primera etapa se movilice a los voluntarios por grupos pequeños que realizaran acciones de tipo «comando». Sólo más tarde, los diversos jefes militares llegaran progresivamente para crear con los voluntarios ya movilizados unidades regulares.

194

En una carta personal, Don Carlos da instrucciones precisas para crear partidas. Los responsables de la insurrección —dice— han de conocer bien la región donde piensan combatir; los Fueros han de ser respetados escrupulosamente y la autoridad de la Diputación solemnemente reconocida. A las Diputaciones hay que dirigirse para obtener recursos. Es indispensable que los voluntarios dispongan de ropa y alimentos en cantidades suficientes; cuando sean organizados militarmente, habrá que tener en cuenta su condición de voluntarios y no imponerles el tipo de disciplina de los ejércitos regulares, tanto más cuanto que en el País Vasco no se conocen las quintas.

La actividad de los guerrilleros ha de limitarse a:

> «... molestar al enemigo sin empeñarse en combates, sorprenderlo, aislarlo, cargar con vigor sobre fuerzas inferiores para destruirlas, y no dejarse sorprender jamás...».[1]

En algunas zonas, especialmente en Álava, —según comprueba el Pretendiente— las fuerzas legitimistas son débiles; será preciso recorrer esas comarcas para animar a los jóvenes a que se subleven, lo que permitirá además movilizar a mayor número de tropas enemigas. Todo ha de contribuir a desmoralizar al adversario y a provocar deserciones. Los prisioneros, cuando no sean oficiales, deberán ser puestos en libertad; la población civil ha de ser tratada con respecto y consideración.

Así, las autoridades rebeldes recurren a la guerra popular y tienen empeño en respetar los particularismos vascos.

---

[1] Carta manuscrita de Don Carlos del 3 de enero de 1873. R.A.H. Legajo 6872 a).

Lizárraga, comandante militar carlista de Guipúzcoa, va a destituir a Ayuntamientos que han sido elegidos con arreglo a ley española y no conforme a las prescripciones del Fuero.[2]

Don Carlos, que desde su entrada en España se dirige a Guernica para jurar los Fueros, se apresura a restablecerlos íntegramente abrogando todas las medidas restrictivas y atentatorias adoptadas en la época de Isabel II.[3]

Ese comportamiento va a dar sus frutos y la juventud vasca se alista con entusiasmo en las filas carlistas, lo que no excluye las excepciones. Los insurrectos recurren a veces al reclutamiento forzoso y entre ellos hay también aventureros sin escrúpulos.[4] Pero el rasgo dominante es la adhesión masiva a los legitimistas; surgen bandas armadas, en muy poco tiempo, en las cuatro provincias.

195

La táctica de los guerrilleros es bastante uniforme: atacan en grupos pequeños, en el momento y en el lugar que más sorprenden al enemigo, lo que permite a los rebeldes combatir únicamente cuando la relación de fuerzas les es favorable. En algunos casos, afrontan a efectivos enemigos numéricamente superiores, contentándose con atacarlos por sorpresa y huir en cuanto el adversario se rehace y se dispone a hacer frente. Por otra parte, los guerrilleros se dedican al sabotaje con el fin de obstaculizar el aprovisionamiento o los desplazamientos del enemigo; interceptan la correspondencia, obteniendo así informes sobre el Ejército, o bien dificultan la comunicación entre las diversas unidades gubernamentales. La extraordinaria movilidad de las partidas, capaces de dispersarse para volver a concentrarse en un punto alejado, hace que un reducido número de guerrilleros pueda hacer acto de presencia en un territorio extenso, movilizando así contra el a efectivos liberales cada vez mayores. Aunque las guerrillas operan esencialmente en Navarra y Guipúzcoa, sobre todo durante los primeros meses, se dan combates, choques, enfrentamientos en las cuatro provincias.

Esa táctica obliga al Ejército a estar siempre alerta, a desplazarse constantemente y a colocarse en una posición defensiva. Pues, para evitar una posible derrota que atentaría contra su prestigio, las tropas gubernamentales se desplazan en columnas, poco o mal informadas, que persiguen a minúsculos grupos de guerrilleros con los que en muy pocas ocasiones consiguen tomar contacto. Por ello, no es fácil distinguir las zonas pacificadas de las que se ven más afectadas por la guerra; el conjunto del País Vasco es teatro de los ataques carlistas y de las correrías del ejército liberal, pese a que los combates no sean ni excesivamente numerosos ni demasiado mortíferos en el interior de cada zona.

Una lectura atenta de la correspondencia del Estado Mayor liberal, referente a las operaciones militares de los primeros meses de 1873, revela que la actividad de las partidas consigue muy pronto desorientar al Ejército y reducirlo a la impotencia ante un enemigo que permanece inasequible. Como, además, los combates acaban casi siempre con la victoria de

---

[2] R.A.H. Legajo 6873 a).

[3] Pirala: **Op. Cit.** IV. pp. 472-473. En Álava. el Diputado carlista, R. Ignacio de Varona, al decretar el pleno restablecimiento de los Fueros, dicta medidas que resumen bien el significado de ese restablecimiento:

«Artículo 1º: Quedan suprimidos los juzgados de primera instancia de esta provincia, juzgados municipales y demás autoridades antiforales

Artículo 2º: Queda prohibida esa barraganía que autoriza la revolución con el nombre de matrimonio civil, por ser incompatible con el Fuero.

Artículo 3º: Queda igualmente prohibido el registro civil de matrimonios y defunciones

Artículo 4º: Los que infringieren las disposiciones.. serán conducidos ante mi autoridad... 26 de julio de 1873». In Cuerpo de Estado Mayor: **Op. Cit.** III p. 46.

[4] Los jefes de pequeñas unidades militares dan cuenta, en sus informes, de jóvenes enrolados por la fuerza en el campo insurrecto. Una partida carlista saca dinero en Isasondo a dos curas y a un civil despojados de 15.000 reales. A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873

los rebeldes, no sorprende que los militares se dejen vencer por el hastío y el desánimo

196

En los primeros días de febrero, los guerrilleros se atreven ya a atacar la ciudad de Deva, en Guipúzcoa, provocando el desconcierto de la población y la división de los voluntarios de la libertad, entre partidarios de la rendición e intransigentes.[5]

No obstante, la guerrilla no es la única modalidad de combate de los carlistas. En cuanto los jefes militares llegan al teatro de operaciones, se disponen a crear batallones para afrontar al ejército enemigo en batallas campales o para tomar por asalto las plazas según los procedimientos clásicos. Es lo que hace, por ejemplo, Lizárraga ya en enero. Esa forma de guerra es menos eficaz. En efecto, el asalto de Azcoitia, en enero, y los ataque contra Azpeitia, dos veces seguidas, en febrero, conducen al fracaso. Sin embargo, ambas ciudades estaban defendidas por efectivos liberales numéricamente inferiores a los de los asaltantes. Es verdad que la defensa la han asegurado voluntarios de la libertad y tropas provinciales, es decir, liberales vascos que, desde 1872, son más temibles para los carlistas que el ejército regular. Las pocas derrotas de los rebeldes se deben a la utilización por parte del adversario de tropas auxiliares, organizadas en la misma región y compuestas de hombres que conocen bien el terreno y que incluso llegan a imitar a los carlistas adoptando la táctica guerrillera. Las unidades militares, en sus desplazamientos, van también acompañadas de una escolta de «miqueletes».[6]

---

[5] La correspondencia entre los diversos jefes militares señala la presencia de los rebeldes en todo el territorio vasco; su persecución es dificultosa a causa de la gran movilidad de las partidas y de los obstáculos que impiden la comunicación entre las columnas militares; los informes que sus jefes se transmiten han de ser llevados por patrullas armadas. Los choques enfrentan siempre a efectivos liberales muy superiores numéricamente a los del adversario. El 12 de enero, en Arechavalaga, el jesuita Goiriena ataca por sorpresa a una tropa de carabineros, guardias civiles y forales de Vizcaya y, después de causar pérdidas importantes al enemigo, se aleja dejando dos muertos, entre los cuales hay un sacerdote. El 25. en Alquiza, Lasarte moviliza, con sólo 150 rebeldes, a dos regimientos (Constitución y Luchana) y a algunas unidades de miqueletes y guardias civiles. Durante largos días importantes fuerzas liberales siguen las huellas de los insurrectos sin obtener resultados tangibles. El 9 de febrero, las tropas del general Fernández y del coronel Tejada encuentran por fin a la partida de 250 hombres de Santa Cruz. Los guerrilleros se dispersan inmediatamente haciendo inútiles los esfuerzos de los gubernamentales. El 14 de febrero, la banda de Iturbe afronta en Astigarraga a una brigada mandada por Castillo. Ya desde febrero la actitud de los liberales es puramente defensiva

> «Elgoibar, 10 de febrero de 1873
> Instrucciones para los comandantes de los puestos guarnecidos. Buscaran lugares próximos, los que mejores condiciones reúnan para acuartelarse en ellos. Exigirán de las autoridades la realización de las obras de defensa que estén a su alcance y más apropiadas para reforzar la defensa de los pueblos. De noche, vigilaran desde la torre las avenidas del pueblo y exigirán de los Ayuntamientos que lo hagan lo mismo e impidan la salida nocturna de toda persona que pueda llevar relación o avisos del enemigo. El que tenga necesidad de salir pedirá permiso al comandante del puesto. Desde el anochecer se encontrara toda la fuerza en el acuartelamiento. La guardia y la vigilancia la montara un oficial con la tercera parte del destacamento. Obligaran a los alcaldes pedáneos de los caseríos a que diariamente den parte de las novedades ocurridas durante la noche y no tendrán más provisiones que las necesarias para el sustento de su familia...»

El 8 de febrero, el Estado Mayor recibe una carta del alcalde de Deva:

> «A las 11 de la mañana de hoy se han presentado en las inmediaciones de esta villa las partidas de Santa Cruz, cura de Orio y Soroeta, fuertes de unos 800 hombres, y han abierto el fuego contra los voluntarios de la Casa Consistorial; se ha combatido durante un hora al cabo de la cual se ha recibido un oficio de Santa Cruz en el que se decía se entregasen en el plazo de media hora y que les perdonaría la vida...»

El alcalde y el jefe de voluntarios negocian con Santa Cruz que exige que se le entreguen los prisioneros amenazando en caso de negativa con dar fuego a la ciudad. Los voluntarios se rinden.
A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873.

[6] Los carlistas fracasan cuando atacan de frente a las ciudades, según las instrucciones de sus militares profesionales. Así, el 29 de enero Azpeitia es atacada por Ollo, Lizárraga e Iturbe con 1.500 hombres. Un centenar de policías (carabineros, guardias y miqueletes) bastan para rechazarlos. El 12 de febrero, los guerrilleros de Santa Cruz, Orio, Iturbe y Soroeta, unos 900 en total, fracasan en su intento de tomar Azcoitia, defendida por 59 carabineros. Lo mismo ocurre, en los primeros meses, cada vez que se da este tipo de ataque, por ejemplo, el del 20 de febrero contra Azcoitia, llevado a cabo por Santa Cruz, Orio e Iturbe, o el de Iriarte contra Alsasua el 17 de marzo. Los guerrilleros temen especialmente a las tropas auxiliares. El 17 de abril, en Arsumendi, miqueletes y voluntarios afrontan conjuntamente a los rebeldes que se dispersan acto seguido. El 23 de abril, voluntarios de Vitoria sorprenden a 450 carlistas en Apellaniz.
A.S.V. Legajo correspondientes al primero y al segundo trimestres de 1873

Los insurrectos adoptan pues dos modalidades distintas de combate; por un lado, la de los militares profesionales que, por lo menos en los primeros meses de 1873, no permite ganar victorias; por otra parte, la de los guerrilleros, que desconcierta al Ejército y lo reduce a la impotencia.

Al parecer las dos tácticas se fundamentan en concepciones diferentes de la guerra misma, de su naturaleza y de sus objetivos. Conviene por tanto distinguir en el ejército rebelde dos elementos distintos: los guerrilleros y los militares.

197

Las «partidas

Se conoce a cada banda por el nombre del jefe que la manda. Entre esos jefes, hay cierto número de sacerdotes que se muestran especialmente activos en los combates y en la represión contra la población civil adversa; con frecuencia, sus procedimientos son expeditivos. Cuando se dirigen al adversario, se muestran en general menos lacónicos que otros jefes de partida, acaso porque su nivel cultural es superior. El examen atento de sus declaraciones descubre en primer lugar los tópicos más corrientes de la propaganda carlista: defensa del Rey legítimo y de la Religión, colocados en un mismo plano, sin orden preferencial, ya que, según ellos, la primera misión del Príncipe consiste precisamente en garantizar el triunfo de la fe. Buscaríamos en vano en esas declaraciones reivindicaciones de «orden social» y sólo subsidiariamente aluden a la defensa de los Fueros. Este último aspecto puede sorprender, pues la propaganda legitimista de la región insiste de manera particular en la autonomía vasca. Velasco, comandante militar de Vizcaya, coloca a la cabeza de sus reivindicaciones la defensa de la Religión y de los Fueros y, sólo más tarde, la de los derechos del Rey legítimo.

Sin embargo, más allá de las formulas habituales, rituales, algunos escritos redactados por ciertos curas-guerrilleros dan testimonio de una concepción singular del regionalismo.

El jesuita Goiriena, jefe de una partida de Vizcaya, se dirige el 31 de enero al alcalde de Ochandiano para acusarle de «traicionar a la patria» suministrando informes a un ejército «representante del extranjero». Cierto es que esa expresión no es insólita, pues los periódicos carlistas de otras regiones españolas la emplean también, según el procedimiento habitual de la derecha que pretende que sus adversarios se hallan al servicio de una potencia extranjera. Pero, en la misma carta, Goiriena, cuando pasa de las formulas generales a las instrucciones concretas, habla de «ejército extranjero», lo que es diferente. El ejército liberal, da a entender el jesuita, es en el País Vasco un ejército intruso, de ocupación.[7]

198

San Cruz, por su parte, se muestra más explicito. El 23 de febrero exige la rendición de la guarnición de Oñate y afirma que está dispuesto a mostrarse generoso con los voluntarios de la libertad y los miqueletes a quienes califica de ''hermanos extraviados». Los invita a sumarse a la insurrección y les promete perdón y comprensión. Al mismo tiempo, al dirigirse a los soldados del remplazo que se hallan estacionados en la ciudad, se compromete a concederles una prima y a enviarlos a sus casas. Cuando Santa Cruz evoca los objetivos de su acción, declara que trata de conseguir la reconciliación de los guipuzcoanos con el fin de

[7] A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873
La evocación de algunos enfrentamientos armados permite comprobar el papel de vanguardia desempeñado por numerosos curas. **Ibidem**.

obtener una paz duradera.[8]

Si muchos curas ocupan un puesto de primera importancia en la guerrilla, no todos son jefes de partida. Los hay que se han alistado como simples combatientes y no únicamente como capellanes militares. A la cabeza de las partidas, hay también notables rurales (»ricos propietarios»), pero otros notables, lo mismo que ciertos curas, son tan sólo simples voluntarios. Todo permite pensar, por consiguiente, que los jefes son elegidos más o menos explícitamente por los miembros de la partida, de acuerdo, en algunos casos, con su prestigio social o espiritual, y, en otros casos, a causa de su capacidad de mando o de su energía frente al enemigo. Se producen choques, actos de indisciplina, cuando se quiere imponer en las unidades rebeldes tal o cual jefe en función de otros criterios; es lo que ocurre sobre todo cuando la persona designada para mandar una unidad es un oficial de carrera a quien los voluntarios no conocen.[9]

El cura Santa Cruz

El jefe guerrillero más conocido es indiscutiblemente Manuel Santa Cruz, jefe de una partida que sólo cuenta, en el momento de su mayor concentración, con unos centenares de hombres que, no obstante, llegan a movilizar a la mayor parte de los jefes militares de Guipúzcoa.

Es Santa Cruz el que ha llevado a la perfección la guerra de guerrilla: ataques por sorpresa, sabotajes eficaces, red de espías especialmente informados, aprovisionamiento garantizado permanentemente, disciplina sin falla, pero sin necesidad de recurrir a un encuadramiento militar riguroso, posibilidad de fragmentar la partida en varias patrullas dotadas de una movilidad excepcional y, por ello, capaces de atacar en varios puntos a la vez, con efectivos variables y a veces modestos, o posibilidad de agrupar a las tropas para llevar a cabo operaciones de mayor envergadura.

199

Esa eficacia se explica, primero, gracias al esmero con que se ha constituido y organizado la partida. Los miembros que componen su núcleo central han sido reclutados uno a uno por el cura en persona. Para alistar a nuevos voluntarios, Santa Cruz manda a sus colaboradores más íntimos para que expliquen a los padres de los futuros combatientes las finalidades de la acción. En el peor de los casos, los padres, con la resignación de quien cree que cumple con un deber ineludible, dejan marchar a sus hijos. Pero, lo más frecuente, gracias a la fama que tiene Santa Cruz de audaz y astuto, los jóvenes prefieren combatir a sus ordenes antes que en cualquier otra unidad, hasta tal punto que, por falta de municiones, el cura no siempre puede aceptar en su partida a todos los voluntarios que quisieran seguirle.[10]

---

[8] Carta de Sata Cruz al jefe de voluntarios de Oñate. del 23 de febrero de 1873. **Ibidem**.

[9] Lizárraga topa con grandes dificultades para escoger a los oficiales de las unidades combatientes de Guipúzcoa; deberá recurrir a gente de la región que conozca el euskera.

[10] «Como a media noche llamaron a la puerta: eran los de Santa Cruz. Traían prisionero a Kortxo. —¿Dónde está el hijo?— le preguntaron a mi padre que salió a la llamada. —Acostado, respondió él —Que venga. ¿A que? —Soldado con nosotros. Ahora todos salen al monte. —Bueno, respondió mi padre. Yo me levanté y me fui con la partida, tan contento, como si fuera a una boda. La madre lloraba en silencio. —¿Qué le vamos a hacer pues?, decía mi padre. Si se van todos que se vaya él también... De nuestra casa nos dirigimos a Oyartzabal-txiki: allí se alisto Nicolás. De Oyartzabaltxiki fuimos a Altza (caserío) donde reclutamos a Manuel: y de allí a Altzitxiki donde se nos unió también Félix...»
Olazábal. **Op Cit**. p. 60.

La actitud protectora y paternalista del jefe ha contribuido seguramente a acrecentar su prestigio; dedica gran atención a la alimentación correcta y regular de sus hombres y vela por su salud física y moral. La disciplina que impone es estricta; la moralidad, rigurosa; la actividad contra el enemigo, siempre enérgica, pero cada hombre tiene la posibilidad de tomar iniciativas, de hacer uso de sus mejores dotes y de presentarse como ejemplo.[11]

La zona donde opera es la de la frontera francesa y los alrededores de San Sebastián. Sus tropas se hallan escindidas en dos grupos, compuesto cada uno de ellos de varias compañías. El primero forma una columna volante mandada personalmente por Santa Cruz; el segundo, confiado a Soroeta, se encarga de la vigilancia de la zona fronteriza. Todos los jefes de unidad son de la misma comarca que sus hombres y se conocen bien. Esas unidades disponen de un buen servicio de información y de guías competentes; una orquesta, formada por los mismos voluntarios, ameniza las veladas en los días de descanso. La escolta personal de Santa Cruz, su bandera negra con la inscripción «guerra sin cuartel» confieren particular aureola a esa tropa singular.[12]

200

Lo que llama la atención es a la vez el aspecto guerrero y político de su actividad. Consagra una atención particular a los liberales de su provincia, con quienes emplea alternativamente la represión y la seducción para aislarlos del resto de la población. A veces provoca la emigración de los liberales que viven en las zonas donde el actúa

Como hombre prevenido, tiene cuidado de preparar refugios en la alta montaña para protegerse en caso de peligro. Esos refugios son inasequibles para los gubernamentales; Santa Cruz, aprovechando alguna de sus retiradas, tiene empeño en demostrar a sus propios enemigos que la persecución del cura es infructuosa y ello para desconcertarlos. En esas fugas, suele abandonar una parte de sus víveres para suscitar la envidia y la cólera de los combatientes liberales, habitualmente sometidos a penosas privaciones.[13]

Santa Cruz llega a ser muy pronto el principal enemigo del Ejército y de las tropas provinciales más temidas. Cuatro columnas especiales de forales, compuestas de gente de la región y mandadas por jóvenes competentes, tienen la misión de perseguir sin tregua a su partida. La unidad de elite del coronel Osta será derrotada y su jefe muerto en el combate. Todos temen al cura, pues castiga con severidad la menor complacencia con el adversario y sus represalias son terribles.[14]

---

[11] «En Urnieta tuvimos abundante ración de pan y vino... La medida era un pote con asa, tan grandes como los de tomate: uno por cada uno. Santa Cruz pasaba revista a todos con cierto ceño: —Beber si, pero cuidado con pasarse, decía.»
Idem. p. 58.
Las fallas de disciplina son castigadas delante de todos para acrecentar su ejemplaridad.
La orden de rendición dada a Arechavaleta o el incendio de la estación de Beasain dan testimonio de la acción enérgica de Santa Cruz. La más frecuente es la actividad de «comando», pero, a veces, un sólo hombre, por su propia iniciativa, decide asestar un golpe audaz. Las acciones individuales de Beltxa tuvieron gran resonancia. **Ibidem**, pp. 324-325, 256-257 y 424.

[12] Cada una de las unidades en que se subdivide la partida de Santa Cruz está compuesta de compañías cuyo número aumenta a medida que la insurrección toma amplitud. He aquí algunos jefes de compañía o de pelotón: José M. de Nabarte, molinero de Oyarzun, Olara, de Lezo: Txapelerdi de Hernani, Miguel Antonio Arbelaiz de Oyarzun, Bautista Pildain de Tolosa, Ignacio Roteta de Usurbil.
«En las compañías que andaban con el Cura en sus continuas y arriesgadísimas correrías. se hizo famoso el nombre de Ernani'ko Luxia. antiguo contrabandista... Entre los confidentes se recuerda por su notabilísima ligereza y vivacidad de piernas, ei llamado Erbiya... Pero entre todos fue extraordinariamente apreciados por el Cura el celebre Muguerza, famoso palankari de Albistur de fuerzas tan hercúleas...»
Idem. pp. 92-97.

[13] El 31 de enero. 500 rebeldes atacan Azpeitia y Azcoitia. protegidas por grupos de voluntarios de la libertad: cuando divisan a las columnas de Primo y de Blanco, los guerrilleros huyen al monte de Aya donde se han fortificado e impiden el acceso de la artillería enemiga talando arboles. Para confundir a sus perseguidores, los insurrectos han abandonado en su huida cantidades importantes de alimentos, tejidos y hasta monedas de oro. A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873

[14] Cuando se demuestra que los sospechosos han colaborado efectivamente con el adversario se les fusila. así ocurre con el

También ha contribuido a la fama de Santa Cruz su conflicto con el general Lizárraga, comandante carlista de Guipúzcoa, y con el Estado Mayor. Su hostilidad a Lizárraga se manifiesta muy pronto y procede de la inactividad, y hasta de la cobardía, que el cura reprocha al general; una cobardía que, a ojos de los guerrilleros, no excluye la arbitrariedad. Santa Cruz está convencido que su táctica guerrera es la mejor y que muchos jefes militares nombrados por Don Carlos son incompetentes e ineficaces.[15]

Cuando Lizárraga invoca la disciplina, la obediencia y el deber para que los hombres de Santa Cruz lo abandonen, el cura recurre a castigos severos, a algunas ejecuciones, y consigue proclamarse comandante militar de Guipúzcoa.

201

Sus adversarios carlistas no vacilan entonces en hacer coro con los liberales, que han lanzado una campaña contra el cura a quien acusan de los crímenes más abominables, insinuando que Santa Cruz está en connivencia con los republicanos. Los partidarios del cura llegan incluso a enfrentarse con el prestigioso Diputado Dorronsoro que durante un momento apoya a Lizárraga.[16] Victima de la mala fama que ha adquirido a causa de la represión que ejerce, de la campaña de prensa liberal, que pone de relieve y exagera esa represión con vistas a desprestigiarlo ante la opinión publica española e internacional, victima también de muchos responsables legitimistas, que contribuyen a desacreditar al cura, Santa Cruz se encuentra en una situación difícil.

El conflicto con Lizárraga alcanza su punto culminante entre abril y junio. En esa época, el general se apodera de un deposito de armas del guerrillero y consigue que una parte de sus hombres lo abandonen. El 3 de julio, Santa Cruz promete someterse, pero los responsables carlistas desconfían de el y acaban deteniéndolo con sus amigos más fieles. Luego, van a ponerlo en libertad, se refugia en Francia y regresa de nuevo a España en diciembre de 1873; aprovechándose de la comprensión de Pedro Lasarte en Arichulegui, junto a la frontera, y de la complicidad de algunos oficiales, consigue sublevar a varias compañías y se dispone a detener a Lizárraga, pero la serenidad de este anula su maniobra y Santa Cruz fracasa definitivamente.

Sólo una minoría de carlistas influyentes han ponderado los méritos de un guerrillero excepcional y su conflicto con Lizárraga ha sido presentado como la consecuencia de una rivalidad personal.[17] Sin embargo, se comprende mal que los numerosos enemigos que tiene el cura no hayan podido acabar con el antes. En el mes de junio, cuando Lizárraga cree que

---

alcalde de Anoeta, con los agentes liberales ARTZAYA y ETUMEA y con una señora ejecutada en Arechavaleta: (los prestigiosos jefes de los miqueletes de Guipúzcoa. Urdampilleta y Arana. son sustituidos a causa de su edad por mandos más jóvenes). El ataque a Beasain. en junio, descubre el terror que Santa Cruz inspira al enemigo. como testimonia el alcalde liberal de esa ciudad en el informe que remite a las autoridades militares. La acción enérgica de Santa Cruz incita a los liberales de Arechavaleta a refugiarse en Mondragón. El alcalde y jefe de voluntarios de aquella localidad escribe el general Castillo el 2 de marzo:

> «Los ataques y amenazas del cabecilla Santa Cruz han hecho que emigren de Arechavaleta numerosos voluntarios y familias enteras acomodadas. Sería iitil que la guarnición destacada en Salinas fuera a Arechavaleta y que se refuerce la guarnición de dicho punto con lo que los voluntarios refugiados en Mondragón volverían.»

A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873.

[15] Véase Olazábal: **Op. Cit.** pp. 126-127, 201-202 y 298-301.

[16] Es lo que se desprende de una carta enviada por el Cura a un periódico legitimista:

> «...han propalado contra mí, no la noticia de que había proclamado la República... pero si la calumniosa idea de que yo no soy carlista, sino republicano...»

Carta reproducida por Olazábal: **Ibid**, p. 416, véanse también pp. 399-424. **passim**.

[17] Dorronsoro no vacila en escribir que hubiera preferido caer en manos de los republicanos antes que ser detenido por el Cura «...miembro podrido de la comunión católico-monárquica.»

Pirala: **Op. Cit.** IV, p. 175. Bervonille, por su parte, atribuye a la traición de Lizárraga la detención, por el jefe liberal Loma, de 500 guerrilleros de Santa Cruz. G. de Bernoville. **La Cruz sangrienta, historia del Cura Santa Cruz**. San Sebastián 1928, p. 64.

Además de Olazábal y Bernoville, Santa Cruz fue defendido por Cruz Ochoa, ex diputado legitimista de Navarra, y por Nombela.

Santa Cruz ha quedado ya aislado, un sargento que ha servido a las ordenes del cura y diez de sus hombres se insubordinan y lanzan gritos hostiles contra los combatientes legitimistas castellanos[18] ¿Cómo comprender que el cura pueda, el 1º de julio, exigir de quienes desean desplazarse por el interior de Guipúzcoa un salvoconducto firmado por él?

Hay que admitir que cuenta con el apoyo de una parte de la población.[19] En realidad, Santa Cruz tiene una concepción de la guerra y de su finalidad muy distinta de la de los altos responsables militares de su partido, pero una concepción que probablemente comparten muchos carlistas.

202 Su popularidad es inmensa; canciones en lengua euskérica lo han elevado a la categoría de héroe popular.[20] Es muy probable que su éxito proceda de su capacidad para expresar las inquietudes profundas de su pueblo. Entre las motivaciones que incitan a las masas populares vascas a combatir por Don Carlos, ya se ha señalado la importancia que muchos autores atribuyen al factor religioso. No en vano Santa Cruz es un sacerdote y esa condición no es extraña, según confiesan algunos voluntarios de su partida, al prestigio que aquel tiene entre sus hombres. Pero esos mismos voluntarios explican que el cura defiende, además de la Religión otros intereses:

> «Creíamos todos en aquel entonces, que el triunfo de la tradición y de nuestras tradiciones vascas, estaba vinculado al triunfo de D. Carlos...
>
> Veíamos a los ancianos ante el futuro que se avecinaba tan oscuro, con la Religión perseguida, los sacerdotes desterrados, con los fueros amenazados, con quintas y contribuciones... Y salimos al monte. Y no precisamente por defender a D. Carlos. Nuestra bandera era Dios y Fueros.
>
> A nosotros nunca nos enseño Santa Cruz a gritar ¡Viva Carlos VII! sino ¡Viva la Religión! y ¡Vivan los Fueros!».[21]

Así, sin que admitamos la existencia de tendencias cristalizadas en el interior del partido carlista, es posible distinguir un carlismo vasco popular del que Santa Cruz es probablemente, en 1873, una de las figuras de mayor relieve.

Los responsables legitimistas y la organización del ejército carlista

203 Si, a diferencia de lo ocurrido en 1872, las guerrillas tienen una importancia mayor para el Alto Mando, el objetivo de este sigue siendo el mismo, a saber, atraerse a militares profesionales y crear un ejército regular. Cuando D. Carlos da instrucciones para formar partidas, estas no han de ser sino efímeras, la etapa previa de la constitución de un ejército. Se conciben como fuerzas auxiliares:

> «... hostigan al enemigo, destruyen sus confidentes, avisan a nuestras fuerzas, encubren sus movimientos, las alimentan conduciendo las raciones que piden,

[18] Hernando: **Op. Cit.** p. 12.
[19] R.A.H. Legajo 6874.
[20] Olazábal: **Op. Cit.** p. 91
[21] **Ibid,** p. 193.

mantienen vivos los ánimos...».[22]

Los responsables encargados de organizar la rebelión son notables o militares, antiguos o nuevos carlistas; el criterio que el partido retiene para confiar responsabilidades es el de la riqueza y el del saber y, en este caso, las competencias militares.

El presidente de la Junta de Bayona es José Luis Antuñano, exdiputado en el Parlamento español y rico propietario de Vizcaya. Los legitimistas acogen en Bayona con todos los honores al oficial de Marina Martínez Viñalet que ha conseguido fugarse de la cárcel de Málaga para ir a ponerse a la disposición de D. Carlos.

Los jefes militares de las cuatro provincias vascas, así como el Jefe militar de toda la región, son escogidos por el Pretendiente entre oficiales de carrera. Los carlistas no dejan de intentar atraerse al mayor número posible de militares profesionales, pero, al principio de la insurrección, estos no responden al llamamiento y el Alto Mando legitimista ha de recurrir a antiguos combatientes de la primera guerra.

En este caso, se trata con frecuencia de carlistas convencidos, de verdaderos militantes, cuya lucha por un ideal ha llenado su vida, o conspiradores profesionales, mucho más que militares de carrera, Esos hombres son a veces de origen humilde y han ganado sus estrellas en la guerra de los Siete Años. Por ejemplo, el coronel Iribarren, jefe de las tropas rebeldes de la frontera, es un antiguo combatiente, muy relacionado con la Iglesia: tiene un hijo sacerdote y una hija religiosa. No lleva ningún signo distintivo de su grado y tiene todo el aspecto de un militante. Con el colabora el armero Goñi, eterno conspirador. Ambos protegen la aduana de Dancharinea, que suministra recursos substanciales, facilitan la importación de armas y controlan la fabricación de municiones. El 4º batallón de Navarra se confía a un viejo veterano, el coronel Moso. Otro anciano, también veterano, es el coronel Irañeta que manda en los voluntarios de La Barranca, en Navarra, y trata como puede de hacerlos soldados confiando la instrucción militar a un ex-sargento del Ejército.

204

Pero el más prestigioso de los veteranos es indiscutiblemente el general Elio, que a lo largo de la guerra llega a ser el más alto responsable militar. Tiene más de setenta años y, en opinión de ciertos historiadores carlistas, su indecisión origina varios fracasos de su partido. Elio ha sido, en el pasado, oficial de la guardia de Fernando VII; voluntario carlista en la primera guerra, acaba esta con el grado de general. En 1839, condena el Convenio de Vergara, que permite a los oficiales carlistas incorporarse con sus grados al ejército español, y prefiere el exilio al que durante un momento renuncia para tomar parte en la desdichada aventura de San Carlos de la Rápita. El viejo general, por si solo, es la síntesis de las diversas corrientes que pueden distinguirse entre los carlistas. Ha aprendido a hacer la guerra popular, que requiere sin cesar el apoyo de la población civil. Su espía personal en 1873, el «general» Simón, como le llaman los rebeldes, es uno de los agentes más astutos. Su popularidad permite a Elio, en cuanto retorna a España, recorrer las cuatro provincias vascas sin que el adversario se de cuenta. Pero es también un militar de carrera y, por su inquebrantable fidelidad, un militante empedernido. Ennoblecido por Don Carlos, también forma parte de la aristocracia legitimista.

Todos esos viejos militantes, probablemente más cerca de los voluntarios que de los nuevos carlistas, tienen demasiada edad para poder desempeñar un papel de primera importancia. No obstante, contribuyen en alto grado a crear ese ejército anónimo, regular, tan distante de las guerrillas.

[22] Hernando. **Op. Cit.** p. 19.

Jefes militares, de ascendencia popular, colaboran también en la constitución de ese ejército así ocurre con «Radica» en Navarra.

205 Díaz de Rada, albañil de Tafalla, ha sido voluntario en la primera guerra que acaba como cadete; de regreso a su casa, sigue siendo fiel al ideal de su juventud y se subleva en 1872 con voluntarios de su localidad y de los alrededores, luego, en 1873, crea y organiza el segundo batallón de Navarra. Nombra comandante adjunto a D. Carlos Calderón, miembro de una familia distinguida y, como jefes agregados al mismo batallón, al ingeniero catalán Luis Argila y al comandante Martínez, veterano de la primera guerra. Foronda, joven oficial desertor del ejército liberal, es ascendido a capitán mientras que voluntarios de familias acomodadas son nombrados oficiales. Radica general de brigada, va a morir en Somorrostro como un héroe del pueblo, pero ya ha contribuido a militarizar a muchos voluntarios.

Argonz, antiguo combatiente, luego vendedor de objetos litúrgicos y gran conocedor de los caminos y pueblos de Navarra, es en definitiva un guerrillero que llega a obtener un alto grado en la jerarquía militar.

Cortea, de familia acomodada de Elizondo, en el Baztán, recluta una partida de 20 hombres, pronto integrados en una unidad militar regular donde el joven obtiene las estrellas de oficial.

Así, hombres que, impulsados por sus orígenes, hubieran podido comprender el tipo de ejército y de guerra representado por las partidas, se integran en un ejército profesionalizado. Se identifican de ese modo con los militares de carrera que, más o menos esporádicamente, sirven al carlismo.

Pérula, jefe de la caballería de Navarra, nace en Sesma; toma parte en la primera guerra en la región de Burgos donde cae prisionero. Enviado a Cuba, va a ser amnistiado en 1858 y recibe un puesto en el Ejército; combate en la campaña de África de 1860, pero, más tarde, debido a su participación en San Carlos de la Rápita, pierde su empleo militar. Amnistiado, obtiene un puesto de notario en Corella; agradecido, se pretende fervientemente partidarios de Isabel II y, por fidelidad a la Reina destituida, combate al régimen del 68 y se une a Don Carlos que le nombra de golpe coronel de caballería.

Olio sigue el mismo itinerario profesional, pero su adhesión al carlismo es más constante y sincera. Nacido en Ibero, cerca de Pamplona, Ollo se alista muy joven como voluntario carlista en el primer conflicto. Se acoge al Convenio y llega a ser oficial del ejército de la Reina; tras la expedición a África, se retira a su pueblo natal y emprende la insurrección de 1872 con el grado de general de brigada.

206 El marqués de Valdespina, hijo del general del mismo nombre, termina la guerra de los Siete Años con el grado de teniente; empieza la última guerra carlista como general, jefe del Estado Mayor del ejército carlista del País Vasco.

Dorregaray, nacido en Ceuta, es oficial de carrera y veterano. En 1839, se ha incorporado al ejército español y llega a teniente coronel en la campaña de Marruecos. Cae herido en 1872, intentando sublevar sin éxito la región de Valencia. En 1873, nombrado general en jefe de las cuatro provincias vascas, llega a Navarra rodeado de un Estado Mayor en el que los jóvenes de familias distinguidas se codean con militares de carrera que han desertado las filas liberales para unirse a D. Carlos.

Los nombres que acabamos de citar son los de los militares más conocidos. Se puede observar que entre ellos hay muchos hombres que, más allá de sus convicciones, consagran su vida al Ejército, carlista o liberal, según las circunstancias, pues lo que predomina en ellos

es su calidad de oficiales. En otros menos conocidos, este último rasgo es aun más preponderante. Si ocurre que, más tarde, traicionen a sus amigos, no habrá que sorprenderse.

La militarización de las guerrillas

En Navarra, la participación directa de militares profesionales. oriundos de esta provincia y por ello bien conocidos, explica parcialmente la rápida militarización de los guerrilleros. Como esa circunstancia no se da en las demás provincias, el espíritu de la guerrilla subsistirá durante más tiempo.

El jefe militar de Vizcaya, G. Martínez de Velasco, es un castellano. Pese a la casi impunidad de que gozan los carlistas en esta provincia en 1873, sólo consiguen movilizar a 1.500 hombres. Las vacilaciones de muchos notables, a consecuencia del convenio de 1872, son al parecer la causa de esa debilidad. Pero, la relativa tranquilidad que se observa en Vizcaya impulsa al Ejército a reducir la vigilancia y a enviar allí a un corto contingente de tropa. Aprovechando la ocasión, Velasco puede reanudar la rebelión, instituir impuestos y obtener recursos para crear batallones. Pero la militarización sólo es posible gracias a la colaboración de los mismos jefes guerrilleros.

207 El jesuita Goiriena forma con su partida el batallón de Guernica al que dirige como comandante. más tarde se crean los batallones de Durango, Marquina y Arratia gracias al concurso de los guerrilleros Iriarte, Sarasola y Gorordo. En Vizcaya nace así un ejército regular que adopta, como en Navarra, las formas habituales de organización, con la diferencia que en Vizcaya las nuevas estructuras no se alejan demasiado de las guerrillas, en la medida en que los voluntarios de la misma zona se integran en el mismo batallón cuyos oficiales son en gran parte antiguos guerrilleros. Esa movilización sin tropiezos no tiene demasiado alcance. Para que la insurrección tome impulso, es preciso esperar la incorporación de un jefe local prestigioso, el viejo Castor Andéchaga. Este sólo inicia la guerra a finales de julio de 1873, pero se muestra capaz, en poco tiempo, de sublevar a las Encartaciones y al Valle de Mena y de crear dos batallones. Al final del año, ya amenaza a Bilbao.

En Álava, Llorente, otro veterano prestigioso, no dispone ya del mismo vigor que en otro tiempo y el mando lo toma el coronel Lecea. Unos cuatrocientos rebeldes de esa provincia va a ser sorprendidos por el enemigo en Apellaniz donde les hacen diez muertos y varios heridos y prisioneros, lo que da lugar a la deserción o dispersión de los voluntarios. La insurrección no supera este fracaso hasta julio, cuando Larramendi, que llega de Cataluña, es nombrado comandante militar de Álava. Larramendi consigue juntar algunas partidas y movilizar unos mil hombres con los que forma la división alavesa en septiembre. Los rebeldes de Álava van a actuar con frecuencia en las otras provincias; como en general, los combatientes aceptan a regañadientes abandonar su región, los alaveses no serán muchas veces guerreros de vanguardia. Mandados por oficiales procedentes de otras regiones, no dan muestras, en ningún momento, de entusiasmo desbordante. Esos factores contribuyen probablemente a explicar el menor esfuerzo de guerra que realiza esta provincia.

208 En Guipúzcoa, pese el número elevado de plazas ocupadas por el Ejército y a la pujanza del liberalismo local, las guerrillas se muestran pronto activas y enérgicas. El comandante militar, Lizárraga, es un navarro. Forma parte de los veteranos, oficiales de carrera. Nacido en Pamplona, combatiente a las ordenes de Zumalacárregui, se incorpora al ejército isabelino

con el grado de teniente, luego, por años de servicio, llega a teniente coronel. Don Carlos lo asciende a general de brigada, pero, cuando llega a Guipúzcoa, en enero de 1873, sólo tiene a sus ordenes 21 hombres. Dos notables de la región, Itube de Azpeitia y Uría de Azcoitia, van a ayudarle a movilizar a 400 voluntarios, entre los cuales hay cierto número de castellanos.

Con los vascos, Lizárraga crea el 1º batallón de Guipúzcoa, llamado de Cazadores de Azpeitia, que tiene dos comandantes: José Ignacio de Iturbe, rico propietario de Azpeitia, uno de los que han contribuido a sublevar a la juventud de su zona, y R. Inestrilla, capitán del Regimiento de Arapiles pasado al campo carlista. Es el único oficial foráneo, los demás son oriundos de Guipúzcoa, ya que los voluntarios prefieren que los mande gente de la provincia que conozca el euskera. Lizárraga no tendría necesidad de improvisar oficiales pues, entre los voluntarios castellanos, hay una mayoría de oficiales de carrera; no obstante, los castellanos van a ser incorporados como simples soldados. sea cual sea su grado, en una unidad de elite llamada Compañía de Guías de Castilla. Lizárraga se ve pues obligado a transigir con las exigencias de la guerra popular y a tomar libertades con las habituales prescripciones de la ordenanza militar. Se esfuerza, sin embargo, por crear un ejército regular y obtendrá la ayuda de un jefe guerrillero de gran prestigio, Antonio Macazaga, cura de Orio.

Macazaga llega a comandante en la primera guerra, pero, en 1873, renuncia a todo mando para limitarse a su papel de sacerdote; se enrola pues como capellán militar. No obstante, contribuye eficazmente a la movilización y al encuadramiento de los voluntarios y no se niega a dar consejos como «técnico» de la guerra. incluso en las primeras líneas. Cuando Lizárraga cae enfermo y lo sustituye Valdespina, el cura de Orio secundará al marqués en el mando de la tropa. Gracias al apoyo de hombres como Macazaga, Lizárraga puede integrar progresivamente a los voluntarios de Guipúzcoa en batallones y ser aceptado como jefe de la provincia por las partidas. Esos apoyos permiten también al general triunfar contra San Cruz.[23]

209

Durante los seis primeros meses de 1873, la tarea esencial de los militares de carrera consiste en formar un ejército del mismo tipo que el de en frente; la actividad meramente militar es escasa, pues sólo esporádicamente las unidades militares regulares emprenden el combate. En la perspectiva del Estado Mayor, se trata de recorrer la región para despertar el entusiasmo de las masas populares y para reclutar voluntarios a medida que van llegando las armas. Algunas tentativas de ocupar ciudades desembocan en otros tantos fracasos; la batalla de Monreal, en marzo es, en cierto modo, un combate impuesto por el adversario. Los jefes militares carlistas evitan el enfrentamiento.

El 30 de abril, el núcleo fundamental de las tropas de Dorregaray llega a Bernedo, en Álava; luego baja a Lagran, con la intención de hacer una incursión a la Rioja; sorprendidos por los liberales, los insurrectos vuelven a Bernedo, repasan el puerto de La Población, llegan hasta esta localidad y regresan precipitadamente a Álava para alcanzar Onraita, cerca de Vitoria, el 3 de mayo. Esas marchas penosas, hostigados por el enemigo cuyo contacto se evita, desaniman a muchos voluntarios que empiezan a desertar; los oficiales invitan entonces a Dorregaray a enfrentarse con el adversario. El 5 de mayo, decide por fin el general atacar a los liberales en Eraul, cerca de Estella. Mil ochocientos rebeldes se enfrentan con los mil doscientos hombres del coronel Navarro a quien vencen. Navarro cae prisionero con varios oficiales y los carlistas se apoderan, además, de un cañón

[23] Un resumen biográfico de los diversos jefes militares y responsables legitimistas en Oyarzun: **Op. Cit.** pp. 297-310 y Hernando: **Op. Cit.** pp. 11-17

Un ejército regular

A principios de julio, se ha constituido ya el ejército carlista. Se compone de 44 batallones de Infantería: 10 en Navarra, 10 en Vizcaya, 9 en Guipúzcoa y 6 en Álava. A esas tropas vascas hay que añadir 5 batallones castellanos, 1 asturiano, 2 de Santander (llamados de Cantabria) y 1 de la Rioja. En total, 12.000 hombres.

210 Los Castellanos —denominación que de hecho engloba a los que proceden de las regiones del interior, pues la Compañía de Guías cuenta con andaluces, valencianos y sobre todo riojanos— llegan individualmente y, al principio, se incorporan a los batallones navarros. Luego, un grupo de voluntarios de Burgos se presenta en Vizcaya, mientras que una partida de Palencia se incorpora al 3º batallón de Álava. Con esos voluntarios, Velasco organiza dos batallones en Vizcaya y más tarde, cuando llegan al País Vasco nuevos voluntarios, se crea la división de Castilla que luchará en el Norte en espera de poder sublevar a otras regiones.[24]

Si la Infantería es lo esencial del ejército rebelde en 1873, los dirigentes legitimistas se preocupan también de organizar las demás armas. En Navarra, se crea muy pronto un batallón de Ingenieros y algunas compañías de este cuerpo aparecen luego en las otras tres provincias. Los carlistas de Guipúzcoa disponen de una compañía de "telegrafistas aéreos» y los de Álava de una compañía de «verederos» o guías. Progresivamente aparecen también servicios de telégrafo eléctrico, sanidad y administración militar. Las Diputaciones se encargan por su parte del orden público y de las aduanas y cuentan con unidades de carabineros y de forales, a imagen de los cuerpos correspondientes de los liberales. Las compañías de cadetes aseguran la formación de los mandos militares antes de que se cree una Academia militar.

La Caballería nace en Navarra desde el principio de la insurrección y Pérula es el que crea el primer escuadrón. Álava dispone de una partida castellana de caballería. Luego, jefes y oficiales de esa arma, desertores del ejército republicano, organizan poco a poco tres regimientos.

La Artillería sólo aparece más tarde. En 1874, después de la retirada de Bilbao, el coronel Maestre viene de Andalucía con una suma de dinero suficiente para comprar algunas piezas costosas. En Londres negocia con un vendedor de armas que es en realidad un agente del gobierno de Madrid. Pero, luego, una aventura peregrina hace que fusiles comprados por los carlistas vuelvan a ser vendidos más caros a los gubernamentales; los beneficios así obtenidos y algunos fondos más permiten a los rebeldes comprar cañones y hasta el barco encargado de transportarlos al País Vasco. El 9 de julio de 1874, se desembarcan 27 piezas en Bermeo y se introducen otras cuatro (con el metal fundido en columnas ornamentales) por la aduana de Hendaya; en fin, se fabrican algunas piezas en Azpeitia y en Arteaga; en total, en el segundo semestre de 1874, los insurrectos consiguen reunir unas 50 piezas de artillería.

211 Un problema difícil para los rebeldes es el de las armas y municiones. Los fusiles utilizados en 1872 son inservibles y, en 1873, es preciso obtener nuevas armas, comprándolas en España, en el extranjero o robándolas al enemigo. La multiplicidad de orígenes de lugar a una gran diversidad de armamento y complica naturalmente el aprovisionamiento en

[24] **Ibid**, 77-118, **passim**.

municiones. En los comienzos de la insurrección, los carlistas consiguen apoderarse de Arichulegui y Peñaplata, dos fortalezas naturales de la frontera, que facilitan la importación de armas procedentes de Francia. Transportadores individuales disfrazados de diversas maneras consiguen sustraerse a la vigilancia —muy indulgente, es verdad— de las autoridades francesas e introducir unos 10 6 12 fusiles al día. Cruzando el Bidasoa, algunos carlistas importan armas y municiones. El plomo necesario para fabricar estas últimas se introduce a veces fundido en ruedas de carro o utilizando otros medios ingeniosos, pero todos esos procedimientos son demasiado lentos y los rebeldes no renuncian a comprar armas en mayores cantidades. Carlistas adinerados hacen un donativo de un millón de reales, lo que permite a los legitimistas comprar fusiles en Inglaterra, Bélgica y Francia; en este país las autoridades ponen en subasta un alijo de armas compradas a los Estados Unidos. Barcos extranjeros desembarcan luego ese armamento en las costas de Guipúzcoa.[25]

¿Que gran designio impulsa a los carlistas a hacer frente a todas esas dificultades?

Si se esfuerzan, a lo largo del primer semestre de 1873, por crear un ejército completamente semejante al del Gobierno, es que tienen la pretensión de derrotar a este en una serie de batallas sucesivas que han de permitirles conquistar palmo a palmo el territorio nacional y sentar a Don Carlos en el trono. Toda su actividad se organiza pues en torno a ese plan que no deja de ser coherente. Sin embargo, el triunfo parece ya problemático, en julio de 1873, en el momento en que el ejército de Don Carlos se dispone a pasar de la etapa preliminar a la de la guerra propiamente dicha.

212

En efecto, no se manifiesta un apoyo determinante y masivo al carlismo, ni en España ni en el extranjero, ni siquiera en el momento culminante de la crisis del régimen. Es poco probable que ese apoyo se intensifique cuando en Madrid se produce una reacción conservadora que consolida el poder ejecutivo y acrecienta la eficacia y la fuerza del Ejército. Como la insurrección no triunfa más que en un corto número de regiones españolas, el ejército carlista. que recurre a procedimientos clásicos de movilización, reclutamiento y obtención de recursos, se hallara muy desfavorecido con respecto al adversario pues sus medios potenciales son muy inferiores a los del enemigo y su derrota, en un plazo más o menos largo, parece inevitable. Por eso, es posible afirmar que la decisión de los legitimistas de sacrificar las guerrillas en favor de la guerra clásica ha sido un error. La guerra popular, aunque supusiera otros riesgos para el partido reaccionario, tenia el mérito de reducir a la impotencia al ejército gubernamental y de limitar las posibilidades del Gobierno de conseguir una victoria militar.

El apoyo masivo de la población

Como en 1872, pero en mayores proporciones, los rebeldes se ven asistidos y alentados por el clero y los notables rurales. Los documentos citan a «ricos propietarios» y «mayores contribuyentes» de las localidades rurales que, como ya hemos tenido ocasión de ver, prestan una asistencia directa o indirecta a los insurrectos. La correspondencia del Estado Mayor

[25] **Ibid**, pp. 198-203

liberal no deja subsistir ninguna duda a este respecto. La ayuda se manifiesta, primero, en los suministros. Con motivo de la fuga de ta tal o cual partida, se abandonan al enemigo cantidades de víveres cuantiosas y desproporcionadas con relación a los efectivos. Los alimentos proceden de los pueblos que aceptan pagar impuestos a los carlistas, sea en especie o en dinero.

213

Lo mismo ocurre con los informes y confidencias. Los carlistas siempre tienen noticas de los desplazamientos del adversario, mientras que este muy raras veces encuentra a gente dispuesta a informarle de la actividad de los guerrilleros. En caso de sabotaje, por ejemplo, los presuntos testigos declaran que no han visto nada.[26]

También es un problema fácil para los rebeldes el del reclutamiento. Los informes que las autoridades locales remiten al Alto Mando liberal declaran que los jevenes se incorporan en masa a la facción. En Navarra, todos los hombres en condiciones de manejar armas se unen a los insurrectos. Estos mantienen relaciones amistosas con el pueblo, de cuyo seno proceden, de manera que los sacrificios que la guerra impone al mundo rural son aceptados cuando se trata de ayudar a los carlistas. Por el contrario, los guerrilleros procuran hacer la vida imposible a los amigos vascos de los liberales; intentan ganarlos a su causa y, cuando no lo consiguen, los aíslan o les impulsan a emigrar. Por otro lado, dan cierta publicidad a acciones que han tenido por objeto exigir fondos a burgueses ricos (con frecuencia liberales discretos) o cuando las partidas se apoderan de los fondos de ayuntamientos liberales cuyas autoridades no han querido emigrar.[27]

Ya en marzo, es tal la ayuda de la población, que los rebeldes pueden actuar a cara descubierta y con toda impunidad; a partir de esa época son los amos de la región. Sin embargo, los informes que llegan al Ejército indican que los efectivos rebeldes son aún modestos: 3.200 en todo el País Vasco el 16 de febrero. Como en

1872, esas cifras, según confiesan las mismas autoridades liberales, son inseguras; pero, si algunos simpatizantes de los rebeldes tienen tendencia a minimizar la importancia de estos para que el enemigo reduzca la vigilancia, otros, al contrario, exageran la fuerza de los insurrectos con el fin de desanimar al adversario. Por eso, se puede pensar que el contingente carlista indicado no se aleja mucho de la realidad.[28] No es pues aventurado afirmar que un

---

[26] En marzo se produce un sabotaje del ferrocarril cerca de Zumárraga; los habitantes de un caserío declaran que no han visto nada. Un labriego que trabajaba en una finca contigua tampoco ha visto nada. A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873.

[27] El 15 de marzo, el Gobernador militar de Pamplona dice que en el Sur de la provincia (región con fama de liberal) los jóvenes se incorporan a la facción. El 29, el alcalde de Eibar hace la misma comprobación lamentando que la legislación democrática no se adapte a las circunstancias. En la misma época, un coronel escribe de Echarri-Aranaz al Ministro que, sin que los liberales hayan podido tener la menor sospecha, se ha incendiado la estación. La encuesta realizada para conocer a los culpables no ha dado ningún resultado. Desde enero, fuera de las ciudades. los rebeldes campan a su guisa. El alcalde de Lacunza escribe el 13 de enero:

> «Ha recibido un oficio de esta Alcaldía fechado en Huarte-Araquil de Martín Iriarte, jefe de partida, mandando comunique a los mozos que la vez anterior salieron a la facción se presenten inmediatamente bajo pena de la vida... También imponía en dicho oficio la multa de 250 pesetas por no haber dado parte de la estancia de tropas en esta villa.»

El alcalde de Aibar, por su parte, comunica que no ha enviado a los quintos por miedo a que la partida que se halla en Idocin se apodere de ellos y los incorpore a la facción. **Ibid**.

[28] En una carta al alcalde de Gorlitz, Velasco declara que ha decidido que los propietarios paguen un impuesto extraordinario (Carta del 5 de marzo de 1873). Otros jefes recurren a la imposición de rescates a burgueses. Pérula, en febrero, exige 4.000 pesetas al propietario de los Baños de Cucho (Treviño) amenazándole con incendiar el establecimiento.

El 16 de febrero, el Estado Mayor liberal establece un balance de los insurrectos en cada una de las provincias:

> «**Navarra**: Ollo, Pérula y Radica reunidos en el valle de Arrate con 2.000 infantes y 100 caballos. Iriarte y Navarro en la Barranca con unos 300 rebeldes. La Rosa y Aldea entre Estella y Santa Cruz de Campezo con 40 ó 50 cada uno. Zugasti con unos 30 en La Amézcoa
>
> **Guipúzcoa**: Santa Cruz y Orio con 400 en los montes. Iturbe con 120 en los límites de Guipúzcoa y Navarra, cuyas partidas divididas en pequeños grupos corren por caseríos y Aldeas.

corto número de guerrilleros consigue paralizar el esfuerzo del Ejército del Norte.

214 No hay duda de que el poder de la guerrilla es considerable cuando esta puede contar con la adhesión de las masas populares y su hostilidad al adversario.

Los gubernamentales

Ya conocemos las dificultades crecientes del Ejército ante el rápido auge de la rebelión. Esas dificultades proceden parcialmente de una subestimación del poder de las guerrillas. A principios de año, como ya hemos visto, las autoridades optan por la clemencia creyendo que su fuerza militar es capaz de intervenir cada vez que la situación lo exija; de hecho, los liberales no disponen de bastantes medios para llevar a cabo esa política. En efecto, ya en enero, el Estado Mayor se preocupa esencialmente de los suministros en víveres y municiones y de una posible derrota que desacredite al Ejército. Éste toma grandes precauciones para desplazarse y necesita el concurso de tropas auxiliares reclutadas en la región.

Pese a la inestimable ayuda de esos contingentes regionales, la energía de los guerrilleros y la actitud poco amistosa de la población imponen al Gobierno un tributo muy oneroso.

En el mes de enero, el batallón de Cazadores de Puerto Rico ha costado un desembolso de 20.000 pesetas, suma que no es muy excesiva, pero las fuerzas rebeldes de importancia comparable cuestan mucho más baratas a los legitimistas. ¿Cuántos batallones serían necesarios para neutralizar a tantísimas partidas?

El batallón de La Habana, en dos días, el 27 y el 28 de enero, tiene 4 muertos y 68 heridos. ¿Cómo contener semejante hemorragia?.[29] La naturaleza misma de la guerra hace que esta sea muy costosa para los liberales. Sin embargo, los insurrectos sólo tienen en sus filas el 15 de febrero, menos de 4.000 hombres. Se puede adivinar lo que ocurriría si los rebeldes se contaran por millares.

El esfuerzo que el Gobierno puede aceptar para reforzar el Ejército del Norte está sometido a las discusiones, a veces largas, del Parlamento, donde, por otro lado, se manifiesta la voluntad de suprimir las quintas.

215 Hasta tanto se voten las subvenciones al Ejército, este debe asegurar sus suministros en las regiones donde se halla, agravando con ello las cargas impuestas a los pueblos. Como, con mucha frecuencia, estos se niegan a satisfacer cargas suplementarias, el ejército liberal ha de recurrir a procedimientos expeditivos dando así la impresión de ejercer exacciones y represalias. Todo ello acrecienta la antipatía de la población y, desde finales de enero, las tropas liberales evitan el desplazarse durante la noche. En esa misma época, muchas unidades militares de Guipúzcoa carecen de efectivos suficientes para proteger las

---

Vizcaya: Goyriena y Belaustegui con unos 150 en Arratia, Guernica y Marquina. Además existen otras partidas que, aunque de muy poca fuerza interceptan las comunicaciones.» A.S.V. Legaje correspondiente al primer trimestre de 1873

[29] «Fuerzas en revista en el mes de enero de 1873». A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873.
A causa de las dificultades que conoce el Ejército para desplazarse por el País Vasco, el Ministro de la Guerra recomienda que se reclute como oficiales provisionales:

«...a los paisanos hijos de dichas provincias que por sus condiciones personales ideas liberales e influencia que ejercen en el país, no sólo pueda esperarse que prestaran buenos servicios, sino que animaran con el ejemplo a sus compatriotas...»

estaciones de ferrocarril.[30] Es protección es, sin embargo, indispensable para que el comercio no se vea obstaculizado y para dar la impresión en el extranjero que el Gobierno controla la situación. Para esto, es necesario renunciar cada vez más frecuentemente a perseguir a las partidas con el fin de defender a las ciudades. Como la situación se deteriora progresivamente y muy deprisa y, ya en marzo, el Ejército no puede proteger todas las plazas, es preciso establecer un orden preferencial de acuerdo con su importancia estratégica. Es el repliegue militar.[31]

Problemas internos agravan la posición precaria del Ejército. Los rebeldes saben dar a su combate un contenido ideológico, motivaciones y objetivos, lo que no ocurre en el campo adverso. Respecto a los liberales, en efecto, la ausencia de una meta política concreta es muy ostensible. Los discursos que los generales dirigen a la tropa para exhortarla a combatir son vacuos; se contentan con ponderar el valor, (con mucha frecuencia ausente, además), de los soldados prometiéndoles un fin próximo de la guerra y la licencia. Esta es al parecer la mejor recompensa que puede ofrecerse a los combatientes liberales.[32] No sorprende que las deserciones se multipliquen a medida que la situación se degrada.[33]

Los jefes se han dado cuenta de la ausencia de entusiasmo de sus subordinados y hacen esfuerzos para mejorar el rancho y aliviar el servicio, pero el creciente aislamiento del Ejército en el teatro de operaciones y la inestabilidad política inutilizan a menudo esos esfuerzos. El desánimo alcanza también a los oficiales, de forma que la diferencia entre los

---

[30] Los recursos a disposición del Ejército son insuficientes. El 17 de enero. en pleno invierno, un jefe militar pide con urgencia el dinero necesario para comprar alpargatas a sus soldados que andan descalzos. El recurso a exacciones, a racionarse donde las tropas se encuentran, es frecuente. El 26 de enero, el Ejército exige 27.000 raciones de carne a unos veinte pueblos navarros. La población tiende a negarse a satisfacer esas demandas. El jefe del regimiento de Guadalajara escribe de Barindano, el 5 de enero:

> «Trato de racionarme en el pueblo pero encuentro dificultades porque sólo quedan dos hombres. A los demás se los ha llevado Ollo en calidad de guías y otros han huido al sentir los cañonazos.»

Esas dificultades hacen que las unidades militares se vean obligadas a esquilmar a las localidades más dóciles. La Diputación liberal de Navarra escribe el 6 de marzo:

> «... El Sr. Comandante militar de Lumbier exigió en oficio del primero del actual que diariamente y relevándolos cada 24 horas, le mande hombres para peatones cuya edad no debía bajar de 18 años ni exceder de 50. Este servicio cuya prestación empezó el día 3 supera las fuerzas materiales y morales de que se compone el citado municipio y es insuperable los esfuerzos que intentar se pudiera para sobrellevarle... necesario es que 16 padres de familia abandonen todos los días sus hogares dejando de allegar con su trabajo los recursos más necesarios para su subsistencia... y viene a resultar de aquí con mucha frecuencia que se repite en una familia la prestación del servicio, la ausencia del jefe de ella, causa por la cual la necesidad se deja sentir en el hogar domestico y esta necesidad trae en pos de si otras consecuencias más funestas, pues muchos de los que no se fijaban en las circunstancias actuales se ha visto que han marchado a incorporarse a las partidas carlistas sin más causa que la de no poder y no querer prestar una carga tan pesada como injusta en su sentir».

Las exacciones acentúan el aislamiento del Ejército. Ya en enero, este toma todo tipo de precauciones

> «Precauciones que han de tomarse en las marchas: Que las tropas se alojen lo más reconcentradas posible con un oficial o sargento en cada casa...
>
> Cuando se aproxime una columna del Ejército a un pueblo, el Ayuntamiento y clero de el, saldrán a recibirlo por lo menos a distancia de 100 metros...»

El general en jefe ordena, el 4 de febrero:

> «Que las tropas marchen compactas y sin dejar claros... que los bagajes vayan reunidos.»

Idem.

[31] La elección depende a veces de consideraciones políticas. El jefe militar liberal de Guipúzcoa escribe el 25 de marzo:

> «Unos de los principales medios de combatir la insurrección... es la ocupación militar de algunos pueblos de gran importancia ya por su situación ya por ser de abundantes recursos donde se bastecen las facciones. En el número de ellos y de más urgente ocupación figuran los de Escoriaza y Arechavaleta y la prueba que siempre que las facciones se han dirigido al Sur de esta provincia han estado en dichos pueblos. En el último hay un pequeño número de voluntarios que se hace preciso no abandonarlos si se quiere sostener el elemento liberal del país....»

Idem

[32] Alocuciones del general en jefe del 4 de marzo y 26 de marzo de 1873, **Ibidem**.

[33] Un informe del 13 de marzo da cuenta de la deserción de varios oficiales del mismo regimiento; una patrulla dirigida por oficiales leales interna impedirles pasar al enemigo:

> «...lo que no pudo verificarse porque indudablemente debían ir acompañados por guías del país los cuales o los ocultaron o los condujeron por caminos desconocidos...»

Idem

efectivos teóricos de las unidades y las fuerzas realmente disponibles se acentúa de día en día.

216

El general en jefe se ve obligado, el 13 de marzo, a suprimir todos los permisos, salvo en caso de defunción de un pariente cercano; por otro lado, el general invita a los oficiales que ya han cumplido los años de servicio que dan derecho al retiro a no abandonar las filas mientras dure la guerra.[34] esta orden no produce ningún efecto pues, unas semanas después, el Gobierno mismo debe intervenir para frenar las licencias. Como no puede obligar a esos oficiales a servir durante más tiempo, les amenaza con incluir en su expediente un informe desfavorable en el que se diga que han abandonado al Ejército frente al enemigo y ello para que dichos oficiales no puedan ostentar su condición cuando soliciten empleos civiles.[35]

Los oficiales que permanecen en sus puestos no dan muestras de mucho ardor; algunos hasta conspiran contra el régimen en favor de Don Alfonso, el hijo de Isabel II.[36] Los soldados, por su parte, sobre todo los republicanos, tienen tendencia a pasar por alto la disciplina y, en algunas guarniciones, estallan verdaderos motines. A partir de marzo, una de las mayores preocupaciones de las autoridades va a ser ese problema de la disciplina. En abril, muchos alcaldes dan cuenta de rebeliones de soldados que gritan «¡Abajo las estrellas!». La indisciplina alcanza proporciones más graves que lo que dan a entender ciertas declaraciones.[37]

La reacción de las autoridades frente a los primeros actos subversivos de los carlistas en 1873 suscita las criticas de los liberales vascos.

Es en Guipúzcoa donde se manifiesta con más fuerza el empeño de los liberales de la provincia en combatir con energía a los rebeldes, lo que da lugar a conflictos entre, por un lado, las autoridades militares y, por otro lado, los responsables provinciales y los voluntarios de la libertad. Cuando el general en jefe da la orden a las autoridades locales de retener presos a los insurrectos que se presenten sin sus armas, una importante delegación liberal se dirige, el 3 de febrero, al Capitán general y al Ministro para que la orden del general sea anulada y para que los rebeldes que se presenten sin armas y los prisioneros sean enviados a ultramar. Con tal motivo, los liberales de Guipúzcoa reafirman que las medidas de clemencia, periódicamente ofrecidas por el Gobierno, no han hecho más que avivar la rebelión y pueden incluso enfrentar a los liberales vascos con el Gobierno. Este no tiene en

---

[34] El desaliento que se apodera de las tropas gubernamentales explica la desproporción entre efectivos teóricos y fuerza disponible de las unidades. A finales de enero, un batallón del Regimiento Alba de Tormes suministra el estadillo siguiente:

« Fuerzas en revista: 814. Disponibles: 459.»

[35] «Los generales, inspectores..., que instruyan expedientes de licencia de oficiales.... hagan constar que dicha licencia fue otorgada en estado de guerra y al frente del enemigo con el objeto de que los retirados no puedan invocar sus servicios para obtener colocaciones ni desaparezca la nota a la que por tal conducta se hagan acreedores...» (Orden de 13 marzo).

[36] Pirala: **Op. Cit.** Vol. IV. pp. 161 y 425.

[37] En Guipúzcoa particularmente, el Ejército tiene problemas delicados de indisciplina Son tan frecuentes que el 27 de marzo el Ministro de la Guerra quiere conocer las verdaderas causas de esos conflictos. El 31 de marzo, el comandante militar de Zumárraga da cuenta del arresto de ocho soldados republicanos agitadores. Actos similares se producen en Villafranca. Los soldados republicanos consideran que los oficiales no manifiestan la menor energía frente al enemigo. El 16 de abril. Nouvilas escribe al Ministro para decirle que los soldados festejan la marcha del general Gardyne.

«... A consecuencia de la satisfacción que produjo entre la tropa la separación del brigadier que demostraba muy poca actividad en la persecución del enemigo».

Los actos de indisciplina no afectan únicamente a las unidades de Guipúzcoa. El comandante militar de Palmplona escribe el 20 de marzo:

«La columna del coronel Lías-Rey sale en este momento Los soldados del batallón de Málaga indudablemente influidos en la pasada noche por los carlistas de la población, con pretexto de que su teniente-coronel se quedaba. han mostrado alguna repugnancia a ponerse en marcha...»

Cuerpo de Estado Mayor: **Op. Cit.** Vol. IV. pp. 16—17

Hay también casos de negligencia culpable. En abril un periódico no vacila en acusar a todo el Ejército de dejarse vencer por fuerzas rebeldes numéricamente inferiores. RAH. Legajo 6873 b)

cuenta esas reclamaciones y se limita a aconsejar que todos permanezcan unidos alrededor del Ejército.[38]

217 Esos desacuerdos no pueden dejar de tener incidencia deplorable en el comportamiento de los liberales vascos y por consiguiente en la eficacia de las tropas auxiliares.

Secundan al Ejército tres tipos de unidades de voluntarios. Por un lado, los forales que no son voluntarios propiamente dichos pues se trata de una policía provincial. Son profesionales, sometidos probablemente a una fuerte selección política, reclutados entre los miembros de familias liberales. Su enorme combatividad ha sido observada a lo largo de toda la guerra.

Los «cuerpos francos» los crea el Gobierno. En este caso, las autoridades prescinden de las convicciones políticas de los voluntarios. Estos reciben una soldada y la promesa de obtener un empleo civil cuando se acabe la guerra. Hasta la Diputación de Guipúzcoa, que se manifiesta muy combativa y adopta con frecuencia iniciativas tendentes a acrecentar la fuerza y la influencia de los liberales, se limita a proponer recompensas en dinero.[39] así pues, una parte de los voluntarios son simples mercenarios. El tipo de guerra al que ha de hacer frente el Gobierno hace que esa especie de combatiente no sea muy eficaz. Al contrario, los cuerpos francos, tal como se conciben, propenden a acrecentar la impopularidad del Ejército:

> «... pues reclutados en general los francos entre la hez de la sociedad, mandados por jefes y oficiales extraños al servicio y sin condiciones militares, desconocían la Ordenanza, cuyo rigor no les alcanzaba, e inclinados a la indisciplina, preferían el saqueo al combate, como por desgracia lo evidenciaron más de una vez los hechos».[40]

Los voluntarios de la libertad por su parte, al menos teóricamente y a menudo en la práctica, son militantes del Liberalismo.

218 Permiten cuantificar con alguna aproximación la importancia de ese movimiento en el País Vasco. Si examinamos respectivamente las provincias de Navarra y de Álava, la más carlista y la más indecisa, comprobamos que los 2.400 voluntarios navarros y los 600 de Álava no son una fuerza despreciable. Esas cifras son comparables a las de los efectivos rebeldes de cada una de las dos provincias en febrero de 1873. Ese puñado de liberales vascos tiene tanto más mérito cuanto que su alistamiento obedece mucho más a convicciones intimas solidas o a un reflejo de defensa que a las esperanzas que sus dirigentes les permiten tener en lo que respecta al porvenir de su causa, muy poco atractiva.

Si, en 1873, el número global de voluntarios que se enrolan en cada campo no es desproporcionado, la procedencia geográfica de esos voluntarios es significativa. En Navarra, difiere poco de la de

1872, pues la mayoría de los voluntarios liberales se hallan en las localidades del sur de la provincia y en Pamplona, núcleo aislado. En Álava, los voluntarios de la libertad están acuartelados en Vitoria.[41] Por el contrario, los rebeldes proceden de todas las zonas hasta incluso, aunque en proporciones menores, de las que suministran más adeptos al partido

---

[38] Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** II. pp. 280-287. **passim**.

[39] En su Circular del 24 de marzo, la Diputación de Guipúzcoa enumera los requisitos que han de tener los voluntarios: estar comprendidos entre 18 y 45 años, tener buena salud y carecer de antecedentes penales. Entre las ventajas concedidas

> «...La Diputación abonara a todos los voluntarios que sirvan en un pueblo que no es el de su residencia: 8 reales diarios si es soldado, 8,50 cabo segundo y corneta. 11 sargento primero, 10 sargento segundo. 500 alférez, 600 tenientes y 900 capitán...»

A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873.

[40] Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** II. pp. 292-293.

[41] Álava cuenta con 600 voluntarios, mientras que Navarra enrola a 2392. repartidos del modo siguiente: Distrito de Pamplona: 507: Id. de Tudela: 675; Id. de Tafalla: 497: Id. de Estella: 487.
Véase Apéndice 6.

liberal. Por otro lado, para medir bien la importancia relativa de cada partido, hay que tener en cuenta que en febrero (fecha de las cifras referentes a los carlistas) los legitimistas se hallan aun en la etapa del alzamiento casi espontaneo mientras que los liberales, en abril (mes al que se refiere el censo de voluntarios de la libertad), ante las dificultades con que tropiezan, movilizan al mayor contingente de voluntarios de toda la guerra. En fin, si el número de combatientes de cada campo es a veces idéntico o similar, el comportamiento de la población civil es poco ambiguo; está apoya en su inmensa mayoría a los carlistas, lo que coloca a lo liberales en mala postura. La ausencia de objetivos políticos contribuye a aislar aún más a los militantes liberales y a desanimarlos.

Ya hemos visto que la propaganda liberal vasca de 1873 es poco exaltante, mientras que la de los carlistas contiene una dimensión popular, más o menos demagógica. Algunos jefes militares carlistas intensifican la dosis «populista» identificando en ocasiones riqueza y Liberalismo. Lizárraga impone contribuciones a las ciudades «albergue del liberalismo», que pueden pagar mejor que los pueblos. En esas ciudades, las «personas acomodadas» han de pagar multas so pretexto que colaboran con el enemigo.[42] Esas personas acaban por emigrar y una parte de la región se ve así privada de la actividad que aquellas ejercían; con ello, el Ejército ve alejarse una de sus fuentes de aprovisionamiento.

219

Cuando los militares se ven obligados a abandonar ciertas ciudades, las plazas donde se albergan se escogen a veces en función de consideraciones políticas más bien que tácticas o estratégicas. En algunos casos, la protección de una ciudad se ve determinada por la necesidad de evitar que los liberales de la localidad se desanimen. Pero la presión que las partidas ejercen contra ellos les impulsa a refugiarse en las aglomeraciones mejor fortificadas e incluso a emigrar fuera de la región. Esa emigración de liberales adquiere proporciones considerables, hasta tal punto que en Viana, al sur de Navarra, en una zona que tiene fama de liberal, muchas familia se van. El jefe de los voluntarios de esa ciudad propone como solución la creación de nuevas unidades de auxiliares.[43]

Si los liberales acomodados pueden irse fácilmente, los de condición modesta, que no tienen más remedio que quedarse, se enrolan como voluntarios para evitar mayores peligros. El aislamiento en que se encuentran les incita, por un lado, a armarse y, por otra parte, a solicitar de las autoridades el envío de refuerzos militares. Con frecuencia, sus esfuerzos no dan muchos resultados a causa de la falta de organización de esas unidades de auxiliares, de numerosas negligencias que se asemejan a sabotajes y hasta a verdaderos sabotajes

---

[42] Es lo que hace Lizárraga en Guipúzcoa. R.A.H. Legajo 6873 a).

En cuanto al comportamiento de los notables rurales, el informe remitido por el alcalde de Salinas de Oro a las autoridades militares, el 15 de marzo, es particularmente elocuente:

> «Pongo en el superior conocimiento de V.E. que habiéndose quedado en este pueblo al marchar la columna el guardia López en casa de sus patrones Juan Fermín Goñi, sin duda sin oír el toque de llamada, se recibió oficio del brigadier que mandaba la columna a que pertenecía el citado guia, imponiendo la multa de 6.000 reales a los tres mayores contribuyentes y otros 6.000 al Ayuntamiento si no se le ocultaba caso de llegar alguna partida. Llegaron tres de estas con la exigencia de que se les entregara el guía bajo pena de la vida. Entonces comprendí que los mismos que debieron salir responsables (es decir, los tres mayores contribuyentes) dieron el aviso (a los carlistas) de la ocultación del guía y dijeron la casa en que se hallaba llevándole en el acto las partidas. Me afirmo más en la delación al notar que cuando llego la primera columna del Ejército desaparecieron algunos de los que tenían responsabilidades y marcharon a los pueblos donde se hallaban las partidas mientras la tropa estaba en este pueblo... Los únicos individuos que hasta la fecha hemos podido quedarnos en el pueblo ¿porque no están comprometidos con los carlistas? lo abandonamos y nos refugiamos en la capital hasta que la autoridad competente resuelva lo que estime más oportuno...»

Idem.

[43] Casi espontáneamente los liberales de esta localidad crean una unidad de voluntarios con los seis guardias civiles. En abril. todos los liberales de la región que no han podido emigrar prefieren enrolarse a quedarse en sus casas. Llegan así a formar un grupo de 200 hombres.

Carta del jefe de la Caballería de la Ribera al general en jefe (12 de abril). A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1873.

realizados por carlistas que se infiltran en las unidades de voluntarios liberales.[44] Por otro lado, la creciente militarización de los liberales rompe los últimos lazos que unían el Ejército a la población civil.

Las autoridades militares toman la precaución de destituir a los ayuntamientos que ocultan peor su simpatía por los legitimistas y nombran en su lugar ayuntamientos compuestos por liberales, pero pronto estos no se hallan en condiciones de ejercer su autoridad. En algunas localidades de Navarra, es imposible prácticamente encontrar candidatos para concejales pues la mayoría de los hombres se han ido con los facciosos.[45]

220

La emigración de liberales empieza en los primeros días de la insurrección. Lo mismo ocurre con la guardia civil que se concentra en algunas ciudades. Ese movimiento se acelera de día en día.

El repliegue de las tropas a algunas plazas, con la fuerte concentración humana y de forasteros que presupone, trae como consecuencia el descontentar a la masa de la población de esas localidades, que eran, sin embargo, las más adictas al Gobierno, al principio del conflicto.[46]

Los factores que acabamos de analizar se conjugan entre si para dar lugar, desde el mes de abril, al desconcierto generalizado de los gubernamentales, civiles o militares. El Diputado de Guipúzcoa escribe al general en jefe, el 27 de abril, que sería oportuno dejar en Endarlaza (en la frontera) una guarnición compuesta de voluntarios de dicha localidad, pero que es imposible hacerlo porque los voluntarios han desaparecido y sólo quedan treinta y cuatro miqueletes. En otros lugares, ni siquiera se puede contar con las tropas provinciales.

Los concejales de Ataun, nombrados por las autoridades liberales, sometidos a múltiples presiones de una parte de los habitantes. están a punto de reunir los fondos (45.000 reales) que Lizárraga les ha exigido y proponen como solución a las autoridades provinciales que el Ejército finja detenerlos y los lleve a Tolosa o a San Sebastián.

Hasta las propias unidades de voluntarios son victimas de rivalidades entre monárquicos constitucionales y republicanos. Ese conflicto coincide con fuertes tensiones en el interior del campo carlista entre partidarios y adversarios de Santa Cruz.[47]

---

[44] En Viana, el 12 de enero, el Ejército instruye a los reclutas y se da cuenta que los cartuchos disponibles no corresponden a los fusiles que les han entregado. El 18 del mismo mes. el capitán de los voluntarios de Tafalla deplora la mala calidad de las armas que acaba de recibir. En el mes de abril. en Bermeo (Vizcaya), se instruye un proceso contra dos voluntarios de la república, en realidad agentes carlistas, que se disponían a traicionar. A.S.V. Legajos correspondientes al primero y segundo trimestres de 1873.

[45] He aquí una carta de 10 de marzo de la Alcaldía de Cegama al EM.:

> «Por motivo de haberse ausentado de esta villa el Alcalde y Ayuntamiento que la representan se ha visto obligado este pueblo en la necesidad de reunirse en Junta y acordar lo conveniente en punto tan delicado para no continuar huérfanos de autoridad. En la tarde de ayer tuvo lugar dicha reunión y acordaron nombrar comisiones de cuatro individuos que la representen en 16 días haciendo cada individuo 4 de comisión de Alcalde con la autorización de abrir la correspondencia y contestar cuando el caso así lo requiere...»

Sólo en las ciudades, pueden contar los liberales con el apoyo de una parte de la población y organizar unidades de voluntarios, pero estas adoptan a veces actitudes divergentes. de acuerdo con el carácter socialmente heterogéneo del movimiento liberal. El alcalde de Eibar escribe el 20 de marzo que los obreros voluntarios de dicha localidad aceptan mal el servicio de guarnición:

> «...y esto por varias razones siendo la más importante el jornal que el obrero gana en esta que por término medio es de 12 a 14 reales diarios (los voluntarios reciben 8 reales de soldada) y que el carácter de la gente no es propio para estar de guarnición pues prefiere prestar cualquier servicio por arriesgado que sea...»

En suma, los obreros no se niegan a combatir a los carlistas, pero no quieren aceptar la servidumbre propia de los militares. A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1873

[46] Tal es el caso de Vitoria. Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** III.PP. 30-31.

[47] El gobernador militar de Guipúzcoa da cuenta de rivalidades entre los voluntarios liberales de Irún

> «...Entre los que fueron monárquicos y los republicanos pidiendo estos la sustitución del Ayuntamiento monárquico ... hubo un cuarto de hora quizá una hora de fuego, viéndome precisado a intervenir. y por fin, desarmarlos a todos, teniendo que

Esa coincidencia podría dar a pensar que, en el seno de los dos bloques que se enfrentan, las divisiones que ya se podían observar en 1872 se agravan y que las oposiciones entre diversas tendencias se han ahondado. La observación de los hechos reduce esas divisiones a proporciones modestas.

Es verdad que la coalición liberal que detenta el poder está dividida desde 1868 y que las rivalidades internas se agudizan en 1873, pero su repercusión en el País Vascos es más tenue. Las dificultades internas del Ejército proceden fundamentalmente de una minoría de oficiales conspiradores y de soldados republicanos.

221 Naturalmente, la indisciplina restringe la eficacia de las tropas que actúan en el País Vasco, pero sus dificultades se deben sobre todo, sin tener en cuenta la actitud de los carlistas, a la insuficiencia de los medios puestos a su disposición por los responsables madrileños, al parecer más preocupados por combatir la rebelión cantonalista y derribar el gobierno federal que por hacer la guerra al carlismo. En cuanto a los liberales vascos, sus divisiones internas no se destacan nunca por encima de una realidad más profunda, a saber, la debilidad del liberalismo popular y el predominio de la corriente moderada. En fin, la oposición entre la Diputación de Guipúzcoa y algunos responsables militares es más táctica que política.

En el campo carlista, hay efectivamente una flagrante contradicción entre los intereses de las masas y su manera de concebir la guerra, por un lado, y la política reaccionaria de los dirigentes del partido, por otro lado, pero esa contradicción no aparece con fuerza en 1873. La división del partido carlista en 1872 procedía de rivalidades entre diversas camarillas dirigentes y no de una oposición entre estas y las masas populares. La actitud de Santa Cruz obedece a una concepción táctica y estratégica pero no política; si esta ha existido nunca ha sido formulada. Pues el partido permanece bastante unido en 1873 y no se ha criticado excesivamente la actitud del Estado Mayor. Ha sido aceptado casi unánimemente, de una vez para siempre, que la constitución de un ejército legitimista regular era el verdadero camino que había de seguirse. Los historiadores del siglo XIX, carlistas y liberales, también lo han entendido así. La explicación que dan de las operaciones de 1873 es casi idéntica. En la primera mitad del año, dicen, la actividad propiamente militar es escasa; es un período preliminar, caracterizado por los ataques de las partidas y por la formación de batallones carlistas. Cuando se realiza esta tarea, a partir del segundo semestre, los rebeldes están en condiciones de ocupar ciudades. Ahora bien, pese a su coherencia, esa explicación no es satisfactoria, como ya hemos visto. En efecto, si el ejército carlista puede emprender una campaña victoriosa no es porque ha alcanzado la potencia del ejército gubernamental, aunque se añada que los guerrilleros han preparado el terreno.

222 El ejército liberal no ha sido vencido militarmente en 1873; al contrario, en cuanto los gubernamentales disponen de ciertos medios indispensables, ponen de manifiesto la superioridad del ejército nacional. Basta observar las acciones que emprende Moriones en septiembre. Pero, en esa época —y por eso Moriones sale de Guipúzcoa— la población civil es abiertamente hostil al Ejército y al Gobierno, sin que los rebeldes hayan tenido necesidad de ocupar militarmente (en el sentido estricto de la palabra) la región. Las partidas no se han limitado a echar las bases de las victorias futuras, han obtenido una gran victoria en 1873.

No obstante, a finales de ese año, la situación es aún indecisa pues los carlistas han de conquistar mucho terreno antes de Megar a Madrid. Animados por sus triunfos, van a tratar de ocupar todo el País Vasco y están dispuesto a afrontar al ejército enemigo en un combate

---

declarar que los republicanos .... fueron los más dóciles a mi voz... mostrándose feroces los que se titulaban monárquicos.» Cuerpo de Estado Mayor. **Op. Cit.** Vol. III. p. 17.

clásico. Eso presupone riesgos considerables, como vamos a ver. Así, el Alto Mando legitimista, al sustituir las guerrillas por un ejército regular, renuncia a una táctica guerrera cuya eficacia ha sido puesta a prueba con éxito y emprende un tipo de guerra que no está al alcance de sus posibilidades.

223

Capítulo V. Actividad militar y vida política: 1874, año decisivo

El establecimiento del frente en Vizcaya inicia una nueva etapa de la guerra, la de las grandes batallas. Paralelamente, se producen cambios políticos de importancia. Conviene relacionar ambos fenómenos y poner de manifiesto las consecuencias que se desprenden de esa coincidencia

En 1873, los rebeldes se han aprovechado, como ya hemos visto, de las múltiples carencias del régimen que aquellos, a su vez, contribuyen a debilitar. Como ya se sabe, el gobierno de Pi y Margall, que suscita tanta desconfianza en España y en el extranjero, es desde el principio poco viable. Se puede también afirmar, después del luminoso estudio de Engels sobre los internacionalistas españoles, que la rebelión cantonal y el cariz que toma dan el tiro de gratia al gobierno español más progresista del siglo XIX. No obstante, la responsabilidad de los carlistas en esa evolución política es también considerable. En efecto, la ocupación de algunas regiones por los rebeldes ha desacreditado al Gobierno y lo ha colocado en una posición incomoda frente a las cancillerías extranjeras. Teniendo en cuenta el carácter conservador de los gobiernos europeos, la rebelión carlista es la espada de Damocles del régimen español. Por otro lado, la guerra ha impuesto sacrificios, absorbido el presupuesto de la nación, movilizado a la juventud, en un momento en que las masas populares exigen la abolición de las quintas prometida por la coalición «revolucionaria». El conflicto confiere poderes excepcionales al Ejército y permite a muchos oficiales conspirar con facilidad. La naturaleza de la guerra hace difícil la victoria militar; es un buen pretexto para los oficiales subversivos de acumular derrotas y de desacreditar al Gobierno.

224

La llegada de Castelar implica una reacción conservadora que tiende, por otro lado, a acentuar la prepotencia de los militares, pero también a acrecentar los recursos puestos a su disposición y, por consiguiente, la eficacia de las fuerzas armadas. Por eso, la rebelión carlista, al contribuir al debilitamiento de la República, confiere involuntariamente un poder mayor al adversario. Para contrarrestar ese poder, los legitimistas han de ser capaces, en 1874, de realizar un esfuerzo militar suplementario y de invertir en su favor la evolución política interna y la actitud del extranjero hacia España. En suma, la condición indispensable de la victoria legitimista es una amplia irradiación política y una mayor presión militar.

Examinaremos sucesivamente la evolución política general y las operaciones militares.

I. Aspectos fundamentales de la vida política en 1874 De la República autoritaria a la Restauración

El esfuerzo desplegado por los dos gobiernos que suceden al de Pi y Margall es más fructuoso en el frente cantonalista que en el frente carlista. Las victorias ganadas contra la «izquierda» han reforzado el poder del Ejército y le han dado prestigio ante los conservadores, pero, en opinión de estos, Castelar no es bastante eficaz, pese a las censuras de los correligionarios del dirigente republicano. Los republicanos se dividen aún mas, se desacreditan ante su electorado sin haber merecido la confianza de la derecha; el 3 de enero de 1874 son

expulsados del poder.

Pavía no ha dado un golpe de estado para tomar personalmente el poder, sino con la esperanza de agrupar a todos los partidos, excepto a los republicanos y a los carlistas, y formar un gobierno de amplia coalición. En el fondo, van a formar gobierno los vencidos de 1873, es decir, los radicales y los constitucionales, con Serrano al frente del Estado.

225

Una de las primeras medidas del nuevo equipo consiste en la prohibición de la Internacional; luego, suprime garantías constitucionales, detiene, deporta... A consecuencia de desacuerdos internos, se produce una escisión y los más moderados, los constitucionales, van a gobernar solos. Serrano nombra un ministerio presidido por Sagasta que, en la práctica, instituye una verdadera dictadura: suspensión de los periódicos de oposición, represión de la izquierda, libertad para los alfonsinos. El desgaste progresivo de la democracia, el deslizamiento hacia la derecha conduce de manera natural a un nuevo pronunciamiento. El 29 de diciembre de 1874. el general Martínez Campos expulsa a Serrano y restaura la dinastía de los Borbones. La República ha sido aniquilada; el proceso iniciado en la segunda mitad de 1873 alcanza su termino de llegada.

Francia y Europa

En Francia, en mayo de 1874, las derechas monárquicas, que ya no pueden vencer sus desacuerdos, provocan la caída de Broglie sustituido por el general Cissey. Los legitimistas que han dimitido dan paso a republicanos de centro izquierda.[1] La inestabilidad no desaparece, pues la composición del gobierno cambia parcialmente en julio.

En el plano internacional, la actualidad aparece dominada por las relaciones franco-alemanas. Se trata de una crisis latente que ha estado a punto de estallar con las protestas de los obispos franceses por la represión de Bismarck contra los católicos de su país.

En España, el advenimiento de la república autoritaria con el nuevo encumbramiento del general Serrano y los esfuerzos de la diplomacia española para obtener el reconocimiento del régimen dan algún fruto. Bismarck envía a España a uno de sus más prestigiosos diplomáticos, el conde Hatzfeldt. Francia e Inglaterra temen entonces el reconocimiento unilateral del régimen español por parte de los alemanes; Bismarck prefiere, sin embargo, un reconocimiento colectivo de Europa. Hay que observar que se plantea ese problema del reconocimiento únicamente cuando el peligro cantonalista ha desaparecido. No obstante, Francia no tiene prisa en reconocer al régimen español.

226

Las relaciones franco-española

El golpe de estado del 3 de enero es acogido con simpatía por la diplomacia francesa que no tiene nada que decir ante la liquidación de las libertades en España. Su satisfacción es tanto mayor cuanto que considera el advenimiento de Serrano como una etapa hacia la restauración de los Borbones.[2] Sin embargo, para comprender bien la actitud de Francia, hay que tener en cuenta, no sólo el contexto interior francés, en el que los monárquicos siguen dominando la política, sino también el entorno europeo.

En efecto, el año 1874 presencia la culminación de la crisis franco-alemana que conduce a la alerta de 1875 y que está a punto de provocar una nueva guerra entre las dos potencias. Y

---

[1] Azema y Winock: **Op. Cit.** pp. 86 y siguientes.
[2] C.P.t. 886, pp. 31,48 y 324.

una vez mas, España corre el riesgo de suministrar, como en 1870, el «casus belli».

Con la salida de de Broglie, el duque Decazes llega al ministerio de negocios extranjeros. En cuanto se hace cargo de su puesto, expresa sus temores de ver resurgir la candidatura Hohenzollern al trono español. Esos temores se basan en la llegada a Madrid del conde Hatzfeldt en calidad de ministro plenipotenciario.[3] Tras ese viaje, la guerra carlista va a ser objeto de fricción entre Francia y Alemania.

A principios de 1874, los carlistas intentan apoderarse de Bilbao y si lo consiguieran Europa podría reconocerlos como verdaderos beligerantes. La ayuda a los insurrectos se incrementa a instancias de los círculos ultramontanos, los carlistas reciben socorros y provisiones por la frontera franco-española y las relaciones entre los dos países vecinos se deterioran.[4]

227 Madrid sigue protestando contra la ayuda francesa a los rebeldes y sus intervenciones junto al gobierno de Versalles se hacen cada vez más frecuentes y enérgicas. En febrero de 1874, el gobierno español decreta el bloqueo de sus costas, lo que disgusta a Decazes. Pese a esa medida, las infiltraciones por la frontera francesa se multiplican y Decazes cree oportuno enviar una carta a su embajador en Madrid dando cuenta de todas las medidas tomadas por las autoridades francesas para frenar la solidaridad con los carlistas. Desgraciadamente, las medidas adoptadas por los franceses se limitan a una carta del Ministro del Interior que contiene una severa advertencia al Prefecto de Pau. Como este sigue en su puesto y no ha cambiado de opinión, el gobierno español no podrá evitar que se ayude a los carlistas.[5]

Cuando los carlistas asesinan a un oficial alemán, Bismarck envía una escuadra a las costas españolas y protesta conjuntamente con el gobierno español de la complicidad de las autoridades francesas con los carlistas. La tensión entre Alemania y Francia se deja sentir con fuerza, un nuevo conflicto amenaza a Europa. Ante esa situación, las cancillerías se pronuncian en favor de un reconocimiento colectivo del régimen español.[6] Pero, para Francia, se trata, en cierto modo, de un reconocimiento obligado, forzoso.[7]

Ese éxito diplomático no facilita la tarea del gobierno español con respecto a la insurrección carlista, pues las infiltraciones por la frontera francesa prosiguen. A fines de año, hay un amplio movimiento prefectoral en Francia, pero el prefecto de Pau sigue en su puesto. Un incidente entre Francia y España va a ser evitado gracias a la intervención inglesa.[8]

De hecho, si Europa ha reconocido al régimen español es tan sólo porque la restauración monárquica es previsible. Hasta se ha dicho que Alemania ha aceptado esa solución cuando Serrano ha prometido restaurar a los Borbones en cuento tenga oportunidad de hacerlo. En Madrid, a lo largo de 1874, diplomáticos franceses entran en contacto con los alfonsinos, pero no se conoce el contenido de esas conversaciones. Sin embargo, no es aventurado afirmar que el gobierno francés aporta su ayuda a los «restauradores». El 31 de diciembre, Decazes escribe a los diplomáticos franceses de Europa que hagan todo lo necesario para que los diversos gobiernos reconozcan al nuevo Rey de España.[9]

228 Así, durante todo el año 1874, la actitud de Europa respecto a España es vacilante y la suerte de las armas puede modificar la decisión de las cancillerías. Pese al conflicto y a las tensiones

---

[3] **D.D.F.** 1ère serie. ler Vol. p. 333.
[4] **Ibid** p. 338, C.P. tome 886 p. 423 y Salom Costa: **Op. Cit.** p. 81.
[5] C.P.t. 886, pp. 130, 138 y 282
[6] **D.D.F.** 1ère serie, ler Vol. pp. 338 y 343 y Salom Costa: **Op. Cit.** pp. 87-91
[7] **D.D.F.** p. 346.
[8] **C.P.** tome 888, pp. 44 y 219.
[9] **D.D.F**. p. 349. Ch. Bloch: **Op. Cit.** pp. 66-67 y Salom Costa: **Op. Cit.** p. 94.

francoalemanas, las dos potencias aprueban cada paso que da el régimen español hacia el conservadurismo. Por ello, el porvenir de los insurrectos depende tanto de su esfuerzo militar como de la evolución del equipo dirigente de Madrid, con la particularidad que el deslizamiento hacia la derecha del régimen desfavorece a los carlistas. Para los gubernamentales, su porvenir depende también de su potencia guerrera y de las garantías que puedan dar a la derecha española y europea. El factor político es pues muy importante, pero la suerte de los combates puede aún desempeñar un papel determinante.

II. Operaciones militares bajo el mando de Moriones (diciembre de 1873-febrero de 1874)

En cuanto accede al poder, Castelar confía el Ejército del Norte al general Moriones, amigo de los radicales —el ala izquierda monárquica—, que goza de prestigio entre muchos oficiales. Recordemos que cuando fue destituido, tras la proclamación de la República, algunos de sus subordinados pensaron en exigir al Gobierno que mantuviera a Moriones en su puesto. Castelar, al dar un paso hacia la derecha, hace concesiones tanto a los conservadores como a los militares moderados. Se puede prever que el Ejército del Norte muestre un vigor mayor en la represión del carlismo. Y así es, en efecto.

La elección de Vizcaya

229

Después de algunas tentativas infructuosas de derrotar el núcleo central del ejército legitimista en sus posiciones clave de Navarra y Guipúzcoa, el general Moriones abandona esta última provincia, en diciembre de 1873, para ir en socorro de Bilbao. Desembarca en la provincia de Santander, pues considera que esta región es más segura y ofrece mejores condiciones como punto de partida que la ciudad de Vitoria, en la que también ha pensado.

Los carlistas vizcaínos, en 1873, han podido tranquilamente equipar a una división que ha luchado en las otras provincias, sin dejar por ello de ejercer un control sobre Vizcaya y de iniciar el sitio de Bilbao, una de las pocas ciudades vascas que aún están en manos de los liberales. El desplazamiento del general Moriones provoca el retorno precipitado a su provincia de la división vizcaína que se establece en la zona de Somorrostro-Ontón. D. Carlos personalmente se dirige a Vizcaya con tropas de Guipúzcoa, Ollo y Mendiry hacen lo mismo con carlistas de Navarra y de Álava y Lizárraga se une a ellos poco después. Así, las mejores tropas tradicionalistas y los generales más prestigiosos de D. Carlos se abalanzan hacia Bilbao cuya ocupación no parece muy difícil.

El bloqueo de la ciudad ha empezado ya en julio de 1873. Velasco cuenta con complicidades en el interior de la plaza y piensa que el cierre de la ría acabará pronto con una posible resistencia de los bilbaínos. Los rebeldes vizcaínos tienen empeño en apoderarse de una aglomeración que los ha desafiado con arrogancia.

Bilbao sólo comunica con el exterior a través de la orilla izquierda del Nervión; tres plazas fortificadas (Luchana, Desierto y Portugalete), que siguen en manos de los liberales, garantizan esa comunicación. Ya en octubre, Andéchaga ha pensado ocupar Portugalete; la audacia de sus hombres es de tal naturaleza que hasta han llegado a capturar a un capitán de

voluntarios en el interior de Bilbao.

El Estado Mayor carlista se deja llevar por el optimismo y por la obstinación de los carlistas vizcaínos y considera que la toma de Bilbao, además del aspecto internacional, permitirá aumentar los recursos de su ejército.[10] No todos son partidarios de esa empresa, sin embargo. Algunos piensan que la ocupación de Vitoria sería más útil desde el punto de vista estratégico: otros, como el jefe navarro Ollo, consideran que valdría más ir hacia Castilla y amenazar a Madrid.[11] No obstante, prevalece la opinión de los vizcaínos.

230

Operaciones de diversión del ejército liberal

Durante cierto tiempo, Moriones finge avanzar hacia Bilbao, luego, se dirige precipitadamente al Sur de Navarra para amenazar Estella, con el fin de atraer a las tropas carlistas a esta zona, volver deprisa a Vizcaya y romper por sorpresa el cerco de Bilbao.

Entre tanto, los rebeldes atacan a Portugalete; se confía la operación a Dorregaray secundado por Andéchaga y Rada. Sin dejar de proseguir el asedio de Portugalete, a partir del 11 de enero, el Mando carlista envía una expedición a Santander para cortar el ferrocarril que une a dicha provincia con Castilla y para apoderarse de una importante cantidad de dinero depositada en sus bancos. Siete batallones mandados por Mendiry se dirigen a Santander, pero la expedición no tiene éxito. La coordinación entre las diversas unidades no ha sido satisfactoria el ferrocarril no se ha saboteado en el lugar previsto, los habitantes de Santander han construido barricadas dispuestos a hacer frente a los rebeldes. Por el contrario, el ataque de Portugalete acaba con un triunfo y la ciudad se rinde a los carlistas el 22 de enero. Los atacantes se apoderan de seis piezas de artillería, que tanto necesitan, de dos mil fusiles y de cantidades importantes de munición. Pero tienen también muchas pérdidas; los efectivos de su artillería, que ya eran escasos, quedan reducidos a la mitad. Tras la caída de Portugalete, Desierto y Luchana van a ser conquistadas sin dificultad.[12]

Durante todo el mes de enero, Moriones permanece en Navarra sin preocuparse aparentemente de la actividad enemiga en Vizcaya, y ello por varias razones. Sabe que Bilbao no corre peligro de inmediato y que su guarnición dispone de víveres suficientes para resistir hasta el mes de marzo. Pero, sobre todo, sabe que el adversario puede reunir 20.000 hombres en Vizcaya, mientras que los liberales sólo disponen de un total de 12.000 combatientes. La población sigue manifestando la misma hostilidad al Ejército que en los meses anteriores. Este ha de imponer una multa al ayuntamiento y primeros contribuyentes de Lodosa, en Navarra, porque la ciudad se niega a suministrar raciones a los gubernamentales al mismo tiempo que entrega 38.000 reales a los partidarios de D. Carlos.[13] Por otro lado, los problemas internos en el campo liberal no han sido enteramente resueltos. El 30 de enero, la guarnición de Lerín, en Navarra, ha de ser disuelta y se detiene a 36 soldados que conspiraban contra sus oficiales.[14]

231

El ejército carlista, por su parte, dispone de 49 batallones y prosigue una campaña tendente

---

[10] Hernando: **Op. Cit.** pp. 133-135 y Echevarría: **Op. Cit.** pp. 71-72.
[11] Cuerpo de Estado Mayor: **Op. Cit.** Vol. IV. Capítulo IV. Passim, y A. Brea: Asedio y retirada in Diarios del sitio de Bilbao, Librería Villar. Bilbao 1976, pp. 406-407.
[12] Hernando: **Op. Cit.** pp. 136-140
[13] Cuerpo de Estado Mayor: **Op. Cit.** Vol. IV. pp. 20-21 y D.J. Campos: **Op. Cit.** 70-89.
[14] Campos: **Op. Cit.** pp. 66-67.

a provocar deserciones en el ejército enemigo. El 10 de enero, Lizárraga reitera ofertas ventajosas a los desertores, aunque aquellas conozcan límites impuestos por las fronteras de clase y por una concepción muy militar de la disciplina.[15]

La ocupación de Portugalete mejora aún la situación de los insurrectos. D. Carlos envía entonces dos mensajes a los bilbaínos invitándoles a rendirse. Explica que el estado de la ciudad es más critico que en la época de la primera guerra, pues, en 1874, el gobierno de Madrid ya no dispone de los recursos que obtuvo en la guerra pasada gracias a la desamortización, y su posición diplomática es delicada ya que ningún gobierno extranjero se ha aventurado a reconocer al régimen de Madrid. Los carlistas combinan pues la actividad militar con la propaganda política. Como, después de la ocupación de Portugalete, toda Vizcaya, menos Bilbao, ha caído en sus manos, organizan, el 31 de enero, una división operacional, compuesta de ocho batallones, dos por cada una de las provincias, asistidos por tropas de caballería; las cuatro provincias vascas financian esas tropas.[16] Al caer enfermo Elío, Dorregaray toma el mando supremo; llama a Lizárraga, confía el mando de los castellanos a Velasco y el sitio de Bilbao a Valdespina. Moriones ya no puede perder más tiempo.

La batalla de febrero

232

El general liberal reacciona amenazando las posiciones enemigas de Álava y Navarra. Envía al general Primo a tomar Laguardia, al Sur de Álava, defendida por 600 riojanos mandados por Llorente. Estas tropas resisten durante tres días, pero un motín, en el que se hiere al comandante, hace que triunfe el partido de la rendición; una vez ocupada la ciudad, la guarnición carlista es desarmada y puesta en libertad.[17] Como se puede observar, los carlistas también tienen sus deficiencias y los liberales, por su parte, han aprendido a utilizar los métodos de seducción que el enemigo emplea a veces con los soldados liberales.

Habiendo recibido refuerzos procedentes de Cartagena, Moriones se apodera, entre el 6 y el 8 de febrero, de Lerín, Carcar, Andosilla y Los Arcos, en Navarra. Los carlistas se alarman y Dorrengaray sale de Vizcaya con ocho batallones en dirección a Estella. Moriones envía entonces a Vizcaya a un primer contingente de tropas, vía Santander, pero Dorregaray entiende la maniobra y manda a Mendiry que regrese a Vizcaya. Primo de Rivera se halla en esta provincia el 15 de febrero con 7.000 hombres; ataca en Ontón a los 2.000 soldados de Andéchaga, pero nuevas tropas carlistas llegan para reforzar a sus amigos, de forma que el día 17 hay ya en posición 20 batallones rebeldes. Los legitimistas eligen San Pedro Abanto como centro de su línea de defensa. Esta se apoya, por la derecha, en la costa; por la izquierda, en la Cordillera que va de Sopuerta a Valmaseda; la vanguardia se halla en la ría de Somorrostro bien atrincherada para protegerse de la artillería liberal, muy superior a la de los carlistas Con el fin de ahorrarse municiones, los insurrectos deciden no disparar hasta que el enemigo se acerque a sus líneas.

Moriones establece su centro en San Juan de Somorrostro el 19 de febrero. A su izquierda, el mar; a su derecha, Pena Correa, junto al Pico de las Muñecas. Los dos ejércitos están frente a

---

[15] **Ibid**. pp. 24-27 y Hernando: **Op. Cit.** p. 68.
[16] Cuerpo de Estado Mayor: Op. Cat. pp. 75-76. Campos: **Op. Cit.** pp. 70-79. Hernando: **Op. Cit.** pp. 140-144
[17] Pirala: **Op. Cit.** Vol. V. pp. 167-171, Hernando: **Op. Cit.** pp. 136-140

frente. Los legitimistas optan por la defensiva y, con el fin de impulsar a

Moriones a atacar, bombardean Bilbao el 21 de febrero. Aunque Moriones dispone, según dicen los historiadores carlistas, de una franca superioridad, es decir de 25.000 hombres y 40 cañones, frente a los 12.000 soldados y 4 piezas del adversario, se contenta, el 22 de febrero, con ordenar el bombardeo de Portugalete por la Marina. Luego, después de haber instalado baterías en el Monte Janeo, manda bombardear las líneas enemigas en San Pedro Abanto.

233 El día 24 por fin, el general liberal lanza su infantería al combate y ataca principalmente la izquierda carlista. Al día siguiente, las tropas de Moriones pasan la ría de Somorrostro, ocupan el valle, protegidas por la Artillería, y, al contrario de lo que ha hecho la víspera, atacan la derecha enemiga, es decir las posiciones más peligrosas, escalando, a costa de muchas victimas, las cuestas del Montaño y del Mantres. Esos picos están defendidos por carlistas navarros que hacen frente al adversario a la bayoneta; reciben estos refuerzos y el general liberal se ve obligado a ordenar una retirada precipitada. Reconoce su derrota y dimite el 26 de febrero. Los liberales han tenido 2.000 bajas y los rebeldes 500, con sólo 83 muertos.[18] Moriones remite con su dimisión una estimación de los efectivos que sería preciso tener para no perder la batalla de Vizcaya.[19]

De inmediato, la derrota liberal de febrero atrae al frente de Vizcaya al general Loma que, después de abandonar a Tolosa, deja gran parte de Guipúzcoa a merced del adversario.[20] La marcha de Moriones a Madrid no puede dejar de inquietar a los habitantes de Bilbao, totalmente cercados.

El cerco de Bilbao

El ejército carlista se ha escindido en dos partes. Sus efectivos más importantes se hallan en Somorrostro para afrontar al ejército liberal de socorro. Un contingente menor mantiene el sitio de la ciudad. El cerco ha sido confiado a batallones vizcaínos, entre los cuales se halla el de Bilbao. Lo que quiere decir que la guerra civil adquiere aquí un relieve singular.

Los historiadores carlistas se complacen en subrayar que los efectivos de ambos contendientes son equivalentes y que, para tomar una ciudad por asalto, precisan los atacantes de un contingente cinco veces superior al de la tropa sitiada. Si los defensores de la ciudad disponen de fortificaciones solidas, los carlistas tienen la ventaja de ocupar posiciones privilegiadas.

234 En efecto, desde Archanda, colina que domina la ciudad, atacan aquéllos con una artillería, ciertamente mediocre, pero con hombres decididos. No obstante, el adversario está animado por igual determinación. En Begoña, punto avanzado de los sitiados, son los temibles forales quienes reciben los tiros enemigos de más cerca. Dentro de la ciudad, el general Castillo,

---

[18] Hernando: **Op. Cit.** pp. 140-150 **passim**.

[19] Moriones considera que es preciso reorganizar la Artillería y la Intendencia. enviar 500 soldados más a Ingenieros, todos los quintos del Regimiento de Asturias, además de las tropas que ya están en el teatro de operaciones. Para sustituir a los oficiales muertos y heridos, es urgente nombrar tres coroneles. 6 tenientes coroneles, 12 comandantes, 40 capitanes y un centenar de oficiales subalternos. Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** IV. p. 266.

[20] La protección de Tolosa ha costado muchos sacrificios a los liberales; Loma reúne al ayuntamiento y a algunos notables, confía la ciudad a estos y marcha con varios centenares de liberales que no quieren soportar la ocupación carlista. Una vez evacuada la plaza, las tropas legitimistas de Aramburu la ocupan.
Pirala. **Op. Cit.** V. pp. 189-221, **passim**.

comandante militar de la plaza, ordena, el 21 de febrero, la movilización de todos los varones de 18 a 45 años.[21] Con relativa impunidad pueden los sitiadores entregarse a un combate que toma pronto el aspecto de lo cotidiano y ofrece a los pueblerinos el espectáculo deleitable de una ciudad desamparada.[22]

El sitio de Bilbao y los combates de Somorrostro no han hecho más que empezar; es el primer episodio de la gran batalla de Vizcaya.

Conclusión

Moriones ha fracasado y los carlistas salen vencedores de la primera gran prueba. Esa comprobación no ha de impedir que se subrayen las enseñanzas que se desprenden del primer enfrentamiento importante entre ambos ejércitos.

El general liberal no ha vencido, pero tampoco ha sido vencido. Su 235 , que ha consistido en atraer al combate al núcleo central del ejército enemigo, puede parecer teóricamente más eficaz que la persecución incesante e infructuosa de las guerrillas, tarea esencial del Ejército hasta ese momento. En efecto, una gran batalla, si se ganara, permitiría a un tiempo destruir buena parte del potencial enemigo, provocar la desbandada de este, desanimarlo, y dar paso a la victoria. La guerra de guerrilla, por el contrario, impide asestar un golpe decisivo al adversario, como lo ha demostrado toda la experiencia de 1873. Sin embargo, el designio de Moriones ha tropezado con una gran capacidad de resistencia del ejército legitimista que, atrincherado en posiciones solidas, causa muchas bajas a los gubernamentales. Eso significa que el plan de Moriones necesitaba, para triunfar, más medios que los que ha tenido, que la nación debera aceptar sacrificios considerables y que el Gobierno tendrá que poner a disposición del Ejército del Norte más hombres y más recursos que los que ha podido o querido movilizar hasta entonces.

Por su parte, los carlistas, pese a su primer triunfo, no están protegidos contra un peligro grave, pues, al doblegarse al tipo de guerra que Moriones les ha impuesto, asumen todos los riesgos más arriba señalados. Deberán ser capaces de sostener otros combates semejantes al que acaba de producirse. Ahora bien, la táctica inaugurada en Somorrostro exige medios considerables y los rebeldes, como sólo disponen de los recursos de una región, mientras que el adversario tiene tras el a todo un país, se hallan netamente desfavorecidos. Debieran poder extender la guerra a otras regiones, con el fin de aumentar su potencial y disminuir en la misma proporción el del adversario. La expedición a Santander, realizada con arreglo a una operación de tipo «comando», que tan buenos resultados da en el País Vasco, ha sido un

---

[21] Cinco batallones mantienen el cerco de Bilbao: los de Guernica, Durango, Marquina, Munguía y Bilbao. Los morteros carlistas están establecidos en Archanda en los puntos de: Casmonte. Pichón, Quintana y Santo Domingo. Los dos cañones se hallan respectivamente en Santa Mónica y en Artagan. luego. más tarde. en Cadena Vieja y Ollargan. El general Maestro manda la Artillería carlista.
Brea: **Op. Cit.** pp. 407-413 y Campos: **Op. Cit.** p. 9

[22] «La vida en los acantonamientos carlistas era lo más satisfactoria posible...», escribe Brea, luego, el mismo autor, describe las diversas actividades de la Jornada

> «A las doce —prosigue— tesaba el fuego, se descansaban hasta las tres de la tarde y siempre eran acompañados, al regresar a sus acantonamientos, por los múltiples disparos de los fuertes. La noche se pasaba viendo arrojar bombas a la capital de Vizcaya. que desde un principio había suprimido el alumbrado de casas y calles...»

Brea: **Op. Cit.** pp. 414-415

fracaso. Acaso porque los insurrectos no pueden gozar en todas partes del apoyo masivo de la población con el que cuentan en las provincias vascas.

En esas condiciones, la liberación de Bilbao tiene una importancia considerable para el Gobierno; si los rebeldes se apoderaran de la ciudad, el prestigio de aquel en el extranjero y en España se hallaría muy comprometido. Pero, para los legitimistas, la importancia es aún mayor y vital, pues la ocupación de Bilbao ha de darles un apoyo diplomático absolutamente indispensable y recursos que necesitan con urgencia. Y sin embargo, esa posible victoria sólo sería para ellos la primera etapa **sine qua non** de una brecha en las líneas enemigas que les abriera el camino, lleno de obstáculos, hacia el Sur, en dirección de Madrid.

El destino de Bilbao depende, claro esta, de los combates de Somorrostro, pero estos, a su vez, se hallan supeditados a la capacidad de resistencia de la ciudad. Ahora bien, el sitio de Bilbao constituye un enfrentamiento entre gente de la misma provincia. Lo que quiere decir que, más allá de la importancia política, diplomática, estratégica, de la batalla de Vizcaya, esta tiene una dimensión local poco despreciable. Para aclarar el sentido del enfrentamiento entre vizcaínos, conviene echar una mirada retrospectiva a la vida de esa provincia en la época inmediatamente anterior al sitio de Bilbao.

237

Capítulo VI. Vizcaya de la revolución de septiembre al sitio de Bilbao: ejemplaridad y originalidad de esta provincia.

El sitio de Bilbao va a poner de manifiesto uno de los aspectos importantes de esta guerra, a saber, el enfrentamiento entre las zonas rurales, intensamente adictas a los legitimistas, y los centros urbanos, en los que una parte de la población se inclina hacia los liberales. La particular intensidad que el choque entre esos dos sectores de la sociedad vasca adquiere en Vizcaya hará de Bilbao el símbolo del liberalismo vasco más hostil a Don Carlos. Esa vocación de Bilbao es conforme a la vez a la tradición —la ciudad ha soportado un duro asedio durante la guerra de los Siete Años— a su dinamismo y a su condición de vanguardia económica vasca, puesta en evidencia en la primera parte de este estudio. Pero, por otro lado, la violencia de los combates de 1874 contrasta con la especial tranquilidad que Vizcaya ha conocido hasta entonces. En efecto, el alzamiento de 1872 desemboca en un convenio y el de 1873 empieza con lentitud, de forma que la actividad militar de este año se despliega fundamentalmente en Navarra y Guipúzcoa, como ya hemos visto. El papel secundario que desempeña Vizcaya en 1873 no se debe a una menor adhesión de esta provincia al legitimismo. El que los carlistas vizcaínos puedan apoderarse sin estrepito de casi toda la provincia en unos pocos meses demuestra, al contrario, que el carlismo se halla sólidamente arraigado en Vizcaya. Esto no puede sorprender pues, a lo largo de todo el siglo XIX, esta provincia es muy representativa de 16 que podría llamarse el comportamiento vasco. Por consiguiente, la menor intensidad del conflicto en Vizcaya, en los comienzos de la insurrección, ha de ser imputada al espíritu conciliante de algunos hombres influyentes de ambos partidos contendientes.

238

Ya hemos visto que los responsables de la insurrección de 1872 negocian con Serrano y que el liberalismo vizcaíno da pruebas durante mucho tiempo de menor determinación que los liberales de Guipúzcoa ¿Cómo explicar entonces la violencia de 1874? Para contestar a esa pregunta, recordaremos los aspectos esenciales de la vida cotidiana de esa provincia de 1868 a 1874.

Después de examinar las repercusiones en Vizcaya de la «setembrina», haremos un breve balance de la vida económica, social y política, tal como esta aparece a través de los testimonios que hemos recogido.[1]

La «Gloriosa» en Vizcaya

[1] Hemos examinado la prensa oficial más representativa: (el Boletín Oficial de la provincia de Vizcaya, de 1866 a 1874 y los dos órganos de opinión más importantes: **Euscalduna** c **Irurac-bat**.

La preparación de la insurrección y la conspiración anti-isabelina no han tenido al parecer la mínima repercusión en Vizcaya. El Boletín Oficial (B.O.) de la provincia no alude a este problema antes del 19 de septiembre. En esa fecha, se contenta con reproducir un Real Decreto que proclama el estado de guerra y sigue dando cuenta de aspectos de la vida cotidiana, como si todo fuera normal. Se tiene la impresión que las autoridades autónomas de la provincia desean ignorar los acontecimientos y esperan que la insurrección no sea más que un incidente pasajero y sin consecuencias. No obstante, Isabel II tiene que abdicar y la coalición revolucionaria triunfa. Entonces, el 1º de octubre, el Ayuntamiento de Bilbao se limita a difundir el comunicado de victoria de la «Junta provisional», que ha tornado el poder en Madrid, e invita a la población a permanecer serena pues la mayor preocupación de los ediles es el mantenimiento del orden. La Diputación, por su parte, observa la misma conducta y comparte las mismas preocupaciones. En la Circular que envía a los Ayuntamientos afirma que, en la situación delicada en que se halla España, lo que más importa es garantizar el mantenimiento del orden y defender el interés común. Los responsables vizcaínos, sorprendidos por el acontecimiento, permanecen al margen de este y se quedan paralizados, con respecto a otras provincias vascas, donde ya se han constituido nuevos poderes, mientras que en Vizcaya las autoridades de la época anterior siguen dirigiendo la provincia.[2]

239

Como la Junta de Madrid apremia a los municipios para que se formen «Juntas revolucionarias» en todas las localidades, la Diputación de Vizcaya ordena a los pueblos y villas de la provincia que elijan nuevos ayuntamientos con arreglo al Fuero[3]. Por su parte, la Diputación se erige en Junta de Gobierno. Así, en un primer tiempo, un cambio oportuno de etiqueta permite a las autoridades tradicionales conservar el poder provincial. Luego, invocando la defensa de los Fueros y el empeño en luchar por la abrogación de las restricciones impuestas a estos en la época de Isabel II, esas mismas autoridades consolidan su poder. Teniendo en cuenta que el Gobierno provisional afirma estar dispuesto a respetar todas las prerrogativas de las provincias vascas, la Diputación destituye a los Ayuntamientos, elegidos con arreglo a la ley municipal española de 1845, y restaura sus derechos antiguos en materia de instrucción y de economía. Crea una Junta de Instrucción y otra de Comercio, reclama una rebaja de los derechos de aduana, así como la libertad de fabricación y venta de determinados productos controlados por el Estado. Protesta contra la creación, por parte del nuevo régimen, de Diputaciones provinciales, que —según dice ignoran la autonomía vasca, y se atribuye, en materia de orden público, competencias que el poder central tiene empeño en conservar. Si algunas personalidades son sustituidas a la cabeza de la administración provincial autónoma, el comportamiento de esta va a seguir siendo el mismo.[4]

Por consiguiente, con respecto al nuevo régimen, las autoridades forales se muestran discretas y reservadas, aprovechándose de la oportunidad para reforzar su autoridad en detrimento del gobierno central. La presión de una parte de la opinión publica alienta los

---

[2] 2. En San Sebastián, el poder provincial cae en manos de una Junta Revolucionaria: en Pamplona se crea una Junta Suprema de Gobierno. mientras que la Diputación de Álava se proclama Junta de Gobierno, presidida por Mendieta. En Guipúzcoa y Navarra, el cambio institucional presupone el cese de los grupos políticos que detentaban el poder provincial; en Álava, se limitan a sustituir a algunas personalidades por otras: en Vizcaya, todo sigue como antes. El alcalde de Bilbao, Eduardo Victoria de Lecea, se dirige a la población en los términos siguientes:
«...confío fundamentalmente en que el pueblo de Bilbao esperará tranquilo la marcha de los sucesos políticos, quedando a cargo de la corporación municipal el velar por la conservación del orden público».

[3] Esta nueva Junta de Gobierno recuerda que todos los ayuntamientos han sido constituidos con arreglo a la ley española de 1845 y que por ello son ilegales. B.O.V. (Boletín Oficial de la provincia de Vizcaya), número extraordinario del 6/10/1868

[4] La Diputación solicita una rebaja de los aranceles del 33,33% y la libertad de fabricación y venta de pólvora.
A principios de octubre, Bruno Noel de Calle es sustituido, en la Diputación, por Gregorio de Aguirre.
En materia de orden público se deja sentir cierta competencia entre el poder central y las autoridades autónomas. En octubre llega el nuevo gobernador (Tosantos) y la Diputación nombra a un Corregidor interino con funciones paralelas. Las autoridades forales se felicitan por haber mantenido el orden gracias al prestigio de las instituciones.

designios de la Diputación. Los tradicionalistas más intransigentes quisieran emprender una acción estrepitosa en favor del pleno restablecimiento de los Fueros y hacen propaganda en este sentido. En realidad, el fuerismo es el pretexto de los conservadores para sumarse a la campaña de agitación que han desencadenado los carlistas en toda España.

240 El Capitán general Allendesalazar se dirige el 1º de diciembre al pueblo vasco afirmando que el gobierno no tiene ninguna intención de atentar contra los Fueros y que el mismo, como vasco que es, los garantizara. Coincidente con la agitación carlista, se presencia la emergencia de los republicanos que se organizan en las localidades más importantes de Vizcaya; la Diputación se apresura a obstaculizar la actividad de estos so pretexto que el republicanismo puede dar alas a la rebelión legitimista. El gobernador civil y las autoridades militares no se oponen a esa actitud antidemocrática e ilegal pues su principal preocupación es la de mantener el orden en una región especialmente temible para las nuevas autoridades centrales.[5]

La adopción del sufragio universal, nunca practicado en el pasado, podría acaso comprometer la hegemonía de las autoridades provinciales tradicionales, pero estas han sabido tomar precauciones para evitar ese peligro. La elección de nuevos ayuntamientos con arreglo al sistema foral permite a la Diputación colocar a la cabeza de las corporaciones locales a gente segura. Y precisamente son los Alcaldes quienes distribuyen las cedulas de voto, enviadas por el Gobierno a los Ayuntamientos, sin ninguna mención del elector, sino simplemente en número igual al de varones mayores de 23 años residentes en el municipio. Los Alcaldes y la Diputación tendrán pues la oportunidad, si fuera necesario, de manipular las elecciones.

Así, la discreción y la reserva de las autoridades provinciales respecto al nuevo régimen expresan en realidad la desconfianza que la «setembrina» inspira a la clase dirigente de Vizcaya que se apresura a consolidar la autonomía con el fin da hacer frente, en caso de desacuerdo con el poder central. Otros indicios de esa actitud aparecen simultáneamente

El 21 de noviembre de 1868, el gobierno de Madrid abre un empréstito nacional de 200 millones de escudos en condiciones ventajosas para los suscriptores. Estos van a ser muy numerosos en Vizcaya, pero, a finales de año, no llegan a cubrir un millón, cantidad módica en relación con la población y la riqueza de dicha provincia. Eso debe a que los suscriptores pertenecen, exceptuando a algunos burgueses, a capas medias modestas. Pues los grandes adinerados de la provincia no han respondido al llamamiento del Gobierno.[6]

241 Si el año 1868 no ha presenciado ningún sobresalto en Vizcaya, es porque lo que en otros lugares es agitación y tentativa de innovación, en esta provincia se reduce a una consolidación de las estructuras políticas tradicionales.

---

[5] La Circular de la Diputación del 5 de diciembre da a entender que los republicanos podrían ser en muchos casos carlistas encubiertos:
«... en poblaciones importantes, los partidarios de la reacción... se valen de demagogia para excitar a las masas y van hasta entrar en filas, mal llamadas republicanas que se han improvisado en las localidades donde la revolución encontró muy contados partidarios en los días de peligro.»

[6] Hay un total de 111 suscriptores. Entre los más importantes se pueden citar: José R. de Arenal, Petra Soje, Banco de Bilbao, José A. Larrínaga y Romualdo Arellano. Entre los medianos: Félix de Aranzadi, José Peña, José del Olmo, Ángel Hurtado, Ramón Gorozabel, Francisco de Urneta, Pedro Ayarza, María de Ugarte, Claudio Arnaiz, Luis Cámara. Viuda de Echevarrieta, Antonio Torres, Federico Arana, José M. de Erguiraun, Juan B. Cortina, Srs. Empalza e Hijo. Marcelino Ortega, José L. Basterra y Leandro Eguren

El movimiento económico y la vida social

Ya hemos estudiado la coyuntura socio-económica de 1870 y no se trata de repetir lo antedicho sino simplemente de observar la actividad cotidiana en relación con los acontecimientos o más bien el reflejo de esa actividad en la prensa local.

Respecto al ritmo habitual de la vida económica, tal como puede observarse esta antes de septiembre de 1868, pocos elementos nuevos aparecen tras la «setembrina». No obstante, dos de ellos merecen ser consignados: la desamortización y los denunciaos de minas.

La desamortización, a la que las autoridades de esta provincia han sido siempre hostiles, deja pocas huellas en la prensa oficial de Vizcaya antes de la revolución. Ahora bien, a partir de 1869, el B.O., de cuenta de cierto número de subastas. En marzo de 1869, 27 lotes en Guernica; en enero de 1870, 9 en Portugalete, 4 en Santurce. Algunas ventas mas, en febrero y abril. Se trata de una lista exhaustiva pues, en 1872 y 1873, se silencia totalmente este problema, lo que quiere decir que, incluso en pleno **sexenio,** la desamortización tiene poca incidencia en Vizcaya.[7]

Ya hemos visto que, a favor de una nueva legislación minera decretada por el gobierno revolucionario, una verdadera fiebre se apodera de los habitantes de Bilbao. Las capas medias, que se lanzan con entusiasmo a este ramo de la actividad económica, parece que están animadas por una gran euforia.[8] Otros testimonios confirman esa impresión. Así, el periódico **Irurac-bat** da cuenta, en 1870 y 1871, de la llegada a Bilbao de muchos visitantes e inmigrantes y lamenta que la ciudad no haya emprendido las construcciones necesarias para dar cabida a los recién llegados; invita a los especuladores (sic) a construir edificios y hoteles, recordándoles que es una buena ocasión para invertir sus ahorros.

242

Otro aspecto de la vida económica que la prensa evoca es el de los precios. El B.O., y los periódicos publican estadísticas mensuales de los precios de los artículos de primera necesidad en los diversos partidos judiciales de la provincia. De ese modo, es fácil seguir su evolución de 1867 a 1874.

En el primer año del nuevo régimen, de noviembre de 1867 al mismo mes de 1868, se observa un alza ligera que afecta a los productos agrícolas vendidos al pormenor. El alza no es general pues algunos precios bajan o permanecen estacionarios. Las diferencias con relación al año anterior son inferiores a las variaciones estaciónales o las que existen entre los precios observados un mismo día en las diferentes zonas de la provincia. Se puede pues decir que la revolución de septiembre no repercute de ningún modo en los precios.

Mas tarde, las oscilaciones son débiles, de octubre de 1868 al mismo mes de 1869, pero se observa una ligera tendencia bajista. De 1870 a 1871, se puede hablar de estabilidad y, para muchos artículos, esa estabilidad se prolonga hasta 1874. Así, el precio del pan no varia de

---

[7] Se redimen 108 censos de un «Importe Capitalización» de 58.000 escudos.

[8] Se oficializan los siguientes denuncios de minas: 7 en 1869. 10 en 1870. 287 en 1871,
375 en 1872. 406 en 1873 y 32 en enero y febrero de 1874. Los principales beneficiarios son: Bailley Davies, Ibarra Hnos, José A de Errazquin, Luis Garaigorta, Antonio Sagarduy, Aguirre de Toca, Samuel Gilford, Alban Jones, Enrique Poole, Mac Leman, Santiago G. Jones, Luis de Llevison, González Lavin, Solaegui. Pedro de Bilbao, Castet, Díaz de Terán, José M. l.apeira, Pascasio Huerta, Antonio de Arluciaga. Entre los beneficiarios más modestos: Simón de Ochandategui. José A. de Ibarra y Aguirre. José Zabala, Pantaleón de Orbegozo, Antonio Soralegui, Juan de Arenaza, Nacha Landaburu.

agosto de 1871 a marzo de 1874; la cebada y la paja registran un alza moderada tan sólo en julio de 1873. Por el contrario, la carne duplica su precio de 1871 a enero de 1874. mientras que el carbón de leña, que empieza a aumentar en julio de 1873, alcanza, en mayo de 1874, un precio tres veces superior al de agosto de 1872. El vino y el aceite, al contrario, presencian una baja con relación a 1871, luego, una subida ligera de enero a mayo de 1874.[9]

No es difícil explicar esas oscilaciones. Se puede observar que los artículos estables o sometidos a ligeras variaciones son los cereales, el acetite y el vino, es decir productos importados de otras regiones españolas; por el contrario, los productos procedentes de Vizcaya (carne, leña y carbón) presencian alzas sensibles. Puede decirse o bien que la guerra carlista, a partir de 1872, obstaculiza el comercio entre la ciudad y el campo, o bien que las cargas y raciones impuestas por ambos contendientes a los labriegos rarifican los productos de la agricultura local y los encarecen. En cuanto al alza ligera y general que se observa entre enero y mayo de 1874, podría imputarse a una agravación de la guerra en Vizcaya y al sitio de Bilbao.

243

La guerra influye pues desfavorablemente en los precios agrícolas; por el contrario, el cambio de régimen en 1868 no les ha afectado. Y ello es tanto más sobresaliente cuanto que, en los últimos años del reinado isabelino, se presencia una subida. Sin embargo, en toda Vizcaya y especialmente en Bilbao, muchos artículos de consumo corriente se habían encarecido menos que en otras regiones españolas.[10]

La setembrina da un impulso a la economía en un clima de estabilidad monetaria. Tal es la impresión que se saca de la observación del movimiento económico en Bilbao. Por eso, puede decirse que la rebelión carlista se produce en un momento que las capas urbanas consideran como favorable a la expansión.

En cuanto a las estructuras sociales, la prensa suministra muy poca información. No señala ninguna modificación substancial ni da cuenta del menor conflicto social. Si el régimen del 68 no trasforma en ningún lugar a la sociedad, tampoco faltan propuestas o tentativas de transformarla, pero nada de eso ocurre en Vizcaya. Ya indicamos que, con motivo de las elecciones senatoriales, el B.O., publica, en 1871 y 1872, los nombres de los cincuenta primeros contribuyentes por propiedad de bienes raíces y de los veinte primeros contribuyentes en calidad de industriales o comerciantes. Residen, en su inmensa mayoría, en Bilbao que aloja a la capa social más acomodada de Vizcaya. Esa capa es muy estable y las pocas modificaciones observadas en su seno muestran sencillamente el acceso a la alta propiedad de bienes raíces de algunos burgueses.[11] Se trata de la clase dirigente, a la vez a nivel provincial y en el interior de la ciudad. Es la que relaciona, en cierto modo, el núcleo urbano con el mundo rural. Pues Bilbao constituye, desde el punto de vista social, un grupo a parte.

El censo de 1860 suministra algunos datos referentes a la estructura profesional de la

---

[9] Véase Apéndice 7

[10] Es lo que se desprende del estudio de M. Basas. aunque éste no está desprovisto de ambigüedad. En efecto, Basas concluye diciendo que el precio de los artículos producidos en Vizcaya es inferior al precio medio español. pero que les demás productos son más cares en esta provincia. Ahora bien. admite también que el precio del trigo es de tipo intermedio y que otros productos son también más baratos que en otras regiones españolas. Es verdad que también señala una baja casi general en 1866. Esta última afirmación puede justificar las contradicciones que aparecen en sus conclusiones. Un aspecto sorprendente de su estudio es la observación de un sensible aumento de los precios entre 1867 y 1868, aumento desmentido per nuestras estadísticas reproducidas en el Apéndice 7.
M. Basas Fernández: **Dinámica de los precios de los artículos de consumo en Vizcaya durante el decenio crítico de 1860 y 1869** in **Estudios Vizcaínos**. Año I. Bilbao, enero-junio 1970. Nº 1, pp. 9-48.

[11] Véanse B.O.V. números del 28/01/1871, 14/02/1871, 12/03/1872. En 1872, Mariano Artacos y Plaza, Manuel Cortázar y Saturnino de Gana pasan de la lista de los Veinte a la de los Cincuenta.

población en los diversos partidos judiciales

244 El distrito de Bilbao representaba entonces el 28% de la población provincial y el 21% de los industriales, 46% de los artesanos, 52% de los obreros de fabrica o de taller, más del 60% de los comerciantes y el 44% de los obreros agrícolas.[12] Si el porcentaje de industriales es inferior al de la población, la fuerte concentración de artesanos y de obreros pone de manifiesto que los industriales y las industrias de Bilbao son individualmente más importantes que en las demás zonas de la provincia. El alto porcentaje de obreros agrícolas descubre, por su parte, una mayor concentración terrateniente y una agricultura más burguesa. Revela también que los datos consignados se refieren al partido judicial (28 municipios y entre ellos muchos pueblos de la zona rural) y no a la ciudad exclusivamente. Si tenemos en cuenta este aspecto, el hecho que el número de obreros industriales aumenta sensiblemente a partir de 1860 y que los artesanos y comerciantes residen fundamentalmente en Bilbao, mientras que los obreros agrícolas viven en las zonas rurales del distrito, se puede tener una idea de la composición sociológica de la ciudad. Exceptuando a la minoría dirigente, su población se compone esencialmente de comerciantes y artesanos, es decir, de capas medias cuyas fronteras con el proletariado y el subproletariado son aun imprecisas a causa del carácter mixto, de transición, del sistema de producción. En todo caso, se trata de un tipo de sociedad cualitativamente distinto con relación a otras zonas de la provincia. Se comprende que sus reflejos y su comportamiento puedan ser también distintos. No obstante, la vida política no se ha visto determinada, durante mucho tiempo, por el conjunto del grupo urbano sino más bien por una minoría de notables, por la clase

[12] Censo de 1860:

P. Judicial	Nº de Ayuntamientos	Habitantes
Bilbao	28	49.584
Durango	29	34.103
Guetaria	33	37.677
Marquina	14	16.323
Valmaseda	21	31.018

	Comerciantes	Industriales	Artesanos
Bilbao	743	849	6.017
Durango	116	978	2.250
Guernica	122	1.131	1.753
Marquina	25	798	1.697
Valmaseda	169	222	1.224

	Asalariados	Propietarios	Renteros
	368	1.715	3.512
Durango	54	1.969	5.500
Guernica	185	2.629	4.068
Marquina	1	912	1.276
Valmaseda	76	2.035	2.230

	Obreros agrícolas
Bilbao	12.108
Durango	3.435
Guernica	4.513
Marquina	2.359
Valmaseda	4.643

dominante.

La vida política al día.

Ya observamos que, en los meses que siguen al desencadenamiento de la revolución de septiembre, las autoridades autónomas se mostraban discretas y reservadas con respecto al nuevo régimen. En 1869, la misma actitud guía su conducta. En junio, dan a conocer la nueva Constitución sin el menor entusiasmo; se apresuran, por otro lado, a rechazar las sugerencias, muy mesuradas, por cierto, de la izquierda local para evitar un posible alzamiento carlista. Los argumentos de los responsables provinciales siguen siendo los de siempre: si la Diputación apoya las iniciativas de la izquierda, puede descontentar a la derecha y las autoridades deben permanecer neutrales, por encima de las querellas partidistas.[13]

245 Los temores de la izquierda, concretamente de los republicanos, se confirman, pues en julio y agosto los carlistas se sublevan en La Mancha, León, Cataluña y Levante, al mismo tiempo que se descubre una conspiración legitimista en Pamplona. El B.O. da cuenta lacónicamente de todos esos hechos pero describe con complacencia las medidas que ha tornado el Gobierno para reprimir una insurrección republicana en Cataluña, Andalucía y Valencia. No hay duda de que, en opinión de los redactores del Boletín, la actividad republicana es más inquietante que la acción subversiva del carlismo.

El Capitán general de las provincias vascas teme que el alzamiento afecte a su región y lanza amenazas contra los instigadores.[14] Algunos liberales vascos se alarman y la Diputación

---

[13] El 13 de junio, el Ayuntamiento de Bilbao examina la propuesta del partido republicano de organizar una milicia nacional:

> «...compuesta de personas no sólo sinceramente adictas al régimen liberal, sino de orden, juiciosas y de probidad reconocida».

El alcalde explica que, para tramitar semejante proyecto, que por su parte considera inoportuno, sería preciso que fuera presentado por varios partidos políticos. El consejo municipal de la razón a su alcalde y considera no es oportuno:

> «...llevar a cabo una demostración que pudiera prestarse a inconvenientes interpretaciones, y, en cuanto a la vigilancia y resguardo de los intereses públicos. . el Ayuntamiento no se dejara sorprender por los acontecimientos».

En todo caso la milicia es poco aconsejable, pues:

> «...las circunstancias de localidad y de tiempo podrían ser contraproducentes, dando margen a otras de instrucciones y armamentos en contrario sentido que sembrarían la intranquilidad y la alarma.»

[14] El 27 de julio. el gobernador de Navarra comunica al de Vizcaya que una conspiración ha sido descubierta en aquella provincia, que los instigadores han sido detenidos y un carlista armado ha muerto. El 3 de agosto, el B.O.V. da cuenta del aniquilamiento de las partidas de la Mancha y de la actividad de las de León, mandadas por curas. Durante el mes de agosto se evoca la actividad insurreccional en diversas regiones españolas pero, al parecer, el País Vasco permanece al margen de la insurrección aunque las autoridades militares sigan temiéndola. El Capitán general explica que la defensa de los Fueros es un simple pretexto para los carlistas pues aquellos no se hallan amenazados ya que el Gobierno se ha comprometido a respetarlos y a propiciar el desarrollo económico de las provincias vascas. El mismo Capitán general. Allendesalazar, comenta los rumores según los cuales Cabrera va a ser nombrado jefe del ejército rebelde:

> «Sólo los enemigos de la riqueza de este país pueden pretender robarle la paz de que goza. y trocar su risueño aspecto por el cuadro de la devastación... Convenceos pues de que esos instigadores, más carlistas que fueristas. harían tacos de las hojas del venerado libro de nuestras santas instituciones... ¡Qué le importa nuestros fueros a Cabrera, que no es de este país; y que a los desnaturalizados hijos de las Provincias hermanas y Navarra, cuando posponen la causa fuerista a la de un joven aventurero que supiera por una corona... ¡
>
> A las Provincias Vascongadas y Navarra debe interesarles únicamente la conservación de los fueros. y serlas indiferente que se siente en el trono de Castilla este o el otro monarca, siempre que por él queden garantizados. La cuestión de elección de Rey compite a las Cortes Constituyentes. y nadie debe ocuparse menos de ella que los vascongados y navarros.

considera oportuno romper su silencio y dar algunas muestras de lealtad. Para ello alienta una suscripción publica para financiar la campaña armada contra los carlistas. La suscripción ha sido una iniciativa de la Junta de Comercio y entre los primeros suscriptores figuran industriales conocidos, funcionarios de la administración estatal y profesores del Instituto, todos ellos representantes típicos del liberalismo local. Los miembros de la Diputación, por su parte, contribuyen con sumas modestas e insisten para que la suscripción sea totalmente voluntaria con el fin, añaden, de no agravar las cargas y contribuciones. Es una prueba más del poco celo que manifiestan para sostener al nuevo régimen.[15] Así, la neutralidad que la Diputación se atribuye se inclina más bien hacia el campo carlista. El año 69 acaba sin tumultos, pero los representantes del Gobierno no están demasiado tranquilos. El más preocupado es el gobernador civil, Tosantos. El 13 de enero de 1870, firma una orden de detención de dos individuos acusados de comprar armas para los carlistas. En una carta abierta que remite a los periódicos de la ciudad, no evoca directamente el problema de la subversión y se limita a informar a sus conciudadanos de los peligros graves que amenazan a la sociedad.

246

En nuestra época, explica el gobernador, tres dolencias atentan contra la salud del cuerpo social: la mendicidad, la prostitución y el comportamiento de los jóvenes. Ahora bien, las dos primeras, a las que podría añadirse el vicio del juego, son características de países atrasados y desaparecerán con el progreso económico y social. La tercera, por el contrario, es más difícil de curar. Se trata de esas bandas de jóvenes que se meten con los transeúntes sin razón aparente. Lo más grave es que, cuando las fuerzas del orden quieren intervenir, los adultos y el público en general condenan a la policía y defiende a los jóvenes.

Sólo unos meses más tarde se comprenden las alusiones del gobernador a una situación concreta, pues esa juventud agresiva ha dado ya un contenido político a sus manifestaciones públicas. Las fiestas populares o romerías se transforman fácilmente en manifestaciones carlistas. El 11 de junio, el nuevo gobernador reglamenta esas fiestas así como el horario de los bares y establecimientos similares.[16] Atribuye la agitación política a instigadores ocultos que al parecer utilizan a jóvenes colegiales, trabajadores parados y hasta a borrachos para lanzar consignas subversivas. En junio, la provincia respira ya aires insurrecciónales y la prensa conservadora, representada por el **Euscalduna,** se encarga de difundir rumores

---

Vitoria 29 de noviembre de 1869. Vuestro paisano y Capitán general, José de Allendesalazar.»

Como puede observarse, una corriente fuerista liberal intenta hacer vibrar, contra el carlismo, la fibra regionalista.

[15] El 18 de marzo la Diputación abre una suscripción para financiar una campaña militar contra el cabecilla Curro:

« Los cuantiosos dispendios que esto acarrea han de sufragarse con una suscripción pública y voluntaria que ha iniciado la Junta de Comercio de Vizcaya y que ha de proponerse en todos los pueblos del Señorío pero que no ha de gravar a los pueblos que con tal motivo no deben pagar cargas extraordinarias directas ni indirectas en metálico o en hombres.

Ese texto lo firman Gregorio de Aguirre, Lorenzo de Arrieta Mascurua y José A. de Olascoaga. Abren ellos mismos la suscripción con mil reales cada uno, lo mismo que el gobernador civil Tosantos. Entre los principales donadores figuran: J.P. de Arancibia (1.000), J.M. de Ampuero (1.000), José M. Josué (1.000), Blas de la Quintana (1.000), María de Zabala (1.000), y de Ore (1.000), Luis de Arauco, Marqués de Villadarias (1.000). J. Pantaleón de Aguirre (1.000), todos los profesores del Instituto y empleados de la administración (1.000 cada grupo).

[16] El 13 de enero, el gobernador firma la orden de detención del cura de Eibar J. Domingo de Gabrola y del fondista de la misma ciudad J.M. Gárate. El 11 de junio, el nuevo gobernador declara que los carlistas se preparan para una nueva insurrección y que tratan de crear incidentes con cualquier pretexto:

«...esta tierra en sus próximas romerías y fiestas llegara a infeccionarse con este virus pestífero tan impropio de sus instituciones forales, como indigno de su majestad popular, de su secular republicanismo.»

El gobernador pretende que las instituciones vascas son del mismo tipo que las que Madrid está elaborando para todo el país y se dispone a tomar medidas preventivas:

«1º Queda prohibido en este Señorío dar ninguna clase de vivas ni cantar canción alguna en las romerías, fiestas o reuniones al aire libre.

2º Los contraventores serán detenidos y corregidos por sus respectivos Alcaldes o remitidos a mi autoridad.

3º Se ordena a los Alcaldes el riguroso cumplimiento de las ordenanzas municipales sobre cierre de tabernas a las horas prefijadas.»

inquietantes. Habla de desacuerdos entre las diferentes autoridades, choques entre oficiales y militantes liberales, etc. Esos rumores van a ser desmentidos inmediatamente por los representantes del Gobierno. Como puede observarse, el periódico bilbaíno hace el juego de los carlistas con discreción, lo mismo que las autoridades forales. El 13 de agosto, con ocasión de la ley general de Diputaciones, la de Vizcaya se querella con el Gobierno cuando este precisamente acaba de dar garantías de su respeto de las autonomías vascas. El 27 de agosto, la rebelión carlista repercute en Vizcaya.

Las autoridades militares se apresuran a proclamar el estado de alarma; luego, el 1º de septiembre, proclaman el estado de guerra. La rapidez de la intervención militar acaba con la rebelión, pero han aparecido algunos signos inquietantes.

247 En los comienzos de la intentona, las autoridades militares han dado orden a todos los alcaldes de la provincia de remitirles las listas de los facciosos de cada localidad y la mayor parte de los alcaldes no han respondido al requerimiento de los militares. Luego, cuando se detiene al comité carlista de Vizcaya, las autoridades comprueban que cuatro de sus nueve miembros son alcaldes. La actitud de la Diputación en el conflicto ha sido ambigua y el gobernador la destituye. Sus miembros van a ser sustituidos por personas menos hostiles al nuevo régimen, escogidas entre los primeros contribuyentes. Se destituyen también a los Ayuntamientos más comprometidos.

Así los rebeldes han podido contar con la complicidad o el franco apoyo de algunas autoridades provinciales y municipales; el Gobierno, por su parte, no está al parecer dispuesto a sacar las conclusiones que se desprenden del incidente pues no coloca a la cabeza de la administración foral a liberales seguros sino simplemente a gente que no es demasiado hostil al Gobierno.[17]

Pese a esas destituciones, las nuevas autoridades autónomas no cooperan demasiado con los

---

[17] El B.O.V. del 30 de agosto publica la circular que el Capitán general remite a los Alcaldes:

« En virtud del Estado de sitio, comunicará en el término de cuatro días bajo multa de 250 pts. al Ayuntamiento y de 150 a cada uno de los regidores, la lista de les mozos que se han incorporado a la facción. Le recuerdo que ha de dar parte diario a mi autoridad y a los jefes de columna de su distrito de la aparición de alguna parida que lo verifique en su jurisdicción. Si no cumple este mandate con la brevedad que se requiere será Ud., sometido al Consejo de guerra permanente de esta plaza para ser juzgado como auxiliar de los facciosos.»

Esa advertencia no tiene trascendencia. El 1º de septiembre, el gobernador civil publica los nombres de los miembros del Comité carlista de Vizcaya que han sido detenidos:

«Salazar, cura ecónomo de Izarra, Cuadra, estudiante, Ceballos, cura de Ochandiano, Anda, regidor de Belunza, Aranda. regidor de Izarra, Anda, regidor de Gujuli, Pinedo, de Ollarde, Ruiz de Zárate de Alboricano y dos empleados del ferrocarril»

Se puede observar que, entre los insurrectos de primera importancia, figuran muchos responsables de la administración local.

El gobernador explica lambien las razones del nombramiento de una nueva Diputación. Los tres diputados, dice, han desaparecido en el momento de la rebelión en la que han participado también varios miqueletes sin que las autoridades forales intervengan contra ellos.

El 3 de septiembre, el B.O.V. publica la lista de las personalidades nombradas y, como se ve con facilidad, se trata de notables:

	Bando Oñacino	**Bando Camboino**
Diputados	E. Vitoria de Lecea	J.M. de Murga
	Antonio Ozámiz	J. de la Quintana
	Manuel Cortázar	Andrés Nardiz
Regidores	N. de la Pereira	Benigno Salazar
	E. García	Felipe Huagon
	M. de Orbeta	L. Echavarría
Síndicos	E. de Iriguen	T.H. de Maruri
	J. Alonso	L. de Barrueta
	C. Ansoategui	V. de la Llana
	C. Echevarrieta	M.M. de Monteano
	P. Galíndez	J. Ardazun
	E. Coste y Villoslada	J.M. de Ezpeleta

responsables del poder central. El Ejército da la orden a las autoridades locales de confiscar todas las armas de fuego y esa orden no debe de tener mucha trascendencia puesto que los militares insisten en el mismo sentido en septiembre.[18] El gobernador civil, por su parte, deplora, el 22 de octubre, que los alcaldes no cumplan las instrucciones que el ha dado, relativas a las próximas elecciones de 1871.

Tras la conspiración carlista de 1870, los representantes de Gobierno se limitan a comprobar la ausencia de colaboración, la «mala fe» de las autoridades locales, pero se niegan a adoptar medidas enérgicas y se colocan más bien en posición defensiva. La controversia política entre los dos grandes órganos de opinión de la ciudad pone también de manifiesto la ausencia de vigor del liberalismo local.

El **Euscalduna** es cada vez más arrogante en la exposición de sus tesis conservadoras. Se dice católico y fuerista y ostenta su desprecio a los liberales, masones y republicanos. Acusa sin fundamento al Gobierno de querer suprimir los Fueros y a su adversario **Irurac-bat** de ser enemigo de la jerarquía de la Iglesia. **Euscalduna** había aceptado el régimen isabelino y prodigado elogios en su tiempo a Narváez.

248

A partir de 1868, como sus correligionarios carlistas, condena con vigor creciente todas las formas del liberalismo y sus posiciones son cada vez más abiertamente carlistas. Su evolución es paralela de la del **Semanario** de Vitoria pero su adhesión al carlismo quizá sea algo más discreta. Su divisa Religión y Fueros es similar a la de los carlistas y especialmente a la de los carlistas vizcaínos. Ese periódico sigue al parecer la misma evolución que muchos miembros de la Diputación que empiezan tomando distancias con el nuevo régimen y acaban siendo cómplices más o menos discretos de los legitimistas.

Irurac-bat era ya en le época isabelina el exponente de una corriente liberal moderada y conciliante. No ha cambiado en 1870 y sigue empeñado en fundamentar su liberalismo en la doctrina de Santo Tomas. Se proclama católico y fuerista y, fiel a esta última profesión de fe, da cuenta regularmente de las Juntas y no cesa de proponer los Fueros como modelo para las demás provincias españolas. No es clerical y se muestra comedido en sus ataques, limitándose a calificar a su adversario de sectario y carlista.

En 1870, la clase privilegiada de Vizcaya parece dividida entre un liberalismo moderado y un «apoliticismo» expectante, mezcla de reserva hacia el régimen y de simpatías más o menos declaradas por el carlismo.

El año 1871 transcurre sin sobresaltos. En marzo, D. Félix de Aguirre, perteneciente a una gran familia local, es nombrado primer Alcalde de la ciudad, mientras que las autoridades buscan a Pedro Allendesalazar, también miembro de ilustre familia, porque se sospecha que ha participado en la rebelión del año anterior. La clase privilegiada se divide cada vez más y en ella hay ya un sector dispuesto a lanzarse a una aventura insurreccional. Pero las autoridades de Madrid han decidido aplazar la aplicación de la ley de Diputaciones, para dar una prueba suplementaria de su respeto de los Fueros. Se suprime el estado de guerra para

---

[18] El 15 de septiembre, el Capitán general envía una nueva Circular a los Alcaldes:

« 1º Los Ayuntamientos deberían publicar un bando en el termino de su jurisdicción para que en el plazo de 6 horas se entreguen las armas de guerra y de caza en las casas consistoriales. Pasado este plazo harán visitas domiciliarias y los que tengan armas serán detenidos como encubridores y conducidos ante el Consejo de guerra.

2º Los Alcaldes avisaran a vuelta de correo del recibo de esta circular y de su intención de cumplirla, pasando en su día un estado circunstanciado de las armas recogidas.

3º Las armas de guerra serán entregadas en el Gobierno provincial o las columnas y las de caza en el Gobierno civil.»

El alcance insignificante de esas medidas, la insistencia de las autoridades gubernamentales y sus amenazas ponen de relieve la determinación de las autoridades municipales y concejales que sin duda gozan de la complicidad de los responsables provinciales de la administración foral.

facilitar las operaciones electorales y nada perturba la vida cotidiana hasta el final del primer trimestre de 1872.

249 El alzamiento decretado por Don Carlos en abril de 1872 tiene repercusiones en Vizcaya, pero Bilbao permanece al margen del acontecimiento. La prensa se limita a reproducir comunicados de las autoridades militares; durante un mes, del 27 de abril al 23 de mayo, relata con brevedad incidentes, interpretados como si fueran hecho lejanos y sin influencia en la vida cotidiana de Bilbao. La prensa expone también el contenido del Convenio de Amorebieta. Este es conforme a la moderación manifestada, a lo largo de todo este período, por la burguesía liberal de Bilbao y conforme también al apoyo discreto al carlismo por parte de algunos responsables de la provincia. Es evidente que la clase privilegiada está dividida políticamente, pero prefiere evitar la guerra. No obstante, los moderados han de hacer frente a los intransigentes de ambos partidos.

Pese al Convenio, algunos carlistas vizcaínos prosiguen la guerra. Los liberales, por su parte, se ven obligados a reaccionar tomando medidas de vigilancia. El 1º de junio, los oficiales jubilados y de la reserva son invitados a presentarse ante las autoridades gubernamentales que temen que aquellos se pongan a disposición del enemigo. El 4 de junio, esas autoridades hacen indagaciones sobre la actividad sospechosa de los curas y de las autoridades locales; el 25 de junio, en fin, invitan a la población a constituir unidades de voluntarios de la libertad. Muy pronto, se forma en Bilbao un batallón de 300 hombres; se le encarga de la vigilancia de los carlistas de la ciudad. El comportamiento de los liberales no es, sin embargo, uniforme.

Entre los adversarios más decididos del carlismo se halla el gobernador civil. En su circular del 24 de julio formula varias quejas contra las autoridades locales. Comprueba que casi todos los alcaldes de la provincia, cuando no han ayudado a los rebeldes, le han favorecido al enviar con retraso sus informes que hubieran debido dirigir diariamente a los responsables militares, al suministrar a esos responsables informes falsos o al omitir otros de alto interés, al negarse a remitir listas de facciosos y al no recoger las armas de fuego según las instrucciones recibidas, al procurar víveres y medios de transporte a los rebeldes, al tiempo que se los negaban a las tropas gubernamentales y al obstaculizar los desplazamientos del Ejército. El gobernador se propone castigar tales actitudes con la mayor severidad e invita a la población a que colabore con él en la represión de los carlistas.

250 Con la misma fecha, envía una carta ultraconfidencial al general en jefe en la que le aconseja que se suspendan las elecciones municipales en el País Vasco pues, según el, el hecho de que se haya constituido en Guernica, con el consentimiento de las autoridades centrales, un ayuntamiento carlista, ha de incitarlos a la prudencia. Considera que habría que examinar atentamente la situación de cada localidad para que los elegidos sean gente fiel al régimen. En su opinión, no debiera haber elecciones mientras subsistiera un peligro insurreccional. Cuando la región recobre su tranquilidad, se podrán hacer elecciones, procurando favorecer a los liberales para cortar «las raíces de la rebelión».[19]

---

[19] Carta, del 24 de julio de 1872, dirigida por el gobernador civil al general en jefe. A.S.V. Legajo correspondiente al tercer trimestre de 1872.
Siguiendo el ejemplo dado por el general en jefe, hay hombres en las esferas dirigentes de Madrid que buscan la paz a toda costa. El compromiso de Serrano va pues a cumplirse y tras la concesión del indulto se convoca una Junta en Guernica que restablece solemnemente la autonomía. La voluntad conciliante es perceptible también entre los responsables provinciales de ambos partidos políticos. Un documento del Estado Mayor, incluido en la correspondencia de finales de mayo de 1872. pero sin fecha, da cuenta del proceso que conduce al acuerdo del 25 de mayo en Amorebieta. Serrano es huésped en Vizcaya de un liberal moderado hermano de uno de los dirigentes carlistas; las relaciones familiares y de amistad propician la avenencia. Pero otros rebeldes no aceptan el acuerdo. El B.O.V. ha dado cuenta regularmente del desarrollo de las operaciones militares: considera, el 21 de mayo, que la rebelión ha sido ahogada. No obstante, publica después de esa fecha varias disposiciones contra los insurrectos. De manera inesperada el 22 de junio describe operaciones del Ejército contra las tropas rebeldes. Publica también

Serrano, fiel al espíritu y a la letra del acuerdo firmado en Amorebieta, no da curso a la petición del gobernador civil. Así, el acuerdo firmado por los carlistas vizcaínos, pese a las criticas que ha suscitado en su propio partido, ha sido favorable a la causa del legitimismo, pues los rebeldes, gracias al Convenio, pueden preparar con relativa impunidad el alzamiento de 1873. Por el contrario, la indulgencia de Serrano es especialmente peligrosa en una provincia donde la influencia de los legitimistas es considerable, como lo prueban todas las elecciones del sexenio.

Elecciones y subversión

Como ya se ha tratado este problema, no se dará cuenta aquí del desarrollo de las elecciones, se recordarán brevemente los resultados.

En las constituyentes del 69, los carlistas se llevan los cuatro escaños de Vizcaya. En marzo del 71, podría pensarse que las dos intentonas fracasadas han desacreditado a los legitimistas, pero no; estos se llevan de nuevo todos los puestos, mientras que han perdido ya el monopolio en las demás provincias vascas. En las elecciones del 72 su éxito sigue garantizado. Como, en las elecciones de agosto, han aconsejado la abstención está alcanza el 80%. De un total de 9.800 votantes, los republicanos obtienen 2.000 votos (las tres cuartas partes en Bilbao y unos centenares en Durango).

251 Pero, no obstante, los demócratas y los radicales se alzan con los cuatro escaños, con un poco más de 2.000 papeletas en Bilbao, casi 3.000 en el partido de Guernica y entre 1.000 y 1.500 en cada uno de los otros dos partidos. Según esos datos, la mayoría aplastante de los electores sigue las consignas de los carlistas; los republicanos obtienen una minoría respetable de votos en Bilbao mientras que una minoría aún más importante (4 veces mayor que la republicana), favorable a la monarquía constitucional, se halla representada en todas las zonas de la provincia. Eso significa que el movimiento liberal se ha radicalizado, pero únicamente en Bilbao. La evolución de **Irurac-bat** es muy significativa a este respecto. En efecto, el viejo periódico liberal moderado llega a ser, en 1872, el portavoz de los demócratas de Bilbao. Las tensiones políticas encajan de ahora en adelante en un corte geográfico.

En 1873, la prensa local sigue dando cuenta de la vida económica, que se esfuerza por seguir su curso normal, pero las noticias referentes a la insurrección son más frecuentes y comparten el espacio periodístico con los comunicados militares y la crónica judicial. Esta última es cada vez más densa. Sobre todo a partir de marzo; muchos carlistas ausentes de su domicilio, son invitados a comparecer ante las autoridades judiciales. Las minutas de los procesos no suministran ningún dato preciso sobre los acusados y hasta, en ocasiones, esa

---

el llamamiento del gobernador para que los varones se enrolen en unidades de voluntarios. Sólo Bilbao está en condiciones de organizar un batallón compuesto de 1.227 milicianos y 477 mandos. Las autoridades militares felicitan a estos. He aquí su identidad: Capitán Romualdo Somoza: Capitán F. Blache, Capitán R. Larrañaga, Tenientes J. de Sazurtegui, Tomas Bilbao, Manuel Murga, J. Aguirre Larrazasa, Eduardo Aguirre, Arias Martínez, y C Vivanto; Alféreces E. Sazurtegui, D. Monliano, F. Aracha, Ricardo Muela y A. Janfrete.
Se puede observar que muchos de estos mandos tienen apellidos de fuera de la región.

información es errónea, lo que pone de manifiesto la incapacidad de los gubernamentales para controlar el país y a sus habitantes.[20]

Se organizan en mayo nuevas elecciones y los carlistas se retraen de nuevo. La abstención llega al 90%; un poco más de 5.000 votantes eligen a cuatro diputados republicanos. El de Bilbao obtiene casi 4.000 papeletas, pero el de Durango es elegido con algo más de 1.000 votos y los de Guernica y Valmaseda con 400 y 97 respectivamente. Fuera de Bilbao, la participación electoral es inferior al 1%.

La enseñanza que se desprende de esos datos es importante. Con relación al año anterior y teniendo en cuenta que el partido republicano es el único que ha presentado candidatos, se presencia una «bipolarización» del cuerpo electoral. Los 7.000 votos obtenidos en 1872 por los demócratas y radicales se reparten, en 1873, por igual entre la abstención y el voto republicano. Naturalmente, los que prefieren la segunda opción viven sobre todo en Bilbao. La bipolarización política trae como consecuencia un incremento de las diferencias entre Bilbao y el resto de la provincia. Los liberales de otras zonas prefieren, en general, abstenerse, entrando así en el juego de los carlistas, mientras que una parte de los liberales de Bilbao se radicalizan votando para los republicanos.[21]

252 La situación se agrava después de las elecciones. A partir del mes de mayo, es preciso controlar la circulación de viajeros en el interior de la provincia para obstaculizar el desplazamiento de los agentes carlistas. En octubre, la relación de fuerzas se ha modificado, pues son entonces los rebeldes quienes controlan una parte de las comunicaciones ya que se reconoce públicamente que la circulación de los trenes, pese a la protección particular de estaciones y ferrocarriles, se ve también perturbada. El general en jefe, ya en agosto, considera que la situación de Bilbao es critica, pero el estado de guerra no será declarado en Vizcaya hasta el 13 de noviembre. Dos meses más tarde, las tropas carlistas, victoriosas en Navarra y Guipúzcoa, vienen a secundar a sus compañeros de Vizcaya para intentar apoderarse de Bilbao. La ciudad parece a simple vista una presa fácil pues sus efectivos ascienden a tan sólo 5.000 hombres, incluyendo a la guardia civil, los forales y los voluntarios de la libertad. No obstante, esas tropas han fortificados la ciudad y los carlistas van a topar con una gran determinación por parte de los bilbaínos, determinación que aparece ya en las elecciones de 1872 y 1873.[22]

Conclusión

Si el período que va de 1868 a 1876 es uno de los más agitados del siglo XIX, Vizcaya, por su lado, vive en una situación tranquila hasta 1873. Pues, exceptuando el breve paréntesis de

[20] El 4 y 11 de marzo, el B.O.V publica amplias listas de rebeldes. A lo largo del primer semestre, da cuenta de la intensa actividad de los tribunales militares que juzgan y condenan a insurrectos, pero con frecuencia por contumacia.

[21] Las autoridades locales se niegan a prestar su concurso para la celebración de elecciones. Es lo que se desprende de una Circular del gobierno (B.O.V., Nº del 6 de mayo de 1873)

[22] Entre los militares, sólo hay 2.500 capaces de combatir. Por eso los 354 forales y 1.500 voluntarios de Bilbao van a desempeñar un papel muy importante. Por otro lado, 40% de los efectivos de Ingenieros son lambien voluntarios. Según el «**Estado de las fuerzas de la guarnición en 29 de diciembre de 1873».** A.S.V., Legajo correspondiente al cuarto trimestre de 1873.

1872, que no tiene ninguna incidencia en la vida económica, esta provincia presencia un impulso económico en un clima de estabilidad monetaria y de euforia empresarial. La vida política, a lo largo de esos cinco años, es relativamente apacible y contrasta con los disturbios que se observan en otras regiones españolas. Por el contrario, a partir de 1873, surge la guerra y Vizcaya va a ser uno de los polos de atracción de esa España atormentada. En las páginas anteriores se puede hallar la explicación del comportamiento particular de esta provincia.

253 El período que acabamos de evocar se caracteriza en España por la tentativa de instaurar un régimen democrático capaz de realizar una reforma que borrara los últimos vestigios de la feudalidad. Esa tarea es inmensa a causa de la debilidad de la burguesía propiamente dicha y de las capas medias urbanas, de la hostilidad de la clase privilegiada que, de naturaleza aristocrática, se inclina a favor de un sistema liberal mediocre y autoritario; a causa también de la intervención del proletariado industrial y agrícola que, seducido por las teorías de Bakunin, irrumpe impetuosamente en la vida política. Ahí se hallan las razones esenciales del fracaso de esa experiencia democrática, pero, durante unos años, se presencia una lucha de clases especialmente enérgica. Ahora bien, durante cinco años, Vizcaya permanece al margen de ese rudo combate.

Sin duda porque uno de los elementos que contribuyen a radicalizar la vida social y política, a saber, el proletariado es en esta provincia demasiado débil e incapaz de manifestarse como tal. Por lo demás, su debilidad más que numérica afecta a su nivel de conciencia de clase y de capacidad de organización. Por el contrario, las capas conservadoras disponen en Vizcaya de una fuerza relativa superior a sus homologas de otras regiones españolas. Ya se ha dicho que los conservadores españoles pierden el poder político en 1868, mientras que los de Vizcaya y de otras provincias vascas lo conservan en parte, gracias a la autonomía. Sólo en parte, pues el gobierno central tiene naturalmente muchas prerrogativas. Así, las capas conservadoras vascas comparten el poder con los representantes de un gobierno democrático. Si los conservadores pueden seguir detentando en Vizcaya una parte del poder administrativo y si el gobierno central respeta los Fueros, a menudo contra sus propios intereses, es que la clase privilegiada tradicional y hasta tradicionalista ejerce una influencia considerable en las masas populares y puede esgrimir con facilidad la amenaza de una insurrección.

254 El miedo a la guerra carlista incita a los responsables gubernamentales a mostrarse comprensivos con las exigencias de la clase dirigente regional. Los elementos menos radicales de la coalición gubernamental alientan esa actitud y se aprovechan de ella para entenderse con los responsables regionales que manifiestan menos simpatía por el nuevo régimen. Como el movimiento liberal de Vizcaya, por su parte, se halla dirigido por una capa burguesa moderada, la tendencia a la conciliación entre carlismo y liberalismo va a encontrar, en esta provincia, un terreno especialmente propicio

La moderación y la inactividad del liberalismo local hacen que los reaccionarios de Vizcaya, que disponen con la adhesión de las masas populares de un formidable instrumento de presión, puedan, en una primera etapa, preservar a Vizcaya de toda «contaminación revolucionaria», luego, a partir de 1873, unirse al sector más agresivo de la derecha española para emprender juntos una guerra contra el régimen que surge del 68. Al adoptar posiciones antidemocráticas, la clase dirigente de Vizcaya es muy representativa de la clase dirigente vasca en su conjunto, la cual, en las otras tres provincias, no ha dejado de comportarse como vanguardia reaccionaria. De ese modo, Vizcaya es ejemplar en el País Vasco. región que contribuye colectivamente y en alto grado al fracaso de la primera República española.

No obstante, en el monopolio político ejercido por los conservadores vizcaínos aparece una

falla: Bilbao. Ahí reside la originalidad de Vizcaya. En efecto, el movimiento liberal de Bilbao se radicaliza progresivamente y se aleja de las posiciones más moderadas. La agresión insistente que sufren los liberales acaba con su paciencia, acrecienta la reprobación del carlismo y la ciudad se dispone 2 hacer frente a los rebeldes con la mayor determinación.

255

Capítulo VII. La batalla de Vizcaya y el sitio de Bilbao

Ya se ha aludido a la importancia política y estratégica de la batalla de Vizcaya en la que, desde el punto de vista técnico, se inaugura la guerra de posiciones y trincheras.

La dimisión de Moriones, tras el fracaso de su ofensiva de febrero, permite que los carlistas consoliden sus líneas. Para destruirlas, los gubernamentales libran, a finales de marzo y a últimos de abril, dos asaltos sucesivos, extraordinariamente costosos y sangrientos. Las dos grandes batallas, precedidas cada una de ellas de un período de preparación y separadas por una pausa, aprovechada para entablar negociaciones, constituyen dos etapas de nuestro análisis. Para la ciudad de Bilbao, totalmente cercada desde diciembre hasta su liberación el 2 de mayo de 1874, los mayores sufrimientos empiezan con los bombardeos, a Finales de febrero.

Siguiendo un orden cronológico, examinaremos sucesivamente los comienzos del sitio hasta los primeros bombardeos, luego, los combates de Somorrostro y el comportamiento de Bilbao en marzo y en abril.

Las primeras semanas del asedio y los testimonio

La larga resistencia de la ciudad ha despertado la admiración de muchos contemporáneos y ha dado lugar a varios relatos referentes al sitio. Se conocen de manera pormenorizada y día a día los sufrimientos de los bilbaínos, gracias a varios diarios redactados por personalidades diversas.[1]

256

Cinco mil hombres armados y doce puntos fortificados asumen la defensa de la ciudad.[2] A finales de diciembre, los carlistas interceptan la ría y cortan el suministro de agua. En la primera quincena de enero, las autoridades civiles y militares, así como toda la población colaboran estrechamente para hacer frente a dos problemas especialmente acuciantes: la consolidación de la defensa y los suministros. El arma de Ingenieros se encarga de la primera de esas tareas recurriendo a medios de fortuna mientras que las unidades de voluntarios, tras una salida arriesgada, se apoderan de ciento cincuenta ganados; el Ejército pone a disposición del público cocinas grandes para reducir el consumo de carbón.[3]

---

[1] Tres diarios inéditos describen día a día las peripecias del asedio, de diciembre de 1873 a mayo de 1874. El del Estado Mayor, firmado en Bilbao el 3 de mayo de 1874 por el comandante Francisco María de la Riva, es el más detallado; contiene un balance del sitio y un resumen de los aspectos esenciales. El diario de Ingenieros relata los mismos hechos y se interesa de manera particular por el sistema de defensa de la ciudad: suministra también un boletín meteorológico cotidiano. El diario de Artillería es a la vez más conciso y más técnico. Esos diarios, aun sin repertoriar y sin signatura, se hallan en la Biblioteca de la Sociedad Vascongada, dentro de la Diputación de Vizcaya. Por otro lado, existen varios relatos contemporáneos del asedio, sobre todo los de Gortázar y Echevarría, reeditados en un volumen que lleva el titulo común de **Diarios del sitio de Bilbao**, Librería Villar, Gran Vía. 22, Bilbao 1966.

[2] Véase apéndice 8.

[3] Diario del Estado Mayor: «Últimos días de diciembre», 3 y 5 de enero de 1874. Diario de Ingenieros, 3 y 5 de enero. En adelante daremos las referencias reproduciendo tan sólo las iniciales D.E.M.; D.I.: D.A. (Diario de Estado Mayor, Ingenieros, Artillería, respectivamente).

Los cambios políticos nacionales repercuten en Bilbao con el nombramiento de un Ayuntamiento moderado y la disolución del batallón de voluntarios de la República, cuyos miembros son invitados sin contemplaciones a entregar armas y municiones. Se les ofrece, no obstante, la posibilidad de integrarse en batallones «burgueses», los batallones de tropas auxiliares, con lo que, desde ahora, toda la ciudad se hallara a las ordenes de los jefes militares y de los notables.[4] La segunda quincena de enero presencia la agravación de la situación pues la caída de Portugalete acentúa el aislamiento de Bilbao.[5]

En febrero, la ciudad se adapta a la guerra; recibe dos ultimátum de D. Carlos que no consiguen intimidar a sus habitantes. Estos completan los trabajos de fortificación en los que participan 700 obreros. La asistencia de los heridos es otra de las principales preocupaciones. Con el fin de garantizar los suministros a los hospitales, las autoridades autorizan a los negociantes a subir los precios a condición de que procuren los víveres necesarios a los centros sanitarios. Por otro lado, se crean comedores públicos donde se sirven comidas a precios reducidos. Esas creaciones han sido necesarias debido a la penuria alimenticia relativa y al paro forzoso de una parte de la población; la gente adinerada subvenciona esos comedores.[6] Paralelamente, los defensores de Bilbao refuerzan la vigilancia de los posibles enemigos infiltrados.[7]

257 El 20 de febrero, los carlistas anuncian que van a bombardear la ciudad e invitan a la población civil, especialmente a los ancianos, mujeres y niños, a abandonar Bilbao. A partir de ese momento, los relatos de los sitiados son más abundantes y prolijos.

El Diario del Estado Mayor comenta profusamente lo ocurrido el 21 de febrero; mujeres y niños, sobre todo de familias modestas, así como algunos extranjeros, salen de la ciudad, pero otros muchos han preferido quedarse y el animo de los habitantes es excelente. Han debido suspenderse algunas actividades relacionadas con la fabricación de armas y municiones pues muchos obreros dejan el trabajo para enrolarse en las unidades de voluntarios. El Estado Mayor da cuenta también de los primeros bombardeos.[8]

El Diario de Ingenieros, más lacónico, indica que los voluntarios pertenecen a todas las clases de la sociedad. Detalla con amplitud las medidas de vigilancia adoptadas por la ciudad y evoca la detención de cinco personas sospechosas de connivencia con el enemigo. Denuncia a la

---

[4] D.E.M. 4 y 11 de enero.

[5] **Ibid**, 16 y 19 de enero.

[6] Tales son las decisiones tomadas por la «Junta de Armamento y Defensa» decisiones anunciadas en la carta que dicha Junta remite al Comandante militar de la plaza el 2 de febrero de 1874. A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1874. Esas medidas son evocadas per el D.E.M., del 11 de febrero. Respecto a los hechos más notorios, véase D.E.M. 24, 28 y 29 de enero, 4, 9, 11 y 20 de febrero y D.I. I y 5 de febrero.

[7] El partido carlista trata de provocar indisciplina y deserciones en las filas del ejército liberal:

« Para llevar a cabo estos proyectos cuenta el Partido carlista con una importante mayoría en esta villa y con un medio de acción de fuerza muy poderosa y de éxito seguro: las mujeres que, en la clase que trata al soldado, les es casi unánimemente adicta. Los resultados han sido patentes siempre pero en estos últimos días tomaron un carácter más grave. Dos noches seguidas aprovechando el momento de estar en primeras filas se pasaron al enemigo dos cazadores del Alba de Tormes que era el cuerpo en que se notaban menos estas tendencias atropellando consideraciones que en los demás casos las respetaron los que las consumaron. En vista de todo esto y de otros síntomas... me veo en la necesidad de imponer un correctivo tan enérgico como el mal...

Ordeno y mando:

Los delitos de deserción e indisciplina serán juzgados en consejos de guerra verbal imponiendo las penas que señala la ordenanza.

Los que indujeren, encubrieren o auxiliaren la deserción serán juzgados del mismo modo..»

Carta del Comandante militar de Bilbao al general en jefe del 18 de febrero de 1874

A.S.V., Legajo correspondiente al primer trimestre de 1874.

[8] El enemigo ha lanzado, a lo largo de la Jornada del 21, 147 proyectiles. La pólvora contiene gran cantidad de azufre y se ha podido observar que se trata de pólvora de mina. D.E.M., 21 de febrero.

ilustre familia Ibarra, que al parecer ayuda a los carlistas, y explica que el hierro de su establecimiento ha sido confiscado. Por otro lado, comprueba que los asaltantes dirigen sus tiros al centro de la ciudad y que el número de voluntarios liberales supera el miliar, pero que los obreros son escasos, lo cual compromete los trabajos de fortificación.[9]

El Diario de la Artillería, por su parte, contiene apreciaciones aún más técnicas, sobre las armas y municiones enemigas; estas no se dirigen a los puntos estratégicos sino al casco urbano para aterrar a la población civil y vencer así su resistencia.[10]

Los testimonios que han dejado algunos civiles son aún más sabrosos. Un notable, Gortázar, dirigente de la Diputación, escribe a uno de sus amigos en un tono apacible lleno de buen humor. Nos explica que, antes del bombardeo, creían los bilbaínos que el enemigo era incapaz de manejar armas capaces de alcanzar a Bilbao. Cuando el bombardeo se hace inminente, algunos notables piensan en enviar a sus casas de campo a las mujeres y a los niños, pero aquellas rechazan la sugerencia y prefieren quedarse. Cuando se declaran los primeros incendios y aparecen las primeras victimas, la gente reacciona con serenidad y diligencia; los bomberos y los servicios sanitarios actúan con rapidez y eficacia. A finales de febrero, añade, el cuerpo de auxiliares tiene 1.200 hombres y se crea aún un batallón de veteranos encargados de la vigilancia urbana.

258

Con respecto al bombardeo de su propia casa, Gortázar declara que el enemigo, lejos de intimidarle, ha incrementado su odio y reprobación de un partido de barbaros y cobardes. La barbarie de los asaltantes es de tal naturaleza que no vacilan en intensificar los bombardeos el 24 de febrero, un día en que el viento fuerte propaga con rapidez los incendios. Pese a la penuria alimenticia, Gortázar confiesa involuntariamente que las familias acomodadas no tienen aun problemas de suministro, pues, pagando precios altos, se consiguen alimentos que pasan a través de las líneas enemigas.[11]

Otro testigo, ex voluntario de la República, interpreta los acontecimientos que relata. Se trata de Echevarría que, al evocar los antecedentes del bombardeo, afirma que mucha gente no creía en el, pues el enemigo, por razones simplemente humanitarias, no podía entregarse a semejante mortandad. Pero el mismo no se ha sorprendido, pues conoce el odio de los rebeldes a la ciudad y su ausencia de ideal (sic). Cada mando rebelde —afirma Echevarría— sólo piensa en su propio ascenso y espera que la guerra acabe con un Convenio que le permita acceder a un puesto de funcionario militar o civil. Otros rebeldes —prosigue— sólo ven en la guerra una oportunidad de ganar dinero. Porque Don Carlos no ha conseguido obtener un empréstito importante en el extranjero, muchos responsables legitimistas se han atrevido a mostrarse insolentes con el. Sigue explicando que el sitio de Bilbao ha sido emprendido contra toda lógica militar a causa del atractivo que su riqueza ejerce sobre los aldeanos. Los bombardeos no consiguen intimidar a la población sino acrecentar la hostilidad de los propietarios al carlismo, (pues este ha destruido sus bienes), y descontentar a los carlistas de Bilbao, sometidos a los mismos sufrimientos que los demás. Echevarría pondera el comportamiento de los bomberos. (pese a que muchos de ellos sean carlistas), así como de todas las clases de la sociedad, con una excepción, no obstante, la del clero de Bilbao.[12]

En fin, aunque la situación de la ciudad sea cada vez más penosa, se publica regularmente un

---

[9] D.I. 21-25 de febrero.
[10] D.A. 21 y 24 de febrero.
[11] Manuel María de Gortázar: **Correspondencia in Diarios del sitio de Bilbao**. **Op. Cit.** pp. 105-1116
[12] Echevarría: **Bilbao ante el bloqueo**. Ibid, pp. 181-208:

«Hay una serie de curas, aldeanos y mujeres que los domingos vienen desde los pueblos muy lejanos de la provincia para presenciar el bárbaro e inhumano bombardeo de Bilbao»

En cuanto a los curas de la ciudad, niegan «...la administración del viatico a los enfermos». Ibid, 123-124 y 134, respectivamente.

periódico relativamente extremista y radical, **La Guerra**. En su número del 22 de febrero, reproduce el titulo de un folleto redactado por Manterola antes del conflicto; **Don Carlos o el petróleo.**

259

La Guerra recuerda el significado de ese escrito del canónigo; si Don Carlos no llega a ser Rey, España no tardará en conocer los excesos y tropelías de la Comuna de París. Manterola ha querido decir —comenta irónicamente el periódico bilbaíno— que si los Españoles no aceptan a Don Carlos, toda civilización será destruida. Otros artículos adoptan un tono épico y lanzan imprecaciones contra el Pretendiente y el clero. Este, especialmente los jesuitas, son, según el periódico, los responsables de la guerra a causa de la influencia que la Iglesia ejerce en las masas populares a través de las mujeres. Pero, afortunadamente, las mujeres de Bilbao se hacen una alta idea de la Religión y no se dejan influir por curas insensatos; al contrario, participan en la defensa de la ciudad, concluye el periódico.[13]

Así, pese a la diversidad de tendencias y a las diferencias de apreciación, todos los diarios coinciden en algunos puntos esenciales y sobre todo en la reprobación unánime que el carlismo suscita en Bilbao. Los legitimistas han contado al parecer con oposiciones internas, cierta incapacidad técnica de la ciudad para resistir al asalto, y hasta con el efecto de intimidación. Pero se han equivocado lamentablemente

Mes de Marzo

Las dificultades de Bilbao aumentan en el mismo instante en que choques de gran amplitud se producen en la zona de Somorrostro.

Lo que los legitimistas consideran como una derrota de Moriones y el relativo éxito de sus secuaces en Cataluña y en el Centro les infunden confianza, pese a los problemas que plantea la tenaz

A): Somorrostro.-

resistencia de Bilbao. No han renunciado a su proyecto de llevar la guerra a otras regiones, pero, como saben que el enemigo quiere romper el cerco de Bilbao, concentran todo su esfuerzo militar en Somorrostro para obligar a la ciudad a capitular. La superioridad de la Artillería liberal obliga a los rebeldes a concebir un nuevo sistema de defensa y a construir una red de trincheras.[14]

El Gobierno, por su parte, ha tenido en cuenta las exigencias formuladas por Moriones antes de su dimisión y pone a disposición del Ejército del Norte aun más medios que los solicitados por el general. El nuevo jefe del Ejecutivo, el general Serrano, dotado de plenos poderes, toma personalmente el mando de ese ejército. Le secundan el general López Domínguez, vencedor

---

[13] Hemos podido consultar algunos ejemplares de **La Guerra** en el Archivo de la Diputación de Vizcaya y en la Biblioteca de la «Sociedad Bilbaina». Algunos artículos de ese periódico son reproducidos por Echevarría; como su obra es asequible. damos, cuando es posible, las referencias de **Bilbao ante el bloqueo**.

A propósito del clero. La Guerra escribe.

« El jesuita. con la suavidad de la sirena y la malicia de la serpiente, robo al esposo la conciencia de su esposa y aparto a las hijas del camino de su padre...» Echevarría: **Op. Cit.** p. 3

[14] Hernando estima los efectivos liberales en el doble de los de los carlistas. Treinta mil hombres y 55 piezas de artillería el 15 de marzo. Hernando: **Op. Cit.** pp. 150-154

de los cantonales de Cartagena, y el almirante Topete, jefe de la Armada. Se envían dos cuerpos de ejército al teatro de operaciones, llegan a Somorrostro los mejores jefes militares, se reorganizan las unidades y se las dota del número suficiente de oficiales. La llegada de los 27/30.000 hombres de Serrano se produce con lentitud, lo que permite a los carlistas atrincherarse sin precipitación.[15]

La gran batalla empieza el 25 de marzo. Al amanecer, los liberales atacan la izquierda carlista en el pueblo de Cortes. Si los soldados del primer batallón de Guipúzcoa, compuesto en gran parte de antiguos guerrilleros de Santa Cruz poco acostumbrados al tipo de guerra que se les impone, abandonan Portillo al enemigo, los demás batallones se defienden vigorosamente y contienen la ofensiva liberal. Al día siguiente, los gubernamentales lanzan un doble ataque, de frente y por la izquierda, en dirección de San Pedro Abanto. «Mas de diez mil fusiles y treinta cañones disparan por minute», se lee en todos los relatos de esa batalla.[16] A pesar de todo. los liberales han de retirarse y encargan a la Artillería y a la Marina el bombardeo de las posiciones enemigas. Durante la noche, los legitimistas reparan sus fortificaciones; las tropas de Álava y de Navarra, que han tenido muchas bajas, rechazan el relevo. El 27, la artillería gubernamental bombardea intensamente San Pedro Abanto, atacado inmediatamente después. Los liberales son rechazados y los generales Loma y Primo de Rivera caen heridos.

Se reanudan los combates el día 28, pero la niebla dificulta los movimientos y, cuando se disipa, las armas permanecen silenciosas.

261

Las Diputaciones vascas distribuyen raciones a las tropas de sus provincias respectivas, lo que impone a los Castellanos, lejos de su tierra, privaciones discriminadoras; los gubernamentales reciben sus suministros de Santander. En fin, el día 29, los liberales relevan a sus batallones y entierran a los muertos, mientras que el adversario, carente de artillería, no está en condiciones de obstaculizar aquellas actividades. Por la tarde, los cañones liberales disparan algunos tiros hiriendo incidentalmente a dos jefes carlistas prestigiosos: Ollo y Rada. Al día siguiente, con sorpresa de los observadores, los soldados de ambos ejércitos fraternizan so pretexto de enterrar a sus muertos; el movimiento se extiende a los oficiales, pese a que el Mando legitimista prohíba terminantemente todo contacto amistoso con el adversario; una tregua espontanea se impone de ese modo[17]

B): Bilbao.-

Mientras que los dos ejércitos se enfrentan en Somorrostro, las preocupaciones de los bilbaínos se centran en tres problemas: la protección y defensa de la ciudad ante el ataque enemigo (servicio de vigilancia, lucha contra los incendios, transporte de los escombros) el mantenimiento del espíritu de resistencia y el problema cada vez más delicado de los suministros.

Los diversos diarios consagran mucho espacio a los ataques. El arma de Ingenieros, ayudada por un batallón auxiliar de zapadores voluntarios, refuerza las defensas, apaga los incendios,

---

[15] El Estado Mayor confirma la importancia de los medios puestos en juego por el Gobierno. Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** pp. 326-332. J. Campos, por su parte, atribuye al ejército gubernamental, el 15 de marzo, 27.000 hombres (entre ellos 4.000 de caballería, y 60 piezas).
Dorregaray sólo tendría, entre Algorta y Archanda. 8.000 a 10.000 combatientes. J. Campos: **Op. Cit.** p. 163.
[16] Hernando, que da cuenta de esa Jornada en un tono epico, subraya esa frase, reproducida luego por Pirala.
[17] Respecto al balance de los combates. Hernando: **Op. Cit.** pp. 154-164. **passim**, y Pirala: **Op. Cit.** Vol. V. pp. 221-235. Este último historiador describe el sitio de Bilbao de manera minuciosa: **Op. Cit.** V. pp. 263-279.

borra las huellas dejadas por las bombas.[18] Los testigos civiles insisten en la creciente crueldad de los sitiadores que no vacilan en hacer blanco de sus proyectiles los mismos hospitales y hasta las panaderías, con vistas a reducirlos por medio del hambre. Tasan los destrozos materiales causados por las bombas y consideran que cada proyectil enemigo destruye el equivalente de 10.000 reales. Bilbao sigue siendo un espectáculo para los campesinos vizcaínos que se desplazan hasta Archanda para contemplar el estado de la ciudad. Los sitiados observan también los movimientos del enemigo y difunden todo tipo de rumores referentes a los combates de Somorrostro. Atribuyen a Serrano una gran determinación; al parecer, este ha amenazado con destruir todos los pueblos de Vizcaya si no se suspende el bombardeo de Bilbao. Muchos simpatizantes carlistas han abandonado a Durango por miedo a que el enemigo se apodere de la ciudad. Dorregaray considera que el mantenimiento del cerco de Bilbao es ya inútil. Pero, al mismo tiempo, esos rumores son desmentidos por otros más inquietantes. Valdespina y otros responsables carlistas, irritados por la defensa de Bilbao, han decidido destruirla completamente

262

A partir del 25 de marzo, los cronistas conceden más importancia a los combates de Somorrostro que a su propia situación. Como reciben el periódico del enemigo, **El Cuartel Real**, intentan conocer la verdad de la situación a través de la imagen deformada y propagandística que suministra el órgano legitimista.[19]

El valor de los bilbaínos se ve sometido a dura prueba pues los rebeldes se muestran despiadados. Han ocupado los alrededores de la ciudad e incendiado las casas de campo de gente acomodada de Bilbao; las destruiciones provocadas por sus proyectiles alcanzan a bienes de notables legitimistas; las propuestas de algunos cónsules extranjeros, con objeto de facilitar la evacuación de una parte de la población, han sido rechazadas. Los carlistas que han quedado en Bilbao, aprovechándose de la atmosfera de tolerancia que reina en la ciudad, llegan incluso a mostrarse insolentes. Un sobrino de un jefe rebelde, el famoso Caballuco, ha sido detenido en el preciso momento en que se disponía a pasar al campo enemigo. Ha habido muertos y heridos, entre ellos el jurista Manuel Urrutia Beltrán, miembro de la milicia nacional. Gortázar cuenta que un dirigente de la Diputación se ha muerte de miedo y que de los cinco miembros de esa corporación sólo quedan tres.[20] A veces los defensores conocen discordias internas. Un día, una patrulla carlista consigue penetrar en la ciudad y apoderarse de un deposito de pólvora; ocupa también la casa Delmas, posición avanzada. Esos hechos dan lugar a un initio de motín. Algunos republicanos, entre los que figura el dirigente conocido Eusebio García, piensan que las fuerzas liberales que defendían la posición ocupada por el enemigo hubieran podido resistir más tiempo y acusan al comandante de armas de no haber socorrido aquella posición. Los republicanos organizan una manifestación reclamando la destitución del general Castillo y el nombramiento en su lugar de R. Salazar, pero su petición no encuentra ningún apoyo.[21]

---

[18] D.E.M., 8 de marzo; D.I., 7 y 18 de marzo.

[19] El relato más detallado es el de Echevarría. Gortázar, por el contrario, sólo evoca los grandes acontecimientos y silencia las jornadas más anodinas. Así, en marzo, sólo habla de los días 4, 7, 10, 13, 18, 19, 20, 22 y 24.

El periódico radical La Guerra estigmatiza con frecuencia la cobardía (sic) del adversario y pondera el valor de los bilbaínos. En su número del 4 de marzo, publica un artículo de aspecto épico titulado **La reinvicta**, en el que se puede leer:

> «En verdad que Bilbao... en 1874, se presenta tan altivo y tan heroico como en 1836. Destruidas las fortunas, derrumbadas multitud de casas... El mérito y la virtud consiste en afrontar con resignación los peligros... El moderado y el unionista. el radical y el republicano están todos en la brecha... El Ejército y el pueblo están unidos...»

En el número del 12 de marzo alaba la valentía de las mujeres:

> «Hoy nos toca enaltecer el valor cívico del sexo débil de esta Villa que... sobrelleva con resignación espartana toda clase de penalidades.... su presencia continua alentando a los valientes defensores de la libertad».

[20] Gortázar explica el 30 de marzo que Justo Arechavaleta, Síndico, ha muerto de miedo y que al frente de la Diputación, sólo quedan dos diputados y el secretario.

[21] D.E., 25 y 27 de marzo; D.I., 26 y 28 de marzo.

263

Pese a todas esas dificultades, los habitantes de Bilbao no se desaniman. Cierto que la cuarta parte de su población ha emigrado antes de que se inicie el sitio.[22] El optimismo es de rigor; procede de la convicción que el ejército liberal dispone de una gran superioridad. En todo caso, la gente manifiesta buen humor y la situación impuesta por la guerra acerca a las diversas categorías sociales y desarrolla la solidaridad. El periódico La Guerra se encarga de mantener ese clima, aunque a veces lance una mirada entristecida sobre una ciudad antaño prdspera. Los forales hostigan sin cesar a las baterías enemigas y las unidades de voluntarios asumen un papel cada vez más importantes. Cada miliciano hace cada dos días una Jornada de vigilancia y guardia; los obreros que trabajaban en las fortificaciones han sido sustituidos por zapadores auxiliares; los notables que forman parte de la Junta de Defensa asumen tareas cada vez más absorbentes. Echevarría pondera el comportamiento de todas las categorías, con excepción, una vez mas, del clero. Cuenta que los curas se niegan a dar la comunión a los moribundos, ejerciendo así una odiosa presión sobre los defensores de la ciudad.[23]

El problema más difícil es el de los suministros. A principios del sitio, las autoridades han hecho un recuento de los víveres; estos debían permitir la subsistencia durante varias semanas. Por fortuna, todo no fue declarado y los ciudadanos podrán contar con recursos ocultos. Desde el 5 de marzo, algunos artículos alcanzan precios elevadísimos. Con ello, el dinero introduce la discriminación. Gortázar escribe el 15 de marzo que su familia tiene provisiones para veinte días y que ha podido comprar corderos a precios astronómicos. Comprueba, no obstante, que escasea la carne, que el ha comido caballo como todo el mundo y que el pan es de mala calidad.[24] Un estadillo del 18 de marzo subraya la carencia de toda clase de artículos alimenticios. A finales de mes, el comandante general requisa toda la harina disponible y se raciona el pan.

Los bilbaínos soportan con elegancia y dignidad todas esas privaciones.[25]

263

Las negociaciones de paz

Los sufrimientos de los bilbaínos son, pese a todo, mucho menos insoportables que los de los combatientes de Somorrostro. Los enfrentamientos de marzo han sido terriblemente mortíferos. En tres días, los carlistas han tenido 2.000 bajas, y, el enemigo, el doble: un general de la guardia civil, dos generales de brigada, cuatro coroneles y todos los comandantes de los dos cuerpos de ejército están fuera de combate. El 27 de marzo, el regimiento de Saboya pierde 26 oficiales y 300 soldados; de los 800 hombres de un batallón de Infantería de Marina, sólo quedan 150; de los 52 miqueletes de Guipúzcoa, sólo hay 15 supervivientes. Por otro lado, entre el 25 de febrero y d 18 de marzo, el ejército gubernamental ha perdido, a causa de la viruela, el tifus y otras enfermedades infecciosas, tantos hombres como en los combates. El costo en vidas humanas hace de la guerra carlista

---

[22] **El Cuartel Real** pretende que los bombardeos intimidan a los bilbaínos y que todos los días mujeres y niños salen de Bilbao. **La Guerra** desmiente esa información. Véase Echevarría: **Op. Cit.** pp. 268-270. Este autor indica que la cuarta parte aproximadamente de los habitantes de Bilbao se han ido al principio del asedio y que la ciudad sitiada alberga a 18.000 personas.
[23] Echavarría hace alusión al artículo de **La Guerra**. Considera como responsable de la situación en que se halla Bilbao a la Vizcaya rural. Véase Echavarría, relatos del 16 y del 31 de marzo. J. Campos: **Op. Cit.** p. 136.
[24] Gortázar: relatos del 22 y 27 de marzo; D.E.M., 21 de marzo.
[25] Echevarría, 22 y 27 de marzo; D.E.M. 28 de marzo.

un preludio de la primera guerra mundial.[26] Esas pérdidas explican sin duda el impulso de fraternidad que sucede a los combates.[27]

La reconciliación «por abajo» coincide con los cálculos políticos de algunos responsables, dispuestos a negociar.

Según Hernando, hay militares liberales que, desde el 31 de marzo, buscan el contacto «en la cumbre» con el adversario. La prensa liberal de Madrid, por su parte, censura a Serrano, considerado por ella como el alentador de esa actitud. Y, en efecto, el coronel republicano Costa, antiguo carlista, próximo al general en jefe, ha propuesto, «para combatir la demagogia», que Serrano sea proclamado emperador por ambos ejércitos, reconciliados. No obstante, ese proyecto tropieza con la adhesión «alfonsina» de muchos oficiales liberales. Por temor a un golpe de estado favorable a Alfonso XII, el Gobierno ha enviado, al parecer, a cada una de las unidades militares de Somorrostro, «comisarios» encargados de vigilar a los oficiales conjurados.[28] Pero estos también están dispuestos a firmar la paz con los carlistas.

Así, el empeño en llegar a la negociación se manifiesta con mucha fuerza en las filas gubernamentales. También algunos oficiales carlistas se dejan atraer por esa solución. El Fidel Elio teme los contactos entre beligerantes de ambos bandos. En una carta del 1º de abril, autoriza la suspensión de hostilidades, ya realizada en la práctica, y tolera conversaciones a distancia con el enemigo, pero prohíbe todo contacto directo.

265

En otra carta del 10 de abril, da permiso con muchas reservas al coronel legitimista Lasa para que se entreviste con su compañero liberal Manuel Andía, así pues, se dan algunos contactos y entrevistas. La correspondencia intercambiada entre los coroneles Ferrón y Saavedra, carlista, y Luis Cappa, liberal, no da ningún resultado, pero pone de manifiesto el estado de animo de muchos oficiales de ambos ejércitos. Los dos coroneles quieren hallar una base de entendimiento en la constitución de un gobierno moderado. El militar legitimista pretende que Don Carlos podría presidir un equipo gubernamental aceptable para todos los militares, entre los cuales Don Alfonso no es, según dice, demasiado popular. El coronel liberal, por su parte, trata de demostrar que D. Alfonso es precisamente «el justo medio entre la República y el Absolutismo» y que, por ello, está en condiciones de dar satisfacción a todo el Ejército.

El Ministro de Gobernación recibe el 5 de abril una carta anónima en la que se afirma que muchos oficiales gubernamentales se disponen a pronunciarse por Don Alfonso y que algunos dirigentes carlistas, como Velasco y Larramendi, están dispuestos a someterse al nuevo Rey.

Serrano ha alentado las negociaciones y sólo cuando estas fracasan justifica los contactos con el adversario diciendo que la única finalidad consistía en asistir a los heridos; no obstante, cree oportuno añadir que nada opone a los oficiales de carrera de ambos bandos.[29]

Las tentativas de negociación no dan resultado pero, como puede observarse, los militares han encontrado ya una salida política a la guerra. De inmediato, sin embargo, prosiguen la lucha.

---

[26] Hernando: **Op. Cit.** pp. 160-164. J. Campos establece su balance según información dada por la prensa liberal (**Op. Cit.** pp. 190-191)
[27] J. Campos: **Op. Cit.** pp. 202.
[28] Hernando: **Op. Cit.** pp. 164-167
[29] R.A.H. Legajo 6880. Se trata de una carta manuscrita de Hernando.

El mes de abril

La situación de los gubernamentales no permite pronosticar un fin rápido de la guerra. Los combatientes se ven sometidos a duras pruebas, tanto a causa de los combates como de la intemperie, la enfermedad y las dificultades de los suministros. No sorprende que haya desertores, incluso oficiales.[30]

266

Los rebeldes pueden estar satisfechos de la resistencia que han sido capaces de oponer a todo un ejército nacional, pero esa capacidad contrasta con su impotencia ante la determinación de los bilbaínos. En un Consejo de Guerra del 12 de abril, presidido por Don Carlos, la mayor parte de los responsables militares consideran que debiera abandonarse el asedio, pero se sigue la opinión minoritaria de Elio y Andéchaga.[31] Esa decisión topa pronto con dificultades financieras. La guerra cuesta demasiado cara con relación a los recursos de sólo cuatro provincias.

EI 18 de abril, las autoridades forales carlistas de Vizcaya recuerdan que su provincia ha suministrado ya, desde el comienzo de la batalla, 35.000 raciones diarias y que sus recursos se hallan agotados. Proponen que cada provincia vasca se haga cargo enteramente del sostenimiento de sus respectivas tropas. El día 25, una gestión llevada a cabo conjuntamente por las cuatro Diputaciones tiene por objeto solicitar la creación de una Comisión que controle los gastos, con el fin de reducirlos, pues las cargas son excesivas. En realidad no se trata únicamente de despilfarros o mala administración; simplemente, los gastos de guerra han aumentado repentinamente en proporciones considerables.

Por otro lado, los carlistas tienen tendencia por primera vez a sustraerse a sus obligaciones. Elio se queja a la Diputación de Vizcaya del número excesivo de permisos concedidos a los combatientes, lo que reduce considerablemente los efectivos reales de los batallones.[32] Las deserciones empiezan a ser frecuentes y los rebeldes desean la paz tanto como los soldados gubernamentales. [33] Esos primeros síntomas de desfallecimiento pueden ser muy perjudiciales para los carlistas, pues los gubernamentales están en condiciones de mantener una guerra larga, teniendo en cuenta que disponen de medios muy superiores. En efecto, el 30 de marzo, el Banco nacional ha concedido al Gobierno un crédito de 30 millones, mientras que los rebeldes sólo consiguen reunir un millón de reales. Madrid envía, además, un nuevo contingente de 15.000 hombres, mandados por el general Concha, que tiene la reputación de ser competente. Se crea así un cuerpo de ejército suplementario y se reorganiza completamente el ejército de socorro, compuesto de 33.000 hombres.[34] Sólo la toma de Bilbao permitiría a los insurrectos atenuar el alcance de una derrota que parece inevitable.

267

A): Bilbao.-

Después de tres meses de sitio, la situación de Bilbao es naturalmente cada vez más critica.

---

[30] Entre otros, el ex ministro de la Marina republicana Aurich, el coronel de la Guardia Civil Chacón, un comandante de artillería y otro de infantería. J. Campos: **Op. Cit.** pp. 210-212. Sobre el estado de desamparo de los soldados gubernamentales. Ibid. p. 224.

[31] Todos los historiadores. lo mismo liberales que carlistas, dan cuenta de la obstinación de Andéchaga y de Elio.

[32] R.A.H: Legajo 6880.

[33] A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1874. Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** IV. pp. 423-424

[34] **Ibid,** pp. 417-425 y J. Campos: **Op. Cit.** p. 196

Los bombardeos siguen provocando destrucciones y, cuando cesan, la intemperie, la lluvia y las inundaciones los sustituyen en su trabajo devastador. El 17 de abril, los bilbaínos hacen el recuento de las casas derrumbadas, pero no se amilanan. Algunos piensan incluso que esas destrucciones permitirán la modernización de la ciudad. Censan también a los muertos y observan que, en definitiva, la suma total no rebasa la mortalidad habitual de un año.[35]

También han de soportar la actividad de la «quinta columna», las injurias de los asaltantes y sobre todo las múltiples tentativas de intimidación. **El Cuartel Real** no deja de difundir su propaganda engañosa; La Guerra consigue a veces desenmascararla y se esfuerza en todo momento por dar ánimos a los sitiados. Los legitimistas recurren también a los intentos de seducción. Responden positivamente a la petición, muchas veces formulada, de los cónsusles de Inglaterra y Francia, con el fin de que los súbditos de estos dos países puedan abandonar Bilbao. No es una medida humanitaria —explica Echevarría—, se trata simplemente de poner en presencia de la opinión publica nacional e internacional testigos directos de la situación lamentable e insostenible de Bilbao. Valdespina explica a los cónsules extranjeros toda la importancia diplomática que la ciudad tiene para los rebeldes y que estos están dispuestos a aceptar una capitulación honrosa y ventajosa para los bilbaínos.[36] Pero los sitiados rechazan sin vacilar la oferta del general carlista.

Sin embargo, la penuria alimenticia platea problemas insolubles. El 1º de abril, una patrulla del Alba de Tormes, tras una salida audaz, trae 85 fanegas de trigo; el comandante de la plaza autoriza el sacrificio de algunos caballos del ejército para suministrar carne a los enfermos.

268

Los forales, por su parte, han hecho una incursión hacia Abaitua y traen trigo y maíz.[37] Las autoridades establecen medidas rigurosas, de control de precios, de distribución y de composición de los artículos de primera necesidad que, sin embargo, no consiguen acabar con la especulación.[38] Echevarría declara que la penuria afecta sobre todo a las familias humildes, tanto más cuanto que la paralización de la actividad productiva reduce al paro a muchísima gente. Otros no perciben sus salarios y los militares no están en condiciones de pagar regularmente a la tropa. Gortázar, por su parte, describe las privaciones de la gente acomodada. El 21 de abril declara que la falta de dinero es aun más inquietante que la escasez de alimentos. El dinero añade, ha ido a parar a manos de comerciantes especuladores, de forma que la clase media es la que más sufre.[39]

Otros historiadores dan cuenta pormenorizada de la alucinante subida de precios.[40]

---

[35] Gortázar, 14 de abril. Según este autor, 60 personas han sido victimas de proyectiles enemigos (de fusil) y 27 han sido matadas por las bombas.

[36] D.E.M. 27 de abril. Se trata de una información muy importante en la que concuerdan todos los testigos. Con respecto a la propaganda legitimista. **El Cuartel Real** declara:

> «Hace algunos días nuestros soldados lograron sacar de dentro de Bilbao un coche con dos soberbios caballos y hasta el cochero que los guiaba...»,

a lo que responde La **Guerra:**

> «Los periódicos y los corresponsales carlistas dejan atrás a los andaluces en eso de abultar los hechos y dar gato por liebre, como vulgarmente se dice. Echevarría: **Op. Cit.** p. 304.

[37] D.E.M.. 1º de abril; Gortázar, 7 de abril.

[38] El 14 de abril el Comandante militar fija los precios de manera autoritaria. **Diarios.** pp. 330-332.
Los voluntarios de la milicia tienen derecho, a partir del 11 de abril, al rancho del soldado. para poder alimentar a sus familias. Gortázar considera que se trata de una solución ventajosa, pero Echavarría ve en ello una medida deshonrosa para gente que generalmente son artesanos bien pagados en tiempos de paz. Echavarría, 11 de abril.

[39] Gortázar. 21 de abril

[40] «Precio de los artículos durante los últimos días del sitio

Artículos	**Precio ordinario**	**Precio excepcional**
Dos polios	16 reales	16 duros
1 cabra de **25** libras	40 reales	25 duros
1 libra de lomo	75 cms.	40 reales

Pese a todas las dificultades, los bilbaínos se interesan aun más por lo que ocurre fuera de la ciudad que por sus propios problemas. Intentan con éxito cruzar las líneas enemigas para obtener noticias. Estas dan cuenta del estado incierto de la situación. Echevarría comenta esa información en el sentido más favorable y se muestra optimista.[41] Gortázar. por el contrario, llega a desanimarse. Evocando las propuestas de Valdespina, se pregunta si no hubiera sido mejor aceptar las condiciones de capitulación propuestas por el jefe rebelde.[42] No obstante, las cuerdas observaciones de Gortázar no tienen consecuencia pues unos días después el Ejército libera a Bilbao.

B): La última batalla de Somorrostro y la liberación de Bilbao.-

Durante gran parte del mes de abril, los combates han sido esporádicos pues los gubernamentales preparan una gran batalla. La tormenta del 11 y del 12 de abril ha impuesto nuevos sacrificios a los combatientes y les ha ofrecido una nueva ocasión de fraternizar. Si los liberales reciben nuevos refuerzos, los legitimistas han de contentarse con sólo cinco batallones más procedentes de Asturias.

269

Como Elio piensa que el ejército de Concha atacara la izquierda. carlista, prolonga la línea de defensa hasta Carranza. Los rebeldes mantienen pues una línea defensiva que se extiende desde el mar hasta Santa Cruz de Arcentales, pasando por Galdames y Las Muñecas.

Los gubernamentales emprenden la batalla el 27 de abril en Otañes. La resistencia de los carlistas es tenaz y durante tres días las tropas nacionales atacan sin éxito, de forma que se tiene la impresión que esta batalla acabará como las anteriores. Pero, en ese preciso momento se deja ver el genio militar de Concha. El 30 de abril, los gubernamentales emprenden una serie de movimientos que el Mando carlista interpreta con dificultad; una constante se desprende, no obstante, pues San Pedro Abanto es bombardeada sin cesar por la Artillería de Concha. Sólo por la tarde, una columna liberal avanza resueltamente hacia el oeste de Giiefies; al atardecer, se puede comprender el plan audaz del general liberal.

1 chorizo	1 real	9 reales
1 libra de carne de vaca	75 cms.	48 reales
Corderos	20 reales	140 reales

Artículos	**Precio ordinario**	**Precio excepcional**
1 jamón	40 ó 50 reales	35 duros
1 libra de patatas	5 ó 10 cms.	8 reales
1 huevo	2 cms.	6 reales

[41] Echavarría insiste en la llegada de Concha con 20.000 soldados; cuenta que el diputado Careaga se encuentra al lado del general, que los estudiantes vascos de la Universidad de Madrid han solicitado trabajar como enfermeros y que oficiales extranjeros han venido al campo liberal para observar la guerra de cerca. Según el mismo autor, los labriegos vizcaínos empiezan a estar descontentos de los carlistas; la Diputación rebelde habría entrado en conflicto con el Cuartel Real. Citando a íntimos de D. Carlos, Echavarría hace referencia a sus títulos y muestra su desprecio a lo que el llama aristócratas parásitos. También cuenta que Caballuceo, temible cabecilla rebelde, ha dado una fiesta con prostitutas. Cree en la victoria de los gubernamentales y afirma que los bilbaínos pueden contar con la solidaridad internacional.

Echavarría, relatos del 15, 16, 17, 18, 20, y 22 de abril.

Echavarría y el periódico **La Guerra** se refieren con frecuencia a Caballuco, personaje brutal a quien Galdós ha inmortalizado en **Doña Perfecta**.

[42] Algunos sectores de la sociedad de Bilbao empiezan a hastiarse del prolongado sitio. Gortázar se hace eco a veces de esa corriente pesimista. Da cuenta de la invitación de Valdespina de rendición y de las amenazas que este profiere. Gortázar acepta con resignación las posibles represalias pues según dice los bilbaínos siguen dispuestos a resistir. Deplora que el ejército gubernamental, con todos los recursos de una nación, sea incapaz de vencer a 20.000 «sacristanes». Explica irónicamente que el Ejército es como el Mesías, se sabe que va a venir, pero se ignora cuando y como. A finales de ese mes, Gortázar cree que sería oportuno examinar atentamente las propuestas de rendición de Valdespina. Gortázar, relatos del 10, 13 y 28 de abril.

Pretende nada menos que cercar al ejército carlista entre el mar y la ría, atacando de noche las temibles posiciones enemigas de los montes de Galdames. El 4º batallón carlista de Castilla se defiende heroicamente, pero los liberales se apoderan de Galdames. Dorregaray ha de replegarse de la línea de San Pedro a la de Castrejana, en la ría de Bilbao. El viejo general Elio piensa que podrán resistir en esta última posición pues recuerda la primera guerra. Pero los progresos de la Artillería han modificado las condiciones de la guerra y han reducido el valor defensivo de la línea de Castrejana. Elio se halla desorientado, su viejo camarada Andéchaga ha caído en los combates del día 28 y la mayor parte de los generales carlistas deciden levantar el asedio. Dorregaray ordena la retirada en la noche del 1º de mayo; el ejército carlista Mega a Zornoza al amanecer del día 2, cuando el ejército liberal se dispone a entrar triunfalmente en Bilbao. Concha no persigue a los carlistas que se retiran y estos van a conservar en Vizcaya toda la margen derecha del Nervión.[43]

La última batalla ha puesto de relieve la impotencia de los carlistas frente a la formidable avalancha del ejército de Concha, pero este ha pagado un alto precio, pues el número de bajas gubernamentales es cuatro veces mayor que en marzo.[44]

270 En Bilbao, se han vivido hora a hora los últimos acontecimientos. Los cronistas militares notan que los asaltantes, tras un último bombardeo intenso de Bilbao, levantan el cerco el 1° de mayo. El enemigo —dicen— huye incendiando caseríos, mientras que otras casas son saqueadas e incendiadas por aldeanos y hasta por malhechores de Bilbao. El 2 de mayo, entran aldeanos en la ciudad con víveres; vienen de Olaveaga y Portugalete y confirman que los carlistas han abandonado el frente. La caballería liberal persigue a los ladrones de Bilbao y, por fin, el ejército de socorro llega a la ciudad.

Echevarría subraya que los carlistas han lanzado casi 300 proyectiles el día de su retirada. Describe con detenimiento la recepción que Bilbao hace a los libertadores y la misa de campaña del 3 de mayo a la que asisten en masa los combatientes y la población.[45]

Gortázar cuenta más o menos los mismos hechos, pero sus comentarios son menos jocosos que los de Echevarría. Se complace en subrayar la retirada carlista:

> «...hubo allí un sálvese quien pueda general, echando a correr Valdespina con su Estado Mayor... a mi sólo la emigración de los aldeanos me alegraba...»

Esa referencia sociológica descubre probablemente el miedo de Gortázar al carlismo popular, al que Echevarría no es sensible de ningún modo. Este, cuyo testimonio es con frecuencia prolijo. pasa por alto, sin embargo, un hecho ya señalado por los testigos militares y en el que Gortázar insiste mucho. Se trata de los saqueos y robos a los que se entregan algunos habitantes de Bilbao.

> «...las mujeres y chusma de Bilbao la vieja primero, y de Bilbao después, acompañada de muchos soldados y auxiliares se han entregado al merodeo... Del merodeo se ha pasado al pillaje... y del pillaje al incendio».[46]

Gortázar se lamenta de esas fechorías del «populacho» y deplora que los 17.000 soldados de Concha se alojen en Bilbao, que dispone de poco espacio y escasos víveres. Un comerciante declara a otro testigo que los soldados del ejército de socorro se entregan al saqueo y al robo

---

[43] Pirala. **Op. Cit.** V. pp. 336 y J. Campos. **Op. Cit. Op. Cit.** p. 256.
[44] Los republicanos han tenido entre 14.000 y 16.000 bajas según J. Campos (**Op. Cit.** p. 265).
[45] D.E.M., 30 de abril, 1 y 2 de mayo; D.I. I y 2 de mayo: Echavarría, I, 2 y 3 de mayo.
[46] Las dos citas son de Gortázar (relatos del I y 2 de mayo respectivamente). Da a entender dicho autor que los carlistas son groseros, primitivos, ordinarios; gente del pueblo a quien el desprecia.

y que ya es hora que el Mando ponga fin a esa situación.[47]

271 Una vez conjurado el peligro carlista, la hermosa unión de los habitantes de la ciudad se ve comprometida y resurgen los intereses categoriales y de clase. Lo que no ha impedido que durante el sitio los bilbaínos hayan vencido sus divergencias internas para hacer frente unánimemente a los carlistas.

Balances y consecuencias

Los cronistas militares han consignado todas las salidas realizadas por la guarnición de Bilbao durante el asedio, los proyectiles que han caído en la ciudad, las municiones que esta ha gastado, las comunicaciones que se han establecido con el exterior y el balance global de muertos y heridos. En total, 58 muertos, de los cuales 38 civiles, y 308 heridos, de ellos 180 civiles.[48]

Echevarría establece un balance que no difiere demasiado del anterior, pero suministra además la identidad de las personalidades civiles y militares que han asumido la dirección de la defensa, así como la de todos los miembros de las tropas forales y de las unidades de voluntarios. Indica también que ha habido entre las victimas cinco milicianos.[49] Se puede pues considerar que las bajas, en Bilbao, han sido relativamente ligeras.

De cualquier modo, Bilbao ha estado a la altera de las circunstancias y ha sabido aceptar el desafío de la Vizcaya rural. La unión y la determinación de sus habitantes han prevalecido

---

[47] Véase J. Campos: **Op. Cit.** pp. 266-270.

[48] **Balance establecido por el redactor del Diario manuscrito del E.M.**

«EI primer período del sitio puede considerarse de 25 días o sea hasta el 22 de enero en que tuvo lugar la rendición de la plaza de Portugalete o bien de 40 considerándolo hasta el 6 de febrero en que quedo establecida por el enemigo la primera pasarela. EI bombardeo de la plaza empezó el 21 de febrero y siguió con intervalos hasta el I de mayo siendo en dicho período 39 los días en que hubo fuego en las 24 horas. Durante el sitio la guarnición ha tenido las bajas siguientes: 11 muertos y 129 heridos y contusos, de los heridos han fallecido hasta hoy en el hospital 9. Las bajas de las fuerzas ciudadanas ascienden a 2 muertos y 28 heridos y contusos falleciendo después 3 de los segundos. Bomberos: I herido y 2 contusos. En el vecindario ha habido 38 muertos y un número considerable de heridos y contusos que no es posible precisar pero que se calcula en unos 180.

Durante el sitio se han verificado tres salidas: la primera el 30 de diciembre al Alto de Banderas frente a Zornoza por dos columnas combinadas para reconocer y si era posible romper las cadenas y cables que interceptaban la navegación de la ría; la segunda el 2 de enero por las compañías de voluntarios emigrados y contraguerrilla de Vizcaya a los alrededores en la orilla izquierda de la ría con objeto de recoger y traer a la plaza ganado vacuno, y, la tercera, el I,° de abril a la fabrica de harinas del Montón para apoderarse de una cantidad de trigo y traerlo a la plaza. El enemigo ha puesto en fuego contra el recinto y fuentes 4 baterías de morteros artilladas, según cálculos, con 8 morteros entre todas y 4 cañones con seis piezas lisas y una rayada. Se han arrojado sobre la plaza 5.369 bombas, 1.307 balas, 107 granadas y dos disparos de metralla... calculando aproximadamente en 1.400.000 metros cuadrados el área de la población de Bilbao resulta una bomba por cada 260 metros cuadrados... Se calculan en 8 las casas completamente destrozadas, todas las demás de la población han sufrido más o menos. Los principales edificios militares han recibido el siguiente número de bombas: Hospital Militar: 35, Id. de la Calle del Victor: 7, Cuartel de San Francisco: 130, Id. de Quintana: 3, Id.

De Misericordia 18

Estación del ferrocarril. cuartel de la Guardia Foral, batería de |a Casa de Cantalojas y retén de Ingenieros: 230, parque de San Nicolás: 8, Id. de San Antón: 11. El día que mayor número de bombas cayo sobre la plaza fue el 29 de abril: 237. Las horas en las que el fuego enemigo fue más violento, de las 6 a las 7 de la tarde del 28 de abril en que llegaron a caer sobre la plaza 54.

En los 125 días del sitio se han expedido por los diferentes conductos y confidentes 53 partes confidenciales y telegramas cifrados y de ellos se han remitido 78 ejemplares en razón a que muchos se mandaron por duplicado o triplicado. Se han recibido por las diferentes autoridades 10 partes confidenciales y telegramas y de ellos sólo 3 desde el 21 de febrero en que empezó el bombardeo hasta el 2 de mayo. En todo este tiempo esas son las únicas noticias oficiales que se tuvieron.»

[49] Véase el balance establecido por Echavarría in **Diarios**, pp. 381-401.

contra la obstinación de los rebeldes. Ciertos historiadores carlistas han querido subestimar los méritos de los bilbaínos atribuyendo el fracaso legitimista a la superioridad de medios de la ciudad. Explican que la artillería de Bilbao era muy superior a la de los asaltantes. Los cañones y morteros de estos eran viejos y la pólvora utilizada de mala calidad. Todas esas circunstancias —dicen— impedían a los carlistas apuntar con precisión y por eso los proyectiles iban a parar a menudo al casco urbano y no a objetivos militares. Sólo había un medio de conquistar a Bilbao: tomarla por asalto. Los navarros estaban dispuestos a hacerlo, pero Elio rechazo esa solución.[50]

272 En realidad, esa versión carlista ha sido desmentida por muchos testigos. Es verdad que los asaltantes han tenido a su disposición medios mediocres, mientras que los de la ciudad no eran despreciables y al parecer fueron utilizados de manera racional e inteligente. Pero eso no justifica el carácter cruel que los rebeldes han dado a sus ataques contra Bilbao; los edificios y la población civil han sido voluntariamente el blanco de su artillería, con el fin de intentar rendir a la ciudad por medio de la intimidación y del terror.

Por otro lado, la defensa tenaz de Bilbao no podría explicarse invocando únicamente sus medios militares. El concurso armado de muchos ciudadanos, la determinación de toda la población, su unánime reprobación del carlismo, la ayuda financiera concedida al Ejército por el Ayuntamiento, los bancos, y los burgueses de la ciudad han sido factores decisivos de la derrota de los rebeldes.[51]

Esa derrota va a afectar en alto grado a los carlistas vizcaínos. Sin embargo intentaran vencer su decepción pensando en los múltiples daños que han sido capaces de causar al adversario y en la retirada en buen orden de sus tropas. Tras el abandono de Somorrostro-Bilbao, los representantes de las nueve merindades de Vizcaya, reunidos en junta provincial, son recibidos por Don Carlos a quien ofrecen todos sus recursos y, para empezar, se comprometen a financiar la compra de cañones y de diez mil fusiles. En agosto. se va crear en Durango un gobierno carlista.[52]

Si la batalla de Vizcaya acaba con la victoria de los liberales, esa victoria ha sido costosísima y la guerra no se ha terminado. El vencedor mismo, el general Concha, en el informe que envía al Gobierno el 24 de mayo, hace hincapié en la imposibilidad de una victoria rápida. Indica que la guerra en el País Vasco es muy dificultosa, teniendo en cuenta el relieve, la dispersión del hábitat y el odio de sus habitantes al gobierno central y al Ejército. La única estrategia valida, concluye Concha, consiste en cercar al ejército rebelde en los montes vascos para reducirlo por medio del hambre. pero eso requiere muchos medios y largo tiempo.[53]

273 En efecto, las modalidades técnicas de los combates de Somorrostro exigen sacrificios considerables de toda España. Pero los sacrificios no son menores para el ejército rebelde que, como no hemos dejado de comprobar, sólo cuenta con los recursos de cuatro provincias. No sorprende pues que, ya en mayo, algunos responsables legitimistas teman la traición y el compromiso de algunos de los suyos.[54]

---

[50] Brea: Op. Cit pp. 417-423

[51] El 11 de febrero el alcalde de Bilbao escribe al Comandante militar de la plaza que la suscripción voluntaria en favor de la guarnición ha s ascendido a 476.800 reales.

A.S.V. Legajo correspondiente al primer trimestre de 1874

[52] Con respecto al abandono del asedio y a la retirada del ejército rebelde, véase Brea: **Op. Cit.** pp. 424-428.

El 16 de agosto se forma en Durango un gobierno compuesto de tres ministerios R.A.H. Legajo 6880.

[53] A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1874.

[54] R.A.H. Legajo 6876.

Conclusión

El final de la rebelión cantonal y el giro hacia la derecha que ha tornado el régimen han permitido al Gobierno acrecentar el potencial militar y el esfuerzo de guerra exigido a la nación. Debido al aplastamiento de la «izquierda» y al peligro que el carlismo hace correr al régimen, las rivalidades internas del campo liberal van a silenciarse, al tiempo que los militares llegan a ser árbitros de la situación. La mentalidad reaccionaria de Serrano y de muchos oficiales, la imposibilidad en que se encuentran de obtener una victoria rápida y decisiva y el costo elevado de la guerra incitan a algunos dirigentes a buscar un compromiso con el adversario. El empeño en Megar a la paz de muchos liberales debilita las convicciones de algunos carlistas, pero, como la solución propuesta por los gubernamentales presupone el abandono de Don Carlos, muchos legitimistas, leales al Pretendiente, prefieren proseguir la guerra. Al hacerlo, vuelven la espalda a la única solución posible para ellos. En efecto, por medio de la negociación los responsables carlistas hubieran podido obtener una respuesta satisfactoria a algunas de sus reivindicaciones. Pues, desde el punto de vista estrictamente militar, la victoria de los legitimistas es muy improbable después de la derrota sufrida en Vizcaya.

En el plano regional, tras la batalla de Somorrostro, la victoria de la ciudad de Bilbao hará difícil la preeminencia del mundo rural. Animadas por el ejemplo de «la invicta villa», otras localidades vascas resistirán con determinación ante los ataques carlistas. La hegemonía de las capas sociales de arraigo rural y la tutela del clero ya no serán aceptadas como antes. La guerra consuma el divorcio entre ciudades y campo y el resultado de los combates será favorable a las primeras. Habrá que esperar todavía dos años, pero desde la victoria de Bilbao, en 1874, la suerte está echada.

274 Se ha podido comprobar que el peligro carlista ha radicalizado en 1873 las posiciones políticas de los habitantes de Bilbao. En enero de 1874, la evolución del régimen de Madrid permite, pese a todo, que la capa privilegiada de la ciudad dirija el Ayuntamiento y asuma la responsabilidad de la defensa conjuntamente con las autoridades militares. La situación lastimosa creada por el asedio agrupa a los ciudadanos en un frente unido, más allá de las divisiones y de las tensiones sociales internas. Pero estas siguen existiendo y resurgen en cuanto la ciudad se ve liberada.

De cualquier modo, los méritos que Bilbao ha ganado aumentan el prestigio de sus dirigentes; por eso, se puede ya adivinar que la futura victoria de las ciudades vascas será también la del liberalismo más moderado.

275

Capítulo VIII. La lenta agonía del carlismo (1874-1876

Como ya hemos dicho, los carlistas, al emprender la batalla de Vizcaya, hubieran debido apoderarse de Bilbao y ser capaces de extender la guerra a otras regiones españolas. Su fracaso pone de relieve la impotencia manifiesta del ejército rebelde para superar cierto tope y, desde ese momento, van a verse reducidos a una situación meramente defensiva. La relación de fuerzas no les es favorable y sólo podría modificarla un cambio político que acrecentara su influencia en el interior y en el extranjero, pero un tal cambio es poco probable pues la evolución del régimen va en el sentido deseado por la derecha europea y española.

No obstante, las dificultades señaladas por Concha, para acabar con la insurrección, permiten pronosticar, en 1874, que la guerra será aún larga. Y, en efecto, los choques sangrientos entre ambos ejércitos revestirán gran importancia. Para dar cuenta de esos combates, examinaremos sucesivamente la actividad militar en cada uno de los dos semestres de 1874, las consecuencias de la Restauración y la última etapa de la guerra en 1875 y a principio de 1876.

I. La guerra en 1874

276

Si los carlistas no han conseguido ocupar Bilbao, la victoria liberal de Somorrostro no permite, pese a todo, sustraer Vizcaya al enemigo, de forma que la mayor parte de las zonas rurales vascas así como muchas villa y ciudades siguen en manos de los rebeldes. En Vizcaya, el territorio situado al este del Nervión se halla en zona carlista. En Guipúzcoa, excepto San Sebastián, Irún y algunas plazas mas, los legitimistas controlan la provincia. En Navarra, los liberales sólo ocupan algunas ciudades del Sur y Pamplona que, completamente aislada, es una especie de islote liberal en medio de una región hostil al Gobierno. En Álava, en fin, la situación no es mejor ya que sólo Vitoria se halla al abrigo frente a los insurrectos.

Desde el punto de vista militar, el esquema de las operaciones que van a producirse en 1874 es muy sencillo, pues los choques no son frecuentes. Poco después de la campaña de Vizcaya, el ejército gubernamental intenta asestar un golpe decisivo al adversario atacándole en su bastión navarro de Estella, «ciudad santa del carlismo». Los rebeldes, por su parte, tratan de echar al enemigo de Guipúzcoa procurando apoderarse de Irún. Ambas tentativas, emprendidas respectivamente a finales de junio y a principios de noviembre, acaban fracasando. Entre esas dos batallas, algunos choques sin trascendencia jalonan la actividad militar del año para poner de manifiesto la relativa consistencia de las posiciones ganadas por cada contendiente. El modificar, cada cual en su favor, el statu quo recurriendo a medios extra militares va a ser tarea importante. Examinemos brevemente la situación de ambos ejércitos antes de la gran batalla de junio.

Como ya indicamos, el general Concha, que sustituye a Serrano en el mando del Ejército del

Norte, renuncia a perseguir a los carlistas cuando estos se retiran de Somorrostro y se interna en Bilbao. Con la audacia que le caracteriza, decide trasladar la guerra a Navarra. Pero, si quiere apoderarse de Estella, ¿por que ha esperado casi dos meses? ¿Supedita lo militar a lo político? Un autor carlista cuenta que Concha quiere conquistar a Estella para «pronunciarse» en favor de Don Alfonso. Al parecer, en Vizcaya, varios responsables militares han decidido jugar esa carta. Pirala, por su parte, indica que, desde enero de 1874, muchos oficiales conspiran activamente por el hijo de Isabel II.[1] De cualquier modo, el general en jefe, antes de llevar su ejército a Navarra, se pasea por el País Vasco para dar confianza, según dicen, a los liberales.

277 Observa la región, adopta nuevas medidas, hace propuestas al Gobierno. Concha quisiera que por cada combatiente insurrecto la familia pagara 2.500 pesetas y ofrece a quienes denuncien a los agentes subversivos recompensas de 1.250 a 2.500 pesetas y la exención del servicio militar.[2] El 27 de mayo, remite un informe al Gobierno en el que preconiza medidas nuevas. Según el, sería preciso poner fin al bloqueo económico del País Vasco pues perjudica a las provincias castellanas que, como no pueden exportar todos sus cereales, conocen una baja de precios que lesiona a todos los productores. Por el contrario, la ausencia de importaciones encarece el trigo cosechado en el País Vasco lo que aumenta los ingresos de muchos campesinos de esta región y, de ese modo, pueden pagar mayores contribuciones al enemigo. El general considera útil, además, que se restablezca la circulación de los trenes pues, como muchos franceses tienen intereses en los ferrocarriles, tal medida podría modificar la actitud de Francia, tan indulgente con los carlistas. Debiera emprenderse una negociación directa con el enemigo para tratar de conseguirlo y si este se negara despertaría la hostilidad hacia el de la población extra agrícola, es decir, de la mayoría (sic). Un aumento de los impuestos sería también más eficaz que el bloqueo económico, para que los Vascos respetarán al Gobierno. Aquellos debieran pagar al Estado una contribución equivalente a la que entregan a los rebeldes; el general Concha ha recurrido ya a ese procedimiento.[3]

En el campo legitimista, se observa que el ejército no ha sufrido enormemente en la batalla de Vizcaya pues sus efectivos pasan en un mes de 35.000 a 45.000 hombres.[4] Envalentonados, los rebeldes hacen una incursión en Aragón sin resultados notorios.[5] Al enterarse que Concha tiene la intención de atacar Estella, el Alto Mando legitimista organiza una operación de diversión en Guipúzcoa con el fin de sustraer fuerzas enemigas al próximo frente navarro.

278 Durante la batalla de Vizcaya, los carlistas han consolidado sus posiciones en Guipúzcoa. Cevallos, sustituto de Lizárraga, disuelve a una multitud de partidas (de Chiqui, Ima, Mugarza, Aramburu, Jauregui, Mendizábal, etc.) en el anonimato del ejército regular. Frente a las nuevas unidades rebeldes sólo quedan, fieles a los liberales, un batallón de miqueletes y cuatro compañías de voluntarios movilizados. Las tropas rebeldes imponen un control estricto valiéndose de la intimidación[6] y casi todas las plazas se hallan en sus manos. Hernani es una excepción; contra ella se organiza la operación de diversión destinada a evitar la concentración de todo el ejército de Concha en Estella. El 30 de mayo, Cevallos sitia a la

---

[1] Pirala: **Op. Cit.** p. 417. Hernando, por su parte, está convencido de la participación de Concha en el complot alfonsino (**Op. Cit.** 189-192)
[2] Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** V. pp. 106-107 y 109-110.
[3] Hemos encontrado una copia manuscrita del informe de Concha, pero dicho informe ha sido reproducido por el Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** VI. pp. 49-52.
[4] J. Campos: **Op. Cit.** p. 225.
[5] Hernando: **Op. Cit.** pp. 189-192, **passim**.
[6] **Pirala: Op. Cit.** pp. 1-16 y 71, nota 4.
J. Campos cuenta que diez republicanos de Tolosa adhieren, el 6 de marzo, al partido carlista, después de haber visto a D. Carlos.

ciudad pero sus habitantes, animados por el ejemplo de los bilbaínos, se disponen a resistir; los insurrectos tienen que defender sus líneas navarras sin demora.[7]

La batalla de Abarzuza

Estella, ciudad de 6.000 habitantes, situada en el centro de una comarca agrícola, es el objetivo escogido por el general en jefe que concentra a su ejército en Logroño, base de partida.[8] Las tropas carlistas se hallan atrincheradas en la línea del Ega, interceptando el acceso a Estella. El plan de Concha consiste en atacar por el Norte y el Noroeste, es decir por detrás de las líneas enemigas. para obligar luego al adversario a desplazarse hacia el Sur, zona adicta a los liberales. Concentra 50.000 hombres y 80 cañones entre Abarzuza y Murugarren. Empieza la batalla el 25 de junio y los dos primeros días varios pueblos caen en manos de los gubernamentales, pero no se apoderan estos de todos los puntos previstos y, en definitiva, la ofensiva-relámpago fracasa; el día 27, Concha cae mortalmente herido. Echagüe, que sustituye momentáneamente al general fallecido, ordena la retirada a la línea del Ebro. Los carlistas, minados por la intriga, no se aprovechan de la ocasión y dejan que el enemigo se aleje sin atacarle en su retirada.

Los historiadores legitimistas atribuyen ese error táctico a la Corte de Estella donde, desde el Obispo Caixal, hasta el antiguo carabinero Romero, especie de tesorero de Navarra, todo el mundo conspira contra los diversos responsables.[9]

279

La batalla de Abarzuza ha sido especialmente violenta y cruel; los liberales, al parecer, han destruido inútilmente las cosechas e incendiado las casas; se ha fusilado despiadadamente a los prisioneros carlistas. Dorregaray recurre a procedimientos similares contra los liberales. Esa violencia da testimonio del odio suscitado por combates tan mortíferos y algunos jefes intentan atenuar los efectos. Se ha dicho que Concha ha castigado a los incendiarios de Abarzuza y que Dorregaray ha mandado curar en los hospitales carlistas a doscientos prisioneros liberales. Lo mismo que en Vizcaya, el costo en vidas humanas ha sido impresionante; los liberales han perdido en tres días 4.000 hombres.[10] Si las bajas carlistas son globalmente menos importantes, no obstante, algunas unidades han quedado diezmadas y los hospitales carlistas vascos, sobre todo los navarros, están Menos de heridos. Son los batallones navarros y la División de Castilla quienes, una vez mas, se han visto especialmente afectados.[11]

La tempestad en torno a Estella va seguida, sin duda a causa de su intensidad mortífera, de un largo período de relativa tranquilidad en cuyo transcurso se van a reforzar las posiciones

---

[7] Véase Hernando: **ut-supra.**
[8] J. Campos: **Op. Cit.** p. 133.
[9] Oyarzun se hace eco de las tensiones existentes en el campo carlista. **Op. Cit.** p. 335.
[10] Hernando: **Op. Cit.** pp. 192-197 y Pirala: **Op. Cit.** V. pp. 347-374, **passim**.
[11] He aquí un balance establecido el 2 de julio

«Entierros hechos por los carlistas después de la batalla de Abarzuza: 286 republicanos y 25 carlistas.
Heridos que ingresan en los hospitales de Estella: 207 carlistas y 5 republicanos.
Pérdidas carlistas: División de Álava: 3 muertos y 35 heridos, 15 graves.
División de Castilla: 22 muertos y 23 heridos.
División de Navarra:
1er. Batallón: 2 muertos y 17 heridos.
2º Batallón 10 muertos y 30 heridos
3º Batallón 21 muertos y 42 heridos.
4º Batallón 6 muertos y 34 heridos.
A.S.V. Legajo correspondiente al tercer trimestre de 1874.

respectivas de ambos ejércitos.

La situación del frente vasco

El nuevo general en jefe, Zavala, nombrado el 29 de junio, obtiene 15.000 hombres de refuerzo con los cuales el Ejército del Norte puede disponer 44 batallones de 650 hombres. Un decreto del 18 de julio moviliza a 125.000 reservistas con el fin de llegar a constituir hasta 80 batallones.[12] En la misma fecha, se proclama el estado de alarma en el conjunto de España lo que confiere prácticamente plenos poderes a los militares e instituye una censura **de facto.** Contra los insurrectos, se ordena la confiscación de los bienes de quienes se hallan más comprometidos en el bando enemigo con el fin de indemnizar a las familias de los combatientes liberales muertos en la guerra. Paralelamente, el ministro de Estado, Ulloa, hace una gestión junto a los diplomáticos extranjeros residentes en Madrid con el fin de hacer creer que las provincias vascas no tienen ningún motivo valido para hacer la guerra ya que, gracias a su autonomía, gozan de privilegios fiscales tanto más ventajosos cuanto que se trata de una de las regiones más ricas (sic) de España. Al mismo tiempo, el ministro finge sorprenderse de la benevolencia con que las autoridades francesas tratan a los carlistas, que actúan impunemente allende los Pirineos.

280 El odio al carlismo incita a algunos responsables liberales a imputar la rebelión al conjunto de las provincias vascas y a desencadenar una campaña antivasca cuyo único efecto de inmediato es el de consolidar la adhesión de la región al legitimismo. Don Carlos contesta a la gesción de Ulloa explicando a las cancillerías extranjeras que si el gobierno de Madrid es oficialmente democrático, en la práctica se trata de una dictadura arbitraria y cruel. El Gobierno, concluye Don Carlos, decreta confiscaciones de bienes y tolera el saqueo. Este, en efecto, se práctica cada vez con más frecuencia. De ello dan cuenta testimonios de los mismos liberales. Cuando el Ejército llega a Salvatierra, en Álava, los soldados roban a la población civil so pretexto de recuperar las provisiones abandonadas por el enemigo en su fuga precipitada. Las represalias a las que muy a menudo recurren los liberales se explican a causa de la hostilidad casi general de la población vasca. En este sentido, la situación observada en 1873 ha cambiado poco.

En Vizcaya, Bilbao ha recibido refuerzos y algunos recursos financieros, pero estos son insuficientes. Las tropas carlistas de Valdespina siguen hostigando a los gubernamentales que se contentan con mandar a la Marina que bombardee los puertos de la región. En vano el general liberal Castillo intenta negociar con el jefe carlista un acuerdo con el fin de restablecer la libre circulación de los trenes.

En Álava, Vitoria sigue aislada y los gubernamentales intensifican la represión autorizando al gobernador a deportar a los sospechosos.

En Guipúzcoa, los liberales piensan abandonar aún más plazas pero las autoridades provinciales se oponen a dicha medida que, según ellos, desmovilizaría a los voluntarios y desanimaría a los que aún siguen adictos al régimen de Madrid.[13]

281 Los liberales se hallan confinados en las pocas plazas que detentan en el País Vasco. Los jefes militares han de mostrarse extremadamente discretos pues están rodeados de enemigos

[12] Hernanado: **Op. Cit.** pp. 203-205.
[13] Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** V. pp. 213-215, 243-248 y 253-260, **passim** y VI. pp. 45-46 y 63-72, **passim**

ocultos que informan al adversario.[14] Los soldados gubernamentales se encuentran desanimados, no sólo a causa de la enfermedad y del cansancio, sino también debido a la actitud de sus oficiales; con frecuencia, se valen del menor pretexto para sustraerse a sus obligaciones

Un balance de las operaciones efectuadas por la guarnición liberal de Laguardia, en Álava, fechado el 2 de junio de 1874, pone de manifiesto el extremo aislamiento de los liberales hasta en los confines de la zona rebelde.[15] En agosto, la situación de Tudela, el punto más meridional de Navarra, en una comarca adicta a los gubernamentales, llega a ser critica y se hace necesario reforzar su defensa para evitar sorpresas desagradables.

El ejército legitimista se ha dispersado después de Abarzuza por miedo a una derrota aplastante. Su artillería es insuficiente y muy inferior a la del adversario. Pese a todo, el ejército rebelde se reorganiza en julio; cuenta entonces con 44 batallones y 1.600 soldados de caballería; por vía marítima, reciben cañones modernos. Los carlistas renuncian a trasladar la guerra a Castilla y se proponen consolidar sus posiciones vascas. Para ello, recurren a líneas fortificadas con el fin de acentuar el aislamiento de las plazas ocupadas por el enemigo. Esa táctica prolonga la guerra, acrecienta el prestigio del ejército de Carlos VII, pero condena a los combatientes a la inacción y, por consiguiente, al aburrimiento, promotor de intrigas y de rivalidades. Después de los combates de Vizcaya, los generales y oficiales carlistas renuncian a una parte de sus sueldos para aumentar los recursos financieros de su partido. Pero si los combatientes, la población y hasta algunos responsables acceden a múltiples sacrificios, no por ello desaparecen los problemas ni las dificultades en el campo legitimista.

En una carta que la Diputación carlista de Vizcaya remite, en junio, al Conde del Pinar, ministro de Carlos VII, se lamenta aquella de la falta de medios y de las dificultades para hallar nuevos recursos pues, según dice, la región está agotada. Propone la Diputación que se cree un nuevo impuesto sobre el mineral extraído en Somorrostro y destinado a la exportación. El 25 de junio, el Diputado carlista de Guipúzcoa toma medidas contra los propietarios emigrados y contra los que no han pagado impuestos a los rebeldes. Se trata de sanear la hacienda y tal es también la finalidad que buscan los responsables navarros cuando encarecen la dispensa del servicio militar en zona carlista.

282

Todas esas medidas tienden a compensar el desequilibrio de las finanzas de los insurrectos con respecto a los medios puestos a disposición del ejército adverso, pero la relación de fuerzas es cada vez más desfavorable para los carlistas.

El 11 de junio, Larramendi explica a Dorregaray que hay que acabar con la organización provincial del ejército, pues si los voluntarios (sic) se hallan cerca de sus casas tienen tendencia a desertar. Ese clima de morosidad que se propaga por el campo rebelde se vigora un poco cuando cae en manos de los carlistas un documento liberal confidencial en el que se

---

[14] El general Dana, en su obra Estudios sobre la guerra civil, escribe a este respecto:
« Luego que el jefe de las tropas se instala en la casa que le señalan para su alojamiento puede contar con que está espiado por todas las personas que las ocupan y por otras que vienen con aquel objeto... si se comete alguna indiscreción, si oyen alguna palabra que puede significar algo sobre proyectos para el día o días siguientes, enseguida sale del pueblo una mujer o alguna niñas, que lo comunica a las partidas que siempre rodean a las tropas; a las pocas horas ya tiene conocimiento el jefe enemigo más próximo... hasta las campañas de las iglesias mezclan en sus toques alguna contraseña que avisa al enemigo de la aproximación o de la salida de las tropas.»
Citado por Pirala: **Op. Cit. Vol.** VI. pp. 66-67.

[15] «Operaciones practicadas por la guarnición de Laguardia:
«Se reconocieron varias casas y por más pesquisas que se hicieron no se pudo coger a ningún carlistas por haberlos ocultado el vecindario. Marcos Rodríguez, por Lanciego y Cripán, quiere sacar a todos los hombres de 18 a 31 años.» Documento del 2 de junio. A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1874

contempla la posibilidad de suprimir los Fueros.[16] Sin embargo, la publicación del manifiesto de Morentín, en julio, descontenta a muchos militantes que acusan a sus dirigentes de hacer concesiones al liberalismo.[17] Se empieza a oír cada vez con más frecuencia la palabra traición y las intrigas de la Corte se hacen más perceptibles. El duque de la Roca se sorprende en Estella de la:

> «...falta de educación militar y social; permitiéndose hasta los ayudantes más subalternos juzgar a los generales».[18]

Mendiry, por su parte, cuando se hace cargo del mando, considera que la organización del ejército carlista no es conforme a las ordenanzas militares. El obispo de Urgell legifera, desde Vergara. y, en definitiva, se preocupa más por los intereses de la Iglesia que por los del carlismo.

El curso mismo de la guerra hace que sus aspectos políticos empiecen a prevalecer por encima de los combates. En el campo liberal, tanto la correspondencia privada entre jefes militares como los informes oficiales dan testimonio de la búsqueda de soluciones extra militares.[19]

283

La actividad militar en la segunda mitad del ano: el sitio de Irún

Los combates son cada vez más esporádicos. En agosto, los carlistas de Álvarez vuelven a apoderarse de Laguardia, en Álava, y el liberal Moriones ataca en Navarra sin conseguir romper el cerco de Pamplona.[20] En septiembre, los insurrectos salen airosos de algunos encuentros y consolidan su línea de defensa en Navarra. Como la situación se degrada para los gubernamentales, el general La Serna propone la creación de guerrillas que debieran operar en el interior de la zona rebelde. No se han retenido pues las propuestas de Concha; se trata, al contrario, de reforzar el bloqueo y de privar a la zona carlista de recursos procedentes del exterior, pero eso es particularmente difícil mientras los liberales no controlen la frontera franco-española. esta tarea ha de ser por consiguiente confiada a una contraguerrilla. El Estado Mayor elabora un plan que consiste en llegar a una guerra puramente defensiva en el País Vasco con el fin de pasar a la ofensiva en los demás frentes. La ejecución de ese plan lleva consigo la intensificación de la represión: confiscaciones de

---

[16] En una carta del 10 de agosto, firmada en Vergara, Cevallos explica a Dorregaray que Guipúzcoa es preferida para sede de diversos ramos de la administración y que, por eso, todas las localidades importantes albergan a muchos empleados, de forma que, cuando una unidad combatiente llega a un lugar, es difícil alojarla; la gente empieza a estar descontenta y a criticar severamente a los ojalateros. El comandante militar de Vizcaya pide a la Diputación carlista una ayuda excepcional de cien pares de zapatos para los soldados del batallón de Guernica compuesto de «...muchos individuos precedentes de lejanas tierras». R.A.H. Legajo 6880.
El documento confidencial que cae en manos de los rebeldes es una carta del Diputado liberal de Álava al Marqués de Urquijo en la que aquel explica que el Gobierno piensa en abolir los Fueros y que, si eso se llevara a cabo, suscitaría la indignación unánime de los Vascos. R.A.H. Legajo 6882.

[17] D. Carlos se dice una vez más «enemigo de la revolución» y promete aceptar la desamortización: «No molestare a los compradores de sus bienes...» Afirma que será capaz de subsanar la Hacienda y hace algunas concesiones al Liberalismo. La aceptación por Pretendiente de la herencia «isabelina» tiene por objeto dar garantías a los moderados que se dejan seducir por la solución alfonsina. La política económica esbozada en ese Manifiesto de 1874 puede inquietar a los militares que han condenado la reforma agraria de la época de Isabel II, pero desde 1868 estaba ya dispuesto D. Carlos a mantener el **statu quo** en ese terreno. Las criticas se basan en las concesiones de carácter institucional. Es difícil afirmar, como hace Olcina, que el partido carlista cambia de rumbo en 1874. Olcina: El **carlismo y las autonomías regionales,** Madrid 1974, Ed. Seminarios y Ediciones, pp. 182-184.

[18] Pirala: **Op. Cit.** VI. pp. 65-66.

[19] Por ejemplo, el informe de Concha, del que hemos hablado en este capítulo. o el análisis que se hace de la guerra de los siete años, al que nos referimos en el capítulo X. Véase también Pirala: **Op. Cit.** V. pp. 377-380.

[20] **Ibid**. VI p. 46.

bienes, deportaciones y contribución mensual excepcional de cien reales por cada familia que cuenta con un miembro en el campo rebelde; Dorregaray amenaza con aplicar a los liberales medidas similares. El Gobierno prevé también un aumento del contingente militar que opera en el País Vasco. Con esa finalidad, los efectivos de la policía van a ser aumentados, recurriendo a los insumisos y refractarios, y los permisos limitados, incluso los de los oficiales.[21]

En octubre, La Serna recobra, a partir de Logroño, la plaza de Laguardia,[22] pero la gran iniciativa militar de la segunda mitad del año la tienen los rebeldes cuando deciden atacar a Irún.

El 4 de noviembre, el ejército carlista emprende un asedio en regla de Irún, sometiendo la ciudad a intenso bombardeo. Es un espectáculo ampliamente contemplado desde Francia y, en cierto modo, una operación publicitaria para Don Carlos que recibe, a lo largo del sitio, a numerosos príncipes extranjeros que han venido a combatir junto a los legitimistas españoles (el duque de Parma, los Condes de Bardi, Bari, Caserta, representantes de los Borbones de Parma y de Nápoles).

284 La Serna desembarca en San Sebastián con diez mil hombres y se une a Loma para ir en socorro de la ciudad sitiada. Cevallos, encargado de impedir el paso de las tropas liberales, es incapaz de resistir ante su formidable embestida, y los asaltantes han de retirarse a Vera. El general liberal no persigue al enemigo y regresa con su ejército a San Sebastián para dirigirse a Logroño por Santander. El sitio de Irún ha sido costoso para la ciudad e infructuoso para los carlistas; los soldados liberales se vengan de la crueldad enemiga quemando caseríos de la zona, actos condenados por el general en jefe.

El abandono del sitio de Irún provoca gran amargura entre los carlistas que acusan a algunos dirigentes de conspirar en favor del enemigo.

En el campo liberal, después de la salida del general en jefe. Loma trata de abrirse camino, desde Hernani, hacia Tolosa y ocupa un momento Urnieta, pero el contra-ataque carlista obliga a los gubernamentales a encerrarse en San Sebastián.

A finales de 1874, el estado del Ejército es poco regocijante, los soldados han estado con frecuencia mal encuadrados pues los oficiales se hallan implicados, en gran número, en una conspiración en favor de Alfonso XII. Pero el 8 de diciembre, aquel se reorganiza en tres cuerpos, mandados respectivamente por Moriones, Pieltain y Loma, bajo la autoridad suprema de Serrano. El 30 de diciembre, la mayor parte de la oficialidad adhiere al pronunciamiento y abandona definitivamente a una República a la que el Ejército ha contribuido en alto grado a desacreditar.[23] Empieza una nueva época.

---

[21] Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** VI. pp. 327-335, **passim**.
[22] Pirala: **Op. Cit.** pp. 67-71.
[23] **Ibid,** pp. 81 y 119; Hernando. **Op. Cit.** pp. 377-381 y Cuerpo de E.M.: **Op. Cit.** V. pp. 439-441. En cuanto a la reorganización del Ejército del Norte, Pirala, VI, pp. 522-525.

II. La guerra después de la Restauración (1875-1876)

El duque de la Torre presencia la defección de numerosos oficiales y ha de eclipsarse ante la nueva monarquía, a cuyo advenimiento ha coadyuvado tanto. Muchos militantes y simpatizantes carlistas van a dejarse seducir por el nuevo régimen que promete la paz el perdón y un fin rápido de las hostilidades. Pero, para empezar, el nuevo equipo exige de la nación mayores sacrificios, con vistas a reforzar el potencial de guerra.

285 En el campo rebelde, Mendiry sustituye a Dorregaray a la cabeza del Estado Mayor.

La guerra camina, por etapas, hacia su termino y diversos factores, de tipo extra militar, van a contribuir al desenlace del conflicto.

A. Los primeros meses de 1875: la línea del Carrascal y Lacar

Los dos ejércitos contendientes topan con grandes dificultades para modificar las posiciones del año anterior. Las líneas de defensa carlistas son especialmente solidas en Navarra. Disponen aquí de diez batallones navarros, cinco de Álava, uno de la Rioja, uno de Aragón, el de «Guías del Rey», dos regimientos de caballería y 42 cañones.[24] En frente, los liberales tienen 60 batallones, 90 cañones y 3.000 caballos, agrupados en tres cuerpos de ejército, mandados respectivamente por Moriones (ala derecha), Despujols (el centro) y Primo de Rivera (ala izquierda). El general en jefe sigue siendo La Serna. El nuevo rey Alfonso XII llega a Peralta con su Ministro de la Guerra y pasa revista a un ejército de 40.000 hombres, mientras que los insurrectos sólo cuentan con la mitad de ese efectivo.

Los combates se han reanudado el 3 de enero en Navarra y Guipúzcoa, pero una gran batalla se prepara para febrero. Los liberales quieren socorrer a Pamplona, que sigue cercada, y asestar un golpe decisivo al adversario en el corazón de su fortaleza.[25]

La línea del Carrascal se interpone entre dos ciudades navarras adictas a los gubernamentales, Tafalla y Pamplona, y constituye la defensa avanzada de Estella. El Estado Mayor liberal concibe un plan que presupone un doble ataque: dar un rodeo evitando el Carrascal para abrirse camino hacia Pamplona y atacar las líneas de fortificación enemigas para romper o debilitar las defensas de Estella.

286 El dos de febrero, la columna de Moriones da un rodeo por Caseda y llega a Pamplona; al mismo tiempo, otra columna liberal ocupa Oteiza y corta el camino de Puente la Reina en la región Lácar-Lorca. Por la noche, Mendiry, que teme verse cercado, ordena el abandono de la línea del Carrascal y el repliegue a Cirauqui y Mañeru. Este repliegue va a ser interpretado por algunos carlistas como una fuga ante el enemigo y, según ciertos testimonies, para hacer frente al descontento, el Mando carlista proyecta una operación sorpresa contra el adversario. Es la batalla de Lacar. Según otros testimonios, esta ha sido organizada precipitadamente a petición de Don Carlos en persona. Sea como fuere, el 3 de febrero,

---

[24] Es un batallón compuesto de gente de elite y a las ordenes directas de D. Carlos, lo mismo que el escuadrón de «Guardias a caballo» cuyos miembros pertenecen a familias acomodadas y pagan sus equipos. Pirala: VI. p. 20.

[25] Pamplona queda aislada en 1873, pero su verdadero asedio no empieza hasta el 27 de agosto de 1874, cuando ambos ejércitos se trasladan a Navarra. El 2 de febrero de 1875, una columna liberal cruza las líneas enemigas y llega hasta la ciudad; no obstante, el cerco no cesa hasta finales de ese año. Con respecto al sitio, menos penoso pero mucho más largo que el de Bilbao, se dispone de un testimonio interesante: Diario del bloqueo de Pamplona (1874-1875) per D.E.R.U. y D.J.S. del A., Pamplona 1973, Cuadernos de la cofradía gastronómica del «pimiento seco».

Mendiry alinea doce batallones en dos columnas que atacan en Lacar donde se hallan concentrados 6.000 soldados gubernamentales. El efecto de sorpresa funciona completamente y los liberales tienen 600 muertos y 300 prisioneros. Aunque menos costosa para los carlistas, la batalla les causa bajas poco despreciables. Van a explotar el suceso para realzar los ánimos de sus tropas, pero aquel no tiene trascendencia en el plano militar. Algunos atribuyen esta carencia a la falta de lealtad de Mendiry; este se ha justificado afirmando que su ejército no estaba en condiciones de perseguir al enemigo en su desbandada. Mendiry va a ser destituido y suplantado por Pérula, militar no profesional, desprovisto, según algunos, de competencias suficientes para hacer frente a la situación. La Serna, general en jefe liberal, se ve también sustituido por Quesada y el nuevo rey regresa a Madrid.

En Guipúzcoa, el 27 de enero, Loma ha avanzado desde la costa en dirección de Azpeitia, pero no ha conseguido cruzar las líneas enemigas y ha perdido mil hombres en diez días.[26]

Tras esas dos batallas, la actividad militar se modera; no obstante, antes de dar cuenta de ella, es oportuno examinar la situación en las demás provincias vascas.

En Vizcaya, Valdespina es suplantado por Berriz, (artillero pasado al campo carlista cuando se suprime aquella arma), del que no puede decirse que se ha distinguido por su intensa actividad. pero llegara a ser Ministro de la guerra de Carlos VII. En 1875, los legitimistas de Vizcaya se limitan a hostigar a los liberales para facilitar la importación de armas por mar. De ese modo llegan algunos cañones modernos a las unidades combatientes.

287

En Álava, Mendiry, que había concentrado tropas entre Miranda y Vitoria para obstaculizar el aprovisionamiento procedente de Castilla, organiza una batalla importante. El 7 de julio, los carlistas son derrotados en Zumelzu-Treviño. Animado por ese triunfo, el general liberal Quesada sale de Vitoria y se apodera momentáneamente de Villarreal de Álava, pero la replica del enemigo le obliga a replegarse de nuevo a Vitoria

En Guipúzcoa, los liberales siguen acuartelados en algunas plazas de las que sólo pueden salir por vía marítima. A finales de marzo, Loma es sustituido por Blanco que abandona la línea del Oria y el fuerte de Astigarraga, lo que hace aun más precaria la situación de los gubernamentales en esta provincia.[27]

Después de Lacar, la actividad militar es mediocre. Los carlistas carecen de recursos pues toda la región ha quedado esquilmada; su ejército está mal equipado y las tropas no reciben regularmente su soldada. El Alto Mando adopta una táctica puramente defensiva que ha sido ya practicada durante la guerra de los Siete Años y que condujo al fracaso. Se proyecta la sempiterna expedición a Castilla, siempre aplazada, para reducir lo militar a actividades de **comando** (ataque del fuerte de Aspe, incursión a Logroño) incapaces de ocultar la debilidad de los carlistas. Durante el verano, se produce un canje de prisioneros en Viana y D. Carlos y la ex Reina Isabel intercambian una correspondencia cortes. La política tiende a prevalecer sobre lo militar.[28]

---

[26] Todos los historiadores hablan en términos casi idénticos de las batallas en torno a Estella. Véase, por ejemplo, Hernando: **Op. Cit.** pp. 381-385. Los liberales toman la iniciativa de romper las líneas enemigas y tienen muchísimas bajas. Los combates han sido igualmente sangrientos para los carlistas que transportan a Irache 163 cadáveres y muchos heridos. Pirala: **Op. Cit.** VI. p. 286.
Mendiry explica su comportamiento en unas **Memorias** aun inéditas que Oyarzun pudo consultar y de las cuales transcribe algunos párrafos (**Op. Cit.** pp. 400-402). Con respecto a las operaciones en Guipúzcoa, Oyarzun (p. 407) y Hernando (384-385).
[27] **Ibid**, pp. 339-400 y Pirala, VI, pp. 327-328.
[28] A.S.V., Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1875 y Pirala, VI, p. 426.

El asunto Cabrera y sus consecuencias

Como la Restauración presupone el triunfo político de elementos conservadores, lleva en germen la desintegración del frente carlista que, en el plano puramente militar, carece de porvenir. Cabrera, personalidad legitimista de gran prestigio, que permanece al margen de la guerra, debido probablemente la enemistad recíproca que le opone a Don Carlos mucho más que a divergencias políticas, llega a un acuerdo con los liberales aceptando a Alfonso XII.

288 Los carlistas que siguen fieles a Don Carlos condenan a Cabrera e indican que le ha seguido poca gente, excepto algunos traidores, y que su defección no ha tenido consecuencias graves. Para sentar la tesis de la traición, explican que Cabrera se había puesto de acuerdo con un colaborador del ministro Jovellar, a fin de tratar de reconciliarse con el Pretendiente para que este le nombrara responsable del ejército carlista. Una vez Jefe de Estado Mayor, hubiera intentado ganar una o dos victorias y luego hubiera podido desempeñar un papel idéntico al de Maroto en la primera guerra para llegar a un nuevo Vergara. Algunos generales, manipulados sin saberlo por el enemigo, llegaron a pedir de buena fe a Don Carlos que confiara el mando a Cabrera. Pero ese plan maquiavélico fue descubierto por los responsables carlistas y Cabrera no tuvo más remedio que quitarse la marcara adhiriendo abiertamente a la nueva monarquía. Su gesto contribuye a ahondar la división entre las dos tendencias fundamentales del carlismo (sic): los católicos intransigentes y los que estaban algo imbuidos de liberalismo, pero esas dos tendencias condenan luego a Cabrera y permaneces solidarias en tomo a Don Carlos.[29]

Esa versión va a ser aceptada parcialmente por un cabrerista en un libro polémico que pretende justificar el comportamiento de su jefe y acusa a Don Carlos de los peores defectos.[30] Hasta el autor de dicho libro se sorprende al comprobar que, entre los que han criticado profusamente al Príncipe, los hay que atacan a Cabrera con saña particular. Se sabe, por otro lado, que Santa Cruz, el jefe guerrillero caído en desgracia, protesta vigorosamente contra la acusación (sic) de haber seguido a Cabrera en su traición.[31] El comportamiento de Santa Cruz, representante de la «tendencia» católica intransigente del carlismo, tiende a confirmar la versión carlista que acabamos de reproducir. No obstante, entre los amigos de Cabrera, los partidarios de lo que podría llamarse e N carlismo popular no están ausentes y el que se haya sospechado que Santa Cruz ha seguido al viejo guerrillero es significativo a este respecto. En realidad, la oposición en el seno del carlismo, a la que hemos aludido hace un momento, entre católicos intransigentes y «proliberales» o incluso entre antiguos legitimistas y **neos**, no es una oposición irreductible. El asusto Cabrera descubre la existencia de ciertas corrientes, en ese conjunto heterogéneo que es el carlismo, pero esas diversas tendencias no corresponden obligatoriamente a las habitualmente señaladas.

289 Conviene decir sin demora que los que siguen a Cabrera son más numerosos que lo que pretenden algunos autores carlistas, pero la actitud de aquellos no siempre obedece a la misma motivación.[32] Los documentos firmados por Cabrera, cuando adhiere a la nueva monarquía, prueban que cierto número de carlistas consideran que el sistema de la

---

[29] En efecto, el ejército carlista, confinado en el País Vasco, ha perdido la iniciativa y está condenado a defenderse; como ha de vivir de los recursos de una región pequeña, tiene pérdida la guerra. Su esfuerzo sólo tendría sentido si pudieran los rebeldes cambiar la situación política, pero la Restauración atrae a los moderados y a buena parte de la Iglesia. No obstante, Cabrera será condenado oficialmente por todos los dirigentes representativos del Partido. Hernando: **Op. Cit.** pp. 394-397.

[30] José Indalecio Caso: **La cuestión Cabrera**, Madrid, Tipografia de Gregorio Estrada, Ca. 1875.

[31] Carta firmada en Bayona el 31 de marzo de 1875. R.A.H. Legajo 6888.

[32] Véase Pirala: **Op. Cit.** VI. p. 316. Oyarzun cita, entre las personalidades que siguen a Cabrera, a Díaz de Rada, Juan Bautista Aguirre y Juan de Dios Polo. A los que hay que añadir J. Y. Caso y Domingo de Caralt. R.A.H. Legajo 6888.

Restauración es satisfactorio. Este es un régimen conservador que, adaptado a una nueva coyuntura, consolida y perpetúa el liberalismo moderado de la época isabelina. Los tradicionalistas de antes del 68 se habían adaptado al régimen de la Reina y es natural que acepten el de su hijo. así se comprende el comportamiento de Cabrera; en todos los documentos, en toda la propaganda que recibe su inspiración, se muestra muy conservador, pero también imbuido de cierto liberalismo que es tan solo, en verdad, una especie de barniz con el que se adornan las capas privilegiadas adictas al régimen liberal. Desde un punto de vista político, Don Carlos mismo no está muy alejado de Cabrera y sus amigos, pero aquel es el competidor directo de Alfonso XII, ya que este consigue desempeñar el papel que Don Carlos pretendía asumir.

Entre los que abandonan a Don Carlos, se halla una personalidad vasca, Juan Bautista Aguirre. En el manifiesto que dirige a sus conciudadanos, acusa a Don Carlos de haber faltado gravemente a los principios del legitimismo, describe la penosa situación del País Vasco y se propone salvar los Fueros.[33] Su llamamiento va a ser difundido por el Porvenir alavés, periódico de Vitoria, liberal, influido por las ideas «krausistas» y fuerista. Así, el fuerismo vuelve a ser, al parecer, un punto de contacto entre los carlistas y liberales menos intransigentes para facilitar, como en la época isabelina, la reconciliación de la clase dirigente vasca. Por otro lado, el fuerismo se vigoriza y atrae a una parte de la clase media intelectual. Algunos miembros de la corriente popular del carlismo repudian a Don Carlos, hacen de Cabrera su leader atribuyéndole una dimensión progresista que probablemente no tuvo.[34]

290

También van a seguir a Cabrera los derrotistas, los que ya no creen en la victoria legitimista. Entre ellos hay sin duda muchos militares, bien situados para saber que su triunfo es poco probable. Esos militares profesionales no pueden dejar de ser sensibles a las ventajas que el enemigo les ofrece.

El 19 de abril de 1875, el Gobierno da instrucciones para acoger a los militares enemigos que decidieran rendirse. Los oficiales de carrera deberán residir en Ávila y cobraran el sueldo correspondiente al grado que tenían en el ejército gubernamental antes de pasar al campo rebelde. Los oficiales no profesionales tendrán derecho a un sueldo equivalente a la tercera parte del correspondiente al grado que han alcanzado en el ejército legitimista, hasta que se resuelva definitivamente su situación en el ejército nacional. Diversas ventajas y aún mayor libertad son concedidas a los soldados rebeldes que desertaren.[35] Es cierto que esas ofertas son menos ventajosas que las contenidas en el Convenio de Vergara, que reconocía los grados de los oficiales legitimistas, pero en las condiciones precarias del ejército carlista en 1875, no es nada despreciable para un militar profesional el recuperar su puesto en el ejército gubernamental. Tanto más cuanto que los sueldos y emolumentos no se pagan con regularidad en el campo rebelde. Es ese un aspecto del que no se debe prescindir. En efecto,

---

[33] Manifiesto de Aguirre al pueblo vasco:

«EL País está arruinado y no habéis adelantado un sólo paso. Un rey sin más ley que su voluntad, sin creencias religiosas, sin amor a la Patria, juzgando que es suya vuestra sangre y que puede derramarla sin dar cuenta a Dios de ella, haciendo del Cuartel Real una corte licenciosa y corrompida; unos ministros imbéciles o miserables; una influencia que ha sido siempre fatal para el Partido...»

R.A.H. **Ibid**.

[34] Es lo que ocurre con Nombela cuyos escritos analizamos en el capítulo siguiente. Todas las declaraciones del general Cabrera desmienten la apreciación que de el hace Nombela y descubren un ideario emparentado con el de Cánovas. Véase, por ejemplo. los manifiestos que dirige respectivamente al Partido carlista y a la Nación o el Acta de Biarritz por la que reconoce a Alfonso XII. Esos documentos los reproduce J.I. Caso: **Op. Cit.** pp. 394-395 y 399 y 400.

El porvenir alavés (biblioteca de la Institución «Sancho el Sabio» de Vitoria, número 123 del 22/02/1874) publica el mensaje de Aguirre y subraya estas frases: ¡Paz y Fueros! ¡Viva la Religión Católica! ¡Viva Alfonso XII! ¡Viva el general Cabrera!

[35] Los soldados que se rindan sin armas percibirán 4 duros; si traen un fusil, 10, con un caballo y sin armas, 25, y, con caballo y armas, 30 duros. Podrán elegir su domicilio.

A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1875

sin querer subestimar la fuerza de las convicciones de los legitimistas, conviene observar la situación material de los combatientes, para explicar ciertas actitudes.

En 1873, el vigor de las guerrillas vascas, frente a la indolencia de los soldados gubernamentales, se explicaba parcialmente gracias al suministro correcto de las primeras y a las privaciones a las que se veían sometidos los segundos. Del mismo modo, la posibilidad de un ascenso rápido y la promesa de sueldos superiores a los que se cobraban en el ejército nacional debió de ser un incentivo para muchos oficiales de carrera que se unieron a Don Carlos. El atractivo de una carrera militar inesperada pudo también influir en muchos aventureros que llegaron a ser jefes de «partidas» y luego mandos del ejército carlista.[36] Y todo eso en una región demográficamente saturada.

291 La situación se ha invertido en 1875. Las cargas impuestas a los pueblos por ambos ejércitos, así como las múltiples vejaciones, acaban probablemente con el entusiasmo. La vida fácil de algunos dirigentes, del personal de una nueva administración, de la masa de quienes viven del carlismo sin empuñar las armas, origina seguramente muchas decepciones y defecciones

El giro que ha tornado la guerra aísla al País Vasco. Se llega a acuerdos entre adversarios con vistas a facilitar el comercio entre las dos zonas, prueba de que todo un sector de la población tiende a rechazar la guerra.[37]

El gesto de Cabrera tiene pues gran trascendencia. Los que tratan de minimizarla reconocen que ha ahondado las divisiones en el campo carlista y sobre todo que ha introducido en el la sospecha y la desconfianza. La menor derrota, la decepción provocada por una victoria a medias, el mínimo desacuerdo, tienden a ser interpretados como el exponente de una intervención del enemigo o el fruto de la traición. Esa situación es extremadamente delicada para los insurrectos y la derrota definitiva no se hará esperar demasiado. Si tarda en producirse, ello se debe en gran parte a la falta de bríos del adversario.[38] Lo mismo que los años anteriores, cuando la relación de fuerzas era más favorable a los rebeldes, las unidades liberales siguen incompletas, pues la propensión a sustraerse a las obligaciones no ha desaparecido pese al debilitamiento de los insurrectos. Pero la simple inercia y la carencia de convicciones de los combatientes del Gobierno no pueden explicar por si solas esa ausencia de vigor. La rudeza de algunos combates, su carácter mortífero, son capaces de disuadir a los más belicistas. A mediados de 1875, la guerra se encuentra en un callejón sin salida y las posiciones de ambos contendientes han cambiado poco con respecto al año anterior.

B. La guerra en el segundo semestre de 187

[36] En 1874, los emolumentos de los mandos carlistas son al parecer superiores a los de los oficiales liberales del mismo grado. En 1875, por el contrario, los sueldos y primas han aumentado considerablemente en el campo gubernamental. Véase Apéndice 9.

[37] Las cargas son cada vez más onerosas; los pueblos y villas se ven obligados a participar en las obras de fortificación. En abril de 1875, las autoridades militares reclaman en tal concepto a Legarda 5.500 reales (y ya ha pagado 6.000), a Obanos 10.000 (ha pagado otros 10.000), a Mendigorría 24.000 (ha desembolsado 2.500).
A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1875.
Según un informe del Gobierno de Pamplona, fechado el 19 de abril, los carlistas navarros autorizan el comercio entre las dos zonas, mediante el correspondiente pago de impuestos. **Ibid.**
Un documento carlista, firmado en Durango el 20 de abril de 1875, propone a los gubernamentales, que se muestran reservados, un acuerdo para restablecer el comercio en Vizcaya; los rebeldes se declaran dispuestos a autorizar la exportación de carbón y ganado a Castilla. Ibid.

[38] Hernando: **Op. Cit.** pp. 396-397.

Los gubernamentales acentúan la represión; las confiscaciones de bienes y las deportaciones de agentes y simpatizantes del adversario se multiplican y se extienden al conjunto del territorio nacional. En la zona de guerra, la destrucción de cosechas e incendios de casas, de los que son victimas Villarreal y Salvatierra en Álava y localidades costeras de Vizcaya y Guipúzcoa, son actos cada vez ma frecuentes que sin embargo no consiguen ni intimidar a la población ni modificar la situación militar.

292 En Guipúzcoa, el 28 de septiembre, el jefe liberal Figueroa trata de tomar las posiciones enemigas que dominan a Hernani, pero se ve rechazado y ha de refugiarse en San Sebastián, ciudad que los carlistas van a bombardear luego a partir de Mendizorrotz. Los insurrectos disponen en esta provincia de una línea fortificada infranqueable. Esa línea amenaza sin cesar, gracias a una artillería eficaz, Guetaria, Hernani, San Sebastián e Irún, que siguen en manos de los liberales.

En Vizcaya, la línea carlista es más extensa, pero menos resistente, pues exige efectivos más importantes. Secundan a los batallones vizcaínos, Castellanos y Santanderinos que, a veces, hacen incursiones efímeras en sus provincias respectivas. El veterano Carasa dirige las tropas legitimistas de esta provincia en 1875. La costa de Vizcaya y Guipúzcoa se halla defendida por baterías instaladas en Bermeo, Lequeitio, Motrico y Zarauz y por un corto número de tropas de infantería: un batallón compuesto de jefes y oficiales veteranos de la primera guerra y el noveno batallón de Guipúzcoa, integrado por hombres casados.

En Álava, una brigada hostiga la Rioja y un escuadrón recorre la Llanada llegando a veces a las puertas de Vitoria.

Pero es en Navarra donde los rebeldes han concentrado los contingentes más importantes de su ejército. Disponen de varias lineal de defensa: montes de Mañeru, de Santa Bábara, picos alrededor de Estella. El abandono de la línea del Carrascal, a principios de año, ha dado lugar al control por parte de los liberales de Monte Esquinza y de las alturas de San Cristóbal, de Puente la Reina y de toda una comarca rica que suministraba muchos recursos a los rebeldes, pero los carlistas siguen sólidamente atrincherados en esa provincia donde sólo el sur evita su control. Así, la mayor parte del tiempo, los dos ejércitos se limitan a observarse y sólo se producen algunos choques esporádicos y sin trascendencia (Bergüenda, Aoiz. Biurrun, Bernedo). Los dos principales combates del semestre se dan en Navarra.

293 La región de Lumbier está controlada por el jefe carlista Larrumbe, con el fin de facilitar el paso de los rebeldes procedentes de Aragón. Los carlistas deciden tomar a los liberales la ermita de La Trinidad que domina a Lumbier. Pérula ataca con cinco batallones. EI general liberal Reyna, que llega con 16 batallones en socorro de los de La Trinidad, va a ser rechazado enérgicamente; los gubernamentales tienen muchas bajas; el Conde de Caserta y el duque de Parma, que han tornado parte en los combates, van a ser condecorados por Don Carlos. No obstante, esa victoria carlista se ve neutralizada por su derrota en la zona de Pamplona.

Las colinas que dominan a esta ciudad están en manos de los rebeldes. Los liberales atacan en Alzuza defendida por la partida de Rosas que recibe refuerzos demasiado tarde. Al mismo tiempo, Junquera, jefe de los carlistas de la zona, es atacado por Quesada que se apodera de Villaba, Huarte, Miravalles, y, luego, de las alturas de Oricain, con lo que Pamplona queda definitivamente liberada del cerco enemigo.

Ni la represión, ni la acción militar conmueven a los insurrectos. A finales de año, aquella da lugar, en algunas comarcas vascas, a una reacción de cólera que refuerza la determinación de la población civil. Se crean entonces unidades territoriales o «tercios», compuestos de gente de edad o de cabezas de familia que se dedican a sus quehaceres habituales y sólo empuñan

las armas cuando el adversario se acerca a sus pueblos.[39]

Mas éxito tienen algunas empresas de seducción. El jefe de brigada Platero, antiguo ayudante de campo de Don Carlos, el brigadier Balluerca y el coronel Segura, con algunos mas, desertan de las filas carlistas. Pero pese a todo, el frente permanece estabilizado pues la experiencia ha demostrado que los liberales sólo pueden conseguir una gran victoria poniendo en pie de guerra a fuerzas muy superiores a las del enemigo y a costa de muchas vidas. El derrumbamiento de los demás frentes va a permitir a los gubernamentales concentrar su esfuerzo de guerra en el País Vasco.

294

C. Los demás frentes

Con el fin de situar mejor los combates que se desarrollan en la región vasca, conviene no perder de vista la evolución de la guerra en el resto de España. En la mayor parte de las regiones españolas, la guerra no supera la etapa de la simple acción policíaca. Tres regiones no obstante exigen del Gobierno un esfuerzo militar que no es despreciable. Se trata de Cataluña, Levante y Aragón.

En Cataluña, y sobre todo en el Norte de la región, aparecen, desde 1872, multitud de partidas autónomas que entran por sorpresa en algunas aglomeraciones y se van enseguida para atacar en otro sector. Esas acciones de **comando** adquieren una intensidad inquietante en enero de 1874, cuando los insurrectos ocupan Vich, destruyen sus fortificaciones y se apoderan de un importante botín antes de irse. En marzo, el general Nouvilas es derrotado y los rebeldes ocupan Olot. El ejército gubernamental recupera esta localidad, pero los insurrectos se apoderan por sorpresa de Seo de Urgell que permanece en sus manos hasta los últimos meses de la guerra. Los combates disminuyen en intensidad desde comienzos de 1875, pues las negociaciones emprendidas por Martínez Campos han sido al parecer aceptadas tácitamente por Savalls.

El Mando carlista ha tratado en varias ocasiones de unificar las diversas unidades y ha nombrado comandante militar de la región sucesivamente a Don Alfonso, hermano del Pretendiente, luego a Lizárraga, pero los Catalanes se han negado con obstinación a aceptar a jefes procedentes de otras regiones. No han conseguido crear un verdadero ejército ni obtener una implantación territorial semejante a la de los carlistas vascos.

Levante, de Tarragona a Alicante y de Zaragoza a Cuenca y Albacete, constituye lo que los carlistas llaman **Centro**. La guerra se desarrolla allí en condiciones similares a las de Cataluña y los insurrectos consiguen apoderarse momentáneamente de Cuenca.

En Aragón, los legitimistas se ven afectados por igual impotencia. Muy pronto, los carlistas ocupan la localidad de Cantavieja donde intentan crear un embrión de organización militar

---

[39] Sobre la actividad militar, Hernando: **Op. Cit.** pp. 402-406, **passim** Con respecto al estado de ánimo de los combatientes liberales, una relación del 4 de abril de 1875 es muy elocuente:

> «Batallón de reserva de Murcia Nº 7. Fuerza teórica = un capellán, un médico, 4 jefes, 10 capitanes, 17 tenientes, 8 alféreces, 9 sargentos primeros, 28 sargentos segundos, 47 cabos primeros, 51 cabos segundos, 24 cornetas, 31 soldados primeros, 1079 soldados segundos. Total = 1273.
>
> Descontados los heridos y ausentes quedan: 3 jefes, 8 capitanes, 14 tenientes, 8 alféreces, 8 sargentos primeros, 24 sargentos segundos, 38 cabos primeros, 37 cabos segundos, 22 cornetas, 29 soldados primeros, 898 soldados segundos. Total = 1.060».

A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1875. Como se puede observar, el número de militares ausentes de sus respectivas unidades sigue siendo elevado.

y administrativa para la región. Cuando el hermano del Pretendiente llega a ser jefe militar de estos tres frentes, toma a Cuenca por asalto y se entrega a cierto número de excesos.

295

Luego intenta, sin éxito, ocupar Teruel y hacer una incursión militar por la región de Valencia. Unos meses más tarde, dimite y le sustituye Dorregaray. Este entra en Daroca pero la llegada de las tropas del Gobierno le incita a replegarse a Cataluña. Cantavieja es recuperada por los liberales el 30 de junio de 1875; luego, tras un asedio, Seo de Urgell conoce el mismo destino y, por fin, hacia el 15 de noviembre, Martínez Campos liquida la guerra en Cataluña. Tras el derrumbamiento de esos diversos frentes, los rebeldes sólo disponen de 40.000 hombres armados en las provincias vascas, mientras que el Gobierno puede oponerles 160.000. El caso del País Vasco no es por ello un ínfimo problema, tanto más cuanto que su frontera con Francia permite a los insurrectos seguir recibiendo ayuda exterior. El País vecino se muestra, en efecto, muy indulgente con los carlistas hasta finales de 1875.[40]

Aparece pues con claridad que la guerra en las demás regiones españolas no ha alcanzado nunca un nivel comparable al que ha tenido en el País Vasco donde el carlismo es muy peculiar. Desde el punto de vista meramente militar, los tres frentes más arriba mencionados ofrecen a las provincias vascas la ventaja de dispersar al ejército del Gobierno y sustraer así soldados al contingente enviado al País Vasco. Parece pues, a primera vista, que la larga duración del conflicto se deba a la ayuda indirecta que las demás regiones rebeldes prestan al País Vasco. Pero, en realidad, si los otros tres frentes carlistas consiguen distraer efectivos militares al

Ejército del Norte, también sustraen medios a los legitimistas. Habría que evaluar lo que cada ejército gana y pierde manteniendo la guerra fuera del frente Norte. Pues la envergadura de los combates que se producen en tierra vasca exige medios tan importantes que tanto el Gobierno como los insurrectos agotan, en dicha región, la casi totalidad de sus recursos. Al fin y al cabo, el giro decisivo que los acontecimientos van a tomar a finales de 1875 se debe al trabajo de zapa realizado por los «alfonsinos», a la fatiga y al agotamiento de los carlistas así como al último esfuerzo de guerra que toda la nación realiza, mucho más que al derrumbamiento de los frentes carlistas de las otras regiones sublevadas.

296

D. El último asalto

Los liberales ponen en pie de guerra fuerzas imponentes: Ciento ocho batallones, diez regimientos de caballería y ciento dieciséis piezas de artillería. Las dividen en dos ejércitos: el del Este, que ha de ocupar Navarra, y el del Oeste, encargado de atacar a las otras tres provincias. Este último se subdivide en tres cuerpos de ejército; dos de ellos deben avanzar de Sur a Norte, el tercero, mandado por Moriones, se encuentra al Norte de Guipúzcoa. Frente a ese despliegue, el ejército legitimista es mucho más modesto: cuarenta y ocho batallones, tres regimientos de caballería y cien piezas de artillería. Pérula, partidario de la guerra sin cuartel, es sustituido el 11 de diciembre por el conde de Caserta, rodeado de un Estado Mayor de aristócratas.[41] La desproporción es grande; el ejército legitimista está dirigido por un grupo social cuyos orígenes son excesivamente ostensibles; en cuanto al jefe supremo, es un extranjero. Todo ello ofrece ventajas suplementarias al Gobierno que, en el último momento,

---

[40] El balance de la actividad militar en los demás frentes es mediocre. Veanse Hernando: **Op. Cit.** pp. 207-236, **passim,** Oyarzun: **Op. Cit.** pp. 359-394, **passim.** Respecto a la ayuda francesa, Pirala: VI, 465.

[41] Entre ellos el barón de Sangarren y el marqués de Vesulla, Hernando (410-413) y Oyarzun (415-418)

se esfuerza por ahorrar sufrimientos a la población civil.[42]

Los preparativos duran mucho tiempo y hasta el 21 de enero de 1876 las armas permanecen silenciosas. Ese día, la artillería liberal empieza a bombardear la línea de Valmaseda, en Vizcaya. El 28. Moriones sale de San Sebastián, desembarca en Guetaria y se apodera del fuerte Garate que domina la carretera de Zarauz a Azpeitia. La línea de defensa carlista en Guipúzcoa se ve así conmovida. Ese mismo día Quesada sale de Vitoria hacia Villarreal, Salinas y Aramayona iniciando un ataque simultaneo en las tres provincias del Oeste. El 29, su ejército se apodera de San Antonio de Urquiola, el pico que domina a Durango. El jefe carlista de Álava. Ugarte, huye precipitadamente hacia Azcoitia. El mismo día 28. Morales ataca las posiciones carlistas que dominan a San Sebastián.

El ejército del Este entra en acción en las mismas fechas. Primo de Rivera ataca a la vez Mañeru y Santa Bábara de Oteiza y toma esta el 31 de enero. Entre tanto, Martínez Campos, que ha salido de Pamplona el día 29, llega el 31 a Elizondo, al Norte de Navarra. En Vizcaya, la línea de Valmaseda cede y el jefe carlista Carasa se repliega hacia Guipúzcoa. El primero de febrero, Álava y la casi totalidad de Vizcaya han sido ganadas por las tropas gubernamentales: en diez días, los carlistas han perdido buena parte del territorio que ocupaban; sólo disponen de una parte de Guipúzcoa y de Navarra.

297 Moriones consigue romper las líneas enemigas y llega a Azpeitia donde se encuentra con Loma que viene del Sur. Guipúzcoa a su vez se halla muy amenazada, pero los carlistas conservan aún una parte de Navarra. Pérula, ahora jefe de las fuerzas de esta provincia, se establece al Norte, en Santesteban, mientras que las líneas de defensa que rodean a Estella se mantienen. Don Carlos reúne a sus generales en Beasain, el 17 de febrero, con el fin de estudiar un nuevo plan de resistencia, pero, los días 17 y 18, el jefe carlista Calderón es derrotado en las puertas de Estella, en Montejurra, y Lizárraga abandona la ciudad el día 19. Martínez Campos, el 18, ha atacado a Vera y ha enviado a otra columna, desde Urdax a Zugarramurdi, hacia el puesto de Peñaplata. El 20 cae esta posición en el preciso momento en que las tropas de Martínez Campos se unen con las de Moriones y en que Quesada ocupa Tolosa. Lizárraga accede entonces al mando supremo, pero los soldados empiezan a desertar masivamente

Desde principios de febrero los carlistas se hallan completamente desmoralizados y reina en sus filas la anarquía. En Estella:

> «Los muchachos se entregaban al robo y al pillaje... se robaba y se saqueaba en cuadrilla...»

La anarquía era grande... Las deserciones y conflictos se multiplicaban... La palabra traición circulaba entre los voluntarios sin hecho concrete que la justificara».[43]

Las deserciones afectan primero a las tres provincias occidentales, pero, a partir del 24 de febrero, los batallones navarros empiezan a desintegrarse; sólo los Castellanos, lejos de su tierra, permanecen fieles hasta el final. El 28, Don Carlos cruza la frontera Tranco-española; diez mil carlistas siguen al Rey en su exilio. La potente maquina de guerra del Gobierno ha acabado por fin con la determinación de los legitimistas. Pero otros factores han contribuido también a la derrota. Pirala concluye su exposición sobre la campaña final en estos términos:

298

> «...el partido carlista sufrid en la última guerra las consecuencias de su alejamiento de la vida publica. Al estallar la revolución de septiembre, los carlistas carecían de

[42] El general Zavala suprime, a principios de 1876, las multas a los pueblos. Pirala: VI. 461-463.
[43] **Ibid,** 498, la cita p. 506.

> hombres políticos propios, y se vieron fatalmente condenados a sufrir la dirección de muchos de sus antiguos enemigos, convertidos al carlismo por la fuerza de las circunstancias, más que por convicciones propias... lego la guerra, y al entusiasmo de los voluntarios, correspondía en varios jefes una frialdad evidente. En alguno de ellos podía percibirse el deseo, o la esperanza, de hallar la mejor formula para que fueran reconocidos del lado de acá los grados que hubieran obtenido en las filas carlistas».[44]

En suma, Pirala atribuye la responsabilidad de la «deshecha», a la vez a los neo-carlistas y a algunos militares profesionales, lo que es una manera implícita de rendir homenaje a los combatientes vascos. En efecto, la larga resistencia que han opuesto al Ejército ha despertado la admiración de los mismos liberales. El Gobierno indulta a los vencidos; muchos refugiados retornan inmediatamente de Francia. Del 18 de marzo al 28 de abril de 1876, los consulados españoles simplifican las operaciones de entrega de pasaportes a más de 8.000 combatientes entre los cuales muchos mandos.[45] Era lo que quedaba del ejército legitimista, los que nunca fueron vencidos militarmente. La rapidez de su regreso pone de manifiesto la amplitud de la derrota y su carácter definitiva A la medida de su resistencia tenaz; durante tres años, han hecho de una región española un temible bastión. Desde ahora empieza un largo período de silencio del campo vasco.

Conclusión

La victoria de Vizcaya no ha puesto termino a los sacrificios de los gubernamentales que han tenido que soportar una guerra costosa, en la medida en que los rebeldes han hecho del País Vasco una fortaleza inexpugnable. Han sido precisos recursos considerables para vencer a los carlistas. Para que la nación se preste a tanta abnegación, los responsables de Madrid se han visto obligados a ensanchar la base del régimen. Con la orientación que este tomara, ya en la segunda mitad de 1873, su apertura sólo podía hacerse hacia la derecha, lo que lleva de manera natural a la Restauración.

299 El giro a la derecha ha permitido al Gobierno obtener apoyos nuevos y solidos confiscando en provecho suyo parte de la base política de los rebeldes, pero ha condenado al régimen republicano a su ruina inevitable. Los carlistas, por su parte, han realizado una tarea de autodestrucción al debilitar a la izquierda. Los ganadores han sido los «alfonsinos» que, para proteger sus intereses, han dejado que la guerra se «pudra». La clase dirigente española va a encontrar entonces una solución a la situación que ha surgido en 1868; todas las condiciones se hallan ya reunidas para prescindir de los legitimistas y eliminarlos políticamente. Pero la negligencia culpable de los militares, encargados de reprimir la insurrección y que han pasado el tiempo conspirando, debilitando a la República y desacreditándola, ha permitido a los carlistas consolidar sus posiciones en el País Vasco. Esfuerzos considerables y más de un año de guerra habrán sido necesarios, por eso, para vencer a los rebeldes.

---

[44] Ibid, p. 512.

[45] Ibid, pp. 515-516. Del 18 de marzo al 24 de abril, 8.227 soldados y 284 mandos (entre ellos, 13 generales o coroneles, 16 tenientes coroneles y 36 comandantes) piden indulto en los Consulados españoles de Francia. A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1876.

Esas circunstancias han hecho que la victoria militar de los «alfonsinos» se demore con respecto a su triunfo político, ya obtenido en 1874. El año «suplementario» de guerra no ha sido, sin embargo, inservible para ellos, pues la nación, estrujada y agotada por los combates, aceptara con menos reservas el régimen ideado por el Sr. Cánovas del Castillo.

301

Capitulo IX. Política y propaganda en los últimos años de la guerra (1874-1876)

La ocupación de la casi totalidad del País Vasco permite a los legitimistas crear progresivamente un Estado. La resistencia que oponen al Ejército, al darles la ilusión que su implantación en la región es duradera, puede incitarles a poner en práctica los proyectos de gobierno elaborados por sus ideólogos. Por otra parte, la situación de los rebeldes se deteriora; a partir de la Restauración, muchos cambian de campo.

Se trata de ver como la prensa vasca da cuenta del conflicto, de su evolución y de los problemas políticos más importantes. Sucesivamente nos referiremos a la prensa liberal y a la prensa carlista, luego a las actitudes de algunos dirigentes rebeldes.

I. La propaganda liberal

Se ha podido comprobar que la posición delicada de los liberales vizcaínos no altera, antes del sitio de Bilbao, la moderación de la prensa de esa ciudad. Su prudencia ha sido proporcional al empeño conciliador manifestado desde Amorebieta por determinados responsables del movimiento liberal. Los liberales de Guipúzcoa, por el contrario, dan pruebas, desde 1872, de mayor energía en la represión de los insurrectos. El **Diario de San Sebastián** refleja bien el punto de vista, en 1874 y 1875, de algunos adversarios de D. Carlos en la ciudad tradicionalmente más liberal del País V asco.

302

Se puede observar enseguida que el periódico de San Sebastián es mucho menos indulgente con los rebeldes que **El Correo Vascongado** de Bilbao, cuyas posiciones en 1873 examinamos ya en nuestra segunda parte. Una simple ojeada permite descubrir el odio al carlismo de los redactores del Diario. Este es aparentemente el portavoz de una corriente liberal intransigente.[1]

Prosiguiendo el examen de ese órgano de prensa se nota también la indigencia de su contenido. Los artículos de fondo son escasos; se limita a suministrar informaciones sobre la actualidad acompañadas de algunos comentarios. La guerra como tal no atrae demasiado su atención; carece de relatos sobre los combates y su argumentación política se sitúa en un nivel elemental. Las noticias referentes al adversario son con frecuencia imprecisas, hasta inexactas; el periódico se complace en preceder sus informaciones de «se dice», «parece que», etc., lo que resta valor a los testimonies que transmite y pone de manifiesto, por otro

[1] **Diario de San Sebastián**, Año II. 1874. (Biblioteca municipal de San Sebastián). Hemos consultado del Nº 18 (2 de enero de 1874) al 132. Para 1874, existe un volumen encuadernado y ejemplares sueltos de 1874 y 1875.

lado, el aislamiento en que el Diario y sus amigos se encuentran.[2]

Por el contrario, sus páginas se dedican con insistencia a hablar de los carlistas; no hay duda de que sus redactores tienen empeño en imponer a los lectores una imagen partidista del adversario.

El análisis del carlismo

Valiéndose de epítetos despectivos, pinta a los insurrectos como a una masa de campesinos movidos por instintos primitivos y fanatizados por los notables rurales y el clero:

> «...el bárbaro fanatismo... los barbaros instintos que en ellos (los campesinos) han sabido inspirar los curas y jaunchos de este país».[3]

El egoísmo estrecho del clero es, según el Diario, el factor básico de la rebelión. Las Juntas de Fuenterrabía de 1869 decretaron la supresión del diezmo y los curas lanzan una amplia campaña de agitación. Muchos campesinos, fanatizados, siguen pagando esa carga. A lo largo de la guerra, los carlistas restablecen el diezmo, pero deciden luego que este debe contribuir a crear un fondo de guerra, lo que, en definitiva, se asemeja a la solución propuesta por los liberales. No valía pues la pena declarar una guerra por tan poca cosa, concluye el periódico donostiarra.

303

En otro espacio, el Diario afirma que, pese a su influencia, el clero no ha podido arrastrar a la guerra a toda la masa rural pues, al principio de la contienda, muchos jóvenes emigran a América para no tener que enrolarse. Por consiguiente, si la guerra ha llegado a tomar tantos vuelos ello se debe parcialmente a algunos liberales, los «federales intransigentes» que con su radicalismo han asustado a mucha gente que era neutral. Sin los excesos de esos grupos, los carlistas no hubieran:

> «... reunida la juventud de este país, ni habrían tenido tiempo para organizarla, ni el carlismo habría podido contar en su seno a algunas personas que en un momento de decaimiento de animo o quizá de despecho al ver tanto desquiciamiento, le buscaron como su tabla de salvación».[4]

En resumidas cuentas, para el periódico donostiarra, la responsabilidad de la guerra incumbe a los intransigentes de derecha y de izquierda danto así a entender que sus redactores se sitúan en el centro y son representantes, pese a su agresividad, y de una corriente liberal moderada.

La imagen que transmite de los mandos rebeldes es la de gente sin escrúpulos que tratan de sacar provecho de la guerra. Resumiendo la biografía de un dirigente carlista, veterano de la guerra de los Siete Años, nos explica que dicho señor se ha ido con la rebelión porque sus negocios eran poco boyantes. El carlismo es pues una mezcla de aventureros y de populacho. La gente solvente, los ricos, incluso los propietarios absentistas, sólo pueden ser liberales. Da cuenta también de carlistas acomodados que, como muchos de San Sebastián, se han ido de

---

[2] Así, el Nº del 12/02/74 afirma que Dorronsoro ha sido destituido. El del 16 de febrero cita como Diputado rebelde de Guipúzcoa a una personalidad que es en realidad el secretario de la Diputación. Afirma (n.' del 19 de marzo) que el Diputado carlista ha restablecido el diezmo.

[3] Nº del 28/09/74.

[4] **Ibid,** del 16/04/74.

la región para evitar la guerra.[5]

Los carlistas son fanáticos temibles y entre ellos los más intransigentes son los navarros, aunque en el interior de cada provincia haya de todo, pero los de Guipúzcoa y Vizcaya empiezan a desanimarse.[6] La actividad esencial de los insurrectos —prosigue el Diario— consiste en sacar dinero a los enemigos más ricos. Los responsables de la administración liberal de Guipúzcoa han pagado las consecuencias, así como otros muchos propietarios, expropiados a pesar de las garantías que daban ciertos dirigentes carlistas. Los rebeldes son pues tan peligrosos para la propiedad como los revolucionarios, hasta tal punto que el periódico donostiarra los apoda «**socialistas blancos, peores aun que los rojos**». [7] Felizmente, los carlistas no ganaran la guerra, pese al aumento sensible y rápido de sus efectivos militares, pues los combatientes ya no creen en la victoria; los labriegos, que han sacrificado todo a los legitimistas, desean la paz; los mandos, por su parte, están cansados. ya que la guerra les causa perjuicios y no les procura ningún provecho. Los rebeldes siguen luchando:

> «...para demostrar que no pueden ser vencidos por las armas».[8] Por inercia, por pura barbarie, pues. Por lo demás, añade el Diario, con respecto a la primera guerra, la última se caracteriza por su incultura y mediocridad. Durante la guerra de los Siete Años, los oficiales de ambos ejércitos, a menudo universitarios. supieron concebir operaciones inteligentes y los soldados aprendieron a luchar con valor y dignidad. Esas cualidades brillan por su ausencia en la presente contienda. Los combatientes se muestran cerriles y los oficiales procedentes de otras regiones no son aceptados en la mayor parte de las unidades vascas.[9] Por otro lado, los rebeldes han sido engañados por sus dirigentes. Les han hecho creer que la rebelión sería asunto de unos días, poco costosa, un paseo, en cierto modo, para acompañar al Pretendiente hasta Madrid. Ahora bien, ha ocurrido exactamente lo contrario y las provincias vascas han de soportar sacrificios considerables. Los responsables legitimistas «...se han empeñado en que todo lo han de sacar del país, armas, material, dinero...».[10] Eso arruina a las familias y hace que la guerra sea impopular.

305

El Liberalismo encarnación del progreso

---

[5] En el Nº del 8 de abril, indica que un profesor del Instituto de Vergara y un Inspector del mismo establecimiento mandan batallones de Álava. El 25 de febrero y el 7 de abril afirma con desprecio que Bernaola, jefe de Partida. era caminero y su compañero Gorordo tabernero. En el Nº del 22 de enero publica la biografía de Juan José Aizpurua, general de brigada carlista. Acabo la primera guerra —dice— con el grado de capitán; a su retorno de exilio trabajo como empleado en un restaurante. del que llego a ser propietario, luego se dedicó a otros negocios que, hacia 1870, empezaron a decaer.
En el Nº del 16 de abril, un periodista del **Diario** afirma como algo evidente que un propietario es forzosamente liberal. A propósito de Gurruchaga, liberal propietario de fabrica y de minas, el Nº del 28 de enero cree poder afirmar que dicho personaje es uno de los más odiados por los carlistas. El 2 de enero. el **Diario** informa a los lectores que Lizárraga ha ordenado la confiscación de los bienes pertenecientes a los liberales más conocidos de Guipúzcoa con el fin de indemnizar a los propietarios de los dos caseríos incendiados en Azpeitia. El 12 de febrero, indica que los carlistas se han apoderado de los bienes del Diputado liberal. El 22 de febrero. anuncia que los insurrectos han incendiado el arsenal de un liberal conocido y que el alcalde de San Sebastián ha sido victima de depredaciones causadas por el enemigo.

[6] En Navarra, todos los rebeldes son voluntarios. mientras que en Vizcaya los más temibles son los carlistas de Portugalete. números del 14 y del 19 de abril respectivamente.

[7] Lizárraga y Dorronsoro —afirma el periódico— habían invitado a los fabricantes exiliados al principio de la insurrección, a volver a sus hogares pues los legitimistas se comprometían a proteger la industria. el comercio y la propiedad. **Ibid.** 28/01 1874

[8] **Ibid,** del 20 y 25/02/1874. Se trata de uno de los pocos artículos de fondo titulado **El término de la guerra**

[9] Compara las dos guerras en su número del 26 de mayo y en el del 11 de febrero ha explicado que los rebeldes vascos no soportan verse mandados por oficiales de otras provincias

[10] Nº del 25/02/1874

Es la antítesis de la barbarie carlista, como lo demuestra el comportamiento de los gubernamentales. Así, los bienes pertenecientes a los carlistas emigrados son respetados, pues los liberales saben que la propiedad y el capital garantizan el progreso.[11] Este se ve comprometido por la guerra y por la incapacidad de los rebeldes para hacer funcionar normalmente las actividades productivas. Por este camino, el Diario aborda los problemas económicos

Observa con tristeza la interrupción de la expansión económica en Vizcaya donde la explotación del mineral de hierro —dice— conoció un gran desarrollo antes de la contienda. El trabajo en las minas:

> « ...había tornado en Vizcaya proporciones tan considerables, que al empezar la insurrección carlista habría en la ría 200 buques para la exportación de esa primera materia».[12]

Los legitimistas, prosigue diciendo el articulista, se preocupan poco de ese retroceso y se contentan con la relativa abundancia de productos alimenticios. Aunque la mitad de las fincas no se cultiven desde el otoño de 1873, los artículos de primera necesidad cuestan baratos en zona carlista. En Álava, hay cantidades considerables de trigo; en Navarra, de trigo y vino, y, en Guipúzcoa y Vizcaya, de maíz y de carne. Los rebeldes pueden pues subsistir durante mucho tiempo. Pero si los precios son bajos, eso se debe al descenso del comercio que, de rechazo, encarece esos mismos productos en las ciudades ocupadas por los liberales. así el precio de la carne es elevadísimo en San Sebastián. Y precisamente esa situación puede despertar el egoísmo de nuestros aldeanos:

> « Nuestro campesinos prefieren la guerra a la paz, pero de seguro que suspiran por los buenos tiempos en que vendían sus productos a peso de oro, como vulgarmente se dice».[13]

La interrupción del comercio priva incluso a los carlistas de ciertos ingresos. Cuando el Diario informa a sus lectores que el general rebelde Cevallos ha prohibido la exportación de vino navarro a San Sebastián, añade este comentario:

306

> « Peor para la Navarra, pues que representaba su venta un valor de unos 20.000 duros mensuales y 5.000 duros mensuales de derechos».[14]

Por otro lado, la riqueza en productos agrícolas se ve neutralizada, en la zona carlista, por la penuria de artículos manufacturados:

> «Dentro del país carlista son muy pocos los herreros, carpinteros, zapateros, sastres y otros artesanos...».[15]

Como los rebeldes tienen poco dinero y topan con grandes dificultades en lo referente a los transportes, no están en condiciones de importar de Francia todos los artículos que necesitan. Han creado aduanas en cada una de las provincias, salvo entre Vizcaya y Guipúzcoa

---

[11] Los «...cuantiosos bienes de carlistas emigrados... son escrupulosamente respetados...», escribe el 28 de febrero. Ese respeto no impide a los carlistas de San Sebastián mostrarse odiosos. añade. Son gente sin vergüenza que ni siquiera tienen valor para tomar las armas. (Nº del 25 de febrero).

[12] Ibid, del 9/01/1874

[13] **Ibid,** del 14/04/74. En su Nº del 12 de abril, el Diario se detiene a examinar la situación de las zonas ocupados por los legitimistas

[14] Explica (Nº del 8 de abril) que los carlistas prohíben el transporte de mercancías con destine a San Sebastián. El 24 de abril vuelve a hablar del comercio en el país Vasco y en el Nº del 24 de mayo, informa a los lectores que los carlistas acaban de autorizar a las zonas que controlan a exportar artículos a San Sebastián, con el fin de que las autoridades militares de dicha ciudad toleren de nuevo el comercio entre San Sebastián y las regiones rurales.

[15] Nº del 24/04/74.

que han firmado un acuerdo para facilitar el comercio. Esas aduanas encarecen los precios de las mercancías importadas del extranjero y dan lugar a abusos, en detrimento de los consumidores.[16] La incapacidad de los carlistas para domeñar lo económico sólo puede perjudicarles, concluye el diario liberal que aconseja el bloqueo de las zonas ocupadas por el adversario.

En 1875, el Diario insiste en los perjuicios que causa la guerra y deplora las complacencias que se han tenido con los insurrectos que siguen imponiendo multas onerosas:

> «¡Cuán caro está pagando este desdichado país su culpable indiferencia de algún tiempo y sus complacencias con el carlismo!».[17]

Describe también la situación penosa de algunas categorías profesionales. Como ha aconsejado a las autoridades liberales que recurran a las confiscaciones, siguiendo el ejemplo de los carlistas. da cuenta con satisfacción de las medidas adoptadas en este sentido en Vizcaya.[18] El Diario desea la reactivación económica, el restablecimiento del comercio y una paz que propicie el despegue de todo el aparato productivo, pero, comprobando la situación creada por la guerra, predica, para responder a la represión económica ejercida por el adversario, el mismo tipo de represión que, no obstante, es contraria a la vocación de los liberales, según dice.

307

La búsqueda de un compromiso en 1875

El tono pesimista y amargo del Diario, en 1874, cambia progresivamente en 1875. Da cuenta de la construcción de un cable submarino entre Santander y Bilbao y de las buenas relaciones existentes entre esta ciudad y las zonas carlistas de Vizcaya; el comercio se reanuda en esta provincia pese a la guerra.[19] Pero ese optimismo cada vez más ostensible se debe sobre todo a las previsiones favorables en lo que respecta al fin de la contienda.

Ofrece sus columnas a un carlista arrepentido que acaba de adherir al partido de Alfonso XII. EI nuevo «alfonsista» prefiere guardar el anonimato y firma su artículo «un amante del país vasco-navarro». Evoca con nostalgia la prosperidad (sic) de la época de Isabel II y considera que el hijo de la Reina no dejara de promover una nueva era de progreso. Se cree autorizado a afirmar que los Vascos confiaran en el nuevo Rey pues su sublevación tenia por objeto defender la Religión que desde ahora será protegida por Alfonso XII.[20]

La evolución del Diario se explica también gracias a los progresos de la oposición en la zona

---

[16] El 2 de enero insiste en lo oneroso de los peajes y derechos de aduana impuestos por los rebeldes. El 11 de abril se refiere a la multitud de aduanas carlistas y escribe a este respecto:

> «En suma, la absoluta independencia con que las provincias obran, suscita dificultades y embarazos al comercio y redunda en perjuicio del consumidor.»

[17] Nº del 16/01/1875

[18] En el número del 18/01/75, afirma que los jubilados acaban de cobrar la pensión correspondiente al mes de junio de 1873 y el 19/01/75 señala que se deben 18 mensualidades de sueldo a los profesores del Instituto.
Condenando las confiscaciones llevadas a cabo por los carlistas, el periódico ha aconsejado a menudo que los liberales recurran al mismo procedimiento. Escribe el 28 de febrero de 1874 que ya es hora de aplicar las penas previstas por el Fuero contra los rebeldes, penas pecuniarias cuyo monto se estableció en las Juntas de Tolosa. El 28 de septiembre reproduce una lista de carlistas cuyos bienes han sido confiscados. El 18 de enero de 1875. repite la información dada por Irurac-bat de Bilbao según la cual el general Villegas ha impuesto 40.000 reales de multa a Valmaseda.

[19] Nº del 14/01/75. Se puede también leer:

> «Dice un periódico de Santander que no es cierto que los carlistas hayan prohibido la entrada a la capital de Vizcaya de los naturales del país que concurren a los mercados, pues continúan en muy buenas relaciones con la plaza como si la guerra no existiese»

[20] Números del 20 y del 25 de enero de 1875

carlista. Las tensiones en el campo rebelde son, según el, agudas en Vizcaya donde los pueblos, incapaces de soportar cargas cada vez más pesadas, se han enfrentado con la Diputación legitimista. Además, algunas personas influyentes han rechazado puestos de Alcalde que les ofrecían las autoridades rebeldes. Treinta y tres curas de Vizcaya ya se han refugiado en Bilbao después de la Restauración. En fin, muchos carlistas se han acogido al indulto ofrecido por el nuevo rey de España. Las deserciones alcanzan tales proporciones que los carlistas más intransigentes han publicado un folleto, **Los Munagorris,** que hace referencia a muchísimas traiciones, hasta en la Corte. El periódico donostiarra ataca de paso a todos los carlistas que se oponen a la reconciliación. Haciéndose eco de rumores según los cuales un dirigente carlista de Navarra se ha refugiado en Francia, el Diario se complace en subrayar que dicha personalidad es uno de los primeros «capitalistas» de su provincia.[21]

308 El periódico liberal de San Sebastián se desliza de manera implícita y progresiva hacia las posiciones de los «alfonsinos». Como ha mirado hacia otros horizontes, opera una conversión similar a la del carlista arrepentido a quien ha ofrecido sus páginas. La búsqueda de la paz le incita también a moderar sus ataques contra los rebeldes.

Con motivo de las fiestas de Hendaya, el Diario da cuenta de disputas y peleas entre carlistas y liberales que se hallaban en dicha ciudad francesa, pero imputa a los Franceses la responsabilidad de esos disturbios. Ya en 1874, el periódico donostiarra recordaba la ayuda que los fronterizos del país vecino dispensaban a los insurrectos. En 1875, vuelve de nuevo a tratar de ese problema y aconseja a las autoridades militares que tomen Valcarlos con el fin de privar al adversario de una importante fuente de ingresos. Aunque no lo dice explícitamente, da a entender que las simpatías manifestadas por los franceses de la frontera hacia los rebeldes se deben en gran parte al interés puramente mercantil que la guerra tiene para aquellos.[22]

Como se puede comprobar con facilidad, el **Diario de San Sebastián,** particularmente representativo del movimiento liberal de Guipúzcoa, no es un órgano de propaganda de nivel elevado. No hay en el la mínima exposición doctrinal o un esbozo de programa de gobierno. Su ideario político aparece mal definido; es simplemente anticarlista. Las páginas que anteceden prueban que es el vehículo de una ideología al servicio de una clase y que defiende finalmente el **statu quo** social contra quienes, en su opinión, amenazan con cambiarlo, los de izquierda, naturalmente, pero también. los de «derechas», pues atribuye a las masas

---

21 «Personas llegadas de Durango dicen que han surgido serías desavenencias entre la Junta de Merindades que tiene gran influencia en los pueblos, y la Diputación a guerra, negándose aquella a aprobar las enormes contribuciones con que esta trata nuevamente de esquilmar a las poblaciones de Vizcaya sometidas a su ominoso yugo.»

Ibid, del 15/01/75. El 18 de enero, el Diario cita a **El Cuartel Real** para demostrar que los carlistas se preocupan mucho de la actitud que va a tomar el clero respecto a Alfonso XII.

El 20 de enero, escribe a propósito del folleto editado por «Los Muñagorris»

« ...el referido folleto ha caído como una bomba entre la camarilla del Pretendiente viniendo a resucitar la desconfianza que los soldados de filas demuestran hacia muchos de sus jefes, máxime si estos no Son vascongados.»

El Nº del 26/01 sigue refiriéndose al mismo asunto:

« En Durango han sido presos e incomunicados dos ojalateros carlistas a quienes se supone propagadores del famoso folleto titulado Los Muñagorris que tanta escisión ha producido en el campo carlista. Créese que este folleto ha sido impreso en Francia por algún pájaro de cuenta».

El 25 y 26 de enero, da cuenta de contactos entre funcionarios gubernamentales y algunos responsables rebeldes. El 8 de febrero, en fin, alude a una personalidad carlista influyente de Navarra que al parecer se ha exilado voluntariamente.

22 Los franceses de Hendaya —escribe el 29 de enero— «...estaba más provocadora que los mismos carlistas...». Explica en el Nº del 7 de julio de 1874 que la guerra ofrece interés económico a los franceses de la frontera. El Nº del 8 de febrero de 1875 aconseja a las autoridades militares que se apoderen de Valcarlos:

«Aquí esperamos que muy en breve pase a ocupar Valcarlos alguna columnita del ejército con los valientes forales navarros... esta medida. al parecer insignificante, sería de gran importancia pues privaría a los carlistas de dicha aduana, que es una de las más productivas, y precisamente hoy la cuestión de recursos es vital para el carlismo.»

populares carlistas una temible dimensión revolucionaria.

309 En 1874, cuando el periódico y sus inspiradores se hallan cercados por los rebeldes, el miedo a los aldeanos en armas le sugiere un odio al carlismo que se basa en intereses de clase; cuando divisa la salida que ofrece la Restauración, el periódico de San Sebastián se acerca a los alfonsinos y reserva sus ataques para los insurrectos que se niegan al compromiso. Llega así a las posiciones de El Correo de Bilbao que, desde 1873, hacia campaña por Alfonso XII. La evolución del Diario indica que las divisiones entre una corriente liberal más conciliante y otros liberales, decididos a aplastar la rebelión carlista, se atenúan y que las diversas tendencias vascas del liberalismo burgués coinciden en los albores de la Restauración. Como esta trata de entenderse con un sector carlista, puede decirse que Alfonso XII conseguirá la adhesión de buena parte de la clase privilegiada vasca.

II. La propaganda carlista y los esfuerzos para luchar contra el infortunio.

El análisis de la ideología carlista, de la época isabelina a 1873, ha permitido comprobar la capacidad de adaptación de ese pensamiento a las diversas coyunturas. Ahora bien, el período

1874-1876, a causa de su complejidad, podría añadir matices substanciales a aquel ideario. Los carlistas no son ya un partido de oposición; gobiernan en una región. Por otro lado, pese a su esfuerzo y a algunas victorias, la evolución de la situación política les es cada vez más adversa. Esas circunstancias podrían provocar el estallido en tendencias de las diversas corrientes del Partido.

Los periódicos liberales de 1873 y 1874, más arriba analizados, creen realmente en la existencia de una corriente popular, incluso revolucionaria, en el campo legitimista. De hecho, el historiador carlista Oyarzun se niega a clasificar a su partido en la extrema derecha sin dejar por ello de reconocer el papel determinante que sus correligionarios desempeñaron en la derrota de la primera República. En nuestros días, Olcina afirma que fueron los neos quienes impusieron sus teorías reaccionarias a los viejos carlistas y a las masas populares que seguían a Don Carlos.[23]

310 Observando día a día la propaganda escrita, intentaremos determinar las tendencias, en la medida en que han existido realmente, y precisar de manera particular lo que podría llamarse el carlismo popular.

1. «El Cuartel Real»

A través de su titulo, **El Cuartel Real** ostenta la pretensión de ser un boletín de guerra y del órgano oficial del Alto Mando y del Estado carlistas. Publicado en Estella, en julio y agosto de 1874, no llega a editarse todos los días, sino sólo cada dos o tres días; cada número tiene dos páginas. A partir del 29 de agosto, el periódico se edita en Tolosa y publica entre 8 y 14

[23] E. Olcina: **Op. Cit.** pp. 164-185.

números por mes, de cuatro páginas cada uno. Pese a la situación difícil de los insurrectos. después de la Restauración, **El Cuartel Real** consigue mantener el ritmo de sus publicaciones hasta enero de 1876.[24]

Hemos analizado su contenido en las diversas etapas de su edición. En julio y agosto de 1874, el tono es relativamente optimista y revela la confianza que tienen aún sus redactores en un fin venturoso la guerra. El contenido podría clasificarse en los siguientes apartados: artículos polémicos, comentarios irónicos sobre la actualidad, noticias de la guerra y, de vez en cuando, comunicados del Alto Mando o cartas de D. Carlos. Consagra algunas páginas a defender a los responsables, acusados por el adversario de imponer contribuciones enormes, de practicar el saqueo y maltratar ^ los prisioneros. Pero **El Cuartel Real** reserva lo esencial de su espacio a una campaña ofensiva. Acusa al gobierno de Madrid de traicionar los principios que invoca y al Ejército de dar pruebas de crueldad llevando a cabo una guerra devastadora. Su argumentación antiliberal utiliza los tópicos que la prensa legitimista ha c fundido antes de la guerra pero se renuncia ahora a las amplias exposiciones del período anterior.[25]

En los últimos meses de 1874, los redactores de **El Cuartel Real** disimulan mal sus inquietudes. Consideran como inevitable el reconocimiento de Serrano por parte de Francia y lo atribuyen al carácter conservador del gobierno presidido por el general.

311

Como la prensa liberal alude a dificultades internas en el campo carlista, el órgano legitimista ironiza sobre las ilusiones que los liberales se hacen a este respecto y publica regularmente noticias que dan cuenta del paso al ejército rebelde de oficiales y soldados procedentes del campo republicano. No obstante, sus polémicas incesantes con los **alfonsinos** y sus advertencias a los nuevos **aviranetas** dan testimonio de su miedo creciente a la traición. Para evitar las defecciones en su campo, se esfuerza por demostrar que Alfonso XII es tan liberal, y, por consiguiente, tan peligroso, como el régimen contra el que los carlistas luchan desde 1872.[26]

Con frecuencia evoca el problema de la represión ejercida por los gubernamentales y de la replica de los carlistas. Informa a sus lectores que el comandante carlista de Navarra, al comprobar que los liberales imponen una contribución de cien reales por mes a las familias que tienen un miembro en la facción, decide como represalia que los liberales más notorios paguen dos mil reales al mes. No vacila en publicar un bando de Mendiry amenazando con ejecutar a los ferroviarios que acepten transportar mercancías para los gubernamentales y justifica esa severidad acusando al enemigo de los peores excesos.[27] Enumera a los carlistas de San Sebastián, victimas de confiscaciones, y alude a la creación de una contraguerrilla vasca financiada mediante una contribución extraordinaria que habrían de pagar las poblaciones de las zonas donde aquella vaya a actuar. El periódico acusa a los **forales** de robar a los comerciantes y de obstaculizar el comercio. Justifica la hostilidad de la población a los gubernamentales que:

---

[24] **El Cuartel Real**, Ano II, Estella. Del n.° 90 (25/07/74) al Nº 101 (21/08/74). A partir del Nº 102, el periódico se edita en Tolosa. Los números y las fechas de publicación, de septiembre a diciembre de 1874, son los siguientes:

Números: Del 103 al 115. Fechas respectivas: **septiembre**: 1, 3, 5. 8, 10, 12, 15, 17, 19, 22, 24, 26 y 29.

Números: Del 116 al 129. Fechas respectivas: **octubre**: 1, 3, 6, 8, 10, 13, 15, 17, 20, 22, 24, 27, 29 y 31

Números: Del 130 al 140. Fechas respectivas: **noviembre** : 3, 5, 7, 10, 12, 14, 16, 20, 22, 24 y 26.

Números: Del 142 al 154. Fechas respectivas: **diciembre**: 1. 3, 5, 8, 12, 15, 17, 19, 22, 24, 27, 29 y 31.

Hemos podido consultar once números en enero de 1875 (los 155, 156, 157, 158, 159, 160, 162, 163, 164 y 166) y catorce en enero de 1876 (del Nº 325 al Nº 339). **Cuartel Real**, colección del archivo del Ayuntamiento de Vitoria.

[25] **Números**: 90 (25/07/74), 91 (28/07/74), 92 (30/07/74), 93 (2/08/74), 94 (5/08/74), 95 (6/08/74), 96 (8/08/74), 97 (11/08/74), 98 (14/08/74), 99 (15/08/74), 100 (10/08/74), 101 (21/08/74).

[26] Números de enero de 1875

[27] Id. del 29/12/74.

> «No encuentran en los pueblos más que débiles mujeres, y las insultan, las atropellan, y aún a algunas las matan. Roban los frutos de los campos, talan las cosechas, y en su afán de inutilizarles todo, ensucian las aguas potables de una manera repugnante».[28]

Esa hostilidad contrasta con el buen entendimiento entre esa misma población y los rebeldes; el comandante militar de Navarra, afirma el periódico, invita a los aldeanos aun no enrolados a constituir unidades militares de defensa sin dejar por ello de proseguir sus quehaceres habituales.[29]

312 Con el mismo objetivo estimulante, exalta la valentía del ejército legitimista, y sobre todo la de los Castellanos, anuncia la creación de nuevas condecoraciones para recompensar a quienes se distingan en los combates y hace hincapié en el estado de privaciones del ejército enemigo:

> «El aspecto de los prisioneros era bastante pobre; la mayor parte eran jovenzuelos sin barba, sin aire marcial y sin aspecto de soldados, a pesar del uniforme».[30]

Naturalmente, **El Cuartel Real** trata de presentar la realidad bajo un ángulo favorable con el fin de dar valor a los combatientes. Pero no por ello oculta el deterioro de su situación o la crueldad de la guerra. Da cuenta de la adhesión popular de que gozan los insurrectos, pero se limita a comprobarla y en ningún momento propone medidas de carácter social o económico capaces de mejorar la situación de esas masas populares.

A partir de la Restauración, el relato de operaciones militares y el análisis de la situación política son el plato cotidiano del periódico cuyo tono se hace cada vez más pesimista y amargo, pese a los esfuerzos de sus redactores por disimular la realidad e intentar dar ánimos.

El Cuartel Real afirma que los liberales han disfrazado a algunas tropas con uniformes carlistas para hacer creer a la gente que unidades rebeldes completas se entregan al enemigo. Desmiente que haya defecciones en el campo carlista y, con motivo del menor encuentro, habla de victoria de la Causa. En esa perspectiva, la batalla de Lacar se exalta profusamente. Comunica que la Diputación carlista de Navarra ha decretado la movilización general, presentada como una nueva fase de la guerra; los combatientes legitimistas son comparados con la Infantería española de los Siglos de Oro cuyos grandes Capitanes son glorificados. Esa propaganda no puede, sin embargo, despertar mucho entusiasmo, pues los mismos números de **El Cuartel Real** que hablan de victorias dan instrucciones a los combatientes que ponen al descubierto las dificultades de estos.

313 Así, por ejemplo, se les pide que ahorren municiones cuya penuria se deja sentir cada vez mas; se reclama una guerra más humanitaria; se subraya el comportamiento caballeresco (sic) de Martínez Campos; se interroga sobre el destino de los oficiales carlistas desertores.[31] El periódico intenta convencer a sus lectores que todo va bien, pero no puede evitar la alusión a una situación que, en lo militar, se deteriora para ellos de día en día. Lo mismo ocurre con sus análisis políticos.

Pretende que la Restauración no ha tenido consecuencias políticas para los carlistas, niega las deserciones y afirma que la actitud del Papa y del clero hacia ellos no ha cambiado. Del mismo modo, declara que nadie ha seguido a Cabrera. Pero no cesa de condenar a este en términos calumniosos ni de hacer de los «alfonsinos» el centro de sus preocupaciones. Para

---

[28] Id. del 29/09/74.
[29] Se insiste en varios números de noviembre, especialmente en los del 3 y del 5.
[30] Suplemento del Nº del 9/12/1874
[31] Números del 2/01/75, 6/02, 13/02, 28/03, 4/05 y 28/05.

condenar a estos últimos, **El Cuartel Real** emplea argumentos diametralmente opuestos a los del año anterior. Antes de la Restauración, indicaba que D. Alfonso era un liberal tan peligroso como los demás. Por el contrario, en 1875, el periódico legitimista tiende a sentar la opinión que el nuevo rey y quienes le rodean son gente sin principios. Los alfonsinos, explica, proceden en gran parte de la antigua Unión Liberal y adhieren a última hora a la revolución de 1868 para ser el ala moderada de la coalición. En el seno de esta los antiguos unionistas conspiran por D. Alfonso, traicionando así los principios que ostentan y a sus propios aliados. Como, además, buscan un compromiso con los «católicos», los alfonsinos engañan a todo el mundo. En cuanto al nuevo rey, ha dado prueba de pocos escrúpulos al aliarse con los enemigos de su propia madre, la Reina Isabel II.[32]

De hecho, prosigue **El Cuartel Real**, el nuevo equipo dirigente se caracteriza por su oportunismo sórdido cuyo objetivo es preservar el statu quo social; para ello, busca alternativamente la alianza de las tendencias políticas más opuestas:

> «Búrlase de los que defendemos el derecho divino y el divino origen de la autoridad, oponiéndonos el dogma infalible de la soberanía popular; pero al mismo tiempo lanza sus rayos contra los que gritan que el gobierno del pueblo es la república con todas sus consecuencias. Cuando el populacho exaltado pone en peligro su existencia, saluda al sacerdote y exalta a la Iglesia, dándose golpes de pecho para que la demagogia no triunfe. Cuando los católicos triunfan, únese al exaltado populacho, y quema iglesias y degüella frailes».[33]

314

El periódico legitimista sigue precisando el significado de la Restauración sin dejar de hacer algunos pronósticos. Las fuerzas sociales que apoyan a Alfonso XII:

> «...han confiscado y vendido los bienes del clero y de los conventos; el pueblo venderá los de aquellos que, so capa de libertad, se han enriquecido a costa del pueblo mismo. Los caciques han negado la moral católica; el pueblo niega la moral de los caciques. Una sola cosa solamente pudiera detener al pueblo; su propio interés. Pero el pueblo es pobre y desheredado, y en esta lucha tiene mucho que ganar y nada puede perder. Mientras quede un sólo palacio, el pueblo luchará para arrasarlo, a fin de que no saiga de sus filas un traidor que haga de él una fortaleza para imponérsele y volverle a la servidumbre. La cadena de los motines y las revoluciones no se ha terminado en España...».[34]

La extensión de esas citas se justifica debido a sus interés. El análisis del significado de la Restauración, presentada como el mejor medio de salvaguardar los privilegios adquiridos y consolidados en la época isabelina, es notable por su precisión y lucidez. Es también sorprendente, al proceder de hombres de extrema derecha, pues tiene resonancias de clase, como si los animadores del periódico hubieran observado las luchas políticas desde el punto de vista de las masas populares. Sin embargo, ese análisis no carece de ambigüedad. Se explica al pueblo que el Liberalismo ha suplantado una opresión por otra aún más despiadada; va a verse subyugado por los «caciques» y, como no tiene nada que perder y sí mucho que ganar, expropiara a los poseedores para ser por fin libre.

---

[32] En su edición del 21 de enero, **El Cuartel Real** cita un periódico ingles que explica que algunos generales liberales, y con ellos muchos oficiales, no son alfonsinos. Así, Pieltain habría renunciado a su puesto para seguir fiel a la República, y Moriones no tardaría en hacer lo mismo. El Nº del 20 de febrero da cuenta de las tentativas del enemigo para comprar a oficiales carlistas; el del 4 de marzo intenta calmar a sus correligionarios inquietos a causa de la actitud del Papa; los números del 9 y 30 de marzo y del 8 y 22 de abril comentan y condenan el comportamiento de Cabrera. El 27 de abril, el periódico se alza contra las propuestas de paz avanzadas por los alfonsinos.

[33] En Nº del 5/01/75 publica un editorial sobre D. Alfonso y el del 2 explica los orígenes políticos de la Restauración

[34] Nº del 10/01/75

335

Pero esa propaganda es también una advertencia dirigida a los privilegiados a quienes se dice que el Liberalismo ha desencadenado una tormenta que lleva a la revolución social. Palabras despectivas, como **populacho** y **canalla**, son empleadas para designar a las masas populares rebeldes, cuyo combate aparece presentado como la continuación del que fue primero emprendido por los **capitalistas** y los **judíos**. En esta última argumentación reconocemos un tópico caro a los ideólogos carlistas que, desde antes de la guerra, han intentado convencer a los conservadores que tenían interés en apoyar a Don Carlos. Este aspecto de la propaganda legitimista debiera poner en guardia contra la tentación irreflexiva de admitir la existencia de una ideología carlista de **izquierda**.

En 1876, en vísperas de la derrota, **El Cuartel Real** intenta provocar deserciones en el ejército explicando a los soldados que sólo luchan para asegurar ascensos a sus oficiales y ello alzándose contra la Religión y la legitimidad.[35] De ese modo se dirige a las masas populares enroladas en el campo adverso para decirles que sus dirigentes les traicionan y que su combate carece de sentido, pero también para afirmar que ese combate es ilegítimo. Por otro lado, no es posible descubrir en este llamamiento la menor propuesta de reforma social o la simple toma en consideración de algunas reivindicaciones del pueblo. Cuando se dirige a sus propios seguidores, el periódico legitimista no se cree oportuno, en ningún momento, proponer reformas socio-económicas. Se limita a exaltar los Fueros y a acusar a los liberales de querer suprimirlos.[36]

El Cuartel Real adapta su propaganda a la evolución de la guerra, sigue siendo adicto a los principios ya expuestos por los ideólogos legitimistas antes de 1872. Fiel a la vocación reaccionaria de los dirigentes del partido. Toda dimensión progresista y hasta populista brilla por su ausencia. Sorprende que siendo como es, por la fuerza de las circunstancias, un periódico destinado esencialmente a los combatientes vascos no consagre más espacio a los problemas específicos de esta región. En realidad, es pura y simplemente el portavoz del carlismo español.

316

2. Las declaraciones de las Diputaciones

El órgano oficial del carlismo dedica poco espacio a las preocupaciones particulares de los carlistas vascos; las circulares y comunicados de las Diputaciones pueden suministrar algunas precisiones a este respecto.

En 1874, el **Boletín de guerra** da testimonio del interés particular que la Diputación de Álava dedica a tres problemas: la autonomía, la seguridad y la educación, problemas estrechamente relacionados.[37]

El Boletín anuncia con satisfacción que D. Carlos acaba de decretar el pleno restablecimiento de los Fueros, lo que presupone la supresión del puesto de gobernador o representante del poder central en las provincias. La Diputación es pues responsable del mantenimiento del orden; instituye un salvoconducto, indispensable para desplazarse por Álava, que ella sola puede expedir, y encarga a los alcaldes, jefes militares y carabineros provinciales, dependientes de su autoridad, el observar la aplicación de esa disposición. Crea un cuerpo de policía que ha de ejercer su autoridad en el territorio provincial. En resumidas cuentas, la

[35] A los soldados enemigos, Nº del 8/01/1876
[36] Acusa sobre todo a los liberales de Bilbao, Nº del 24/12/1875.
[37] Boletín de la guerra de la Provincia de Álava, Biblioteca «Sancho el Sabio», Vitoria

Diputación se apresura a asumir el gobierno de la provincia, en nombre del Rey, pero disfrutando de un grado de autonomía que las provincias vascas nunca tuvieron. Este aspecto no puede dejar de sorprender, si se considera que Álava es una zona especialmente castellanizada. La preocupación de que se respeten escrupulosamente las prerrogativas recientemente adquiridas se trasluce en todos los documentos que emanan de las autoridades provinciales.

Otra preocupación dominante, corolario de la anterior, es el problema de la educación, misión que la Diputación de Álava se propone también asumir plenamente. En la perspectiva de sus dirigentes, se trata de poner término a los daños que causa la enseñanza laica. Desde que la Educación es negocio nacional, a partir de la época isabelina, y no de la competencia de las provincias, un personal docente subversivo ha corrompido a la juventud.[38] El restablecimiento de los Fueros es una medida saludable pues la Diputación puede reorganizar la Instrucción. Las autoridades rebeldes de Álava desean crear escuelas en todos los lugares, sobre todo primarias. y llegar a escolarizar a todos los niños. Dan instrucciones a las autoridades locales y les aconsejan que adopten todo tipo de precauciones para elegir a los maestros y escoger manuales, lo que presupone una doble depuración. Es urgente, dicen aquellas, desprenderse de los profesores «inmorales» y «ateos», aun encubiertos, a quienes las autoridades llaman **el enemigo encubierto.** Esta tarea es encomendada a los Ayuntamientos y a los curas.[39]

317

Así, la enseñanza, a la que el carlismo concede al parecer más importancia que el liberalismo español, la conciben los legitimistas de Álava como un instrumento al servicio del monopolio ideológico, moral y político que su partido desea ejercer sobre los ciudadanos.

La vocación obscurantista, digámoslo sin ambages, de la Diputación de Álava se manifiesta aún con mayor nitidez en 1875, cuando el viento de la derrota sopla con fuerza. Crea entonces una **Comisión** a **guerra** encargada de secundar a la Diputación en los asuntos militares y de manera particular para obtener recursos con que proseguir los combates. La Comisión se dirige a la población exigiendo contribuciones extraordinarias que han de ser pagadas urgentemente so pena de verse considerado, quien a ello se negara, como un enemigo del carlismo. Esa exigencia va acompañada de una serie de consideraciones de tipo religioso. La guerra carlista se identifica con una cruzada comparable a la que sostuvieron los Macabeos contra los paganos. Los legitimistas aparecen así como las milicias del verdadero Dios frente a los liberales impíos, idolatras.[40]

El recurso a las leyendas bíblicas y el refugio en lo irracional permiten explicar las victorias presentes, por lo demás más o menos imaginarias, que los carlistas ganan y las que no dejaran de ganar (sic) en el futuro como el resultado de la ayuda directa que la Divinidad presta a sus hijos preferidos. La formula «Dios está con nosotros» puede resumir el contenido de una parte de la propaganda de las autoridades provinciales.

---

[38] «Es evidente, que nada ha contribuido más a corromper las costumbres en España, que el descuido o mala fe de los gobiernos. En una nación, donde todo se había desamortizado, vincularon la enseñanza en profesores, conocidamente hostiles a todo principio de orden, y al abrigo estos de sus privilegios. convirtieron las aulas en centros de propaganda, explicando en espíritu de secta o bandería, la Religion, la Filosofia y la Historia.
Circular firmada por el Rey a propuesta de la Diputación, Boletín Nº 15 del 9/02/1874.

[39] «...todos los maestros de instrucción primaria de esta provincia, remitirán a esta Diputación una nota de los libros que sirven de texto en sus respectivas escuelas, firmadas por los mismos, con el V° Bº de los señores Alcaldes y Curas párrocos. ... los Ayuntamientos reunidos en sesión, con asistencia de los Párrocos, remitirán un informe de la conducta moral y política de los maestros de sus respectivas localidades, proponiendo en el mismo, cuanto se les ofrezca y parezca, sobre tan importante asunto.»
Circular Nº 20 expedida por «La Diputación General de la M.N. y M.L. Provincia de Álava». Boletín del 2/02/1874

[40] Véase Apéndice 10

El documento que las Diputaciones vascas dirigen colectivamente a D. Carlos, en 1875, se ciñe más a los problemas concretos que la guerra plantea. Contiene un análisis de la situación y propone que se adopten medidas urgentes de saneamiento.

318 Dándose cuenta de la osadía de su gestión y del contenido critico de su escrito, las autoridades provinciales enumeran, a modo de justificación, los méritos del pueblo a quienes representan, antes de proponer la adopción de algunas medidas.

El pueblo vasco —dicen— siempre ha dado pruebas de fidelidad inquebrantable al Rey legítimo. Pese a la oposición de toda Europa y del gobierno central, ese pueblo supo mantenerse en guerra durante siete años y no hubiera depuesto las armas si algunos jefes traidores no le hubieran obligado a hacerlo. Ha guardado, a lo largo del reinado de Isabel II, el mismo sentimiento de fidelidad que, trasmitido de padres a hijos, le ha permitido, a partir de 1868, luchar legalmente y por medio de la insurrección por el advenimiento de Carlos VIE El combate que sostuvo, de 1870 a 1872, hizo que la represión, la ruina y la deportación se abatieran sobre muchas familias, pero nada ha desanimado al pueblo vasco que se lanza con entusiasmo a la guerra en 1872 y 1873. Desde e. comienzo de las hostilidades, ha tenido que soportar gastos y privaciones, pues la guerra actual es muy costosa.

En efecto, el progreso técnico, sobre todo el de la Artillería, una ayuda extranjera menos importante que en la guerra de los Siete Años, han exigido cargas elevadísimas. No obstante, los gastos necesarios, indispensables, son inferiores al costo de lo superfluo. ocasionado esencialmente por la afluencia de carlistas inmigrados que se alojan en el País Vasco para vivir con lujo y ociosidad Disponen de coches, de caballos y de asistentes y ordenanzas que podrían servir para la guerra. La superabundancia de empleados en la administración civil y militar, aumenta la masa de inactive? que viven holgadamente imponiendo onerosas contribuciones a la población y recurriendo a medios ilegales detestables.

319 El País vasco se halla sometido a dura prueba, sin recursos y agotado. Es pues necesario adoptar con urgencia las siguientes medidas:

1º): El Consejo real estará compuesto de las personas más ilustres y prestigiosas del Partido.
2°): El Centro Vasco-navarro (organismo formado por representantes de las cuatro Diputaciones) estará asociado al Gobierno y será consultado en todo asunto referente a la administración y a la hacienda.
3º): Determinados ramos de la administración central serán suprimidos pues son inservibles y es ilusorio y costoso para las provincias vascas el mantenimiento de un Estado carlista «nacional».
4º): Se disminuirán los guardias del Rey, sobre todo los de caballería, pues la augusta persona no corre ningún peligro.
5°): La Sanidad y los hospitales serán confiados a las administraciones provinciales, lo que trae como consecuencia la supresión de la Dirección general creada con ese fin.
6º): El personal de todos los ramos de la administración será reducido y los cesantes se integrarán en unidades combatientes.
7º): Los militares que no participan en los combates no cobrarán sus sueldos y los oficiales de Infantería, por debajo de comandante, serán privados de caballo.
8º): Los generales tendrán derecho a dos asistentes y los oficiales a uno; la distribución de raciones será estrechamente controlada para evitar los abusos.
9º): Es urgente contraer un empréstito fuera del País Vasco para hacer frente a los gastos de guerra.

Las Diputaciones hacen suyas de ese modo las acusaciones que las masas populares lanzan

contra los militares y los políticos de retaguardia a quienes designan con la palabra despectiva de ojalateros.[41]

El fundamento ideológico en el que se basan las declaraciones y la conducta de las Diputaciones es conforme con los principios básicos del legitimismo. Lo que constituye la originalidad de los responsables vascos, con relación a otros dirigentes de su partido, es sin duda la mayor dosis de clericalismo y un apego cada vez más profundo a la autonomía regional.

320 Esta, en efecto, se sitúa prácticamente en un nivel jamás alcanzado en el pasado. En las propuestas que acabamos de examinar, las autoridades provinciales se orientan hacia una superación del «provincialismo» para constituir una especie de federación vasca que nunca ha existido, pero que reivindicaban ya algunos fueristas de antes de la guerra. En fin, otro rasgo original es la atención que los responsables vascos dedican a las exigencias del pueblo y la preocupación de imponer la austeridad a todo el mundo. Algunos militantes no han dejado de proponer esa conducta como modelo

3. El carlismo autocritico:

Algunas personalidades, mucho más que una tendencia estructurada, imputan el infortunio del carlismo a los yerros de sus dirigentes. La actitud autocritica se resume bien en una obra, publicada al final de la guerra, de Nombela, prestigioso militante.[42]

Adhiere al carlismo en 1868, con el fin de combatir a la revolución; se trata pues de un neo y teóricamente de un conservador. Ahora bien, antes de la «setembrina», ese señor no militaba en ningún partido político; al hacerse carlista, apoya a los antiguos correligionarios contra los recién llegados y siente una particular simpatía por Cabrera, Manterola y, de manera general, todos los responsables vascos. Pretende que el partido carlista es el defensor de los intereses de las masas populares. A lo largo de la guerra, en desacuerdo con su partido, Nombela reside en Bayona donde alienta un periódico legitimista; sólo regresa a España en 1875. para apoyar la acción de Cabrera. Su obra tiende a justificar el comportamiento de este y a explicar el sentido de la adhesión del autor al carlismo.

Nombela cree que los carlistas han perdido la guerra, no tanto a causa del poderío militar del adversario como de sus propias carencias. Las acusaciones que formula ni siquiera exceptúan a Don Carlos en persona, que sin embargo es tratado con consideración y su responsabilidad atenuada pues los errores se imputan esencialmente a los consejeros del Príncipe. El error político básico ha consistido, según Nombela, en la inaplicación del programa esbozado por Don Carlos en su Carta-Manifiesto.

321 La consecuencia ha sido un mal funcionamiento de la administración, la improvisación militar y una organización deplorable (traslados injustificados de altos responsables militares, ordenes incumplidas, enemistades entre dirigentes, acusaciones malévolas, sospechas, desconfianza, etc.). Las Diputaciones vascas, por el contrario, han sabido gobernar con acierto y eficacia, pero sus esfuerzos se han visto a veces neutralizados por la

---

[41] Reproducido también por Nombela: **Op. Cit.** pp. 408-416. Lo firmaron Gerónimo de Lizarbe (Navarra), Miguel Dorronsoro (Guipúzcoa), Francisco M. de Mendieta (Álava). Fausto de Urquizu y Pedro M. de Pinera (Vizcaya) y varios consejeros de la Diputación vizcaína que, una vez mas, tiene iniciativas originales. **Ojalatero,** derivado de ¡ojala! hace alusión a los inactivos que se contentan con dar consejos.

[42] Julio Nombela: **Op. Cit.**

administración central.

En el transcurso de la guerra, prosigue, la ausencia de un programa político se ha dejado sentir con fuerza y para suplir esa carencia Nombela contribuye personalmente a la elaboración de un proyecto constitucional en 1874. Ese proyecto fue luego sometido a Menterola, que lo encontró admirable viendo en el un medio excelente de consolidar la alianza entre la Iglesia y el pueblo. Manterola lo presento a Don Carlos que encargo a Nocedal que lo llevara a la práctica, lo que, en definitiva, nunca llego a hacerse.[43]

Ese proyecto es muy distinto de todos los que hemos examinado en la segunda parte. Contiene elementos doctrinales y políticos de lo que podría llamarse el carlismo popular.

Un programa reformado

Nombela y sus amigos proponen reformas en el terreno ''material, moral, civil, social y político». Para facilitar su análisis, resumiremos el contenido de ese programa en tres apartados: modificación de las estructuras, reformas sociales e instituciones.

A): Modificación de las estructuras.-

Se trata de poner termino a una situación que permite a las ciudades vivir a expensas del campo (sic) y, por consiguiente, es necesario otorgar la primacía al mundo rural reduciendo la importancia relativa de los centros urbanos.

322

Para conseguirlo, los autores del proyecto preconizan una descentralización administrativa radical, adoptando las medidas concretas que podrían sintetizarse así: dispersión de la población, supresión de la concentración de las diversas funciones urbanas (si una aglomeración es centro militar, los demás ramos de la administración serán desplazados a otros lugares), lo que debiera llevar a que cada localidad sea sede de un sector de actividad.

Igualmente, el Ejército estará compuesto de una multitud de milicias de aldea, lo que permitirá a los jóvenes cumplir su servicio en el pueblo sin abandonar sus ocupaciones habituales; podrán también suplantar a la policía rural. Las Universidades, con sus diversas Facultades, así como todos los demás establecimientos educativos, se establecerán lo más lejos posible de las ciudades, quedando entendido que la enseñanza de la Religión y de la Moral serán tarea exclusiva del clero. Paralelamente, los museos nacionales, bibliotecas y archivos serán fraccionados y dispersos por el conjunto del territorio. Lo mismo se hará con la administración de Justicia. Los diversos servicios de una Audiencia estarán separados geográficamente. Todos los municipios, en el interior de la provincia, y todas las provincias, en el interior de la nación, sea cual fuere su número de habitantes o la importancia de su riqueza, tendrán los mismos derechos, para evitar que relaciones de fuerza desequilibren a las regiones, a unas en detrimento de otras, y para impedir nuevas concentraciones. El Estado renunciara a la subvención de las obras publicas de las ciudades que correrán a cargo de los ayuntamientos y, teniendo en cuenta la modicidad de sus recursos financieros, estos no estarán en condiciones de reconstituir grandes centros urbanos.

En busca del mismo objetivo, las Diputaciones no subvencionar y las obras publicas de interés común en las ciudades mientras no se hayan asegurado los servicios indispensables

[43] Nombela explica con pormenores la presentación de ese programa a D. Carlos (pp. 461 y siguientes).

en las localidades rurales. Además deberán poner fin a todos los gastos superfluos, como el pago de fiestas y otros espectáculos, construcción de teatros, etc.

Los propietarios deberán residir en las localidades donde disponen de más bienes. Los empleados públicos que acepten residir en el campo recibirán sueldos superiores a quienes sigan ejerciendo en las ciudades. Los jubilados que viven fuera de la localidad donde nacieron perderán el derecho a sus pensiones.

323 El campo tiene posibilidades nuevas de expansión. Hay aun regiones mal explotadas y tierras incultas o insuficientemente cultivadas. Han de ser puestas en valor y los terratenientes se verán obligados a cultivarlas mejor para dar trabajo a los parados y frenar la emigración. Para colonizar las regiones aisladas, aún inexplotadas, se podrá recurrir a los presos de las cárceles. Habrá que modificar las penas y el sistema penitenciario. La cadena perpetua será sustituida por trabajos forzosos cumplidos en el campo bajo la dirección de monjes-campesinos. A este respecto, el proyecto preconiza la sustitución de los monasterios por pequeños conventos con el fin de que los monjes, dispersos en el conjunto del territorio, difundan las ciencias y las técnicas. Las ferias y los grandes mercados se harán fuera de las ciudades; la construcción de grandes edificios estará prohibida. Paralelamente, la producción industrial se organizará en unidades pequeñas.

El comercio estará estrictamente reglamentado; los artículos de primera necesidad podrán importarse libremente, pero los productos extranjeros de lujo no deberán entrar en España y se sancionará gravemente el contrabando. Los inventores de objetos o artículos destinados a aliviar los sufrimientos o a satisfacer las necesidades más perentorias serán protegidos, pero los creadores de objetos de lujo o superfluos serán perseguidos. Sólo la producción de artículos realmente necesarios será alentada. Las autoridades dispensaran una protección especial a la mediana y pequeña empresa, en conformidad con la dispersión geográfica de las fabricas y talleres. Para la realización de obras publicas importantes, como los ferrocarriles, será preciso que muchas empresas se agrupen, sea por provincias, sea por regiones, para llevar a cabo la parte de las obras correspondiente a sus respectivos distritos.

La modificación de estructuras persigue otras dos finalidades declaradas por los autores del proyecto: la salubridad moral y la paz social. Pretenden combatir el vicio, la corrupción y la inmoralidad y aconsejan que se supriman o reglamenten los establecimientos que despachan bebidas alcohólicas, sobre todo en las ciudades. La lotería, la Bolsa, las casas de juego, así como cualquier otro centro corruptor de la juventud, quedaran también suprimidos. Los autores, editores o vendedores de obras perniciosas serán sancionados. Se clasifican entre esas obras la sátira política y las publicaciones que atentan contra la vida privada.

324 En lo que se refiere a las relaciones sociales, se trata de reducir al mínimo los conflictos y, cuando estos se produzcan, se hará lo posible para que no se extiendan. Así, si una ciudad se rebela, quedará aislada por una especie de cordón sanitario; el ejército se encargará de someterla evitando sufrimientos a la población civil. Una vez acabado el conflicto, el municipio o la región pagaran los gastos causados por el motín

Se puede observar que una de las ideas clave del programa de reforma es la «ruralización» de la economía y de la sociedad y que la solución preconizada va en contra de una evolución histórica difícilmente reversible. Las medidas propuestas no pueden ser, por tanto, sino utópicas o especiosas. En definitiva, los autores del proyecto, so pretexto de proteger al pueblo contra los perjuicios de la concentración urbana, adoptan posiciones conservadoras, pero acaso capaces de seducir a las masas de los campos

B): Reformas sociales.-

Ha de ser elaborado un nuevo Código Civil con el fin de devolver todo su poder al cabeza de familia y de restaurar la patria potestad en toda su plenitud; la legislación referente a las herencias ha de ser modificada en consecuencia.

Es necesario, según el proyecto, crear un nuevo sistema fiscal. Se disminuirá globalmente el impuesto directo sobre la agricultura o la industria y se compensará la pérdida por medio de una contribución que afecte a los desocupados sea cual fuere su clase social. El importe de esta contribución será fijado en cada caso por una comisión integrada por trabajadores. El impuesto directo sobre la agricultura y la industria será progresivo, de forma que la pequeña propiedad quede exenta. Los impuestos indirectos serán nulos o escasos en lo que respecta a los artículos de primera necesidad y, al contrario, elevados cuando se trate de productos de lujo.

325 Teniendo en cuenta que las negligencias de la clase acomodada han dado lugar a un gran desorden social (sic), se impondrán obligaciones nuevas a los ricos. Las familias acomodadas (sobre todo los matrimonios sin hijos y los solteros) se encargarán de mantener y educar a los huérfanos de familias pobres. La caridad de los ricos ha sido siempre una obligación moral, llegara a ser un deber legal.

Los propietarios y los patronos han de atender decorosamente a sus criados, empleados y obreros. Las autoridades locales cuidaran de los indigentes para que la mendicidad y la miseria desaparezcan. Toda fabrica deberá disponer obligatoriamente de una escuela y de un centro sanitario para trabajadores enfermos o accidentados. En cada zona o localidad, habrá una iglesia, un establecimiento educativo y un centro médico, subvencionados por medio de un impuesto extraordinario sobre las grandes fortunas. Los ricos se verán también obligados a invertir en la agricultura o en la industria, en los sectores más necesitados; deberán prestar dinero, a interés razonable, a los productores que pongan en valor la tierra y otras fuerzas productivas. Los bienes expropiados a los pueblos les serán devueltos

Esas medidas son complementarias de las modificaciones de estructuras, antes analizadas. Su finalidad consiste en atenuar las desigualdades sociales y dan prueba del deseo de quienes las proponen de instituir una sociedad de medianos productores, más igualitaria, menos injusta y más fraterna. Porque son muy concretas y porque responden sin duda a aspiraciones de amplias masas populares —mas allá de las que confían en el carlismo— esas medidas no pueden dejar de ser subversivas tanto para los responsables del partido carlista como para los liberales. Se comprende mejor la etiqueta «socialistas blancos» con que **El Diario de San Sebastián** bautiza a los rebeldes.

326 *C): Las Instituciones.*

El proyecto define a la nación como colectividad de trabajadores; ha de gobernarse pues teniendo en cuenta los intereses de estos. En consecuencia, la participación de quienes trabajan en los organismos representativos es un derecho. La antigüedad en una actividad productiva es lo que confiere el derecho de ser elegido. Por el contrario, los militares, los eclesiásticos y los funcionarios quedan excluidos de las asambleas. Los abogados sólo toman parte en ellas como especialistas de Derecho. De ese modo, los trabajadores intelectuales no forman parte, en las perspectivas de los autores del proyecto, de su «república» de productores.

Las Cortes serán el organismo supremo de la representación popular. Se compondrán de diputados designados por las Diputaciones de todas las provincias; esos diputados votarán en función del mandato preciso que hayan recibido

Según el proyecto, las Cortes votan el presupuesto y discuten los proyectos de ley presentados por el Gobierno. Se reúnen una vez al año en lugar diferente, escogido en el último momento y siempre en un punto alejado de las grandes aglomeraciones. Los proyectos de ley se envían con antelación a las Diputaciones que los discuten y encargan a sus delegados que defiendan el punto de vista de la corporación a quien representan. Después de haber escuchado a los delegados o diputados de las provincias decide el Rey si debe o no promulgar la ley.

El Príncipe reinara y gobernara, por consiguiente; será el coordinador de los cuatro poderes independientes del Estado: el Legislativo el Judicial, el de Tutela (o Consejo de Estado) y el Ejecutivo. Este tendrá tres grandes departamentos: el Orden Genera (compuesto de nueve Secretarios o Ministros), la agricultura (principal actividad del país) y la Real Tutela (que se encargara de las catástrofes y calamidades nacionales, la caridad y la vigilancia de las costumbres). El funcionamiento de este último departamento correrá a cargo de un Secretariado que dependerá directamente de la Reina.

El Gobierno y las Cortes se reproducen en cierto modo a escala provincial pues la Diputación tiene funciones de gobierno y convoca asambleas provinciales o Juntas. Como se ve, se trata de generalizar la práctica administrativa de los vascos. El mismo esquema reaparece a nivel municipal pues se pretende descentralizar y aumentar las competencias de las provincias y de los municipios. Las obras públicas, por ejemplo, se confían a estos últimos.[44]

327

El proyecto es, para quienes lo han elaborado, el que mejor se adapta a los principios básicos del carlismo; su concepto de la legitimidad es de tal naturaleza que colocan la legitimidad de los principios por encima de la persona del Rey, lo que muestra el grado de sus convicciones y de su determinación.[45]

Ese programa se fundamenta en la misma ideología que los demás proyectos ya estudiados y coincide con estos en algunos puntos concretos. Por ejemplo, la descentralización, la repulsa de la preeminencia de las ciudades y de la economía moderna, la cruzada contra la corrupción de costumbres. Pero su rasgo más original es sin duda la perspectiva de clase que ha guiado a sus autores. Pues tiene siempre en cuenta las insuficiencias y las aspiraciones de esas masas populares carlistas que, desde que el Antiguo Régimen entro en crisis en la segunda mitad del siglo XVIII, han pagado todas las innovaciones y tres guerras. Las medidas de reforma propuestas constituyen a veces un inventario de reivindicaciones populares; eso ha hecho que el carlismo sea inquietante para muchos «bien pensantes». Cuando el proyecto fue presentado a Don Carlos —dice Nombela—, este lo acepto haciendo observar no obstante que era demasiado «espartaco»; ¡cuánto miedo debía ocultar esa palabra! El mismo autor nos informa de que el Pretendiente legalizo el programa por decreto y que el fracaso ante Irún hizo olvidarlo y no se aplico.[46] Nombela y sus amigos han dado prueba de ingenuidad al creer que los responsables de su partido, y en particular Nocedal, preocupado de preservar todos los privilegios, podían aprobar las medidas que ellos proponían. Sólo más tarde se darán cuenta que D. Carlos no ha encarnado la idea que ellos se hacían del carlismo, que muchos dirigentes de su movimiento han contribuido al advenimiento de la Restauración, régimen que consagra el triunfo de los ricos a quienes los campesinos vascos querían obligar a que practicaran la caridad. Para Nombela, el carlismo ha significado resurgimiento económico, libertades municipales, transformaciones sociales, todo lo que fuera capaz de destruir por su

---

[44] El programa es reproducido por Nombela: **Op. Cit.** pp. 434-460.
[45] Nombela: **Los dos legitimismos** in **La Cruzada Española**, periódico fundado por el autor. Véase **Detrás de las trincheras**, pp. 461-482.
[46] **Ibid,** p. 522

base la justificación de una ''horrible revolución»; sabe que Cánovas no hará ninguna reforma y que subsistirá el peligro de la revolución.[47]

328 En suma, Nombela está animado por el deseo de una reforma que evite esa revolución predicada ya en su época por el proletariado. Del mismo modo han soñado otros ingenios españoles; hoy sabemos en que abismo cayeron ellos y España. Muchos intelectuales del siglo XX han pretendido descubrir lo mismo que Nombelaun carlismo popular y progresista y han transmitido la idea de una especie de «revolución en la tradición». Esa idea, recogida y desarrollada por Falange, va a ser puesta al servicio de la cruzada franquista; ya se sabe lo que sigue.

La fibra «progresista» de Nombela es precursora del carlismo democrático, socialista y autogestionario de nuestro tiempo. Si no se puede dudar de la sinceridad de sus promotores hay que comprobar que esa corriente ha necesitado un siglo para Megar a sus posiciones actuales.

Por su dimensión utópica, y hasta alucinante, el programa que acabamos de analizar da testimonio de una aprensión de la realidad que desemboca en lo irracional. Es la tendencia de una ideológica que en su visión del mundo amalgama lo político, lo moral y lo religioso.

4. Oración y propaganda

Un capellán castrense redacta, en diciembre de 1875, una serie de tres sermones, destinados a los combatientes carlistas. Sólo se evoca la actualidad por medio de alusiones pues el contenido de los sermones es exclusivamente religioso, apoyado en abundantes citas bíblicas. La misma invocación, en latín y en castellano, precede a cada una de las tres intervenciones del predicador: el Dios de los ejércitos está con nosotros; la oración y el valor pueden garantizar el triunfo de la Iglesia.[48] Consigna que el capellán trata de ilustrar.

329 El hombre es poca cosa, dice, y tiene necesidad de la gratia que solicita por medio de la plegaria. Dios ha creado el Cielo y la Tierra y, por fin, al hombre que es Rey de la Creación, pero que se halla también sometido al Dios Omnipotente. Ante las catástrofes, aquel no puede nada y ha de dirigirse a la Providencia con humildad. De ese modo obtiene la gratia, indispensable para combatir en el mundo. Pero esta no basta por si sola, el hombre ha de cooperar, realizar un esfuerzo. El ejemplo de Judith es revelador; reza humildemente, mata al jefe enemigo y salva a su pueblo. Los Macabeos también rezaban antes de emprender batalla y en ella daban prueba de valentía. Esos son los modelos que han de imitar los combatientes legitimistas. En la guerra, se puede perder la vida y los bienes, pero esos no son más que dones gratuitos de Dios a los que, como hicieron los mártires, hay que estar dispuesto a a renunciar. Hay que ser paciente, constante y fiel a Carlos VII.

Rezar y cooperar son las dos condiciones de la victoria; la historia da buen ejemplo de ello. Los mártires de los primeros siglos del Cristianismo, gracias a su virtud, su valentía y su determinación, despertaron la admiración del enemigo; sus verdugos tuvieron vergüenza, Constantino abrazo la religión cristiana. Llegaron los barbaros y, al fin y al cabo, aceptaron el Evangelio y se civilizaron. Carlomagno inauguro un imperio cristiano y la Monarquía

---

[47] En el prólogo y en las primeras páginas de su libro, Nombela explica su evolución política y sus motivaciones. Recuerda de manera critica los acontecimientos más conocidos siguiendo, en sus primeras 400 páginas, un orden cronológico

[48] **El Capellán de la Cruz I.M.L 8 de diciembre día de la Purísima e Inmaculada Concepción de María**, Tolosa Imprenta de la Viuda de Mendizábal, 1875. Biblioteca de la **Institución Sancho el Sabio**, Vitoria.

Cristiana viviría mil años. La historia española es también ejemplar. Los grandes caudillos, de Pelayo a Isabel la Católica, pasando por Fernando III el Santo, se han inspirado en el ejemplo de los Macabeos y han vencido. Esos ejemplos deben incitar a los carlistas a luchar sin descanso con las armas espirituales y materiales, pues, al final, llegara la victoria. Gracias a la plegaria y a la cooperación de cada uno, el triunfo del legitimismo es seguro.

Como se puede observar, la liberación se contempla mucho más bajo el ángulo espiritual que bajo el material, ya que la guerra aparece como un medio para ganar el Cielo, más que como una vía adecuada para alcanzar objetivos políticos; estos pasan a segundo plano. Esos sermones dan una idea de lo que podía ser cierta propaganda oral. Muestran que, en el momento más difícil, el clero intenta infundir confianza y esperanza a los combatientes prometiéndoles el Paraíso.

330

5. El retorno a la realidad: ¡Sálvese el honor!

Cuando los cambios políticos que se han producido en Madrid hacen poco probable el triunfo legitimista, hombres clarividentes como Cabrera negocian la paz. Cabrera obtiene garantías para los militares de carrera y para la masa de los combatientes de su partido. En efecto, el Gobierno se compromete a facilitar la integración de los funcionarios civiles y de los mandos militares con sus grados, así como a respetar los Fueros y a indemnizar a la población) a las localidades más afectadas por los combates y las exacciones A fin de convencer a sus amigos, explica Cabrera que el Partido no ha tenido objetivos políticos claros, que la victoria es ya imposible y que el proseguir los combates sólo llevaría a una paz poco ventajosa. Los que siguen luchando por Don Carlos, afirma, no hacer en definitiva más que luchar en favor de lo que más temen.[49]

El viejo guerrillero ha sabido comprender que la Restauración privaba a Don Carlos y a su partido de extrema derecha de toda posibilidad de gobernar y que la prolongación de la guerra a ultranza sólo podía conducir a la represión y a la abolición de los Fueros. Parece incluso que, para Cánovas, las negociaciones con el jefe carlista sólo eran un medio de ganar tiempo. De cualquier modo, la obstinación de muchos carlistas en apoyar a su **Príncipe** hasta el final lleva a la derrota aplastante de los rebeldes. Algunos de estos reaccionaron formulando las acusaciones más graves contra los altos responsables.

6. La diatriba

Esas acusaciones constituyen el fundamento de un libro anónimo, violentamente critico, publicado años después de la contienda.[50].

331

Los jefes guerrilleros son descritos en el como aventureros sin escrúpulos; los generales como gente incapaz. La corte del Pretendiente en Estella como un centro de intrigas y de corrupción, «un atajo de perdidos».[51] Ningún responsable, excepto Doña Margarita, la esposa del Rey, queda libre de reproches. Pero es el Pretendiente en persona quien se hace acreedor

---

[49] Nombela: **Op. Cit.** pp. 509-519

[50] Publicación sin fecha: Almanaque cómico del carlismo para los años **1914** a **1999.** Establecimiento tipográfico Libertad 31. Madrid.

[51] «... ¡qué corte de Estella y qué tipos y qué atajo de perdidos!»
Idem. p. 150. Véase también pp. 101-102

al retrato más deprimente. Desde su infancia era caprichoso, torpe, cobarde... A lo largo de la guerra, nombra a cualquiera a la cabeza de sus ejércitos, de la manera más arbitraria; ha alentado las intrigas y las enemistades y se ha enfadado con todo el mundo. Sobre todo le han preocupado sus aventuras galantes, pues era un obseso sexual. Frio y cruel, hubiera sido capaz de mandar matar a Aparisi y Guijarro de quien decía, no obstante, que era su «cabeza política». ¡ Ese es el hombre a quien el pueblo vasco ha amado y por quien ha hecho la guerra!, exclama el autor anónimo.[52]

Esa violenta requisitoria respeta, no obstante, al clero, al pueblo vasco y a sus dirigentes regionales, representantes, en cierto modo, de otro carlismo. Sin duda, el esfuerzo que las provincias vascas han realizado y las dificultades que han creado al gobierno central justifican la consideración para con ellas de que dan testimonio varios adversarios del carlismo. La deferencia puede explicarse también debido al embarazo de los historiadores liberales cuando afirman que los gubernamentales eran los representantes del progreso, en guerra contra el carlismo reaccionario. Sin renegar nuestra apreciación sobre el carlismo «progresista», no hay más remedio que recordar que la ideología legitimista contiene a veces una dimensión populista, particularmente perceptible en la propaganda de los tradicionalistas vascos. Durante mucho tiempo, esa dimensión no es más que el ingrediente demagógico de un pensamiento muy conservador. Pero, a medida que la situación se agrava para los insurrectos, que muchos neos abandonan a Don Carlos, que la guerra queda circunscrita al País Vasco y que el esfuerzo que se pide al pueblo de esta región alcanza grandes proporciones, el «populismo» adquiere más relieve y se formulan algunas reivindicaciones concretas. Eso se produce en el preciso momento en que la propaganda liberal da pruebas del conservadurismo más cerril, de manera que los papeles se invierten. Los carlistas aparecen como defensores del pueblo frente al liberalismo vasco atemorizado y preocupado por proteger la propiedad. En ese contexto. la independencia de hecho, que dicha región conoce a causa de la guerra, suministra al pueblo vasco la ocasión de vivir una experiencia insólita.

[52] **Idem.** pp. 132-143 et 17

333

Capítulo X. La experiencia de la independencia: algunos balances

Durante tres años, las cuatro provincias vascas, exceptuando a algunos centros urbanos, viven aisladas del resto del país. Tal es la situación que la guerra de posiciones impone; las líneas carlistas son barreras difícilmente franqueables para el enemigo. Esas líneas a veces son forzadas por el Ejército. El comportamiento de este con la población de los territorios por los que pasa esporádicamente es determinante para comprender la hostilidad perenne de muchas zonas al Gobierno, la duración del conflicto y la naturaleza de la futura integración de esta región en la comunidad nacional.

Los núcleos urbanos que no se hallan bajo el control de los legitimistas están sometidos a la presión constante de estos y siguen siendo fieles a Madrid gracias a la presencia en su recinto de importantes contingentes militares. Del buen entendimiento entre el Ejército y la población de esas ciudades depende también el porvenir de las relaciones entre el País Vasco y el resto de la nación.

Así, todos los Vascos, carlistas y liberales, viven en circunstancias poco ordinarias como ya hemos tenido ocasión de ver. Para completar el conocimiento del acontecimiento que estudiamos, examinaremos sucesivamente otros tres problemas: las insuficiencias del Estado central, el costo de la guerra para el País Vasco y las modalidades de su independencia de hecho.

334

El aislamiento del País Vasco: la incapacidad política de los liberales

El hecho que los responsables civiles y militares, así como el núcleo fundamental del ejército rebelde, se encuentren encerrados en una región no es algo deseado. Los insurrectos son conscientes del peligro de semejante situación ya que reproduce lo ocurrido durante la primera guerra con las consecuencias deplorables que el aislamiento tuvo para los legitimistas. Por ello intentan extender la guerra a otras regiones, pero esa tentativa fracasa ya que no están en condiciones de provocar un levantamiento popular más allá del País Vasco y que el ejército enemigo ha dado pruebas de superioridad. Es lo que ya ha puesto de relieve la batalla de Vizcaya. Los carlistas permanecen impotentes ante ciertas ciudades vascas que constituyen otras tantas bases para el adversario; este pone así en peligro las posiciones legitimistas en la única región que les apoya masivamente.

Por su parte, los liberales saben que a la larga saldrán vencedores, pero la experiencia de la guerra de los Siete Años les indica que el conflicto puede durar mucho tiempo y comprometer el prestigio del Gobierno. La resistencia prolongada de los carlistas entibia la credibilidad del régimen en el extranjero, mientras que, teniendo aquel que pedir al País un esfuerzo excepcional, también corre peligro de hacerse impopular en el interior de las fronteras españolas. Lo que significa que tiene interés en acabar las hostilidades lo antes posible. Pero,

al parecer, se ve condenado, lo mismo que el adversario, a reeditar una nueva versión de la primera guerra carlista.[1]

En el País Vasco, hay, claro esta, muchos carlistas, pero también hay liberales y, sobre todo al principio de la contienda, una masa que quiere permanecer neutral. Es el esquema habitual de cualquier conflicto. Importa pues a cada uno de los adversarios —es una perogrullada el afirmarlo— atraerse al mayor número posible de indecisos. Hay un meollo político capaz de modificar la relación de fuerzas y determinar la suerte de los combates. Algunos liberales son por lo demás conscientes de la dimensión política de la guerra.

335 Un autor anónimo ha analizado, al parecer para el Estado Mayor, la primera guerra con la evidente intención de sacar enseñanzas aplicables a la última.[2] Hablando de la provincia de Navarra, la que sigue siendo más temible para los gubernamentales, el autor explica la adhesión de las masas rurales a los legitimistas de 1833 como debida a tres factores determinantes: el carácter atrasado del mundo rural, la costumbre que han adquirido sus habitantes, a lo largo de la guerra de Independencia, de recurrir a las armas para manifestar su descontento, la influencia del clero, educado en el odio al liberalismo. Pese a todo, prosigue el mismo autor, todos no eran carlistas en esa provincia; había liberales y milicias de voluntarios extraordinariamente eficaces. Por otro lado, la gente acomodada era liberal o tenia simpatías por el régimen de Madrid. Los elementos favorables al Gobierno no eran despreciables y las dificultades con las que topo el Ejército para vencer la insurrección son imputables en gran parte a los errores cometidos por responsables civiles y militares., En efecto, sigue diciendo, el Gobierno temía más a las masas populares liberales que a los mismos carlistas; no supo despertar el entusiasmo popular y, por ello, la guerra apareció pronto como una pesada carga para la nación. Desde un punto de vista militar, consideraba el Ejército que, para privar al enemigo de recursos, bastaba con empobrecer a las provincias rebeldes, olvidándose de que eso sólo podía perjudicar a la gente acomodada, a los liberales de la región, pues los insurrectos no podían verse privados de alimentos en zonas que los producían en abundancia, mientras que el control de la frontera y la ayuda de los Franceses les permitía recibir recursos del extranjero. Hubiera sido preciso, concluye el mismo autor, aliviar los sufrimientos de la población civil, no practicar la represión ciega y respetar la autonomía y a las autoridades forales. El nombramiento de gobernadores produjo muy mal efecto en la región, donde los regímenes provincial y municipal eran especialmente democráticos (sic). Esos errores políticos han hecho que los indecisos se vayan con los carlistas.

Algunos liberales saben pues que los medios meramente militares no bastan y que es necesario encontrar soluciones políticas.

336 Comprobando la amplitud que la insurrección empieza a tomar en Álava, otro autor, también anónimo, prodiga sus criticas y consejos a las autoridades.[3] Observa que mucha gente, incluso obreros, se van de Vitoria al campo carlista, mientras que otras personas se refugian en la ciudad. Según el, la situación es inquietante pues la actividad productiva disminuye en el preciso momento en que hay que alimentar a los que llegan:

> «...no se encuentran ya obreros a pesar de habérseles prometido aumento de jornal, y

[1] El historiador carlista Hernando teme que, después de la batalla de Vizcaya, se asista a un proceso similar al que se conoció durante la primera guerra.

[2] Es un largo documento, anónimo y sin fecha, que se refiere explícitamente a la guerra de los Siete Años. Se encuentra con la correspondencia del Estado Mayor liberal del mes de julio de 1874 junto a una carta, del 28 de julio, del general en jefe al Ministro de la guerra. Es difícil suponer que se trata de un papel extraviado pues las preocupaciones que el general expresa en su carta coinciden con problemas analizados en el documento. A.S.V. Legajo correspondiente al tercer trimestre de 1874.

[3] R.A.H. Legajo 6873. Se trata de un recorte de periódico que lleva la fecha del 30 de marzo de 1873.

> hasta los de otras provincias que han acudido en busca de trabajo, abandonan Vitoria y se marchan a engrosar las filas carlistas».[4]

Según este mismo autor, varias son las razones de semejante situación. Por un lado, la fuerte contribución impuesta por el Gobierno a las provincias vascas, a quienes acaba de exigir doce millones, aumenta la animosidad de estas. Por otro lado, el gobernador se muestra autoritario y arrogante, se ha permitido emplear un tono insolente al dirigirse a notables conocidos que, sin embargo no son carlistas. De ese modo empuja a los indecisos hacia el campo rebelde. En fin, se hace preciso resolver problemas de orden social antes de que el enemigo explote el descontento de las masas populares. Es indispensable mejorar «...la instrucción y el bienestar de las clases pobres». Para ello, debiera crearse una Junta nacional, residente en Madrid y compuesta de notables:

> «...por su posición, por su ciencia y por su riqueza, siendo esencial llamar también a componer parte de ella... a las eminencias de los diferentes matices de la opinión conservadora, a los sujetos que más se distingan como grandes propietarios, banqueros, profesores, abogados y demás clases que ejercen influjo y autoridad moral»[4]

Esa junta nacional suscitara la creación de juntas provincial municipales que la secundaran en su actividad reformista.

337 El primero de los dos autores. cuyas ideas acabamos de resumir, hace un análisis valedero para la última guerra, aunque se refiere a la primera y la situación política haya cambiado desde entonces. Pues la clase dirigente vasca es carlista, en la última contienda, en mayor proporción que en el conflicto precedente, que había empujado hacia el Liberalismo a las grandes familias aristocráticas y al conjunto de la burguesía. Pero ese cambio no invalida, sino todo lo contrario, los temores que el autor anónimo expresa ni los errores que quisiera que se evitaran.

Muchos oficiales, en efecto, conspiran contra el régimen vigente y temen mucho más a las corrientes más radicales nacidas del liberalismo que a los carlistas, a quienes debieran combatir. En el País Vasco, muchos liberales confunden en la misma reprobación a los «internacionalistas rojos» y a las masas populares carlistas, «internacionalistas blancos», a quienes engloban bajo la etiqueta común y despectiva de «populacho». La actividad política y la propaganda son, en opinión generalizada, un auxiliar indispensable para que la acción armada resulte eficaz. Ya se ha visto que, en este terreno, los insurrectos aventajan a los gubernamentales. El comportamiento de los militares es también un factor importante para movilizar a la población por o contra el adversario. Ahora bien, el hecho que el ejército rebelde este compuesto, al menos en la primera fase de la guerra, de voluntarios hijos del pueblo confiere una superioridad considerable a los legitimistas sobre los liberales que recurren esencialmente a combatientes procedentes de otras regiones españolas. Hay pues que comprobar que los errores del pasado tienden a repetirse con las consecuencias ya conocidas.

El segundo autor no es de ningún modo extremista; propone soluciones políticas, en un marco muy conservador, que podrían y debieran ser adoptadas por los liberales. No deja de comprobar que los carlistas vascos cuentan con la adhesión de las masas populares, no sólo rurales o campesinas, sino también urbanas y obreras. Propone que se satisfagan algunas de sus reivindicaciones, que se eviten sacrificios y que se gane la confianza de los notables de la región. Al insistir en la dimensión popular del carlismo, descubre un aspecto que no se ha

[4] **Idem**.

puesto frecuentemente de manifiesto.

338 Es bien sabido, naturalmente, que Bilbao, que cuenta con gran número de asalariados, entre los cuales algunos proletarios modernos, da pruebas en sus capas populares de un inequívoco empeño en combatir al carlismo y que algo semejante ocurre en algunas ciudades industriales de Guipúzcoa o en la Rioja alavesa y la Ribera de Navarra donde hay masas de obreros agrícolas. Pero también es cierto que en otras ciudades y en algunas zonas (y hasta, en menos proporción, en las antes citadas: baste como ejemplo el batallón carlista de Bilbao), los trabajadores siguen a los carlistas. Ya se han dado ejemplos de la división del pueblo vasco.

Para comprender la adhesión de los trabajadores al legitimismo. se puede, claro esta, invocar el sistema de producción, aún arcaico en muchas zonas, pero también otros factores han influido. Cuando los propietarios de Vitoria prometen aumentar los salarios para que los trabajadores no se vayan, la remuneración de algunos obreros, en las zonas carlistas, es equivalente al sueldo de un capitán.[5] Como puede observarse, en materia de política social, los liberales tienen mucho que aprender. De hecho, no han debido de preocuparse demasiado de ese problema. Cuando quieren encontrar una solución política que ponga fin a la guerra, se ven animados por otro tipo de preocupaciones. El empeño conciliante y de compromiso con el adversario, varias veces perceptible, tanto en el plano regional por parte de las diversas corrientes liberales vascas como a nivel nacional, se manifiestan siempre mediante la búsqueda del acuerdo en la cumbre, de un arreglo en el seno de la clase dirigente provisionalmente dividida. Es lo que hace Serrano en 18»! para llegar a la paz de Amorebieta; es lo que trata de hacer en Somorrostro, procurando atraer a los militares de carrera que luchar por Don Carlos. Es lo que intenta, en fin, desde el Gobierno instaurando un régimen autoritario y reaccionario. En una carta de ministro de la guerra, Zavala, al general Concha, liberador de Bilbao, el ministro afirma que, si todo el Ejército sigue a Serrano, éste acabará por imponer un régimen de orden.[6] Desgraciadamente para el general-duque, se ha comprometido demasiado en la aventura de 1868 para inspirar confianza a la capa reaccionaria y conservadora de la sociedad española. Además, Cánovas le ha ganado la partida pues propone una restauración que ofrece más garantías de estabilidad. Por otro lado, muchos militares son ya «alfonsinos» cuando Serrano quiere atraerlos a su causa personal. La solución en la cumbre dejando de lado los intereses de las masas populares ha sido ya encontrada. Por eso, la ausencia de un proyecto político atractivo priva a los liberales de una adhesión popular masiva y entusiasta. Esa carencia se deja sentir de manera especial en el País Vasco donde los carlistas, al contrario, han tenido la ocurrencia de hacer suyas algunas inquietudes y aspiraciones de las masas. Ahí reside una de las causas del debilitamiento del régimen y del Estado.

---

[5] Según una relación de marzo de 1874, referente a los sueldos de los carlistas. los emolumentos de un capitán ascienden a 300 reales al mes. En agosto de 1874, el salario de un jornalero en zona carlista es de doce reales al día (360 por mes). R.A.H. Legajos 6885 y 6882, respectivamente.

[6] El general Zavala, Ministro de la guerra, escribe a propósito de Serrano:

> « Hor está completamente resuelto a consagrar el resto de su vida a la paz, y definitiva constitución de nuestra sociedad: quiere participar de los esfuerzos con que el gobierno y los hombres de bien se proponen...»

El Ministro duda de las simpatías que Serrano pueda tener entre los oficiales y da a entender que las intrigas de los alfonsinos pueden contrariar el proyecto del general:

> «El triunfo sería para los que nos espían, procurando desunirnos en provecho de sus ambiciones...»

Esa carta del 25 de junio de 1874 se halla en la correspondencia del Estado Mayor (A.S.V.) y también la reproduce Pirala: **Op. Cit.**: **Documentos**, n.° 3, Vol. IV. pp. 758-759

Fuerza y flaquezas del Estado. Exacciones y represión

Se ha visto ya que el Estado español despliega, a partir de 1874, un vasto esfuerzo de guerra, muy costoso, tanto en hombres como en recursos.

Los breves balances de las bajas que se han dado con motivo de las batallas más importantes, así como los muertos y heridos causados por los guerrilleros, en 1872 y 1873, en las filas liberales, ponen en evidencia el carácter mortífero de esta guerra, sobre todo para el ejército gubernamental.

Referente al costo de las operaciones, algunos documentos dan datos interesantes. Un estadillo de suministros y sueldos al Ejército del Norte, en un mes de 1874, es muy significativo. Se refiere a 32.976 militares (entre ellos 24.367 hombres de tropa y el resto mandos, administrativos o personal de los diversos servicios). Además del sueldo, tienen derecho a la **ración de etapa** para las personas y la **ración de pienso** para los caballos. En total, en un mes, las tropas que operan en el País Vasco reciben 35.932 raciones de etapa, 2.800 raciones de pienso y alrededor de millón y medio de reales en concepto de sueldos, de los cuales algo más de la mitad para pagar a los mandos.[7] A partir de esas cifras, es posible evaluar con alguna aproximación el costo anual del ejército gubernamental. Un estadillo del 1º de enero de 1876 censa algo más de 14.000 oficiales y de 300.000 suboficiales y soldados. Multiplicando los sueldos mensuales del primer estadillo por diez, luego, por doce, se obtienen 180 millones de reales que representan los sueldos entregados al Ejército en un año.[8] Ese dato sólo tiene un valor indicativo pero permite hacerse una idea del costo del Ejército del Norte. Los efectivos estacionados en el País Vasco varían según los diversos momentos de la contienda; a partir de 1874, oscilan entre 50.000 y 100.000 hombres, para alcanzar 160.000 durante la campaña final.

340

El incremento de los efectivos militares coincide con una actitud más dura del Gobierno con respecto a las provincias rebeldes. Si en 1875 el equipo dirigente de Madrid propone un compromiso. aceptado por una parte de los insurrectos, los intransigentes van a ser tratados de manera implacable, lo mismo que la población vasca que los sostiene. Confiscaciones, exacciones y represión se hacen sistemáticas; responden a una estrategia cuya finalidad consiste en acabar la guerra aniquilando al adversario. En una etapa anterior, la regla fue distinta, pero, en la práctica, la represión y las exacciones no han sido fenómenos excepcionales, como ya hemos tenido ocasión de ver.

Todos los informes de las autoridades militares empiezan o terminan pidiendo medios suplementarios; las descripciones referentes a privaciones a las que se ve sometido el Ejército del Norte son frecuentes. A propósito de la resistencia de Bilbao, se ha observado el esfuerzo financiero realizado por el ayuntamiento y los burgueses de la ciudad; los anticipos al Ejército no han sido reembolsados mucho tiempo después del sitio. Lo mismo pasa en San

---

[7] Los sueldos de un mes ascienden a 1.472.353 reales, de los cuales 731.000 en concepto «tropa». Véase:
Relación del suministro diario, y haberes que en el presente mes han devengado los cuerpos y clases del ejército de Navarra y Provincias Vascongadas. Pirala: **Op. Cit.** Vol. III. p. 946.

[8] Exactamente, 14.026 jefes y oficiales y 304.937 suboficiales y tropa.
Cuadro de la organización y fuerza del ejército en 1º de Enero de 1876, hecho con presencia de los documentos existentes en el Ministerio de la Guerra por el general Jovellar.
Pirala: **Documentos**, Nº 26, 111, pp. 940-942.

Sebastián y, en menor grado, en otras ciudades. La insuficiencia de medios puestos a disposición de los combatientes liberales obliga a éstos a menudo a racionarse donde se encuentran a cambio de un recibo que sólo asegura al proveedor un pago tardío y problemático. Y ello cuando el Ejército no se limita a tomar raciones sin control, sin contar los múltiples soldados que saquean o roban. Cualquiera que sea el equipo dirigente o la línea política adoptada para con los rebeldes, hay, a lo largo de la guerra, una constante que consiste en hacer sufragar a las provincias rebeldes una parte de los gastos militares.

341 Está actitud descubre la debilidad financiera del Estado centra debilidad ligada al nivel de la producción nacional y al problema impositivo. La naturaleza del Liberalismo español sólo le ha permitido suscitar un mediocre desarrollo económico; los ingresos del Estado son tanto más precarios cuanto que el sistema fiscal ha sido concebido de modo tal que la clase privilegiada tenga que pagar el mínimo posible de impuestos. La guerra carlista llega así a ser una carga pesada para la nación y el Gobierno no puede evitar que el País Vasco soporte directa o indirectamente una parte de los gastos. Estos se refieren al ejército regular también pero, sobre todo, a las tropas auxiliares, con frecuencia financiadas por las provincias.

El precio pagado por el País Vasco

Es un problema cuyo conocimiento requeriría amplia investigación. Forma parte de un problema más vasto que es el de la vida de esta región durante la guerra. Ese estudio queda por hacer, al nivel de cada zona, hasta de cada pueblo, para conocer de manera pormenorizada y día a día la experiencia original vivida por el País Vasco. Sólo un equipo de investigadores, con medios apropiados, podría realizarlo. Por el momento, sólo se dispone de una información fragmentaria de la que se da cuenta a continuación.

Las medidas de represión

La Restauración acentúa la política concomitante de seducción y una creciente represión que D. Carlos mismo denuncia en una carta dirigida a su primo Alfonso XII. El pretendiente condena la barbarie (sic) de los alfonsinos y se apiada de la suerte de:

> «Millares de familias arrojadas brutalmente de sus hogares; madres que al ver a sus pequeñuelos arrastrarse penosamente por los campos. con los pies desgarrados, les enseñan a maldecir tu nombre, ancianos enfermos, gentes inermes e inofensivas, vienen aquí a implorar un abrigo y a pedir el pan que los tuyos le han arrebatado».[9]

342 Un responsable militar escribe en la misma época a su antiguo compañero de armas, el general liberal Quesada, en estos términos:

> «¿Que se propone el gobierno de Madrid desterrando a millares de familias, maltratando a todos los que simpatizan con la causa carlista, embargando y vendiendo sus bienes en publica subasta, incendiando sus hogares y talando sus campos?».[10]

Esas dos citas no sólo denuncian las destrucciones provocadas por la guerra y de las que la masa de la población es victima, sino también las deportaciones y confiscaciones de bienes, decretadas por el Gobierno desde la época de Serrano, contra los agentes carlistas, conspiradores y hasta simples sospechosos. Se posee una relación del conjunto de

[9] Carta firmada en Tolosa el 21 de julio de 1875, «de D. Carlos a D. Alfonso». Ibid, n. 23, IK, p. 932.
[10] «Correspondencia entre los Señores Quesada y Benavides» (carta del 16 de agosto de 1875, fecha en Estella). **Ibid**, Nº 24, pp. 932-933.

deportaciones que afectan a todas las regiones españolas. El balance global es elocuente:

Año 1874: 3.200 deportaciones de las cuales 757 anuladas en 1875.

Año 1875: 4.778 deportaciones de las cuales 4.700 anuladas (tras una medida general de indulto).

El País Vasco, incluido en la relación anterior, registra en 1875, 4.451 deportaciones, de las cuales 3.653 en la provincia de Navarra.[11] Así, la mayor parte de las deportaciones se refieren al País Vasco. En 1875, aquellas afectan al 5% de la población regional: ese porcentaje se eleva a 10 en Navarra.

Si la represión contra las personas no es excesiva, teniendo en cuenta la violencia del conflicto, tampoco es despreciable. Pero probablemente la represión «salvaje», que afecta a más gente, ha sido más dura.

Por su parte, los liberales vascos son victimas de otras formas de represión, pero, en este terreno, se dispone de poca información. Se puede pensar que el alcance de la represión antiliberal se ha visto restringido porque muchos se refugian en las plazas ocupadas por los gubernamentales. Ese fenómeno de la «emigración» política adquiere un volumen relativamente importante en las ciudades pequeñas especialmente amenazadas, luego ocupadas, por los rebeldes. Las familias acomodadas, con frecuencia liberales, pero no siempre, se trasladan a las zonas o regiones no afectadas directamente por los combates. Se aiste así a un movimiento migratorio doble; algunos liberales se concentran en las plazas mejor protegidas de cada zona; otros emigran fuera de la región.

343

La represión tiene también una dimensión económica: las confiscaciones. El número de las decretadas por el Gobierno, de manera «legal», asciende para toda España a 11.766, pero sólo 3.364 se llevan a cabo efectivamente. Permiten colectar un poco más de medio millón de pesetas (dos millones de reales).

En las provincias vascas, las confiscaciones «legales» ascienden a 3.705, es decir más del tercio, pero las realmente efectuadas son 868, menos de la cuarta parte del total español, y sólo suministran 145.000 pesetas (menos de 600.000 reales), un poco más del 25% de las cantidades que ingresan en tal concepto en las cajas del Estado. La provincia más afectada es Vizcaya, seguida de lejos por Álava y por las otras dos provincias vascas. El importe de las expropiaciones realizadas en Navarra y Guipúzcoa juntas no alcanza el de Vizcaya. Otras muchas provincias españolas se han visto más afectadas por esa medida. En cabeza se halla Madrid, luego provincias de renta colectiva baja como Burgos o Segovia. Estas sufren de la represión económica en proporciones muy superiores a las del País Vasco.[12] Es probable que las autoridades centrales no hayan estado siempre en condiciones de realizar expropiaciones en muchas zonas vascas. Pero, de cualquier modo, las confiscaciones representan poca cosa en el conjunto de España y aun menos en las provincias rebeldes. Por consiguiente, no se puede decir que el Gobierno ha impuesto sacrificios reales a los pudientes que le son hostiles. Mucho más severa ha debido de ser la medida adoptada por algunos jefes militares consistente en obligar a las familias de los combatientes legitimistas a pagar cien reales al

---

[11] **Estado de los destierros y deportaciones ordenadas gubernativamente desde el 3 de Enero a 28 de Diciembre de 1874. Estado de los destierros y deportaciones llevados a efecto desde 28 de Diciembre de 1874 a 1° de Noviembre de 1876. Estado de destierros y deportaciones verificados por orden de las autoridades militares de los distritos que se consignan**. Pirala: **Op. Cit.** Vil. IV. p. 777.

[12] **Ministerio de la Gobernación. Subsecretaria. Estado general de de las operaciones de la sección especial de destierros y embargos a carlistas, desde su creación hasta el día de la fecha.**
Documento del 9 de diciembre 1876.
Pirala: **Documentos**, Nº 6, Vol. IV

mes por cada miembro de la facción.

La represión económica ejercida por los carlistas ha sido al parecer más selectiva y menos antipopular. Muchos dirigentes substraen cantidades a personas acomodadas. El general Quesada, en su respuesta a su antiguo compañero de armas que se ha hecho carlista, enumera los excesos cometidos por los rebeldes: ejecuciones someras, expropiaciones individuales y colectivas, expatriaciones para evitar peligros, etc. [13]

344 El general liberal concluye su carta deplorando las confiscaciones decretadas por el Gobierno y afirmando que, por lo que a él se refiere, intenta por todos los medios suavizar la guerra y atenuar las medidas represivas. Con tal finalidad anuncia la abrogación de la multa de cien reales mensuales impuesta a las familias de los combatientes rebeldes.

En el conjunto, la represión económica es muy inferior a los sacrificios que ambos ejércitos imponen a la población de las zonas que cada uno de ellos ocupa.

Contribuciones y sacrificios exigidos

En 1868, explica la propaganda carlista que D. Carlos dispone de cantidades importantes que le permitirán financiar la actividad política del partido y ocasionalmente una insurrección armada. Eso no es más que propaganda, pues el Pretendiente cuenta con pocos medios. Si algunos legitimistas ricos se declaran dispuestos a poner su fortuna a disposición de la Causa, esos buenos sentimientos no se materializan. Los íntimos de D. Carlos tratan con insistencia de obtener empréstitos en el extranjero, pero tropiezan con grandes dificultades a causa de la poca credibilidad que despierta su empresa entre los banqueros. Las posibles sumas así reunidas no permitirían equipar un ejército, y aún menos mantenerlo: a lo sumo han podido servir para hacer frente a algunos gastos del Príncipe y de su Corte. Hasta se ha dicho que las tentativas de acercamiento de Don Carlos a Cabrera tenían por objeto únicamente la fortuna que se atribuía al viejo dirigente.[14]

Respecto a la ayuda extranjera, se sabe que los legitimistas franceses auxilian a los carlistas. Una carta sin fecha, probablemente de junio de 1874, —que emana del Comité Central Carlista de Bayona, compuesto seguramente de Franceses pues su correspondencia está redactada en francés— recuerda que los legitimistas de allende el Pirineo han entregado a los rebeldes españoles varios miles de blusas, camisas, pantalones. Anuncia también la expedición de 13 piezas de artillería de montaña y promete, para pronto, el envío de un número aproximadamente igual de cañones de gran calibre.[15] Pero, si la ayuda de los amigos extranjeros no es despreciable, es en la región en que actúan donde los facciosos obtienen lo esencial de sus recursos.

345 Las provincias rebeldes han de soportar el mayor esfuerzo. Las Diputaciones carlistas

---

[13] Con respecto a la emigración de liberales, escribe Quesada el 16 de agosto:

«No ignora usted ciertamente, cuan fácil me sería citar larga lista de personas que conocemos y se hallan en el caso mencionado, las cuales han tenido que expatriarse forzadamente, privadas de todo recurso...»

Idem., Nº 23. III, pp. 933-934.

[14] J. Indalecio Caso: **La Cuestión Cabrera**, Madrid, Tipografía de Gregorio Estrada, Ca. 1875, pp. 193-278, **passim**.

[15] Documentos de abril de 1874. R.A.H. Legajo 6880.

recurren al empréstito e imponen la adquisición de bonos. En principio, el empréstito obligatorio afecta sobre todo a los liberales o a gente de condición acomodada, sospechosos de simpatías liberales, pero, por ese camino, se «venden» bonos a familias de la clase media que son simplemente neutrales en el conflicto. Esa misma categoría social se ve a veces obligada a pagar multas que también se imponen a las corporaciones locales y hasta incluso a las familias de combatientes legitimistas desertores. Aróstegui ha estudiado este aspecto del problema en Álava y concluye que las sumas extraídas a particulares, en el doble concepto de prestamos y multas, no son muy elevadas.[16] Las autoridades rebeldes se comportan en los territorios que ocupan como un Estado cualquiera e imitan al Gobierno instituyendo la redención del servicio militar mediante el pago de una cantidad. Esta medida se aplica según las necesidades en hombres del ejército carlista. Las restricciones impuestas en Navarra elevan el monto de la cantidad que es preciso pagar.[17] A lo largo de la guerra, los recursos así obtenidos constituyen un capítulo importante de los ingresos de la administración rebelde. más pesadas aun que esas formas de tributo, son las exigencias en mercancía: granos, vino, ganados, caballos para el ejército carlista, requisa de todo tipo de artículos, a veces vueltos a vender a sus antiguos poseedores, lo que da una idea del tipo de trafico que así surge. En este terreno, la estafa y el robo han hecho muchas victimas. Pero las raciones entregadas a los militares, para el alimento de los hombres, los caballos y las acémilas, constituyen, con mucho, la carga más pesada impuesta a la población rural, a la vez por los rebeldes y por los gubernamentales.

Vizcaya gasta, para mantener al ejército carlista, de 1870 a 1874, cuarenta y cuatro millones de reales.[18] Navarra consagra, en 1874, medio millón por mes para pagar las raciones dadas al ejército rebelde. Pero, en 1875, los dispendios ascienden a tres millones.[19] Álava, por su parte, menos afectada por la guerra. gasta, en 1874 y 1874, veinte millones de reales.[20]

346

Los liberales recurren a los mismos procedimientos. La Diputación liberal de Guipúzcoa, que sólo controla un pequeño territorio, tiene un presupuesto anual, en 1873-1874, de catorce millones de reales.[21] No hay que olvidar que se trata del presupuesto ordinario y que muchos gastos son asumidos por los ayuntamientos.

La Diputación liberal de Álava no consigue cobrar las sumas que se le adeudan y registra un déficit global, de 1870 a 1874, de 800.000 reales, pero no sólo vive de su presupuesto ordinario. En noviembre de 1872, ha recurrido ya al empréstito que, ese año, alcanza un monto de diez millones de reales.[22]

Esas cifras dan una idea de la plaga que aflige a la población y sobre todo a los campos, sometidos a una doble presión. Las reclamaciones que particulares y corporaciones locales dirigen a las autoridades, después de la guerra, constituyen un expediente extraordinariamente voluminoso.

Las poblaciones se han visto sometidas a todo tipo de prestaciones obligatorias y servicios. El llamado de «bagajes» o transporte por cuenta de los militares solicita con frecuencia a

---

[16] J. Aróstegui Sánchez: El carlismo alavés y la guerra civil de 1870 a 1876. Diputación Foral de Álava. Vitoria 1970, pp. 126-137, **passim**.

[17] Se encuentran muchos «certificados de redención» en la Academia de la Historia (Sección Pirala, Legajo 6880), así como recibos referentes a Navarra y a agosto de 1874 (**Ibid**, Legajo 6882).

[18] Pirala: **Op. Cit.** Vol. V. p. 396.

[19] **Idem**. Vol. VI. pp. 92 y 421, respectivamente.

[20] Según caculos de Aróstegui: **Op. Cit.** pp. 151 y 160

[21] Del 15/08/73 al 15/08/74, el presupuesto de la Diputación se equilibra; los gastos ascienden entonces a un poco más de 14 millones de reales. R.A.H. Legajo 6882.

[22] En los diversos presupuestos, de 1870 a 1874, no se hallan incluidos los gastos de guerra: se trata por consiguiente de gastos ordinarios. Del déficit global, el 75% se refiere al año 1872. Aróstegui: **Op. Cit.** p. 163.

todos los que tienen carros u otros vehículos, caballerías o acémilas. Las fortificaciones de las ciudades obligan a movilizar a los adultos disponibles y exigen sumas elevadas que son pagadas por las corporaciones. Así, la fortificación de Laguardia, financiada por los pueblos de los alrededores, cuesta a la localidad de Villabuena 75.000 reales y, en la villa de Laguardia, cada familia contribuye con veinte reales.[23]

Algunos pueblos de Álava piden autorización a la Diputación para roturar tierras comunales con el fin de poder hacer frente a sus obligaciones financieras.[24] Acabada la guerra, la Diputación no podrá cobrar la contribución atrasada que le deben muchos ayuntamientos; los más empeñados son deudores de cuatro millones de reales que no están en condiciones de pagar.[25]

Muchos particulares se han arruinado. Las cantidades que en conceptos diversos han debido desembolsar algunas personas representan el patrimonio de una familia de la clase media.[26] Las deudas, la ruina, se agravan a causa de la destrucción de las cosechas o simplemente de la interrupción parcial de la producción agrícola. Después de la guerra, algunas localidades exigen una indemnización porque sus fincas no han podido cultivarse.[27]

347 Según todos los indicios, el mundo rural es quien más ha sufrido y es en el campo donde se dejaran sentir más duraderamente las consecuencias de la guerra, pero muchas ciudades también se han visto sometidas a duras pruebas. Se ha evocado ya el caso de Bilbao; también Pamplona, sometida a un cerco prolongado, Hernani, San Sebastián, Irún y otras muchas han sufrido directamente de la contienda. El caso de Hernani es ejemplar

Esta ciudad albergaba, antes del conflicto, a 224 familias: 86 agricultores, 30 asalariados, 104 artesanos y comerciantes y 29 personas de profesión liberal o empleados y funcionarios. Antes de que empiece el asedio de la ciudad, 11 agricultores y otras 46 familias emigran. Se trata a la vez de propietarios carlistas o simpatizantes y de liberales acomodados, generalmente comerciantes, que no quieren soportar las privaciones que la guerra impone. Los que se quedan, sobre todo los más acomodados, han de compartir sus aposentos con los militares estacionados en la localidad. Con frecuencia, la familia ocupa la parte baja de la casa para dejar el piso principal a oficiales, pues la ciudad ha de alojar también a cierto número de forasteros: 400 combatientes venidos del exterior, en 1874, y 1500, en 1875. La población de Hernani aumenta así en un 40% en 1874 y en un 100% en 1875. En 1872 y 1873, la ciudad ha suministrado 112 voluntarios armados, pero luego ese contingente aumenta sensiblemente. La guerra impone el cierre de muchas tiendas y talleres; los propietarios se enrolan, además, como voluntarios. Los proyectiles enemigos destruyen total o parcialmente 142 casas de habitación y provocan nueve muertos y veintidós heridos, entre los voluntarios de la milicia, más dieciséis muertos y setenta y nueve heridos, en la población civil. En fin, el Ayuntamiento ha emprendido gastos extraordinarios por valor de un millón doscientos mil reales.[28] Tal es el balance que con la austeridad de las cifras oculta dramas humanos varias veces repetidos en todas las zonas sin excepción.

---

[23] **Ibid**, p. 155.
[24] **Ibid**, p. 161.
[25] **Ibid**, pp. 165-167.
[26] **Ibid**, pp. 167-171
[27] Una localidad pequeña como Uzquiano cerca de Vitoria, reclama en tal concepto 80.000 reales de daños y perjuicio. **Ibid**, p. 119, nota 1.
[28] Voluminoso expediente fechado el 1° de enero de 1876. R.A.H. Legajo 6885.

La participación de los combatientes

Es uno de los más onerosos tributos impuestos por la guerra Una relación general de las fuerzas armadas españolas en 1876 comprende 800 forales (tropas de las diputaciones vascas) y alrededor de 2.000 combatientes de las contraguerrillas, tropas financiadas esencialmente por las provincias. Hay que sumar a ellos, los

voluntarios de la libertad. A lo largo de la guerra, unas doce mil personas han sido enroladas como voluntarios en las milicias liberales de las tres provincias occidentales. Aunque ignoramos el número global de voluntarios navarros, se pueden estimar —teniendo en cuenta que su número es proporcional a la población totalen unos ocho mil. Veinte mil Vascos, por lo menos, han combatido con los gubernamentales.

El ejército legitimista se compone de gran número de voluntarios, pero, desde 1872, los rebeldes recurren también al reclutamiento forzoso, sobre todo en las zonas más reacias, lo que ocurre en parte de Álava. En 1874, los insurrectos legalizan el servicio militar obligatorio y decretan la movilización de todos los varones de 18 a 35 años. El ejército rebelde cuenta entonces con 40.000 hombres, reclutados en su mayor parte en las provincias vascas. Así, el total de Vascos enrolados representa alrededor del 7% de la población de la región, mientras que los efectivos del ejército español, en 1876, momento de mayor movilización, representan el 2% de la población nacional. La contribución directa y personal de los Vascos ha sido muy superior a la del resto de España, lo que parece natural, en una región especialmente afectada por el conflicto.

Se ha hablado ya abundantemente de los combatientes legitimistas, acaso en detrimento de los voluntarios liberales, cuyo papel no se ha subrayado suficientemente. Un cuadro completo del conjunto de milicianos de las tres provincias occidentales permite conocer mejor las zonas más adictas a los liberales.[29]

---

[29] «Voluntarios Vascongados a los efectos de la ley de 2 de abril último que durante la última guerra carlista defendieron con las armas los derechos del Rey legítimo y de la Nación.»

Número de la "Gaceta"	Fecha de publicación
77	17 marzo 1896
78	18 marzo 1896
80	20 marzo 1896
81	21 marzo 1896
82	22 marzo 1896
83	23 marzo 1896
85	25 marzo 1896
88	28 marzo 1896
89	29 marzo 1896
90	30 marzo 1896
91	31 marzo 1896
92	1 abril 1896
93	2 abril 1896
94	3 abril 1896
95	4 abril 1896
96	5 abril 1896
97	6 abril 1896
99	7 abril 1896
99	8 abril 1896

Álava, que cuenta con 90.000 habitantes en 1877, enrola, en determinados momentos de la guerra, hasta dos mil personas como voluntarios para secundar al ejército gubernamental. Naturalmente, Vitoria, que permanece sin interrupción en manos del ejército nacional, es la localidad que suministra el mayor contingente. Sus voluntarios son más o menos numerosos según los períodos y oscilan de 300 a 800.

349 En total (ya que no siempre son los mismos). la milicia de Vitoria ha tenido 1460 hombres armados. Además de Vitoria, las ciudades y villas de la Rioja alavesa, que albergan a asalariados de la agricultura, constituyen unidades de voluntarios. Las nueve localidades importantes de esta zona, cercanas unas de otras, han enrolado a 465 milicianos, de los cuales 121 de la ciudad de Laguardia. En otras zonas ha habido muy pocos voluntarios: 13 en Salvatierra y ninguno en el S.O., N.O. y Montaña. Conviene añadir a esos contingentes las tropas provinciales o «Miñones» que tienen un efectivo de 150 hombres.

En Vizcaya, la milicia liberal reviste una importancia mayor que en la provincia anterior; aproximadamente el doble de voluntarios que en Álava, pero Vizcaya es casi dos veces más poblada. Guipúzcoa, que tiene una población equivalente, cuenta con un número casi idéntico al de Vizcaya.[30] Pero, en cada una de esas dos provincias, la distribución geográfica de los voluntarios es radicalmente distinta. En Vizcaya, es Bilbao quien suministra y mantiene a la aplastante mayoría de los voluntarios, algunos de ellos procedentes de zonas de la provincia totalmente controladas por el enemigo. Se cuentan, en un primer tiempo, setecientos voluntarios de la libertad en Bilbao, luego, más de mil voluntarios de «la República», más tarde, un miliar de auxiliares, ciento once veteranos, doscientos zapadores auxiliares y ciento treinta y ocho voluntarios que componen la milicia del ferrocarril Bilbao-Tudela. Algunas personas forman parte sucesivamente de los diversos cuerpos, pero, en total, más de dos mil personas han prestado servicio en las unidades de la «invicta» villa. Por el contrario, las otras ciudades de Vizcaya han tenido pocos voluntarios. Durango, con cuatro mil habitantes, suministra en determinado momento ciento cuarenta y seis milicianos, poca cosa, como se ve, pero se trata de una localidad especialmente adicta a los insurrectos. Bermeo (mas de siete mil habitantes) sólo suministra cincuenta y ocho; Ondárroa, por el contrario, con dos mil quinientos habitantes, tendrá setenta y dos. Deusto. en la periferia de Bilbao, enrola ciento cuarenta y cuatro voluntarios de una población de algo más de dos mil habitantes, mientras que San Juan de Musques, que sólo cuenta mil quinientos, registra setenta y cuatro. Existen desigualdades que ponen de manifiesto la solida implantación de los carlistas en los alrededores de Bilbao y la existencia de núcleos liberales en las zonas controladas por los tradicionalistas. Hay, no obstante, un hecho dominante: el aislamiento de Bilbao.

350 En Guipúzcoa, el número de localidades que constituyen unidades de voluntarios es mucho más importante y esas aglomeraciones se sitúan en todas las zonas de la provincia. Los voluntarios de San Sebastián representan, no obstante, la tercera parte. Inmediatamente después vienen las ciudades de los alrededores y de la costa:

Ciudad	Número de habitantes	Número de voluntarios
Irún	7.000	560
Pasajes	1.591	110
Fuenterrabía	3.700	121
Guetaria	1.000	187
Deva	3.000	159
Orio	1.000	197

[30] Hemos utilizado el censo de 1877, el más próximo.

Tolosa	7.500	541
Azpeitia	6.300	124
Mondragón	2.800	75
Vergara	6.000	234
Eibar	4.000	900+300
Plasencia	2.000	96
Lezo	1.000	87

San Sebastián y las seis primeras ciudades de la lista están controladas por los liberales durante toda la guerra; las demás, al contrario, caen en manos de los legitimistas en 1873. Con la ocupación, los voluntarios liberales de esas localidades cesan, naturalmente, en su actividad. Las ciudades cerca del Oria: Alegría, Arechavaleta y Andoain, que totalizan cuatro mil habitantes, suministran, al principio de la contienda, unos doscientos voluntarios.[31]

351

Además de San Sebastián e Irún, se puede observar la aportación que hacen a los liberales Tolosa y, sobre todo, la localidad obrera de Eibar, ciudad que aloja además, en determinado momento, a un batallón compuesto de voluntarios de diferentes localidades refugiados en Eibar.

La procedencia de esos milicianos, en el conjunto de la región, corresponde a la geografía del liberalismo vasco. Como ya se ha dicho, los núcleos liberales coinciden con las zonas donde la economía mercantil, industrial o agrícola, se halla más desarrollada:

Pamplona y la Ribera, en Navarra; Vitoria y la Rioja, en Álava; Bilbao y sus alrededores, en Vizcaya. En Guipúzcoa, la economía de mercado se halla más dispersa y los núcleos liberales son más numerosos. En este último aspecto, se puede observar también la preeminencia de las cuatro ciudades que, tras la guerra, van a ser los centros administrativos modernos de cada una de las cuatro provincias.

Finalmente, los dos bandos han exigido a sus militantes, luego a toda la población, sacrificios cada vez mayores. Algunas ciudades, como Bilbao, han sufrido directamente de la guerra, pero, como decía un notable hablando del sitio, cuando las inundaciones habían destruido un puente, los destrozos causados por la guerra o por las intemperies obligan al Ayuntamiento a reconstruir la ciudad modernizándola. Como la mayor parte de las ciudades afectadas por la contienda van a desarrollarse luego a un ritmo rápido, puede decirse que los rebeldes han llevado a cabo la indispensable demolición que permitirá adaptarlas a nuevas actividades. Por el contrario, en los campos, la guerra dejara cicatrices de más difícil curación. Los testigos que recorren las zonas ocupadas por los carlistas no pueden ocultar su impresión desagradable ante el triste espectáculo que se ofrece a sus ojos. Pintan casas incendiadas, cosechas destruidas, tierras yermas, combatientes sometidos a duras privaciones y victimas, como el resto de la población, de epidemias; en suma, un cuadro desolador que contrasta con la prosperidad y la impresión de bienestar que el viajero sentía antes de la guerra. He aquí un relato emocionante en su brevedad:

351

> «Yo vi heridos y enfermos ardiendo en fiebre, azotados por una lluvia glacial; familias que huyendo por las crestas nevadas, veían la casa de sus padres arder en el valle, y criaturas que pedían limosna cerca de su hogar destruido, donde el enemigo cazaba a tiros entre las ruinas los animales domésticos. Yo vi madres que lloraban a la vez por sus bienes puestos en almoneda para pagar contribuciones, y por sus hijos arrebatados a viva fuerza para hacerlos pasar por...«¡voluntarios!». Yo vi las hordas de huérfanos que salen gritando a los caminos, y a los inválidos que imploran la

[31] Se trata de nuestros propios cálculos después de hacer un recuento a partir de las listas publicadas en la **Gaceta**.

> caridad donde ayer trabajaban, y el hambre y la miseria donde ayer florecía la abundancia...»

Ese texto ha sido redactado por un carlista decepcionado que hace responsables de esa situación tanto a los liberales como ai Alto Mando legitimista. Se complace en oponer la sinceridad de pueblo a la doblez de sus dirigentes:

> «...¿por qué pelea toda aquella gente? ¿Por un sueldo? Preguntad lo que cobran... cuando por casualidad se les paga. pero ascensos, haberes, gracias, ¿qué vale todo eso donde hay soldados que sirven gustosos a las ordenes de algún oficial que a su vez les ha servido de criado, y personas distinguidas de quienes a duras penas se puede conseguir que dejen el fusil por la espada?»

Ese ejército popular y caballeresco ha luchado —prosigue diciendo el mismo autor— por la religión y por cierta concepción de la vida que no tiene nada que ver con la mezcla heterogénea e incoherente (sic) de la doctrina expuesta por Don Carlos en sus declaraciones publicas.[32] Las masas populares no han hecho, en definitiva, más que contribuir a su ruina:

> «En los alegres caseríos de otro tiempo falta la juventud y con ella la vida; las mujeres y los ancianos cultivan tristes y en silencio la tierra, sin que ni el hijo muerto ni el hermano en campaña les libre de impuestos o de rudas prestaciones personales».[33]

353

El modo de vida que los carlistas vascos quieren preservar se basa en un sistema paternalista y rural muchas veces recordado por las Diputaciones y el clero, los que han sublevado a las masas populares contra el régimen de Madrid.[34] Las zonas rurales vascas repudian la primacía de los centros urbanos y conciben una sociedad que pueda prescindir de las ciudades. Los combatientes vizcaínos atacan a Bilbao con una rabia indescriptible, incluso cuando se disponen a abandonar el sitio. Irún, Hernani, San Sebastián son victimas del mismo odio. Antes de la guerra, toda una propaganda tradicionalista se ha preocupado de condenar a las ciudades y de intentar frenar su desarrollo. Pero, al fin y al cabo, la acción que llevan a cabo los rebeldes conduce al aplastamiento del mundo rural y a la hegemonía urbana. De hecho, lo que en otros lugares ha sido el resultado de una evolución que consagra la supremacía de la nueva economía, se realiza parcialmente, en el País Vasco, tras un enfrentamiento.

El arrojo y la valentía del mundo rural, sus sufrimientos y la amplitud de su derrota confieren a su combate una aureola épico-trágica que la literatura no podía dejar de explotar. Por ello, los carlistas vascos gozaran de una reputación a la que no podrán aspirar sus compatriotas enrolados en las filas del ejército enemigo. Además, la suerte de estos últimos, aunque son vencedores, es acaso menos envidiable. Pues el carácter moderado, la ausencia de un proyecto exaltante, las múltiples carencias del liberalismo en el País Vasco realzan aun, ante

---

[32] Indalecio: **Op. Cit.** pp. 434 et 432, respectivamente.

> « Basta reunir los manifiestos y cartas políticas de D. Carlos y de su gente favorita para ver mezclado el poder absoluto y la soberanía popular, las Cortes de Procuradores y las Constituyentes, la monarquía cristiana y el cesarismo ¿Dónde ni cuando se ha visto más revuelta confusión de ideas? Lo que hace quince años dije de Carlos VI, y que seguramente paso por una exageración, hoy es un hecho: Carlos VII acepta **hasta el sufragio universal o como si dijéramos, cualquier cosa**».

Idem. p. 436.

[33] **Idem**. p. 430.

[34] La alianza clero-pueblo-autoridades forales ha sido puesta de manifiesto ampliamente a través de varios textos analizados en la segunda parte de nuestro estudio. Limitémonos a hacer referencia a otros dos documentos.

El gobernador civil de Álava se dirige al Obispo de Vitoria, el 21 de marzo de 1875, para que intervenga personalmente con el fin de que los sacerdotes miembros de la facción o que alientan la guerra retornen a su ministerio. R.A.H. Legajo 6873.

En los días sombríos de la derrota, la Diputación rebelde de Vizcaya deplora que el «espíritu del siglo» haya contaminado incluso a ciertos carlistas (Circular de enero de 1876) y encomienda al clero la tarea de evitar que las doctrinas perniciosas (sic) penetren en las escuelas vascas. R.A.H. Legajo 6888.

la opinión pública de esta región, el prestigio de los carlistas. Tanto más cuanto que la guerra ofrece la oportunidad de vivir la experiencia de una independencia de hecho.

¿Un Estado vasco bajo el carlismo?

354

En cuanto el Pretendiente llega a España, en 1873, se declara dispuesto, en nombre de la legitimidad, a tomar posesión del trono español y se apresura a concretizar su poder constituyendo un ejército y una administración, tratando así de obtener el reconocimiento oficial de los gobiernos extranjeros. Nace pues un embrión de estado cuando los carlistas ocupan una parte del territorio nacional. Las circunstancias hacen que ese territorio conquistado sea vasco, es decir precisamente una región que goza de cierta autonomía. Don Carlos quiere, no sólo respetarla, sino ampliarla, pues el carlismo se declara respetuoso de las autonomías regionales del Antiguo Régimen, peligrosamente comprometidas o ya abolidas por el Liberalismo. Hasta critica el centralismo de los Borbones. dinastía a la que sin embargo pertenece Don Carlos. Este devuelve pues a los Vascos los Fueros en toda su plenitud. No obstante, esa restitución procede tanto de una decisión del Príncipe como de la evolución de una situación que coloca a Don Carlos ante el hecho consumado. Basta con recordar el proceso de la insurrección.

El alzamiento carlista ha sido posible gracias al clero y a los notables vascos que detentan el poder regional y ejercen una influencia considerable en las masas populares. Se sirven a fondo de la autonomía para luchar contra la «setembrina», con el fin de debilitarla, y luego para provocar la rebelión. Invocan como pretexto. además de la «persecución religiosa», la defensa de los Fueros. Ahora bien, estos no se hallan amenazados, al menos oficialmente. por el nuevo régimen. Los responsables vascos, que tienen empeño en no pasar por vulgares conspiradores, explican entonces que es el régimen isabelino el que ha atentado contra la autonomía. Se trata pues de volver a la legalidad de antes del Convenio de Vergara. Explican también que la integración de las provincias vascas en el reino de Castilla había sido voluntaria, negociada, el resultado. en cierto modo, de un pacto que las autoridades de Madrid, al violar los Fueros, han roto unilateralmente; el pacto ha quedado pues caduco. En tal situación, los Vascos tienen derecho a elegir al rey que más les guste, es decir D. Carlos. Este deberá pues reinar en el

País Vasco en virtud de la voluntad, libremente expresada, de sus habitantes. Su autoridad no debiera ejercerse sino después de haber jurado defender y respetar el régimen administrativo de esta región.

355

Cuando el Pretendiente entra en España, las autoridades de Vizcaya le piden que vaya a Guernica a prestar juramento. La Diputación carlista de esta provincia restablece por su propia iniciativa, el 17 de agosto de 1873, el Fuero en toda su integridad. Da orden a las corporaciones locales que constituyan ayuntamientos con arreglo a la antigua ley vizcaína y convoca la «Junta de Merindades» para el 2 de mayo de 1874.[35] El 3 de julio de 1875, D. Carlos presta juramento solemne en Guernica ante una multitud que representa al pueblo vizcaíno.

[35] Los historiadores de la última guerra carlista consagran un capítulo adicional a lo que Hainan la «administración carlista». Véase Hernando. **Op. Cit.** pp. 385-194 y Olcina: **Op. Cit.** pp. 146-156.

Sólo Fernando el Católico había aceptado hasta entonces someterse a semejante ritual. Ese día, el Corregidor de Vizcaya concede indulto a los presos políticos. El corregidor había sido siempre un funcionario real encargado de limitar el poder de las provincias. Ahora bien, en ese momento, actúa como un verdadero jefe del poder ejecutivo, en nombre del rey, cierto es, pero no como un delegado del poder central. El matiz es importante y nunca en el pasado las provincias vascas habían gozado de una autonomía tan amplia.

El 7 de julio, D. Carlos se somete al mismo ceremonial en Villafranca (Guipúzcoa) y se dispone a hacer lo mismo en Álava, pero las autoridades de esta provincia consideran, teniendo en cuenta las circunstancias, que los juramentos prestados por el Rey en Vizcaya y Guipúzcoa se extienden simbólicamente a Álava. Esta provincia obtiene, como las demás, el restablecimiento del «pase foral».

Las prerrogativas concedidas a las provincias no son en definitiva sino el reconocimiento **de jure** del poder que ejercen ya prácticamente

El Estado central y las Diputaciones

D. Carlos, como Pretendiente de una Monarquía de Antiguo Régimen, y quienes le rodean —la Corte— constituyen el Estado. Una decena de personas componen lo que se llama la «casa del Rey». La escolta real —el batallón de «Guías del Rey» y los «Guardias a caballo», que a veces combaten en los enfrentamientos más importantes—, la secretaria del Príncipe, su médico y su capellán forman «**El Cuartel Real**». El Rey y su sequito se instalan alternativamente en Estella, Durango y otras ciudades. Se trata pues de una Corte itinerante y, por ello, los diversos servicios se hallan descentralizados.

356

Tres Secretarias o Ministerios asisten al Rey: Estado y Asuntos extranjeros, Justicia y Hacienda, Guerra. Aparecen luego una Dirección general de Comunicaciones y un Departamento de Instrucción publica, dependientes del Ministerio de Estado.

En el terreno diplomático, los carlistas tienen agentes oficiosos en Londres, París, Roma, Viena, etc., pero no consiguen ningún reconocimiento oficial, ni siquiera del Vaticano.

La Justicia está representada en la cumbre por un tribunal supremo que tiene su sede en Oñate y que examina, tan sólo en 1875, más de trescientos expedientes. Sin embargo, su actividad judicial se limita casi exclusivamente a los asuntos navarros, pues la plenitud foral de las otras tres provincias hace de sus diputaciones verdaderos tribunales de apelación y de casación en el momento en que se restituyen a los alcaldes atribuciones judiciales de otros tiempos. Privado así de una parte de sus competencias teóricas, el Tribunal de Oñate se encarga de un trabajo de elaboración legislativa, de restablecer el viejo corpus jurídico vasco y de corregir si fuera preciso sus deficiencias. El Código penal español queda abolido en Vizcaya y se espera el resultado del trabajo legislativo de los magistrados de Oñate para someterlo a la aprobación de las Juntas provinciales.

La enseñanza es un terreno prioritario para las autoridades legitimistas. Instrucciones precisas y urgentes son dadas para que se abran escuelas primarias en todas las localidades de la región y para que el personal docente reúna los requisitos de moralidad y competencia necesarios. Tres establecimientos de segunda enseñanza se instituyen también y se prevé

una escolaridad en dos ciclos, para las humanidades y para las ciencias respectivamente. La Universidad de Oñate corona ese edificio. Sus fundadores están animados por la preocupación de aligerar los programas, renunciando a las pretensiones enciclopédicas de la Universidad española de esa época con el fin de dar a los estudiantes una instrucción solida orientada hacia la formación profesional. La Universidad de Oñate goza de gran autonomía, acoge a ciento cincuenta estudiantes y expide, en el transcurso de su breve existencia, cuarenta y cinco títulos.[36]

357 La guerra impone de manera natural el desarrollo del Departamento de Sanidad. La institución «La Caridad», especie de Cruz Roja carlista, mantiene 22 hospitales, entre ellos el conocido de Irache, en Navarra, que tiene trescientas camas repartidas en catorce salas. Para formar al personal médico, Irache dispone de una escuela de enfermeras y las autoridades piensan en abrir una Escuela de Medicina en Estalla.

Como el resto de las actividades, escuelas y hospitales están financiados por las provincias. Lo mismo ocurre con el Correo y el Telégrafo que funciona regularmente en el interior del País Vasco asegurando también la comunicación de dicha región con algunos países extranjeros. Un servicio de trenes funciona también, en determinado momento, entre Andoain, Tolosa y Zumárraga. Sin embargo, no hay comunicaciones con la zona enemiga y las tentativas realizadas para restablecer la circulación de los trenes no dan resultado.

El Ministerio de la Guerra es el departamento más desarrollado. Además de los servicios del Estado Mayor y de la administración militar, tiene una Dirección general para cada una de las Armas. El puesto de capellán general se confía al obispo Caixal, anticipadamente integrista, que, desde Vergara, desempeña el papel de suprema autoridad religiosa y moral. La importancia del Ministerio de la Guerra no suprime la obligación de las provincias de equipar y mantener el ejército. Esa situación confiere a las Diputaciones una autoridad y competencias que se ejercen a veces en detrimento de los jefes militares. Aquellas tienen tendencia cada vez más a desconfiar de ciertos responsables del Ejército a quienes atribuyen débiles convicciones y mucho oportunismo; oportunismo que, como algunos sospechan, habrían incitado a muchos oficiales a pasarse a los carlistas para ascender. La desconfianza de las autoridades forales se extiende en ocasiones a funcionarios civiles y a personalidades de la Corte. Esa actitud coincide con el sentimiento de muchos combatientes, imbuidos de un reflejo antiburocrático, muy aldeano, que acusan fácilmente a quienes no participan directamente en los combates de parasites, **ojalateros**.[37]

358 Si D. Carlos llega a acuñar moneda y a dispensar títulos de nobleza, sus poderes son más teóricos que reales pues el Estado central desempeña, en el mejor de los casos, el papel de coordinador de las Diputaciones, muy celosas de sus prerrogativas.

El poder real de las Diputaciones procede de la misión fundamental que se han visto obligadas a asumir. Gracias a la intervención de los hombres que las dirigen, la población ha seguido a D. Carlos. Esos hombres obtienen los medios indispensables para desencadenar la insurrección. Reclutan, movilizan y, a veces, acompañan a los voluntarios al combate; se atribuyen grados militares. A lo largo de toda la guerra, las Diputaciones atienden a las necesidades de cuarenta mil rebeldes. Financian escuelas y hospitales con impuestos y

---

[36] Un informe remitido a la «Junta de Enseñanza de Navarra», en noviembre de 1875 dice:

> «Urge poner el oportuno remedio; se hace preciso no solamente que se abran las escuelas que por abandono punible de las autoridades locales permanecen terradas sino también que se ponga al frente en todas, personas que, habiendo probado su suficiencia en un examen, se hallen provistas de titulo para ejercer el cargo que desempeñan» Nº Reproducido por Olcina: **Op. Cit.** pp. 46-47.

[37] **Ibid,** pp. 74-75.

contribuciones extraordinarias decretados por ellas. Montan fabricas para elaborar armas, confiscan si es preciso las materias primas indispensables, requisan medios de transporte. organizan las comunicaciones, las aduanas, firman acuerdos interprovinciales, dictan reglamentos para el comercio, desarrollan la administración, dirigen cuerpos de policía, etc. Incluso Álava, la más castellanizada, se arroga los atributos de un Estado. Sólo Navarra da pruebas de cierta docilidad a las autoridades centrales rebeldes.[38] En resumidas cuentas, las Diputaciones asumen todos los poderes de un Estado, pero de un Estado vasco tricéfalo.

Los dirigentes vascos son gente conocida en sus provincias respectivas. Se trata de propietarios, de notables, de antiguos elegidos; su prestigio es grande y no se vera comprometido por la derrota. Sus posiciones son tan solidas que, tras la guerra, transferirán sus poderes con toda solemnidad a los dirigentes alfonsinos que vienen a sustituirlos.[39]

La guerra ha ofrecido pues la ocasión a una parte del País Vasco de conocer una independencia de hecho; las autoridades de la zona carlista han debido gobernar en las condiciones difíciles de la guerra. Por su parte, los centros urbanos, ocupados por el Ejército, se ven obligados a colaborar con foráneos y a apoyar a un régimen que carece de atractivo. En suma, la guerra ha sido una rica pero costosa experiencia para todos los Vascos.

359

Conclusión sobre el período 1868-1876

Nadie negara que, entre las novedades que ofrece el «sexenio revolucionario», hay dos que merecen subrayarse: la intensa participación de las masas populares en la vida política y el despertar de las regiones, la explosión de los particularismos, a la que se asiste con ocasión de la rebelión cantonal. Los progresos del movimiento republicano y de los internacionalistas, el federalismo teórico, dan testimonio de la importancia de ese doble fenómeno. Ahora bien, el País Vasco queda prácticamente al margen de esa experiencia española, pero, gracias a la particular intensidad de la guerra carlista en esa región, en la que se halla confinado el ejército legitimista después del derrumbamiento de los demás frentes, las provincias vascas y el partido carlista español van a conocer una situación singular. En efecto, las primeras viven una experiencia excepcional de autogobierno. En cuanto al segundo, realiza en esta región un frente popular de tal naturaleza que ningún otro partido español, incluso el más progresista, consiguió reunir hasta entonces. Esto se debe a que el clero y la clase dirigente del País Vasco adhieren al carlismo y consiguen interesar al pueblo en una empresa insurreccional.

En el goce y defensa de los Fueros la clase dirigente vasca ha consolidado su tutela sobre las masas y conoce, en este terreno, un éxito mayor que sus amigos políticos de otras regiones.

---

[38] Las autoridades navarras aceptan colaborar estrechamente con las autoridades del Estado central carlista y bajo la dependencia de estas. Por el contrario, las demás provincias se muestran celosas de sus prerrogativas. Hasta la Diputación de Álava se comporta como un verdadero gobierno. Crea una «Comisión a guerra» que funciona de manera autónoma y cuya misión consiste en obtener los recursos excepcionales que la provincia necesita. La comisión envía a las diversas localidades a «comisionados» revestidos de plenos poderes para resolver tal o cual asunto. Se impone incluso al clero que ha de contribuir a los gastos de guerra con la quinta parte de sus ingresos. Aróstegui; **Op. Cit.** pp. 92-97.

[39] En Vizcaya, Lorenzo Arrieta Mascarua, ex diputado en el Parlamento español; en Navarra, Cesáreo Sanz y López jurista eminente, defensor de la autonomía de su provincia; en Guipúzcoa, Dorronsoro, notario en Ataun, antiguo Diputado; en Álava, Varona y Mendieta, sucesivamente. El primero pertenece a una antigua familia aristocrática de la región de Amurrio a la que ha representado en el Parlamento en 1871. Mendieta ha sido Diputado general de Álava de 1868 a 1870.

Dispone sin ninguna duda de un poder mayor de seducción, como ya hemos visto. También se ha explicado que el clero conserva más influencia y prestigio que en otras regiones españolas, que la alianza del clero y de la clase dirigente es particularmente sólida y que los sacerdotes sirven de enlace entre el grupo dominante y el pueblo.

360 Por otro lado, se conoce sobradamente que el carácter insuficiente de las reformas emprendidas por el Liberalismo español, la tímida y penosa transformación de las estructuras heredadas del pasado, colocan a la sociedad española, con ocasión de la mínima coyuntura económica desfavorable, en una situación de crisis. Ahora bien, la originalidad del País Vasco reside en el hecho que la actitud «caritativa» de su clase dirigente atenúa los efectos de la crisis, cuando precisamente esta es acaso más aguda que en otras regiones. En efecto, la superpoblación relativa de los campos y los límites de la agricultura hacen que la búsqueda de una solución sea más urgente y esa solución consiste en la adopción de un sistema de producción moderno. Lo que, por lo demás, es posible teniendo en cuenta el nivel «tecnológico» relativamente elevado de esta región, la abundancia de mano de obra cualificada, la existencia de capitales más dinámicos que en otros lugares. Algunos núcleos se disponen a mostrar el camino que debiera seguirse. No obstante, la experiencia de la postguerra va a descubrir que el despegue de una economía nueva tiene necesidad de apoyos exteriores a la región y de algunas modificaciones de su régimen interno. En suma. la salida de la crisis requiere cambios que una gran parte del pueblo vasco rechaza. En el momento de la guerra, el mundo rural reacciona a la vez contra la crisis y contra sus posibles soluciones. Acaso categorías sociales similares de otras regiones españolas estén animadas por los mismos reflejos, pero no están en condiciones de actuar. En el País Vasco, porque todo un sector privilegiado se empeña en mantener las viejas estructuras y en atenuar el alcance de la crisis, las capas que tienen apego a la antigua sociedad conservan aún vigor suficiente para pasar de la intención a la acción. Su actividad se ve alentada, además, por una relación de fuerzas que les es favorable, teniendo en cuenta la debilidad particular del Liberalismo vasco. Como ya se sabe, está dominado por las corrientes más moderadas. Es cierto que en el País Vasco hay una clase media urbana y un proletariado cuya importancia numérica y experiencia política no son desproporcionadas teóricamente con respecto a las de otras regiones españolas pero su nivel de conciencia y su capacidad de acción autónoma son sin duda más bajos. De cualquier modo, las masas populares urbanas que se enrolan en las unidades de voluntarios de la libertad se integran en un frente liberal que, desprovisto de un programa atractivo, es repudiado por la mayoría del pueblo.

361 Es evidente que las masas rurales emprenden una formidable rebelión cuya amplitud y carácter masivo le confieren un aspecto liberador. Su aspiración a mayor justicia, el hecho de que muchos «ricos» militen en el campo adverso (que utiliza un contingente militar venido de fuera a hollar un suelo que ningún ejército consiguió jamás ocupar impunemente) hacen de la guerra carlista algo que es en el fondo progresista y hasta patriótico. La administración de los insurrectos va, en cierto modo, en la misma dirección.

La Corte y el Rey están cerca del pueblo; viven y luchan a su lado. Las innovaciones en el terreno de la Justicia y en el de la Educación revisten probablemente aspectos interesantes y positives. El ejército rebelde permite, en muchos casos, a personas surgidas del pueblo y que llegan a ser jefes por la voluntad de los hombres que les siguen, acceder a responsabilidades elevadas. La descentralización, la amplia autonomía provincial, engendran una administración que está más cerca de los ciudadanos y estos pueden participar con más facilidad en sus decisiones y, ocasionalmente, impugnarlas. Toda esa experiencia vivida por el pueblo vasco ha de dejar huellas profundas y duraderas.

Sin embargo, los aspectos sin duda positivos y hasta exaltantes que aquella encierra no deben impedir descubrir sus insuficiencias y sus límites. Estos se manifiestan primeramente en el terreno de la autonomía, precisamente.

La independencia real, conseguida durante los tres años de aislamiento, sólo es provincial. Todos los historiadores señalan que las Diputaciones se han negado a mantener a tropas que no son de sus provincias respectivas. Si algunos dirigentes intentan superar ese «provincialismo», los hay que aceptan mal esa superación, lo mismo que las masas populares. Los combatientes sólo de mala gana acceden a combatir fuera de su provincia. En Álava, Varona se vera desplazado parcialmente a causa de la ayuda que quiere prestar a los combatientes de otras provincias.[40] Los carlistas de Castilla o de Santander, que han venido a secundar a sus compañeros vascos, tendrán que soportar, más de una vez, privaciones porque nadie pensara en socorrerles. La imposibilidad de superar el «provincialismo» se manifiesta también en el terreno de las aduanas, como ya se ha señalado. Los acuerdos interprovinciales entre Vizcaya y Guipúzcoa para que los productos que transitan por ellas no paguen derechos de aduana dos veces no siempre son respetados.

362 Este aspecto pone de manifiesto el carácter atrasado del sistema económico en el que se basa el carlismo y el carácter anacrónico de las capas sociales que lo sostienen. La separación de Varona ha sido interpretada como una derrota de los notables rurales en provecho de los urbanos representados por Mendieta.[41] Al desplazar a Varona, los insurrectos de Álava separan al hombre que simbolizaba el carlismo tradicional, el que pasa por ser más popular, más democrático. Se comprende, en esas condiciones. que la democracia, lo mismo que la autonomía, haya tropezado muy pronto con límites infranqueables.

De hecho, la propaganda carlista, incluso la más populista, hasta cuando se pierde en el sueño utópico, incita a las masas a mirar hacia el pasado; les propone un modo de vida caduco. Las diversas corrientes del pensamiento carlista son todas ellas reaccionarias y la guerra sólo podía desembocar en un doloroso callejón sin salida.

Pese a todo, la imagen de un carlismo democrático, reformista, hasta revolucionario, sigue obsesionando a algunos ingenios. ¿Cuáles son las razones? ¿Cuál es el significado que ha tenido, para el carlismo español y el carlismo vasco, esa guerra de cuatro años?

En el plano nacional, la guerra ha confirmado la vocación del carlismo tal como aparecía a través de su propaganda y de su actividad política de antes de la guerra. A partir de 1868, en efecto, el partido carlista constituye el sector más agresivo de los enemigos de la «setembrina». Desencadenan una insurrección precisamente cuando una monarquía constitucional ofrece alguna viabilidad y la guerra adquiere nuevos vuelos cuando se instaura una república. Luego, cuando el régimen se desliza hacia la derecha, a causa en gran parte de la acción de los carlistas, las posiciones de éstos se debilitan y reciben un golpe aún más duro con la Restauración, pues muchos amigos de los días difíciles abandonan a Don Carlos. La influencia de los legitimistas depende de la llegada de muchos militantes nuevos, en 1868, luego, de la defección de gran número de entre ellos. a partir de 1875. Estos que van y vienen son los nuevos carlistas, los **neos**.

363 Esa etiqueta se aplica a la derecha española más reaccionaria que, desposeída del poder político, asustada, se había ido con los carlistas en 1868 para abandonarlos en 1875. Esos

---

[40] Aróstegui, al dar cuenta de las Juntas de Maestu de 1874, examina documentos que permiten interrogarse sobre la regularidad de la contabilidad en la época de Varona y ello a causa de la ayuda que dicho dirigente presta a los carlistas de otras provincias. Véase Aróstegui: **Op. Cit.** pp. 92-97.

[41] Retenemos la interpretación de Aróstegui, Ibid, pp. 82-85.

neos no han hecho más que acentuar el carácter conservador del viejo legitimismo, adaptándolo a otra época y haciéndole admitir la desamortización, así como otras reformas económicas llevadas a cabo desde 1833. Entre ellos hay muchos oficiales que, ante el antimilitarismo, esencialmente verbal además, de algunos políticos del 68, acuden al Pretendiente junto a quien ganan condecoraciones, títulos y grados. En 1875, cuando la Restauración promete garantizar sus «carreras», cambian de campo.

La comprobación del carácter reaccionario de los nuevos carlistas no autoriza a oponerlos en bloque a los viejos militantes y aún menos a atribuir a estos una dimensión progresista. Pues los viejos legitimistas no son menos retrógrados, aunque en su propaganda, al insistir en los «desmanes» causados por el régimen liberal, deploren la degradación social de algunas capas y la explotación creciente de las masas populares. Pues además muchos antiguos fieles están «imbuidos de Liberalismo»: han evolucionado hasta llegar a las posiciones ideológicas de los nuevos adherentes. Esa evolución afecta incluso a dirigentes de origen popular, como Cabrera. Los jefes guerrilleros de su región habían sido, antes de participar en la primera guerra, pastores u obreros agrícolas, sin embargo, ninguno de ellos, que sepamos, ha defendido, a lo largo de la última guerra, proyectos avanzados. La ''contaminación del Siglo» alcanza a muchos voluntarios de la guerra de los Siete Años que, gracias al Convenio de Vergara, llegan a ser mandos del ejército nacional y que, cuando acuden a Carlos VII para emprender una nueva insurrección, se interesan ante todo, salvo excepciones, por su ascenso.

La familia real, como es natural, sigue la misma evolución. Todos los actos políticos del Pretendiente, todas sus declaraciones, excepto la indispensable demagogia, son profundamente conservadores. Trabaja y colabora estrechamente con los **neos** y, si ocurre que este en desacuerdo con algunos de ellos, se debe a apreciaciones políticas secundarias, a concepciones tácticas diferentes o a razones personales. Si condena a otros, es porque lo abandonan. En fin, ya sabemos cuales son las fuerzas europeas que le apoyan más o menos directamente.

364 En esas condiciones, la imagen de un Príncipe popular y progresista forma parte de la historia-ficción. No es más conforme a la realidad que las afirmaciones, ya citadas, que hacen de Cabrera un hombre de progreso en desacuerdo con un Príncipe reaccionario. Del mismo modo, el comportamiento caballeresco de Carlos VII es una imagen literaria desmentida por muchos historiadores. Pero esto forma parte de la historia anecdótica. La realidad es que el Pretendiente no ha sido ni más ni menos que el representante de una casta en una época determinada de la historia. Que los carlistas, «socialistas autogestionarios» de nuestro tiempo quieran hacer de él el precursor de su tendencia política no cambia en nada esa realidad. Decir, como hace por ejemplo Olcina, a propósito del respeto de las autonomías regionales, que el carlismo ha preconizado el federalismo y otro tipo de reforma agraria que la que ha supuesto la desamortización, con el fin de dar respuesta adecuada a los problemas que se planteaban a la España del siglo XIX, constituye una deformación de la historia. Afirmar que Don Carlos se inspira en esa política pero que esta se ha visto desnaturalizada y desviada de sus objetivos por la ''infiltración derechista» de los **neos,** sólo es una mistificación más.[42]

El Manifiesto de Morentín de 1874 no fue criticado a causa del abandono de la promesa que habían hecho los legitimistas de poner en tela de juicio la desamortización ni porque no insistía bastante en el restablecimiento de las autonomías regionales, sino por sus concesiones formales al Liberalismo, por la aceptación, más o menos implícita, de algunas

[42] Olcina: **Op. Cit.** pp. 173-185, **passim**.

innovaciones institucionales que los irreductibles condenaban. Por lo demás, la intransigencia de algunos carlistas sólo se ha manifestado en el terreno del dogma o de la moral y no en el de las disposiciones socio-económicas. Los intransigentes se reclutan, es verdad, en la corriente más clerical Pero sería erróneo oponer el Príncipe «tolerante y progresista» a los clericales «obscurantistas y reaccionarios». Ya hablamos de ello ampliamente a propósito de ideología y propaganda. Recordemos simplemente que quizá sea el clero y los militantes más adictos a ese clero quienes reclaman también más justicia social, sobre todo en el País Vasco.

365 Es pues difícil hablar de carlismo progresista y aún más difícil de carlismo revolucionario. Eso no quiere decir que no haya habido militantes, hasta algunos ideólogos, que han tratado de traducir en términos políticos las aspiraciones de las masas populares. Ya se ha evocado el caso de Nombela que opone el conjunto del carlismo oficial, incluido el Príncipe, al carlismo popular representado por las masas y Diputaciones vascas esencialmente. Nombela pretende, de manera equivocada, que Cabrera forma parte de esa corriente. Por lo demás, la dimensión progresista atribuida a los dirigentes vascos es muy discutible. No obstante, Olcina quiere hacer del carlismo vasco algo realmente ejemplar. Para demostrar que los neos desvían al carlismo de su vocación federal, afirma que Aparisi —a quien considera como derechista— exalta el modelo vasco, no para defender y justificar la autonomía de esa región, sino por considerar que un país católico y clerical, como el País Vasco, era un ejemplo digno de ser imitado. En ese mismo sentido interpretamos nosotros las ideas de Aparisi, pero decimos también que los carlistas vascos están enteramente de acuerdo con su amigo de Valencia a quien hacen que se elija en su región vasca. Habrá que concluir, por tanto, que los vascos no son más federalistas que Aparisi.

De hecho, la autonomía no ha sido para ellos sino un medio cómodo de preservar al País Vasco de los cambios democráticos que se producen en España. La clase dominante vasca no es menos reaccionaria que su homologa de las otras regiones españolas; al contrario, pues ha conseguido frenar más el progreso histórico en la medida en que ha podido contar con una mayor adhesión de las masas. Los carlistas vascos son muy conservadores, tanto los viejos militantes como los nuevos adherentes ¿Quién lo es más, Varona o Mendieta, Arrieta Mascarua o Dorronsoro? ¿Cómo hacer diferencias?

Si, en el País Vasco, los carlistas no actúan, en 1868, con tanta precipitación como los **neos** de otras regiones, es por la sencilla razón de que se han preparado desde hace tiempo. Ya se ha dicho que por el camino del fuerismo la capa privilegiada liberal de 1833 se acerca a sus antiguos adversarios y se confunde a menudo con ellos en una Corriente tradicionalista. Los dos enemigos de otros tiempos colaboran en la administración regional y esa elaboración desemboca naturalmente en una oposición al régimen del 68.

366 Su capacidad de movilización de las masas populares les permite ser la fuerza de choque de la contrarrevolución. Han hecho del pueblo vasco masa de maniobra de la reacción española. Es verdad que los combatientes legitimistas vascos han luchado contra la opresión y por medio de la lucha los pueblos toman conciencia de la verdadera libertad. Son esas masas combatientes las que han dado al partido carlista un prestigio que ni sus responsables ni sus ideas merecieron nunca. Y pese a eso, el pueblo vasco ha luchado contra sus propios intereses y contra los de todo el pueblo español.

Se ha rebelado para perpetuar su modo de vida, pero el precio que tiene que pagar precipita la destrucción del mundo que quería preservar y asegura la preeminencia de las ciudades. Ha sido movilizado para salvaguardar la autonomía y esta queda abolida al final de la guerra. El aislamiento de los liberales, la impotencia de! Ejército han hecho de la insurrección carlista

una especie de guerra de secesión, de tal forma que la victoria de los gubernamentales va a tomar el aspecto de una derrota del pueblo vasco, incluso en sus capas liberales. La guerra carlista contribuye a que fracase el combate emprendido por el pueblo español en favor de la democracia, pero cuando la Restauración se impone a todos, las masas populares vascas se encuentran por fin con las del resto de España en el campo de los vencidos.

367

Capítulo XI. La postguerra: Nuevas condiciones socioeconómicas y nuevo panorama político.

El conflicto de 1872 se produce en una época de crecimiento, tanto demográfico como económico. El segundo no alcanza al parecer el nivel del primero que se ve corregido por la guerra misma. La superpoblación relativa de los campos ha sido, como ya se ha visto, el mal crónico de la época contemporánea; la guerra resuelve a su manera ese problema ya que es el mundo rural quien soporta fundamentalmente las consecuencias. Queda por saber si el freno impuesto a la expansión humana la compromete hasta el punto de amenguar la producción económica y por observar en qué medida esta se ve perturbada directamente por el conflicto armado que, en su desarrollo, ha paralizado numerosas actividades. En resumen, importa medir las consecuencias de la guerra, tanto el orden demográfico y económico como en el terreno social o político.

La derrota asesta un golpe severo al partido de la insurrección; se podría suponer que los vencedores, es decir las diversas tendencias del movimiento liberal, se aprovechan de esa circunstancia para extender su influencia. Pero, van a aparecer dos elementos nuevos. Por un lado, las transformaciones económicas de la postguerra no pueden dejar de modificar las estructuras sociales, con todas las repercusiones en las mentalidades y en lo político. Por otro lado, la victoria de los liberales influye directamente en el régimen administrativo de las provincias vascas.

368

En efecto, en enero de 1875, Alfonso XII invita a los carlistas vascos a deponer las armas con la vaga promesa de dejar intacto el sistema foral. Al hacer eso, el Rey relaciona estrechamente los Fueros con el carlismo y, como la guerra dura aún un año, se puede temer que su prolongación desemboque en la abolición de la autonomía. Y en ese sentido precisamente numerosos responsables gubernamentales interpretan la prosecución de los combates por parte del adversario. El decreto de movilización militar, de agosto de 1875, va precedido de un preámbulo que contiene un llamamiento a todas las regiones españolas para poner término a la insurrección de los Vascos. El 6 de abril de 1876, una Real Orden prescribe la centralización de los órganos administrativos de las tres provincias occidentales en Bilbao, San Sebastián y Vitoria. respectivamente, y prevé negociaciones con vistas a hacer compatibles las modalidades de la administración regional con las leyes generales del Estado español basadas en la unidad nacional. El 13 de mayo de ese mismo año, Alfonso XII se dirige a los militares del Ejército del Norte dándoles las gracias por haber contribuido a «la unidad constitucional» de España. A su regreso a Madrid, pasa el Rey por la provincia de Santander donde es aclamado a grito de «¡Abajo los Fueros!». Concejales y diputados provinciales van en delegación a Madrid para reclamar la abolición de la autonomía vasca.

La desbandada del ejército rebelde va así acompañada de una derrota del pueblo vasco en su conjunto, despreciando el sacrificio de los liberales de esa región, heridos, no sólo en sus sentimientos fueristas, sino también en su dignidad. Esos hechos son capaces de transformar el panorama político tradicional y, hasta cierto punto también, el que podría resultar de las mutaciones socioeconómicas. Se impone pues intentar hacer una síntesis de les cambios que se observan, primero, en la inmediata postguerra, luego en el transcurso del último cuarto del siglo XIX.

Crecimiento demográfico e inmigración

369

Aludiendo, en nuestra primera parte, a la evolución demográfica del siglo XIX, comprobamos que la guerra frenaba el crecimiento en todas las provincias; ese estancamiento no consigue, sin embargo, modificar la tendencia a la expansión ni alterar la distribución geográfica de la población. Se trata por tanto de una pausa momentánea que, lejos de alterar profundamente los datos de la época anterior, los consolida, al contrario, hasta tal punto que, en el conjunto del territorio vasco, se puede hablar de progreso. En total, entre 1857 y 1900, la población de las tres provincias occidentales crece dos veces más deprisa que la de España. Ese crecimiento es naturalmente desigual, pues exceptuando a Vizcaya, las otras dos provincias —así como Navarra— se desarrollan a un ritmo inferior a la media nacional. La desigualdad en el auge demográfico remonta, como se sabe, a antes de la guerra. El período 1860-1877 arroja un saldo negativo para Álava, un aumento débil en Guipúzcoa, pero permite a Vizcaya incrementar su población en un 13%. De 1877 a 1887, esta provincia aumenta en un 28% y su progreso es del 35% de 1887 a 1897. Guipúzcoa, por su parte, debe contentarse con un crecimiento más módico: 10% de 1877 a 1887, un ligero descenso de 1887 a 1897 y, finalmente, un fuerte aumento a partir de esa última fecha. De 1857 a 1900, la población de Álava permanece estacionaria; la de Guipúzcoa alcanza un índice inferior al de España, mientras que Vizcaya duplica el número de habitantes. La expansión demográfica afecta pues únicamente a esta provincia, pues Guipúzcoa no conoce ese fenómeno hasta finales de siglo. Añadamos sin demora que el auge se da tan sólo en la parte occidental de Vizcaya, a partir de Bilbao.[1] En efecto, mientras que el ritmo de crecimiento del conjunto de la provincia es similar al de España, la zona industrial y minera multiplica por 4,18 su población en menos de medio siglo y el más alto aumento se da después de 1887.[2] El progreso de Bilbao es espectacular. La población de la época del asedio se duplica en menos de diez años, pero, de los 50.000 habitantes de 1883, 15.000 son inmigrados. Es decir que el crecimiento de Vizcaya se debe en buena parte a la inmigración

Empieza esta antes de la guerra, atrayendo a gente en busca de trabajo procedente de las provincias limítrofes; después de 1876, los emigrantes de Castilla afluyen en número creciente. En 1877 13,79% de los habitantes de Vizcaya han nacido fuera de la provincia; representan el 19,52% en 1887 y el 29,48 en 1900. El porcentaje de foráneos es, en dicha fecha, de 35,96 en la zona de Bilbao, 41,20 en la de Valmaseda y sólo 2,67% en el distrito de Guernica. Esas cifras dan una idea de la importancia cuantitativa del fenómeno migratorio y de las zonas principalmente beneficiarias.[3]

370

En gran parte del País Vasco, la población tiende, en la inmediata postguerra, a mantenerse al nivel de 1857, como si hubiera alcanzado un tope. Por el contrario, Vizcaya en su conjunto y algunas zonas de la provincia en particular conocen una expansión neta. En todas las provincias las zonas más pobladas se ven confirmadas en esa vocación, pero habrá que esperar algunas décadas para que se observen aumentos substanciales, salvo Vizcaya, naturalmente, que conoce un crecimiento rápido e ininterrumpido. Inmediatamente después

[1] Solozábal: **Op. Cit.** pp. 36-39
[2] González Portilla: La evolución de la población de la zona minera... Obra mecanografiada ya citada.
[3] Solozábal: **Op. Cit.** pp. 42-44.

de la contienda, sólo esa provincia rebasa la densidad media de antes de la guerra. Es probable que el nivel de producción y de consumo de las otras tres provincias permanezca estable, mientras que la producción progresa a un ritmo acelerado en Vizcaya.

Minas e industria: La revolución industrial

Los indicios que suministra la observación del movimiento demográfico dan a entender que las condiciones económicas siguen siendo las mismas que antes en tres de las cuatro provincias. Incluso en Vizcaya, algunas actividades retroceden. El ferrocarril Bilbao-Tudela, creado antes de la guerra con capitales vascos, arrastra una vida lánguida hasta verse absorbido en 1878 por la Compañía del Norte.

La explotación minera conoce una expansión de tal naturaleza que llega a ocultar el retroceso de otras actividades. Ha empezado antes de la guerra, alcanzando una producción de 300.000 Tm. en 1870. A lo largo de la contienda, la producción desciende a una media anual de 250.000 Tm, lo que no es de ningún modo de despreciable, pero, en cuanto acaban los combates. el salto es espectacular: más de 400.000 Tm. en 1876: al año siguiente se duplica la producción de 1870, se triplica en 1878 y, en 1887, se extrae quince veces más que en 1870. La mayor parte del mineral se exporta y sobre todo la exportación es la que conoce un progreso gigantesco a partir de 1876.[4]

371

La aventura minera ha empezado siendo una iniciativa extranjera. sobre todo inglesa. debido a la riqueza del mineral vizcaíno y a su extracción fácil. En 1876, resulta cinco veces y media más barato que el inglés. Surgen compañías: en 1873, la «Orconera Iron Ore» aparece con un capital de treinta millones y medio de pesetas. Una fortuna, pues en 1868, el total del capital bancario vasco se eleva a algo más de seis millones. Tal es la típica aventura colonial en la que el País Vasco hace papel de país colonizado. El problema es algo más complicado, no obstante, Gracias a Portilla tenemos datos precisos sobre el significado y el alcance de la extracción del hierro.[5]

La primera comprobación que puede hacerse es que las compañías extranjeras se ven obligadas a colaborar y a repartir los beneficios con la burguesía local. Esta, que posee parte de los terrenos donde se hallan las minas. se interesa también por la extracción, de forma que la **Orconera** funciona también con capitales vascos que favorecen. desde el principio. la concentración de las nuevas actividades. con tendencia ya en 1870 al monopolio. En esa época. la mitad de la producción la obtienen cinco compañías solamente: en 1891, dos familias son propietarias del 45% de las minas productoras de hierro.

Una medida legislativa permite acelerar las operaciones. La abolición de los Fueros. en 1876, acarrea la supresión de las trabas que obstaculizaban antes la exportación de hierro.

Los beneficios obtenidos son fabulosos. En dos, tres o cuatro años. las compañías amortizan los capitales invertidos. En 1888 y 1889, la Orconera distribuye dividendos que representan

[4] Beltza: **Op. Cit.** pp. 47-48.
[5] En su obra: **La acumulación de capital en el sector minero**, texto mecanografiado, parte integrante de su tesis, en instancias de publicación.

respectivamente el 41 y el 45% del capital. Se deben a la débil presión fiscal (sólo representa 1% del valor del mineral a bocamina) y sobre todo a la baratura de la mano de obra. La superabundancia de brazos y el bajo nivel de instrucción y de formación técnica de los trabajadores permite a los patronos pagar salarios irrisorios. sobre todo a partir de 1881, cuando los inmigrantes de las provincias del interior afluyen masivamente.

372 Los beneficios obtenidos en las minas se distribuyen en partes casi iguales entre las compañías extranjeras y el capitalismo local. Ante todo se aprovechan un corto número de familias: algunas pertenecen a la vieja oligarquía precapitalista que se codea con los nuevos ricos. Pero se encuentran también multitud de pequeños y medianos empresarios cuyo número contribuye a crear un clima general de euforia. De 1866 a 1899, aparecen seiscientas treinta y seis sociedades nuevas con un capital global de 422 millones de pesetas. Sólo es un comienzo; en 1900 y 1901 se crean doscientas cincuenta y seis sociedades que totalizan un capital de 642 millones.

Los capitales acumulados van a permitir financiar una industria siderúrgica moderna; es la revolución industrial. Es verdad que la aportación extranjera ha sido cuantiosa. De 1871 a 1914. sesenta y cuatro compañías inglesas participan en la extracción del mineral vizcaíno. Pero no hay que descuidar los factores vascos en un conjunto de circunstancias favorables. Las primicias de la industria siderúrgica vasca remontan a 1850, como ya se ha dicho. Ese primer despegue cuenta con la tradición de las ferrerías y con un número importante de obreros habituados a trabajar el hierro. Existen también capitales procedentes de la agricultura y del comercio que tienden a invertirse en el sector industrial. Esos capitales no bastan para financiar una operación de gran envergadura: la exportación de hierro proporciona los medios necesarios y el capitalismo vasco desempeña un papel importante en la industrialización. El afirmarlo no significa negar la importancia de los capitales extranjeros, ni de los de otras regiones como Cataluña.[6]

El desarrollo de la industria siderúrgica aumenta las necesidades combustibles; los yacimientos hulleros más cercanos se encuentran en Asturias, esta región piensa, por su parte, en crear una industria siderúrgica moderna y, aparentemente, es más fácil transportar el hierro que el carbón. Pero sucede que los barcos que se llevan el mineral a Inglaterra han de regresar de vacío; a alguien se le ocurre una idea: esos barcos podrían retornar cargados de coke.

373 El precio del transporte del combustible y el del mineral se ven así abaratados, de manera que en Vizcaya es donde las materias primas de la industria siderúrgica resultan menos caras. En 1895, existen catorce fabricas siderúrgicas importantes; el lingote de hierro se obtiene a un precio de costo entre los más bajos del mundo. Vizcaya ha ganado ya la partida a Asturias, otro foco industrial en expansión.

Las inversiones han sido de gran cuantía. Como los capitales procedentes del sector minero están concentrados en pocas manos, las empresas siderúrgicas propenden también, desde el principio, al monopolio. En 1882 aparece la «Sociedad Anónima de Altos Hornos» que culmina en 1902 con la creación de «Altos Hornos de Vizcaya». esta empresa puede emplear en 1896 a tres mil obreros; la Vizcaya, otra fabrica grande, a 2.500. Así, algunos gigantes detentan la mejor parte de la producción y, a su lado, florecen multitud de empresas pequeñas.

La siderurgia no es el único sector en expansión; otras actividades también se desarrollan,

[6] Muchos historiadores de nuestro tiempo tienen tendencia a subestimar la aportación vasca cuando comprueban la importancia indiscutible de los factores exteriores.

como las fabricas de papel. Los astilleros necesitan más tiempo para salir de su atraso técnico pero, en 1888, la creación de «Astilleros del Nervión», que pronto va a dar trabajo a cuatro mil obreros, inicia el resurgimiento en ese ramo de actividad.

Esa expansión se ha apoyado en un solido aparato financiero. El recurso a la sociedad anónima se inicia pronto y cada vez con más frecuencia, hasta tal punto que el País Vasco llega a ser el reino de ese tipo de sociedad. También hay bancos. En la primera parte, se recordó la creación y prosperidad del Banco de Bilbao antes de la guerra. Después de 1876, prosigue su carrera ascendente: había superado sin dificultad el año difícil de 1866; del mismo modo, atraviesa sin esfuerzo la crisis de 1882. En diez años, de 1881 a 1890, duplica su activo y su pasivo, pero su ascenso no acaba ahi; los últimos diez años del siglo le son también favorables pese al estancamiento que conoce el conjunto de la banca española. El Banco de Comercio se crea en 1891, con industriales muy conocidos al frente de el; su itinerario es también ascendente. Surgen otros bancos, pero, también en este terreno, se deja sentir la tendencia a la concentración. A principios del siglo XX, el Banco de Bilbao y el de Vizcaya han absorbido a gran número de establecimientos bancarios.[7]

374 El problema de la mano de obra ha sido resuelto sin dificultad. La llegada de inmigrantes sigue poniendo a disposición de los industriales trabajadores explotables sin consideración ni limite. Se producen también desplazamientos en el interior de la zona. La mano de obra excedentaria de las minas se traslada a la industria. lo que permite mantener bajos salarios. En efecto, el número de mineros aumenta de manera muy sensible y rápida hasta 1877, año en que alcanza la cifra de diez mil. Luego, las innovaciones técnicas permiten mejorar la productividad, de manera que en 1892 cinco mil mineros pueden garantizar una producción cuatro veces superior.[8]

Para comprender el auge de las industrias nuevas, queda por examinar el problema del mercado. La constitución de un verdadero mercado español les ofrece la posibilidad de desarrollarse Para la creación de ese mercado, el marco administrativo tradicional era demasiado estrecho; va a ser abolido en 1876. No sorprende que los industriales acepten la supresión de los Fueros. Pero es^ industria vizcaína nace con retraso con respecto a la de otros países de Europa occidental y tiene necesidad de protección aduanera. Es lo que incita a los industriales vascos a aliarse con el sector dirigente español. Beltza insiste de manera particular en la alianza de la alta burguesía vasca con la oligarquía agraria y financiera de todas las Españas. Según este autor, cada etapa de la expansión vizcaína coincide con la adopción o consolidación de medidas proteccionistas. Las de 1886 acarrean la creación de gran número *oc* empresas; el arancel Cánovas de 1891 permite practicar precios de monopolio. Esto puede explicar las dificultades de algunos industriales medios y modestos que piensan entonces hallar una salida en el nacionalismo vasco. De cualquier modo, el gobierno de Madrid se muestra siempre atento con los grandes patronos de la siderurgia, lo que estrecha los lazos que unen a estos con el Estado con los terratenientes de Castilla y Andalucía

En 1896, el Gobierno emite obligaciones por un valor de 401 millones para financiar la guerra de Cuba; los capitalistas de Bilbao contribuyen con 38 millones y el Banco de Bilbao con catorce.

375 En 1897, la Liga Vizcaína de Productores ofrece a Cánovas. como prueba de agradecimiento, un álbum firmado por ciento once personas. [9] El buen entendimiento desborda

[7] Solozábal: **Op. Cit.** pp. 114-120, **passim** y Beltza: **Op. Cit.** pp. 40-45, **passim**.
[8] Portilla: **Ut-supra**
[9] Beltza: **Op. Cit.** p. 51

probablemente el marco de la capa burguesa más rica; el conjunto del sector siderúrgico progresa gracias a la protección arancelaria (los grandes industriales como los pequeños y estos son numerosos). Esa dependencia de una política proteccionista no hace, en definitiva, sino acentuar el retraso que el sector industrial conocía ya al principio. En 1898, de 16 altos hornos, la mitad funcionan aún con carbón de leña.

Si las minas y la siderurgia constituyen las actividades más dinámicas, no son las únicas. De los 422 millones de pesetas que totalizan las 636 sociedades creadas de 1886 a 1899, las principales ramas absorben capitales en las siguientes proporciones:

— Ferrocarriles: 74 millones
— minas: 44,5 millones
— bancos: 30 millones
— siderurgia: 29,5 millones [10]

Es decir que una parte del capital se halla invertido en sectores diversos, lo que permite comprobar hasta que punto minas e industria influyen en el conjunto de la economía.

Incidencia económica y social de la revolución industrial

La zona minera y siderúrgica ocupa un espacio reducido en Vizcaya, pero toda la provincia se ve afectada casi inmediatamente. La irradiación de las actividades nuevas, en un plazo más o menos breve y en todo caso antes de finales del siglo, llega a todo el País Vasco para crear disparidades demográficas y económicas nuevas que, sin embargo, sólo son perceptibles a principios del siglo XX.

376

En un período largo, de 1800, a 1900, por ejemplo, se comprueba que la población de Vizcaya casi se ha triplicado, mientras que la del País Vasco en su conjunto a penas ha duplicado.

Esos datos aclaran mejor la progresión vizcaína y su alcance regional. Cada vez es más fácil distinguir, confundiendo a todas las zonas, dos grandes subregiones: el Norte industrial y el Sur agrícola; la frontera entre ambos pasa **grosso modo** por los picos que prolongan el Pirineo (Velate, Echegárate, Arlaban, Barázar y Altube que desembocan en una Vizcaya occidental enteramente ocupada por las minas y la industria). La distinción entre esas dos grandes zonas vascas es esquemática, naturalmente, por lo que es preciso indicar con algún detenimiento sus características.

En el Norte industrial, en efecto, la agricultura sigue ocupando un lugar poco despreciable; es su importancia relativa, teniendo en cuenta la proliferación de nuevas actividades, la que disminuye. En todo el Norte, la población de la mayor parte de las ciudades. grandes o pequeñas, aumenta, de 1812 a 1920, en proporciones que oscilan entre el 50 y el 500%. Entre esas dos fechas, Bilbao registra un aumento del 527% y una zona más extensa, la que va de Bilbao a Galdames y a la costa, conoce un porcentaje de crecimiento de 456.

En el trascurso del último cuarto del siglo XIX, el Norte de País Vasco sufre una transformación radical ya que llega a ser una zona con predominio urbano. Ello permite, precisamente, a la agricultura especializarse. La superficie de cultivo aumenta, el viñedo

[10] **Idem**. p. 52.

retrocede en provecho de los cereales, de los prados y de la ganadería; los cultivos hortícolas se desarrollan. La población rural disminuye poco, sin embargo (las zonas más típicamente agrícolas de Vizcaya y Guipúzcoa disminuyen entre un 11 y un 17% de 1850 a 1920), debido a que muchos campesinos encuentran una actividad complementaria en industrias más o menos modernas situadas cerca de su domicilio. Algunos de esos establecimientos son tecnológicamente arcaicos: pequeña industria siderúrgica, que sigue utilizando el carbón de leña como combustible; industria textil, que se aprovecha de la energía hidráulica de los ríos de la región, talleres artesanales de muebles, fabricas de cerámica, de ladrillos, etc.

377 La introducción de la energía eléctrica modernizara muchos de esos establecimientos que, hay que subrayarlo, muy frecuentemente están ligados, merced a sus trabajadores, clientes y consumidores, a un universo económico geográficamente restringido, que sigue hablando la lengua ancestral. Por el contrario, el gran sector industrial de Vizcaya funciona en gran parte con trabajadores inmigrados y tiene a España entera como mercado.

El Sur del País Vasco, a diferencia del Norte, sigue siendo fundamentalmente agrícola y pierde, entre 1850 y 1920, el 19% de su población. No obstante, todas las zonas no se ven afectadas en el mismo grado. Algunas hasta observan un aumento de población. Así, el Sur de Álava, cerca de Miranda, aumenta en un 200%; Vitoria registra un beneficio del 85% y Alsasua, en Navarra, del 58%. La Cuenca de Pamplona, la Ribera de Navarra y la Rioja alavesa, por su parte, progresan en un 28%.

Ese progreso se debe a veces al ferrocarril, Madrid-Irún, por ejemplo. y siempre a la aparición de una agricultura más especializada y de algunas industrias. En el conjunto, las tierras destinadas al cultivo disminuyen en provecho de los pastos; retrocede el viñedo, en las zonas menos propicias para el arbusto, en beneficio de los cereales. En la Rioja y la Ribera, al contrario, la producción vitícola da un salto de 1882 a 1886. así es posible conseguir que el suelo sea más rentable con menos brazos; las ciudades compran mas, pero la pequeña explotación familiar tradicional, la que produce pocos excedentes, entra en crisis. Observemos que el progreso no acarrea, en muchos casos, una sensible mejora tecnológica de la agricultura.

Las transformaciones económicas presuponen cambios sociales cuyo esquema hemos podido percibir. La clase dominante vasca se hace realmente capitalista y burguesa. Las capas medias se multiplican, sobre todo en las ciudades, pero también en el campo; el País Vasco idílico y rural propende a ser «motivo» para tarjetas postales. En cuanto a la evolución de las mentalidades, el problema es más complicado. Es cierto que muchos industriales, que se han aprovechado abundantemente del mercado español, van a olvidar su fuerismo de otros tiempos: los propietarios medios rurales del Sur de la región, también ligados al gran mercado español, refuerzan su «patriotismo»; el carlismo sigue en pie para ayudarles: después de todo, es un partido más español que vasco. Respecto a las masas populares y a las capas medias del Norte, no olvidan la experiencia «autonomista» del pasado, pero en un mundo que cambia deprisa, tendrán necesidad de otros profetas.[11]

378 Una clase social, dos veces nueva, ha surgido en el País Vasco: el Proletariado. Nace con la revolución industrial y, por si fuera poco, es foránea, inmigrada.

[11] **Idem** pp. 61-65, **passim**.

La clase obrera

Nace y crece con las nuevas industrias. De 1875 a 1880, el número de mineros se triplica. El aumento de la productividad permite, sin embargo, intensificar la producción con menos trabajadores proporcionalmente. Así, si los mineros se triplican en los cinco años indicados, la producción, en ese mismo período, se multiplica por siete. Una mano de obra cualificada y superabundante incita a los patronos a crear nuevos establecimientos industriales.

En 1887, hay un poco más de 12.000 obreros industriales en Vizcaya; en 1890, sólo la siderometalurgia emplea a 11.000. En ese momento, el conjunto de actividades mineras de la provincia emplea a 14.000; estos llegaran a 17.316 en 1897, pero la producción de las minas ha aumentado en proporciones superiores. En 1900, un minero produce entre 4 y 6 veces más que en 1876 y deja al patrón una plusvalía entre 6 y 8 veces superior.[12] Como se ve, el proletariado tiene el privilegio de multiplicar la riqueza colectiva (y sobre todo la del patrón), pero sus ingresos, al contrario, tienden a disminuir. En efecto, durante mucho tiempo, los salarios evolucionan de manera negativa. Entre 1875 y 1881, el salario nominal en las minas permanece estable, pero los precios disminuyen, lo que da como resultado una mejoría del nivel de vida Se trata de una época en que la inmigración no ha adquirido aún demasiada importancia. La oleada de inmigrantes se engrosa a partir de los años 80 y el costo de la mano de obra baja. Los salarios nominales suben, pero los precios crecen en proporciones más elevadas (30% de 1881 a 1890). El ascenso de los precios, que coincide con la creación de las dos grandes industrias siderúrgicas, deja muy atrás a los salarios, de manera que los ingresos de los trabajadores se degradan y descienden, en 1890, a un nivel más bajo que el de 1875. más tarde, los patronos intentan bloquear los salarios y limitar el alza de precios creando cooperativas de consumo controladas por ellos.

379

Los salarios cobrados por los trabajadores les condenan a una vida precaria. El presupuesto tipo de un obrero se reparte así: alimentación, 45%; alquiler de la vivienda, 30%; vestirse, 5,5%; bebidas alcohólicas, 13%. Sin embargo, esas cifras no dan idea de su desamparo. La alimentación se compone uniformemente de pan, tocino y legumbre. Dos o tres familias viven juntas en aposentos exiguos; hasta seis, ocho y diez personas, de edad y sexo diversos, duermen en el mismo cuarto. Los mineros se amontonan en sórdidos barracones. A veces, son los jefes de empresa quienes se los proporcionan.[13] Las condiciones más penosas de trabajo y de vida se dan en las minas: jornadas de 14 horas, incluso los domingos, barracones, cantinas patronales donde los mineros acumulan deudas que son superiores a la paga y adscriben los trabajadores a la mina. En suma, ese es el espectáculo habitual que ofrece la revolución industrial en Europa.

La ausencia de medidas higiénicas apropiadas propicia el desarrollo de enfermedades infecciosas que, con el alcoholismo, diezman a la población. Portilla ha demostrado, basándose en cifras elocuentes, que el muy sensible aumento de la mortalidad en Baracaldo coincide con el despegue industrial moderno. La prostitución, a la que se ven obligadas muchas mujeres, revela que la nueva sociedad se preocupa poco de la dignidad de los proletarios. La situación de estos últimos se halla aún agravada, en el País Vasco, por su condición de extraños a la región. A principios del siglo XX, 70% de los obreros de Vizcaya no son oriundos de la provincia.[14]

380

---

[12] **Idem** p. 30 y Portilla: **Ut-supra**
[13] Solozábal. **Op. Cit.** pp. 129138, **passim**.
[14] G. Gómez: **Como se vive y como se muere en Bilbao, Reseña demográfica de la I. Villa, Bilbao 1896**

La tradicional xenofobia de los Vascos encuentra en la inmigración un buen pretexto para recrudecerse. La llegada de los primeros inmigrantes coincide con la difusión de la palabra despectiva maketo; el primer nacionalismo vasco «oficializa» el racismo acusando a los inmigrados, y al mismo tiempo a las autoridades centrales españolas, de poner en peligro la identidad cultural del País Vasco y de comprometer la pervivencia de su etnia. El joven Unamuno deja oír su voz casi solitaria, entre los Vascos «puros», para protestar contra el aspecto más odioso de la «mitología» creada por los bizcaitarras.[15]

Las condiciones impuestas a los trabajadores excitan su rebeldía, pero la defensa de sus intereses resulta difícil. Si la primera huelga estalla en 1872, hay que esperar hasta 1884 para que se produzca la segunda, que tiene lugar en un sector marginal: la panadería. En 1886, cien mineros interrumpen su trabajo; al año siguiente, algunos trabajadores de la siderurgia protestan contra los rumores de un descenso de los salarios y reclaman la Jornada laboral de diez horas. El mismo año, los tipógrafos se declaran también en huelga y Pablo Iglesias, fundador del Partido Socialista, llega a Bilbao. La lucha obrera entra entonces en una nueva fase, pero, hasta 1888, los trabajadores fracasaran en todas sus acciones reivindicativas, pues las autoridades militares colaboran conlos jefes de empresa para «restablecer el orden».

Doscientos obreros de la construcción se declaran en huelga en 1888 y, por primera vez, los proletarios ganan. En mayo de 1890, la primera huelga general consigue la participación de 20.000 a 30.000 obreros. De 1890 a 1903, tan sólo en el sector siderometalúrgico y minero, se observan tres huelgas generales y diecisiete parciales, tres de ellas en signo de solidaridad con otros trabajadores en lucha. En todo ese conjunto de acciones, los obreros sólo obtienen satisfacción en siete ocasiones. En los demás sectores de la producción, se producen treinta y dos acciones reivindicativas en el mismo período. Ya no será posible ignorar la agitación obrera que la danza de los millones ya no consigue ocultar.

381

Régimen administrativo y vida política

Una ley del 21 de julio de 1876 extiende el sistema fiscal y el servicio militar obligatorio a las tres provincias occidentales. Navarra conocía ya una situación análoga desde 1841.

Las autoridades provinciales se disponen a organizar la resistencia, pero, junto a los partidarios del mantenimiento integro de los Fueros, se destaca una nueva corriente presta a negociar con las autoridades de Madrid. Los fueristas se dividen de ese modo en intransigentes y transigentes. Las tres Diputaciones se reúnen en Vitoria, en octubre, pero Cánovas las disuelve, suprime los Fueros y sólo deja a las provincias una débil autonomía fiscal que Álava y Navarra conservan durante toda la época franquista.[16]

La supresión de los Fueros presupone la generalización del estatuto de las demás provincias españolas, dirigidas por gobernadores civiles, y la unificación jurídica y judicial. Lo fiscal va a ser reglamentado por medio de los «conciertos económicos», según los cuales cada provincia vasca paga una contribución anual global al Estado y son las diputaciones las encargadas de repartir y cobrar las contribuciones; se trata de la «autonomía fiscal». Ese

[15] M. de Unamuno: serie de artículos titulados **Bilbao por dentro** in **La Lucha de clases**, números del 19/10/1895, del 4/07/1896 y del 11/07/1896

[16] J.P. Fusi: **Op. Cit.** pp. 94-104, **passim**.

régimen va a permitir a los responsables vascos crear un sistema impositivo aun más ventajoso para la clase privilegiada que el sistema anterior. El ejemplo de Guipúzcoa lo muestra con claridad. La contribución global del año 1872 era de algo más de un millón de pesetas, repartida de la manera siguiente: Bienes raíces, agricultura y ganadería = 70%; industria y comercio = 5%; consumos = 20-25%. En 1887, una vez ya en régimen de «conciertos», la misma provincia contribuye con millón y medio aproximadamente. El primer capítulo señalado más arriba sólo paga 50% en lugar de 70%; el comercio y la industria ha ascendido al 14% (lo que significa, por otro lado, que la actividad de este sector adquiere una importancia cada vez mayor); los consumos o impuestos indirectos representan un tercio en lugar de un cuarto.[17] Eso quiere decir que la clase dirigente vasca se aprovecha de lo que aun queda de autonomía para acentuar la presión fiscal sobre las masas. Se comprende, con casos de ese tipo, que las soluciones impuestas por Madrid no descontenten a todos.

382

Las elecciones generales de 1879 se hacen con arreglo a un sufragio censitario; sólo votan los notables. Los fueristas transigentes ganan sobre los intransigentes con una mayoría confortable, en Guipúzcoa y Vizcaya, y, de manera aplastante, en Álava. La mayoría de la clase dominante acepta pues la unidad nacional española y se integra en uno de los dos grandes partidos de «turno».

Como la reforma administrativa ha sido presentada como un castigo del pueblo vasco, culpable del pecado de carlismo, los Fueros aparecen íntimamente ligados a la causa de los vencidos. El Partido carlista conoce una escisión en 1888; los partidarios de los principios doctrinarios más puros abandonan a la dinastía para crear el partido «integrista». Los fueristas intransigentes, por su parte, defienden el retorno a la autonomía anterior a 1839. Como son derrotados en las elecciones, buscan nuevos caminos; algunos se van con los carlistas o con los integristas, otros forman un partido «neo-autonomista» y encontraran, unos años más tarde, el nacionalismo vasco. El viejo fuerismo liberal de las capas urbanas más populares alienta tres pequeños partidos republicanos: el radical, el federal y el posibilista.

En las elecciones de 1895, ya en la época del sufragio universal, los partidos «de turno» se aseguran, por medios diversos, una influencia equivalente a la que tienen en otras regiones españolas. pero el carlismo sigue conservando posiciones solidas: un senador y dos diputados en Guipúzcoa, un diputado en Álava y tres en Navarra. En su propaganda de carácter nacional, califica al primer nacionalismo vasco de «separatismo criminal»; ante su electorado vasco, los candidatos de ese partido, por el contrario, ostentan sus consignas fueristas de antes y predican el retorno a la autonomía anterior a 1839, aunque, en la práctica, se contenten con los «conciertos».

De manera general, la clase dirigente procura que la masa de electores acepte la nueva situación administrativa, pero ésta no es tolerable para todos y una corriente nacionalista surge a partir de algunos sectores fueristas olvidados.[18]

383

El nacionalismo.-

El sentimiento nacionalista que precede a la creación del movimiento político del mismo

[17] Beltza. **Op. Cit.** p. 32.
[18] **Idem,** p. 29.

nombre tiene un doble origen; por un lado, rural y carlista; por otro, urbano y liberal.

Algunas capas liberales, heridas por el ultranacionalismo de los responsables madrileños, van a quedar decepcionadas tanto por el carácter conservador del liberalismo oficial como por su centralismo. El nuevo sentimiento se manifiesta, en sus comienzos, mediante el remozamiento de los estudios vascos. Este se produce simultáneamente en las cuatro provincias.

El grupo de los «euskalerriacos», emparentado con los fueristas intransigentes, aparece en Vizcaya desde 1877. En la misma época nace, en Navarra, «la Asociación Euskara de Nabarra», con una revista en la que colaboran intelectuales de valor. En San Sebastián, la revista **Euskalerría** sale a la luz en 1880. Un grupo similar se constituye en Vitoria.

Paralelamente, se intensifica la lucha en favor de los Fueros: manifestaciones en Vitoria en 1892, en Navarra en 1893. El mismo año, manifestaciones de la misma naturaleza en San Sebastián dan lugar a incidentes trágicos.

La conjunción de las reivindicaciones autonomistas y del movimiento en favor de una cultura vasca la hace un apóstol digno de la causa que defiende: Sabino Arana. Aunque su personalidad y su obra son suficientemente conocidas, no es inútil recordar algunos rasgos esenciales del movimiento al que da vida y de la ideología en que se inspira.

De familia carlista, fuerista convencido, interesado por la lengua y la cultura ancestrales de su país, Sabino Arana vive de adolescente en Barcelona donde toma conciencia probablemente de los problemas del País Vasco. De retorno a su región en 1888, siguiendo el ejemplo dado por los Protestantes, distribuye propaganda católica en las calles de Bilbao. Es el comienzo de su actividad publica. En 1890, empieza a denunciar la invasión «maketa» y los peligros (sic) que amenazan a la identidad de su pueblo. En 1893, el Ministro de Hacienda propone un aumento de la contribución anual pagada por las provincias vascas; es el punto de partida de la agitación fuerista.

384

En otoño de ese mismo año, durante una concentración, los primeros nacionalistas proclaman el derecho a la independencia de Vizcaya. Una publicación titulada « Bizcaitarra» da nombre al primer movimiento nacionalista vasco. Este rebasa enseguida el marco provincial. Una gran manifestación se produce en julio en Bilbao; un mes más tarde, otra similar se da en San Sebastián. En 1894, Arana piensa ya en extender su movimiento a Navarra, luego, a las tres provincias vascas de Francia. Un centro nacionalista (**Euskeldun Batzokija**) aparece; censa a cien miembros activos en Bilbao; al año siguiente, numerosos sacerdotes empiezan a adherir al nuevo movimiento político.

Entre 1896 y 1898, Arana interrumpe su actividad política para ahondar su reflexión sobre la cuestión vasca. Entre tanto, en 1897, el Semanario **Baserritarra** transmite el mensaje nacionalista al ámbito rural y disputa a los carlistas su clientela política habitual. En 1898, el leader es elegido en Vizcaya en las elecciones provinciales; propone inmediatamente la creación de una federación de Diputaciones vascas. En las elecciones municipales de 1899, los nacionalistas tienen electos en algunas ciudades. El movimiento dispone entonces de una bandera vasca y de una consigna que sintetiza su pensamiento: «**Jaugoikoa eta lagi sarra**», «Dios y tradición».

EI nuevo movimiento político tiene que hacer frente, desde su aparición, a la oposición conjugada de las autoridades centrales, de los grandes partidos y de los responsables vascos de la administración, de la economía y de la política que recurren a la represión: rara vez semejantes procedimientos han conseguido acabar con un movimiento provisto de un objetivo preciso y de una ideología que responda a preocupaciones reales de un sector de la

sociedad. Tal es el caso del nacionalismo; un nuevo elemento con el que habrá que contar en adelante en la vida política del País Vasco.[19]

El objetivo de Sabino Arana es la independencia de su región cuya agonía (sic) se imputa precisamente a la industrialización y las dos clases que con ella se desarrollan: la burguesía y el proletariado, ambas íntimamente ligadas a España. La clientela de los nacionalistas se compone, al principio, de notables de pueblos y ciudades pequeñas (alcaldes, médicos, curas) y de capas medias (empleados y artesanos o comerciantes propietarios de los establecimientos donde trabajan). Los grandes industriales y los capitalistas, por el contrario, son denunciados por Arana como adversarios:

«... no han servido al nacionalismo porque aman más su dinero que su Patria».[20]

La oposición del leader a todo lo que Bilbao representa reviste un carácter «ruralista». La ciudad moderna es para el un centro corruptor de la raza y de las costumbres. Su condena engloba a burgueses y proletarios conjuntamente y, más allá, a todos los extraños a la región; toda España sería así responsable de las desdichas del País Vasco. El odio a España es uno de los fundamentos del pensamiento de Sabino Arana. más tarde, modera este aspecto y atenúa su hostilidad a los centros industriales, pero seguirá explicando que la degeneración racial es una consecuencia del mestizaje. Arana sigue siendo adicto a la «pureza de la raza» que, según él, es la condición de la pureza religiosa y de la salubridad moral. Considera, en efecto, que el Español es propenso a la impiedad pues es el quien ha introducido en el País Vasco el Liberalismo corruptor (sic). Del mismo modo, el Socialismo es un producto importado por los «maketos» cuya pereza congenital les incita a recurrir con facilidad a la huelga. Así, el integrismo religioso y el racismo de los primeros nacionalistas lleva consigo una dimensión antiobrera fuertemente impregnada de odio hacia la clase más explotada de la sociedad vasca. más tarde, Sabino Arana adopta hacia el proletariado una actitud algo más caritativa: la rebeldía del mundo obrero —dirá— es una consecuencia deplorable de la corrupción de los patronos que, al rebelarse contra los Mandamientos divinos, dan mal ejemplo a los trabajadores. Inspirados en ese mal ejemplo los obreros sueñan con el Socialismo, movimiento anticristiano y antivasco.

386

A partir de 1897, el apóstol del nacionalismo rectifica su ideario conservando, no obstante, su fondo doctrinal esencial. Al parecer, renuncia al separatismo en pro de la autonomía. Para legitimarla, recurre a argumentos de tipo más bien jurídico que histórico. El País Vasco debe ser autónomo, no tanto porque lo ha sido en el pasado, sino más bien porque tal es la voluntad de sus habitantes; reivindica así el derecho a la autodeterminación. Su visión del mundo vasco se ha ampliado para integrar en el la industrialización que ya no se condena, sino, al contrario, se considera como el exponente de la capacidad creativa de los Vascos.[21] La sociedad capitalista, nunca puesta en tela de juicio por el teorizante del nacionalismo, va a verse en definitiva sublimada.

Sin querer negar la novedad o la trascendencia del movimiento nacionalista vasco, hay que comprobar que la ideología que difunde es profundamente reaccionaria. En el fondo, no hace más que llevar hasta sus últimas consecuencias los postulados del carlismo vasco: ruralismo, integrismo religioso, un regionalismo aún menos fraterno que el de los legitimistas con

---

[19] García Venero: **Op. Cit.** pp. 239-301, **passim.**

[20] Citado por Solozábal; **Op. Cit.** p. 328.

En el momento de redactar nuestro estudio no se había publicado todavía el importante libro sobre el nacionalismo de A. Elorza **(Ideologías del nacionalismo vasco,** Haramburu, San Sebastián, octubre de 1978) del que dimos cuenta en **Historiografía vasca reciente** (Nuestra ponencia en el Coloquio de Pau, abril de 1979)

[21] Solozábal: **Op. Cit.** pp. 329-366, **passim.**

respecto a las demás regiones españolas, xenofobia llevada hasta el racismo más repugnante. En algunos terrenos, es más atrasado que el carlismo que ha sabido mostrarse más comprensivo y más «caritativo» con el proletariado moderno. Si hay que reconocer a Sabino Arana su sinceridad y su entrega, es difícil admitir la originalidad de su pensamiento. Se puede observar que este va a buscar a veces sus fuentes de inspiración muy lejos en el pasado y que algunos de sus tópicos, como por ejemplo (dicho en castizo) la **limpieza de sangre**, se emparentan curiosamente con una tradición castellana poco gloriosa.

En las elecciones de 1898, los nacionalistas no constituyen la única novedad de la vida política vasca; otro grupo es promovido por algunos electores: el partido socialista.

Sindicalismo y socialismo

387

Ya se sabe que el País Vasco anda retrasado con respecto a otras muchas regiones españolas en la época en que se organiza en España la Primera Internacional. Antes de 1890, la lucha reivindicativa de la clase obrera es rara y mediocre en esta región. Aunque la federación española del movimiento anarquista declare tener 700 adherentes, en 1895, un estudio contemporáneo pondera la paz social y la «prudencia» de los trabajadores de la zona de Bilbao. La Diputación de Vizcaya ha decidido, en 1887, disminuir el número de «forales» debido a «...la paz que por fortuna disfrutaba el Señorío».[22]

La organización tardía del proletariado vasco no puede explicarse invocando únicamente la represión o la inexperiencia de una clase históricamente joven, pues otras regiones españolas conocen condiciones tan difíciles que no impiden a la clase obrera reaccionar antes y con más eficacia. Para comprender la «anomalía» vasca, es necesario recordar las etapas por las que pasa el mundo obrero para defender sus intereses.

De las doce sociedades obreras existentes en 1887, en las tres provincias occidentales (seis en Guipúzcoa, tres en Vizcaya y tres en Álava), no hay ninguna en las industrias modernas o en las minas. Están implantadas en otros sectores de la producción y se trata más bien de mutuas. En esas condiciones, las ideas socialistas, que empiezan a propagarse en 1886, tienen poco éxito. Dos años más tarde, el primer grupo socialista observa la pérdida de la mayor parte de sus adherentes. Los socialistas han intentado crear un embrión sindical, pero las secciones tienen vida efímera; creadas con ocasión de un conflicto laboral, desaparecen en cuanto aquel encuentra solución. Las dificultades del mundo obrero proceden aparentemente de la especial vigilancia de los jefes de empresa, pero eso no es seguramente la única razón. Los patronos vascos son también capaces de practicar una política social relativamente ventajosa para los trabajadores, sobre todo en las fabricas, donde los salarios son muy superiores a los de las minas. En «Altos Hornos», por ejemplo, salarios y otras ventajas son substanciales para la época, de forma que se recurre al «enchufe» para obtener un puesto de trabajo en los talleres de dicha sociedad. Durante mucho tiempo, los obreros de «Altos Hornos» serán poco sensibles a la solidaridad con otros trabajadores en lucha. Sin

[22] J.P. Fusi: **Op. Cit. p.** 67.

embargo, la tenacidad de algunos sindicalistas y las malas condiciones de trabajo en ciertos sectores, como las minas, permiten llegar a la huelga general cruenta, pero victoriosa. de 1890. Marca una etapa pues es el punto de partida de otras muchas acciones. Conviene no obstante subrayar algunos puntos para comprender bien el significado de ese acontecimiento.

388 La victoria de 1890 se ha debido en parte al arbitraje del jefe militar de la región que, llamado por industriales para restablecer el orden, les impone la satisfacción de algunas reivindicaciones formuladas por los trabajadores.

Las huelgas son ciertamente numerosas después de 1890, pero se producen esencialmente en 1890-1892 y a comienzos del siglo XX. Entre esos dos períodos, hay unos años de «paz». El sindicato socialista U.G.T. cuenta con algo más de quinientos adherentes en 1892, pero pierde unas decenas en 1893. La crisis económica no es seguramente extraña a ese retroceso; sin embargo, es difícil pensar que ahí reside la única causa.

Las dificultades económicas incitan a los industriales de Bilbao a reclamar del Gobierno la adopción de medidas proteccionistas suplementarias y a organizar una manifestación en tal sentido en junio de 1892. Cinco mil obreros, sensibles al llamamiento de los patronos, manifiestan en favor de la política de estos últimos. Los socialistas luchan valientemente para evitar la desaparición de las organizaciones que han creado tras múltiples esfuerzos, pero con frecuencia se ven reprobados por los trabajadores. Se les acusa de preocuparse esencialmente de los trabajadores inmigrados y de haber adoptado una táctica que busca el enfrentamiento directo con los propietarios más bien que el entendimiento, el diálogo o la negociación. Hasta ocurre que asambleas obreras en huelga impidan a los socialistas tomar la palabra; en otros conflictos, los obreros introducen reivindicaciones fueristas que los socialistas no quieren tomar en consideración.[23] En resumidas cuentas, el regionalismo y cierto racismo dividen a los trabajadores y hacen más difícil la acción de los dirigentes obreros. Los fracasos impulsan a los sindicalistas a buscar una táctica de lucha y un lenguaje reivindicativo más moderados a partir de 1894. Esa evolución asegura a los sindicatos socialistas un progreso lento pero seguro.

389 En lo político, la evolución del P.S.O.E. es paralela de la de su movimiento sindical.

En las elecciones generales de 1891, el partido socialista presenta dos candidatos en Vizcaya, en las zonas industrial y minera respectivamente. Uno de ellos es el prestigioso Pablo Iglesias, fundador del partido. La campaña electoral se desarrolla en una atmosfera de entusiasmo para los obreros, pero los resultados son decepcionantes: 415 votos en Bilbao y 215 en Valmaseda. Son los candidatos de los grandes patronos de la industria, integrados en los partidos de turno, quienes ganan. Estos han gastado sumas considerables; el caciquismo ha funcionado a las mil maravillas; el, por lo menos, si que es «autónomo» pues, hecho sorprendente, los candidatos no son nombrados ni por el Gobierno ni por los jefes de los grandes partidos, sino por los poderosos industriales de la región. La compra de electores alcanza proporciones difícilmente igualadas en otras regiones.

La corrupción no excluye las alianzas más o menos ocasionales. Así, los republicanos pactan, en determinado momento, con el partido liberal para derrotar a los carlistas; estos votan a veces para los candidatos del partido conservador que, a su vez, se acercan, a finales de siglo, a ciertas corrientes fueristas. A principios del siglo XX, un candidato «católico y autonomista» se ve apoyado a la vez por gente del partido conservador y por nacionalistas vascos. Los socialistas quedan naturalmente excluidos de esos juegos mundanos de la política. Su

[23] **Ibid, pp.** 131-191, **passim**.

influencia, como ya se ha dicho, es muy modesta en 1891. Retroceden aún en las elecciones de 1893 y sólo empiezan a mejorar sus posiciones en 1895, cuando su «imagen de marca» ha cambiado mucho gracias a una acción discreta y moderada.

El éxito electoral de los partidos que defienden los intereses del sector privilegiado se basa, como en otros lugares de España, en una vasta corrupción que, sin embargo, no puede explicar por si sola la debilidad de los partidos populares. Es seguro que muchos trabajadores vascos siguen las directivas dadas por la clase dirigente y que su nivel de conciencia de clase es de tal naturaleza que enajenan con facilidad sus derechos políticos.[24]

390 A fines del siglo XIX, los dos grupos políticos nuevos se hallan aun en la etapa de los primeros pasos; su hora no llegara hasta el siglo siguiente.

Si uno se sitúa en 1900 para echar una mirada hacia atrás, ¡cuántas cosas han cambiado! La vida económica se ha visto transformada; ciudades y campo ofrecen un aspecto que los hombres del pasado no reconocerían. Una nueva sociedad ha surgido; el panorama político se ha ampliado, enriquecido, complicado. El pasado no ha muerto, pese a todo. Algunas zonas han permanecido al margen de los cambios; las diferencias interprovinciales son más acusadas que nunca. Las provincias costeras se destacan con fuerza de Álava y Navarra que en cierto modo se hallan más apegadas al pasado. No obstante, estas dependen acaso más que nunca de la economía española y en mayor proporción que algunas zonas de Guipúzcoa y Vizcaya, que permanecen arcaicas o inician un desarrollo al margen del mercado nacional. Corrientes contradictorias cruzan la región y la complejidad de los problemas no excluye la interrogación del pasado en busca de soluciones. Pues los comportamientos y las mentalidades han evolucionado menos deprisa que la economía o las estructuras sociales. La clase dominante sabe mostrarse digna de sus antecesores y sigue ejerciendo una tutela tan eficaz o, si se prefiere, tan temible. Sus ideas y sus gustos sirven de modelo para una parte de la sociedad. Recurre a la represión cuando socialistas y nacionalistas se organizan y difunden su propaganda. Estos ultrajan más que amenazan a los dueños indiscutibles del País vasco que van a aprender, sin embargo, a conservar la cabeza fría y a disputar la clientela obrera a los socialistas, de forma que estos últimos sólo pueden abrirse camino revisando sus ideas y su táctica. En cuanto al otro partido nuevo, el de los nacionalistas, su ideología —haciendo abstracción de la propuesta nueva de independencia o de autonomía reforzada del País Vasco— es curiosamente la más tradicionalista que existe.

[24] **Ibid,** pp. 192-243, **passim**.

391

CONCLUSIÓN GENERAL

Se ha precisado ya el significado de la última guerra carlista, así como el papel que el País Vasco desempeña en esa contienda, y ha llegado el momento de volver a situar el acontecimiento y la región estudiados en el contexto histórico español contemporáneo.

La evolución histórica, tal como ha sido observada, se ve propulsada por fenómenos diversos en perpetua interacción; la última guerra carlista es uno de esos fenómenos, una pieza más en el gigantesco **puzzle** de la historia. Si consideramos los diversos aspectos de la vida del País Vasco antes de 1872 y reanudamos su historia en 1876, poniendo la guerra entre paréntesis, descubrimos una gran continuidad como si el conflicto no se hubiera producido. Los carlistas intentan garantizar la supervivencia de un mundo anacrónico y, en definitiva, su lucha no hace más que acelerar la ruina de aquí. El precio de la guerra, en hombres y en recursos, ha sido pagado por las zonas rurales que, al final de la contienda, se encuentran debilitadas y al amparo de los núcleos urbanos donde la nueva economía, que alboreaba ya en 1872, podrá por fin desarrollarse. ¡Curioso destino el de los combatientes legitimistas que, al luchar por perpetuar su modo de vida, no hacen más que precipitar su destrucción! ¿Entonces, una guerra inútil? No. No olvidemos que la guerra carlista modifica el curso de la historia española propiciando el advenimiento de la Restauración. Y además, no sólo deja heridas. Cuando el movimiento nacionalista E.T.A. inaugura su «guerra insurreccional», los jóvenes que emprenden la lucha contemplan el remoto ejemplo del cura Santa Cruz para recibir de él lecciones de guerrilla. El pasado nunca muere enteramente.

392

Pero es evidente que la guerra ha contribuido a destruir la sociedad que con ella se pretendía perpetuar; la transformación y superación de ese universo eran, sin embargo, necesarias pues, desde fin ales del siglo XVIII, se hallaba afectado por una incurable dolencia. Lo que llama la atención es la obstinación con la que ha sido defendido; por eso, los historiadores se han esforzado por determinar las motivaciones que impulsaron a tantos jóvenes a combatir. Nuestra interpretación del carlismo se añade a otras muchas; simplemente, pretende englobar a las que le han precedido.

Los historiadores liberales del siglo XIX han visto en las guerras carlistas el conflicto tenaz que oponía los partidarios del «inmovilismo» a los innovadores. Las fuerzas que combatían contra el Liberalismo se alzaban, ante todo, contra el progreso moderno. Entre esas fuerzas, uno de los elementos más hostiles era el clero: donde los legitimistas conseguían implantarse sólidamente contaban con el apoyo del clero que había fanatizado al pueblo y le había impulsado a rebelarse contra el régimen liberal. Se trataría. por consiguiente, de un combate antiprogresista, obscurantista y clerical.

Esa versión no carece de verosimilitud, pero es insuficiente. Si nos remitimos a la ideología elaborada por los carlistas, comprobamos efectivamente su adhesión a una Monarquía de Antiguo Régimen y de derecho divino, a un sistema paternalista y autoritario. Ese régimen presupone un dogmatismo intransigente y la reivindicación del papel tutelar de la Iglesia en materia de religión, moral, educación y costumbres. Los teorizantes carlistas se alzan al mismo tiempo contra el progreso moderno, las innovaciones científicas, culturales e institucionales, tanto como contra las reformas económicas.

Pero esa interpretación es incompleta porque omite explicar de manera satisfactoria la aceptación de esa corriente anacrónica por parte de las masas populares ya que se imputa la participación de estas en las acciones emprendidas por los legitimistas al fanatismo, fenómeno inaprensible e inconmensurable.

393 Algunos autores del siglo XX atribuyen la movilización popular contra el liberalismo a la defensa de una agricultura de pequeña y mediana explotación, a la oposición ciudad-campo, a la saturación demográfica... Cada una de esas motivaciones es, en determinado momento y en lugares precisos, perfectamente comprobable, pero ya hemos visto que las causas de orden socio-económico exclusivamente no bastaban por si solas para desencadenar una guerra.

Se ha comprobado que los ideólogos carlistas, cuando combaten el Liberalismo, no se olvidan de situar la critica en el terreno concrete de la aplicación de ese sistema en España, para subrayar la distancia que separa, en materia institucional, la teoría liberal de su puesta en práctica. Denuncian también las carencias del liberalismo español en el terreno económico y social. Cada vez que ironizan sobre el carácter irrisorio del sufragio llamado universal o del parlamentarismo, desvelan la existencia de un sistema más oligárquico que democrático; cuando afirman que la reforma agraria del siglo XIX ha provocado un empobrecimiento de las masas rurales, un descenso de la productividad de la agricultura y una degradación del paisaje, dan cuenta de una realidad que los discursos grandilocuentes de los defensores de la libertad —en esa misma época— no pueden ocultar. Por eso, se puede comprender que el pueblo de los campos, que se rebela en nombre de la Religión y de la Legitimidad, se insubordina también, de manera más o menos consciente, contra la modificación de los contratos agrarios, que los hace más inestables y onerosos, contra la liquidación de los bienes comunales y contra la extensión de una agricultura de mercado que, al principio y para un gran número, acrecienta la explotación de los comerciantes sobre los rurales y arruina al artesanado de las aldeas. El problema religioso, por su lado, es sin duda más complejo, pues el Liberalismo es generalmente católico, pero también anticlerical, lo que choca a las masas por el afecto que estas tienen a la Iglesia. Se trata en este caso de un problema mal elucidado. Para intentar explicar la solidaridad entre el pueblo y la Iglesia, se podría invocar una larga tradición. El fundamento de su entendimiento cordial se halla probablemente en la actitud caritativa de la Iglesia española, especie de Seguridad Social del Antiguo Régimen.

394 Los pensadores tradicionalistas no dejan de insistir en ese papel ni de indicar que la Iglesia del siglo XIX, como ha sido expropiada, ya no está en condiciones de cumplir esa misión tradicional. La solidaridad secular se ha visto probablemente reforzada por el hecho de que el clero y las corporaciones locales se han sentido amenazados y perjudicados por las mismas reformas liberales; reivindicaciones a veces comunes han podido llevarlos al mismo campo.

De cualquier modo, el frente antiliberal consigue reunir bastantes descontentos para sostener dos largas guerras y varias rebeliones. Se ve uno tentado de explicar parcialmente la frecuencia y duración de los disturbios invocando la debilidad del Estado central y su incapacidad para imponer su autoridad al conjunto del territorio español.

Esa debilidad es la del liberalismo español, que no ha estado en condiciones de promover una transformación vigorosa: económica, social institucional, cultural e ideológica. Como no ha sabido llevar a cabo la revolución, ha debido resignarse a alentar una evolución que se queda a medio camino entre el régimen antiguo y el nuevo. Esas insuficiencias dependen, en última instancia, del nivel de las fuerzas productivas y del peso relativo de la burguesía. España aborda la edad contemporánea con una economía arcaica y una burguesía débil. El resurgir de la segunda mitad del siglo XVIII había sido animado por el sector ilustrado de la

aristocracia que se hacía así coparticipe, con las capas burguesas, del proceso económico moderno. Pero la independencia de las colonias americanas, las pérdidas materiales y humanas causadas por la ocupación napoleónica y la ruina de muchas familias disminuyen aún más el peso relativo de la burguesía. La política económica de una parte del reinado de Fernando VII, la crisis y la represión no hacen más que agravar esa situación, de forma que España inicia el segundo tercio del siglo XIX con un retraso considerable respecto a Europa occidental. Sin embargo, en los últimos años del reinado fernandino, se deja sentir la necesidad de adaptar España a una

Europa que avanza deprisa. Pero las tímidas reformas emprendidas por el Gobierno topan con una oposición resuelta que se congrega en torno a Don Carlos, el hermano del Rey. A la muerte de este, su mujer ha de apoyarse en los liberales más moderados, entre los cuales hay muchos aristócratas.

395 La relación de fuerzas es entonces poco favorable a los liberales más revolucionarios y el partido liberal se ve conducido, por las buenas o por las malas, a hacer concesiones; habrá, claro está, innovaciones, pero sólo dentro de ciertos límites. La gran propiedad terrateniente será así respetada y hasta podrá ampliarse gracias a la desamortización y a las desvinculaciones. Por ello, el alcance de la reforma agraria será muy limitado hasta el punto que subsistirán relaciones de producción arcaicas que impedirán la liberación de las masas rurales. La querella dinástica ahonda la división del sector privilegiado tradicional, entre quienes aceptan el régimen liberal y los que, como la pequeña nobleza y la Iglesia, se oponen a él porque saben que pagaran las consecuencias de las reformas. El que una capa privilegiada tradicional, lo mismo que la Monarquía, se incline a favor de ciertos cambios debilita a las fuerzas más reaccionarias y deja pocas posibilidades de victoria a los legitimistas; pero, al mismo tiempo, el carácter moderado del liberalismo español impulsa al pueblo de los campos a irse con los carlistas. Estos pueden recurrir a la demagogia con tanta mayor facilidad cuanto que muchos antiguos explotadores de las masas, lo mismo que los nuevos, militan en el partido adverso; de ese modo, paradójicamente, la primera insurrección carlista puede tener en ocasiones un aspecto liberador.

Ese esquema es sin duda valido para toda España y, como las guerras carlistas han adquirido una amplitud excepcional en el País Vasco, podría pensarse que esta región reproduce, de manera ejemplar, los rasgos fundamentales de la historia española contemporánea.

En el País Vasco, a finales del siglo XVIII, el grupo minoritario más rico de la aristocracia, la burguesía y algunas capas medias se han enriquecido en detrimento de gran parte de la nobleza exclusivamente agraria, del clero secular y de buena parte de las masas rurales. En esa situación se produce la invasión napoleónica. Un sector de la clase privilegiada apoya a la nueva dinastía o colabora, más o menos discretamente, con el ocupante. Pero la posición estratégica del País Vasco da lugar a un amplio estacionamiento de tropas, que contribuyen a agravar las cargas y a enajenar de manera particular la independencia de la región.

396 La situación del pueblo empeora, se ponen en venta bienes comunales y las medidas tomadas por las nuevas autoridades contra las ordenes religiosas impulsan a los frailes a pasar al campo insurrecto. La agitación social en el campo no ha cesado totalmente desde los disturbios del siglo XVIII; Napoleón suministra razones suplementarias para avivarla. Cuando el retorno de Fernando VII consagra la paz, el marasmo económico prolongado no permite garantizar una vida apacible

El Liberalismo se ha manifestado pues en lo económico mucho antes de su proclamación oficial en Cádiz y no ha hecho más que empeorar la situación de la mayoría. Las dos tentativas

de implantación de un régimen liberal, en 1812 y 1820, son acogidas con tanta mayor aprensión cuanto que dejan subsistir amenazas contra la autonomía vasca, sobre todo en lo referente a la ubicación de las aduanas, ventajosa para gran parte de la población. Las autoridades forales van a defender celosamente los Fueros, pieza constitutiva del sistema tradicional. En 1833, las autoridades regionales y municipales repudian el Liberalismo y cuentan con más medios que los antiliberales de otras regiones para alzarse contra el gobierno de Madrid. No es pues una sorpresa si, a lo largo de la guerra de los Siete Años, la mayoría de los Vascos apoyan a Don Carlos y si sólo el grupo minoritario de la aristocracia, algunos burgueses y ciertas capas urbanas defienden el régimen liberal.

Cuando estalla la última guerra carlista, la situación ha cambiado menormente con relación a la primera; el partido carlista mismo ha evolucionado. En el plano nacional, ya no es exclusivamente un frente de las capas lesionadas por el Liberalismo; gracias a los neos, buen número de aprovechadores del régimen isabelino se han ido con los legitimistas para combatir juntos la democracia instaurada en el 68. La ideología de Antiguo Régimen va acompañada de un pensamiento político conservador más moderno que hasta contiene una dimensión antiobrera. Los programas de los carlistas aceptan entonces las reformas realizadas por el liberalismo moderado, sus autores se erigen en defensores de todos los privilegiados.

397 El aspecto populista o demagógico no desaparece de su propaganda pero esta, fundamentalmente, es, si cabe, más reaccionaria. Sólo un sector minoritario y marginal del partido se interesa por los problemas de las masas populares. Lo que se ha querido hacer pasar por adaptación del carlismo a la evolución del siglo sólo es una mascara que oculta mal el conservadurismo cerril de un partido de extrema derecha.

En el País Vasco, el sector privilegiado, que había apoyado al régimen liberal en 1833, pasa progresivamente del liberalismo al fuerismo, luego al tradicionalismo y al carlismo. En 1872, excepto algunas capas burguesas, la clase dominante apoya a los legitimistas o permanece al margen de la contienda. En ese momento, se ha concluido ya la desamortización, una parte de los Fueros, sobre todo en lo referente a aduanas, ha sido vaciada de su contenido. Algunas reivindicaciones de otros tiempos ya no son de actualidad. Entonces, ¿contra quien y por que van a luchar las masas rurales si una parte de sus antiguos adversarios han llegado a ser sus aliados?

La ausencia de una franca salida a la larga crisis económica, a veces simplemente latente, la saturación demográfica de los campos, la carencia relativa de puestos de trabajo en las ciudades, la agitación suscitada por la capa privilegiada de arraigo rural y por el clero, la incitación a la rebelión por parte de las autoridades forales ha contribuido sin duda a movilizar a los rurales. El recuerdo de la primera guerra ha podido también ser determinante si se tiene en cuenta el número de veteranos que toman las armas. Lo cierto es que el País Vasco se halla dividido en dos bloques.

Sin embargo, en la época de Isabel II, la clase dominante había rehecho su unidad, rota durante la primera guerra, y, a través de las instituciones autónomas, había soldado su alianza con el clero y las masas populares. En lo económico, había conseguido dar nueva vida al sistema tradicional sin dejar de suscitar un nuevo sistema que empezaba a nacer en la zona de Bilbao.

398 Un cierto equilibrio social y el entendimiento entre las diversas capas o, al menos, la convivencia parecían garantizados, incluso en Guipúzcoa donde se había asistido antes a una fuerte oposición entre San Sebastián y su provincia. Todo el mundo era partidario de los

Fueros, tal como subsistían tras los retoques de la época isabelina; hasta existía cierta unanimidad en la aceptación del régimen de Isabel II, con una primacía del pensamiento tradicionalista; la conciencia de grupo regional original era cada vez más manifiesta. Para comprender la división del pueblo vasco a partir de la setembrina, pese a las fricciones y problemas más arriba evocados, es preciso admitir que parcialmente ha sido provocada desde el exterior.

Los responsables de la administración autónoma acogen con muchas reservas, en 1868, la exclusión de sus amigos políticos del poder central. Las autoridades del nuevo régimen, conociendo el carácter conservador y la capacidad de maniobra de los responsables vascos, hacen esfuerzos para no irritarlos y renuevan periódicamente su promesa de respetar los Fueros. Pero los escasos núcleos más decididamente liberales, cansados de haber soportado durante treinta y cinco años la tutela de la clase dominante, se aprovechan de los cambios acaecidos en Madrid para elevar el tono y, en algunos casos, por ejemplo en Guipúzcoa, apoderarse de la administración provincial recurriendo a procedimientos dudosos; al hacerlo, ponen fin a la convivencia conseguida durante el régimen anterior. Los carlistas triunfan con facilidad en la legalidad y pueden conspirar de manera cada vez más ostensible sin dejar de acusar a los liberales de la región de entregarse a prácticas ilegales y de ser causantes de disturbios. En los conflictos que se dan en el marco regional, las autoridades centrales han de apoyarse en una minoría y enfrentarse con la animosidad o la indiferencia de la mayor parte. Cuando se produce la insurrección armada, el número de rebeldes no representa todavía, en porcentajes, sino una ínfima minoría de la población, pero, ante la intervención de! Ejército, el reflejo de las masas consiste en proteger a los guerrilleros, de forma que las unidades militares, rodeadas de la hostilidad general, acaban por cometer abusos con la población civil. Así. L dinámica de la guerra impulsa a los indiferentes a pasar al campo rebelde.

399

La naturaleza de la guerra lleva al Ejército a ocupar tan sólo algunas ciudades, las de mayor importancia estratégica. Ocurre también que es precisamente en esas ciudades donde los liberales y el Gobierno cuentan con el mayor número de amigos. Los anticarlistas que viven en las zonas o localidades menos guarnecidas o abandonadas por los gubernamentales tienden a refugiarse en las plazas mejor defendidas. Esas plazas fortificadas llegan a ser centros aislados, ocupados por un ejército foráneo, y, en cierto modo, reproducen la situación creada en la época napoleónica. Por el contrario, la constitución de un Estado carlista, que confiere amplios poderes a las Diputaciones, hace vivir a la región bajo un régimen dotado de un alto grado de autonomía; el Rey se ve obligado por las circunstancias a consultar a los organismos provinciales y a respetar sus decisiones en grado tal que, paradójicamente, ese príncipe, que se pretende de derecho divino, inaugura en la práctica una especie de Monarquía constitucional. Esa consolidación de la autonomía despierta una nueva conciencia entre los Vascos que viven en las zonas ocupadas por los legitimistas, mientras que las ciudades controladas por el Ejército son consideradas como centros corruptores, exteriores al País Vasco, y, en una palabra, «extranjeros». Algunos aspectos del pensamiento de Sabino Arana no dejan de tener relación probablemente, de manera consciente o inconsciente, con esa experiencia vivida. Sin duda, esta explica también la larga supervivencia del carlismo.

La guerra a la que se han lanzado los carlistas ha acelerado, sin ninguna duda, su ruina como la del sistema de producción y la del tipo de sociedad que querían defender, pero también ha dejado huellas profundas y duraderas en el pueblo vasco. Al defender con las armas valores para ellos estimables, los insurrectos consiguen, pese a todo y más allá de la derrota, perpetuar esos valores. Estos implican un apego profundo a las tradiciones. Responden a una ideología social y política muy conservadora, de forma que el pueblo vasco se ha visto

conducido, a lo largo de todo el siglo XIX, a sostener la causa de sus explotadores. Lo que llama realmente la atención es el ascendiente de la clase privilegiada que encuentra medios —hemos debido reconocerlo— para ejercer eficazmente un papel dirigente. La política «social» de algunos industriales de Bilbao, después de 1876, prueba que las capas ascendentes tienen muy en cuenta la experiencia de sus predecesores en el ejercicio de su papel tutelar. Lo mismo ocurre con la Iglesia que sigue sabiendo mantener posiciones más sólidas que en otras regiones españolas.

400 Los Fueros, por su parte, han gozado de un gran prestigio. Han sido considerados como un Corpus jurídico de naturaleza democrática semejantes a las mejores constituciones modernas. Ese «mito» ha podido ser mantenido gracias a las ventajas reales que los Fueros ofrecían, pero, de hecho, han sido, en el siglo XIX. una superestructura anacrónica, factor de estabilidad, no sólo administrativa y económica, sino también social y política. Han asegurado a la clase dirigente una estabilidad en su dominación que ninguna otra capa dirigente española ha conocido. Los Fueros han contribuido a mantener al País Vasco parcialmente al margen de la vida política española durante buena parte del siglo XIX, cuando España intenta incorporarse al movimiento europeo. El País Vasco ha contraído una gran responsabilidad en el fracaso de esa tentativa.

En 1876, esa región se integra por fin plenamente a España. La «españolización» asegura, en definitiva, el éxito de la nueva economía. Pues precisamente, las tradiciones a las que los Vascos tienen tanto apego exaltan una economía y una sociedad fundamentalmente rurales y, por ello, tentadas por el aislamiento. El País Vasco tenia necesidad, sin embargo, de encontrar una salida a su crisis interna. España se la ofrece poniendo termino a su aislamiento y suministrándole la mano de obra y el mercado que necesitaba aquel para desarrollarse. España participa así en la degradación de la vieja sociedad vasca, pero la imagen que esta se ha dado de si misma subsiste durante más tiempo.

Un concurso de circunstancias ha hecho que las provincias vascas entren en el nuevo sistema económico con más éxito que la mayor parte de las demás regiones ¿Ha de entenderse que ese triunfo se debe a una mayor capacidad de adaptación de los Vascos a las técnicas modernas o a una superioridad racial? Claro que no.

401 Digamos que el País Vasco está acaso menos gastado que la España interior por las grandes aventuras de la historia, que algunas trabas que se oponían al desarrollo español no existían en esta región rebelde y que esta disponía de un potencial demográfico suficiente para animar el resurgimiento. Pero el sentimiento de superioridad que tienen los Vascos hace que atribuyan su éxito a sus virtudes peculiares. Estas explicarían la prosperidad antigua y moderna del País Vasco. Toda una mitología de fondo racista se ve así consolidada.

El crecimiento desigual de la nueva economía acentúa en España la disparidad regional observada en el pasado. En lo político, El País Vasco se integra a España en el momento en que dicha nación va, con la Restauración, por una de las vías más mediocres de las señaladas por las diversas corrientes liberales del siglo XIX. En el nacionalismo vasco incipiente subyace probablemente la repulsa, más o menos consciente, de esa vía, mal adaptada a las exigencias de las actividades modernas que el País Vasco es una de las pocas regiones españolas en inaugurar. Se ve uno sorprendido, no obstante, por una primera paradoja y es que los Vascos han contribuido en gran medida a asegurar el triunfo del régimen español establecido por la Restauración. Se sabe, por otro lado —segunda paradoja— que el nacionalismo vasco, en su etapa inicial, va a buscar su inspiración en la ideología española más reaccionaria. En esas condiciones, no sorprendería comprobar que el pensamiento de Sabino Arana —pese a la hostilidad con que este es recibido por los hombres de la

Restauración— sea, al fin y a la postre, «digerido» por los grandes patronos de la industria vasca y tolerado por los responsables españoles. El País Vasco, debido a su relativa prosperidad, su apego a las tradiciones y sus corrientes de pensamiento conservadoras, ofrece ventajas a la clase dominante vasca y española. El «modelo» vasco no deja de seducir a los intelectuales que sueñan con «el progreso respetuoso de la tradición». La elaboración teórica alrededor de esa idea será ampliamente utilizada por el fascismo español. Esa misma elaboración teórica inspirara, en un marco diferente, a muchos nacionalistas vascos. Por eso, si uno se sitúa en 1900, puede temer que el nacionalismo vasco sea, como el carlismo en otro tiempo, un instrumento de la clase dirigente para subyugar al pueblo y que el País Vasco desempeñe. en el siglo XX, el papel reaccionario que no ha dejado de asumir en el XIX.

402 Sin embargo, la larga y ruidosa participación en la vida política de las masas populares vascas, pese a su alineación, ha enriquecido su experiencia que podría servirles para luchar en favor de una real liberación. Una fuerte adhesión popular al nacionalismo puede corregir y hasta modificar substancialmente el contenido y el papel político de este movimiento. Por otro lado, el partido socialista. que empieza a extenderse a finales del siglo XIX, ha sabido mostrar y proponer al pueblo vasco otros caminos, aunque su teoría se haya visto contrariada por una propaganda que se esfuerza por separar a los trabajadores vascos de los inmigrados.

La historia del siglo XX va a descubrir el penoso y tortuoso caminar del pueblo vasco hasta llegar a una mejor toma de conciencia de sus intereses.

Cuando las dos Españas se enfrentan en 1936, los carlistas vascos —especialmente los Navarros— son una vez más la fuerza de choque de la España **negra**, pero otra parte del pueblo vasco, ganada por el nacionalismo y por el socialismo, combate junto a la República española. En el transcurso de la larga noche franquista. el pueblo vasco aporta su contribución a la lucha por la libertad Primero su clase obrera, la formada por los socialistas y sus sucesores, luego los grupos nacionalistas que luchando, con más o menos acierto y éxito, por la liberación de Euskadi, participan en el combate antifranquista. Los carlistas, en fin, que pasan por la evolución más espectacular jamás realizada por un partido político. Aceptan el sufragio universal y la democracia y se declaran federalistas y socialistas.

485

APÉNDICES

Apéndice 1 (*). VOLUNTARIOS CARLISTAS Y LIBERALES EN 1872

* A.S.V. Legajo correspondiente al tercer trimestre de 1872

CARLISTAS

NAVARRA

«17 de julio de 1872: **Alcaldía de Sangüesa**: Salieron voluntariamente, acogiéndose a indulto, sin armas, a los tres días de su salida = **175. Alcaldía de Tudela**: Voluntarios = **59**. Han regresado todos sin arma a los tres días de haberse ausentado salvo tres cuyo paradero se ignora. **Alcaldía del Valle de Goñi**: Voluntarios = **26**, todos acogidos, a indulto, sólo siete con armas.

28 de julio: Relación de los individuos de la Améscoa Baja que han tornado parte en la facción: Número de voluntarios = 56. Se han acogido a indulto 19 de los cuales II con armas; muertos = 2, prisioneros = 24, se ignora su paradero = 3.

Larraona = 4 voluntarios.

EULATE = Voluntarios **35**. Se han acogido a indulto = 28. Prisioneros = 2; permanecen en rebelión = 5.

ABARZUZA: Salieron **28** voluntarios. Se han acogido a indulto = 9. Quedan prisioneros = 4. Muertos = I. Ausentes =11.

EHARRI-ARANAZ: Marcharon = **24**. Se han presentado 23. Quedan por presentarse = 1. Ha vuelto a marchar después de acogerse a indulto *m* 1.

Alcaldía de PERALTA: Voluntarios = 159. Prisioneros = 10. Ausentes = 2 (un sacerdote y un vicario). 1 fusilado en Echarri-Arranaz. 1 coronel procedente de Francia. Todos los presentados lo han hecho sin armas.

486

Ayuntamiento de ZUNIGA: Salieron 2 casados, un jornalero y un blaqueador. Uno se ha presentado sin armas y otro ha quedado prisionero. Hay además cinco solteros que se ausentaron en el momento del levantamiento pero dicen que no han estado en la facción.

Alcaldía del lugar de GARISOAÚN: 12 ausentes; 1 herido; 9 se han acogido a indulto sin armas; 2 salieron por segunda vez pues les amenazaban con fusilarlos y han regresado sin armas; de un joven de 17 años se ignora el paradero.

Alcaldía de la POBLACIÓN Y MEANO: 8 voluntarios; todos han regresado, 1 con arma.

VIANA: Ausentados = 42; Prisioneros = 17. Presentados sin armas = 21. Se ignora su paradero = 4.

UNZUE: 8 voluntarios. Se han presentado a indulto = 7; 3 con arma. Se ignora su paradero = 1.

MONREAL: 54 voluntarios. 23 se han acogido a indulto, todos sin armas. 1 prisionero en Pamplona. Hay un castellano de quien se ignora el nombre, apellidos y naturaleza.

Alcaldía de DICASTILLO: 37 voluntarios. 21 se han acogido a indulto, sólo 2 con armas que son los que han salido por segunda vez. 13 se hallan prisioneros. Casados = 17; viudos = 1; los demás solteros.

MARANON: Salieron un vecino del pueblo y un jornalero con su mujer. Aquel se ha presentado; de los otros dos se ignora el paradero.

ÁLAVA

Alcaldía de YECORA: Sólo tres voluntarios salieron a la facción pero el 25 de abril D. José María Montoya se llevó forzadamente a 23 jóvenes del pueblo; todos se han presentado a indulto. SALVATIERRA: Lista de los que han ido a la facción = 13 personas: 3 carpinteros, 1 zapatero, 1 albañil, 1 sillero, 1 presbítero, 2 jornaleros, 4 labradores.

487

NANCLARES DE LA OCA: Se ha presentado a indulto un burgalés.

Ayuntamiento de VALDEGOVIA: Se presentan de 26 pueblos del Ayuntamiento, 2 de Vitoria y 1 de SALVATIERRA, total 277 de los cuales sólo 20 han sido voluntarios. Sólo 2 traen armas. Muertos = 2; heridos = 1; prisioneros = 4; se ignora su paradero: 4.

Alcaldía de IRURAIZ: 4 forzosos. Indultados sin armas = 3. Se ignora su paradero = 1.

ARLUCEA: Voluntarios = 4; 3 se han acogido a indulto sin armas.

Ayuntamiento de URCABUSTAIZ: de 11 pueblos = 9 voluntarios y 89 forzosos. Se han acogido a indulto = 95; 13 con armas. Se ignora su paradero = 3

Villanañe: 6 voluntarios y 4 forzosos. Se han presentado a indulto = 7; 1 con armas. Se han presentado a indulto fuera del Ayuntamiento = 3

Ayuntamiento de ARIÑEZ: Se han acogido a indulto sin armas = 3 de Ariñez y 1 de Margarita. 2 han sido voluntarios y 2 forzosos; 2 no tuvieron arma nunca.

Ayuntamiento de ARRASTARIA: Salieron 38 que fueron llevados a la fuerza por Nicolás Cubillas 6 sus encargados. Nunca tuvieron armas. 3 están prisioneros; los demás se han acogido a indulto.

GUIPÚZCOA

Partido Judicial de AZPEITIA: Ayuntamiento de AZPEITIA: Presentados = 191 de la partida de Amilibia, más 152.

Alcaldía de EIBAR: Ha habido 8 voluntarios que se han ido a la facción. Si ignora su paradero: 1 presbítero y 1 alférez retirado. Los demás son paisanos: 5 se han presentado; de ellos 3 han vuelto a la facción y uno de estos ha sido hecho prisionero. EI día 15 de junio último, al verificar la aprehensión de 160 carabinas en el punto de San Lorenzo (Vizcaya) por los

voluntarios de la libertad de esta villa, desaparecieron de esta población D. C. Iturrioz, Teniente Alcalde, y D. Celestino Echevarría, fabricante de armas, y posterior se ignora su paradero.

Alcaldía de BEASAIN: Salieron 91; 24 voluntarios y 67 forzosos. Ha habido 3 prisioneros y 1 que se ha ido a Francia; los demás han regresado.

488

VIZCAYA

ARRIGORRIAGA: Salieron 9 voluntarios y 4 forzosos. Todos se han presentado a indulto sin arma.

LIZÁRRAGA (probablemente de manera errónea este informe ha sido clasificado en Vizcaya, pues no se refiere a esa provincia) Salieron a la facción = 17.

Alcaldía de MURGUIA; Salieron 39 voluntarios. Se han acogido a indulto = 35; 12 sin arma. Prisioneros = 2. Se ignora su paradero = 3.

Anteiglesia de AXPE: Salieron = 21 forzosos. Todos se han acogido a indulto; 9 con arma.

Ayuntamiento de GUERNICA: Se ausentaron 67, de los cuales 13 forzosos. 5 salieron por segunda vez y están ausentes. Los demás se han acogido a indulto; 12 con armas.

Alcaldía de LEMONA: Salieron 42, de los cuales 40 forzosos. Estos se han presentado a indulto, 18 con armas; de los dos primeros se ignora su paradero.

Alcaldía de LACOZMONTE: Salieron = 46; 44 forzosos. Se han quedado 3 prisioneros; los demás se han acogido a indulto, 26 con armas.

Alcaldía de VEDIA: Salieron 31, todos forzosos. Se han presentado a indulto con armas = 30, la mitad en Amorebieta; 4 fueron librados por la Diputación a guerra antes del Convenio; 2 están enfermos; 3 se han presentado sin armas.

Alcaldía de Abanto y **Cierbana:** Salieron = 7, 4 voluntarios. Se han acogido a indulto sin armas = 6.

Ayuntamiento de ORDUNA: Salieron = 95; 9 voluntarios. Se han acogido a indulto 84; con armas: 9. Prisioneros = 7. Se ignora su paradero = 3.

489

VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD

GUIPÚZCOA

San Sebastián: 73 voluntarios. Capitán: Joaquín Aristeguieta. Tenientes: Fermín Machimbarrena, Andrés Egoscozabal. Alféreces: Fructuoso Gorzas, Ambrosio Martínez. Sargentos: Roberto Arregui, José Lascurayas (?), Juan Simón Ezcurra, Pedro García.

«... Han hecho varias salidas prestando servicio de retenes y patrullas...».

HERNANI: 31 voluntarios. Capitán: Manuel Sánchez Salvador. Tenientes: José Michelena, Ruperto Ería. Alférez: Antonio Irigoyen. Sargentos: Manuel Ugalde, José Murúa.

LIZARZA: 5 voluntarios

ÁLAVA:

SAMANIEGO: 27 voluntarios, El jefe nato es el Alcalde y el que los manda efectivamente José Lagos. Hay además nueve voluntarios suplementarios que se han incorporado en el momento de la insurrección.

«Desde el día 21 de abril en que se dio el grito sedicioso, los voluntarios de la libertad, convocados por el Alcalde y su jefe se reunieron y determinaron no dejar las armas en tanto que la sublevación subsistiere. Como su número era reducido... desde el indicado día 21 no ha dejado ni un instante siquiera que perdiesen de vista al enemigo obligándole esta circunstancia a estar sumamente vigilante.

En el intervalo del 21 de abril al 29 de junio último los voluntarios de la libertad se han batido en el campo raso el día 30 de mayo con una partida que separada de la facción Careaga se aproximó a las puertas de esta villa obligándole a retirarse a las guaridas del monte y a dejar unos carneros que tenían atados para llevárselos. El día 12 de junio se batieron igualmente con otra partida mandada por el cabecilla Valderrama, y, Vicente Berganzo, hijo de este pueblo, que quiso demostrar sus habilidades y fueron igualmente rechazados a la montaña.

490

El día 13 del mismo junio se presentó el enemigo a media noche ocultándose completamente de los fuegos que del fuerte se le pudieron hacer. De este corto pero memorable sitio se dio el oportuno parte al Excmo. Sr. Capitán General de este ejército, antecesor de V. E., expresándose los barbaros medios de que los enemigos se valían para conseguir la rendición de los voluntarios; medios jamás vistos y que sólo sirvieron para enardecer los ánimos de los sitiados. No pudiendo conseguir su fin se retiraron siendo perseguidos vivamente por la gente del fuerte por más de legua y media de distancia consiguiéndose cogerles 3 caballos de otros tantos cabecillas, abundante provisión de pan, carne y vino que de aquí habían sacado con los correspondientes bagajes. En esta persecución se reunieron los voluntarios del pueblo inmediato de Leza con su jefe D. Maximiliano Abalos a la cabeza contribuyendo poderosamente a la derrota que sufrió el enemigo. Estos son los servicios prestados por los voluntarios tanto más meritorios porque se han verificado en el tiempo más preciso para las labores del país...»

GUIPÚZCOA

EIBAR: 40 voluntarios. Capitán: Alejandro Barrenechea. Tenientes: José Cruz Echevarría, José Joaquín Lecumberri, José María Unzueta. Alférez: José Manuel Guisadas. Sargentos: Andebertegui (?), Tomas Areitio, Felipe Echevarría.

> «Han hecho varias salidas con las columnas del ejército y solos han aprehendido armas, municiones y a algunos dispersos. Patrullas durante la noche cubriendo la línea del Bidasoa.

PLACENCIA: 17 voluntarios. Capitán: Martían de Azcárate Gaztelu. Tenientes: Eduardo Meléndez. Sargentos: Antonio Zubeldia, Roque de Becua.

OYARZUN: 11 voluntarios. Capitán: Pedro de Indatz.

FUENTERRABIA: 26 voluntarios. Teniente: Bernardo Goenaga. Sargento: Sinforiano González.

491 AZPEITIA: 2 voluntarios.

> «Han seguido a las columnas del ejército durante toda la campaña; últimamente con la columna volante del Comandante militar de Tolosa».

TOLOSA: 30 voluntarios. Capitán Manuel Vago. Tenientes: José Jovelitas (?) José Arcantare (?). Alférez: Eustaquio Zurbetas, Martín Garmendia.

> «Han salido con el comandante militar y solos han aprehendido algunas armas, municiones y dispersos».

NAVARRA

CINTRUENIGO: 56 voluntarios. Capitán: Román Chivite Fernández. Tenientes: Manuel María Rincón, Teodoro Martínez Sánchez. Alféreces: Lino Casrellano Rodrigo. Sargentos: José López Salas, Benito Navascúes, Saturnino Lerma Giménez.

ESTELLA: Capitán: Blas Cintora. Tenientes: Tiburcio Albizu, Crispulo Larrainza. Alférez: Felipe Sainz Pardo. Sargento: Chavas de Miguel, Benito Deva, José María Lebrón. Voluntarios = 70. (El documento que hemos consultado da algunas precisiones suplementarias sobre los voluntarios. Entre los que se han enrolado espontáneamente hay: dos abogados, dos comerciantes, dos artistas, dos obreros, un notario, un procurador y un juez municipal... Hay cuatro que han servido en calidad de guías del Ejército y, entre los mandos, funcionarios por lo general).

ABLITAS: 36 voluntarios.

CASCANTE: 66 voluntarios. Capitán: Albeniz y Puyol. Teniente: Lorenzo Lainez Solana. Sargentos: Pablo Solas Barquera, Mariano Baigorri y Arreta, Francisco Saenz.

TUDELA: 180 voluntarios en dos compañías y una sección de veteranos. Sección de veteranos: Teniente: José Isanca Lapena. Sargento: Gregorio Casa Vaca (El alcalde Javier de Mur es un simple voluntario). Primera compañía: Capitán: Manuel Urban. Tenientes: Esteban Ramón y Mariano Cuadra. Subtenientes: Nicolás Moreno y Nicolás Bona. Sargentos:

Salustiano García, Ramón Arnedo y Miguel Barasoain. Segunda compañía: Capitán: Melchor Conde. Tenientes: Gregorio Burgos, Manuel Casamayor. Subtenientes: Juan Casa Vaca y Manuel Pérez Ibarra.

492 Sargentos: Manuel Egozcué, Juan las Heras.

> «Han estado sobre las armas desde el día 19 de abril último en que se tomaron disposiciones por el Comandante militar de este distrito hasta el 30 de junio último. Durante este período se ha prestado servicio diario en el puente del Ebro, se ha vigilado las vías férreas de Pamplona y Zaragoza a tres y cuatro Kms. de distancia por Norte y Sur, recibiendo los trenes de viajeros diariamente y se ha tenido un retén permanente en la plaza de la Constitución de cuyo punto se destacaban patrullas en varias direcciones a las altas horas de la noche por la circunferencia de la población. Últimamente todos sin distinción han hecho cuantos servicios se les han ordenado por el Sr. Comandante militar de este distrito a cuyas ordenes me puse en el momento que se tuvo conocimiento del movimiento carlista».

CORELLA= 16 voluntarios. Capitán: Ramón Garayo Romero. Teniente: Nicolás Anduera. Subteniente: Fernan Jimenez. Sargento: Aripita.

> «EL Alcalde popular de esta ciudad D. Fermín Gómez que a pesar de sus 65 años ha sido el primero en dirigir conmigo las operaciones y pasar las noches en vela cuando las circunstancias lo han requerido».

VIANA: 137 voluntarios. Capitán: Ecequiel Greño. Teniente: Felipe Moreno. Subteniente: Ángel Greño. Cadete: Dinas Greño. Sargentos: Saturnino Jalón, Luis Ichaso, Tomas Greño, Apolinar González.

PAMPLONA: 6 compañías y una de veteranos.

Primera compañía: 61 voluntarios. Capitán: Ramón María Barraran. Teniente: Lázaro de Ruetona (?). Subteniente: Joaquín Zaranta. Sargentos: Sinforiano Lago, Ramón Ros, José Llopis.

493 Segunda compañía: 51 voluntarios. Capitán: Eduardo Llarregui. Tenientes: Gervasio Ifiarra y Balbino Susarreta. Sargento: Tomas Zabalo.

Tercera compañía: 51 voluntarios. Capitán: Ulpiano Iraizoz. Teniente: Santiago Gorriz. Subtenientes: Daniel Zapata y Francisco Díaz. Sargentos: Juan Errazu, Ciriaco Elizondo y Juan Monasterio.

Cuarta compañía: 66 voluntarios. Teniente: Manuel Solanero. Subtenientes: Ignacio Sagardoi, Palomino. Sargentos: Juan García Mata, Santiago Olagüe, Baldomero Olorbis, José Serrano.

Quinta compañía: Capitán: Luis Martínez Ubayo (?). Tenientes: Ramón Erizalde, Francisco Var (?). Alféreces: Carlos Alonso, Nemesio Legarde. Sargentos: Victoriano Larraga, Miguel Irigaray, Pedro Martínez, Joaquín Zubiri.

Sexta compañía: 58 voluntarios. Tenientes: Dimas Fernándezz, Hipólito Palero. Sargentos: Miguel Iraizoz, Serapio Mine, Cándido Viti, Sebastián Oteiza.

Compañía de veteranos: 76 voluntarios. Segundo teniente: Luis Fernándezz, Segundo subteniente: Juan Biardo. Sargentos: Aniceto Serrano, Matías Linzoain, Vicente Ipenza, Sebastián Cantera. Capitán: Luis Fernández.

> «De todos ellos, 127 además de servicios de guardia en la plaza han hecho servicios extraordinarios que son salidas a las estaciones a Arteaga y otros»

VIZCAYA

BILBAO: 227 voluntarios. 47 oficiales, suboficiales y cabos. Capitanes: Romualdo Somoza, Francisco Blache, Ramón Larrañaga. Tenientes: José de Lazurtegui, Tomas Bilbao, Manuel Murga, José Aguirre Larrazasa, Eduardo Aguirre, Arias Martínez, Castor Vivanco. Alféreces: Enrique Sazurtegui, Daniel Montiano, Francisco Aracha, Ricardo Muela, Antonio Janfret.

494

Se hace el elogio de los capitanes; la misión ha consistido en:

> «guardias en las Casas Consistoriales, batidas en las inmediaciones, apresando a personas sospechosas, recogiendo armas de los carlistas que se hallan en el interior de la población y que no hacían la entrega con arreglo a los bandos de las autoridades, vigilando el pueblo constantemente los días que no se hallaban de guardia.»
>
> Se cita especialmente a 2 voluntarios: Mateo José Beltrán y Mauro Ugarte: «Arrojo particular en la noche del 7 de mayo último atravesando por medio de los carlistas trajeron el parte del Jefe de la columna D. Felipe Murillo para el brigadier D. Ramón Salazar, parte de muchísima importancia puesto que en el se exponía la situación precaria y comprometida en que se encontraba la columna».

N.B. Se comprueba con facilidad, al observar la lista de los mandos de las unidades de voluntarios, que muchos nombres se repiten con frecuencia dentro de una misma localidad y, a veces, en localidades distintas. Eso significa probablemente que algunas familias suministran varios mandos, como si hubiera «dinastías» liberales en una región en que la adhesión al liberalismo constituye la excepción.

En Tudela (Navarra), los mandos de la segunda compañía son un registrador de la propiedad, un fiscal y un juez de instrucción. Entre los voluntarios de Estella figuran dos abogados, un procurador, un notario, dos comerciantes, un juez municipal, dos artistas y dos artesanos. En Corella (Navarra), el voluntario más entusiasta es el Alcalde. En Samaniego (Álava), el jefe nato es el Alcalde. Con respecto a los sacrificios de los voluntarios de esta localidad. se dice que han prestado su servicio:

> «...en el tiempo más preciso para las labores del país. Todos sin embargo las han abandonado en nombre del patriotismo y renunciando a los jornales diarios precisos para el sustento de sus familias, han sobrellevado las fatigas con gusto sin haber recibido el menor haber y si s61o a fuerza de desvelos la ración de pan, carne y vino que su digno Alcalde D. Santiago Romeo les ha podido proporciónar».

Esas precisiones dan a entender que los voluntarios son en su mayoría obreros agrícolas.

495

Apéndice 2. CARLISTAS: porcentaje de participación

—NAVARRA—

Localidad	Número de rebeldes	Porcentaje de participación
Sangüesa	175	10
Tudela	59	1,2
Goñi	26	6
Amescoa Baja	56	9
Larraona	4	3
Eulate	35	20
Abarzuza	28	7,6
Echarri-Aranaz	24	3,6
Peralta	159	10
Zúñiga	7	4,4
Garinoain	23	12
Unzue	8	4
Monreal	54	17
Dicastillo	37	6
Viana	42	4

—ÁLAVA—

Localidad	Número de rebeldes	Porcentaje de participación
Yécora	26	9
Salvatierra	13	1,3
Iruraiz	4	1
Arlucea	4	2
Iruña	2	1
Urcabustaz	98	15
Villanañe	10	6
Arínez	4	3
Arrastaria	38	10

VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD

—NAVARRA—

Localidad	Número de voluntarios	Porcentaje de participación
Estella	70	2

Cascante	66	3,5
Tudela	180	3,8
Corella	16	0,5
Viana	137	10
Cintruénigo	56	3,7
Pamplona	418	3,3

Respecto a Álava, los únicos informes que poseemos se refieren a la localidad de Samaniego, en la Rioja, donde el número de voluntarios de la libertad representa el 10% de la población masculina.

Los porcentajes más altos de participación en el campo carlista se dan en Eulate, Monreal, Garinoain, Peralta y Sangüesa. Se trata de localidades pequeñas. Por el contrario, los más débiles porcentajes son los de Tudela Larraona y Echarri-Aranaz (cerca de Álava o de la cuenca del Ebro).

En Álava, la adhesión al carlismo es menos entusiasta. Se observan, sin embargo, altos porcentajes de participación en Urcabustaiz, Arrastaria y Yecora y en general en las zonas próximas a Vizcaya. Sin embargo muchos combatientes censados en esta zona proceden de Vitoria. Hay que observar también que de los 98 rebeldes de Urcabustaiz, tan sólo 9 declaran que son voluntarios. En Arrastaria todos dicen que se los llevaron por la fuerza. En las demás localidades de esta provincia, la mitad de los insurrectos se proclaman voluntarios. En el conjunto de Álava, de un total de 477 rebeldes sólo 60 dicen que han sido voluntarios.

Guipúzcoa y Vizcaya proporcionan importantes contingentes a la rebelión, pero se dispone de escasa información. Para las localidades censadas, el porcentaje de participación es elevado, pero, según las declaraciones de los que se acogen a indulto, los voluntarios son menos numerosos que en Navarra (El número de armas que entregan cuando se rinden es superior al de Álava y Navarra, quizá a causa de Amorebieta).

497 En Beasain, ha habido 91 insurrectos, de los cuales 24 voluntarios: 63 se acogen a indulto. En Eibar, sólo hay 8 rebeldes.

En Vizcaya, Guernica suministra 67 combatientes a la rebelión y 13 declaran que han ido forzosos.

Entre los carlistas navarros, a propósito de los prisioneros de Oroquieta, se hace simplemente la distinción entre militares profesionales e insurrectos civiles. Estos últimos representan la aplastante mayoría. Aunque no se indique su profesión, se puede pensar que se trata de aldeanos, si se considera el lugar de procedencia de la mayoría. A propósito de los 37 combatientes de Dicastillo, cuya profesión se indica, se censan 28 labriegos, 1 cura, 1 boticario, 1 albañil, 1 esquilador, 1 zapatero y 3 pastores. Casi todos son solteros, salvo 17 casados y un viudo

En Álava, se conoce la profesión de los rebeldes de Salvatierra: de un total de 13, hay 3 carpinteros, I zapatero, 1 albañil, 1 ebanista, 1 cura, 2 criados y 4 cultivadores. Seguramente que los no campesinos son más numerosos en un centro comercial comarcal como Salvatierra que en otras localidades más agrícolas. En las aldeas que suministran cortos contingentes, se comprueba que los rebeldes son con frecuencia criados procedentes de otras regiones españolas. Su profesión aparece formulada así: «Criado castellano del que se ignora el nombre y naturaleza».

En Vizcaya, Navarra y Guipúzcoa, los sacerdotes son especialmente numerosos.

En Guipúzcoa, de los 343 insurrectos de Azpeitia, 144 ostentan su profesión: 40 herreros, 25

cultivadores, 18 armeros, 16 estudiantes, 20 molineros, 9 albañiles, 5 zapateros, 3 panaderos, 3 sastres, 3 técnicos, 4 obreros alpargateros, 3 pasteleros, 3 mendigos. Las dos terceras partes son solteros.

La más alta participación junto a los liberales se da en Viana (Navarra), seguida de lejos por Tudela y Citruérnigo, en el Sur y S.O. de la provincia; en esta última zona Estella y Corella son excepciones debido a su apoyo al legitimismo.

498 La participación liberal ha sido relativamente débil en 1872. pues Bilbao sólo ha tenido 274 voluntarios, San Sebastián 73 y Hernani 31. Las indicaciones referentes a categoría profesional o capa social son raras.

Apéndice 3 Costo de la guerra (R.A.H. Legajo 6887)

Estado que demuestra el importe de suministros, servicios, etc. prestados desde el 25 de Agosto de 1870 hasta 31 de Diciembre de 1874 por los pueblos del señorío de Vizcaya con motivo de los alzamientos de Agosto de 1870, Abril y Diciembre de 1872, basado en los datos remitidos

AGOSTO DE 1870: pan 47.245 rs. 30 cs; carne 45.720 rs. 25 cs: vino, 40.933 rs. 76 cs; raciones en metálico, 18.087 rs; maíz, 496 rs, 77 cs; cebada, 2.464 rs; salvado, 194 rs. 40 cs; paja, 585 ra. 75 ca: alubia, 36 rs. 86 céntimos; tocino, 79 rs. 75 cs; velas 145 rs, 75 cs: aceite, 37 rs. 75 cs: carbón, 495 rs; caballos, 1.540 rs; monturas y equipo, 2.582 rs; bagajes, 43.255 rs.; contribuciones y exacciones, 1.886 rs.

ABRIL DE 1872: pan, 687.567 ra. 71 cs.: carne, 765.503 rs. 25 cs.; vino, y 664.779 rs. 36 cs.; raciones en metálico, 141.881 rs.: maíz, 33.060 rs.; cebada, 74.848 rs.; salvado, 2.224 rs. 80 cs.; paja. 14.484 rs.: alubia, 1.974.; tocino, 16.288 rs. 25 cs.; velas, 2.717 rs. 91 cs.; aceite. 1.066 reales 81 cs.; carbón, 6.527, 50 cs.; caballos. 37.158 reales; monturas y equipo, 128.804 rs.; bagajes, 225.043 rs.; contribuciones y exacciones, 284.062 rs.

DICIEMBRE DE 1872: pan, 8.841.250 rs. 58 ca.; carne. 12.506.063 rs. 77 cs.; vino, 7.991.172 rs. 40 cs.; raciones en metálico, 749.684 rs.; maíz, 970.527 rs. 93cs; cebada. 1.223.496 rs. 22 cs.; salvado, 55.563 rs. 53 cs.; avena, 7.981 rs. 75 cs.; paja, 256.096 reales 25 cs.; alubia, 75.557 reales 65 cs.: tocino, 944.263 rs. 25 cs.: velas. 88.147 reales 59 cs.; aceite, 14.971 rs. 94 cs.; carbón, 23. 160 rs.; caballos 163.767 rs.; monturas y equipo, 400.931 rs., bagajes, 2.689.277 rs.; contribuciones y exacciones, 3.649.217 reales.

499 RESUMEN: Pan. 9.576.063 rs. 59 cs.; carne, 13.337.296 reales 27 cs.; vino, 8.696.885 reales 52 cs; raciones en metálico, 899.643 rs.; maíz, 1.004.084 rs. 70 cs.; cebada. 1.300.808 rs. 22 cs.; salvado. 57.982 rs. 72 cs.; avena, 7.981 rs. 75 cs.; paja, 271.166 reales; alubia, 77.568 reales 61 cs.: tocino. 960.631 rs. 25 cs.; velas, 91.011 rs. 25 céntimos; aceite, 16.076 rs. 50 cs; carbón, 30.192, rs. 50 cs.; caballos, 202.465 rs. monturas y equipo, 532.317 reales; bagajes, 2.937.569 rs: contribuciones y exacciones, 3.935. 165 rs. Total 43.924.906 rs. 88 cs.

Apéndice 4.

He aquí un documento suplementario (A.S.V. legajos correspondientes al tercero y cuarto trimestres de 1871) sobre la tarea difícil y el enorme aislamiento de los liberales. El Ministro de la Guerra escribe al general en jefe en los términos siguientes (el 29 de agosto de 1872):

> «He recibido sus dos telegramas en los que me indica que sólo quedan dos partidas de verdaderos bandoleros a juzgar por los antecedentes de los individuos que las forman. Es preciso perseguirlas con el mayor rigor y acabar con ellas para dar un escarmiento. Que los fiscales y los consejos de guerra se movilicen. Hay funcionarios municipales que difunden noticias falsas sobre posibles levantamientos para mantener la inquietud en esa región. Hay que hacerles saber el delito en que incurren dado que esa región se halla en estado de guerra. Diga a los pueblos que el gobierno garantizara los bienes de las personas pacificas y protegerá a los mozos contra el reclutamiento carlista pero que los reincidentes serán castigados con todo rigor pues esas provincias necesitan paz para reponer los danos ocasionados por la última campaña. Vigile la frontera para que no se introduzcan armas y deme cuenta de cualquier novedad que ocurra».

500

En esa misma época, los liberales están desunidos. La clemencia del Gobierno ha disgustado profundamente a los liberales vascos. El 3 de agosto, el gobernador militar de Guipúzcoa explica al general en jefe que los voluntarios de Mondragón se niegan a recoger las armas que se les ofrecen.

Pese al estado de guerra prolongado y al mantenimiento en el País Vasco de un de un ejército de más de 8.000 hombres (en septiembre de 1872 había aun 55 jefes, 458 oficiales y 7.997 soldados), la segunda mitad del año permite a los carlistas reorganizarse; las partidas que subsisten empiezan a engrosarse considerablemente a partir del mes de noviembre. Un informe confidencial redactado por el Estado Mayor da cuenta de las proporciones inquietantes que está tomando la insurrección:

> «EL Brigadier Jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte al Excmo. Sr. Director General del Cuerpo de Estado Mayor. Vitoria 24 de noviembre de 1872. La insurrección en este distrito es general y lejos de disminuir toma de día en día mayores proporciones especialmente en Navarra donde abundan partidas de hasta 1.000 hombres cada una, mandadas por Rada y otros cabecillas conocidos que invaden aquella provincia. Es difícil saber el número de partidas que hay en todo el distrito pues constantemente se señala la aparición de grupos de hombres armados en diferentes lugares que se lanzan en distintas direcciones. Llego a Tudela el Batallón de Cazadores de Puerto Rico y en esta capital, hay 11 compañías del Regimiento de Infantería del Príncipe. En la provincia de Navarra casi toda la actual guarnición, los Carabineros y Guardia Civil se hallan en movimiento sin que hasta ahora haya habido ningún encuentro serio. En Vizcaya se halla también en persecución de las numerosas partidas la escasa guarnición de aquella provincia, teniendo que lamentar la deserción a las filas carlistas de 26 individuos del Batallón de Cazadores de Alba de Tormes y la rendición a fuerzas rebeldes muy superiores de 24 guardias civiles al mando de su teniente los cuales fueron desarmados y puestos en libertad. De este instituto también han desertado un cabo y cuatro guardias. El espititu tenazmente rebelde entorpece

nuestra acción, las partidas encuentran abrigo y protección, con la noticias y auxilio de todo genero, siendo completamente al contrario para las tropas del gobierno.... Sensible me es tener que presentar a V. E. el estado de estas provincias...

501

Apéndice 5. Plazas guarnecidas en Guipúzcoa en julio de 1873.

(Pirala: Op. Cit. Documentos pp. 1015-1016)

Relación de los pueblos de esta provincia que están fortificados y guarnecidos por fuerzas del ejército y voluntarios de la república, con distinción de los que están en estado de defenderse de cualquier ataque de las fuerzas de que en la actualidad disponen los carlistas.

IRÚN. Se halla en buen estado de defensa con la guarnición que en la actualidad tiene, pero estaría mucho más seguro si se colocará un pequeño canon en la casa de la Villa.

FUENTERRABÍA. Quedará en estado de defensa con levantar una trinchera aspillerada en la parte derruida de la muralla, y poniendo a disposición de la guarnición el antiguo cuartel de inválidos.

OYARZUN. Carece de un camino cubierto entre la casa de la Villa y la parroquia, en cuya torre ii otro punto adecuado se deberá colocar un canon, así para el caso de contestar a fuego de dicha arma que el enemigo pueda hacer, ó para desalojarlo si se apoderase de las casas del pueblo; asimismo sería conveniente el que se abriesen algunas aspilleras en la parte baja de la iglesia.

502

RENTERÍA. esta villa se halla en buen estado de defensa, pero sería conveniente el que se colocará un canon en el punto más adecuado de la iglesia para sacar al enemigo en el caso de que este se apoderase de algunas casas del pueblo.

Relación de los pueblos de esta provincia que están fortificados y guarnecidos por fuerzas del ejército y voluntarios de la república, con distinción de los que están en estado de defensa de cualquier ataque de las fuerzas de que en la actualidad disponen los carlistas.

IRÚN. Se halla en buen estado de defensa con la guarnición que en la actualidad tiene, pero estaría mucho más seguro si se colocará un pequeño cañón en la casa de la Villa.

FUENTERRABÍA. Quedará en estado de defensa con levantar una trinchera aspillerada en la parte derruida de la muralla, y poniendo a disposición de la guarnición el antiguo cuartel de inválidos

OYARZUN. Carece de un camino cubierto entre la casa de la Villa y la parroquia, en cuya torre u otro punto adecuado se deberá colocar un canon, así para el caso de contestar a fuego de dicha arma que el enemigo pueda hacer, o para desalojarlo si se apoderase de las casas del pueblo; asimismo sería conveniente el que se abriesen algunas aspilleras en la parte baja de la iglesia.

RENTERÍA. esta villa se halla en buen estado de defensa, pero sería conveniente el que se colocará un canon en el punto más adecuado de la iglesia para sacar al enemigo en el caso de que se apoderase de algunas casas del pueblo.

LEZO. Defendido tan solamente por la fuerza de voluntarios del mismo pueblo, será preciso aumentar la guarnición y fortificar la parroquia para que quedo en estado de defensa: de lo contrario abandonarlo.

PASAJES SAN PEDRO Y SAN JUAN. En estos dos pueblos puede defenderse la guarnición en el antiguo castillo que se halla en la embocadura del puente, haciendo en él algunas reparaciones.

SAN SEBASTIÁN. esta ciudad, dotada de suficiente guarnición y de un castillo a su espalda, no ofrece cuidado por ahora.

503 ASTIGARRAGA. Si bien defendido para la conservación de la fuerza que está allí situada, necesita un canon para rechazarlos de las casas del pueblo en el caso de que se apoderase de ellas.

HERNANI. Se halla suficientemente fortificado y guarnecido. LASARTE. No creo se halle en estado de defensa en caso de que sea atacado, por cuya circunstancia convendría fortificarlo mejor y aumentar alguna fuerza.

ORIO. La guarnición de este pueblo se compone tan solamente de voluntarios del mismo, y sería conveniente reforzarla con alguna fuerza mas.

ZARAUZ. No se halla en estado de defensa en la actualidad, pero podría estarlo fortificando la iglesia y la casa de la marquesa de Narros, haciendo un camino cubierto para que se puedan comunicar por la huerta. y colocando un cañón en la torre de la iglesia.

GU ETA RIA. Suficientemente defendido.

AYA. Se halla guarnecido y fortificado. ANDOAIN. Se halla bien guarnecido y fortificado.

ANDOAIN. Se halla bien guarnecido y fortificado, pero le falta un canon para rechazar al enemigo ni se apoderase de las casas del pueblo.

VILLABONA. Si bien hay bastante fuerza de guarnición, no se encuentra bien fortificado, y es indispensable ejecutar algunas obras.

TOLOSA. No necesita de más guarnición ni fortificaciones

BERASTEGUI. Como pueblo de la frontera, se halla más expuesto a los ataques del enemigo, por cuya circunstancia y por la de tener poca guarnición y tan solamente una casa del extremo del pueblo fortificada, convendría aumentar la fuerza de aquella guarnición y fortificar la casa de la villa.

LIZARRA. Se encuentra en buen estado de defensa.

VILLAFRANCA. Se halla bien fortificado y con la guarnición necesaria, en razón a que se le han agregado la fuerza de carabineros que se hallaba en Beasain.

504 SEGURA. No se encuentra en estado de defensa según se halla en la actualidad, y sería muy conveniente fortificar la iglesia y reforzar en un tanto la fuerza que allí se encuentra.

ORMAIZTEGUI. La fuerza situada en este pueblo no tiene defensa de ningún género en la casa que actualmente se encuentra, y sería muy conveniente fortificar la iglesia y trasladar a esta la fuerza.

ZUMÁRRAGA. La guarnición de este pueblo se halla mal situada y debiera trasladarse a la iglesia fortificándose esta.

LEGAZPIA. Convendría se hiciera un camino cubierto a la iglesia, fortificándose esta.

ON ATE. Se halla bien fortificada, pero lo estaría mejor fortificando la iglesia y la manzana de casas unidas a la misma, con un canon en la torre.

MONDRAGÓN. Se halla bien fortificado, pero lo estaría mucho mejor y más seguro con hacer un camino cubierto a la iglesia, fortificando también esta.

ARECHAVALETA. Se halla en buen estado de defensa.

ESCORIAZA. La fuerza que se halla en este pueblo está mal situada, y las que ocupan no tienen condiciones de defensa, pero podría tenerlas trasladándola a la iglesia y fortificándola.

SALINAS. Se hace indispensable que se fortifique la iglesia de este pueblo y se traslade a ella la fuerza y sería muy conveniente que la casa posada y la de postas se fortificasen también, habiendo fuerza para cubrirlas.

ELGUETA. La casa que ocupa la fuerza situada en este pueblo no tiene condiciones de Defensa, por lo que es indispensable se fortifique y se traslade a ella, colocando un cañón en la torre.

VERGARA. Se halla en buen estado de defensa, pero convendría colocar un canon en la torre de la parroquia de San Pedro.

PLACENCIA. Se halla bien defendido, pero convendría fortificar la iglesia y colocar un cañón en la torre.

EIBAR. esta villa se halla defendida por la inmensa guarnición de voluntarios.

505

ELGOIBAR. Se hace indispensable que, haciendo un camino cubierto a la iglesia, se fortifique esta, ocupándola con parte de la guarnición, la que hoy día es muy escasa, y que se establezca un canon en la torre, y con una excitación a las personas influyentes del partido liberal, se conseguiría el alistamiento de algunos voluntarios, pues tengo entendido que 52 jóvenes de este pueblo se prestaban a alistarse, pero no se por que circunstancia fracaso dicho alistamiento.

DEVA. Es cosa necesaria e indispensable el que en este pueblo se fortifique la iglesia con un canon en la torre y se ocupe con parte de la guarnición, pues de lo contrario no se encuentra en condiciones de defensa.

MOTRICO. Se halla en buen estado de defensa.

AZCOITIA. Se halle en buen estado de defensa, pero le falta un cañón en la torre.

AZPEITIA. Se halla en las mismas circunstancias Tolosa 15 de Julio de 1873. Antonio Urdapilleta.

Apéndice 6

VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD EN LAS DIVERSAS LOCALIDADES DEL PAÍS VASCO

Razón del número de voluntarios que corresponden a los pueblos de esta Provincia que a

continuación se señalan por el 4p.% de su población, según el censo oficial practicado el año de 1869 de los voluntarios que existen según los datos suministrados por los mismos pueblos, de los que les faltan para el completo del cupo, y de la cuota mensual que a los respectivos Ayuntamientos logra satisfacer a razón de 15 pesetas por cada uno de estos últimos

505

PUEBLOS	Voluntarios que les corresponden	Voluntarios existentes	Número que les falta para el completo del cupo	Cuota mensual en pesetas que por estos voluntarios han de pagar
Abalcisqueta	28,76	“	28,76	431,40
Aduna	17,08	“	17,08	236,40
Aizarnazabal	16,08	“	16,08	241,20
Albistur	37,36	“	37,36	560,40
Alegria	52,56	27	23,56	383,40
Alquiza	23,92	“	23,92	338,80
Alza	48,68	“	48,68	730,20
Alzaga	8,72	“	8,72	130,80
Alzo	22,56	“	22,56	338,40
Amézqueta	62,36	“	62,36	938,40
Andoain	102,20	40	62,20	933
Anoeta	16	“	16	240
Anzuola	62,28	“	62,28	934,20
Arama	4,12	“	4,12	61,80
Arechavaleta	71,68	20	51,68	775,20
Asteasu	34,08	“	54,08	811,20
Astigarraga	36,80	“	56,80	852
Astigarreta	12,89	“	12,89	192
Ataun	116,76	“	116,76	1.751,40
Aya	101,12	“	101,12	1.516,80
Azcoitia	180,36	“	180,56	2.708,40
Azpeitia	232,84	60	192,84	2.892,60
Baliarrain	9,64	“	9,64	144,60
Beasain	57,40	“	57,40	861
Beizama	30,20	“	30,20	453
Belaunza	10,48	“	10,48	157,20
Berastegui	63,28	“	63,28	949,20
Berobi	13,84	“	13,84	207,60
Cegama	92,28	“	92,28	1.384,20
Cerain	22,88	“	22,88	343,20
Cestona	98,48	“	98,48	1.477,20
Cizurquil	43,40	“	43,40	651
Deva	123,48	“	123,48	1.852,20
Elduayen	17,28	“	17,28	259,20
Elgoibar	129,44	“	120,44	1.941,60
Elgueta	93,96	“	93,06	1.439,40
Escoriaza	83,80	“	83,80	1.287
Ezquioga	33,48	“	33,48	502,20
Fuenterrabía	126,12	42	84,12	1.261,80
Gainza	19,72	“	19,72	295,80
Gaviria	42,12	“	42,12	631,80
Gaztelu	14,48	“	14,48	217,20
Goyaz	11,60	“	11,60	174
Gudugarreta	3,64	“	3,64	54,60
Hernialde	14,20	“	14,20	213

Ibarra	28,48	“	28,48	427,20
Ibazteguieta	11,96	“	11,96	179,40
Ichaso con Arriarán	34,48	“	34,48	317,20
Idiazabal	67,76	“	67,76	1.016,40
Irura	18,28	“	18,28	274,20
Isasondo	24,56	“	24,56	368,40
Larraul	12,16	“	12,16	182,40
Lazcano	42,76	“	42,76	641,40
Leaburu	12,36	“	12,36	185,40
Legazpia	50,60	“	50,60	759
Legorreta	32,96	“	32,96	494,40
Mondragón	114,48	70	44,48	667,20
Motrico	135,24	36	99,24	1.488,60
Mutiloa	20,92	“	20,92	313,80
Olaverria	18,64	“	18,64	279,60
Oñate	239,24	76	163,24	2.448.60
Oreja	8,69	“	8,60	129
Orendain	19,52	“	19,56	293,40
Ormaiztegui	27,52	“	27,52	412,80
Oyárzun	182,64	31	151,64	2.274,60
Plencia	86,12	71	15,12	226,80
Regil	68,28	“	68,28	1.024,20
Salinas	31,40	“	31,40	471
Segura	61,20	“	61,20	918
Soravilla	10,76	“	10,76	161,40
Urnieta	54	“	54	810
Usúrbil	73,52	“	73,52	1.102,80
Vergara	245,04	102	143,04	2.145,60
Vidania	30,28	“	30,28	454,20
Villabona	62,96	“	62,96	944,40
Villafranca	46,40	42	4,40	66
Villareal	37,64	“	37,64	561,60
Zaldivia	48,80	“	48,80	732,1
Zarauz	84,60	23	61,60	924
Zumárraga	51,44	“	51,44	771,60
Zumaya	64	“	64	960

508

ADVERTENCIA. No se incluyen en este estado los pueblos de Eibar, Guetaria, Hernani, Irún, Lezo, Lizarza, Orio, los dos Pasages, Rentería, San Sebastián y Tolosa, a causa de tener completo el número de voluntarios que les corresponde.

Tolosa 8 de Abril de 1873.

El Diputado general,

Manuel Maximino de Aguirre

VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD EN NAVARRA EN 1873

(A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre)

«Capitania General de las Provincias Vascongadas. Lista de voluntarios movilizados por partidos judiciales en Navarra.

509 PAMPLONA: 1 jefe, 4 capitanes, 8 tenientes, 8 alféreces, 6 sargentos primeros, 3 sargentos segundos, 15 cabos primeros, 14 cabos segundos, II cornetas y 194 voluntarios.

Esta propuesta la movilización de otros 243 voluntarios con sus clases y oficiales correspondientes para formar cuatro compañías más con cuya aprobación quedaría formado un batallón de ocho compañías

TAFALLA. 5 Capitanes, 7 Tenientes, 8 Alféreces, 5 Sargentos primeros, 9 Sargentos segundos, 13 Cabos primeros, 10 Cabos segundos, 6 Cornetas y 284 voluntarios.

Esta propuesta la movilización de otra compañía en el mismo Tafalla compuesta de 39 voluntarios con sus oficiales correspondientes con lo cual podría formarse un batallón de cuatro a seis compañías. Quedan además en los diferentes pueblos 111 voluntarios por movilizar y desean tomar otros las armas.

TUDELA. 1 Capitán, 3 Tenientes, 7 Alféreces, 8 Sargentos primeros, 10 Sargentos segundos, 11 cabos segundos, 8 cornetas y 208 voluntarios.

Tiene este partido 404 hombres sin movilizar, de los cuales 146 han tornado las armas en el mismo Tudela después de la proclamación de la República. Hay allí un jefe que desea movilizarse y puede formarse un batallón de seis u ocho compañías aun rebatiendo los 43 voluntarios de Villafranca que entregaron sus armas.

ESTELLA. 3 capitanes, 5 tenientes, 4 alféreces, 5 sargentos primeros, 6 sargentos segundos, 10 cabos primeros, 10 cabos segundos, 5 cornetas y 185 voluntarios.

Hay 184 voluntarios en Azagra que desean y tienen pedido movilizarse. Es la región que ofrece más dificultades por la escasez de voluntarios, salvo en Viana, y la distancia a que está Azagra, que es el punto más liberal y de mayor número de voluntarios, siendo dudoso el mejor punto para sitúarse el jefe que se ha puesto en Estella por ser la cabeza del Partido, tener comandante militar, guarnición y su fuerte. Hay también en Estella 70 voluntarios sin movilizar.

510 LUMBIER: 2 tenientes, 3 alféreces, 2 sargentos primeros, 3 sargentos segundos, 3 cabos primeros, 6 cabos segundos, 2 cornetas y 80 voluntarios.

Pueblos que deben formar las Compañías de cada agrupación con expresión de su fuerza incluyendo los voluntarios:

PAMPLONA: ocho compañías con 534 individuos.

No hay ningún otro pueblo en el partido que tenga voluntarios. Se incluyen en la fuerza los que tienen solicitada su movilización.

TAFALLA. En Tafalla mismo 202 individuos; Olite: 8, Ujue: 11, San Martín: 13, Sensoain: 2, Falces: 3, Artajona: 5. En total tres compañías con 274 individuos.

M1LAGRO: Una, con 61 individuos. Peralta y Marcilla: una con 73. Funes: una, con 61 individuos. En total 6 compañías con 477 individuos. Se incluyen todos los voluntarios del Partido.

TUDELA. En Tudela mismo: 4 compañías con 320 individuos. Ablitas: 41 y Citruénigo: 54. Entre las dos, una compañía con 99 individuos.

CASCANTE: 62 y Fitero: 34. Entre las dos, una compañía con 96 individuos. Murrochante: una, con 79. Corella: 31 y Villafranca: 43

Entre las dos, una compañía con 74 individuos. En total 8 compañías con 664 individuos. Se incluyen los voluntarios de Villafranca por si se les vuelven a dar las armas que entregaron a la facción Rada.

ESTELLA. Estella: 74, Allo: 7 y Bargota: 17. Entre todos, una compañía con 98 individuos. Viana: una compañía con 72 individuos.

511 Azagra: dos compañías con 175 individuos. Cirauqui: una compañía con 47 individuos. Carcar: una compañía con 47 individuos. Caseda: una compañía con 70 individuos. Araibar: una compañía con 70 individuos. Aoiz: 30 y Sangüesa: 30. Entre las dos, una compañía de 60 individuos. En total 6 compañías con 479 individuos.

Se incluyen los voluntarios de Carcar por si desean volver a tomar las armas que dejaron voluntariamente.

Vitoria 3 de abril de 1873.

Como se puede observar, esos centenares de liberales están muy concentrados en las pocas ciudades de la provincia. Así, en el distrito de Pamplona, todos los voluntarios proceden de la ciudad misma y no hay ninguno de los pueblos de la comarca. En el sur de la provincia, proceden de las localidades más populosas y están algo mejor repartidos geográficamente. En el distrito de Tafalla, de 477 voluntarios, casi la mitad (202) son de la ciudad de Tafalla.

Los pueblos de los alrededores sólo suministran entre 3 y 10 voluntarios cada uno. Otros pueblos más grandes, como Milagro, Peralta, Marcilla, y Funes sólo cuentan con unas docenas. En el partido de Tudela, de 664 voluntarios, 330 proceden de la ciudad de Tudela. La comarca de Estella es la que da los contingentes más débiles. Estella ciudad sólo cuenta con 74 voluntarios. Por el contrario, Azaga (175) y Viana (72) son localidades especialmente «rojas»

En el resto de Navarra, Lumbier suministra 80 voluntarios Carcar y Cirauqui 47 cada una, Caseda, 70, Araibar, 70. El campo está pues en manos de los carlistas.

Apéndice 7 EVOLUCIÓN DE LOS PRECIOS EN VIZCAYA

(Según el B.O. de la provincia de Vizcaya)

Precios medios de 1868 a 1874

Artículo	**Noviembre de 1867**	**Noviembre de 1868**
Trigo (Hl.)	10,860	11,248

Cebada	5,055	6,712
Maiz (Kg)	5,792	7,546
Garbanzos (Kg)	0,415	0,388
Arroz	0,325	0,304
Aceite	0,572	0,629
Vino	0,172	0,181
Aguardiente	0,412	0,397
Carne de vaca (Kg)	0,343	0,344
Tocino	0,655	0,703

Artículo	**Octubre de 1868**	**Octubre de 1869**
Trigo	11,248	7,747
Cebada	6,712	4,346
Maíz	7,546	4,955
Garbanzos	0,304	0,380
Arroz	0,304	0,301
Aceite	0,629	0,573
Vino	0,181	0,177
Aguardiente	0,397	0,374
Carne de vaca	0,334	0,335
Tocino	0,703	0,761

Precios medios Artículo	**Octubre 1870**	**Octubre 1871**
Trigo	21,20	24,20
Cebada	11,26	14,41
Maíz	13,28	16,67
Garbanzos	1,14	1,15
Arroz	0,75	0,75
Aceite	1,53	1,47
Vino	0,43	0,47
Aguardiente	0,77	0,95
Carne de vaca	0,89	0,89
Tocino	1,89	1,78
Paja de trigo	0,06	0,06

Precios medios en pesetas

	1/08/72	**5/07/73**	**26/09/73**
R: pan tropa	0,24	0,26	0,26
Ración cebada	0,87	0,84	1,02
Ración de paja	0,36	0,39	0,51
1 L. de aceite	1,28	1,15	1,00
1 K. leña	0,03	0,03	0,06
1 K. Carbón	0,07	0,09	0,20

«Todo en peso y medida de Castilla

Mercancía	**31/01/74**	**27/03/74**	**7/05/74**
R: pan tropa	0,24	0,24	0,26
Ración cebada	1,14	1,80	1,02
Ración de paja	0,72	0,72	0,72
1 K. Carne	1,78	1,68	1,68
1 L. Vino	0,63	0,63	0,84
1 L. de aceite	1,02	1,16	1,31
1 K. leña	0,09	0,09	0,10

1 K. Carbón	0,28	0,35	0,40

514

Apéndice 8. EVOLUCIÓN DE LOS EFECTIVOS DE LA GUARNICIÓN DE BILBAO DURANTE EL SITIO DE LA CIUDAD

(A.S.V. Legajos correspondientes al cuarto trimestre de 1873 y al primero y segundo trimestre de 1874).

División de Vizcaya: 21/11/187

«Fuerza en revista: 22 jefes, 223 oficiales, 4.807 hombres de tropa. Destacamentos: 2 jefes, 55 oficiales, 910 hombres de tropa. En instrucción (quintos): 1.030. En el hospital: 224. Quedan disponibles para el servicio de la plaza y salidas: 20 jefes, 168 oficiales y 2.643 hombres de tropa.

«Fuerza que tenía el disuelto Batallón de Voluntarios de la República el 29/12/1873: 2 comandantes, 2 ayudantes, 6 capitanes, 14 tenientes, 17 subtenientes, 36 sargentos, 62 cabos, 14 cornetas, 536 voluntarios.

''División de Vizcaya. Plaza de Bilbao. Estado de fuerzas de la Guarnición en 29/12/1873. Estado Mayor y demás unidades: 2 Regimientos de Infantería más o menos completos, Batallón de Cazadores de Alba de Tormes, Batallón de Cazadores de Segorbe, Unidades pertenecientes a tres regimientos de Artillería: 22 jefes, 155 oficiales, 3.099 hombres de tropa. Bajas por estar fuera del distrito: 4 jefes, 21 oficiales, 298 hombres de tropa. Bajas por hallarse en el hospital: 1 oficial, 125 soldados. Fuerza sin armas: 228. Quedan disponibles para el servicio: 18 jefes, 133 oficiales, 2.448 hombres de tropa.

Ingenieros, Lanceros de Numancia, Cazadores de Albuera, Carabineros, Guardia Civil, Guardia Foral, Compañía de Vigilancia, Campania de Voluntarios emigrados, Voluntarios de Orduña, Contraguerrilla de Vizcaya, Sanidad, Administración: 28 jefes, 216 oficiales, 4.427 hombres de tropa. Bajas por estar fuera: 4 jefes, 24 oficiales, 325 hombres de tropa. Bajas por hallarse en el hospital: 1 oficial, 183 hombres de tropa. Fuerza sin armas: 288.

Guardia Civil: 1 jefe, 5 oficiales, 117 guardias.

Guardia Foral: 1 jefe, 20 oficiales, 354 guardias.

515

Compañía de Vigilancia: 3 oficiales, 113 hombres de tropa. Voluntarios emigrados: 4 oficiales, 112 hombres de tropa.

Voluntarios de la República (no incluidos): 2 jefes, 39 oficiales, 648 voluntarios armados con fusil. Hay además otro Batallón de Auxiliares: 1 jefe, 25 oficiales y 605 voluntarios armados. Zapadores del Ayuntamiento: 5 oficiales y 82 voluntarios. Piezas de Artillería en Bilbao, sin emplazar: 11.

Piezas de artillería en los fuertes: 12 fuertes, 17 piezas. Número de cartuchos: 799.802 Remington et 281.911 Berdan.

Víveres y efectos existentes en Bilbao:

Harida: 80.000 kg., galletas: 13.119 kg., garbanzos: 9.707 kg., arroz: 9.764 kg, tocino: 16.616 kg, alubias: 13.821 kg., sal: 1.241 kg., aceite: 425 libros, carbón: 27.450 kg.

Cuarteles y cabida: 11 carteles para unos 4.500 hombres.

«15 de enero de 1874: Fuerza que cubre el servicio en la plaza y en los puntos y fuertes destacados. Total: 1 jefe de día, 23 oficiales y 628 de tropa.

Ibid, el 13 de enero de 1874: 2 jefes, 35 oficiales, 879 hombres de tropa.

Ibid, el 5 de febrero: 2 jefes, 35 oficiales, 2.020 hombres de tropa. 22 de febrero de 1874: Fuertes que defienden a Bilbao y su ría: 17 con 2.300 infantes, 393 artilleros y 64 piezas.

28 de febrero de 1874: Relación de las bajas ocurridas y consumo de municiones de fusil y cañón del 29 de diciembre al 28 de febrero. Total: 0 jefe, 4 oficiales, 48 hombres de tropa, ganado 2. Cartuchos de fusil: 57.744 Remington y 21.891 Berdan. Cañón Granadas: 1.651 + 551 + 659. Balas 61 + 87.

Fuerza que cubre el servicio el 22 de marzo: 52 oficiales, 1.558 hombres de tropa.

25 de marzo de 1874: estado de la fuerza que compone la compañía de zapadores de la milicia. Escribientes: 1, carpinteros: 28, albañiles: 11, canteros: 9, hojalateros: 5, herreros: 9, peones:

106, pintores: 4, maquinistas: 2. Total: 175.

Fuerza que cubre el servicio el 22 de marzo: 52 oficiales, 1.558 soldados.

516 Fuerza de Guarnición el 1º de abril: Total: 32 jefes, 270 oficiales, 6.361 hombres de tropa, ganado: 209.

Bajas por estar fuera: 5 jefes, 5 oficiales, 927 hombres de tropa. Bajas en el hospital: 2 oficiales, 185 hombres de tropa. Quedan para el servicio: 27 jefes, 218 oficiales, 5.249 soldados. Marina: 33.

Bajas y consumo de munición de 1° de marzo al 2 de mayo: 4 oficiales, 70 hombres de tropa, ganado: 3.

Balas de fusil: 56.639 + 14.383.

Cañón: Granadas: 2.784 + 824 + 1.538.

Metralla: 6 + 6. Balas: 724 + 1.125.

Apéndice 9. SUELDOS DE LOS OFICIALES

Ejército carlista
Marzo de **1874**

Mariscal	4.000 reales
Teniente General	3.000 reales
General División	2.000 reales
General Brigada	1.000 reales

Coronel	600 reales
Teniente Coronel	500 reales
Comandante	400 reales
Capitán	300 reales
Teniente	200 reales
Alférez	160 reales

(Según J. Campos: **Op. Cit.** p. 158)

517

Ejército liberal

Noviembre de 1874

Capitán General	2.000 reales
Teniente General	1.000 reales
General División	666,66 reales
General Brigada	333 reales
Coronel	300 reales
Teniente Coronel	250 reales
Comandante y Capitán	200 reales
Teniente	150 reales
Alférez	120 reales
Sargento 1ª. CI.	60 reales
Sargento 2ª. Cl.	50 reales
Cabo 1ª. CI.	40 reales
Cabo 2ª. Cl	35 reales

(Según: Pirala: **Op. Cit.** VI.

El estadillo que antecede podría ser erróneo y referirse, por o bien las cantidades consignadas son pesetas y no reales, pues, en abril de 1875, los oficiales del regimiento de Murcia cobran los siguientes sueldos:

Teniente Coronel	450 pesetas al mes (est. del 1º de abril)
Comandante	400 pesetas
Capitán	250 pesetas
Teniente	187,50 pesetas
Alférez	162,50 pesetas
Sargento 1º	47,50 pesetas
Sargento 2º	36,25 pesetas
Cabo 1º	23 pesetas
Cabo 2º	20,50 pesetas

Además, los oficiales superiores tienen derecho a una prima mensual de 60 pesetas y los subalternos de 30.

A.S.V. Legajo correspondiente al segundo trimestre de 1875

518

La comparación de ambas relaciones permite interrogarse sobre las fuentes de Pirala, a menos que se trate de simples errores tipográficos

Apéndice 10. FORMULARIO DE ORDEN DE PAGO ENVIADO POR LAS AUTORIDADES CARLIST AS DE ÁLAVA

(Biblioteca de la Institución «Sancho el Sabio»)

Los verdaderos hijos de la antigua España hemos subido a la montana, como los antiguos Macabeos, y a imitación de aquellos héroes, hemos dicho a la revolución: «Aunque todas las gentes se prosternen a sus plantas, y te den el incienso del miedo o de la adulación, ni nosotros, ni nuestros hijos, ni nuestros hermanos, te adoramos. No es licito, ni decoroso, el que abandonemos nuestras leyes patrias, por seguir las importaciones extranjeras o infernales; mejor es morir, que vivir deshonrados en nuestras creencias y en nuestras costumbres.»

En verdad, que tan noble resolución, ha sido visiblemente protegida por el Cielo; y los adoradores de los modernos Antiocos, han visto abatido su orgullo en cien combates, en los que el brillo de nuestras victorias, no puede explicarse, sin la intervención Divina.

Pero sucede que, mientras nuestros voluntarios exponen generosos sus pechos a las balas, las personas acomodadas y de arraigo deben excitarse en el verdadero patriotismo y por lo tanto, no ser egoístas y de corazón de hierro, consintiendo que nuestros modestos héroes, vivan en la desnudez y en toda clase de privaciones.

519 Apoyada la Diputación general en estos principios, y en la autorización que las Juntas generales le concedieran para allegar los fondos necesarios en tan extraordinarias circunstancias, ha tenido a bien nombrar a los que suscriben para formar la Comisión a guerra, auxiliar de la misma Diputación, y según los antecedentes tornados relativamente a V., y a las instrucciones que para ello se le han dado, la Comisión apela al Catolicismo y al amor que V., profesa a la santa bandera, que tremola en manos de nuestro muy amado Soberano, Rey y Señor, D. Carlos VII (q.D.g.), en la confianza de que secundará sus deseos, para que, por esta vez, pague V. en calidad de reintegro, la cantidad de .....
en la inteligencia, de que si, lo que no es de esperar, usted no la entrega voluntariamente al comisionado D. .....
se le exigirá forzosamente, incurriendo en la nota de desafecto a tan santos principios, y por lo tanto sujeto a todas las medidas, que contra los enemigos de la bandera de Dios, Patria, Rey y Fueros, se tomaren

Estas podrán llegar a ser, por de pronto, el embargo de bienes por el cuádruplo de lo asignado y además en su día quizá, confiscarle todos sus haberes, para con ellos reintegrar a los adictos a nuestro lema, en justa compensación de las medidas arbitrarias, tomadas por el llamado gobierno de la Revolución.

Dios guarde a V. muchos años. Aramayona de 1875.

523

FUENTES BIBLIOGRAFIA

1.ARCHIVOS:

— ARCHIVO DE LA CASA DE JUNTAS DE GUERNICA (Vizcaya):
M— **Guerras carlistas**: **Registro nº 1, legajos**: 1, 2, 3, 5 y 6.
Registro nº 2, legajos: 1,2, 16 y 17.
Registro nº 11, legajos: 1 a 7.
— ARCHIVO DE LA DELEGACIÓN PROVINCIAL DE HACIENDA DE ALAVA, Vitoria:
—**legajos**: 2560-1
2562-3
2563-4
— ARCHIVO DE LA DELEGACIÓN PROVINCIAL DE HACIENDA DE GUIPÚZCOA, San Sebastián
— **Legajos**: 2733 a 2773 y 2872.
— ARCHIVO DE LA DELEGACIÓN PROVINCIAL DE HACIENDA DE NAVARRA, Pamplona.
— **Legajos**: 61 a 72 y 114
— **Sección Desamortización: eclesiástica**: Años 1807-1874.
civil: Años: 1862-1893.
Carpetas: 90-98.
— ARCHIVO DE LA DIPUTACIÓN FORAL DE ÁLAVA, Vitoria:
524
—**Legajos**: H-l a H-3, H-6 a H-15, H-63, H-64, H-95, H-96, H-147, H-174 y H-175
— ARCHIVO DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VIZCAYA, Bilbao:
— **Acuerdos de la Diputación**, Vol. 109, 110 y 111 (años 1870-1872).
— **Circulares de la Diputación general**, Vol. 64 y 65 (años 1868-1876).
ARCHIVO GENERAL DE NAVARRA, Pamplona.
— Desamortización: Legajos: 1 y 2.
Carpetas: 1 y 5.
— Clero Regular-Órdenes religiosas: Años, 1835-1855.
ARCHIVO HISTORICO NACIONAL, Madrid:
— **Legajos**: 1952 y 4554B.
— **Libros: Sección de Hacienda**: 4173, 4174, 4215, 4225, 4245 y 4246.
— ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES, Madrid
— **Sección política:**
— **Legajos**: 1519 y 2457 (años 1872) 2844, 2848 y 2851 (años 1873) 2852 (años 1873-1876)
— ARCHIVES DU MINISTERE DES AFFAIRES ETRANGERES, París:
— **Correspondance politique**: Tomes 882 a 887.
— **Memoires et documents**: Tomes 354 et 355.
— **Documents diplomatiques français**, Vol. 1 (rec. edite).
— ARCHIVO DEL MINISTERIO DE HACIENDA, Madrid:
— **Boletín oficial de Ventas de Bienes Nacionales**, Madrid 1836-1850
— ARCHIVO DE LA SOCIEDAD VASCONGADA (Edif. de la Diputación), Bilbao:
525
(Esos documentos fueron clasificados con las signaturas 48 a 82, pero, con ocasión de un traslado, fueron amontonados sin ningún orden. Hemos agrupado los

documentos consultados en legajos trimestrales para 1872, 1873, 1874 y 1875).
— BIBLIOTECA NACIONAL, Madrid:
— Departamento de Manuscritos:
Papeles de la guerra carlista y cantonal, Manuscrito nº 7339.
— INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, Delegación de Álava, Vitoria:
— **Censos**: de 1857, 1877, 1887 y 1897
— **Anuario Estadístico español, Años** 1860-1870
Movimiento de la población de España en el decenio 1861 a 1870.
— REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, Madrid.
— **Sección Pirala: Legajos:** 6866 a 6870 (año 1872) 6870 a 6878 (año 1873) 6878 a 6882 (año 1874) 6883 a 6888 (años 1875 y 1876).
— DOCUMENTOS EDITADOS (Pirala: **Historia contemporánea)**
— Vol. II: **Documentos**: nº 12. **Op. Cit. pp.** 981-987 n° 13. **Ibid. pp.** 987.
— Vol. III**: Documentos:** nº 23**—Op. Cit. pp.** 932-934,
nº 25**—Ibid**. p. 934,
nº 26**—Ibid. pp**. 940-942.
Relación: Ibid. p. 946
— Vol. IV: **Documentos: nº** 3. **Op. Cit.pp.** 768-765 nº 6. **Ibid**.—pp. 769-776
Estado: Ibid. pp. 777.
«SANCHO EL SABIO», **Institución,** Vitoria:
— Carta de la **Diputación provincial** de Álava al municipio de **El Ciego** (año 1843)
— **Exposición de las tres provincias vascongadas a S. M. la Reina Doña Isabel II** (año 1845).

526

2. PUBLICACIONES PERIODICAS Y FOLLETOS

a) PERIÓDICOS

(Reproducimos, por orden alfabético, los títulos de las publicaciones consultadas para la elaboración de esta obra, citadas en el texto. Las que han sido objeto de un análisis sistemático van precedidas de un asterisco.)

Altar y Trono, Madrid 1872.
Anticristo (El), Madrid 1868.
Apagador (EL), Madrid 1873.
Atizador (El), Madrid 1873.
Bandera carlista (La), Madrid 1875
* **Boletín de guerra de la provincia de Álava**, (año 1874).
Boletín de M. N. y M. I. Señorío de Vizcaya, Durango 1874.
Boletín Oficial del Gran Oriente de España, Madrid, 1871-1875
* **Boletín Oficial de la Provincia de Vizcaya**, Bilbao, 1866-1874.
Campo (El), Madrid 1876.
Caridad (La), Madrid 1874.
Caridad en la guerra (La), Pamplona 1870, Madrid 1871-1873.
Civilización (La), Madrid 1874-1876.
Consultor de los párrocos (El), Madrid 1873.

Correo carlista (El), Madrid 1874.
Correo de España (El) (luego El correo de Madrid), Madrid 1875.
* **Correo Vascongado** (El), Bilbao 1873.
* **Cuartel Real** (El), Estella, Tolosa, 1874, 1875 y 1876.
Defensa de la propiedad (La), Madrid 1872.
Degüello (El), Madrid 1873.
Descamisados (Los), Madrid 1873.
Desesperados (Los), Madrid 1873.
Diario del Pueblo (El), Madrid 1872.
* **Diario de San Sebastián** (El), San Sebastián, 1874 y 1875.
Dinastía popular (La), Madrid 1872.
Don Diego de noche, Madrid 1868.
Encamisados (Los), Madrid 1873.
Época (La), Madrid 1871.
España (La), Madrid 1876.
527
España Católica (La), Madrid 1874.
* **Euscalduna** (El), Bilbao, 1868, 1870, 1871 y 1872.
Fe (La), Madrid 1876.
* **Gaceta de Madrid,** (años 1872-1876, 1896).
Gorda de Hoy (La), Madrid 1872.
Granuja (El), Madrid 1873.
Guarda Cantón (El), Madrid 1873.
* **Guerra** (La), Bilbao 1874.
Ilustración (La), Madrid 1870-1872.
Ilustración de la mujer (La), Madrid 1873.
Ilustración universal (La), Madrid 1874.
* **Irurac-bat,** Bilbao, 1867, 1868, 1869, 1870, 1871, 1872 y 1873.
Lucha (La), Madrid 1871.
Margarita (La), Madrid 1871.
* **Minería** (La), Madrid 1872, 1873 y 1874.
Nueva flaca (La), Madrid 1873
Nuevo papelito (El), Madrid 1871
Opinión publica (La), Madrid 1873
Orden (El), Madrid 1874.
Pájaro Rojo (El), Madrid 1868.
Patria (La), Madrid 1875.
Pendón (El), Madrid 1873.
Petróleo (El), Madrid 1873
* **Porvenir alavés** (El), Vitoria 1874.
Revista del Ateneo militar, Madrid 1872.
Revista de la propaganda carlista de Madrid, Madrid 1875.
Revista de la Universidad de Madrid, Madrid 1869.
Revolución (La), Madrid 1868.
Roque. Periódico federacho, Madrid 1873.
Sotana (La), Madrid 1871
* **Semanario católico vasco-navarro,** Vitoria 1866, 1867, 1868, 1869, 1870, 1871, 1872 y 1873.
Siglo futuru (El), Madrid 1875.
Tocador (El), Madrid 1872.

Verdad (La), Madrid 1873.

528

b) FOLLETOS (Analizados y citados en el texto) (en el orden cronológico de su redacción).

El libro del pueblo, d'Aparisi **y** Guijarro in **Obras, Tomo IV.**
Opúsculos, Imp. de Folguera, Madrid 1874.
Los liberales sin mascara, de V. Gómez, Madrid, Antonio Pérez Dubrull editor, 1869.
La organización de la comunión carlista de **J.** M. Fauro Balaguer, Madrid 1870.
La bandera carlista en 1871, de Vizconde de la Esperanza, Madrid, imprenta de **El Pensamiento español, 1871.**
La España y Carlos VII, in **La bandera carlista en 1871: Op. Cit.** pp. 110-118.
Dios, Patria y Rey. Ibid. pp. 120-129.
La Salvación de España. Ibid. pp. 152-155.
Carlos VII el Restaurador. Ibid. pp. 156-157.
La solución lógica en la presente crisis. Ibid. pp. 134-137
El hombre que se necesita. Ibid. pp. 137-144.
El Rey de España. **Ibid. pp. 144-152.**
La Regeneración, de Aparisi y Guijarro, in **Obras, Tomo IV. Opúsculos, pp. 267-329.**
Detrás de las trincheras. Páginas intimas de la guerra y de la paz (desde 1868 hasta 1876). de J. Nombela, Tomo I. Impr. de M. G. Hernández 1876.
Proyecto constitucional de Cabrera, **Ibid.** pp. 456-465.
Programa presentado por Manterola a Don Carlos. **Ibid. pp.** 434-460.
Gestión de las Diputaciones vascas, **Ibid. pp.** 408-426.
La cuestión Cabrera, de J. Indalecio Caso, Madrid, Tipografía de Gregorio Estrada, Ca. 1875.
El Capellán de la Cruz. I.M.I. 8 de Diciembre día de la Purísima

529

Concepción de María. Tolosa, Imp. de la Viuda de Mendizábal, 1875
Almanaque cómico del carlismo para los años 1914 a 1999, Madrid 1913.

3. BIBLIOGRAFIA

(La bibliografía sobre los temas que estudiamos es inmensa; la lista que sigue sólo retiene las obras que han sido más utilizadas para elaborar este libro y que se citan en nota).

Aguirre Miramón (J.M.): **Los fueros y su defensa, Bilbao 1897. Alzola y Minondo (P): Progreso industrial de Vizcaya**, Bilbao 1902
Angulo (J.M.): **La abolición de los Fueros e instituciones vascongadas**, Vol. I Ed. Auñamendi, Bilbao 1976.
Areilza (J.M. de): **Divagaciones en torno al árbol in Vizcaya**, n° 26, Bilbao, 1966.
Arocena (J): **Onñcinos y gamboinos**, Ed. Gómez, Pamplona 1959.
Artiñano (A.): **El Señorío de Vizcaya**, Barcelona 1885.
Asociación internacional de los trabajadores. Actas de los Consejos y Comisión federal de la región española (1870-1874). Transcripción y estudio preliminar por Carlos Seco Serrano, Universidad de Barcelona, 1969.
Azema (J.P.) et Winock (M.): **La troisième republique**, Calmann Levy, París 1970.
Basas Fernández (M.): **Dinámica de los precios de los artículos de consumo en Vizcaya durante el decenio critico de 1860-1869** in **Estudios Vizcaínos**, nº 1, año I, Bilbao enero-junio, 1970.
Bases documentales de la España contemporánea, Guadiana de publicaciones, S.A., Vols.

2, 3 et 4, Madrid 1971.
Beltza: **El nacionalismo vasco** (1876-1936), Ed. Txertoa, San Sebastián 1976
530
Bermejo (I.A.): **Historia de la interinidad y guerra civil de España, desde 1868**. Madrid, 1875-1877, 3 vol.
Bloch (Ch.): **Les relacións entre la France et la Grande-Bretagne (1871-1878),** les Ed. internacionales, París 1955.
Boletín eclesiástico del Obispado de Vitoria, 1868-1873.
Borrego (A.): **El 48 Autocritica del liberalismo**, Madrid 1970, Bitácora
Brenan (G): **Le labyrinthe espagnol**, París 1962.
Burgo (J. del): **El Fuero: pasado, presente y futuro,** Pamplona 1975.
Caballero (F.): **Fomento de la población rural**, impr. Manteli, Vitoria 1866
Carro Celada (E.): **Curas guerrilleros en España**, Col. Vida Nueva, Madrid 1971.
Cillan Apalategui (A.): **La foralidad Guipúzcoana**, Zarauz 1969.
Costa (J.): **Colectivismo agrario en España**, Madrid 1915.
Cuadrado (M.M.): **Elecciones y partidos políticos de España (1868-1931)**, Taurus, Madrid 1969.
Devos (J.C.): **La guerre carliste in Actes du 94è Congrès nacional des Societés savantes**, París 1971.
Diario de Sesiones. Cortes de 1854-1856, Madrid 1880.
Diario de las sesiones de Cortes Constituyentes, años 1873-1874, Biblioteca Nacional, Madrid,
Diarios del sitio de Bilbao: 1874, Bilbao 1966.
Donezar (J.M.): **La desamortización de Mendizábal en Navarra (1836-1851),** C.S.I.C., Madrid 1975.
Droz (y): **Histoire diplomatique de 1648 a 1919**, Dalloz París 1972.
Echave (B.de): **Discursos de la antigüedad de la lengua Cántabra/Bascongada**, México, 1607
Escarza (E. de): **Descripción histórica del Valle de Gordejuela**, Bilbao 1920.
Estecha y Martínez (J.M.): **Régimen político y administrativo de las provincias vasco-navarras**, Col. ... Bilbao, 1902.
531
Extramiana (J.): **Quelques aspects du désamortissement des biens de I'Eglise dans la province d'Álava in Actes du VIè Congrès National des Hispanistes Français de I'Enseignement Superieur,** Besançon 1971
Idem: De la paix à la guerre: aspects de I'idéologie dominante au Pays Basque de 1866 a 1873 in Actes du Xllè Congrex des Hispanistes Français, Lille 1976.
Fernández de Alabaladejo (P): **La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa. 1766-1833**: **cambio económico e historia**, Madrid 1975.
Fernández Almagro (M.): **Historia política de la España contemporánea**, Madrid 1968, 3 vol.
Fernández de Pinedo (E.): **Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco (1100-1850),** Madrid 1974.
Fusi (J.P.): **Política obrera en el País Vasco (1880-1923),** Madrid 1975.
García Venero (M.): **Historia del nacionalismo vasco**, Madrid 1966.
Garmendia (V.): **Vicente Manterola canónigo, diputado y conspirador**, B. Luis Ajuria, Vitoria 1975.
Gomez Chaparro: **La desamortización civil en Navarra**, Pamplona 1967
González Portilla (M.): **La evolución de la población de la zona minera de la ría de Bilbao en la segunda mitad del siglo XIX: La revolución demográfica y los orígenes de**

la mortalidad. Texto mecanografiado 1975.
Idem.: La acumulación de capital a través del sector minero de hierro en Vizcaya y su aportación al desarrollo económico de la región en el último tercio del siglo XIX. Texto mecanografiado 1975.
González Ruiz: **Vicisitudes de la propiedad eclesiástica en España durante el siglo XIX in Revista española de derecho canónico**, 1946.
Gorosabel (P.): **Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa**, Bilbao 1967, 3 vol.
Gurruchaga (I.): **La machinada de 1766 en Azpeitia** in **Yakintza**, núm. 5, 1933.
532
Hauser (H.): **Histoire diplomatique de l'Europe**; 1871-1914. P.U.F., París 1914.
Larramendi (P.): **Corografía de Guipúzcoa**, Buenos Aires, 1950.
Lazo Díaz (A.): **La desamortización de las tierras de la Iglesia en la provincia de Sevilla (1835-1845)**. Excma. Diputación 1970.
Lazurtegui (J.): **Ensayo sobre la cuestión de los minerales de hierro**. **Ayer, hoy y mañana,** Bilbao 1910
Lavisse (E.): **Histoire de la France contemporaine**, Hachette.
Madoz (P.): **Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de España y sus posesiones de Ultramar**, 3ª Ed. Madrid 1848. Mañueco (A.) et Sagarna (J.I.): **Vitoria en 1850**, Vitoria 1950. Marqués de Miraflores: Memorias del reinado de Isabel II, B.A.E., Madrid 1964.
Marichalar (A. Marqués de Montesa) y Manrique (C): **Historia de la legislación y Recitaciones del Derecho civil de España**. **Fueros de Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa y Álava**, Madrid, Impr. Gasset...y Cia. 1868.
Martínez Marina (F.): **Teoría de las Cortes o Grandes Juntas Nacionales de los Reinos de León y Castilla**, Madrid 1813.
Martínez de Isasti (L): **Compendio Historial de la M.N. y M.L. Provincia de Guipúzcoa**, San Sebastián 1850.
Milza (P.): **Les relatións internacionales de 1871 a 1914,** A.C. U-2 París 1968.
Múgica (J.): Carlistas, Moderados y Progresistas. Claudio Antón de Luzuriaga, San Sebastián 1950.
Múgica (S.) y Arocena (F.): **Reseña histórica de Rentería,** San Sebastián 1930.
Mutiloa Poza (J.M.): **La desamortización eclesiástica en Navarra**, Pamplona 1972.
Idem.: **La desamortización civil en Vizcaya y Provincias Vascongadas** in **Estudios Vizcaínos**, Año I, julio-diciembre 1970, Año II, enero-junio 1971 et Año II, julio-diciembre 1971.
Nadal (J.): **Los comienzos de la industrialización española (1832-1868). La industria siderúrgica,** Madrid 1970.
533
Novia de Salcedo (P.): **Defensa histórica...del Señorío de Vizcaya y provincias de Álava y Guipúzcoa..., Guipúzcoa...,** Tomo III, Bilbao 1851.
Nueva Recopilación de los Fueros...de la...Provincia de Guipúzcoa, Tolosa 1696.
Oribe Etxabe (Y.): **Francia en Vizcaya en el primer semestre de 1808** in **Estudios Vizcaínos,** Año III, Bilbao enero-junio 1972.
Otazu y Liana (A. de): **El «igualitarismo» vasco: mito y realidad,** Bilbao 1973.
Payne: **El nacionalismo** vasco, Madrid 1974.
Pérez de la Dehesa: **Política y sociedad en el primer Unamuno,** Madrid 1966.
Porres Martín (J.): **La desamortización del siglo XIX en Toledo,** Diputación provincial, 1966.
Rémusat (Ch.): **Memoires de ma vie,** Plon, París.
Renouvin (P.): **Histoires des relacións internacionales: le XIX siecle,** Hachette, París

1955.
Riera y Sanz (P.): **Dicciónario Geografico-Historico de España.** Madrid 1849.
Richard et Quetin: **Guide du voyageur en Espagne et en Portugal,**
Rodríguez de Coro: **El Obispado de Vitoria durante el sexenio revolucionario,** Bib. Luis de ajuria, Votoria 1976.
Sánchez Agesta (L): **Sentido sociológico y político del siglo XIX** in
Sánchez Albornoz: **España: Un enigma histórico, II,** Buenos Aires
Salom Costa (J.): **España en la Europa de Bismarck,** C.S.I.C., Madrid 1967. 1962.
Sánchez Ramos (F.): **La economía siderúrgica española. Tomo I. Estudio critico de la historia industrial de España hasta 1900,** Madrid 1945.
Paris, L. Maison, 1853
Revista de Estudios Políticos, 75, 1954
Idem.: Historia del Constitucionalismo español, Madrid 1955.
534
Sarda (J.): **La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX,** Madrid, 1948.
Serdan (E.): **El libro de la ciudad, Vitoria 1927**, 2 vol.
Solozábal (J.J.): **El primer nacionalismo vasco,** Madrid 1975.
Tejada y Percopo: **La Provincia de Guipúzcoa**, Madrid 1965.
Termes Ardevol (J.): **El movimiento obrero en España. La Primera Internacional,** Barcelona, 1965.
Thiers (A.): **Notes et souvenirs, Calmann Levy**, París 1904.
Tortella Casares (G.): **Los orígenes del capitalismo en España**, Madrid 1973.
Trueba (A.): **Bosquejo de la organización social de Vizcaya**, Bilbao 1870.
Tuñón de Lara (M.): **La España del siglo XIX**, Barcelona 1974. Ugalde (M. de): **Síntesis de la Historia del País Vasco**, Madrid 1974.
Unamuno (M.): **Vizcaya** in **Derecho Consuetudinario de España**, T. II. (s.d.).
Idem.: **Bilbao por dentro in la Lucha de clases**, Bilbao, 19/10/1895, 4/07 et 11/07/1896
Vergniori Arana (I.): **El cambio institucional en Vizcaya en 1810** in **Estudios Vizcaínos**, Año III, Bilbao, enero-junio 1972.
Vicens Vives (J.): **Historia de España y América**, t.V. Barcelona 1961.
Vilar (P.): **El motín de Esquilache** in **Nueva visión de la Historia de España**, Revista de occidente, Madrid, febrero 1972.
Villabaso (C. de): **La cuestión del puerto de la Paz y la Zamacolada**, Bilbao, 1887.
Villavaso (C): **Memoria acerca de la condición social de los trabajadores vascongados**, Bilbao 1887.
Viñas Mey: **La reforma agraria en España durante el siglo XIX** in **Anuario del Derecho español**, X, 1933

535

Bibliografía sobre el carlismo

(Obras citadas en las notas y algunas reseñas bibliográficas).

Almanaque carlista para 1877, escrito por distinguidos escritores monárquicos, Madrid 1870.
Almanaque cómico del carlismo para los años 1914 a 1999, Madrid, 1913.
Aparisi y Guijarro (A.): **Obras. Tomo IV. Opúsculos, Impr.** Folguera 1874
Arguinzóniz (J.A.): **El Alzamiento carlista de Vizcaya y el Convenio de Amorebieta,** Bilbao 1889
Aróstegui Sánchez (J): **El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876,** Vitoria 1970.
Artagan (Baron de): **Cruzados modernos,** Biblioteca de la Bandera Regional, Barcelona (s.d.). **Idem.: Políticos del carlismo,** Barcelona (s.d.)
Artiñano (A.): **El levantamiento del Señorío de Vizcaya y el Convenio de Amorebieta,** Sevilla, La Andalucía, 1872.
Autógrafos de Carlos VII. Manifiestos, Proclamas, Alocuciones...Ed. por M. Polo y Peyrolon, Valencia 1900.
Brea (A.): **La campaña del Norte. 1873-1876,** Barcelona 1897. **Idem.: Asedio y retirada** in **Diarios del sitio de Bilbao,** Bilbao 1966. Bernoville (G. de): **La cruz sangrienta, historia del Cura Santa Cruz,** San Sebastián, 1928.
Burgo **(J.** del): **Bibliografía de las guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX. Antecedentes desde 1814 y Apéndices hasta 1936.** Pamplona, 1956.
Idem.: Voluntarios de la causa: Relatos y memorias, San Sebastián, 1939.
Idem.: Antecedentes de la Tercera guerra carlista, Temas de Cultura popular, nº 188, Pamplona.
Campos **(J.): Le siège de Bilbao par I'armée carliste en 1874, París** 1876.
Diarios del bloqueo de Pamplona (1874-1875), Pamplona 1973. Echave Susaeta (E.): **El partido carlista y los Fueros,** Pamplona 1915.
536
Echevarría (M.): **Bilbao ante el bloqueo-bombardeo de 1873-1874**, Imp. de J.F. Mayer, Bilbao 1874.
Idem.: **Diario del bombardeo in Diarios del sitio de Bilbao**, Bilbao 1966.
Elo: **La geografía vasca y las campañas carlistas in Revista Internacional de Estudios Vascos**, XXI, núm. 4, San Sebastián 1930. Fauro Balaguer (J.M.): La organización de la comunión carlista, Madrid 1870.
Ferrer (M.): **Historia del tradicionalismo español**, Sevilla-Madrid, 1941-1960, 31 vol.
Idem.: **Escritos políticos de Carlos VII,** Madrid 1957.
García Moreno (M.): **Ensayo de Bibliografía e iconografía del carlismo español**, Madrid 1950.
Garmendia (V.): **Carlismo**, París 1975.
Gómez (V.): **Los liberales sin máscara**, Madrid 1869.
Gortázar (M.M.): **Correspondencia in Diarios del sitio de Bilbao**, Bilbao 1966.
Hernando (F.): **La campaña carlista 1872-1876, París 1877**. Indalecio Caso (J.): **La cuestión Cabrera**, Madrid, Tip. de Gr. Estrada, 1875.
Laserna (A.F.): **La Restauración y el Rey en el Ejército del Norte**, Madrid 1875.
López Sanz (F.): **Carlos VII. El rey de los caballeros y el caballero de los Reyes, Pamplona 1969**.
Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876, por el Cuerpo de Estado Mayor, Madrid 1883-1889, 14 vol.
Nombela (J.): **Detrás de las trincheras. Páginas intimas de la guerra y de la paz desde 1868 hasta 1876,** Madrid 1876.
Olazábal (J.): **El cura Santa Cruz, guerrillero**, Vitoria 1928.
Olcina (E.): **El carlismo y las autonomías regionales**, Seminarios y ediciones Madrid, 1974.
Oiler (F. de P.): **Episodios tradicionalistas. Álbum de personajes carlistas con sus**

biografías, Barcelona 1887-1890, 2 vol.
537
Oyarzun (R.): **Historia del carlismo**, Madrid 1944.
Pirala (A.): **Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil.** Madrid 1876-1879. 6 vol.
Ruiz Dana (P.): **Estudios sobre la guerra civil del Norte**, Madrid1876
Tejado (G.): **La solución lógica en la presente crisis**, Madrid 1869.
Tercero (P.): **Bendición de la bandera de los voluntarios de la libertad de Vitoria,** Vitoria 1870.
Valras (Comte de): **Don Carlos VII et l'Espagne carliste**, París 1876, 2 vol.
Vizconde de la Esperanza: **La bandera carlista en 1871,** Madrid 1871.

El gran problema de la segunda guerra será el de los dos carlismos, el legitimista y el popular, este segundo netamente vasco Ciertamente. la ya señalada hegemonía y el hecho de que, al defender los Fueros, la clase dirigente vasca consiga movilizar y sensibilizar más todavía al pueblo, no está en contradicción con la entrada en liza de las masas rurales. con un enérgico sentimiento de rebeldía; y con un carácter multitudinario. que da un carácter liberador a la lucha. en la óptica vasca (Aunque la Corte de Estella, los prelados carlistas. los ideólogos del antiguo régimen, todos centrados en la ilusión de conquistar a Madrid y no de liberar a Euskalerría sean el paradigma de las clases antagónicas al pueblo)

En el plano de lo que podríamos llamar la conflictividad ideológica. se pone de manifiesto una superlativa pobreza por parte de los liberales pobreza que revelaba una impotencia de asumir la polifonía de nacionalidades en un proceso de armonización e integración La gran burguesía terrateniente, dueña casi siempre de las palancas del Estado. portadora aun de ideología y escalas de valores del viejo régimen, fue absolutamente impermeable al despertar de las conciencias de nacionalidad Y es mas, buscó siempre aliados en la gran burguesía de las nacionalidades. e intentó presentarse como abanderado de una tosca «unidad nacional». simple cobertura ideológica para defender las viejas estructuras socio-económicas basadas en la explotación de los hombres. que eran su base de sustentación En esas condiciones. la ausencia de objetivos políticos precisos de los «liberales» el ininterrumpido desteñir de sus banderas democráticas reducidas a la nada en 1874, haría mucho más viable que cierto carlismo popular o si se quiere populista pudiera ampliar su base y constituir la antesala de futuras tomas de posición de carácter nacionalista

L Haranburu Editor
Col EUSKAL HISTORIA» 7

Foto Portada; TUDURI
Alameda C Sotelo, 26 SAN SEBASTIÁN
I. S. B. N. 84-7407-076-7
D. L. 85/80
Imprime:
E. ITXAROPENA S. A.
Victor Pradera. 2 ZARAUZ
Marzo 1980